

MANUEL ALBAR



***CARTAS, ARTÍCULOS Y CONFERENCIAS
DE UN PERIODISTA ESPAÑOL EN MÉXICO***

Prólogos de

INDALECIO PRIETO Y ARSENIO JIMENO

IMPRESIONES MODERNAS,S.A

MÉXICO—1958

Copyright 1958 by
MARÍA ESPALLARGAS VDA. DE AL-
BAR.

Queda hecho el registro y el depó-
sito que determinan las respectivas le-
yes en todos los países de lengua espa-
ñola. Reservados todos los derechos.

PRINTED IN MÉXICO
IMPRESO EN MÉXICO

Impreso en los talleres de IMPRESIONES MODERNAS, S. A., Tabasco N° 276, México, D. F.

INDICE

GIRONES DE RECUERDOS.....	7
LA VOZ DE BRONCE DE ARAGÓN.....	9
APUNTES BIOGRÁFICOS.....	11
CARTAS DE MÉXICO.....	16
"ESTÁIS EN VUESTRA TIERRA. . .".....	17
"NO CONQUISTADORES, SINO CONQUISTADOS".....	18
PLATICAS CON LAS COMPAÑÍAS PETROLERAS.....	19
A LA GREÑA POR EL AMOR DE MOSCÚ.....	21
LA EMIGRACIÓN REPUBLICANA Y SUS FLAQUEZAS.....	22
CARTAS DE FRANCIA (1946 y 1950-1952).....	25
DIARIO "LA VANGUARDIA". BUENOS AIRES (ARGENTINA).....	57
FUSILAMIENTOS EN ESPAÑA: "MADRID, CARRANZA 20...".....	58
APELACIÓN A UN BUEN TERREMOTO.....	61
LIC. DON FELIPE SÁNCHEZ ROMÁN, UN ESPAÑOL ILUSTRE.....	64
REVISTA "CINE MEXICANO".....	66
(1945).....	66
CRÍTICOS Y LECTORES.....	67
JUAN DE MAIRENA Y GEORGES DUHAMEL.....	68
CHAPLIN Y CANTINFLAS.....	70
REVISTA "HOY".....	72
UN RETRATO Y UN PINTOR: CARLOS A. RODRÍGUEZ.....	73
REVISTA "OIGA".....	75
EL SÁBADO EN LA PLAZA GRANDE.....	76
"BOLETIN RADIOFÓNICO".....	78
LA HORA NACIONAL.....	79
REVISTA "NAO DE ACAPULCO.....	80
UNA DISPUTA NADA EJEMPLAR.....	81
EL REY DEL HAMPA: VIDA Y HAZAÑAS DE AL CAPONE.....	82
JUVENTINO ROSAS.....	84
LA GRAN FIGURA DE BENITO JUÁREZ.....	85
TRAYECTORIA DE UNA ACTITUD.....	87
PROLOGO DEL LIBRO "TRAYECTORIA DE UNA ACTITUD".....	88
DIARIO "ULTIMA HORA".....	90
DE CERVANTES: EL VERDADERO HOMENAJE.....	91
ASI NACIÓ FALANGE.....	92
DIARIO "HERALDO DE GUERRERO", DE ACAPULCO.....	94
DOS CENTENARIOS OLVIDADOS.....	95
SU MAJESTAD EL TABACO.....	96
FANTASÍA DE NAVIDAD.....	97
"RENOVACIÓN", ÓRGANO DE LAS JJ. SS. DE ESPAÑA.....	100
EJECUCIONES EN MADRID... DE 1838.....	101
DECEPCIONES Y ESPERANZAS.....	103
SOCIALISMO CONTRA COMUNISMO.....	104

LA CURVA DEL SIGLO	106
¡VIVA LA COMMUNE!	108
"ESPAÑA NUEVA", ÓRGANO DEL GOBIERNO REPUBLICANO.....	110
ESPAÑA ETERNAMENTE DESGARRADA	111
CUANDO PRIM VINO A MÉXICO.....	112
MONROISMO AL REVÉS	114
LOS ESPAÑOLES CONTRA ESPAÑA	117
SEMANARIO "REVISTA DE REVISTAS"	119
MAZARINO Y ANA DE AUSTRIA.....	120
GARCILASO DE LA VEGA E ISABEL DE FREYRE	122
JUANA LA LOCA Y FELIPE EL HERMOSO.....	125
ENRIQUE VIII Y ANA BOLENA.....	128
RODRIGO Y JIMENA	131
INÉS DE CASTRO Y DON PEDRO DE PORTUGAL.....	133
VÍCTOR HUGO Y JULIETA DROUET	136
ANTE EL CENTENARIO DE BALZAC.....	140
LUTO INTELECTUAL EN FRANCIA: ANDRE GIDE.....	142
EVOCACIÓN DE VALLE INCLAN	144
REVISTA "ATLANTIDA"	146
CERVANTES Y SU CABALLERO	147
REVISTA "VERACRUZ"	152
A LOS RUSOS SE LES VA EL IMPERIO.....	153
REVISTA "PUNTO"	156
LA SONRISA DE MR. NIXON Y LAS LÁGRIMAS DE LOS MEXICANOS.....	157
REVISTA "ARAGÓN".....	159
AMÉRICA Y LOS ARAGONESES	160
"EL SOCIALISTA" ÓRGANO DEL P.S.O.E.....	162
LAS SOBERANÍAS NACIONALES CONTRA LA DEMOCRACIA UNIVERSAL.....	163
OTRO 14 DE ABRIL. ¡SALVE REPÚBLICA!.....	165
REVISTA "FRANCIA".....	168
LA REVOLUCIÓN DE 1789.....	169
EL PANTEÓN, DE PARÍS	170
DEL MUNDO FRIVOLO. EL REINADO DE CAROLINA OTERO	171
EL MONTE SAINT MICHEL	173
DEL TIEMPO VIEJO. LA VIDA BOHEMIA	175
EL ARMISTICIO DE LA GUERRA DEL 14.....	177
LA PROFECÍA DE CLEMENCEAU.....	178
VIDA Y DESVENTURA DE ENRIQUE HEINE.....	181
LA CIUDAD DE TOULOUSE (FRANCIA)	184
LAS CARTAS DE MADAME DE SEVIGNÉ	185
EL CARNAVAL.....	188
EL REINADO DE LUIS XIV	189
EL AMOR DE CYRANO DE BERGERAC.....	192
PERIÓDICO "ADELANTE".....	195
CARLOS MARX; SU DOCTRINA EN EL TIEMPO.....	196
UNA LECCIÓN DE DISCIPLINA POLÍTICA	198
DEFINICIONES: SOCIALISMO Y COMUNISMO.....	200
LA HUELGA, ARMA DEL PASADO	202
EL PREGÓN DEL SOCIALISMO.....	205
FRANCISCO LARGO CABALLERO.....	206
HOMBRES SOCIALISTAS: RECUERDO DE MANUEL LLANEZA	207
HONRA Y GLORIA DE MÉXICO	209
LA HISTORIA DE ESPAÑA CONTADA POR PEMAN.....	211
HOMBRES SOCIALISTAS: ANTONIO SANTAMARÍA.....	214
MISIÓN DEL SOCIALISMO INTERNACIONAL.....	216
FRANCIA, POR LA CIVILIZACIÓN	217
MÉXICO Y SU PETRÓLEO	219
CHARLOT, CIUDADANO DEL MUNDO	222
HOMBRES EJEMPLARES: JULIÁN BESTEIRO	223
RAFAEL FRAILE, UN HOMBRE EXTRAORDINARIO	225

VETERANIA SOCIALISTA: UNA VIDA APASIONADA	227
LOS CAMPEONES DEL ANTICOMUNISMO	229
UN LLAMAMIENTO: EL CANTO DE LA ALONDRA	230
MIGUEL SERVET, SÍMBOLO Y EJEMPLO.....	234
OTRO HOMBRE EXCEPCIONAL: ALEJANDRO OTERO	237
GUATEMALA EN LA CRUZ.....	239
LA MANO CANSADA Y EL CORAZÓN DOLORIDO.....	241
FRANCO Y LOS BORBONES. LA CENIZA EN LA FRENTE.....	243
CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN MÉXICO, D.F.	245
UN ESPAÑOL: PABLO IGLESIAS.....	246
PENSANDO EN ESPAÑA Y EN LA PAZ.....	254
CRÉDITO Y RESPONSABILIDADES DEL PARTIDO SOCIALISTA	263
ACTO DE PROTESTA CONTRA EL PACTO ENTRE ESTADOS UNIDOS Y FRANCO.....	265
TESIS POLÍTICA DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIALISTA.....	268
VERSOS INEDITOS	276
ARTICULO INÉDITOS.....	279
VIÑETAS DE ESPAÑA.....	280
UN CUENTO INCONCLUSO.....	281
ARTICULO SIN TÍTULO	286
OTRO ARTICULO SIN TITULO	287
CUANDO WARREN HASTINGS, GOBERNABA EN BENGALA . . .	288
TESTAMENTO POLÍTICO.....	291

HE VIVIDO muy cerca de Manuel Albar durante los últimos diecisiete años de su vida, y su ejemplar conducta fue el espejo en el que, a través del tiempo, se ha mirado mi espíritu para moldearse.

Por los sinuosos meses del exilio hemos caminado juntos. El, con una gran experiencia lograda a fuerza de lágrimas y un inquebrantable tesón. Yo, aprendiendo algo muy fundamental para mí, merced a su experiencia, famas he oído que de sus labios saliesen expresiones quejumbrosas porque la vida en el exilio no le deparase bienestar. Siempre se conformó con poco, que para él fue mucho: escribir, escribir y escribir... No para obtener grandes ingresos económicos, sino para vivir modestamente. Y para vivir por lo que él murió: por el Partido Socialista Obrero Español.

Su obra fecunda, magistralmente desarrollada por su pluma, la podemos dividir en dos etapas. La primera, realizada en España desde que empezó a colaborar, a los quince años de edad, en el semanario "Juventud" de la ciudad de Zaragoza, hasta que terminó la guerra civil española, dando fin a sus artículos en el diario "El Socialista". La segunda etapa corresponde a todos sus trabajos periodísticos en el exilio. De la primera etapa será muy difícil conseguir una colección de sus artículos más destacados. De la segunda, sí es posible recopilarlos ya que Manuel Albar, pacientemente, los fue seleccionado. Ante la imposibilidad de publicar todos, he escogido los que son de más interés político y literario. La idea es que se conozca —que muchos lo desconocían— a Manuel Albar como un escritor polifacético y no exclusivamente político.

El compromiso que voluntariamente adquirí para dar forma definitiva a lo que sólo fue un proyecto, a raíz de su muerte, hoy es ya una realidad.

La apatía que siempre ha existido para enaltecer a los hombres más destacados del socialismo español, que fallecieron en España y en el exilio, no contará respecto a Manuel Albar. Para ello doy un paso al frente. Mis armas para lograr este objetivo serán las páginas del presente libro, que servirá de buena lectura hoy, fuera de nuestra patria, y de consulta mañana cuando regresemos a ella.

RAMÓN PARDO

GIRONES DE RECUERDOS

La amorosa mano familiar de Ramón Pardo ha reunido para este tomo cuanto ha encontrado en los cajones del despacho de Manuel Albar; recortes de artículos publicados, originales de artículos inéditos, textos de discursos ... Pero en esta colección falta lo más interesante y más brioso de la labor periodística de Albar: sus artículos, generalmente anónimos, que aparecieron en "El Socialista", tanto cuando el periódico se editó en Madrid como cuando, al final de la guerra de España, hubo de imprimirse en Barcelona.

Tres eran los puntales de aquel periódico: Julián Zugazagoitia, Francisco Cruz Salido y Manuel Albar, vasco el primero, andaluz el segundo, y aragonés el tercero, jóvenes los tres y los tres autodidactos, pues ninguno de ellos pisó más centro de enseñanza que la escuela de primeras letras. Eran tres temperamentos distintos y hasta opuestos y cada cual fue formando su estilo literario con arreglo a su temperamento.

El estilo de Zugazagoitia podía presentarse como modelo de corrección. Cualquier experto, suponiendo que semejante corrección estaba lo grada penosamente, a fuerza de limaduras y pulimentos, sorprendería ante las cuartillas de Zuga sin una sola tachadura en los renglones de letra diminuta y perfecta, propia de un excelente calígrafo, y más se hubiera sorprendido aún viéndole escribir sin pausas para anudar ideas o componer frases, cual si tuviera delante otras cuartillas de las que fuese copiando.

En Cruz Salido preponderaba la ironía, a veces lindando con lo cáustico y otras veces desbordando esa linde. Quizá una de sus causticidades les costara la vida a él y a Zugazagoitia. Cuando se examinó el indulto de quienes con ellos —en un mismo Consejo de guerra, y sin más consorcio que el de haber sido todos detenidos en Francia— fueron condenados a muerte, alguien abogó por incluir en la gracia a Zugazagoitia teniendo en cuenta testimonios que probaron su generosa conducta en el ministerio de la Gobernación, desde el cual salvó la vida a varios adversarios. Pero otro de los que tenían entre sus manos aquellas vidas, entregadas por la Gestapo, arguyó: "¿Cómo vamos a fusilar a Cruz Salido, que no ha desempeñado ningún cargo político, pues ni siquiera llegó a ser concejal, mientras indultamos a Zugazagoitia, miembro del Gobierno republicano durante la guerra?" Porque en el indulto de Cruz Salido nadie pensó, aun cuando su relieve político fuese muy inferior al de todos sus consortes. Era muy firme la resolución de matarle en castigo de cierta mordacidad contra los militares que siete u ocho años antes insertara en "El Socialista".

Entre los tres puntales de este diario, el escritor más galano fue Manolo Albar, y su galanura había ido creciendo en el exilio, donde dispuso de más tiempo para embeberse en nuestros clásicos, a cuya lectura se aficionó por hallar en ella la gran delectación. El progreso de que hablo quedaría fácilmente evidenciado si a las páginas que siguen, todas reproductoras de trabajos de la última época de Albar —la del destierro— se hubieran podido incorporar otras de su época de "El Socialista", a mi juicio más valiosas por su mayor brío, ya que en un periodista político hemos de preferir el fondo y no la forma.

Si hubiese modo —que no lo habrá— de recobrar las colecciones de "El Socialista", desde que nació siendo un modesto semanario hasta que murió siendo un potente diario, no sólo nos encontraríamos con la mejor historia del movimiento obrero en España, sino que observaríamos muy a las claras cómo redactándolo se forjaron magníficos escritores, a la cabeza, de cuya lista figuraría Pablo Iglesias que descolló por su elegante sobriedad, por una sencillez difícil de obtener, en lo cual fue émulo de Pi y Margall y de Alfredo Vicenti, que la lucieron en los editoriales de "El Nuevo Régimen" y "El Liberal".

Excelente retrato de Manuel Albar es el que para este libro ha dibujado Arsenio Jimeno. A no ser por el obstinado deseo de Ramón Pardo, yo hubiese prescindido de trazar estos renglones, porque los de Jimeno constituyen un prólogo que no necesita aditamentos. Arsenio Jimeno, adentrándose en la psicología de Manuel Albar, nos explica bien el tinte de tristeza que impregnaba a nuestro desventurado amigo. Cuando se ha tenido una infancia infortunadísima y una gran inteligencia precoz para apreciar el infortunio infantil en toda su dimensión, resulta imposible bañar luego la vida en alegría, por lo hondamente que aquél nos impregna para siempre.

Uno de los correligionarios que más intimó con Albar en Toulouse allá por 1951 me tiene referidas las reflexiones que sobre la muerte le hizo Albar cierta noche de invierno mientras ambos contemplaban desde el pretil de un puente las aguas algo turbulentas del Garona. Ya había hecho presa en él la dolencia que le llevaría al sepulcro y, consciente de una curación imposible, se preguntaba sino sería más razonable ahorrarse sufrimientos tirándose de cabeza al río.

Vaciló mucho antes de decidir el regreso a México. Su mujer y sus hijos, sabiéndole enfermo, le reclamaban. Pero, ¿cómo abandonar "El Socialista" que, nuevamente bajo su dirección, se editaba en Toulouse? Estaba seguro —lo estábamos todos— de que fuese quien fuese su sustituto, nadie le reemplazaría con ventaja. A las súplicas de los familiares de México se sumaron las de los amigos de Toulouse que lo veían agravarse alarmantemente en aquel clima tan desigual y duro. Hubo semanas en que, metido en cama, no pudo prestar atención al periódico. Por fin, advirtiéndole que su sacrificio resultaba inútil, decidió retornar a México. Aun tuvo un momento de duda entre su deber y su salud. En la estación parisiense de los Inválidos, sentado ya dentro del autobús que debía conducirlo al aeropuerto de Orly, y cuando el vehículo iba a arrancar, abandonó el carruaje disponiéndose a subir la escalera que une el subterráneo con las salas superiores. Los amigos que habían acudido a despedirle lo detuvieron, metiéndolo a viva fuerza en el autobús, donde rompió a llorar.

En los apuntes biográficos que Pardo ha escrito se detalla su agonía. Figuré entre quienes dimos escolta a la ambulancia donde se llevó a Albar desde su domicilio al sanatorio de la Benéfica Hispana, y fui de los que le acompañaron en sus horas postreras. "Estoy en el umbral", me dijo jadeante poco antes de expirar. "¿En el umbral de qué?", le pregunté queriendo disimular. "¿De qué ha de ser? ¡De la muerte!", me replicó con voz recia. No supe qué decir. En realidad, ya había rebasado el umbral. Me quedé en silencio, contemplando cómo una respiración fatigosa le abombaba y le deprimía el pecho, cada vez con más angustiosa frecuencia. ¡Terrible agonía! Un hombre joven y vigoroso, luchaba a brazo partido con la muerte, quizá sin querer pelear contra ella por saberse de antemano vencido. Acaso se acordara de sus reflexiones en el puente sobre el Garona y deplorase no haber puesto en acción el pensamiento suicida que le asaltó aquella noche invernal de 1951...

En la misma habitación donde se libraba tan desigual combate, había yo asistido tiempo antes a otra agonía: la de Julia Iruetagoiena, viuda de Tomás Meabe. ¡Qué espectáculos más distintos! Julia se fue en un suspiro, como un pajarito, y con Manolo parecía morir un titán.

El Partido Socialista Obrero Español tuvo en Albar la pluma más galana. ¿Cuándo surgirá otra que le iguale? Por ahora no asoma ninguna.

INDALECIO PRIETO.

LA VOZ DE BRONCE DE ARAGÓN

En el despego de Manuel Albar, en su carácter aparentemente desabrido, huraño y en sus silencios, había un choque psicológico del que no se curó nunca. La muerte de sus padres y hermano le devastó el alma. Había en todos sus actos una sorda desesperación. Aquella tragedia ensombreció su vida. La muerte era su musa oculta; había llegado a ser hasta su novia clandestina. Tenía el convencimiento absoluto de que moriría joven, de que no pasaría de los treinta y cinco años. Muchos han podido creer en una falla de carácter, en lamentable declinación de la voluntad. Era la muerte, su novia; era la sorda desesperación, su compañera inseparable, la que determinaba ese supremo encogimiento de hombros.

Recorriendo las callejas evocadoras de la vieja Bómbilis, patria de Marcial, patria de Gracián, con frases cortas y espaciadas fuimos hablando de la muerte. Mi cariño por él me hacía perspicaz y penetrante, y no pudo ocultarme su angustia permanente, no su miedo, sino su desesperación... Al socialismo le debemos todos más de lo que nos debe. Es posible que Albar encontrara en el socialismo la única causa noble capaz de dar un significado a lo que suponía su corta vida. ¡Pero cuánta dignidad, cuánta elegancia hubo siempre en la oculta desesperación de Albar!

Hay una palabra en Aragón que quiere decir hermano, padre, hijo, amigo entrañable, que encierra toda la ternura de que es capaz la raza. Esa palabra es **maño**. Maño quiere decir también aragonés. Manuel Albar era aragonés, pero no mañero. Maño y no mañero.

A un observador superficial pudiera parecerle que no conocía la efusión, que ignoraba la amistad, que no conocía el arte de derramarse sobre los hombres. Es posible que no amase la bulla y la confusión, pero no hubiera sido aragonés de no haber hecho de la amistad un culto entrañable. Pero cuando se es demasiado sensible a la amistad, es menester defenderse de los astutos, de los maliciosos, de los brutales, revistiéndose con una coraza que proteja la sensibilidad.

En Aragón, entre socialistas, hubo las mismas encendidas diferencias que en todas partes. El enfrentamiento fratricida, cuyas consecuencias aún estamos pagando, separó amigos, creó odios... Los de uno y otro bando seguimos conservando la misma amistad, el mismo cariño de antaño por Manuel Albar. Y no es que estuviera en torre de marfil, por encima del bien y del mal, que no hubiera tomado partido... Las raíces de nuestro cariño eran demasiado hondas para que las afectasen diferentes tácticas. Y no se puede querer a un hombre, si el hombre no quiere a los otros hombres. Quien tenga agotada la fuente de la efusión, jamás le rodeará la efusión de los demás. Lo que pasa es que los aragoneses se aprecian hondamente en silencio, y cuando aprecian en silencio a otros hombres que no son de Aragón, es posible que éstos no sepan descubrir esa vena cordial...

Había en él mucho de niño. Su capacidad de entusiasmo y de maravillarse, la conservaba con lozanía envidiable. Pocos hombres son capaces de guardar en su alma la afección afectiva de los niños.

Y era valiente. Sus largas, finas y desmayadas manos no estaban hechas para los choques bárbaros de las peleas. En Tauste debíamos hablar, en una gran reunión, Manuel Cordero, Manuel Albar y yo. El teatro estaba lleno hasta los topes. Cuando intentamos hablar, elementos de otra organización obrera promovieron un tumulto de todos los diablos. Nuestros compañeros eran mayoría aplastante, pero habían adoptado la táctica de convencer a nuestros adversarios que debían callarse. Los elementos venidos de Zaragoza para encabezar la obstrucción, mantenían el desorden sin gran esfuerzo. Hacia falta un reactivo. Albar estaba sentado a la extrema derecha del escenario y yo a la iz-

quierda. No podíamos cambiar impresiones. Esperábamos. Esperábamos demasiado. Me miró Albar. Me hizo una seña. No fue necesario más para comprendemos. De un salto nos plantamos en el patio de butacas, y antes de que nuestros adversarios salieran de su asombro, nos habíamos liado a golpe limpio. Fue aquello suficiente para que en cinco minutos no quedara en el local ni un solo perturbador. ¡Quién hubiera creído a Manuel Albar capaz de aquella reacción!...

En la campaña electoral de las Cortes Constituyentes recorrimos juntos gran parte de Aragón. Unos cuantos compañeros de Calatayud nos seguían en todos nuestros desplazamientos. Casi todos ellos, de profesiones liberales. Todos han sido, después, fusilados. Nos seguían por no poder sustraerse al encanto de los discursos de Albar. Hablaba en los pueblos de Aragón con elocuencia insuperable. Desaparecidos todos sus complejos, la elocuencia fluía con enorme fuerza y exquisita belleza. Pero aquellos amigos entusiastas le creaban un enojoso problema. Tres o cuatro discursos diarios, en diferentes pueblos, con auditorios distintos, era problema de resistencia nerviosa y solidez en las cuerdas vocales. Pero aquellos amigos le obligaban a componer en cada pueblo un discurso distinto. Qué fiesta para el espíritu fue aquella campaña inolvidable! Si un discurso era bueno, el otro era mejor...

Veníamos de Castejón de Valdejasa. Pueblo rico, pero sin carretera. Veinticinco kilómetros de camino vecinal gangrenado por la erosión. Mejor era hacer diez días por la montaña. A caballo. Por silla, una ejalma. Ni él ni yo éramos buenos jinetes. Los primeros kilómetros se hicieron a ritmo perezoso. Traspuesta la cumbre, ya en la otra vertiente, las muías empezaron a dar trotecillos. Nos zarandeaban como a sacos. Pero a poco fue el sol venciendo las sombras. Quedamos absortos. Jamás habíamos visto mayor maravilla que aquel amanecer. El hielo y la nieve de las cumbres se encendieron en purísimos colores. Es imposible describir aquel fenómeno, aquella policromía, aquel milagro de la Naturaleza... Había que callar y nos callamos...

En las elecciones de 1936 no fue elegido diputado. En la provincia, aún no nos explicamos por qué, perdimos las mayorías. Nuestra candidatura era de conjunción. Las minorías fueron a manos de los republicanos. Al conocer el resultado, uno de los candidatos republicanos (U.R.) propuso que se hiciera lo necesario para que Albar fuera proclamado electo. Aquel rasgo de honradez política no fue secundado. Aquel candidato era de Badajoz. Allí vivía y actuaba. Nos lo largaron a Aragón para que dejara su puesto en la candidatura de Badajoz a Fernando Várela. No conocía a Albar para nada ni de nada. Pero vio el entusiasmo fantástico que había provocado Albar entre los campesinos. De muchos sitios lo sacaron en hombros, mientras a los demás candidatos se les oía sin pena ni gloria. ¡Qué noble pasión, qué fuego, qué elocuencia!... Sin demagogia, sin cuidarse de la infamia ajena y sí de la nobleza propia, con una perfección de estilo inigualable, con su proverbial elegancia... Los jotos se rompían la garganta en su honor. Se bailaba la jota igualmente en su honor. Jamás los pueblos aragoneses habían sentido la honda alegría, como si adivinaran preñez de radiante porvenir, la que sintieran oyendo a Albar, que era como oírse a sí mismos. Era la voz de Aragón. La voz de bronce de Aragón que volvía a oírse después de siglos de silencio. Aragón había vaciado su sustancia en la unidad nacional, en el momento en que esa unidad era un hecho revolucionario. Y Aragón se buscaba a sí mismo. Y Albar le daba la conciencia clara de que ya empezaba a encontrarse... Y no le dejaron que se encontrara. Y ahora, Albar está muerto... .

ARSENIO JIMENO

APUNTES BIOGRÁFICOS

Manuel Albar Catalán, nació en la ciudad de Zaragoza (España) el 4 de junio de 1900. A los cinco años aprendió las primeras letras, cuando ingresó en el Colegio de los Salesianos. En 1906, al fallecer su madre, se trasladó, en unión de su hermano Luis y de su padre, al pueblo de Quinto, donde residía su abuelo paterno, que era perito aparejador de Obras públicas. Al morir don Jerónimo Albar, sus dos hijos se quedaron a vivir con el abuelo paterno hasta 1913 que, fallecido éste, regresaron de nuevo a Zaragoza al domicilio de una tía, hermana de doña Candelaria Catalán. Durante este mismo año, Manolo ingresó como aprendiz en la imprenta de un familiar de su madre, apellidado Berdejo.

Ingreso en la Unión General de Trabajadores y su primera detención política.

En 1915 se afilió a la Unión General de Trabajadores, y comenzó su trabajo como tipógrafo en la imprenta Casañal, la más importante y acreditada a la sazón en Zaragoza. En ella estuvo durante cuatro años en que, voluntariamente, cambió de colocación. Volvió a la citada imprenta, como regente de la misma, en 1924, permaneciendo en su cargo hasta el otoño de 1927.

En Zaragoza, como en otras ciudades hispanas, el Gobierno realizó una serie de detenciones entre los obreros, y Manuel Albar, en unión de un crecido grupo de trabajadores, fue encarcelado. Diariamente lo visitaba su tía Pilar, que intentaba por todos los medios convencerle para que renunciara a sus ideas, llegando a ofrecerle las mejores prebendas y hasta amenazarle con desentenderse de él y de su hermano. Manuel Albar, sin embargo, no hizo caso y prefirió romper definitivamente con el único eslabón familiar que le quedaba. Cuando aquél abandonó la cárcel, salió con una formación totalmente socialista.

Incorporación a la redacción del diario "El Socialista".

En Irún, ciudad a la que se trasladó a finales del año de 1927, a raíz de que los herederos del antiguo propietario de la imprenta Casañal decidieron liquidar el negocio, lo descubrió otro tipógrafo, Andrés Saborit, quien vio en Manuel Albar las magníficas condiciones que le señalaban como elemento valiosísimo para la propaganda y organización del Partido Socialista. En los últimos meses de 1928, después de haber trabajado durante más de un año en una imprenta propiedad de Prudencio Cruz, fijó su residencia en Madrid, incorporándose como redactor de plantilla en el diario "El Socialista".

En 1931, siete años después de ingresar en el Partido Socialista Obrero Español, Manuel Albar fue designado secretario general de su Comisión Ejecutiva, ocupando el cargo de presidente de la misma Remigio Cabello, también tipógrafo.

Días antes de la inauguración de las Cortes Constituyentes de la República Española, en 1931, durante un Congreso extraordinario del Partido Socialista, efectuado en Madrid, Manuel Albar dio brillantísima respuesta al gran discurso que había pronunciado el socialista italiano Modigliani.

Las Agrupaciones Socialistas de las provincias españolas frecuentemente solicitaban de la Agrupación de Madrid —de la que Manuel Albar fue su secretario general— oradores autorizados, manifestando siempre especial predilección por aquél. Además de los pueblos de la provincia de Zaragoza, a los que representó como diputado durante las Cortes Constituyentes, Manuel Albar realizó jiras políticas por las siguientes ciudades

españolas: Mieres (Asturias), Orense, La Coruña, El Ferrol, Santiago de Compostela y Puebla de Caramiñal (Galicia), Valencia, Sevilla y Albacete.

En cierta ocasión, los socialistas de Vallecas (Madrid) solicitaron de la Comisión Ejecutiva del Partido la designación de dos oradores. Había amenaza de muerte para quienes se atreviesen romper el cerco simbólico que otro bloque obrero tenía establecido en dicha barriada madrileña. Tal era el grado de apasionamiento a que habían llegado las cosas. Manuel Albar se levantó de su escaño del Parlamento y, dirigiéndose a su compañero que más frecuentemente le acompañaba en la propaganda, le preguntó: "Edmundo, ¿vamos? El interpelado, lacónicamente, contestó: "Andando". Y allá fueron hasta Vallecas, Manuel Albar y Edmundo Lorenzo. El magnífico mitin, de auténtica guerra como requerían las circunstancias, fue un clamoroso éxito.

La jira que estuvo a punto de costar la vida a Manuel Albar.

La jira realizada por Marchena (Sevilla) estuvo a punto de costar la vida a Manuel Albar y a otros compañeros. Después del mitin, efectuado en dicha población, se hizo una visita a la ciudad de la Giralda, en donde el grupo de socialistas abordó el avión para regresar a Madrid. Era el primer viaje aéreo que se hacía. Todo fue tranquilo hasta llegar al aeropuerto de Getafe (Madrid). Al aterrizar el avión, en forma brusca, volvió a elevarse. Los pasajeros quedaron sorprendidos, sin saber lo que había sucedido. Cuando el avión hizo el aterrizaje definitivo se supo que al tomar tierra por vez primera, se atravesó otro piloteado por un suboficial del Ejército que realizaba acrobacias. El suboficial era tuerto y el avión de pasajeros bajaba por el lado correspondiente al ojo que carecía de vista.

A raíz de la revolución de octubre de 1934, Manuel Albar fue detenido el 21 de diciembre del mismo año, en Madrid, después de deambular durante varios días eludiendo la persecución de la policía. Su aprehensión no se hizo como consecuencia de estar complicado en la preparación de la revolución ni por haber intervenido en un acto político en la Casa del Pueblo, de Madrid, donde pronunció un violentísimo discurso atacando duramente al ministro de la Guerra, José María Gil Robles, y al presidente del Consejo de Ministros, Alejandro Lerroux. Manuel Albar fue conducido a la Cárcel Modelo madrileña, debido a un error que, fundamentalmente, vino a favorecerle. Había un periodista republicano, de nombre Manuel Albar, que era reclamado por las autoridades policíacas por ser el autor de artículos que se consideraban delictivos. Algunos policías, creyéndose demasiado listos, se apresuraron a detener a Manuel Albar, y éste, por un delito que no había cometido, estuvo en la Cárcel Modelo.

Nuevamente en 1936, fue designado vocal de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista, cargo que desempeñó hasta 1946, en que se eligió una Comisión Ejecutiva Socialista en el exilio. En 1938 acudió, con carácter oficial, al Congreso de la Paz, efectuado en París.

Su nombramiento como director de "El Socialista" de Madrid y de Barcelona

Cuando Julián Zugazagoitia, director de "El Socialista" de Madrid ocupó el puesto de ministro de la Gobernación, Manuel Albar fue nombrado para sustituirle. Desde este momento figuró como director del órgano oficial del Partido Socialista Obrero Español, primero en Madrid y posteriormente en Barcelona, hasta que finalizó la guerra civil. Durante los cruentos días de enorme incertidumbre —y de sacrificio y heroísmo— que vivieron los habitantes de la capital de España, Manuel Albar levantaba la moral de todos los lectores de "El Socialista", merced a su brillantísima pluma. Después, en Barcelona, de nuevo en "El Socialista", con sus magníficos editoriales, ponía el dedo en la

llaga de los palpitantes problemas del momento. La claridad —y la verdad en todos los casos— con que acostumbraba escribir Manuel Albar motivó que el periódico, a pesar de que dentro del Gobierno republicano español existían seis ministros de filiación socialista, al igual que el propio presidente del Consejo de Ministros, fuese suspendido por la censura gubernamental, hasta en seis ocasiones. Una de éstas, por haber publicado un editorial titulado "Si pudiéramos volvernos atrás..."

El 18 de marzo de 1938, la Agencia de noticias Havas informó de la expropiación petrolera en México, decretada por el general Lázaro Cárdenas. "El Socialista" publicó la primera entrevista de la prensa española con el embajador mexicano, y al siguiente día Manuel Albar escribió un editorial elogiando a México y al entonces su presidente Cárdenas.

El 16 de septiembre de ese mismo año, fecha en que México festeja su Independencia, "El Socialista" le dedicó un número extraordinario. Colaboraron en esta edición el primer secretario de la Embajada, profesor Lucio; el agregado militar, general Ruiz; y el propio embajador, Coronel Adalberto Tejeda. La inspiración de Manuel Albar y unas fotografías de la Enciclopedia reproducidas en grabados, completaron la magnífica información publicada en "El Socialista".

El 13 de junio de 1939, Manuel Albar embarcó en el vapor francés "Ipanema", con rumbo a México. Ya en la capital azteca, en unión de Lucio Martínez Gil —ambos ostentaban el nombramiento de delegados de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista—, abrieron una oficina de información para los socialistas españoles y publicaron un "Boletín", cuyo primer número se hizo en mimeógrafo, apareciendo en enero de 1940. Cuando empezó a editarse el periódico "Adelante", en febrero de 1942, el "Boletín" desapareció y Manuel Albar se hizo cargo de la dirección de "Adelante", hasta el 7 de abril de 1955.

Al crearse la Junta Española de la Liberación, el Comité de ésta nombró a Manuel Albar director de su órgano oficial, "España", que se publicaba semanalmente, y que dejó de aparecer el 8 de septiembre de 1945, al disolverse dicho organismo a raíz de la formación del Gobierno Republicano Español en el exilio.

Otras de las actividades que Manuel Albar desempeñó en México fue la de redactor-jefe de la revista fotográfica "Oiga" y corrector de pruebas en la imprenta "La Carpeta" y en la "Editorial UTHEA".

Además de sus habituales colaboraciones en "El Socialista" de Francia, "Adelante" y "Renovación" de México, tuvo las siguientes: "La Vanguardia" de Buenos Aires, "Última Hora", "Orbe", "Cine Mexicano", "Heraldo de Guerrero", "Punto", "Cancha", "Hogar Obreros", "Boletín Radiofónico", "Aragón" "Atlántida", "Nao", "Verdad", "Veraz", "Oiga", "Hoy", "España Nueva", "España", "Revista de Revistas" y "Francia", en cuyas páginas se publicó su artículo póstumo, que escribió, mejor dicho dictó ya enfermo desde la cama.

Fue en México, precisamente, y durante los últimos años de su vida, donde Manuel Albar inició una serie de trabajos periodísticos y literarios en las publicaciones anteriormente señaladas. Podemos afirmar que su pluma —tan brillante como fecunda— tuvo su mayor desenvolvimiento en México. Lástima que su exagerada modestia le impidiese escribir un libro, o varios libros, con ese impecable e inconfundible estilo que le caracterizaba. En alguna ocasión le pregunté que por qué no escribía un libro. Su respuesta fue terminante: "Para escribir un libro hace falta saber escribir.. ."

Renuncia a los cargos de ministro de Gobernación y de gobernador civil de Madrid.

Al abandonar Julián Zugazagoitia la cartera de ministro de Gobernación, este cargo

fue propuesto a Manuel Albar, quien lo rechazó, como tampoco aceptó el que anteriormente le ofrecieron para gobernador civil de Madrid. En las postrimerías de la guerra civil, el presidente del Consejo de Ministros, doctor Juan Negrín, le nombró delegado personal en las Subsecretarías de Mar, Tierra, Aire y Armamentos, cargo que de hecho nunca desempeñó.

Una mañana del mes de febrero de 1939, como de costumbre, Manuel Albar llegó a la redacción de "El Socialista". Estaban solamente Juan Manuel Tort, Francisco Rivero Gil y José Botaya. El resto del personal ya había abandonado Barcelona. El Director de "El Socialista", acompañado de un redactor, del dibujante y del conserje del edificio, salieron de la ciudad, después de visitar al Coronel Jarillo, quien les informó de que las fuerzas franquistas se hallaban a escasas horas de la Ciudad Condal.

Delegado a los Congresos del Partido Socialista, efectuados en Francia en 1946 y en 1950. Nombramiento de vocal de las Ejecutivas del P.S.O.E., de la U.G.T. y director de "El Socialista".

A los dos primeros Congresos del Partido Socialista Obrero Español, efectuados en la ciudad de Toulouse (Francia) en 1946 y 1950, Manuel Albar acudió en calidad de delegado de la Agrupación Socialista Española de México. En 1950 fue designado director de "El Socialista", y en 1951 elegido vocal de las Ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores.

Durante dos años vivió Manuel Albar en Toulouse. A través de la correspondencia dirigida a sus familiares, residentes en México, conoceremos cómo transcurrieron sus días en Francia.

Manuel Albar regresó a México el 4 de junio de 1952. Cuando en Toulouse se conoció su próxima salida, los Comités locales del P.S.O.E., U.G.T. y J.J.S.S. organizaron una cena de homenaje y de despedida, bien concurrida y bien impregnada de cariño, en la que se demostró cuánto se le quería. Al final de la cena pronunció un finísimo y elocuente discurso, terminándolo así: "Dices que no son tristes las despedidas, dile a quien te lo ha dicho que se despida". Esta frase quedó grabadísima en todos los presentes, porque observaron cómo las lágrimas asomaban en los ojos de Manuel Albar.

"Para mí, la muerte de Antonio Trigo y de Manuel Albar —copio párrafos de una carta que un socialista residente en España dirigió a Paulino Gómez Beltrán, en Toulouse—, me ha impresionado más que cuando estuve a punto de caer bajo el plomo de las balas. Y es que, tanto el uno como el otro, desde ángulos distintos, por su sencillez, hombría, dignidad e inteligencia, me habían conquistado totalmente. Recuerdo que una madrugada del mes de julio de 1932, encontrándonos varios amigos en la plaza de Santa Bárbara, nos relataba Manuel Albar —y entre la concurrencia se hallaba Trigo— los dramáticos episodios de su niñez, cuando quedó huérfano y lo recogió su abuelo trasladándolo al pueblo aragonés de Quinto; y dos años más tarde, al morir el abuelo, otra vez a Zaragoza, en casa de la hermana de su madre. A los catorce años empezó a luchar para contribuir al sostenimiento de su hermano más pequeño; el paso por varias imprentas que fracasaron en el negocio; la llamada de Saborit para trabajar en el órgano del Partido... Relato sencillo y, a veces, salpicado de humorismo, pero que arrancó unas lágrimas de nuestro querido Antonio Trigo. Recogí estas escenas para publicar un suelto que se titulaba "He visto a un gigante llorar", y es que Antonio Trigo, con su enorme corpulencia, tenía la sensibilidad de un niño".

Su enfermedad. "Siento morir tan pronto, con lo mucho que aun me falta por leer". Terrible agonía de trece horas.

El 18 de marzo de 1955, Manuel Albar sintió un fortísimo dolor en el costado dere-

cho, y sin darle importancia acudió al trabajo. Sin embargo, cuatro días después tuvo que quedarse en cama. El 1 de abril fue trasladado al sanatorio de la Benéfica Hispana, de la que él era presidente. Antes de salir de su domicilio ordenó a su hija Cecilia que le llevase hasta la cama donde él se encontraba algunos libros de su biblioteca, seleccionando los siguientes que pretendió leer en el sanatorio, sin lograrlo: "El otro Lope de Vega", de Federico Carlos Sáinz de Robles; "De Cervantes y Lope de Vega, de Ramón Menéndez Pidal, y "J. Prescott Joule, William Thompson y J. Clerc Maxwell", de J.G. Crowther. El solo se vistió, cubriéndose el cuerpo con una manta y la cabeza con una boina y, mirándose al espejo, irónicamente exclamó: "El día que yo describa esta salida mía de la casa producirá risa". Los camilleros y su hijo Manolo lo bajaron sentado en una silla, y antes de colocarlo en la ambulancia se le recomendó que se acostase en la camilla. "No me explico el por qué de tanta comedia", dijo en tono enfadado.

En la tarde del domingo 3 de abril, al entrar su esposa en la habitación, le preguntó si quería que abriese la ventana para que pudiese dormir mejor, respondiéndole: "Ábrela bien, porque lo que voy a dormir es el sueño eterno..." Este día, reunida la Junta de Médicos, como último recurso, recomendó se le practicara una endoscopia para eliminar el edema que existía en el pulmón derecho. Al día siguiente, a las cuatro y media de la tarde, se le hizo la intervención ordenada por los doctores, durando la misma quince minutos. Desgraciadamente, el resultado fue negativo, y aquella sólo vino a producirle un mayor sufrimiento, pues se quejaba de agudísimos dolores en el pulmón.

A las cuatro menos cuarto de la madrugada del jueves 7 comenzó una agonía terrible, que duró trece horas. Ya no podía hablar. Se asfixiaba. Por el movimiento de los labios se sabía que pedía agua, que se le daba en un algodón mojado. A la una de la tarde entró en la habitación su hija María de los Angeles, que había llegado la víspera, a las ocho de la noche, procedente del norte del país después de un vuelo de ocho horas, y apretó la mano derecha de su padre mientras que con la otra le acariciaba sus cabellos. Al sufrir el cuarto colapso, a las cuatro y media de la tarde, se le inyectó coramina. Ya fue inútil, porque el organismo no respondió. A las cinco menos cuarto, exactamente setenta y dos horas después de la endoscopia, falleció.

Manuel Albar dejó a sus familiares, como únicos tesoros, sus libros, su honradez y su inolvidable recuerdo dentro del Socialismo Español. Muchos meses antes de caer enfermo, mirando a su biblioteca, decía a su hija Cecilia: "Este será el único tesoro que os deje cuando me muera". Y otras veces, pensativamente, exclamaba: "Siento morirme tan pronto, con lo mucho que aún me falta por leer."

El viernes 8 se efectuó el enterramiento en el cementerio español. Antes de que el ataúd fuese bajado hasta la fosa, hubo una mano que levantó la pequeña tapa que dejaba al descubierto el cristal, viéndose la cara apacible, sin huellas del sufrimiento pasado, de Manuel Albar, y colocó allí el último número que Albar dirigió del periódico "Adelante".

Sobre su tumba hay un libro abierto, cincelado en mármol blanco, que tiene estas inscripciones:

"El nombre de España nos impone a todos un parentesco físico y moral, que está por encima de antagonismos, odios y discrepancias".

"Mi españolismo, tan viejo como yo, está firme; tan firme como mi fe en el Partido".

R. P.

CARTAS DE MÉXICO

(Artículos para una revista que proyectó publicar en París, Francisco Cruz Salido)
(1939-1940)

"Estáis en vuestra tierra..."

"No conquistadores, sino conquistados"

Pláticas con las Compañías Petroleras.

A la greña por el amor de Moscú.

La emigración republicana y su flaqueza.

"ESTÁIS EN VUESTRA TIERRA. . ."

Cuando el licenciado García Téllez, Secretario de Gobernación en el ministerio del Presidente Cárdenas dio la bienvenida, en la Escuela Naval de Veracruz, a los españoles llegados en el "Ipanema", tuvo esta bella frase para finalizar un buen discurso: "Estáis en vuestra tierra". Me tocó a mí a quien, en nombre de todos, rindiera testimonio de gracias al Gobierno de México. Testimonio de gracias y anuncio de una postura a la cual —conviene decirlo— no ha faltado, que yo sepa, nadie. "Ni españoles desarraigados— ¡ay, como bulle en nuestro corazón de exilados el recuerdo del paisaje nativo!— ni hombres de tránsito", fueron mi palabras. Somos, sobre todo, hombres que aspiran a enderezar su vida por la virtud humilde de sus acciones, sin que nunca les sea aplicable el reproche de abuso de hospitalidad. Sí; estamos en nuestra tierra. ¡Por tantos motivos, para quien siente la pasión histórica, entrañablemente nuestra! Cualquier cosa podrá ser un español en México, excepto esto: forastero. Tanto menos si el español que pisa su suelo llega, como en nuestro caso, con el alma limpia de codicias y en busca de una solidaridad sentimental. No somos forasteros en México. Tampoco hombres de paso —torpemente hay quien anda diciendo lo contrario—, que guardan sus maletas hechas, pensando en el retorno. Aunque a todos se nos vuelvan los ojos húmedos hacia las rutas marinas que conducen a las costas de España, muchos de los que hemos llegado no volveremos nunca. Afincaremos aquí. Nos ganará la vida con exigencias insospechadas. Nos hará prisioneros del deber o de la conveniencia... México es nuestra tierra.. .

* * *

Pero eso no impide que haya aquí, en México, quien se obstina en extendernos certificados de extranjería. ¿Por equivocada, pero sincera animadversión a los españoles? Se me antoja que sus cultivadores son

Líos primeros que no la sienten. Más acertado sería sospechar que aspiran a inyectarla en los demás. Por ejemplo, en los elementos obreros, a los cuales se trata de hacer creer que cada español llegado a México es un competidor que viene a disputarle su trabajo y su pan. Ya se comprende que la tarea, nada honrosa, de sembrar recelos de esa naturaleza, corre a cargo exclusivo de algunos periódicos y organizaciones políticas —no las más acreditadas, ciertamente— que representan en México a la oposición. No es extraño. Ha empezado ya la campaña preelectoral de los candidatos a la Presidencia de la República. Ha empezado, y promete, por los anuncios, ser fogosa. Y he aquí que los emigrados españoles, sin proponérselo —más claro, pese a la rigurosa discreción de su comportamiento— se han convertido en un tema político que manejan para su propaganda todos los que, de una manera u otra, y aparte todos los disimulos, acusan disconformidad con la gestión de Cárdenas., Nadie combate abiertamente la admisión de españoles en México. Al revés, parece reunir un ascenso común, a juzgar por lo que se dice y escribe. Pero la estrategia del ataque tiene también formas innumerables. No es desconocido por mí la que consiste en elogiar lo hecho —porque hecho está y no resulta fácil deshacerlo— y acumularle a seguido inconvenientes tales y tantos que hubiera sido mejor no hacerlo. Es el procedimiento elegido por algunos periódicos mexicanos. Son —dicen— nuestros amigos, pero ayudan —sin decirlo— a nuestros enemigos. Revista hay —la más lujosamente editada, doscientas páginas, ilustrada profusamente— que está publicando unos reportajes a costa nuestra, cuyo contenido puede juzgarse por el título "La conquista de México en 1939". Acaso crea compensada su ofensiva contra los emigrados en el hecho de que colaboren en sus columnas algunos escritores españoles

llegados como emigrantes. Acaso sea cierto también aquello de quien bien te quiera te hará llorar,.

Frente a los sembradores de la cizaña están los que desde el primer instante, y sin reservas, nos han tendido la mano abierta. El Gobierno prosigue en su actitud resuelta; la C.T.M., organización sindical preponderante en México, ha dirigido a sus secciones una circular en la que, en términos duros, condena todo el intento de impedir el acceso a los españoles a la vida social del país. La verdad es que México no pierde nada —y gana mucho—[^] con la llegada de los españoles. Tiene capacidad sobrada para absorberlos. Necesita obreros, necesita campesinos, obreros especializados, técnicos que contribuyan a su desarrollo económico. Para todos hay tierra y posibilidades en México. Abrirles las puertas de par en par a los emigrados españoles es un acto de generosidad, pero también una medida inteligente de gobierno. Vuelvo al comienzo: si alguien hay que no pueda sentirse forastero en México es un español. Y doy por seguro que no habrá discusiones en ese orden si no fuera porque en México —y no por nuestra culpa— ha empezado ya la campaña electoral. .

31 de julio de 1939.

"NO CONQUISTADORES, SINO CONQUISTADOS"

Nada menos que a singular combate, y desde el escenario de un teatro, ha retado Luís N. Morones, secretario general de la CROM, a Vicente Lombardo Toledano, que lo es de la CTM. Adviértase que el reto, traducido por mí, no tiene simbolismos literarios. Luis N. Morones desafía a Lombardo Toledano —no sé si a pistola o a espada— para dirimir por ese medio sintético el antagonismo existente entre las dos organizaciones obreras. Y todo, aparentemente, por culpa de los españoles llegados a México con sello de emigrados. Morones —que fue líder prominente durante el Gobierno de Calles— asume ahora, sin negarnos hospitalidad, antes bien haciéndose solidario de ella, el papel de protector de los trabajadores del país. Mano tendida para los españoles, pero sin daño para los obreros mexicanos... Tal vez en Morones sea sincera, pero esa es, precisamente, la fórmula hipócrita que esgrimen todos los que, desde los campamentos de la derecha, rompen lanzas contra nosotros. Lo primero que conviene poner en claro es en qué consiste ese presunto daño que los obreros o los técnicos mexicanos — ¡cualquiera diría que la emigración española empieza ahora;— reciben con la llegada de unos cuantos millares de españoles. Nadie lo ha dicho hasta hoy. Nadie lo dirá tampoco. No lo dirá porque el recelo es a todas luces injustificado. Ni el Gobierno mexicano podría hacerse solidario de ese perjuicio, ni los emigrados se lo proponen, ni México sufre, sino que gana, con la llegada de los españoles. Conviene que se insista en ello, porque es la verdad y la verdad debe ser, para todos, de confesión obligatoria. Me cumple decir que esa verdad ha sido proclamada, bien recientemente, por mexicanos que tienen autoridad para decirla y en términos tales que me ahorran a mi todo trabajo. "México —se ha dicho— es un país que necesita inmigrantes y sangre vigorosa que se mezcle a la sangre nativa". Lanzada por mí, acaso la declaración pudiera ser motejada de audaz. Pero ha salido de labios mexicanos y dicha por hombres que aman a su país tan entrañablemente como nosotros pensamos en el nuestro. Y esos hombres, no los otros, son los que dicen la verdad, y la verdad expresa el sentimiento político de México. Harto de tópicos, que me he ido sacudiendo a manotazos durante tres años de guerra civil, mi espíritu crítico está más despierto y alerta cada año. Quiero significar con ello que no transijo con lugares comunes, ni siquiera los revolucionarios —que son el lastre muerto de las revoluciones—, que yo no seré jamás quien ponga en la picota, creyendo que con

ello gana reconocimiento, a los españoles que afincaron aquí antes que nosotros. Lo que me importa es mi cédula moral, la que cada uno exhibe, y a ella me atengo. "Sí, pero la Historia..." Porque conozco la Historia, precisamente, escribo como escribo. Y sé que mexicanos y españoles somos de una misma carne. Yo no puedo sentirme nunca forastero en México.

* * *

Pero el caso es que todos se han puesto a opinar sobre los españoles unos en pro y otros en contra— sin que los españoles hayamos opinado nada. Naturalmente, no niego el derecho de los mexicanos, de todos los mexicanos, a concedernos o no su simpatía. Lo que niego es el derecho a mezclarnos contra nuestra voluntad en las contiendas políticas de México. Nos está prohibido por ley y por decoro. Pero esa actitud tiene su contrapartida y su premio, a saber: que nadie, ni para bien ni para mal, nos utilice a manera de banderín de enganche. Déjenos en paz, que de guerra ya sabemos bastante. Y trabajando, que tiempo y mimbres hay de sobra en México para que ningún español — conjunto de virtudes que difícilmente dará ningún otro emigrante— se pase los días mano sobre mano. Tenemos, claro es, nuestros defectos, unos de raza y otros contra la raza. No falta, fuerza es confesarlo, quien se ha traído a bordo, pasándolo, supongo, de contrabando, su hatillo de defectos. Eso quiere decir que el drama de España, que es nuestro drama, todavía no ha sido pesado por todos. Los hay que han hecho del barco una prolongación de su pasioncilla política, que es la negación de la pasión. Los hay que a su llegada a Veracruz —ese pueblo grande, con magníficas pinceladas de color, en el que todo habla de los españoles— creían impresionar a los mexicanos levantando el puñito, cosa, como tantas otras, que nos fue confiscada en la frontera francesa y que tiene muy escasa circulación. Y los hay que se dan puñadas en el pecho contando lo que hicieron —que es, justamente, lo que no debieron hacer— y anunciando, que es peor, lo que harán y desharán en cuanto se les brinde coyuntura. Son los menos, y sobre todo los que no hicieron más que combatir en silencio, aprendieron algo en la guerra y se aleccionaron en la derrota, lo cual no quiere decir que se haya enfriado en ellos ningún entusiasmo. Y esos no han traído a México más que una ambición: trabajar y añorar, en las horas de melancolía, el rescate de la patria perdida y amada.

Los obreros ferroviarios españoles llegados a México han dado a la prensa un comunicado en el que renuncian a la protección que les ofreció, públicamente, la CTM. Hay una razón que justifica ese gesto, netamente español. Algunas secciones ferroviarias de la CTM se han distinguido por su resuelta oposición al empleo de obreros españoles. Verdad o pretexto, parece ser que hay obreros de la profesión que están en paro. Sea como fuere, el nudo gordiano de la disputa interna lo han cortado los españoles con esa renuncia expresada sencillamente. A México no hemos venido a conquistar nada. Nada, salvo lo que en cualquier país del mundo, si el mundo no anduviera desquiciado, podríamos invocar: el derecho a la vida. De otros conquistadores, más cautelosos, que le llegan por mar y tierra, tiene México que desconfiar más que de los españoles, conquistadores que ya no podemos aspirar más que a la reconquista de nuestra propia tierra. En México somos, necesariamente, y poniendo en juego la acepción más limpia de la palabra, los conquistados.

7 de agosto de 1939

PLATICAS CON LAS COMPAÑÍAS PETROLERAS

Aparte de la campaña preelectoral, vivero inagotable de discordias y ruidosas polémicas, la atención de los mexicanos se concentra hoy en las conversaciones que el Gobierno de México sostiene con el de los Estados Unidos acerca de la expropiación de

las Compañías Petrolíferas, decretada por el Presidente Cárdenas en marzo de 1938. Y así como en tomo a la elección presidencial el ambiente político de México acusa divergencias, fácilmente traducidas en violencia, en torno al problema de las posesiones petrolíferas, todo México —y los que no somos mexicanos también— se alinea con apasionada unanimidad en respaldo del Presidente Cárdenas. Se comprende. México juega, una vez más, la carta de su soberanía, en tantas ocasiones maltratada y puesta en trance de humillación. Ahora esa carta se juega con limpia y sostenida energía. La guerra financiera, arma cautelosa de los países ricos, que ha determinado un brusco descenso de la moneda nacional, no ha conseguido quebrantar en lo más mínimo la firmeza del Gobierno de México. Adviértase que esa es firmeza moralmente inatacable por cuanto no ha vestido nunca ropajes de intransigencia. El decreto de expropiación es jurídicamente irreprochable. A vueltas con la legalidad, nadie ha podido hincarle el diente. Los descontentos han tenido que contentarse —valga la paradoja— con el refunfuño de su malhumor, trasunto de un egoísmo herido. Exactamente es esa —¡todavía!— la postura de las Compañías reclamantes, ambiciosas de recuperar su antiguo dominio sobre el suelo de México. La intransigencia, según resulta de las negociaciones últimas —actualmente en paréntesis de suspensión—, no proviene del Gobierno de Cárdenas, sino de las Compañías. Y aquí surge el punto delicado de la cuestión. ¿En qué fuerza se amparan las Compañías? ¿En la suya propia, solamente en la suya? Es curioso anotar que la actitud arrogante de las Empresas coincide con un aparente debilitamiento personal de Roosevelt —buen amigo de México—, y, sobre todo, con la agitación que en México motiva la próxima sustitución presidencial.

Acaso peque yo de suspicaz y venga a ser, sin darme cuenta, más papista que el Papa. Pero conozco algo de la historia de México —y también de la historia de Norteamérica— y recuerdo que las revoluciones que México ha padecido, vinculadas fatalmente a poderosos intereses internacionales, han solido empezar por el Norte.

Desde luego, el Gobierno mexicano no ha negado en ningún instante el derecho de las Compañías —un derecho que, en buena justicia histórica, estaría ya cancelado. . .— a recibir la indemnización correspondiente. Pero las Compañías no quieren indemnizaciones. Quieren dominio y negocio libre sobre un suelo extranjero. Quieren, precisamente, lo que sus accionistas, ni sus propios Gobiernos, otorgarían jamás a ninguna empresa que no tuviera sello nativo. Porque hay una democracia —hoy exacerbada, aunque también en quiebra— que priva solamente de fronteras adentro y cree que, de fronteras afuera, no tiene obligaciones que cumplir. Los mexicanos saben mucho de eso. Los españoles también sabemos algo. No por haberla practicado, sino por haberla sufrido. Aquellas minas de Ríotinto, cuyo Consejo de administración hacía burla de nuestras protestas! ¡Aquella Compañía Telefónica, "tabú" invulnerable, porque a su espalda lucía la bandera estrellada! Pues multiplíquese por ciento o por mil la operación y se tendrá idea aproximada de lo que en México representaba la presencia de las Compañías petroleras inglesas o norteamericanas. Y esas Compañías son las que al presente, movilizándolo el caudal de sus cuentas corrientes —engordadas en México—, tratan de arrancarle al Gobierno Mexicano una rectificación que reputo imposible. Jurídicamente ya dije que las Compañías no tenían ninguna razón. Políticamente, no hay en México quien se atreva a aceptar el papel de abogado suyo. Para ese viaje no hay quien se compre alforjas, a no ser que las circunstancias generaran, secretamente, un traidor... Por hoy, la opinión nacional rubrica ardorosamente la firma de Cárdenas, cuyo prestigio personal —caso raro en México— está por encima de todas las contiendas políticas. Desde los días de Francisco I. Madero, villana y estúpidamente sacrificado, no creo que ningún Presidente de México haya logrado el respeto —merecido— que Cárdenas reúne en torno suyo. ¿Es un mal, es un bien para él que este pleito de los petróleos venga a cobrar agudeza en

los últimos meses de su mandato presidencial? No lo sé. Lo que sé es que es un bien para México.

Tras de la C.T.M., el P.R.M. (Partido de la Revolución Mexicana), al que pertenece el Presidente Cárdenas, ha roto lanzas en favor de los emigrados españoles. Las ha roto como hay que romperlas, es decir, sin invocar —que no hay por qué— la nota falsa y humillante de la protección sentimental. Hemos venido a México, porque en México no podemos —no debemos— ser forasteros, y porque en México podemos ser útiles. Esa es la verdad. Una verdad que no obliga a nadie —a mí, desde luego, no— a entrar dando voces contra los "gachupines" y a renegar de todo lo español. Yo no reniego en ninguna parte de mi españolismo. En México, tampoco. De crearnos una atmósfera adversa ya se encargan los que vinieron a México no a civilizarlo, sino a explotarlo. Si no fuera por una propaganda mendaz, que también entra por el Norte, y sin pagar aduanas, en México se advertiría bien que la emigración española —esta emigración que ahora llega— es un beneficio, no un daño, y merece no ya repulsa, sino estimación. Los españoles no han planteado en México, ni plantearán, conflictos como el de las Compañías Petrolíferas.

15 de agosto de 1939.

A LA GREÑA POR EL AMOR DE MOSCÚ

Bastó que el Presidente Cárdenas hiciera una declaración —cierto que tajante— condenando la invasión de Finlandia, para que los comunistas mexicanos —pocos, pero bullidores— le hayan negado a Cárdenas la gracia de su simpatía. Si no de una manera oficial, puesto que el Partido, como tal, no ha dicho oste ni moste, sí por boca, y desboCADAMENTE, de algunos de sus miembros más enardecidos. En efecto, le han sido dirigidos a Cárdenas mensajes que, como el del pintor y coronel Alfaro Siqueiros, pecan, por su tono, de procaces. Es lo que hacía falta para que, inmediatamente, la reacción anticomunista haya provocado tempestades que han tenido ruidosa expresión en la Cámara de los Diputados. Verdad es que, armada la trifulca, uno y otro bando, por tácita conveniencia, han eliminado de sus tiros el blanco presidencial. Los comunistas afirman que son los contrarrevolucionarios los que han influido sobre el Presidente. Los anticomunistas aseguran que el Presidente no tiene culpa en la política de desmanes que el comunismo, bien agarrado a los resortes del Estado, está cometiendo en México. De donde resulta que, por una y otra parte, el que sale teniendo razón es el virtualmente atacado: Cárdenas. Pero es evidente que los comunistas, en este caso —por lo menos en este caso— llevan la parte mala. Tan mala que no tiene defensa. De ellos ha Partido la irritada protesta contra el Presidente. No sería justo, pues, que se lamentaran de la respuesta. Y la respuesta se la han dado no solamente las Cámaras, sino las organizaciones sindicales —que no siempre están interpretadas por sus líderes— y hasta los emigrados políticos españoles que suscriben, en su mayoría, la actitud presidencial sin que ello implique —¡que más quisieran los turiferarios de Moscú!— solidaridad con quienes, a título de anticomunistas, son también enemigos de la democracia mexicana. No; no hay engaño ninguno que aclarar. El sentido de la democracia, libre de complicaciones y malicias, está condensado en las palabras del Presidente Cárdenas condenando la invasión de Finlandia. Lo demás es bolchevismo de importación para paladares pocos escrupulosos.

Un periódico mexicano, órgano, al parecer, de las masas obreras y
pregón, en realidad, del Partido Comunista, ha iniciado una encuesta— la encuesta de los minoritarios, la llamaría yo— encaminada a justificar o disculpar, ya que defen-

derla no es posible, la política de expansión de la URSS. Las respuestas, en efecto, aunque cuidadosamente solicitadas de opinantes adeptos y hábilmente seleccionadas después —todos sabemos cómo nace una encuesta de la nada— son curiosas. Ni una sola rubrica, limpiamente, el gesto de agresión de la U.R.S.S. Lo que hacen es —consigna tenemos, Sancho amigo— condenar la pasividad de Francia e Inglaterra en los casos de Austria, Checoslovaquia y España. El método de Ollendorf está, pues, al corriente. De suerte que la no condenación de Rusia por lo que hace, se convierte en una condenación de Francia e Inglaterra por lo que dejaron de hacer. Hítler se holgará mucho de ello. Nosotros, no. Aunque seamos españoles. Y precisamente porque lo somos.

* * *

Como siempre, la propaganda comunista peca de torpeza y falsedad acaso porque no hay argumentos que pongan a salvo lo que es absurdo. Yo he meditado sobre ello largamente. Admiro —lo digo sin ironía— la cerrada obstinación con que los comunistas —stalinistas debe escribirse— difunden la verdad, cambiante y antagónica cada veinticuatro horas, que viene de Moscú. Ahora, por ejemplo, no se les ha ocurrido cosa mejor que sonreírle al nazismo porque se da la circunstancia de que Rusia no ha querido ponerse del lado de las democracias. El cómo y, por qué de ese contrasentido suscitarían interés. Los comunistas, sin embargo, se ahorran aclaraciones. Con acusar, en lugar de defenderse, creen cumplido su papel. Será menester que seamos nosotros, los que no queremos saber nada de comunismo —en tanto el comunismo sea una proyección servil de Moscú—, los que examinemos la razón o sin razón de la política de Rusia. Que tal vez sea rusa, pero no vinculada a la suerte del proletariado europeo ni a la subsistencia de la democracia...

Diciembre de 1939.

LA EMIGRACIÓN REPUBLICANA Y SUS FLAQUEZAS

Así como la leyenda del Dorado —o El Dorado— calentó las cabezas de las gentes e impulsó a muchos aventureros a cruzar el Atlántico cuando se llevaba a cabo la conquista del Perú, sin que al fin consiguiera nadie descubrir el país fabuloso de la plata y el oro, la leyenda, mucho más modesta, pero no por eso menos falsa, de la abundancia en que viven —así, sin distinciones— los republicanos españoles que en México encontraron asilo, ha llenado de humo muchas imaginaciones, sobre todo en España, donde se piensa generalmente, y así lo revelan las cartas que llegan de allí, que todos los refugiados de México hemos hecho fortuna, mayor o menor, sin otra excepción que la de quienes, por su incapacidad o por su abulia, no han sabido lograrla. Me incluyo, con títulos indiscutibles, entre esos incapaces. Pero. ¿soy una excepción? De ningún modo. La excepción la constituyen —ya lo dije— los que llegaron a México sin otro capital que unos cuantos billetes de la República, buenos solamente para hacer compañía a los bilimbiques de Carranza, y hoy son ricos o van camino de serio llevando una existencia holgada, manejando su automóvil y dirigiendo prósperos negocios. Yo no diré que no merezcan esa ventura. Lo que digo es que conozco muchos que, siendo tan capaces como ellos, y tan laboriosos como ellos, no han obtenido una sonrisa de la suerte. Abundan los que llevan en México una vida de nivel superior a la que llevaban, muy humildemente, en España, pero tampoco escasean los que se ven en situación diametralmente opuestos, y entre éstos, principalmente, los de profesiones liberales. En esos tres compartimientos se divide fundamentalmente la emigración republicana española en México. Porque hay un cuarto que no cuenta para nuestro propósito: el de aquellos que,

más precavidos que ninguno, no esperaron hacer riqueza en México, sino que prudentemente se la trajeron hecha ya de España y no, ciertamente, por herencia de sus antepasados.

Reduzcamos, pues, las proporciones de la leyenda a sus términos verdaderos, que son los de una realidad mucho más modesta que las invenciones de la fantasía. En México, los refugiados republicanos españoles trabajan bastante más de lo que se supone y ganan bastante menos de lo que se afirma, sin que con ello quiera yo disculpar, naturalmente, a los que pasan la mayor y mejor parte del día desgastando los codos sobre las mesas de unos cuantos cafés convertidos en mentideros políticos por obra y gracia, precisamente, de los españoles que los frecuentan y en los cuales se inventan bulos, se arrancan tiras de piel ajena y se pierde lamentablemente el tiempo. Es una costumbre típica española trasladada al destierro y que no he podido nunca compartir. ¡Pobre de España si no puede curarse de ésta y de otras costumbres igualmente típicas también! Por ejemplo, la de que cualquier honrado zascandil crea que es un gobernante genial a quien la injusticia histórica condena al anonimato.

Ahora bien, juzgado en su totalidad, ¿qué comportamiento es el de la emigración republicana española, y concretamente la de México, frente a sus obligaciones políticas, que son las que yo debo examinar? Carente de estímulos y afanes concretos, tal como la actualidad de cada día solía suscitarlos en el vivir ordinario, cuando los partidos políticos y las organizaciones sindicales desarrollaban en España su actividad normal, la pasión política de los emigrados se adormece y acaba, en muchos casos, por acorcharse totalmente. El rigor de la conducta en el cumplimiento de los deberes elementales que lleva aparejados la condición de militante se ablanda y un apático abandono sucede a los viejos entusiasmos. Sólo así se explica que empresas tan indispensables y modestas como la de publicar un periódico mensual o quincenal requiera el acicate constante de todos y, a menudo, el sacrificio personal de unos pocos en quienes la fe no se ha enfriado y entre los cuales, por cierto, rara vez se cuentan aquellos de que hablábamos antes, favorecidos por los azares de la suerte. Sé de varios de ellos, pródigos en gastos y lujos que, por estúpidos, acreditan su inelegante condición de nuevos ricos, negando, en cambio, a toda largueza cuando de atender necesidades políticas o sindicales —o simplemente de solidaridad— se trata. Confieso que si por una parte me produce repulsión ese proceder, por otra lo celebro, porque si algo bueno tienen las situaciones desgraciadas, que desnudan crudamente el carácter, cada uno da la medida exacta de lo que es y no de lo que suponíamos que era. De ese modo se va operando automáticamente una selección que hoy resulta, acaso, penosa, pero que será muy conveniente para mañana, cuando los desertores de ahora pretendan recuperar puestos y grados acogidos al sol de la victoria. Y eso vamos ganando, el conocernos por dentro y no solamente por fuera, a través de una falsa valoración.

El panorama que acabo de diseñar con trazo grueso se ajusta, desde luego, a la emigración republicana de México, pero estoy seguro de que no difiera mucho, en líneas generales, del correspondiente a cualquier otro grupo español en América. La emigración de México no es mejor ni peor que las restantes, y si sus defectos son más visibles y producen mayor escándalo es, simplemente, porque su volumen es también mayor y cuantas manifestaciones surgen de su seno alcanzan más fuerte resonancia. Y en cuanto a las disensiones políticas, téngase en cuenta que, precisamente por haberse polarizado en México, casi exclusivamente, hasta que otros países americanos abrieron sus puertas, la gran masa emigrada que llegó al continente, y por residir en la capital de la Nueva España los órganos directivos de las organizaciones políticas y sindicales, mientras Francia pasaba por el trance terrible de la guerra, fue inevitable que en México empezaran a liquidarse las cuentas pendientes a la terminación de nuestra contienda. Principal-

mente uno no consentía espera. Me refiero al trato con los comunistas. Fui de los primeros en abordar resueltamente ese problema, y no me arrepiento. Al revés, me congratulo de haber contribuido en no escasa medida, con mi actitud, con mi palabra y con mi pluma, a lograr que el Partido Socialista se desligara total y definitivamente de los comunistas, con cuya aproximación perdía vigor y decoro. Que otros busquen o toleren, si quieren, su compañía. El Partido Socialista -lo digo con absoluta convicción- no volverá a entrar en amalgama con quienes han hecho de la traición un sistema y de la bandera socialista un espantajo sin honor.

Diciembre de 1945

CARTAS DE FRANCIA (1946 y 1950-1952)

Selección de cartas que envió a su esposa e hijos.

Londres, 12 de mayo de 1946. 8 de la noche.

Mi querida mujer e hijos: Todavía es día claro y heme aquí, sin embargo, recluido en el cuarto de este hotel típicamente inglés —señorial, silencioso, todo alfombrado, con todas las características del siglo pasado— dispuesto a meterme en la cama en cuanto termine esta carta. La quietud que me rodea está llena de melancolía. En otro tiempo, esta melancolía, de la que está llena Londres entero, debía ser encantadora. Ahora es profundamente triste y desconsoladora. La vida en Londres es patética. Durante las horas del día tiene el cine —no muchos— por toda diversión. Durante la noche, ninguna, a no ser las que pueda haber clandestinas. Muchos de los hoteles como este en que me encuentro, abundantes en la zona en que está emplazado el gran parque Hyde Park, y todos ellos conservando el aire familiar, pero tradicional y ceremonioso, que tanto me hubiera gustado antes, están cerrados. LOS averiaron las bombas, cuyas huellas se advierten por doquier. Los demás están llenos, y es un problema encontrar habitación en ellos. Constantemente llegan militares desmovilizados. Durante dos horas anduvimos en peregrinación pidiendo hospedaje antes de que la fortuna —es decir, el Arlington Court Hotel— fuera propicia con nosotros. En lo que cabe, no hubiera hecho yo elección mejor. El barrio es elegante, severo, con pátina tradicional. Todo en él me habla del ambiente tan estupendamente reflejado en las novelas inmortales de Dickens. Aquí se comprende bien por qué Dickens es el novelista de Inglaterra por antonomasia. Apenas si pasan coches y cuando pasan —estos coches ingleses, pequeños y un poco estrafalarios, aunque no tanto como los taxis— no hacen ruido, ni sueltan bocinazos, ni tosen los motores. Son coches bien educados. Tan bien educados como lo son, en apariencia al menos, las personas que habitan el hotel. ¿Veinte? ¿Veinticinco? No lo sé, pero acaso no lleguen siquiera. Puedo hablar de los que he visto en el comedor a la hora de la cena, las siete ¡Y ay de quien llegue tarde! Trataré de observarlos sin parecer impertinente. El comedor, alto de techos, con un gran ventanal al fondo, cubierto por cortinas de gasa blanca, tiene espejos de marco dorado. El camarero, un viejecito de calva brillante, con todo el aire de un criado de casa grande, va y viene pisando suavemente sobre la alfombra, sirviendo las pequeñas mesas. En la que está a mi izquierda se sienta un negro de gran estatura, muy esbelto y "—no importa el color— elegante. Más allá un personaje rubicundo, jovial, con pelo gris y leve barba de collarín que es, sin duda —lo delata la pinta—, un irlandés. Más cerca una pareja —deben ser padre e hija— que leen sin cesar sendos libros mientras comen. Enfrente una miss solterona —también lo delata la pinta— que de cuando en cuando nos asesta los lentes con mirada inquisitiva. Lamentaría que me sorprendiera contemplándola. Cerca de la puerta dos señoras de edad indefinible en las que no se sabe qué admirar más, si lo extraño de su figura o la notable fealdad de su cara. En fin, aún quedan un señor respetable con sus dos hijas y un comandante con su esposa... Todos ellos y nosotros ocupamos el comedor, lo cual no quiere decir que comamos. Veamos lo que representa en el Londres de hoy una cena, no de las peores y mejor, desde luego, a la que pueda encontrarse en la mayor parte de los restaurantes. Una pastilla minúscula de mantequilla o margarina, que sobre ello hay dudas; una rebanada de pan exactamente igual a los que se emplean para los sandwiches; un platito de sopa; media sardina sobre una tostadita de tres cms. cuadrados; una hoja de ensalada y un gajo de tomate; un poco de carne adornada con zanahoria y patata; una cucharita de crema para simular el postre; una tacita de café, con leche o sin ella, a elegir, en todo caso sin leche ni café; y agua. Agua al tiempo, para que no haga daño. No incurráis en la gollería de pedir vino porque, aun en el supuesto de que tuvierais dinero bastante para pagarlo, se os dirá compasivamente que no lo hay. Y si entonces apuntáis la posibilidad

de tomar un whisky se os dirá que no lo hay tampoco. Y si aún añadís que os conformáis con un poco de ginebra, el gesto desolado del camarero os recordará la sentencia del Dante que mataba toda esperanza. Londres no come, ni bebe, ni se divierte. Lanzaos por sus calles y lo echaréis de ver al instante. Los restaurantes —y no todos— abren a las horas estrictas de comer y cenar —las doce y las seis— para cerrar un par de horas después. Los establecimientos de bebidas hacen lo mismo, y seréis hombres de suerte si, aventurándoos a entrar en uno de ellos; lográis que se os sirva un tarro de cerveza amarga. Justo es consignar que Londres, admirable por tantos motivos, sabe soportar las privaciones de la posguerra con igual estoicismo que soportó los bombardeos de los alemanes.

Hemos terminado la cena. Los caballeros y las señoras, entre los cuales se ha establecido, por razón de convivencia, cierta intimidad, pasan ahora al salón de fumar, encienden la hermosa chimenea con repisa de mármol, se arrellanan en los divanes y sillones de raso azul ajado y comentan. Comentan ¿el qué? Yo los veo al subir hacia mi cuarto, ascendiendo la escalera alfombrada en las que se apaga el rumor de mis pisadas. Los veo accionar ceremoniosamente. Tal vez hablan de las noticias que esta mañana traía el "Times", pero yo juraría que los que les preocupa es la salud de la reina Victoria, que parece estar muy enferma, los últimos versos de Disraeli o la exposición que va a celebrarse, dicen, en París.

El hotel está muy cerca de Hyde Park. Como la tarde estaba hoy tolerable, me he adentrado lentamente por sus avenidas. A la entrada, unos cuantos oradores, subidos en sus respectivas tribunas, divulgan sus verdades, de las que nadie hace caso, aunque las escuchan apaciblemente los transeúntes congregados. Junto al lago, los matrimonios ingleses, sentados en los bancos, vigilan el juego de los niños, que lanzan cometas 'o impulsan, sobre el agua barquitos de papel. Y cuidan del perrito que, inevitablemente, lleva cada uno de ellos. Pasan los novios, cogidos del talle. Un viejecillo de chaquet y bombín llama a los gorriones. ¡Qué conmovedora, por su sencillez, es esta estampa dominical de Londres! Sin embargo, todo recuerda demasiado a la guerra. Los edificios destruidos, las privaciones, la pobreza de los escaparates. ¡Ah! Y estos barracones y tiendas de campaña levantadas en pleno Hyde Park y en los que se alojan los alemanes prisioneros. Tras de las alambradas que los cercan, unas hileras de hombres contemplan a los paseantes. Son los prisioneros. Y a la inversa. Los miran los ingleses con una curiosidad tranquila. Nadie les habla, porque está prohibido. Pero nadie se permitirá tampoco un insulto o un gesto de odio.

Regreso. No quiero quedarme sin mi sopa, sin mi sardina, sin mi hoja de ensalada. ¡Qué diferente este Londres callado y triste con el Nueva York que acabo de dejar, resplandeciente de luces, sin conocer la escasez, sin que en él se note apenas el drama de la guerra! La rápida transmutación —diecinueve horas de avión— me hace ver dos mundos opuestos: el viejo, que se va, y el nuevo, que se impone insolentemente. ¿Ocurrirá irremediabilmente así? No lo sé. Pero esta melancolía que respira Londres me habla tanto -al espíritu que mi preferencia —por lo menos en esta hora de soledad en que solo escucho las horas de un reloj lejano que canta las once— está todavía por el mundo viejo. Y que los rascacielos me lo perdonen.

Creo que el martes saldremos para Francia.

Queridos míos, hasta mañana, MANOLO.

Querida mía: Guarda esta carta porque, si como quisiera, puedo hacer un relato del viaje en artículos, me servirán algunos detalles ahora frescos y que luego no recordaría. En el hotel no nos dan toallas ni jabón. Eso lo dice todo.

París, 5 de junio de 1946.

Queridos esposa e hijos: A pesar de la insistencia que he puesto en las distintas tarjetas y cartas que he ido enviando cuando he podido, cosa no tan fácil como parece, no he tenido ninguna noticia vuestra, y eso es lo único que me tiene malhumorado y en desconcierto, aunque no falten motivos para estarlo a lo largo del viaje, que si no deja de ofrecer curiosidad, también ofrece tantas molestias que no se la deseo a nadie. Esas molestias son, principalmente, de carácter legal o burocrático. Nos pasamos el tiempo y viniendo en busca de papeles, arreglo de papeles, examen de papeles. Ahora resulta que entrar en Francia es mucho más fácil que salir de ella, creo que, a fuerza de mover muchas teclas, lograremos embarcar hacia fin de mes. ¡Y que así sea!

Lo que es París no es para contarlo en una carta. Dista mucho de ser aquel París que conocimos antes de la guerra. Esta mañana, como nos quedaba un poco de tiempo, fuimos a visitar a Paúl Rivet, que ha salido elegido diputado. El Museo del Hombre —una obra y un edificio magníficos— del cual es director, está en el Trocadero. Aunque hay mucho rigor en las audiencias, a los dos minutos de haber pasado mi tarjeta se nos conducía a un ascensor reservado, se nos introducía en la biblioteca y Paúl Rivet, que estaba dictando a unas mecanógrafas, venía a mi encuentro con un gran abrazo lleno de amistad. Nos retuvo todo el tiempo posible. Me habló mucho de México. Me ofreció su ayuda —y creo que la necesitaremos— para facilitar nuestro viaje. Y nos invitó a pasar el domingo en su casa, a la que suele ir —me dijo— M. Barrios, Giral, los ministros republicanos y personajes de la política francesa. Si no vamos a Rennes, como quiere Ramos, aceptaremos la invitación.

El Congreso ha estado muy bien y su nota saliente ha sido nuestra presencia. Podemos sentirnos satisfechos el papel que hemos jugado. Se nos recibió con recelo, se nos despidió con una simpatía calurosa que no a todos los de aquí les ha hecho gracia. Pero de esto hablaremos allí. Yo, sobre todo, tengo motivo para estar vanidoso.

Si hubiera tenido máquina hubiera escrito mucho. A mano me canso. No tengo, además, tinta, como no tengo colillas, que no las hay. Y así estoy sin poder fumar a las ocho de la noche en que escribo desde mi buhardilla del hotel —175 francos diarios— con el alma un poco en pena. Por la tristeza del ambiente; porque me pesa ya el viaje y por no saber nada de vosotros. ¿Hasta cuándo?

Os abraza, MANOLO.

Toulouse, 30 de junio de 1950.

Mi querida mujercita, ahora más querida porque ya no te veré, seguramente, en mucho tiempo. Te escribo a las doce y media de la noche, no porque realmente esté libre de tiempo, sino porque me da miedo meterme en la cama. Tal es el calor que está haciendo aquí, desconocido, según los periódicos, en medio siglo. Algo insoportable. Ayer estábamos a 40 grados a la sombra, y 60 al sol. No hago más que sudar de manera agobiante. Desde que llegué no he dormido más de tres o cuatro horas —y mal— cada día. Anoche, sobre todo, creí morir. Era la primera noche que pasaba en mi nuevo aposento, una buhardilla que acabo de alquilar para ordenar mi vida en el plan de economía a que debo ajustarme en lo sucesivo. Te la describiré a grandes rasgos. Pertenece a un hotel modestísimo, pero limpio y de buena apariencia, situado en un callejón silencioso, cerca de la plaza de San Servin, donde se alza una iglesia, cuya torre, que es una maravilla arquitectónica, diviso a través del tragaluz. Mi buhardilla mide unos tres metros de ancho por cinco de largo. Tiene una gran cama, un armario grande en el que he acomoda-

do mis ropas con ganchos que hice comprar, una mesa, dos sillas, una mesilla, un lavabo hermoso, con espejo y bidet, ocultos en una especie de capilla tapada por un cobertor, y un radiador de calefacción que sería estupendo si funciona en invierno, cosa que dudo. A través del tragaluz veo el cielo y la torre de San Servin, cuyo carillón da las horas de cuando en cuando rasgando el silencio. Una buhardilla de bohemio que tendría, incluso a mis años, un gran encanto para mí... si no me acordara tanto de vosotros. Pago por ella 3.000 francos al mes —todos los servicios aparte— y es casi una ganga, que yo no esperaba encontrar tan pronto, según aquí las cosas. Me espanta la rapidez con que se van los billetes de mil francos.. . (Corre un poco de aire —anoche era absolutamente imposible resistir— y quiero aprovecharlo para acostarme. Será, si es, la primera vez que logro dormir. Seguiré mañana, porque estoy derrengado).

Sábado, 31. 2.30 tarde.

He dormido, en efecto, muy bien, por lo cual estoy contento. Ya veo que me acomodaré a este cuchitril si he de seguir en Toulouse, o si he de seguir en Francia, cosa que todavía está en veremos, a pesar de que aquí lo den como cosa resuelta. El Congreso ha acordado que la Comisión Ejecutiva resida en Toulouse. Y a propósito del Congreso, sospecho que la prensa de ahí no ha debido dar ninguna información. Desde luego, he sido figura sobresaliente y debo confesarte que nunca hubiera imaginado cuánta es la autoridad, el prestigio y el cariño de que gozo en el Partido. Se me eligió presidente y no he figurado en candidatura para la Ejecutiva porque yo mismo pedí que no se me incluyera por no estar seguro de quedarme en Francia. Pronuncié varios discursos. Dejé bien alto el pabellón de la Agrupación de México, que algunos querían abatir. El primer acuerdo de la Ejecutiva fue el de nombrarme director de EL SOCIALISTA, pero mi aceptación está condicionada a la respuesta que dé el Comité de la Agrupación. Desde luego, yo no me quedo si no es con la garantía de que a vosotros se os pase un tanto mensual, que yo fijo en 500 pesos o 400 por lo menos. Prieto, según me dice en carta que he recibido esta mañana, es muy pesimista. Cree que fallará ese auxilio. Yo no lo soy tanto. A mí me aseguran aquí el máximo posible, 30,000 francos, y eso —yo lo sé— haciendo un verdadero esfuerzo. Con ellos me arreglaré siempre que sepa que vosotros os arregláis también. Por lo demás, ¡bendita Europa y bendita Francia! ¡Con qué placer me he reintegrado a esta vida amable, sin violencias, sin engaños...! Sufiré mucho —ya sufro ahora— teniéndolos lejos, pero me sentiré como pez en el agua.

Cuando sepa definitivamente si me quedo o no te escribiré dándote instrucciones acerca de varias cosas. Espero que el comportamiento de los chicos sea ejemplar. Nada me producirá tanto dolor como saber que no se portan bien, con mayor motivo ahora que no estoy yo. Y ahora la sección miscelánea: Comí en casa de Armando. Todos están bien.—Pueyo le escribe a Vila para ver si es posible aún conseguir la entrada en México como turista.—Del dinero que te dejé mío, debes pagar todos mis cupones a Iranzo, que suman mucho.—Pregunta a Borderas si le pagué 100 pesos en dos veces inmediatas, 50 que le debía yo y 50 que me diste tú, o sólo 50, porque tengo duda al ver el dinero que me quedaba.—Le escribí a Ceci. En casa de Piqueras he dejado comprada una camisa sport muy nueva y unos calcetines cristal, dos pares. La camisa, si le gusta, como supongo, debe cambiarla por otra para Manolín.—En fin, ya hablaremos más. Estoy sudando a chorros, aunque el tiempo parece mejorar algo. Ayer hubo una catástrofe aérea aquí. Anteayer un temblor de tierra. Hay guerra en Corea... ¿Seré yo el causante?

Adiós, amor mío. Os abrazo conmovido. A ti, a los chicos, a mis perros, cuyo retrato me gana la admiración de los franceses cada vez que los enseño, y a la Rosa, de cuyos tacos me acuerdo mucho. De cuando en cuando, recordándolos, echamos un ¡viva

México! Y trago va. Adiós, adiós, adiós, MANOLO.

Toulouse, 10 de julio de 1950.

Mi adorada mujercita: Nuestras cartas, por lo que veo, se cruzan. Las tuyas me ponen profundamente triste. Cuando estaba leyendo la del día 20 tuve que levantarme y me marché para que no me vieran, porque tenía —como los tengo ahora— los ojos arrasados en lágrimas. Cada vez estoy más convencido del error que desde el punto de vista de mi conveniencia personal y la vuestra, que es la que me importa, he cometido al quedarme aquí. Digo **he cometido**, pero en realidad no he sido yo, sino los que, con la mejor intención, desde luego, me impulsaron a quedarme desde allí, y me han hecho quedarme aquí. Os he sacrificado, al menos materialmente, porque espiritualmente ya sabes que me encuentro aquí mucho más a gusto que ahí. Pero todo lo doy por bien hecho si vosotros vais viviendo sin ahogos. Esta semana, ya un poco encarrilada mi vida, me propongo empezar a enviarle crónicas a Vergara. Yo me arreglaré... muy mal. Mi sueldo son 25.000 francos. Dos comidas, modestísimas, me cuestan, como mínimo, 15.000 al mes. Pago 3.000 por la buhardilla. Todos los servicios son aparte, incluso toallas y jabón, que he tenido que comprar. Por lavar una camisa me cobran 65 francos. El menor extraordinario cuesta cientos de francos. Echa cuentas. Una voz instintiva me decía que no debía venir al Congreso, y tú lo sabes. Pero, en fin, el mal está hecho y no nos queda más que llevar las cosas con la mayor resignación posible. Lo que más me duele, por supuesto, es estar lejos de ti y de los chicos. Por la noche, cuando me meto en mi cuchitril, me agobia la melancolía. Empiezo a recordar... Duermo bien —la cama es buena—, pero poco, por el calor horroroso que hace y porque, como tengo que tener el tragaluz abierto, a las cinco de la mañana me despierta la luz que entra ya a raudales. Rara es la mañana que no oigo la sinfonía que a las seis toca el carillón de la torre de San Sernin. En realidad, no salgo de este trozo de la ciudad. La plaza de San Sernin está inmediata a la Casa del Pueblo. El hotel donde duermo está igualmente inmediato, en una calle situada a espaldas de la Biblioteca Municipal. Como y ceno en un restaurante muy modesto que está en la plaza misma y en donde ya se nos trata —formamos grupo mi colaborador, Eusebio Gorrochategui, magnífico elemento, por cierto, a quien Partearroyo conocerá, y un muchacho que está al servicio de la U.G.T.— como de la familia. El restaurante es muy pequeño y somos los clientes fijos. Por absurdo que te parezca, se pasan semanas enteras sin que vaya a la plaza del Capítol que está, como sabes, a cien metros. Hasta ahora han abundado las comilonas y las fiestecitas, sobre todo con los vascos, de quienes dicen los demás me tienen acaparado, pero eso se acaba, porque tiene que acabarse y porque es un tren que no podemos soportar ninguno, como es natural. En fin, hagamos por pasar esta situación lo menos dolorosamente posible. Lo que más quiero es que te tranquilices. Por lo demás, aquí todos están muy contentos de que me haya quedado. No sé qué esperan de mí. Eso, como es natural, me compensa en parte de la pena que me produce la separación. Estoy recibiendo muchas cartas de compañeros, e incluso de Agrupaciones, felicitándome oficialmente, caso insólito. Ahora acabo de recibir una de Araquistáin, mandándome un artículo magnífico —como suyo— y prometiéndome otros, lo cual me alegra mucho. Me dice: "Me alegro de que se haya quedado usted en Francia".

Dile a Borderas que lo recuerdo con verdadero cariño, a él, y a todos los tertulios. Me ha dolido mucho la muerte de don Martín Navarro. Hazselo saber a Ernesto cuando puedas. Que me dispense si no le escribo, pero estoy sobrecargado de trabajo. Tengo mucha correspondencia y estoy revisando artículos.

Otro día les escribiré a los chicos. Cualquier par de zapatos vale 4000 francos. El

otro día di a limpiar mi traje claro: 500 francos y dicen que es una ganga. Dile a Fernández que he recibido su carta y su artículo. Precisamente le había pedido al Comité información regular de México. Le agradeceré mucho sus crónicas quincenales, o como sean, pero le ruego que se limite a temas que tengan relación con México y, sobre todo, con la emigración. Ya le escribiré. Saludos a su mujer —siempre tan guapa, claro— y al resto de la familia. Y acabo. Están dando las doce en San Sernín, ¿Ha vuelto la Ceci? Quiero saber si llevó la camisa que dejé en casa de Piqueras y si le ha gustado a Manolín. El compañero que come conmigo y que me presta unos servicios personales que nunca le podré agradecer bastante, también se llama, o le llamamos, Manolín, Fernández de apellido. Muchos, muchos, muchos abrazos de tu, MANOLO.

Toulouse, 15 de julio de 1950.

Mi querida mujercita, niños, Ramón, demás familia y perritos: Recibí vuestra carta, cuyo retraso ya me tenía escamado. Me sorprende porque, según ella, parece que no habéis recibido antes noticias mías. La verdad es que os puse una tarjeta desde Nueva York; otra desde Terranova, aunque la eché en París porque me llamaron al avión antes de acabarla; otra desde París; otra desde San Juan de Luz, y dos desde Toulouse, donde me sentiría muy a gusto si no fuera porque el teneros lejos y el recuerdo de muchos y queridos amigos me llena de melancolía. Me he quedado porque **era necesario que me quedara**. Y aunque no puedo ni quiero ocultar que esta vida de Francia, tan amable, tan jovial, tan **distinta**, es para mí algo así como una recuperación de mí mismo —¡bendita y cien veces bendita Europa!—, me hubiera vuelto a México porque no sé estar solo y ya es tarde para que me acostumbre. Sé lo que me espera: contar los céntimos, llevar el pantalón sin planchar, los zapatos sin brillo —aunque ayer me he comprado un cepillo y betún— y el traje lleno de manchas, pequeñas tragedias, que son las mayores de todas, de las cuales me consuelo viendo cómo viven muchos pobres compañeros que son, en comparación conmigo, bien vestido y bien calzado, después de todo, unos infelices. Por ahora, la verdad es que voy de fiesta en fiesta. Me han ofrecido varias comidas en casas particulares, y todas ellas opíparas, aunque sé el sacrificio que representa para los anfitriones. Aquí lo que escasea es el dinero, que se va como si fuera agua.

Te supongo enterada del acuerdo de la Agrupación. Seguiré siendo director del periódico y te pasarán los 400 pesos mensuales que cobraba antes. Tendrás que remediarte con ellos. Voy a mandarle a Vergara si puedo —creo que sí— una crónica semanal para que la cobréis vosotros. Eso representará cien pesos más, aunque realmente voy a gastármelos en franqueo y revistas.

A la Ceci le escribí diciéndole que recogiera lo que dejé comprado en casa de Piqueras, tan buen amigo que no quería cobrarme nada y tuve que amenazarle con no llevarme lo comprado para obligarle a que me cobrase, por lo menos, el precio de costo. Me traje una máquina de afeitar estupenda y una pluma Parker 1951 soberbia. A Bordenas dile que me acuerdo mucho de él y de los amigos de la partida. Hoy he conocido a Bordonaba, otro sastre, de Caspe, muy simpático, que me ha preguntado por él con gran cariño. Lo de Ladrón de Guevara me ha dolido mucho, aunque lo esperaba. Y, en fin, me están esperando y acabo por hoy, a pesar de que me quedan muchas cosas por contar. Os abraza con toda el alma, MANOLO.

Toulouse, 7 de agosto de 1950.

Querida mía: Aunque cuando me pongo a escribir esta carta ya habrás recibido otra mía, no quiero retrasar la respuesta a la tuya sin fecha, con otra de Patricio, a quien precisamente iba a escribir hoy extrañado de que no dijera nada y suponiendo que ya conocía mi estancia en Francia. Por lo visto no se ha enterado. En la última carta que le escribí me justificaba de no haberlo hecho antes por las hemorragias que tuve y el estado de agotamiento en que quedé, aparte —y tú lo sabes— lo mucho que trabajaba. Y le contaba todas las penalidades que hemos sufrido y la poca fortuna que me ha acompañado, sobre todo con aquella desdichada aventura de la flebitis, que me dejará recuerdo para toda la vida. Esa es la explicación, bien sencilla, de la manera de escribir Patricio, un poco exagerada y un poco incoherente.

Ayer estuve en Montauban. Es, por ahora, mi última excursión, excepto una que le debo a Prieto en San Juan de Luz, y a Fermín Zarza, en Hendaya. Por lo demás, quieren largarme los actos conmemorativos de Iglesias en Toulouse, en París, en Burdeos, en Tours, en Marsella... Los compañeros de Burdeos querían colocar una placa conmemorativa en la casa donde estuvo Cruz Salido, pero la propietaria se niega a permitirlo. Díselo a su mujer.

Acuérdate de los libros que tiene Molás, si le da la gana de devolverlos. Tello tiene Escogí la libertad, que quiero conservar. Le he mandado a Vergara la primera crónica. Tenlo en cuenta, y pídele que os mande un número cada semana o que pase Rosa a buscarlo. Siento mucho lo de Julia, díselo a Fermín. Y por hoy nada más. Abrazos a la Ceci y a Ramón y los chicos, a Rosa y a los perritos. ¿Llevó Ceci la camisa y los calcetines? Adiós, amor mío. Un abrazo de tu, MANOLO.

Suelo pasar algún domingo en casa de Muiño, donde voy a comer. Vive a unos diez kilómetros, en una casita de campo muy pobre, claro, pero donde se está muy bien. Hace dos domingos, cuando íbamos Gorrocha, Manolín y yo en el tranvía hacia casa de Muiño, una señora anciana y su hijo nos preguntaron si queríamos un perro que ellos no podían tener, por poseer ya otro, a condición de que lo tratáramos bien. Yo no quería, pero Manolín aceptó. A la media hora lo dejamos suelto y ya no se separó de nosotros. Es una perra grande, de tipo policía, inteligentísima y extraordinariamente cariñosa. Se hace querer mucho, pero nos da gran trabajo. Su manía es que se le tiren piedras para correr. En cuanto ve a uno de nosotros, coge una piedra, la trae y te la pone a los pies. Si no le haces caso, la empuja con las patas hasta que, quieras o no, hay que cogerla y tirarla. Si estás sentado te la pone en la silla y si no en la mano, o se encarama y pone la piedra sobre la mesa. Y así se pasa el día. Duerme en el sótano que tenemos para redacción.

Toulouse, 27 de agosto de 1950.

Querida mía: Hoy, domingo, un día de calor insoportable, como han vuelto a serlo desde hace una semana, me recluyo en este caserón del Partido, donde no hay absolutamente nadie por la tarde, y me pongo a contestar tu carta del 16, que recibí anteayer. Cruzándose con ella has debido recibir otra mía con una para Rivero Gil, a quien ojalá no le fallen las esperanzas. Por de pronto, que no me deje mal. Quiero sacar un número estupendo para el centenario de Iglesias. Y a propósito; ve a verlo para insistirle en mi petición y, además, quiero que le escriba a Victorio Macho, en mii nombre —sin perjuicio de que yo lo haga después, cuando sepa dónde está— solicitándole un apunte original con unas líneas de dedicatoria. Todo ello con urgencia. Quiero también que me enviéis, por avión, un número de "Estampa" —creo que es "Estampa"— que hay entre

algunas revistas españolas que yo guardaba y en el que figuran algunas fotos de Emilio Barral con trozos de las esculturas que hizo para Iglesias en Rosales y en el cementerio civil. Podéis recortar las hojas que interesen. Aun más: según yo, Iglesias nació el 18 de octubre; según Saborit y Zuga, el 17. De los demás, nadie sabe nada, y hasta sospecho que el aniversario se hubiese echado encima a no ser por un artículo que yo escribí en ADELANTE, lo reprodujo EL SOCIALISTA y salió a relucir en el Congreso. Entre mis libros —si no se los llevó Molas— hay un ejemplar de la Memoria del Congreso correspondiente al año de 1928, gruesa, encuadernada en rojo. Allí hay muchas fotografías de la muerte y entierro de Pablo Iglesias; entre ellas una que reproduce la placa que pusieron en El Ferrol en la casa donde nació. Es muy borrosa, pero la fecha se lee bien. Decidme cuál es la verdadera, y si hubiera un buen fotógrafo capaz de reproducirla retocándola, me interesaría mucho una copia de ella para publicarla. Los gastos que todo eso origine, si son de consideración, debe pagarlos la Agrupación con cargo al periódico.

Vida mía: aunque no me resigno, ni me resignaré nunca, a vivir separado de vosotros, voy arreglándome lo mejor que puedo. Desde luego, no dejo mi buhardilla. Me he convencido de que no encontraré nada mejor ni que tenga mayores ventajas para mí. Tengo el hotel, el restaurante y la oficina, juntos, en un radio de cien metros. Por eso no salgo de la plaza de San Sernín, salvo algún día, muy raro, generalmente los sábados, en que me llego hasta lo que yo llamo la república española, porque allí todos son españoles, aunque a veces se encuentra alguien que hable francés. Voy a trabajar hacia las nueve de la mañana. A las doce y media nos vamos a comer. Después yo me marchó al hotel —modesto, pero muy limpos y discreto— y me tumbo un rato a leer, si no me duermo. A las tres y media vuelvo al trabajo. Hacia las ocho, despachado el correo, salimos. A esa hora, el rincón de nuestro restaurante, en estos días de calor terrible, tiene un encanto especial. Corre una brisa muy grata y, sentados ante un velador, a la puerta, tomamos un vaso de vino blanco o una copa de ron con agua fresca. A las nueve o nueve y media me retiro a mi hotel. Ceno, y no tan mal como acaso creas. Mi trozo de chorizo, mi trocito de salchichón, mi trocito de queso, mi tajada de pan, un melocotón, todo excelente, como lo es en Francia, dos cepitas de vino y estoy listo. Tengo tres platos, un frutero, un cuchillo, comprados por mí, amén de un vaso y una copa. Friego mis trastos, guardo en el armario mi equipo, escribo o leo durante una hora y media y me acuesto. La cama —ya te lo dije— es buena. Ancha, con muy buen jergón. Las sábanas, en cambio, son una colección de retazos unidos por espantosos recosidos. A menudo, cuando alargo un pie, a pesar de que llevo las uñas cortadas, oigo un ruido especial. Es que se ha abierto un "siete" que parece el de las siete calles. Ahora he descubierto que, sin duda para ahorrar hilo, me han cambiado una de ellas por otra menos vieja. La colcha, que ahora no me sirve, es buena. La manta, que tengo doblada sobre el radiador, también. El lavabo magnífico. Y el bidet, ese artefacto que os da tanta risa, es un lujo que pocos propietarios se pueden permitir aquí. Lo general es que las habitaciones de poco precio no tengan ni lavabo siquiera y haya que salir a lavarse a la fuente del patio... o a la calle. Tres mil francos —mejor dicho, cien francos diarios— ya es un precio decente, pero decididamente no pretendo encontrar nada mejor por igual precio.

Mi problema del lavado de ropa lo tengo resuelto ya, gracias a una hija de M. casada con el compañero que en representación de las Juventudes vino de España al Congreso de 1946, donde lo conocimos Ramos y yo, yellos también. Se casaron; al cabo de algún tiempo él tuvo que volver a España, lo cazaron y en la cárcel está. Ella vive con sus padres y lavando y remendando la ropa de algunos amigos nos hace un favor y se ayuda a vivir. Lo hace muy bien y a precio muy moderado. A pesar de las economías introducidas —que no pueden ser grandes— este mes saldré con un déficit de 5.000

francos, lo que agotará casi por completo las po-brísimas reservas que tengo. A partir del mes que viene viviré al día, pero espero equilibrar el presupuesto. Te hablé de la excursión que hicieron un grupo de compañeros a Bayona, Biarritz, San Juan de Luz y Hendaya. No fui, a pesar de la contrariedad que les produjo. No fui más que nada por el dinero. Cuando a Prieto le dijeron, al visitarle, que le llevaban un abrazo mío, se rió y comentó: "Ya me ha anunciado su visita tres veces, pero si no le sacan el billete y lo ponen en el tren no vendrá". Luego le he escrito —sigo teniendo cartas tuyas casi a diario— diciéndole que no voy porque el dinero no me llega. El tren, en tercera, cuesta cuatro francos por kilómetro. A San Juan hay aproximadamente 350, con la vuelta 700. Y el hotel, donde me cobraron al llegar 400 francos por día, sólo por dormir. Debe calcular mal lo que dan de sí 25.000 francos al mes.

28 de agosto

Ayer, cansado ya, interrumpí mi carta para continuarla hoy. Y hoy he recibido la tuya del 20, que he leído y releído con mucho placer. Por todo. Por la conformidad que demuestras —hagamos cuenta de que esto son unas vacaciones— y por las muchas noticias que me das. Me alegra mucho que vayáis a casa de Miguelea los sábados, esos sábados que yo no puedo olvidar. Ese miserable de Vergara me los recuerda con placer, con el regodeo del hombre feliz que hace ostentación de su ventura ante el desgraciado, que soy yo. Hoy ha sido un día perdido, o poco menos, porque desde esta semana tenemos que ceder el local los lunes por la mañana para que se reúna la C.E. del Partido. Estamos ahora muy bien instalados, de acuerdo con todas las peticiones que yo he hecho. Estoy contento en ese aspecto. Prieto está mejor, al punto de que se permitió hacer algunos paseos por la playa y se aventuró un día a ir en taxi a Biarritz, sospecho que a escondidas de Fraile. Luego empeoró, pero creo que volverá a recuperarse, sin que ello signifique demasiado optimismo. El periódico va saliendo ya a mi gusto. ¿Lo recibes ya? Hoy he recibido una crónica de Fernández. La primera suya armó revuelo. Díselo. Los compañeros de Burdeos se dirigieron a la Ejecutiva —no oficialmente— diciendo que el estado moral que revelaba esa crónica era también el de muchos compañeros equivocados. Otro colaborador, en cambio, desde África, me envía un artículo, que veréis publicado, diciendo que el compañero Jofernal exagera un poco. Prieto me ha escrito preguntando quién es ese Jofernal. Y yo he escrito un editorial para este número procurando atajar la desmoralización, justificada, que acusa mucha gente hastiada de la conducta indigna de las democracias. Los comunistas me hacen blanco de sus ataques, Me llaman cínico, miserable, vendido al capitalismo, etc. En fin, en otra carta te contaré cosas de mucho interés. Por hoy, un abrazo muy hondo, muy hondo de tu MANOLO.

Toulouse, 18 de septiembre de 1950

Amor mío: Esta mañana he recibido tu carta, que no esperaba, porque suponía que no me escribirías hasta que yo lo hiciera, puesto que estaba en deuda contigo. Mi alegría, así, es doble, pero no puedes imaginarte cuánta es mi contrariedad porque mis advertencias para que no me enviaras ropa llegaron tarde. Si todavía hubiera modo, suspende el envío. Con lo que traje y las cazadoras y el abrigo que están en camino, es suficiente. Me sobra con eso. No quiero, además, tener más que lo indispensable. Primero,

porque no he de gastarlo, y segundo, porque no me conviene tener demasiado impedimento. No sé lo que pueda ocurrir. Creo que nada. Pero suponte —y a esto me refería en mi carta anterior— que estallara la guerra. La situación para mí y para todos nosotros, sería terrible. No te asustes. Repito que no espero que eso suceda, pero puede suceder. Si así fuera me conviene mucho estar libre de cargas. Con la vida que yo hago, me sobra con lo que tengo y lo que me mandaste primero. En fin, ya está hecho, y no me queda otro remedio que el de agradecer tu excesivo cariño. Digo excesivo, pero no lo es si lo mido por el mío, y eso ahora, cuando ya estoy tranquilo, resignado y, hasta donde es posible, contento. Lo de contento se refiere al periódico, que cada día gusta más. Me llegan, y le llegan a la Comisión Ejecutiva, muchas cartas entusiastas. A costa de mi sacrificio —y del vuestro— he hecho al Partido un gran servicio. Lo digo porque es cierto. El ánimo de la gente estaba muy decaído, y ahora, con los editoriales del periódico, se ha levantado. Eso es 1° que me consuela más que nada de esta soledad tan amarga a que estoy sujeto. Trabajo mucho, pero a gusto, esa es la verdad, y cuando me acuerdo de aquellos madrugones a las seis de la mañana para ponerme ocho horas y media en una labor dura e ingrata, creo ser feliz. Lo sería, en efecto, si las circunstancias fueran otras y pudiera teneros a mi lado. A eso no me resigno, ni me resignaré nunca. La melancolía me atenaza cuando me encierro en mi cuchitril pensando en ti, en los chicos y los amigos, por lo demás, voy arreglando mi vida. He pasado unos días de "lucha preocupada" —ahora ya te lo puedo decir— por dos motivos: el primero, una herida que me apareció en el tobillo izquierdo, sin saber cómo, y qué me producía grandes dolores sin que cicatrizara nunca. Como el miedo no tiene límites, empecé a sospechar que fuera un cáncer. Me compré una pomada de penicilina y por fortuna, aunque muy despacio, va cicatrizando. La otra, unas hinchazones extrañas de estómago que me producía unas asfixias tremendas, incluso en ayunas. Hace tres días pasó Fraile por aquí. Comí con él y se lo dije. "Debe ser algo —me dijo— de vesícula biliar". Me recetó unas cápsulas que me están dando, al menos por ahora, un resultado excelente. Por lo demás, me encuentro muy bien. Llevo ya varios días durmiendo como un ceporro. Esta mañana me desperté —el tiempo ya está fresco— después de ocho horas de sueño. Me sentí contento y como los lunes tenemos que dejar nuestro local para que se reúna la Comisión Ejecutiva del Partido, me fui, con Gorrocha, a pasear por el boulevard. Compré cuchillas de afeitar, libros, unas revistas, un figurín de modas que hoy mismo te envío por correo ordinario. Pero, amor mío, para mí no hay alegría completa. Estábamos tomando, con Llopis —que come siempre conmigo cuando viene— un aperitivo cuando se posó una avispa sobre mí. Di un manotazo con tan mala fortuna que tiré los lentes y se rompió, precisamente, el cristal de aumento. Me sentí profundamente afligido. Por suerte, hoy mismo me han hecho otro, en cristal blanco, y estoy a gusto con ellos. Pero se me han ido del bolsillo 2.500 francos. Son de armadura corriente, pero no estoy feo con ellos. Ya te mandará foto. Yo creo que estoy muy guapo.

Esta noche en el hotel —por eso escribo a mano— le robo tiempo al sueño, pero no te extrañe si tardo un poco en escribirte. Además del periódico, con motivo del centenario de Iglesias, han echado sobre mí el libro que va a editarse, la edición de postales y la edición de insignias. Tengo que hacérmelo todo. Le he escrito a nuestro hijo. Y estoy en deuda con Vergara para cubrir el cupo de las crónicas personales. No puedo más. ¡Ah! Se me reclama para que hable en todas partes. En otra carta te contaré más despacio las cosas personales. Te quiere, te quiere, te quiere, tu MANOLO.

Toulouse, 17 de octubre de 1950

Querida mía: Ayer recibí tu carta que, como todas, me llenó de contento. No puedes imaginarte lo que son para mí todas las vuestras, aunque —no puedo evitarlo— me ponen, a la vez que alegre, melancólico. Eso es irremediable. De lo que no sé nada es de la ropa. Ya habíamos ido a correos, pero tampoco allí dan razón. Hoy le he dado a Manolín el recibo para que vuelva. Veremos si tenemos suerte. Las fotografías que me habéis ido mandando son para mí un gran consuelo. Las miro y las pongo debajo de la almohada cuando me acuesto. Yo me he hecho una para arreglar mis papeles, lo cual me ha costado otro montón de francos. Te incluyo dos. Me veo muy viejecito en ellas. Tú, en cambio, estás más guapa, o me lo parece, desde que no te veo. Tengo el pelo casi completamente blanco, lo cual dicen aquí es muy interesante y que está de moda. Tengo una admiradora, aunque no la conozco, ni ella a mí. Se trata nada menos que de Carmen Gurtubay, marquesa o condesa de no recuerdo qué, sobrina del duque de Alba, una buena mujer empeñada en hacer política y en figurar en el Partido Socialista, que vive en París, divorciada, gastando lo que le queda, que es mucho aún, de una gran fortuna. A Prieto lo tiene loco y a Trifón también. Ahora me toca a mí. Tuve la debilidad de publicar un articulejo y me ha mandado su retrato con datos biográficos, sin duda para que se lo publique. Arreglada está, a pesar de llamarme "compañero director". Desde luego va y viene de un país a otro y aparece dondequiera que hay una reunión en la que puede meter baza —amparada por su categoría social y su conocimiento de idiomas— para hacer algo contra Franco. Ahora se va a EE. UU., con la ilusión —así está de loca— de ver a Truman. Es una especie de duquesa de la Victoria, pero socialista, que tampoco repara en barras y que se pone furiosa cuando no le hacemos caso. Es mi única conquista.

Ya no voy al restaurante, donde, a pesar de ser modestísimo, cada comida me costaba, como mínimo, 250 francos y, lo que es peor, apenas si tomaba bocado, por su pésima condimentación. En una especie de sótano que tiene Manolín como habitación, hace ahora él, que se da una maña extraordinaria. Unas comidas estupendas, verdaderamente magníficas, que nos salen mucho más baratas. La ropa ya te dije que me la lavaba la hija de M. De modo que, apretando la mano, puedo y me propongo ahorrar cada mes 4 ó 5 000 francos, si no tengo gastos extraordinarios. Por lo pronto, ya me he permitido el lujo de comprar unos libros que tenía metidos en la cabeza desde antes de salir de ahí: las obras completas de Eça de Queiroz. Las vende Arsenio Jimeno, compañero aragonés, que me las ha dado a pagar como quiera. Me cuestan 6.500 francos. Le pagaré 1.000 cada mes. Claro que tendré que ir comprando algunas cosas. La americana de corte se me ha roto por el codo y la he tenido que mandar a arreglar a Bordonaba. Le he dado también a limpiar y a planchar el traje claro, y como todo sube en seguida un montón de francos, es posible que mis cálculos fallen a menudo, pero lo seguro es que no pasaré apuros. No por eso dejo de agradecerle a la Gretita los dos dólares que me ha enviado y que conservo como un tesoro.

Lo que no veo fácil de resolver es lo del hotel. Hablé con Paulino Gómez Beltrán y quedamos, en principio, en que me trasladaría a su casa, Pensión completa. Tiene en su casa una habitación muy espaciosa y bien arreglada, aunque —y eso es lo que iba a echar de menos— sin lavabo.

Por ello hubiera pasado, porque son muy buenos compañeros, me quieren mucho, la mujer es una excelente cocinera y hubiera estado bien atendido. Pero luego me vino Paulino con el ruego de que compartiera la habitación con otro muchacho, que ocuparía un rincón, y eso ya no me gustó. Y así estamos, sin haber hecho nada ni dejado de hacer. Por una parte me duele mucho renunciar a las comodidades que ofrece el hotel, en lo que atañe al agua sobre todo. Por otra, lo que más me abruma, precisamente, es

sentirme tan solo por la noche, desamparado de toda ayuda y de todo calor. Lo de Paulino hubiera significado para mí, además, una mayor economía. En fin, todo lo iré resolviendo.

Dile a Borderas que estoy esperando su colaboración para el periódico de los aragoneses del interior. A Fernández, que no haga las crónicas tan largas, porque pierden. No deben pasar de cuartilla y media aproximadamente. Saludos a todos los amigos. Un abrazo a Rodríguez Vega, extensivo a Carmencita y Castillo, si éste no está en los reinos metafísicos del limbo. Y para vosotros, el cariño profundo y creciente de vuestro MANOLO.

Toulouse, 21 de noviembre de 1950

Querida mía: Esta mañana he recibido tu carta, que esperaba con ansiedad, porque suponía el disgusto que te habría producido la noticia de mi enfermedad. No pude evitarlo. Tenía que decirlo porque si el periódico aparece sin editoriales, sin ninguna explicación y sabiéndose ya, como se sabía sotto voce, la marcha de Prieto, la impresión hubiera sido desastrosa. Muchos hubieran creído que me había ido yo también. Por eso me apresuré a escribirte, cuando estaba todavía en plena hemorragia. Me sorprendió de noche, a la una de la madrugada. No quise llamar a nadie y pasé la noche que puedes suponer, solo, al pie del lavabo, hasta que por la mañana, al ver que no iba a la oficina, vino a ver qué ocurría Manolín. Ha sido menos intensa que la anterior, pero de todos modos me ha dejado muy flojo. Por lo demás, se me ha atendido muy bien y nunca agradeceré bastante las pruebas de estimación que he recibido. Se me dijo que eligiera el especialista de Francia que quisiera. Espontáneamente, un grupo de amigos se brindaron a costear los gastos de una clínica. Nada de eso acepté y nada ha hecho falta. Me he conformado con el médico que tiene Solidaridad Democrática, un viejo compañero, médico a la antigua, con sus teorías, no sé si viejas o nuevas, y con el cual voy a seguir hasta ver si me arreglo del todo. Lo primero que me dijo fue que sufría un estado de desequilibrio nervioso, de tipo afectivo, motivado por preocupaciones y choques sensibles. Eso me gustó, porque estaba en lo cierto. Seguramente es pura casualidad, pero se da la circunstancia de que la hemorragia la tuve horas después de recibir la carta de Prieto, muy emotiva, en que se despedía de mí. La papeleta que nos deja, sobre todo a mí, es pavorosa, pero tal vez por eso he reaccionado con unos bríos que espero comunicar a los demás. No me faltarán ánimos, sobre todo si consigo sacudir estos malditos achaques que me acosan tan estúpidamente. Volviendo a mi, te diré que he recibido muchas cartas, una de las primeras, llena de cariño, de Vázquez Seco. No sé cómo pagar tanta estimación, pero a quien no podré pagar nunca es a Manolín. Desde el primer día, quieras o no, pidió permiso en la U.G.T. y se puso a mi servicio. Por las noches ha dormido en mi buhardilla, en el suelo, envuelto en una manta, hasta que le prestaron en el hotel una especie de diván, atento a mis menores deseos y siempre empeñado en lanzarse a la calle, para buscar un médico en cuanto me veía sangrar. Era yo el que tenía que tranquilizarle a él. Es un fanático de Prieto, con la cabeza loca, pero con un fondo de generosidad admirable. Es íntimo de los Cubillo y de Santo Morales. Se llama Manolín Fernández.

Dile a la Greta que recibí su carta y que la quiero mucho. Pero se me acaba el tiempo hoy. Aún me queda mucho por contar. No olvides la foto de la salita con mi retrato. Adiós, amor mío. A todos os abraza con toda el alma, MANOLO.

Toulouse, 3 de diciembre de 1950

Querida mía: Hoy, domingo, sin tener carta tuya, lo cual me extraña, aprovecho la tarde para escribirte. Voy despachando todo el trabajo que se atascó a consecuencia de la enfermedad, de la cual me voy reponiendo también, poco a poco. Me ha dejado muy débil, y aún arrastro el catarro, con una tos que me molesta mucho. Mañana, como habíamos convenido con él, voy a ver al médico para que me administre un tratamiento a fondo. Lo veo al hombre con mucho interés y, naturalmente, yo lo tengo más. Para las Navidades espero ya estar fuerte, aunque no serán para mí nada alegres, pensando en vosotros. Quisiera, si puedo y no vale demasiado el envío, mandaros un poco de turrón español, que aquí no es difícil conseguir pidiéndolo de encargo. Sería para mí un placer mayor que si lo comiera yo mismo.

Prieto me ha escrito a diario desde que llegó a La Habana. En su última carta, que recibí ayer, me dice que se va a México, donde debe estar ya, cosa que yo daba por descontada desde el primer instante. El caso es que ese hombre, cada vez que anuncia su muerte o su retirada, aunque sea sólo en hipótesis, parece revivir. En el barco se marearon todos menos él. En La Habana ha recibido visitas, celebrado interviús y ha hablado por radio. Y en México, ya lo verás, armará cada mitote que temblará Cristo, a poco que la salud se lo consienta. Supongo que pasará una temporada, aunque sea corta, en Veracruz, para ir luego a la capital. Ve a verlo cuando llegue a ella; sé que se alegrará. Ahora ya sabe que si algún amigo cabal tiene —y tiene muchos, desde luego—, yo soy uno de los que están a la cabeza.

Recibí carta de Vila, en efecto. No le he contestado porque tengo mucha correspondencia acumulada y no sé cómo despacharla. No escribo a casi nadie. Lo del pobre de Ladrón me duele mucho. Creo que morirá pronto. Por Medina sé el lío que hay en "La Carpeta", cosa que tampoco me extraña. Eso acabará mal. La Carmencita, a quien me refería en otra carta, es la secretaria que yo tenía, y el Castillo que citaba no es Eduardo, sino el corrector mexicano que estaba con nosotros. Me interesa que me sigan sacando relación de libros para señalar yo los que pueden venderse y aligerar las librerías. Me complace lo que me cuenta del chico. Cuando eso se arregle me habré quitado de encima una gran preocupación. A Vergara voy a mandarle crónicas otra vez, aunque es tan poco dinero que apenas si compensa. Dime si te desenvuelves bien y lo que te gustaría que te mande cuando pueda, alguna cosa bonita, y también a la Moni y a la Greta y Manolín. Que cuiden de la máquina de escribir, no me la vayan a estropear. Recibo "Cancha", que la leo con mucho gusto, y las revistas de Vergara. Las de los "Cuatro Gatos" tuvieron un éxito loco aquí. Díselo a Robles para su satisfacción. ¡Como que hasta hemos pensado en organizar aquí una sección de la de México! Nuestra "Lucky" ha criado diez perritos, el otro nació muerto, y los hemos dado todos, menos dos; uno que tiene Manolín y otro que se queda su amiga. Estaba de camarera en el restaurante adonde íbamos antes a comer, pero se marchó y ahora es ella la que nos guisa. Ya es famosa nuestra casa —la de Manolín, quiero decir— por lo bien que se come. A Llopis lo invitamos con frecuencia. Traga como una fiera, aunque no tanto como Jimeno, el aragonés, que cuando viene de París a las reuniones de Ejecutiva de la U.G.T. nos deja temblando. Es buen chico, y a mí me quiere mucho. También Fraile comió con nosotros cuando pasó por aquí. Sólo quiero que estéis bien y que yo me ponga bueno. Lo demás todo se andaré. Os abraza vuestro, MANOLO.

Toulouse, 20 de diciembre de 1950

Querida mía: Ayer recibí tu carta, más consoladora que la anterior. A mí, que estoy pidiendo que me des ánimo para sobreponerme a esta crisis, física y moral, en que estoy metido, ¿me vienes a hablar de morir? ¡Y me lo dices tú, que en fin de cuentas estás ahí con nuestros hijos, sin otro problema que el de nuestra separación! ¿Qué diré yo, que no tengo compensación ninguna en esta especie de destierro que el deber me ha impuesto? Pero dejemos esto. Yo sólo quiero que me ayudéis a llevarlo, el tiempo que haya de durar, lo mejor posible, y para mí lo más grato es saber que lo pasáis bien, sin que eso implique que os olvidáis de mí. Ya sé que no. Yo tampoco me olvido un instante de vosotros. Los domingos por la mañana, sobre todo, me acuerdo de tí de un modo especial. Verás por qué. Los domingos, hasta la una de la mañana, se instala en la plaza de San Sernín y en algunas calles adyacentes un mercado donde se vende de todo, desde trajes hechos hasta cacharros antiguos y pomadas para curar todos los males. Es una especie de Rastro o Lagunilla. Yo doy una vuelta; me paso para ver librotos viejos, que también abundan; me meto a comer; luego me voy al hotel; paso la mitad de la tarde leyendo; hacia las seis me marcho al Partido, que está desierto; acabo lo que queda de tarde trabajando un poco o escribiendo cartas, y esos son mis domingos.

Aun desde aquí, también a mí me parece como si la marcha de Cecilia y Ramón a Monterrey fuera un foso que nos alejara de ellos. Pero aparte de que es por su bien, y yo celebro mucho, tienes que hacerte a la idea, nos pese o no, de que ya vamos siendo viejecitos, y de que alguna vez tenemos que separarnos de nuestros hijos. Es la ley de la vida, como es ley de obligación que yo esté ahora soportando esta soledad que me consume. He recibido hace días cartas de Vergara y hay otra, acompañando un artículo, de Prieto. Te digo que le he mandado en menos de quince días cuatro crónicas. La última ayer, y que seguirán otras. Me voy recuperando del atraso de trabajo, aunque no es poco el que pesa sobre mí. Vergara me dice que para mayo piensa hacer un viaje a Francia. Excuso decirte cuánto me alegraré de ello, si para entonces está escrito que yo permanezca aquí todavía, como honradamente lo creo.

El otro día, haciendo un esfuerzo, porque todavía estoy hecho un trasto viejo, y el tiempo es muy malo, fui a ver una película mexicana que se titula "La Perla", interpretada por Pedro Armendáriz y María Elena Marqués. Me gustó, sobre todo por el ambiente, ya familiar, de los paisajes y las costumbres. También fui hace una semana, invitado especialmente por la empresa, como director del periódico, por la mañana, a una exhibición privada de la película "Caso de conciencia", que es una crítica de las dictaduras americanas. Es muy buena, pero no creo que la pongan en la mayor parte de esos países. Cuando me escribas, dime si tienes alguna referencia de ella, porque acaso me sirva para hacer una crónica. He mandado tarjetas de Navidad a Sánchez Márquez, Pedro Sierra y Josué. Mandaré otra, pero quiero que lo sepas por si se las quedan en el camino. Deseo que paséis las Navidades sin tristeza, pensando en mí, pero alegres. Otras hemos pasado separados ya. Yo también haré lo posible por alegrarme un poco, aunque sea echándome unos trapillos... si no me saben demasiado amargos. Por ahora basta. Si os invitan los Miguélez no dejéis de ir. Son muy buenos amigos. Quiero que esta carta os llegue antes de la Navidad. Os abraza a todos, MANOLO.

Toulouse, 14 de enero de 1951

Mi querida María: Metido en mi buhardilla, rodeado de silencio y soledad, esta tarde de domingo me dedico a escribirte. Será mi diversión, porque otras hace ya tanto tiempo que no las conozco, que no sé cómo son. No sé si mañana me encontraré con ánimos para salir de casa. Lo procuraré, y procuraré también hacer acopio de fuerzas

para ver si a fuerza de voluntad consigo superar y echar fuera esta especie de maleficio que desde hace varios meses pesa sobre mí. No le deseo a nadie una crisis como la que estoy pasando. Dicen que después de esto viene una segunda y tranquila juventud. Es posible, pero yo la estoy comprando bien cara, y por ahora lo único que sé es que la otra, la primera, se ha muerto definitivamente.

Recibí cartas de Puente y de Vila, ambas muy sentidas, llenas de afecto. Han llegado también, por fin, los famosos sacos. Quitando lo mío —el traje, la chaqueta y los zapatos solamente, que yo sepa— venía un verdadero tesoro en ropa. La he repartido entre Manolín, Gorrocha y otros amigos. Gorrocha se ha llevado la mayor parte, porque es el que está peor. Excuso decirte cómo están de contentos. Cada prenda de esas vale aquí un dineral. Este mes, entre medicamentos y gaitas se me ha ido mucho dinero y no he podido meter nada en mi libreta de ahorro.

En marzo habrá Congreso. No pasará nada. Cuatro gritos y se acabó. Después ya veremos qué porvenir se nos presenta. Por ahora, sombrío. En cuanto a mí, puede ocurrir que el Congreso, lejos de liberarme, me ate más, y no por mi gusto. Ya hay quien anda echando mi nombre por delante para vicepresidente del Partido. Mucho honor, pero en mal momento. No quiero trabas. Según sea mi estado de ánimo seguiré cumpliendo mi papel. Me doy cuenta que mi marcha producirá un efecto desastroso. Pero si no consigo poner a flote mi salud, como espero, con mucho dolor de mi corazón me declararé vencido y emprenderé el regreso... si es que hay quien desde ahí me pague el vieje. Y otra vez a empezar... La eterna y triste historia.

Adiós, amor mío. Se me cansa la mano. Os abraza, vuestro MANOLO.

Toulouse, 21 de enero de 1951

Querida mía: He recibido dos cartas tuyas a la vez y estoy muy contento de lo que en ellas me dices y por otras cosas que ahora te hablaré.

También he recibido carta, cariñosísima, de la Ceci. Se queja de que no le escribo, pero es que realmente no puedo. Díselo tú y agrega que no por eso la quiero menos. Tengo mucho trabajo, y cada vez más. Ahora, con el Congreso —los Congresos, mejor dicho— voy a ir de cabeza. No sólo por el periódico, sino porque soy delegado a los dos. Al del Partido, hasta ahora, que yo sepa, lo seré por México, por Casablanca y por Londres, y al de la U.G.T. por Casablanca cuando menos. Aunque no quiero, ni podré, tener una intervención muy activa, me veré ocupado muchas horas. Afortunadamente voy mejorando ya claramente, consecuencia, sobre todo, de que el tiempo mejora también. Esa es mi alegría mayor. La otra, saber que el asunto del chico está ya encarrilado. Y hay otras, sin contar la última e inesperada: la huelga de Barcelona, que pudiera ser muy bien el principio del fin y que, desde luego, para Franco es una catástrofe. ¿Qué tal si en lugar de volver yo tuvierais vosotros que venir dentro de algún tiempo? Pero esto no pasa de ser simple optimismo.

El sábado 11, por la noche, llegó Antonio Trigo, a quien estábamos esperando desde hacía varios días. Se ha escapado por los montes, sufriendo mil calamidades. Viene todo arañado. Se cayó al Bidasoa al tomar la barca. En fin, una odisea. En San Sebastián estuvo con un conocido nuestro. Por lo demás parece que los años no pasan por él. Tan jovial y castizo como siempre. Me preguntó en seguida por todos. Ya tiene hijos casados y es abuelo. Me ha contado muchas cosas, entre ellas varias referentes a C. y a don P., y los demás amigos del C. A., que te halagarán tanto como a mí. Todos guardan de mí un recuerdo casi de veneración. D. P., cada vez que mi nombre salía a relucir, y aunque estuvieran delante gentes enemigas, solía decir: "Me descubro —y lo hacía— por-

que se está hablando de un caballero". El cuñado de E. R., le sacó a don P., siempre aprovechando mi nombre, o haciéndolo valer, cuando menos, diez mil duros que, naturalmente, no le devolvió. En otra ocasión, invocando no sé qué pretexto, pretendió que le entregaran mis libros y todas las cosas mías guardadas en el C. —que conservan como cosa sagrada, al menos hasta que Trigo salió de Madrid— para venderlos. Sospecharon y escribieron a Patricio. Patricio se dio cuenta y les contestó que de ningún modo autorizaba la entrega, cosa que no ha querido decir por no darme un disgusto. No pierdo, pues, la esperanza de encontrarlo todo cuando regresemos. Cuando volvió el cuñado de Haroldo y les entregó mis cartas, lo mismo C. que don Pedro llamaron a Trigo y le dijeron, poco más o menos: "Por lo visto a Albar no le va bien en América. ¿Habría algún modo de ayudarle económicamente sin que él se considere ofendido en ^i delicadeza?" Después Trigo fue detenido y todo quedó en alto.

Por olvido no te he dicho aún que desde que yo estuve enfermo sin salir del hotel se acabó la comuna que habíamos formado y con la cuales iba muy bien. Faltando yo faltaba todo, por lo visto. Como yo no quiero, mientras pueda, ir de restaurante, me arreglo con Manolín y como en su casa.

Un abrazo de tu MANOLO.

Toulouse, 6 de marzo de 1951

Querida mía: Ayer recibí tu carta, cuando ya estaba muy extrañado de no tener noticias, y hoy tu tarjeta. No tienes motivo para alarmarte. No he recaído, sino que voy mejorando, aunque lentamente, y ahora que se aproxima el buen tiempo la mejoría será total. Buena falta me hace, porque en lo que no te equivocas es en suponer que el bandedo que ha pasado ha sido fuerte de veras. Pero no me explico de dónde sacas eso de mi recaída, puesto que te he escrito, le estoy mandando crónicas a Vergara y tengo correspondencia frecuentísima con Medina.

He recibido carta de Borderas hablándome del retorno. Le escribiré, pero hasta que pase el Congreso no quiero decir nada definitivo. El problema que se me plantea ahora es el de evitar que se me nombre miembro de la Ejecutiva, y nada menos que vicepresidente, que es lo que se pretende.

Me preguntas por las prendas que nos mandaste. En cuanto a Manolín se puso el sweater el mismo día y yo estoy encantado con mis cazadoras, que estoy deseando poder lucir. Me faltará tiempo. Tu empeño de mandarme ropa no ha hecho, como yo suponía, más que crearme un conflicto de equipaje. Pero no te enfades por esto, porque en el fondo te lo agradezco mucho. Aquí no hay cazadoras de ésas, y cuando salga a la calle voy a dar el golpe, si es que antes no me lo dan a mí. Como la tos es lo que me atormenta todavía, impidiéndome dar paseos, y el tiempo sigue siendo malo —anteayer cayó una nevada imponente— no puedo ir a ninguna parte. Hoy empiezan a poner en un cine Lo que el viento se llevó, anunciándolo a todo tren, después de haberlo puesto en París durante seis o siete meses. Pásmate: la entrada corriente vale 500 francos y la preferente 650, algo así como 20 pesos.

Felicita a la Greta de mi parte. Dile al chico que no se desaliente ya, hasta el final. Abraza a la Moni, y a la Rosa y a los perritos. Y tú cuenta con el corazón de tu, MANOLO.

Toulouse, 30 de marzo de 1951

Querida mía: Te escribo en la tarde del viernes, vísperas, por consiguiente, del Congreso, muy extrañado de no haber recibido carta tuya desde hace muchos días. La he esperado un día y otro, decepcionado de que no llegara, pero sin alarma ninguna porque sé por Medina que estáis bien y que mi última carta llegó a vuestro poder oportunamente. Esta tarde están llegando delegados al Congreso, y con el ruido que arman — aunque nuestra puerta la mantenemos cerrada a cal y canto, o poco menos—, apenas si nos dejan trabajar en paz. Siempre se mezcla algún amigo, a quien no se puede echar fuera. Quisiera tener la menor intervención personal en el Congreso, aunque tengo la representación de varias Secciones y más votos que ningún delegado, pero no sé si podré librarme. Me parece haber convencido a quien interesa de que no se me nombre presidente del Congreso. Tengo que atender al periódico para dar una información completa el jueves; pero, además y sobre todo, mi estado de salud, aunque voy mejorando mucho, no me permite lujos como el de pronunciar largos discursos sin fatigarme, ni el de estar en las Comisiones horas y horas. En fin, saldré del trance como pueda y dejando bien a la Agrupación de México, que es hoy —y ayer— la más importante y solvente del Partido.

Ya estoy en casa de Paulino, con el fantástico Trigo, cuya vitalidad es algo atómica a pesar de su diabetes. Estoy contentísimo. Nos tratan a cuerpo de rey. Tenemos una habitación estupenda y unas camas excelentes. De la comida no hablemos. Mi preocupación será, si acaso, no engordar. Pero ya te contaré más despacio. Ahora no puedo, so pena de perder el correo. Te adjunto dos fotos que nos hicimos en el patio de la Casa del Pueblo, y otra en la verja de la Iglesia de Saint Semin; en ésta, solos, Trigo y yo. Y adiós. Os abraza hasta la próxima, MANOLO.

Toulouse, 11 de abril de 1951

Querida mía: Esta mañana ha sido para mí un desayuno terrible tu carta con el recorte que da cuenta de la muerte de Vergara. Me eché a llorar y durante mucho rato no he podido recuperarme. ¡Qué trance Para la pobre Sabina y sus hijos! Aquí ha producido también la noticia una impresión tremenda cuando la he dado a conocer, porque la primera información ha sido la tuya. Envíame, o que me envíen más detalles. A propuesta mía, como daba la casualidad de que nos reuníamos hoy, la Comisión Ejecutiva acordó hacer constar en acta su sentimiento. Me figuro cuál será el dolor de Prieto, a quien escribí ayer precisamente.

Recibí la foto de la Moni, que está muy bien. Supongo habrás recibido íú otra mía en que estoy con Trigo. Ahora está esperando que su mujer ^{le} mande una foto como la tuya para ponerla al lado y poder rendiros •tuntos adoración. Ayer te mandé unas muy buenas que nos hicieron en ^a cena de despedida a Fermín Zarza. Yo no estuve en la cena, porque no quiero trasnochar, ni me agrada estar luego de cantadas y respirando ^{alre} viciado, pero me obligaron a retratarme con ellos antes de retirarme a cenar y dormir tranquilamente. Saluda a Rodríguez Vega en mi nombre y en el de Trigo que tiene mucha estimación por él. Don Martín me ha escrito ya dos veces enviándome contratos para que los firme, porque sin este requisito no pueden hacer las ediciones correspondientes. Al final, siempre me dice: "La verdad es que nos acordamos mucho de usted y le echamos mucho de menos". No me extrañaría que acabara por escribirme proponiéndome hacer desde aquí el trabajo que hacía ahí, pese a todas las dificultades de la distancia.

Ya sabes que, a pesar de mis negativas, he sido elegido para las dos Ejecutivas. Eso no me ata más de lo que ya estaba. Veremos lo que sucede en los meses próximos. El

problema que más me interesa es el del chico. Te doy carta blanca para que resolváis lo que os parezca mejor. Por ahora, un abrazo entrañable de tu MANOLO.

Toulouse, 21 de abril de 1951

Mi querida María: Después de haber estado muchos días sin recibir carta tuya, al fin han ido llegando seguidas. Hay días que he recibido dos y hasta tres. a la vez, sumadas las que me has enviado con recortes acerca del entierro del pobre de Vergara que, por lo que advierto, fue impresionante. Me alegro mucho de que figuraras en el duelo. Estás muy bien en la foto, y muy guapa. Cuídate mucho, no vaya a ser que ahora que yo me pongo bien, vayas tú a ponerte mal.

Entérate de quién se encarga de sustituir a Vergara en Revista de Revistas para escribirle, según quien sea, y ver si sigo mandando crónicas para que no te falte ese poco dinero. Ahora que el tiempo va mejorando me voy sintiendo ya casi enteramente bien. Bendigo la hora en que he venido a vivir a casa de Paulino. Nos tratan a cuerpo de rey, y me ha vuelto la alegría, aunque siempre oscurecida por la ausencia de vosotros. Creo que va a ser corta ya nuestra separación. Comemos como cardenales. Te diré nuestro menú: diariamente entremeses de salchichón o chorizo, huevo picado con cebollitas, aceitunas y una gran fuente de berros riquísimos con aceite y vinagre; luego un plato de verdura; después el plato fuerte, callos, cordero, ternera con patatas, calamares o merluza rebozada, todo ello riquísimo y guisado estupendamente, porque la mujer de Paulino es una gran cocinera. Para postre, fruta, y muchísimos días un flan descomunal. Como muy bien, y no hablemos de Trigo, que entra a saco y hace estragos. La habitación es hermosa y las camas excelentes. Encima de una cómoda tengo tu retrato. Ahora, como yo le daba mucha envidia, Trigo ha hecho que su mujer le mande otro para ponerlo igual. Es un chico grandote que nos hace reír a la fuerza, a pesar de que el pobre Paulino y su mujer están inconsolables por la muerte de su hijo, el más pequeño y el único que tenía de ella.

Josué ha pasado por Francia. Me puso un telegrama desde Nueva York para que fuera a París, pero yo no podía ir. Hablé con él por teléfono. No sé si al regreso lograremos vemos.

Os abraza a todos con mucha fuerza, vuestro MANOLO.

Toulouse, 7 de mayo de 1951

Querida mía: Acabo de recibir tu carta no sé de cuándo, porque nunca les pones fecha. Me alegra mucho lo que me dices de los chicos. La Moni que no deje el tratamiento por nada del mundo hasta verse fuerte y gorda como la mujer de Partearroyo. Hoy he recibido carta de Medina, recibida con inexplicable retraso, porque es del 28, y me dice que Prieto ha tenido un cólico nefrítico, y que a toda prisa tuvieron que salir para Fortín, Fraile, Bernardo y Conchita. Después he visto a Pascual Tomás, que ha recibido, también hoy, carta de Fraile, pero más reciente. Por lo visto, se han llevado a Prieto a México y en el camino estuvieron a punto de matarse en un accidente. También me dice que Sabina, cosa que suponía, está con Miguélez en espera, como tu me informabas, de resolver definitivamente los asuntos del pobre Vergara. ¡ Con qué tristeza me acuerdo y me acordaré siempre de él y de aquellas cenas tan simpáticas, tan amigables, en casa de Miguélez! Aunque no hace falta que te lo diga, consueta en lo que puedas a Sabina y ayúdale en todo lo que esté de tu parte.

Ayer fui con Trigo, Gorrocha y Manolín, a pasar el día en una finca muy hermosa

donde está de administrador un compañero nuestro que me estima mucho. Hizo buen día y lo pasamos muy bien, respirando aire puro; rodeados de perros, gatos, pollos, patos y algunos cucos que cantaban escondidos entre los árboles. Hacía dos semanas que suspendíamos el viaje por causas diversas. Me encuentro bien, aunque no como debo estarlo. Noto mucho las variaciones del tiempo, que es infame por lo inseguro, y necesito perder peso. Me he pesado el otro día y estoy en los 80-81, lo cual me congestiona y me produce muchas molestias. Ya empiezo, sin embargo, a dar paseos bastante largos, y procuro limitar la comida. En fin, todo se nos irá arreglando.

Ve a ver a Prieto si, en efecto, está en la capital. Se alegrará. Y consérvate bien guapa para que la vejez, cuando llegue, resbale sobre nosotros, sin tocarnos. Os abraza a todos, vuestro MANOLO.

Toulouse, 16 de mayo de 1951

Mi querida María: Ayer recibí tu carta, seguramente con retraso, por-^clue ni el domingo ni el lunes hubo reparto de correo. Me parece que aquí se trabaja menos aún que en México. A cada dos por tres encuentran pretexto para hacer puente, dejando en suspenso servicios tan vitales como el de correos, que no debía interrumpirse jamás.

De mí no tengo nada nuevo que decir. Hace muy mal tiempo, con frío, lluvias y unas variaciones absurdas, y como no estoy todavía bien del todo, noto las alteraciones atmosféricas como un barómetro. Trigo y yo, siempre juntos, hacemos una vida casi de cartujos. Damos algún paseo los días buenos, nos tomamos algún vaso de vino o alguna cepilla y a las ocho y media o antes nos metemos en casa. No salimos jamás de noche. Algún domingo, a las cuatro de la tarde, vamos a un cine que está cerca del Partido y que es muy familiar y recogido. Leo cuanto puedo, y eso es todo. Ahora estoy muy animado con lo que está ocurriendo en España, que podría, si se nos ayudara un poco desde fuera, ser el final de Franco. Pero a esta hora no hemos podido que se organice ni un mitin internacional de solidaridad con las huelgas. Y esas cosas, si no se hacen en caliente, pierden su eficacia. Los números de EL SOCIALISTA que hemos hecho en facsímil, por iniciativa mía, han sido un éxito rotundo. Se han repartido muy bien dentro de España y la gente los acoge con más amor que si fuera pan.

Me he acordado del día de las Madres, que aquí es el 21, y para que veas que no es un recuerdo vano te incluyo un papelito muy agradable para que te compres lo que quieras. Te mando también unas fotos, una para los chicos, otra para tí, y otra para Ceci y Ramón, cuya dirección he perdido. Mándasela tú. Ya me dirás en cuál de las dos te parece que estoy mejor. Recibí carta de Puente. Le escribiré, y también a Miguélez Enseñé los recortes del "Excélsior" a muchos compañeros vascos, algunos conocidos de Vergara, y a todos les afectó mucho la desgracia. Estoy expectante por ver lo que ocurre en las elecciones francesas del 17 de julio, que pueden afectarnos mucho a los refugiados. Y nada más por ahora. Dile al chico cuáles son mis preocupaciones. A la Moni que coma mucho. Te abraza, tu MANOLO.

Toulouse, 20 de mayo de 1951

Mi querida María: Recibí tu carta, y estoy muy contento de que las cosas vayan desarrollándose bien, que es mi aspiración hasta que esta situación termine. Aunque el tiempo es muy variable y tan pronto hace calor como frío, llueve o luce el sol, voy sintiéndome cada día mejor físicamente. Moralmente, también, si no fuera por la morriña que me entra ¡de cuando en cuando, —muy a menudo— acordándome de vosotros. Pero

sabiendo que no hay problemas que no puedas resolver, estoy tranquilo. Doy por bien hecho todo lo que tú hagas y por consecuencia me parece bien lo de los 100 pesos para ayudar al viaje de Sabina. Eso y mucho más merece ella y merecía Vergara, amigo de todo corazón, de cuya pérdida tardaré mucho en consolarme. Felicita a Chistus y Libertad cuando pueda, en mi nombre, cosa que se me pasó por alto en mi carta anterior. Que sean muy felices. Te estoy escribiendo muy de prisa, por eso despacho los temas con cuatro palabras. Es que mañana no podré hacerlo. Trigo te envía su saludo. El pobre anda con su diabetes a cuesta, pero bien. Y no va más. Un abrazo de tu MANOLO.

Toulouse, 12 de junio de 1951

Mi querida María: El día de mi cumpleaños hubiera pasado completamente inadvertido o poco menos para mí, a no ser porque recibí tu carta, la de Ceci y Ramón, la tarjeta de Manolín y, más tarde, lo cual quiere decir que se olvidó, la de Moni. Fueron mi única fiesta, y como aquí nadie me lo recordó, aunque yo lo había dicho en casa recientemente, me vi libre de convites, al revés de lo que le pasó a Trigo, que como es tan exuberante en todo y tan sensiblero tuvo que andar comprando pasteles y caramelos cuando el mes pasado cumplió 54. Yo me burlo mucho de él, porque es más pueril que un niño de cinco años. Me hace leer, quieras que no, todas las cartas que recibe, y las recibe todos los días, porque no está contento si no le escriben constantemente la mujer, los hijos, la nuera, los hermanos, los sobrinos y no digo los nietos porque no saben aún. Le mandan fotos y se enterece —no más que yo, desde luego, pero yo soy más reservado—. De cuando en cuando le lleno de improperios. Otras veces, cuando consigue ablandarme, le hablo en tono grave de las cosas pasadas, del porvenir, de lo que aún tenemos que hacer en España, y a poco extreme la nota lo hago llorar. Si algún corazón grande, generoso, limpio he conocido, el suyo es uno, y queriéndole —aunque le insulte— no hago más que corresponder al cariño sin límites que siente por mí y por vosotros. Ahora, como el taller les va bien, sus hijos van a comprar un terreno en la Prosperidad para edificar un taller nuevo y amplio. Ellos le consultan y él me consulta a mí. Le digo que se lancen sin miedo. Y que cuando volvamos a España, que será muy pronto, Manolín, con la carrera acabada, se asociará con sus hijos para emprender un negocio de construcciones en grande, y me escucha con arrobamiento. ¿Quién sabe si estas bromas no son un día realidad? El pobre está diabético, anda poniéndose inyecciones de insulina y privándose de comer algunas cosas y de beber otras, lo cual le enfurece. Sin embargo, yo casi me desmayo cuando lo veo comer. Siempre me encarga que no me olvide de saludaros y lo mismo le dice su mujer.

Mi mayor placer es saber que os encontráis bien. Yo voy recuperándome. Hasta hace dos días hemos tenido un tiempo loco. Ahora, de pronto, se ha echado encima el calor. El domingo, como de costumbre, fuimos a pasear Trigo, Gorrochategui y yo, y en las cercanías de un parque un fotógrafo ambulante —aquí hay muchos, como ahí— nos hizo una foto. Te la mando. Estoy muy bien. Parezco un gatito. Llevo la cazadora, clara, baratita, que así y todo llama la atención. Me imagino que piensan:

"Ese pertenece al Plan Marshall". Excuso decirte lo que será cuando saque las otras, especialmente la verde, que es preciosa. Gorrocha, con la gracia consiguiente, lleva el traje que le enviasteis, bien arreglado, y que no se pone más que los domingos, porque "eso no es para todos los días". Ahora estoy viendo el modo de hacerme una gabardina buena, impermeable, que tendré que ir arañando mucho durante unos meses para ahorrar el costo.

También tenemos el proyecto Trigo y yo, con el matrimonio Gómez Beltrán, de ce-

rrar la casa y marcharnos los cuatro en agosto a Biarritz, ya que ellos tienen allí unos parientes que nos dan vivienda, y el gasto de comida lo mismo, con poca diferencia, es allí que aquí. Pero eso requiere de todos modos algún dinero para viajes y gastos extraordinarios inevitables. En fin, todo se arreglará.

Josué hizo que yo le escribiera a un compañero muy significado de Roma, italiano, a quien conocí aquí, rogándole que le acompañara a su llegada. Se puso en relación con él desde Teherán anunciándole su llegada. Después ni él ni yo tuvimos noticia ninguna. Como pasaba el tiempo, el italiano me escribió extrañado. Yo, muy alarmado por la situación que hay ahora en Persia, le escribí al cónsul franquista de aquél país, usando nombre supuesto, pidiéndole informes. Sospechaba que lo hubieran matado o secuestrado. Y cuando yo estoy reclamando su cadáver, me entero por Prieto, primero, y luego por ti, de que está tranquilamente en México. Pero las cosas no acaban ahí. Anteayer recibí una carta de él, con el sobre y el encabezamiento dirigidos a mí, pero con el texto, del que no entiendo una palabra, dirigido a un tal Pablo, en París, que no sé quién es. Supongo que Pablo habrá recibido otra carta dirigida a él, pero con el texto para un tal "querido Manolo" que tampoco sabrá quien es. Y esta mañana he recibido devuelta la carta que le mandé al cónsul franquista, "por desconocido". Es tema para un sainete.

Adiós, cariño mío. Os abraza a todos entrañablemente, MANOLO.

Toulouse, 25 de junio de 1951

Mi querida María: Al cabo de esperarla inútilmente, el sábado llegó, por fin, tu carta del 17. Estaba tranquilo porque sabía, por Medina, que estabais bien. El día anterior había recibido carta de Prieto en la que me contaba que te había visto en el cementerio en el entierro de la hermana de Ernesto Navarro. Sin perjuicio de que yo le ponga unas líneas o no, si lo ves hazle presente mi sentimiento. Bien sabe él la amistad fraterna que le tengo y no necesito andar rebuscando fórmulas para expresarla.

Josué me llamó por teléfono desde Amsterdam anunciándome de nuevo su llegada a París y prometiéndome venir a Toulouse a pasar un día o dos conmigo. Después me llamó desde París, en efecto, pero para decirme que no podía venir porque le habían avisado desde México para que regresara con urgencia. Me prometió ir a veros.

No vemos el sol ni apenas deja de llover. Pero lo peor es que en un mismo día hace frío, calor, llueve, sale el sol, sopla viento, viene el bochorno, etc. Esos cambios me hacen cisco. Sin embargo, me parece recordar que aquí hay verano, porque no he pasado más calor en mi vida que el que me atosigó aquí el año pasado. Y no sé qué desear más, o qué odiar más, si el invierno o el verano. Lo único claro es que en esta gloriosa ciudad tan indeseables son el uno como el otro.

Me alegra mucho que arregles nuestro pisito, aunque yo quisiera no tener que volver a ocuparlo. Verlo, sí. A pesar de todo ¡cuánta gratitud siento hacia México! Ayer fui con Gorrocha a ver una película titulada "Manolette". Es estupenda y pasé un rato feliz, de emoción, recordando a España. Es una película en la que Manolette es el protagonista, interpretando un doble. Está muy bien hecha. Se ve muy bien la corrida de su presentación en México, y la de su muerte en Linares. Cantan, bailan, aparece Andalucía con todo su esplendor... y no hay modo de evitar que se le suban a uno las lágrimas a la garganta recordando todo eso que nos pertenece y que no podemos tener porque lo impide un canalla hijo de p... Si no la han puesto ahí, aunque supongo que sí, y la ponen, ve a verla.

Trigo os envía su saludo. Ayer fue a una excursión de las Juventudes a Foix. Yo no quise ir. Vino muy satisfecho. También os saludan Paulino y su mujer Pura.

Y adiós por hoy. Os abraza, MANOLO.

Toulouse, 12 de julio de 1951

Mi querida María: Llevo tres días queriendo escribirte, aunque no ha pasado mucho desde que te escribí mi última carta, y sin poder hacerlo. Hoy aprovecho un poco de respiro para ello. Como estamos intensificando mucho la propaganda para el interior de España, donde se la disputan como si fuese pan bendito, ando sobrecargado de trabajo, porque quiera o no, la corrección de pruebas y todo lo concerniente a la imprenta recae sobre mí, con el consiguiente empleo de horas. Nuestro amigo se está moviendo muy bien, a plena satisfacción nuestra, y gracias a él, en gran parte, creo que lograremos tener bastante bien organizadas las cosas. Nos interesa mucho siempre, pero sobre todo ahora, en que estamos en un momento muy crítico, que puede resolverse lo mismo bien que mal.

Luis Prieto es un embustero. Ni me ha escrito ni creo que lo haga. Le encargué unas cosas cerca de la vida de Meabe y aún estoy esperando la menor noticia respecto a ellas. Con su hermano estoy en correspondencia muy constante. Me manda noticias y recortes. Como ahí está un poco aislado, le come la impaciencia por saber lo que ocurre por aquí y quiere que le entere de todo. Lo hago con gran placer, siempre que hay algo interesante que contar. Hoy o mañana le escribiré.

Todavía no hemos resuelto nada definitivo acerca del viaje a Biarritz. Tenemos, sí, el deseo de hacerlo, aprovechando la gran facilidad que representa tener casa excelente en el domicilio de unas hermanas de Paulino que viven allí. Sin embargo, por lo que a mí respecta, no sé qué decirte. Ya he dicho aquí, con motivo de habernos puesto ahora en situación legal respecto a pago de impuestos por sueldos, derechos obreros, etc., que el derecho de vacaciones para mí no representa nada, porque no puedo encomendar a nadie mi labor y, por lo tanto, eso de las vacaciones es un cuento. Esté donde esté, tendré que trabajar. Claro que no es lo mismo estar en Biarritz que aquí, ni mucho menos, pero ir a Biarritz supone el gasto de viajes —unos 3.000 francos, sólo de tren, ida y vuelta—, luego los gastos extraordinarios que exigen vivir en una capital de lujo, además de que, bien sea en regalos o de otro modo, de alguna manera tendremos que agradecer la hospitalidad. El sábado pasado hubo una excursión de las JJ. SS. Pude ir invitado por ellos, como director del periódico, pero era un palizón en autobús —ir el sábado para regresar el domingo— y no me atreví. Trigo fue pagando su parte y volvió encantado. Verdad es que se detuvo un día más pagándose él el viaje de vuelta, con lo cual resulta que no ahorró nada. Terminó porque es la hora de irnos a comer. Conservaros bien todos. Un abrazo entrañable de vuestro, MANOLO.

Toulouse, agosto de 1951

Mi querida María: Ayer domingo lo pasé más solo que de costumbre. Trigo se marchó en una excursión que habían organizado a Carcasonne. Yo no quise ir. Traté de pasar la tarde escribiéndote, pero cuando vine al Partido —donde los domingos no hay absolutamente nadie— me encontré con que las luces se habían fundido y como ya era algo tarde, porque había dormido la siesta, apenas si se veía ya para escribir. Tuve que dejarlo para hoy, como lo hago. Aunque he mejorado grandemente, no estoy bien todavía, si bien espero ponerme y entrar en el invierno con fuerzas para aguantarlo sin temor. No te lo digo para que tengas por mi ninguna preocupación, que no hay por qué, afortunadamente. Yo no tengo otras que las de vuestra situación.

Como veréis por el periódico —que supongo recibes normalmente— estamos echando fuego. Aquí, dentro del desaliento inevitable ante lo que ocurre, la gente se mantiene firme y el periódico —al cual se debe fundamentalmente esa moral— es ahora esperado con avidez. A ratos me contagia el entusiasmo de la lucha. Lo malo será que cualquier día —lo cual no sería muy extraño— los americanos se cansen y hagan que me expulsen de Francia o me obliguen al silencio, que es lo mismo. Por si acaso, ten preparado mi sillón. ¡Qué odio les tengo y les va teniendo todo el mundo! A quien le encantan mis editoriales es a Prieto, que está que ruge.

No sé por qué, si no fuera por la preocupación que tengo de vosotros y el no acomodarme a la separación —eso ni en mil años—, no me siento afligido, como si una voz interior me dijera que no debo estarlo. Haz ánimos, vida mía. Yo, cada vez que me acomete la morriña o que me siento mal, cojo tu, retrato, contemplo el que estáis todos juntos, os abrazo mentalmente y recobro fuerzas. Pase lo que pase, ese miserable de Franco no nos ha de ganar la partida.

Te incluyo unas hojas de las que hemos hecho el grupo de aragoneses. Le mando también a Borderas. ¿Qué ha sido del pobre de Ladrón? Os abraza con toda el alma, MANOLO.

Toulouse, 8 de septiembre de 1951

Mi querida María: He recibido esta mañana tu carta y me apresuro a contestarla. Siempre lo hago con igual o parecida rapidez.

Igualmente supongo en tu poder mi carta respuesta a la que me envió la Moni. No tengo nada que rectificar ni añadir a ella. Me alegra lo que me dices de Sierra, aunque una vez casados, si llegara el momento, cada uno de los hijos hará lo que le convenga o quiera, y se irán a España con nosotros o se quedarán en México. Yo querría que todos volvieran con nosotros, pero no tengo la pretensión de obligarlos, aparte de que me Parecería idiota echar a rodar una buena posición, si la tienen, por irse a España a no saber qué hacer. Hay que irse acostumbrando a todo eso. Ten en cuenta que para nosotros España lo dice todo; para nuestros hijos no dicen nada o casi nada. Y, además, la España que nos van a dejar será el país más miserable, más inculto, más desgraciado de Europa. Eso si no hay guerra y entre los rusos —que son los malos— y los norteamericanos —que son peores— la reducen a escombros, como será lo más probable si sigue adelante ese monstruoso contubernio. Pero, en fin, dejemos esto. Afortunadamente, aun hay tiempo por delante.

Aquí hace desde unos días atrás un calor insufrible. Hasta ahora no habíamos conocido el verano. También aquí la vida encarece cada día más. Acuso recibo de los recortes que me ha enviado Luis. Salúdale y también a Partearroyo. A los Miguélez mis abrazos entrañables. ¿Ha ido la Ceci? No me dices nada de los perritos.

Te abraza tu, MANOLO

Toulouse, 18 de septiembre de 1951

Mi querida María: Recibí, hace tres días, las cartas de todos que me produjeron gran placer. Después, casi seguida, llegó la tuya. Tengo también las fotos de la casa de Ramón y la Ceci. Aunque yo no soy como Trigo, que nos obliga, quieras que no, a leer sus cartas y a ver todas las fotos que se hace y que recibe —y son infinitas— le enseñé a él y a otros amigos las fotos.

Como estos días andamos medio callejeros, por lo que luego diré, y él acaba de recibir un kilo de chorizo riquísimo, le pagué un metido (al chorizo) que lo dejé temblando. Ahora estoy tratando de que le manden longaniza de Fuentes, de la que, por compasión, le dejaré probarla.

En efecto, hace una semana que estamos solos en la casa, y comiendo en la de uno de los hijos de la mujer de Paulino, que vive al lado de nuestra calle. Como te dije, se agravó la hermana y Paulino marchó a Biarritz el domingo. El miércoles, 12, marchó también Pura. El 14, después de una agonía que nadie se explica por lo larga, al cabo de veinte días sin probar absolutamente ningún alimento, más que agua con hielo, que devolvía sin tragarla, murió la hermana de Paulino.

Ha ocurrido una pequeña tragedia, ésta más tolerable. El domingo en que fuimos a comer con unos amigos suizos —como te anuncié— fui a ponerme la cazadora verde, tan bonita, y... me está pequeña. Estará muy bien para llevarla en invierno como chaleco, pero no para llevarla; sola. ¿Es que se lleva así? Lo cierto es que Trigo, que guardaba para ese día ponerse esa chaqueta blanca que verás en la foto, y con la cual pretendía anularme, no tuvo contrincante, aunque sí hubo de aguantar unas bromas tan feroces mías que ya no se ha atrevido a ponerse más' la chaquetita de marras. El pobre está pendiente de mí y lo traigo a maltraer. Ya empieza a hacer fresco. Aquí no pasa nada notable. Nuestra vida es monótona como un día de lluvia. Ahora, cuando llegue el invierno aún lo será más. Pero yo me resigno fácilmente con la esperanza de reunirme pronto con vosotros y, sobre todo, la de saber que estáis bien.

De otras esperanzas parece ridículo hablar.

Seguimos haciendo mucha labor dentro de España. Nuestro gran amigo ha resultado un diamante y está dando un juego magnífico. Por cierto que hace unos días he recibido, a mi nombre, una carta que venía de un pueblo de Lérida, y en ella un señor desconocido me dice que ha visto un ejemplar de EL SOCIALISTA, que él ignoraba se editara —debe ser uno de esos en facsímil— y después de llenarme de elogios, me ruega que le ayude a salir de España.

Te incluyo carta de Paulino para Luis Prieto. Dásela tan pronto como puedas. Supongo que seguirá viviendo en la calle Colón. Os abraza a todos, y especialmente a ti, tu MANOLO.

Toulouse, 1 de octubre de 1951

Mi querida María: Esta mañana, cuando ya me disponía a escribirte extrañado de no recibir carta tuya, me la ha traído Gorrocha a casa. Digo esto, porque ayer, domingo, me trajeron recado de que hoy procuráramos, si era posible, no ir durante la mañana por el local del Partido, porque había no sé qué fiesta religiosa a cargo de alguien que había alquilado la planta baja, y convenía evitar que hubiera ruidos. Decían que iban a bendecir los locales. Me enfurecí y dije que al nuestro —el del periódico— no entraría nadie, por muy francés que fuera, y que se podían ir a bendecir a su madre. Estaba acabando de vestirme cuando llegó, como digo, Gorrocha trayéndome el correo. Me explicó lo ocurrido. Se trata de unos judíos que a estas horas aún siguen celebrando —y son las siete de la tarde— sus ritos bajo unos toldos de lona con que han cubierto el patio interior que da acceso al teatro. Desde aquí oigo al rabino recitando un sonsonete que debe ser los salmos de David. Buen provecho les haga y hasta otro año. Para salmos estamos nosotros.

Paso días muy tristes, de nostalgia, de morriña, de no sé qué; en el fondo, un poco también de que mi salud no es todo lo buena que quisiera y de que hago una vida tan

excesivamente retirada que parece la de un ermitaño. Mi alegría mayor, por no decir única, son tus cartas. Por eso estoy tan contento con la de hoy.

(Desde hace rato está lloviendo de una manera torrencial, espantosa, y caen rayos por todas partes. Sospecho que es la influencia del rabino, que sigue cantando sus salmodias impasible, desafiando la cólera de los dioses).

Me duele mucho lo de Ladrón. Muchos saludos de la familia Beltrán y de Trigo y la suya. Os abraza a todos vosotros, MANOLO.

Biarritz, 8 de octubre de 1951

Mi querida María: Desde el jueves de la semana pasada nos encontramos en Biarritz, no sé por cuánto tiempo, pero desde luego no menos de quince días. Está hermoso, aunque ya no quedan veraneantes ricos, o quedan tan pocos que ya no se notan. La tarde del día en que te escribí mi última carta desde Toulouse, no sé si por culpa de los judíos aquellos que estaban echando berridos, como te dije, cayó una tormenta terrible, al punto de que hasta las diez de la noche no hubo modo de que yo pudiera atreverme a ir a la casa. Pues bien, el martes, o sea el día siguiente, la tormenta, pero mayor, fue en Biarritz, donde no recuerdan otra parecida en muchísimos años. Cuando llegamos nosotros, el jueves, aún estaban inundados muchos edificios. Se han hundido varias casas, y lo peor es que a causa de ello se han quedado en la calle y sin ropa ni bienes de ninguna clase algunas familias de refugiados. La casa de la hermana de Paulino, mujer muy fina, soltera vieja también, como la que murió, está en el centro de la población, a cinco minutos escasos del Casino y, por consiguiente, de la playa. No podemos, pues, estar mejor instalados. Encontramos tiempo variable, pero desde anteayer lo hace excelente y hoy con calor al mediodía. Excuso decir que nos damos grandes sesiones de mar, sentados tranquilamente en algunos de los bancos que hay en la playa. Ayer, día espléndido, nos fuimos Trigo y yo a San Juan de Luz, donde estuvimos hasta la noche y lo pasamos muy bien. ¡Qué encantador es todo este paisaje! ¡Y qué emoción y qué tristeza a la vez produce estar a once kilómetros de España y no poder entrar...!

No alargo esta carta porque realmente no tengo nada que decirte, pero además porque me están esperando y he de ir al correo. Naturalmente, trabajo para llenar mi papel en el periódico. Por eso no puedo aprovechar más el tiempo para divertirme o hacer que me divierta. Una cosa en proyecto, invitado por unos nacionalistas vascos, es ir a ver las palomeras de Echalar, en la frontera, en plenos Pirineos, con el aliciente: de ver a diez metros tierra española y hasta, según quién esté de servicio; con los carabineros, pisarla al cabo de once años. Todo depende de que encontremos facilidades para ir. Ya te contaré. Os abraza a todos tu, MANOLO

Biarritz, 14 de octubre de 1951

Mi querida María e hijos: Te escribo a punto de tomar el tren para Toulouse, adonde vamos en virtud de una llamada urgente para celebrar! reunión de las CC. Ejecutivas mañana lunes. Hemos tenido la fortuna de que nos está haciendo un tiempo increíble por lo bueno. Días soleados, o a lo sumo con algunas nubes ligeras, de temperatura deliciosa y unímar apacible, tan bello que da pena dejarlo cuando al cabo de la mañana nos vamos o me voy a comer. Digo me voy, porque algunos días, si Paulino tiene que hacer, me voy yo solo, puesto que el pobre de Trigo está en desgracia. Apenas llegamos cuando empezó a formársele una infección en la nariz a causa de unos granitos que ya

traía de Toulouse. Al fin, la nariz se le ha puesto como una remolacha y, pese a las bromas y risas nuestras, hubiera tenido un disgusto muy serio a no existir ahora la penicilina y todos esos productos modernos que evitan tantas desgracias. Le está viendo uno de los médicos que asistieron a la hermana de Paulino, refugiado vasco, y aunque ya está muy mejorado, su facha es tal que no se atreve a salir a la calle. Por eso no va a Toulouse. He aprovechado la ocasión para hacer que el médico me examinara a mí, cansado ya hasta la desesperación de ver que, esperando la primavera —que no hubo— y después el verano —que tampoco hemos tenido— estamos a la entrada del invierno y la tos persiste, aunque muy disminuida y, lo que es peor, sigue la fatiga que algunos días malos —y en Toulouse lo son casi todos— me impide dar cuatro pasos seguidos. Al médico de Toulouse todo lo que se le ocurre es decir que es prevención moral mía, que dé paseos —yo que no puedo andar— y que beba poco de todos los líquidos, cosa que recomienda a todos. Afortunadamente, y como siempre, no hay nada alarmante. Me auscultó muy bien y descubrió lo que ya sabía yo o sospechaba: algo de congestión en el lado izquierdo, consecuencia de la bronquitis famosa. El corazón un poco débil y la tensión un poco alta. Me ha dado unos comprimidos para robustecer el corazón y en cuanto vuelva me pondré unas inyecciones para la disnea. Dice que no tenga ningún cuidado y que me quedará muy bien en seguida. Ya ves que he aprovechado el viaje. La brisa del mar me ha tonificado mucho, por otra parte. Lo malo es que no consigo adelgazar, y que mi apetito es cada vez mayor. También me ha indicado el médico de aquí que tome lo menos posible de líquidos para bajar el peso y la tensión, y que pasee cuanto pueda.

Ya te dije que habíamos ido a San Juan de Luz. Anteayer fuimos a Bayona, donde estábamos invitados a comer. Quieras que no, arrastramos a Trigo. Y aún haremos alguna excursión más. Se ven muchos españoles que vienen y arramblan con todo cuanto pueden en las tiendas, sin perjuicio de que muchos de ellos sean de los babosos que dicen que en España hay de todo. Y nada más, porque se me hace tarde. Os abraza a todos vuestro, MANOLO.

Toulouse, 17 de noviembre de 1951

Mi querida María: Llevo ya desde el lunes por la noche en Toulouse. Hace un tiempo muy tolerable, a pesar de lo cual yo no me encuentro bien. Veremos si esta segunda tanda de inyecciones, que empecé ayer, me sacan ya de atrancos, aunque me he convencido de que aquí, y en las circunstancias actuales, yo no estaré nunca bien del todo. No sé si es mi estado de salud el que influye sobre mi ánimo o es mi ánimo el que influye sobre mi estado de salud; lo cierto es que me encuentro en una situación moral y física que necesito superar a todo trance. Confío en conseguirlo, pero con la certeza de que sólo reuniéndome con vosotros y saliendo de esta interinidad que dura ya año y medio lograré remedio definitivo. Influyen en mí de un modo atroz todas las malas noticias y trances desgraciados en que nos vemos —políticos y familiares—, aunque, naturalmente, también las buenas. Ahora estoy contento con lo de la Moni, porque me parece que hace un buen matrimonio y que va a ser feliz, aunque, como tú, siento mucha tristeza pensando en que se va de nuestro lado y en que tal vez algún día hayamos de dejarla en México. Pero todo eso es inevitable y sería estúpido ponerse a llorar. Bien casada la Moni, bien colocado Ramón, que tanto lo merece, si tuviéramos la fortuna de que nuestro hijo conquistara la posición que para él esperábamos, tendríamos motivo para sentirnos felices, dentro de lo relativa que es siempre la felicidad, aunque mi vida, como la de tantos, quede ya troncada para siempre en el orden de nuestras ilusiones políticas. Por lo menos, no tenemos nada que reprocharnos respecto a nuestros hijos. Hemos hecho por

ellos cuanto unos buenos padres pueden hacer.

Te digo todo esto serenamente y sin que ello deba afligirte más de lo que ya te aflige lo poco grato que nos toca pasar. Al revés, necesito decírtelo porque así me quedo más tranquilo y en cierto modo adquiero compromiso conmigo mismo para sacudir el aplanamiento. Ocúpate ahora de los asuntos de la Moni. Doy por descontado que la boda tendrá que ser " por la Iglesia, y aunque para mí será tristísimo no poder estar presente, por ese lado casi me alegro, porque así evito la campanada de no ir a la iglesia, como no hubiera ido. Bien sabes que no soy intransigente, pero en este caso hubiera necesitado serlo. No quiero saber nada con esa farsa y con esos farsantes miserables que han sido la ruina de España y de todos nosotros. En todo lo demás, espero que me orientes y me digas qué es lo que yo debo hacer y cómo puedo ayudarte. Por ahora, un abrazo muy fuerte para todos de vuestro, MANOLO.

Toulouse, 18 de noviembre de 1951

Mi querida María: Te vuelvo a escribir hoy aprovechando la tarde del domingo y la absoluta soledad que me rodea. A propósito, no te dije ayer, ni creo que se haya publicado ahí ninguna noticia, que hace diez días nos han saqueado las oficinas del Partido. Los ladrones, evidentemente elementos falangistas, y tal vez policías venidos de España, con la complicidad de algún traidor de aquí, venían a tiro hecho. Es un robo político, y no se han preocupado de disimularlo, sino al revés. Hasta cerca de la una de la mañana estuvo trabajando en la redacción del periódico, como suele hacerlo algunas noches, Gorrochategui. Al salir apagó todas las luces y cerró las puertas. Alguien debía estar acechándolo, tal vez en el propio patio de la casa, completamente a oscuras. Lo cierto es que entraron, haciendo saltar tres puertas —la de abajo interior y las de nuestras secretarías— y se llevaron todo el fichero y la correspondencia. Pequeñas cantidades de dinero que había sobre las mesas las dejaron. Las máquinas de escribir también. Por fortuna no encontraron la correspondencia más importante y comprometedora, ya sea por falta de tiempo para registrar o porque el que les servía de guía ignoraba dónde se hallaba. Así y todo, *el golpe es duro, aunque no creo que ocurra nada grave*¹

No sé si habrá o no Congreso extraordinario. No lo creo. Pero el ordinario, de todos modos, está próximo, ¿Qué ocurrirá? Lo ignoro. Nuestra situación —me refiero a la del Partido— es muy precaria, y sólo por un milagro de voluntad y gracias a la ayuda económica que recientemente nos han prestado las organizaciones belgas, principalmente, podemos desarrollar una actividad portentosa que llena de admiración a los extranjeros y de la que podemos sentirnos legítimamente orgullosos. Ayer mismo he visto una carta de un socialista alemán que habla varios idiomas, entre ellos español, dirigida a unos jóvenes de aquí, y les dice que recibe la prensa socialista de todo el mundo y puede afirmar que entre toda ella no hay un solo periódico que sea comparable a EL SOCIALISTA. Y así en todo. Cuando en las reuniones internacionales preguntan y se les dice que toda esa labor se desarrolla con nuestros medios exclusivamente, no lo creen, y en seguida sospechan que anda de por medio el dinero americano u otro menos confesable. Cuando se ven obligados a admitir la verdad, se hacen cruces. Pero todo eso no impide que estemos, en definitiva, más solos que un hongo. Si el problema de España sigue estando sobre el tapete es por la actividad que, contra viento y marea, desarrolla el Partido con la U.G.T.

El periódico lleva dos semanas sin salir y vamos camino de la tercera Porque la

¹ El texto en cursiva está colocado al revés en la edición francesa utilizada para esta digital. (N. del editor digital)

huelga de Marsella no se resuelve. Como verás, todo son quebrantos. Con Josué no he podido verme, a pesar de que aceleré el viaje de regreso a tiempo para que me encontrase en Toulouse. A estas horas, según me escribió, debe estar de vuelta, o tal vez ya en México cuando recibas esta carta. A la pareja Miguelea todos mis afectos, que son muy hondos, aunque no les escriba. ¡Cuántas veces me acuerdo de las cenas de los sábados, comparándolas con lo tristes que son los sábados ahora Para mí! Me alegro mucho de que vayáis a su casa. Hoy he recibido carta de Luis Prieto. Dale recuerdos. A su hermano parece que le han operado de una hernia. Le escribiré. También he recibido carta de Medina. Un abrazo de tu, MANOLO.

Toulouse, 4 de diciembre de 1951

Mi querida María: Esta vez me acuso de haberme retrasado un poco en escribir. En realidad, no por pereza, sino porque la huelga de Marsella, ya terminada, por fortuna, lejos de procurarme descanso, me ha traído de cabeza, tirando hoy al cesto lo que habíamos hecho ayer y haciendo hoy lo que no sabíamos si iba a servir para mañana. Por otra parte, estamos ya en pleno invierno, y aunque hasta ahora es bastante tolerable, abundan ya los días fríos, algunos muy malos, con nieblas, que son los peores para mí. Por fortuna, voy mejorando, pero despacio, y como mi salud no es cabal y no duermo bien si no las primeras horas de la noche, luego se me hace tarde en la cama y me levanto tarde, con lo cual disminuye mucho mi capacidad de trabajo. Dentro de la morriña que me consume, estoy contento hasta donde puedo estarlo de ver que las cosas se van desarrollando bien, gracias, en gran parte, a tu cuidado.

Recibí con la tuya la carta de la Ceci. Le envió muchos besos y quiero que te ayude en todo a salir de este trance lo mejor posible. Ya he dicho que eso del matrimonio es un asunto serio y que una vez aceptada su responsabilidad hay que saberla llevar hasta su fin. Las lamentaciones tardías no sirven para nada.

Me han hecho una radiografía. No tengo absolutamente nada en los pulmones, pero sí algo de dilatación de la aorta y la consabida bronquitis, fruto de catarros mal curados, de los cuales no se hace caso cuando es tiempo y luego se pagan las consecuencias. Creo que con un poco de paciencia lo iré superando todo. Cuidaos todos vosotros mucho, porque vuestra salud me preocupa más que la mía. Hoy he leído en el periódico la noticia del suicidio del hijo de Miaja. Espía me escribió desde París, donde está por una temporada. A los Miguélez y a todos los buenos amigos mis mejores recuerdos. Un abrazo de tu, MANOLO.

Toulouse, 19 de diciembre de 1951

Mi querida María: Vengo en este instante de arreglar mis papeles en la Policía, para lo cual he necesitado acudir —no yo, el Partido— en recomendación a las autoridades supremas por las trabas que ponen cada vez más para autorizar la estancia en Francia, debido sobre todo a la gran cantidad de compatriotas que pasan a diario la frontera huyendo de España, algunos escapando de la persecución policíaca, pero los más porque no pueden vivir allí, y no pocos por correr la aventura, sin darse cuenta de que las cosas no están para bromas. Así ocurre que a muchos los devuelven a España, y a otros les plantean el problema de volver o alistarse en la Legión para ir a Indochina. La mayor parte de éstos ponen el grito en el cielo cuando ven que nosotros no podemos arreglarles la situación a su gusto y no faltan los que se deshacen en improperios demostrando lo

que son: trotamundos que van a ver lo que sale, sin contar los que son espías o poco menos.

Ya habrás recibido mi carta a Sierra. No te oculto que se me empañaban los ojos escribiéndola, lo cual, por otra parte, me ocurre muy a menudo. Me doy cuenta, amor mío, de lo triste que debes estar estos días y de lo sola que te vas a quedar, pero ten paciencia. En medio de todo, tenemos motivos para estar contentos y nuestra separación toca a su fin.

Por fortuna, el invierno, hasta ahora, es muy tolerable. Claro que nos esperan días crudos, pero el año pasado por estas fechas lo pasábamos bastante peor. Excuso decirte cómo me domina la melancolía pensando que es la segunda Navidad que voy a pasar separado de vosotros, y ahora con la agravante de ver cómo nos vamos disgregando, porque así lo exigen las circunstancias de la vida. Pasadlo lo mejor que os sea posible. Yo no pienso ir a ninguna parte ni hacer nada que no sea lo de todos los días, que consiste en marchar a casa desde la oficina y a las once de la noche, lo más tarde, estar en la cama. Guardaré mis alegrías para cuando estemos juntos, aunque sean alegrías de viejecitos.

Espero que Manolín cumpla con su deber en todos los órdenes y te ayude a llevar la soledad, como igualmente espero que la Ceci lo haga también pasando contigo algunas temporadas si Ramón, siempre bondadoso, se lo permite. Supongo que habrás comunicado a Prieto que se casa la Moni, aunque librándole de todo compromiso de cumplimientos ni regalos. De los amigos a quienes debes invitar no te hago indicación ninguna, porque prefiero dejarlo en tus manos, seguro de que todo lo harás bien. Volviendo a lo sola que te quedas, creo que debieras buscarte, si no la tienes ya, una muchachita que te ayude en el trabajo y te sirva de compañía. En fin, quiero que sobrellevés estos trances con el mejor ánimo posible. Yo procuraré hacerlo también, aunque confieso que más estoy para recibir alientos que para darlos. El ambiente de aquí tampoco es apropiado para otra cosa. Echo mucho de menos el Centro Español, las tertulias de los amigos, la partida en casa de Borderas..., es decir, todo lo que allí me ayudaba a ver las cosas un poco menos sombrías. Pero no seamos cobardes y superemos esta crisis de pasajera pesadumbre que nos domina.

No sé qué más decirte hoy. Esta carta te llegará en vísperas de Navidad o en la Navidad misma. Que sea lo más dichosa posible para vosotros y para los amigos, especialmente para los Vilas, con quienes supont^e que, como siempre, pasaréis la noche. A todos os abraza tu, MANOLO.

Toulouse, 7 de febrero de 1952

Mi querida María: Después de esperarla con ansiedad durante varios días recibí tu carta del 25 de enero y, casi en seguida, la del 2 de febrero. Sin duda se retrasó la primera. Tus cartas me han traído un gran consuelo que me estaba haciendo mucha falta. Estoy muy contento porque las cosas se van enderezando, sobre todo lo de nuestro hijo, que era lo que me preocupaba profundamente. Creo que ya podemos considerarlo salvado de la crisis que lo abrumaba.

Apruebo todo lo que has hecho y todo lo que me cuentas acerca de la boda de la Moni, que, por cierto, ni es verdad que me haya escrito, ni me escribe, ni me escribirá. Me resignaré.

Y ahora voy a hablarte de mí. Ya puedo confesarte que te he engañado. Lo que he tenido en realidad no ha sido gripe, sino una pleuritis. Sabiendo que era cosa que pasaría no quise alarmaros, y menos en vísperas de la boda, para no entristecerlo todo. Me atacó

de repente, en la noche del 30 de diciembre, cuando estábamos Trigo y yo haciendo un poco de tiempo para irnos a la cama. Repentinamente sentí como si me hubieran clavado un puñal en la parte derecha de la espalda. El dolor era atroz. Me faltaba la respiración. Me acosté como pude, con ayuda de todos, y pasé la noche que cabe suponer. Al día siguiente vinieron los médicos. Digo los médicos porque daba la casualidad de que para ese mismo día, por indicación de Martínez Parera —el tesorero de la Ejecutiva—, cansado de ver que en más de un año yo no obtenía mejoría ninguna ni se me ponía un tratamiento eficaz, ni cosa que se le pareciera, le habíamos pedido hora a un médico joven, Diego Díaz, discípulo de Negrín, que se ha naturalizado francés y está cobrando mucho prestigio en Toulouse. Todos convienen en que es un gran médico. Se le avisó de lo que ocurría»; y las Comisiones Ejecutivas, cosa que no agradeceré nunca bastante, le dijeron que me ponían en sus manos hasta curarme sin reparar en medios? ni en gastos. Primero vino el pobre hombre que me ha atendido, si es' atender no hacer nada, desde hace un año perdido miserablemente. Diagnosticó que se trataba de un cálculo de riñón y que no había que hacer más que esperara expulsar las piedras guardando reposo. Más tarde vino Díaz. En seguida dictaminó que se trataba de una pleuritis, y nada de cálculos ni Cristo que lo fundó. Ya comprenderás el interés que ha puesto en mi caso, por toda clase de razones, la de menos importancia la del dinero. No cabe mayor cuidado, mayor meticulosidad que la que él pone. Me está poniendo inyecciones para combatir la bronquitis, una bronquitis ya complicada con asma por no haberla atajado bien a tiempo, y me ha dicho que esté tranquilo porque me dejará bien, aunque siempre me quedará huella de la bronquitis, como cosa crónica, y anunciándome que desde luego en Toulouse, por el clima, que es infame, nunca estaré todo bien. Pero ahora sé que se me trata racionalmente y a fondo y me siento confiado y en clara mejoría. Por lo que a él — que por lo que le habían dicho creía por lo visto encontrarme mucho peor dentro— y a mí nos da confianza es que, pese a las apariencias, porque materialmente me ahogaba, no hay órgano importante ninguno lesionado. Mi estado general es completamente satisfactorio desde el punto de vista clínico.

El riñón bien; el hígado bien; los pulmones limpios. No hay más que un poco de enfisema y la eterna bronquitis. En resumen, el mismo resultado que cuando Fraile me ha mirado. A Fraile le pidió Díaz mi historial clínico. ¡Ah!, y me hizo otra radiografía y no hay tal aortitis que decía el otro, ni nada. Y aún quiere verme con los rayos X para mayor seguridad —ya excesiva— y hacerme un cardiograma, aunque está seguro que no debo tener nada de corazón. Lo haremos cuando salga de casa, cosa que hasta ahora, de acuerdo con él, no he querido hacer, porque el tiempo es muy malo y prefiero estar en casa. Una de mis primeras salidas será a comer en la suya langosta, que es plato muy de su gusto. Sin embargo, me ha dicho que tenga paciencia, y que el tratamiento general para combatir la fatiga y la dificultad de respiración, que como sabes es mi eterno problema, será un poco largo. Lo que me importa es ponerme bien, porque algún día te contaré lo que he sufrido en este año y pico de agonía, y me tendrás lástima. Ya ves, pues, que en definitiva tengo motivos para estar satisfecho y que, como en el caso del chico, tal vez ha sido mejor este nuevo zarpazo.

En el periódico no he querido decir nada de mi enfermedad por no alarmaros.

Muchos abrazos y besos para todos y en especial para ti de tu, MANOLO.

Toulouse, 21 de abril de 1952

Mi querida María: Yo ando muy atrasado desde hace dos semanas. Me he quedado apenas sin original de reserva —original bueno, quiero decir— y eso me obliga a andar rebuscando en la prensa extranjera e incluso en los libros algo de que echar mano. De salud me encuentro, en realidad, bien, pero llevamos un montón de días de atmósfera muy baja, con calor, nublado, amenazando llover y sin llover, y ello me reproduce las molestias inevitables de dificultad de respiración. Aquí no se encuentra enteramente bien nadie. Este clima, es, como dice Araquistáin en una carta, enemigo personal no solamente mío, "sino de toda fisiología civilizada". Por Prieto he ido sabiendo todo lo que ha ocurrido en las semanas últimas, desde la muerte del pobre Fraile. Por cierto que ayer me trajeron el recorte de la esquila publicada en "A.B.C.", sin duda por orden de la familia, en la que, además de la cruz correspondiente, se dice que murió asistido con todos los sacramentos católicos. Tentaciones me han dado de escribir un comentario poniendo las cosas en su punto y saliendo al paso de ese fanatismo estúpido que no tiene derecho a profanar la voluntad del muerto, y mucho menos cuando el muerto es un hombre como Fraile. Por aquí me aseguran que el entierro fue católico por imposición de la hermana, pero no lo creo ni creo que lo hubieran consentido Prieto, Meda y los demás amigos de Fraile. En fin, espero saber algo por Prieto mismo, aunque me extraña que nada me haya dicho hasta ahora, si eso fuera verdad, ni me lo hayáis dicho ninguno. Hoy he recibido cuatro letras de él. Me dice que está postrado en cama con una ciática muy fuerte. El pobre tampoco ve una buena.

Recibí carta de Vila, pero una carta que, o la tuvo en el bolsillo una semana, o ha llegado con enorme retraso y en la que demuestra no tener conocimiento de la que yo le había escrito ya a Sorderas. A éste también le escribí remitiéndole la hoja de salida que me pedía para tramitar mi plazo de entrada en México. Por la Ceci, a quien todavía no le he escrito, sabía —aunque en secreto— que la Moni ya estaba presta a largarnos un becerro. ¡Qué le vamos a hacer!

A tus sobrinos les mandaré la foto, como tú desees, pero yo no quiero mantener correspondencia con ellos, porque temo perjudicarles. Se vigila la correspondencia y se sigue la pista de todos. Y basta por ahora, porque el correo espera y no quiero perder fecha. Te abraza tu, MANOLO.

DIARIO "LA VANGUARDIA". BUENOS AIRES (ARGENTINA)

(1940)

Fusilamientos en España. Madrid, Carranza, 20.

FUSILAMIENTOS EN ESPAÑA: "MADRID, CARRANZA 20..."

Tengo como una honra haber pertenecido durante los diez últimos años, contados hasta 1939, a la redacción de "El Socialista". ¿Por vanidad nacida de mis trabajos periódicos? No lo piense nadie. Ciertamente que "El Socialista" había llegado a ser no sólo el periódico de mayor tirada, sino también uno de los mejor escritos y ágiles de España. Pero la parte de orgullo que en esa tarea común pueda corresponderme no viene de ahí. Viene de la calidad moral del periódico, ejemplo de honestidad profesional y política. Durante muchos años —hablo ahora de su etapa de gran diario, dejando aparte los años en que su influencia no rebasó sensiblemente en la zona homogénea de nuestro Partido— la voz de "El Socialista" tuvo resonancias rara vez igualadas sobre la opinión pública española. Desde sus columnas, cuando las circunstancias lo exigieron, se dijeron las verdades más crudas, aquellas que nadie o casi nadie se atrevía a decir. En él encontraron su acta de acusación las inmoralidades gubernamentales de lo que se llamó el "Bienio negro", comienzo del derrumbamiento republicano. Famosas son las campañas que hiciera entonces "El Socialista", multado cada día y perseguido con saña sin precedentes por el celo policíaco de quienes habían olvidado aquello de "arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué". De aquellas campañas quedó —y quedará— recuerdo. Tanto que a mediados de 1935 un colega —"Política"—, parejo en honestidad, pero que no tenía vínculo político con "El Socialista", alzó su voz para decir que a "El Socialista", entonces suspendido, se le debía, en nombre de la decencia, un homenaje nacional. De haber formado parte de aquel pequeño grupo insobornable que inspiraba y escribía "El Socialista" es de lo que me siento meritorio. Al frente de aquel grupo, primero en el valer —porque jerarquías de mando no las había entre nosotros—, estaba Julián Zugazagoitia.

Paso ahora recuerdo a todos los que, con mayor o menor antigüedad y permanencia en el periódico, han dejado huella de su tránsito por la redacción de "El Socialista". Es un recuento triste, que me enturbia los ojos. Porque son ya más los desaparecidos que los presentes. A Federico Ángulo, que manejaba con igual brío la pluma que el fusil, lo ejecutaron en Burgos, hace dos años, no importa que el fiscal del tribunal militar que lo condenó a muerte, impresionado por su entereza de adversario que no hace concesiones ni calla su repulsa a la hora grave de morir, reconociera —caso insólito— que se trataba de "un caballero español". Como a caballero español lo fusilaron otros españoles que no tienen nada de caballeros. Sentenciado a treinta años de prisión está en Madrid Valentín Gutiérrez de Miguel, otro periodista de profesión y militar por vocación accidental, hermano político de Francisco Cruz Salido. A Cayetano Redondo, hombre de una bondad inagotable, que fue alcalde de Madrid cuando Madrid, el 7 de noviembre de 1936, se encontró sin alcalde, lo han fusilado en el mes de mayo. Y ahora, con vileza ostentosa, trasgrediendo todos los principios tradicionales del derecho de gentes y de las leyes de extradición, haciendo burla de las peticiones de indulto llegadas de toda América —con la sola e innoble excepción de algunas antiguas colonias españolas—, el Gobierno del general Franco, que en estos días se afana por revivir la hispanidad, acaba de pasar por las armas a Julián Zugazagoitia y a Francisco Cruz Salido, apresados en Francia por la policía alemana. La España generosa de la Falange sigue reclamando, al cabo de año y medio de acabada la guerra, sacrificios de sangre limpia.

Desconozco el escrito de cargos que ha servido de fundamento para sentenciar y ajusticiar —contra toda justicia— a Julián Zugazagoitia y a Cruz Salido. Puedo, en cambio, resumirlo en una sola frase que algún día será el epitafio de muchas tumbas:

"Inmolados por socialistas". El escrito de defensa —si existiera defensa— ofrecería otros matices. Pudieron aportarse como testimonios de prueba los artículos de Zugazagoitia y Cruz Salido condenando las violencias ilegales de unas masas justificadamente encolerizadas, en instantes en que, carente de todo poder coactivo el Gobierno republicano —circunstancia que debe cargarse íntegra a la cuenta de los militares rebeldes—, era peligrosa la discrepancia. Y pudieron desfilar ante el tribunal como testigos de descargo no pocos amenazados a quienes la protección de "Cruz Salido y Zugazagoitia puso a salvo de todo riesgo. Me abstengo, claro es, de citar nombres. Pudiera suceder —tal es de fina la tolerancia franquista— que lo que entonces no ocurrió ocurriera ahora. Pero algunos hay —y precisamente de los "milagrosamente salvados del infierno rojo"— que pudieron, sin graves consecuencias, abogar por Zugazagoitia y Cruz Salido. Uno, Rafael Sánchez Mazas, ministro, hasta fecha muy reciente, del Gobierno de Franco, y verbo literario de Falange. Otro, Ramón Fernández Cuesta, también ex ministro de Franco y sucesor de Primo de Rivera en la dirección falangista. Otro, el ilustre villano Wenceslao Fernández Flores, que salió de la zona republicana, para dirigirse a Francia, con pasaporte especial firmado por Julián Zugazagoitia, y protegido por la policía, previa promesa voluntaria de guardar desde el extranjero una actividad neutral en la contienda. Quince días después Fernández Flores desembarcaba sonriente en La Coruña y se daba ardorosamente a la empresa de divulgar, con un estilo de humorismo macabro, "los crímenes horrendos de los rojos". Supongo que la ejecución de Zugazagoitia y de Cruz Salido le brindará un buen tema para sus colaboraciones americanas.

En este anecdotario, que sería, si me lo propusiera, inacabable, surge aún la figura políticamente borrosa e indeterminada de Pedro Murlane Michelena, tan admirable como escritor y tan estimable por sus cualidades personales. Murlane Michelena es otro de los "milagrosamente resucitados de Madrid". La verdad es que no corrió otros peligros que aquellos que su imaginación obsesionada le puso delante de los ojos. Al escondite en que se encerró desde los primeros días de la sublevación hizo llegar Zugazagoitia este recado: "Las calles de Madrid están abiertas a su paso. No tiene usted nada que temer". Y la garantía, innecesaria, de que ningún trance desgraciado le esperaba. Esto acontecía en las primeras semanas de la guerra. Murlane Michelena, que no es un Fierabrás, salió de su escondite cuando las tropas de Franco entraron en Madrid. En algún periódico he leído el relato, no escrito por él —demasiado probo para descender a esa infamia—, de sus torturas. Pues torturas de ese linaje son las que han padecido casi todos los "milagrosamente resucitados" de Madrid. Sin excluir, por supuesto, a Carlos Pereyra, el escritor mexicano que no quería que se nos diera hospitalidad en su tierra y encuentra correcto, a la vez, injuriarnos desde la nuestra. Por algo el señor Pereyra no fue molestado para nada ni por nadie en Madrid.

Vuelvo a mis primeras palabras. Me obliga el imperativo sentimental. Revivo con los ojos húmedos los diez años de convivencia profesional y política, exenta de toda rozadura, mantenida día tras día con esos hombres, unos antes, otros después, a quienes el franquismo, con su barbarie —que no yo, con mis palabras de responso—, corona con hojas de laurel. "Madrid, Carranza 20..." se titula el último libro publicado por Zugazagoitia. ¡Madrid, Carranza 20. ..! La vieja redacción de "El Socialista", donde soñamos juntos tantas veces, y a la cual se liga mi recuerdo de manera entrañable. Noto la soledad espiritual íntima en que me dejan los desaparecidos. Ni siquiera me consuela la idea de que es así como el régimen fascista se deshonorra aceleradamente y se hunde en la ignominia. Cuando he conocido, casi al mismo tiempo, la noticia del fusilamiento de Cayetano Redondo, Julián Zugazagoitia y Cruz Salido, me ha parecido que se me rompía un poco el corazón. Y he sentido, a la vez, el orgullo de que ellos, como yo, fueron españoles y el bochorno de que lo sean también sus ejecutores.

REVISTA "ORBE"

(1941)

Apelación a un buen terremoto.

APELACIÓN A UN BUEN TERREMOTO

El movimiento sísmico que hace dos semanas destruyó varias poblaciones de México y llenó de justificado temor a los habitantes de la capital, ha dado motivo a una discusión en la que se pone en tela de juicio la honestidad profesional —o su capacidad, cuando menos— de algunos arquitectos constructores de los rascacielos que se van levantando en la ciudad. Uno de esos rascacielos, situado precisamente en el centro mismo de la urbe, se cuarteó de tal manera que varias de sus habitaciones han quedado al descubierto al desprenderse grandes bloques de sus fachadas. Así eran, exactamente, los boquetes que en las casas de Madrid abrían los proyectiles de gruesa artillería, disparados por las fuerzas franquistas que sitiaban a la capital española. Pero volvamos a la polémica, "Gran fortuna —dicen unos— ha sido que el edificio estuviera todavía sin ocupar. De otro modo..." Pero la réplica, encabezada por los propios ingenieros que dirigieron la construcción, no se hace esperar. "La escasez de los daños sufridos —afirman— prueba la bondad de la construcción". A lo cual, con lógica evidente, retrucan los primeros: "¿Cómo otros edificios semejantes no han padecido quebranto alguno?" Así va y viene la pelota de la querrela. Pero a nosotros no nos importa —pleito de intereses, al cabo— tomar partido. Todo lo anterior no es más que el preámbulo necesario para juzgar el problema desde un punto de vista muy distinto. La honradez profesional de los constructores, la selección de los materiales utilizados, la calidad de la mano de obra, etc., son, efectivamente, aspectos que merecen atención cuidadosa por cuanto implican, en realidad, factores Puestos al servicio de la salud pública. Pero lo que se nos antoja extraño es que no se coincida en apreciar que lo importante no es tanto que haya rascacielos mejor o peor acabados, sino sencillamente, que en México no debieran existir rascacielos. Peregrina resulta la explicación que algunos técnicos han dado para tranquilizar, en previsión de nuevas sacudidas, las atemorizadas almas de quienes creyeron llegado el fin del mundo. "La naturaleza volcánica del subsuelo de México —dicen— es precisamente lo que impide por su capacidad para asimilar el movimiento oscilatorio, que los terremotos tan frecuentes en México adquieran caracteres de catástrofes". Es consuelo, un triste consuelo que, seguramente, no comparten los habitantes de Colima. Mucho más correcto sería volver del revés el argumento. Si México tiene un subsuelo movedizo, lo prudente sería abstenerse de levantar sobre él grandes moles de piedra, hierro o cemento que son un desafío a la estabilidad. Esa es una razón de tanto, pero como el de los rascacielos mismos. Pero hay otras que tienen, si cabe, más fuerza persuasiva. Los rascacielos en México no tienen absolutamente ninguna justificación como no sea la de afear monstruosamente la ciudad. El rascacielos es, de por sí, repulsivo. Rompe todas las proporciones que la estética exige y se convierte en un atentado a la gracia para simular un disforme almacén de nichos numerados. La gusanera humana encerrada en ellos va y viene, se cruza y tropieza en los pasillos, hace que el ascensor suba y baje febrilmente... ¿Para qué? La intimidad no tiene allí cabida. La soledad, tan grata al vivir apacible, tampoco. En esas colmenas de hierro y cemento, cuyos habitantes no tienen nada de común, todo nos parece contra natura.

¿En nombre de qué, pues son defendibles los rascacielos en México? No advertimos otro motivo que el del afán del lucro. Copia servil de la arquitectura norteamericana —cuyo estilo consiste en no tenerlo— los rascacielos en México son una ofensa al sentido común y un agravio al buen gusto. Para nadie es ignorado el secreto de los rascacielos neoyorquinos, por ejemplo, la angostura de superficie en orden a la población. Lo que a Nueva York le faltó en extensión horizontal a medida de su desarrollo apresu-

rado, necesitaron ganarlo los yanquis en dimensión vertical. ¿Es ese, por ventura, el caso de México? Y si no lo es ¿por qué México se obstina en perder, con copias malas, su propia fisonomía, que es tan bella? Nos acordamos de París. Quitándole el paréntesis de la Primavera que es adorable, París ofrece un clima desapacible. Sin embargo, un paseo por las calles de París, cualquiera que sea la época del año, constituye un sedante y un gozo del espíritu. No por la leyenda de París —repostería literaria para uso de parejas recién casadas—, ni por las preguntas e inexistentes perversiones que brinda París a sus visitantes, sino por su arquitectura principalmente. Y, desde luego, porque París es un poema histórico. Pero para ello ha sido menester que desde los tiempos de Napoleón, cuya memoria revive en cada una de las piedras de París, haya habido una administración municipal rígidamente atenta a un solo principio: la belleza de la ciudad. De ese esfuerzo continuado a través de las generaciones desde hace más de un siglo ha surgido un prodigio urbano que es París. Queremos decir que conserva inalterable lo que está por encima de todo: su carácter, que vale tanto como decir su alma. Nada hay que le impida a México mirarse en ese espejo. Nada, salvo los rascacielos.

México puede ser una de las poblaciones más bellas del mundo —en el sentido literal de la palabra— sólo con una condición: la de que no deje de ser ella misma. Y es claro que no tratamos de exigir— otro absurdo en el que muchos incurren —un ciego acatamiento a la arquitectura colonial, magnífica para ser conservada— fina y devotamente conservada como lo que es: una reliquia de museo. Eso es lo de ayer. Lo de hoy son sus casitas bajas, rientes, disputadas por el sol y la sombra de árboles. Esos árboles de los que México debiera estar cuajado... y no lo está. Si en nuestra mano estuviera lograr el milagro, México sería una ciudad-jardín, limpia, regada y suavemente aireada por los árboles centenarios del bosque maravilloso de hermosura, de Chapultepec. Y pediríamos si ello fuera posible, sin daño de intereses y personas, que un terremoto un buen terremoto, se llevara consigo y para siempre los rascacielos

**BOLETIN "HOGAR OBRERO"
(1942)**

Lic. don Felipe Sánchez Román, un español ilustre.

LIC. DON FELIPE SÁNCHEZ ROMÁN, UN ESPAÑOL ILUSTRE

El resultado de la guerra civil española ha traído a México, por la vía penosa del destierro, una verdadera aristocracia de la artesanía y del saber. Nadie lo ignora, ni siquiera quienes, a cuenta de la emigración republicana española, se han permitido más de un juicio injusto. Ni aun en España se niega esa verdad, que a veces —no hace mucho tiempo que pudimos comprobarlo— se reconoce públicamente en las columnas de los periódicos. Tan evidente es. Lo más logrado, lo más puro de la intelectualidad española está ahora en América, y una parte muy considerable en México. A este núcleo de intelectuales españoles pertenece don Felipe Sánchez Román, asesor jurídico de nuestra Cooperativa, y una de las figuras más vigorosas y definidas del pensamiento peninsular. Desde luego, maestro insuperado en su disciplina: el Derecho Civil.

Le viene de abolengo. Su abuelo paterno, don Mariano Sánchez Bri-zuela, fue abogado famoso en Valladolid, la tierra castellana de donde procede esta familia de tan neta formación castellana también. Su padre, don Felipe Sánchez Román, cuyos libros siguen siendo todavía de consulta obligada, fue igualmente abogado ilustre, catedrático de Derecho Civil en Madrid y ministro de Estado bajo la presidencia de Montero Ríos. La cátedra de Derecho Civil, muerto don Felipe Sánchez Román, vino a parar, no sin lucha, por cierto, pero como herencia legítima, a las manos del hijo, el hoy desterrado en México, asesor jurídico de la Cooperativa "Pablo Iglesias". Sánchez Román contaba entonces veintitrés años. Llegaba a la cátedra de Derecho Civil de la Universidad Central ungido por una fama naciente, que acrecería con insólita y justificada rapidez. Si en la cátedra sentaba lección magistral de la teoría del Derecho, en las Audiencias conquistaba laureles y alcanzaba victorias resonantes en la práctica de la abogacía, no importa que sus contendientes —Ossorio Gallardo, Bergamín, La Cierva— fueran, por lo general, las figuras más prestigiadas o influyentes en el foro. No pocos de los pleitos defendidos y ganados por él se hicieron memorables. Tal por ejemplo el que, en porfiadísima pelea, sostuvo contra la Compañía de las Minas del Rif, patrocinado por el señor Chaprieta —a la sazón contrincante temible por su poder político—, en defensa del duque de las Torres; litigio en el que se discutían muchos millones de pesetas. Sánchez Román no es, sin embargo, hombre que se pague de vanidades. Acaso guarde mejor recuerdo de aquellos casos en que, por la fuerza argumentativa de sus informes, el adversario cedía e el recato de su despacho, que de aquellos otros en que la sentencia favorable requirió un duelo público y espectacular ante los Tribunales. Tampoco gusta de cotizar su fama a cualquier precio, siempre que sea precio alto. Antes de que el abogado Sánchez Román acepte un asunto, sea cual fuere la cuantía de los honorarios, el hombre Sánchez Román necesita estar convencido de que la causa que se le propone puede ser defendida con licitud. Sánchez Román no se conforma con la sabiduría. Se hace acompañar, además, de otra virtud poco frecuente: la honestidad. Por eso es un abogado que acostumbra a tener dos veces razón.

Un hombre dotado de la fina sensibilidad intelectual y moral de don Felipe Sánchez Román no podía dejar de asomarse al campo de la política. Asomarse decimos, porque eso es, en realidad, lo que ha hecho don Felipe Sánchez Román. A pesar de haber sido diputado —pudo ser, de haberlo querido, ministro y presidente del Consejo— e incluso fundador de un partido —el Nacional Republicano, ya disuelto—, Sánchez Román ha pasado por la plaza política sin mezclarse a los grupos, con el aire de quien está de tránsito y rehuye sumarse a peleas de ninguna clase. Estamos hablando, claro es, de la política militante, es decir, de la política partida y repartida en fracciones y familias dispa-

res. Porque en cuanto a la política entendida como pasión y deber de ciudadanía, Sánchez Román ha dado grandes y loables ejemplos. En virtud de ellos está en el destierro. Aun se guarda recuerdo de sus conferencias en la Academia de Jurisprudencia y de sus artículos en "El Sol", de Madrid. Pero su mejor lección en Derecho fue, sin duda alguna, la que nos ofreció cuando, en diciembre de 1930, fueron encarcelados algunos miembros del Comité revolucionario que luego sería Gobierno provisional de la República. El motivo legal; —ilegal, mejor dicho— del encarcelamiento lo constituía la publicación de un manifiesto en el que se daba por conclusa en España la Monarquía.

Don Felipe Sánchez Román se dirigió al juez encargado de instruir el proceso. "Vengo —le dijo— a hacer constar mi absoluta conformidad con ese documento, a cuyo pie estampo mi firma y, por consecuencia, a que se me aplique el mismo trato que a los señores encarcelados por igual causa". La perplejidad del juez no tenía límites. Pero aun había de aumentar cuando, siguiendo el ejemplo de Sánchez Román, a las puertas del juzgado empezaron a formarse, un día y otro, largas filas de ciudadanos madrileños que iban a reclamar —súplica sin igual en la Historia— que se les metiera en la cárcel también... Tal es, perfilada con los rasgos más simples, la silueta del español ilustre con cuyo consejo se honra la Cooperativa de Casas Baratas "Pablo Iglesias". Don Felipe Sánchez Román, que actualmente explica en la Universidad de México una cátedra de Derecho Comparado —recientemente creada—, es uno de los emigrados españoles que honran por igual a España y al país que le ha dado asilo.

REVISTA "CINE MEXICANO"

(1945)

Críticos y lectores.
Juan de Mairena y Georges Duhamel.
Chaplin y Cantinflas.

CRÍTICOS Y LECTORES

Una de las lecturas preferidas de Stendahl era, según confesión propia, la de las crónicas judiciales. En ellas encontraba el autor de "**La Cartuja de Parma**" y de "**Rojito y Negro**", el documento humano que luego trasladaba a sus novelas. En otro aspecto, algo semejante me ocurre a mí —supongo que a muchos—, con las cartas que los lectores suelen enviar a sus revistas preferidas. Por ejemplo, las que publica CINE MEXICANO sobre este asunto tan traído y llevado —y tan movido, naturalmente—, del cine. En cierto modo habla por ellas la opinión pública, y a veces expresada con más espontaneidad de la acostumbrada en los grandes comicios electorales. Tomaré, como punto de partida, una reciente: "Yo creo —escribe un lector, que no sé por qué guarda el incógnito—, que la labor de un buen periodista es orientar al público y decirle la verdad. Nunca —como casi todos—, vender su criterio al mejor postor y engañar a los espectadores que vamos confiando en lo que nos han dicho y nos encontramos que las cintas que nos dijeron ellos que eran geniales, son poco menos que regulares. Hay en Estados Unidos..." No sigo copiando, porque yo estoy muy lejos de creer que la crítica que se ejerce en los Estados Unidos —ya sea sobre el cine, las carreras de caballos o el baseball—, sea tan objetiva, inteligente y desinteresada como parece imaginar el correspondiente anónimo. Pero en lo que le asiste una razón evidente, es en lamentar la falta de una crítica severa, independiente y autorizada. No es que no haya críticos en los cuales concurren esas cualidades —que los hay, por fortuna—, sino que abundan mucho más los contrarios. Por una viciosa corrupción del medio, se ha llegado a estimar tácitamente que los productores de películas compran, con el espacio de su publicidad, la crónica tolerante o tanto más elogiosa cuanto mayor es el espacio que se paga. De suerte que como consecuencia de lo que no es, al cabo, sino un contrato de beneficio mutuo entre la publicación y el anunciante, viene a resultar Perjudicado un tercero que es, precisamente, el único que tiene derechos indudables: el lector.

Sin embargo, quien quiera consolarse encontrará remedio abundante pensando en lo que sucede con la crónica taurina y no sólo aquí, sino en España, aunque en México el asalto a la bolsa de los toreros haya llegado a ser un ejercicio perfectamente ordenado, reglamentado y tarifado, tan normal y lícito como el saqueo de la reventa. Presumo que lo propio debe ocurrir en otros festejos o deportes; pero sin fijarnos en picardías de galloferos más o menos letrados, para atenernos estrictamente a los defectos o abusos más corrientes de la crítica, forzoso es conceder que se quejan con harto motivo los que la encuentran falta de la sinceridad y el rigor necesarios para inspirar crédito a quien se fíe de ella. El comentario crítico convertido en prospecto de propaganda, constituye, de hecho, una estafa, cuando menos en el orden moral. El escritor, cualquiera que sea su condición y el tema que trate, adquiere el compromiso virtual de no engañar a sus lectores, ni disfrazando su pensamiento ni, mucho menos, diciéndoles nada que no sea verdad. Verdad, por supuesto, a través del gusto, el juicio y la disposición mental del escritor, pero sin mixtificaciones, que es de lo que estamos discutiendo. Por ejemplo, cualquiera de los espectadores que seducidos por la copiosa propaganda que se hizo a la película "Una Gitana en México", de reciente estreno, haya ido a verla, -me calificaría de cínico si yo me permitiese decir aquí que el argumento es bueno, que la dirección es digna de alabanza y que la interpretación de los actores es genial. Ponga el lector los adjetivos correspondientes a los apuntados, pero en sentido inverso, y así estaremos en camino de entendernos mejor.

Pero ese es el caso de la mayor parte de las cintas mexicanas, sin excluir, naturalmente, las de Cantinflas, cuyas acusadísimas habilidades cómicas están reclamando a

gritos un argumento en el que encuentren adecuada expresión, en lugar de obligarle a un absurdo mimetismo que quiere ser un remedo de las creaciones- sin par —y sin posibles imitaciones— de Charlot. Y la disculpa de que el cine nacional es todavía un cine demasiado joven, para justificar con ella los defectos en que abunda, no es válida sino a medias. No es válida, porque lo que no puede consentirse, ni en un cine joven ni en un cine viejo, ni en ningún arte u oficio, es I que pongan en ellos sus manos pecadoras, los que lo ignoran. Yo soy uno de los muchos millones de ciudadanos a quienes no se les ha ocurrido nunca improvisarse director cinematográfico, como no se nos ocurre ponernos a hacerle la competencia a Luis Procuna o pintar frescos como los de José Clemente Orozco. Pues a juzgar por los frutos, no están mucho más capacitados algunos directores que andan surtiendo nuestro mercado fílmico. ¿Y qué diremos de la maravillosa intrepidez con que se lanzan a la escena, para desempeñar papeles estelares, algunos actores o actrices a quienes les llegó la inspiración de Thalía y Melpómene a través de las cancioncillas con que entretuvieron los ocios de los radioyentes? Todo lo demás viene ya por natural encadenamiento de dislates: los directores eligen la senda del menor esfuerzo, seguros de que cualquier esperpento llenará las taquillas; el argumento se prepara para los actores y no los actores para el argumento; y con echar por delante hazañas de toreros, desplantes de charros falsificados, gentes de trueno y otros excesos por el estilo, bien aderezados con un folklore sin depurar, pero apto para la exportación, la obra está cumplida. Luego entra en liza —y así volvemos al comienzo—, la propaganda desahogada y el crítico asequible dispuesto a encontrar aciertos y bellezas innumerables, en donde no hay más que vulgaridad y ausencia completa de sentido estético, cuando no de sentido común. Sí, lector anónimo. Tiene usted razones para quejarse. Me acuerdo ahora de aquella anécdota que tuvo por protagonistas al cardenal Fleury y al mariscal de Villars, ayo de Luis XV. Cierta día, el mariscal le escribió al cardenal una carta pidiéndole un favor, pero en letra tan endiablada, que Fleury no consiguió descrifrar ni una palabra. Se lo hizo saber al mariscal recomendándole que le escribiera de nuevo. Villars, repitió su misiva, pero con una caligrafía mucho más ilegible que la anterior. Fleury, desesperado, le escribió entonces a Villars: "Vuestra segunda carta es mucho más ilegible que la primera. Por el honor de Francia, por el honor vuestro y por el honor mío, os suplico que no me escribáis más. Así, por lo menos no podrá decirse que el rey de Francia tiene un ayo que no sabe escribir y un ministro que no sabe leer." El consejo valdría para algunos cronistas, cuyo mejor servicio sería el del silencio. Así, por lo menos, no podría decirse que hay unos críticos que escriben lo que no sienten y unos lectores que leen lo que no creen.

JUAN DE MAIRENA Y GEORGES DUHAMEL

Con el tesoro de sus versos áureos Antonio Machado, el príncipe de la nueva poesía castellana, muerto en tierras de Francia, nos legó espléndidas prosas de sus coloquios imaginarios. Las notas que Juan de Mairena solía dictar a sus discípulos forman un tratado sintético, pero completo, de estética, de política y de moral. En ellas está entero el pensamiento del Poeta, tan puro, claro y hondo como su canto lírico. Gustaba Juan de Mairena de adiestrar su palabra en sutiles divagaciones que venían a ser aguda definición de las cosas transcendentales de la vida, no siempre las de apariencia más imponente. El mismo confesaba: "Nunca se nos podrá acusar de haber tratado en nuestras clases cuestiones frívolas y vulgares." Y era cierto, porque hasta en los temas de menor entidad ponía Juan de Mairena donaires poéticos y sabias observaciones de filósofo. Con

docta irreverencia, Mairena sometía a censura lo divino y lo humano, y a veces ^ permitía la licencia de ser injusto. Un día Mairena habló ante sus discípulos del cine. "El cine —opinaba Mairena—, es un invento de Satanás Para aburrir al género humano. El nos muestra la gran ñoñez estética de un mundo esencialmente cinético, dentro del cual el hombre, cumbre de la animalidad, revela bajo su apariencia, de semoviente, su calidad de mero proyectil. Porque ese hombre que corre desahogado por una calle, trepa a un palo del telégrafo o aparece en el alero del tejado, para zambullirse después en un pozo, acaba por aburrirnos tanto como una bola de billar rebotando en las bandas de una mesa. Mientras ese hombre no se pare —pensamos—, no sabremos de él nada interesante". Se ignora la fecha exacta en que Juan de Mairena exponía ese juicio, sin duda irrefutable si tomamos por exponente del cinematógrafo cierta clase de películas, todavía abundantes en las que, efectivamente, los personajes se mueven como impulsados por una frenética locura sin que ninguna de sus acciones tengan sentido racional ninguno. Y no hagamos mención de esas otras en las que el malvado permanece en la sombra hasta el final para descubrir entonces el rostro del que parecía ser alcaloide de la virtud. ¡Quién lo había de pensar! Pero el cine, afortunadamente, no es eso; ni es tampoco lo que quieren que sea las despampanantes películas llamadas musicales, con sus pistas charoladas, sus canciones estúpidas y sus bailarines perfectamente tontos y ridículos, mucho más imbéciles que las policíacas. Eso no es el cine, como no puede llamarse teatro, propiamente dicho, a las sandias revistas en que unas cuantas suripantans muestran la lozanía de sus flancos y suelta gorgoritos una tiple pichona, ni a los esperpentos sin gracia ni decoro que consumaba, para regodeo de un público fósil, aquel chalán de la literatura escénica que se llamó Pedro Muñoz Seca. El cine y el teatro siguen procesos invertidos. Mientras el teatro, tomando como punto de partida a los clásicos, ha degenerado y venido a menos constantemente —sin otras excepciones que las de algunos florecimientos pasajeros—, el cine está en período creciente de ascendencia y perfección. Los últimos diez años revelan un avance tan considerable en su técnica y en su emoción estética que nadie podría limitar en la predicción las perspectivas que el arte —el arte— del cine tiene por delante. El teatro es un arte magnífico que envejece. El cine es un arte joven que se supera,

Verdad es que Juan de Mairena no era un crítico puramente negativo. Si le discutía al cine calidad artística le reconocía, en cambio, una gran importancia como vehículo difusor de la cultura. Ya es algo. Mucho, sin duda, en quien acaba su plática magisterial diciendo a sus discípulos: "Cuando haya en Europa dictadores con sentido común, se llenarán los presidios de cineastas". Lo cual acaso resulte demasiado. Antes habría que encarcelar también a muchos pintorzuelos, a muchos novelistas, a muchos profesores de estética y, sobre todo, a muchos doctores en sociología, la ciencia que le era particularmente ingrata y odiosa a don Miguel de Unamuno. En general, la batalla entre el cine y los hombres de letras —a su vez reñidos entre sí— es ya vieja y acusa ventajas notorias para el cine. Uno de los grandes escritores franceses actuales, Georges Duhamel, publicó hace ya varios años un libro delicioso —"**Scènes de la vie future**"— que constituye una interpretación de Norteamérica, a través de la mentalidad de un europeo. No cabe decir que el libro sea, precisamente, un canto a yanquilandia, sino al revés. En uno de sus capítulos el autor habla igualmente del cinematógrafo, sirviéndole de objeto para el desarrollo del tema uno cualquiera de los suntuosos salones cinematográficos de Nueva York. Uno cualquiera porque Duhamel, no encuentra diferencias sensibles entre ellos. Varía el lujo —un luxe de grande lupanar bourgeois—, pero no el espíritu, o la ausencia de espíritu, que en ellos domina y los iguala. Y esa ausencia de espíritu es la que dicta el juicio condenatorio de Duhamel cuando sale del cine, primero; cuando sale de los EE. UU. después... Duhamel lleva en lo más íntimo el refinamiento de la cultura europea,

hecha de morosidades y deleites —en el saber, en el comer, en el beber, en lo que forma la ciencia suprema del vivir—, destilados a través de los siglos. El hombre, en Europa, es señor de la vida infinita o múltiple. En los Estados Unidos, en cambio, la vida se presenta uniformada, medida, calculada al minuto, reglamentada en todas sus manifestaciones, incluso las más íntimas. El automatismo mata la espontaneidad, hace del hombre su prisionero y lo reduce a esclavitud. Duhamel siente que su ser moral se ahoga en la rutina inexorable y exánime —es decir, sin espíritu—, de ese vivir apresurado y febril, pero sin alma, que no conoce los goces de la contemplación y de la indolencia. Y aquella pantalla que refleja, también automáticamente, esa manera de vivir, se le antoja al escritor francés odiosa, sin gracia y sin valor. "¡Prefiero —resume al cabo—, todo lo defectuoso, pero vivo, a esta perfección muerta!"

Pero sin salir de él, nos hemos alejado del cinematógrafo. "El cinema no es todavía un arte", —sentencia Georges Duhamel—. ¿Sostendrá hoy su criterio con igual intransigencia? Sería curioso que nos lo dijera. Tomando como punto de referencia algunas de las magníficas películas realizadas en los últimos años, tal vez Duhamel no insistiera en afirmar que "siendo el cine, por naturaleza, movimiento, da la sensación, sin embargo, de ser una cosa parálitica." Ninguna revolución hay comparable a la que representa el cambio de los gustos, que altera substancialmente la fisonomía del vivir. Pero todas las innovaciones que han cambiado el gusto de una época han encontrado, y es natural, una resistencia dura y prolongada. El cinematógrafo, que es uno de los fenómenos más sorprendentes de nuestro tiempo, no podía evadirse a esa ley.

CHAPLIN Y CANTINFLAS

Cuando por primera vez leí no sé dónde —ni hace al caso—, que se comparaba a Cantinflas con Chaplin, situándolos en un plano equivalente, me quedé pasmado. Luego, he visto, y siempre con el mismo asombro, repetida la inepticia. Digo inepticia porque si hay algún paralelo disparatado es el de Chaplin y Cantinflas. Ni la obra realizada, ni las cualidades artísticas concurrentes en cada uno de ellos permiten de ningún modo la comparación. En realidad, Chaplin y Cantinflas representan dos tipos humanos no ya equivalentes, sino antagónicos. No descubro —ya lo sé—, nada nuevo, pero es conveniente recordarlo porque alguien parece haberlo echado en olvido. En la filosofía sentimental, Chaplin encarna lo universal y eterno. Cantinflas lo provinciano y transitorio. No hay demérito en ello para la obra de Cantinflas —todavía sin madurar—, aunque sea muy inferior en calidad a la de Chaplin. En el mundo, acaso por fortuna, no nacen genios todos los días, ni todos los años, y a veces ni siquiera, todos los siglos. Lo que le da categoría al genio es, precisamente, su excepcionalidad. Pero el genio es por naturaleza, ecuménico. Chaplin es un genio auténtico porque es un genio que no tiene fronteras, ni sabe de razas, ni entiende de costumbres. Es el dolor humano hecho figura cómica, que es la estilización más profunda del dolor. A Chaplin se le comprende, sin necesidad de palabras —de ahí que el cine hablado no haya tenido nunca su entusiasmo—, en cualquier país, en cualquier latitud, en cualquier escenario. Si pudiera salvarse de un salto el puente que va de la civilización primitiva a la actual, lo comprenderían, sin duda, las tribus de negros que aún viven ignoradas en el centro de África. El arte de Chaplin no se define; por la técnica, sino por la sensibilidad.

Cantinflas es distinto, radicalmente distinto. Si Chaplin es universal, Cantinflas es exclusivamente mexicano. Su traza, su lenguaje macarrónico, sus recursos escénicos son esencialmente mexicanos. Chaplin, vestido como se quiera —aunque el Chaplin que

pasará a la historia es el Chaplin del hongo absurdo, los pantalones caídos, los zapatos abiertos y remangados y el bastoncillo endeble—, es siempre el infeliz que hace un código moral de la vida. Cantinflas es más bien el pícaro burlón. Chaplin es el filósofo sin saberlo. Cantinflas es el payaso a sabiendas. Y digo esto de payaso recordando toda la altísima jerarquía que el payaso tiene la historia escénica. Ser un gran payaso, como lo es Cantinflas, es ser un artista estupendo.

¡Admirable Chaplin! Su nombre me devuelve muchos años atrás, a los tiempos en que sus primeras películas nos hacían reír a carcajadas, sintiéndonos plenamente solidarios de él cuando robaba un pan a espaldas del policía de guardia. Acaso influyera un poco el subconsciente anárquico que todos los poseídos de romanticismo —gracias a Dios— llevamos dentro. Aquel Chaplin metido a pastelero, o a mozo de hotel, o a dependiente de peluquería, alegró con regocijos incomparables los años de nuestra vida adolescente. Después me he reído menos con las películas de Chaplin, cada vez más estilizadas, como se ríe uno menos cuando en edad madura relee el **Quijote**. Lo que entonces provocaba simple jovialidad— jovialidad sana sin complicaciones metafísicas deja, luego, regusto agrisado de melancolía. Eso quiere decir que cambia la disposición espiritual del espectador sin que cambie —cuando lo es— la obra de arte. Y las películas de Chaplin, desde la primera a la última, lo son. A pesar del tiempo transcurrido, de las variaciones del gusto y de los progresos de la técnica cinematográfica, yo pagaría cualquier precio por ver una nueva proyección de las antiguas películas de Chaplin. Lo bueno no envejece nunca.

El que envejece es Chaplin. Envejece por fuera del tiempo y porque nació para ser desgraciado, en la pantalla y en la vida. Mueve a compasión la historia, casi cotidiana, de los infelices amores de Chaplin, un don Juan de pelo blanco que paga en dólares constantes y sonantes el derecho de ser seducido. La película más triste de Chaplin es la que periódicamente se le obliga a representar ante los tribunales que entienden —o no entienden— de divorcios y dolores de corazón.

¡Admirable Cantinflas! Si viendo a Chaplin se siente uno identificado con todos los pobres del mundo, viendo a Cantinflas —cuando no le obligan a hacer parodias estúpidas— si siente uno identificado con el peladito mexicano a quien treinta años de revolución hecha en su nombre no han sabido quitarle aún el hambre ni la mugre. Ahí sí que se igualan Cantinflas y Chaplin. Los dos simbolizan un mismo espíritu de protesta contra una realidad ingrata y dura. El día que a Cantinflas se le ofrezca un argumento apropiado a su temperamento y a sus condiciones artísticas, en lugar de ofrecerle parodias absurdas, en las que se diluye su personalidad, se verá que Cantinflas es un gran actor que no necesita espigar en campos que le son ajenos. Lo peor que puede acontecer, en arte como en todo, pero sobre todo en arte, es no ser uno mismo. Y Cantinflas es. Es el hombre humilde de México, con sus penas ahogadas en alcohol, sus ilusiones recónditas y siempre vivas, sus picardías dictadas por la necesidad y sus arrebatos heroicos cuando la hombría se pone en juego, sin que para ello sea menester andar a balazos cuando no hay necesidad. Chaplin es el desharrapado del mundo. Cantinflas es el desharrapado mexicano. Ulo y otro, exponentes de dos tipos igualmente ricos —el uno con carácter universal; el otro con carácter local— en calidad humana.

REVISTA "HOY"

(1946)

Un retrato y un pintor: Carlos A. Rodríguez.

UN RETRATO Y UN PINTOR: CARLOS A. RODRÍGUEZ

Hace dos años, mal contados los meses o los días, que llegó a México el pintor ecuatoriano Carlos A. Rodríguez. Salía por primera vez, muy mozo todavía, de su país. Traía consigo una beca oficial —menguada, por supuesto—, unas cartas, muy pocas, de recomendación y sus pinceles. La beca le sirvió para lo que sirven, y no siempre, todas las becas: pagar el pupilaje; las cartas para ganar otros tantos amigos; los pinceles —y es lo que importa— para demostrar su calidad artística. No habían transcurrido muchos meses cuando Carlos A. Rodríguez abrió su primera exposición en México, presentando a los ojos de los curiosos, bajo los auspicios de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, una colección de óleos que pretendían ser —y eran— una interpretación pictórica del drama social del Ecuador, común a todos los pueblos de América y, en definitiva, salvadas las características regionales, a las que en América da fuerza expresiva y singular la presencia del indio, un drama de hondura universal. Yo escribí entonces algún comentario en el que se reflejaba la emoción estética y humana —supuesto que ambas no sean una misma— que las pinturas de Carlos A. Rodríguez me habían producido. Andaba —y ello me honra— en buena compañía. Felipe Cosío del Pomar, Diego Rivera y Juan de la Encina, por no citar más que a algunos de los más calificados, abrigaban con el calor de sus palabras las mías, desprovistas de toda autoridad. Era cierto, pues, que en Carlos A. Rodríguez acababa de revelarse para nosotros un gran pintor.

Un gran pintor —entiéndase— de hoy, es decir, con criterio y espíritu históricos actuales. Porque el presente también es historia, o lo será mañana. Pero la Historia no es precisamente la anécdota fugaz, aunque la anécdota se revista de pompa. Lo que más relumbra no es necesariamente lo que más vale, ni lo que está al exterior es siempre lo "que caracteriza y define la realidad de la vida. Más bien sucede lo contrario. Quiero indicar que el artista —en este caso el pintor— es o debe ser algo más que un cazador de imágenes o paisajes superficiales. Todos los pintores que fueron alumbrados por el genio horadaron con su mirada la costra convencional para buscar la verdad en el fondo entrañable —e invisible para los ciegos de entendimiento— que cada época tiene. Verdaderos documentos históricos, más valiosos que un farragoso libro de crónicas ^{ac}adémicas, son hoy los cuadros y dibujos de Goya, muchos de Velázquez, no pocos del Greco. El pintor o el escritor —tal sucedía con Cervantes— además de pintar o escribir en el sentido literal de la palabra —lo cual es puro oficio— discurre y siente, lo cual es condición esencialmente humana. Hay pintores que miran hacia adentro y otros que se limitan a dejar que la vista resbale perezosamente sobre la epidermis de las cosas. Los primeros buscan y descubren el secreto de la vida circundante. Los segundos —ganadores de medallas y diplomas por recomendación de las gentes de orden— se conforman con copiar apaciblemente su fisonomía, poetizándola a su modo, como si fuera perfecta y hubiera de ser eterna. Carlos A. Rodríguez es de los pintores que miran hacia adentro. Lo pregonan sus cuadros, en los que se declara una realidad amarga, patética, doliente, la que él ha columbrado —con los ojos de un alma honesta y sensible— en el panorama social de El Ecuador. El panorama, insisto, de toda la América española. El panorama, repito, del mundo en que nos ha tocado vivir o ir muriendo, que no es lo mismo, aunque aparentemente lo parezca.

Carlos A. Rodríguez es de los pintores que no se resignan a trasladar al lienzo lo que físicamente se ve, sino lo que no trasciende y que, sin embargo —o por ello tal vez— es lo trascendental. Sigue en eso el camino de los grandes maestros. La técnica de los géneros en que la pintura se divide no tiene arcanos para él. México ha enriquecido

su experiencia, la que cabe en un hombre de plena juventud. Ha ensayado el óleo, el pastel, el dibujo al carbón, la pintura mural —para la que tan pocos se muestran aptos— y el retrato, que tan raras cualidades exige. La fortuna ha guiado su mano. Prueba admirable de lo que de él puede esperarse nos la da el retrato que acaba de hacerle a Esther Fernández, si exquisita como actriz de cine, deliciosa como mujer. La estilizada belleza de Esther Fernández era un incentivo para el sentimiento artístico de Carlos A. Rodríguez. El retrato de Esther Fernández, conseguido en una feliz conjugación? de tonos ocres, hace recordar algunas de las composiciones de Sandro Boticelli, uno de los genios más personales, creadores e inquietos —es decir, inconformes— que registra la historia de la pintura. Casi ningún otro logró tan altas perfecciones humanas. Y en la comparación que estas líneas apuntan se encierra el mayor elogio que pudiera escribirse de Carlos A. Rodríguez.

Carlos A. Rodríguez está en vísperas de emprender viaje a Europa» etapa indispensable y fecunda en la formación de todo artista, sobre todo si de pintores se trata. Le espera París, centro todavía —y por muchos años— del saber, de la gracia y del arte. Luego, cuando ello pueda ser, irá a España, ilusión ya vieja no sólo de pintor, sino de americano que en espíritu se siente fuertemente atado al cordón umbilical de la madre histórica, cuya influencia moral y cultural persiste en el tiempo. De sus viajes, Carlos A. Rodríguez sacará enseñanza y provecho. Le ayudarán a madurar su talento, a contrastar sus méritos, a depurar su estilo. Yo estoy cierto de ello y me felicito por anticipado. La profecía es fácil y no entraña riesgo ninguno. Se marcha un gran pintor. Regresará a tierras de América, algún día, un pintor magnífico. Mientras eso sucede, nuestros mejores deseos acompañan a Carlos A. Rodríguez. Que los dioses alumbren su camino.

REVISTA "OIGA"

(1946)

Crónica taurina. El sábado en la Plaza grande.

EL SÁBADO EN LA PLAZA GRANDE. ..

El sábado 16, cuando el mundillo taurino —el mundillo taurino es todo México— se hallaba absorto por el conflicto surgido entre Manolete y la Unión de Matadores, la plaza nueva volvió a llenarse como el día de su inauguración. Nadie ha sabido explicar aún el milagro que significa el hecho de que habiendo sido sometidos a una prueba inigualada de sacrificio económico y de exceso de festejos, al punto de que la vida habitual de trabajo se ha visto alterada e interrumpida, los aficionados sigan llenando los cosos con entusiasmo igual, o creciente, al primer día de la temporada. Por supuesto —ya se ha repetido muchas veces y es cierto— el factor principal de tal fenómeno lo constituye la presencia de Manolete, que si por una parte amenaza con producir un crac financiero o algo equivalente, por otra ha tenido la virtud de galvanizar la .fiesta, sacándola de la vulgaridad en que yacía. Y ante el acicate del cordobés, que no es sólo un magnífico torero, sino un raro ejemplar de pundonor y amor propio, hemos visto renacer a Armillita, superarse a Silverio, agigantarse a Procuna. ¡Gracias, Manolete, por el gran servicio, aunque nos lo cobre harto caro ese otro Manolete de la administración que es Cámara, incomparable y frustrado restaurador de haciendas públicas en bancarrota! Y menos mal que, aunque tardíamente y no con entera fortuna, las autoridades se han resuelto a ponerle el pie encima al monstruoso pulpo de la reventa, bochorno que hemos padecido durante tanto tiempo. Cuando el sábado nos dirigimos a la monumental y todavía inconclusa plaza de la Ciudad de los Deportes, íbamos a ver uno de los duelos taurinos que más pueden calentar hoy la pasión de los espectadores aquí... y en España.

LA PASIÓN Y LA MALA PASIÓN

De la pasión hemos hablado, y quisiéramos no tener necesidad de hablar de la "mala pasión".. Pero ello es inevitable. Yo no creo que ningún gran público sea un público inteligente. Todo público Pierde en calidad lo que gana en cantidad, factores de relación inversa. Naturalmente, el público taurino no es una excepción, sino una confirmación de lo que decimos. Como la multitud es siempre irracional, sus reacciones son histéricas y lo mismo pasa del amor al odio que del entusiasmo a la furia. Pero lo peor de las multitudes es que así como las minorías selectas, se diluyen en ellas, las minorías irresponsables —también selectas, pero al revés—, encuentran en el anonimato su ambiente propio y la mejor defensa para su cobardía. Son las minorías que, a favor del anónimo, suelen ofrecer el fiemo espectáculo de los cojinazos a mansalva, del riego de líquidos innoles, de la feroz batalla con bolsas cargadas con tierra o con ceniza, del envío de escupitajos, restos de merienda, cáscaras de naranja, colillas de cigarro y otros ricos presentes con que los ocupantes de las localidades altas se creen en el deber de obsequiar o los que están abajo. Esas minorías son las que, después de su histerismo primerizo pro Manolete, se han dado ahora, como antes lo hicieron con otros, a hostilizarlo e insultarlo sistemáticamente, azuzando a los toreros que con él alternan no para suscitar una provechosa emulación, sino para convertir la competencia en una fea riña de gallos y, lo que es peor, mezclando en el asunto un nacionalismo pueblerino y grotesco, como si el patriotismo tuviera algo que ver con esos trances. Hemos oído contar que, hace ya muchos años, una bailarina española, para hacer una demostración de su españolismo en Barcelona, aparecía en el tablado del teatro donde actuaba, luciendo un escudo de España bordado sobre su traje y precisamente en el lugar donde el abdomen acaba y las piernas se juntan. Hubo que rogarle, claro es, que moderara su patriotismo y que calmara el ar-

dor españolista que se suponía tras el escudo. Aviados estaríamos si México y España hubieran de estar simbolizados por los charros empistolados, las bailarinas y los toreros. México y España son algo más que una pareja de matadores en disputa. Aunque el uno se llame Silverio y el otro se llame Manolete.

DIÁLOGOS DE TOREROS... FRENTE AL TORO

El sábado, en la plaza México, el espectador desapasionado pudo comprobar lo que veníamos diciendo. Se dio el caso de que, cuando Manolete, en un fino rasgo de compañerismo, le brindó su segundo toro a Silverio, hubo energúmenos que pitaron el gesto, sin perjuicio de aplaudir frenéticamente luego, cuando Silverio hizo lo mismo. Pero vayamos a la corrida, desentendiéndonos de todos esos excesos ilustrados desde hace unas semanas, con música de cencerros. El lote de Torrecillas que se lidió ese día, no añadirá gloria a la ganadería del señor Llaguno. Excepto el quinto, ninguno de los seis toros, aunque en general hicieron buena pelea con los caballos, se prestó al lucimiento de los toreros. La labor de Silverio había sido gris hasta que salió por los toriles el quinto. Y entonces apareció el Silverio de personalidad dramática, vigorosa, arrolladora, en unas chicuelinas de las que conserva el secreto y en la faena de muleta, hecha toda ella con la mano derecha, no tan ligada ni meritoria como otras de Silverio, enlazando trincherazos y pases en redondo con ese temple que el texcocano pone en su muleta cuando le sopla el gusto de torear. Y para que no faltase ninguno de los registros de la emoción, hubo hasta una aparatosa cogida de la que Silverio salió con la cara rasgada, y en la que Manolete acudió al quite con una oportunidad y un valor ejemplares. Una vez más Silverio, en el envite de ases taurinos, había sido el digno replicante de Manolete. Y allá se iba, camino de la enfermería, en una mano la oreja y el rabo de su enemigo, la otra agradeciendo la clamorosa ovación de cuarenta mil espectadores.. .

Tres buenas faenas de muleta hizo el cordobés el sábado pasado. Digamos en su honor que jamás regatea su voluntad y que si el número de orejas cortadas no está casi a la par de los toros que ha lidiado en México, ello se debe a su escasa fortuna con la espada, no obstante que ejecuta la suerte irreprochablemente. Cortó, en cambio, la oreja del cuarto, tras una magnífica faena que fue menos aplaudida de lo merecido. Cerró su cometido lidiando con sobria eficacia al último, que no era acreedor a ningún adorno. Y nos hizo el regalo, desusado en él, de un quite con el capote a la espalda, tan lleno de elegancia, como señorial es su figura cuando prodiga sus medias verónicas.

"BOLETIN RADIOFÓNICO"
(1947)

La Hora Nacional.

LA HORA NACIONAL

Domingo a domingo, como saben nuestros lectores, de las 10 a las 11 de la noche, todas las emisoras de la capital, encadenadas, transmiten los programas de "La Hora Nacional", patrocinados por el Gobierno. Aunque encontraríamos muchos y muy fuertes argumentos que oponer a la prestación que por ese procedimiento les impone el Gobierno a las emisoras, contribución que no tiene equivalencia en ninguna otra industria, y que es una especie de impuesto al margen de las leyes fiscales, no queremos aducir ninguno en la ocasión presente, como no los han aducido las propias emisoras, respetuosas siempre con la voluntad de las autoridades, para lamentamos solamente de que el principal vehículo de difusión cultural, y el más popular, con que cuenta el Gobierno adolezca de tantos defectos. Cualquiera que escuche esos programas —antipáticos a muchos oyentes por lo que tienen de obligatorios— podrá darse cuenta de lo que decimos. Técnicamente las transmisiones suelen ser muy deficientes. Abundan en ruidos inoportunos por no dar las entradas a los artistas en el tiempo preciso. Los programas están generalmente mal confeccionados y su desarrollo acusa descuidos incomprensibles, como, por ejemplo, el de radiar números que no han sido previamente anunciados, y una vez en ejecución, el locutor se interfiere para anunciarlos tardíamente. Otros más podríamos señalar si nos propusiéramos hacer una crítica dura de "La Hora Nacional". Pero ésta no pretende serlo. Simplemente aspiramos a que el esfuerzo que esos programas representan, no se malogre por torpezas y fallas secundarias.

Tampoco hay un criterio definido en la selección de los números que componen cada programa, en los cuales, por cierto, a nuestro modo de ver, debería presentarse con preferencia música escogida de los compositores mexicanos, puesto que lo que se quiere ofrecer al auditorio es un exponente de nuestra cultura. Añadamos que la redacción de textos no está casi nunca a la altura del propósito; y, en fin, conviene igualmente hacer notar que la heterogeneidad que ofrecen las combinaciones de artistas de muy distinto género no es un acierto precisamente. La razón de todo ello la ignoramos. ¿Es, acaso, que la exigüidad del presupuesto asignado para ese menester, no obstante que "La Hora Nacional" se nutre de aportaciones gratuitas casi exclusivamente, no consiente una mejor organización de los programas? En cualquier caso, por el crédito del Gobierno mismo, esas deficiencias deben ser corregidas. El Gobierno les pide a las emisoras su tiempo. ¿Por qué no su consejo y su cooperación, valiosa por ser fruto de la experiencia y porque las emisoras cuentan con magníficos elementos —locutores, artistas, orquestas, directores de programas, etc.—, que la radio oficial no puede tener? Si lo que se quiere es que los programas de "La Hora Nacional" sean escuchados por todo el auditorio de la República —y sólo esa explicación puede tener la ayuda que se les reclama a las emisoras— lo natural es procurar que se hagan oír por su calidad y no por el carácter forzoso que se les imprime. Porque al radioescucha siempre le queda el recurso, contra el que no valen encadenamientos, de cerrar su aparato antes que tolerar una emisión que no le satisface.

**REVISTA "NAO DE ACAPULCO
(1947)**

**Una disputa nada ejemplar.
Vida y hazañas de Al Capone.
Juventino Rosas.
La gran figura de Juárez.**

UNA DISPUTA NADA EJEMPLAR

El descubrimiento reciente, harto inoportuno, del lugar en que se guardaban los restos de Hernán Cortés, suceso que se debió a la estúpida irresponsabilidad de un funcionario del gobierno republicano español constituido en México, sigue siendo aún motivo para que se alargue una vieja disputa, nada ejemplar, que vienen sosteniendo los que en el Conquistador ven lo que realmente fue: un gran soldado, un admirable colonizador y el creador de la nacionalidad mexicana, y los que aborrecen de él a cuenta de los lunares que tuvo la obra de la Conquista. Se olvida que todas las colonizaciones, todas, han abundado en violencias y que la más humana de todas fue, precisamente, la española. Y eso por una razón clarísima e indiscutible: la del carácter español, que no sabe, ni ha sabido nunca, de discriminación de razas y que hace que los españoles, aun siendo un pueblo tan ilustre como el que más lo sea por su historia y por sus cualidades físicas y morales, se fundan con todas ellas. Bien distintas fueron las colonizaciones holandesas, inglesas y francesas. Pero volvamos a nuestro tema. Y el tema es que todavía se sigue discutiendo acerca de los huesos del Conquistador. En el último número de Cuadernos Americanos, que acaba de salir a la luz, uno de los cuatro señores, que intervinieron en la exhumación de los restos, don Francisco de la Maza, hace un interesante relato del episodio, precedido de algunos antecedentes históricos muy poco conocidos y de los cuales puede encontrarse buen acopio en el libro, muy notable, de don Luis González Obregón que lleva por título el de México viejo y anecdótico. En él pueden hallarse referencias muy curiosas acerca del Conquistador, su muerte, su testamento y los diversos enterramientos de que sus huesos han sido objeto desde que, en 1566, fueron traídos a México, hasta, esta postrer exhumación —¿definitiva?— que tuvo lugar el 24 de noviembre del año pasado y que ha servido, ya que no para cosa de mayor provecho, para que se reavivara la antigua y enconada discusión que no tiene, insisto, nada de ejemplar.

Porque esos pobres huesos de Cortés, tan celosamente guardados en secreto desde 1936 por don Lucas Alamán y sus sucesores, han sido tan traídos y llevados que ya inspiran lástima y es hora de que se les deje en paz hasta que se pulvericen por completo. En 1823, recién consumada la Independencia, había quien pedía que fuesen arrastrados por las calles y quemados después en San Lázaro, donde antaño estuvo instalada la Inquisición. ¡Pobre Cortés! Cualquiera que sea la opinión que sobre él se tenga, habrá que convenir en que su desgracia está a la altura de su fortuna. Es uno de esos hombres que no tuvieron reposo en vida ni lo consiguen después de muertos. En eso se equivocaba su hijo don Martín cuando al morir el Conquistador, en Castilleja de la Cuesta, un pueblecillo próximo a Sevilla, el 2 de diciembre de 1547, le compuso este epitafio que hoy trasciende a sarcasmo:

Padre, cuya suerte impropriamente
aqueste bajo mundo poseía
valor que nuestra edad enriquecía,
descansa agora en paz eternamente.

En España, la más llamada a ello, no tuvo Cortés la estimación que merecía. Se le tildó de ambicioso y de pretender revelarse contra la corona. Cuando hizo a España su último viaje, en 1540, el emperador Carlos V le recibió fríamente, dándole a entender sin rebozo que no contaba con su agrado. Andaba en pleitos con el Consejo de Indias, sin que sus instancias bastaran a resolver ningún asunto. Tenía en su contra al virrey

Antonio de Mendoza, gran varón cuya simpatía no pudo ganar Hernán | Cortés. Le asediaban a la vez disgustos familiares, sobre todo el frustrado | casamiento de su hija María. Desconsolado, sintiéndose enfermo de cuerpo y de alma, se recluyó en la casa que su amigo Juan Rodríguez Jurado poseía en Catilleja de la Cuesta. Y allí murió cuando meditaba en regresar a México para siempre, renunciando a una patria que le trataba con tanto desdén. En la cláusula séptima de su testamento hacía voluntad expresa de que sus restos fueran trasladados a la Nueva España, dejando al cuidado de su mujer, doña Juana de Zúñiga, o de sus hijos, el cumplimiento de su deseo tan pronto fuere posible. ¡Malhadados huesos los suyos! España no pudo ni supo conservarlos, y en México acabaron por ser un estorbo... Tal vez hubiera sido preferible arrojarlos al mar premiando así las hazañas admirables, con todos sus defectos, de uno de los hombres más extraordinarios de la Historia.

EL REY DEL HAMP: VIDA Y HAZAÑAS DE AL CAPONE

Hace unos cuantos meses, yo regresaba de un viaje rápido a Europa. Empleaba diecinueve días en desandar, a bordo de un barco mercante norteamericano —no pude obtener otro pasaje, y ese me costó 30.000 francos— el camino que antes había hecho por aire en poco más de diecisiete horas. Fui testigo de la trágica miseria de Londres. Comprobé cómo París recobra lentamente su alegría... En los oídos llevaba el eco de las palabras conmovidas con que me habían despedido muchos amigos que soñaban —¡ay!— con las tierras de América, íbamos a embocar el estrecho de la Florida. Empezaba a caer la noche sobre el mar y a nuestra derecha brillaban en la lejanía las luces de Miami. Un fogonero cubano que solía darme conversación en sus ratos de asueto se acodó a mi lado en la borda y, señalando a un punto de la costa, me explicó: "¿Ve usted aquel lugar en donde se mezclan unas luces verdes con otras rojas? Pues ahí cerca tiene su casa Al Capone." Y me contó una historia, probablemente fantástica, acerca de no sé qué servicios prestados por Capone durante la guerra en las tareas de contraespionaje...

Recordé todo esto al leer la noticia de la muerte de Al Capone, tipo fabuloso cuya vida sobrepasa en interés a las más apasionantes novelas de aventuras y que es el exponente más auténtico de una época de desequilibrio moral. Como documento psicológico, no tanto por su trascendencia en sí como por el estado social que refleja, Al Capone, cuya fortuna personal se calculaba en más de cincuenta millones de dólares, es inapreciable para los estudiosos. Fue rey absoluto del hampa, a la que dio una organización de redes invisibles que ningún poder fue capaz de romper durante muchos años. Dominaba la prensa, sobornó a la justicia, hizo de la policía su cómplice, depuso y nombró autoridades. Hubo un momento en que la vida entera de Chicago dependía de él. Lo corrompió todo. Lo que no hacía el dinero o la amenaza para reducir resistencias lo hacían las pistolas de sus matachines, seguros de una impunidad que no fallaba nunca. Sólo las bandas rivales, encandiladas por el ejemplo, lograron oponérsele. Durante mucho tiempo Chicago, y a menudo Nueva York, tuvieron su sosiego alterado por los balazos con que liquidaban sus diferencias, procurando exterminarse mutuamente, los clanes del gansterismo.

Cuando los vecinos de Chicago querían referirse a alguno de los crímenes que por entonces ensangrentaban las calles de la ciudad, solían aludir, bajando prudentemente la voz, al "hombre del cuatro dos." Veremos por qué. En la avenida Wabash, de Chicago, se alzaba un gran edificio que tenía varias puertas de entrada. Sobre la que llevaba el número 2222 una chapa anunciaba con sus letras de bronce: "ALFONSO CAPONE,

Comerciante en muebles de segunda mano." Después de cruzar un pequeño zaguán aparecía a los ojos del visitante un hall sombrío. Dos hombres, sentados con aire de indolencia a los lados de una puerta, fumaban cigarrillos negligentemente. De cuando en cuando la puerta se abría, aparecía en el umbral un sujeto que cambiaba unas palabras con los de fuera y volvía a cerrar. Si hubiéramos sido visitantes del 2222 —cosa bastante difícil, por otra parte— hubiéramos podido entrever entonces, a través de la puerta, un amplio salón a cuyo fondo se hallaba instalado un magnífico bar. Quince o veinte hombres, jóvenes y bien vestidos, bebían, charlaban o jugaban a las cartas tranquilamente. Desde uno de los ángulos, un gramófono desgranaba las notas de una cancioncilla sentimental... El edificio era el cuartel general de Al Capone y los hombres aquellos su estado mayor: Fred Burke, que aún debe estar preso, condenado a cadena perpetua, en Alcatraz; Gus Winkers, el mago de la ametralladora, que ya murió; O'Banion, Mac Gum, Frank Nitti... En aquella casa de la avenida Wabash maduraba sus planes Al Capone. De allí salían órdenes, proyectos, sentencias de muerte...

Actualizados por su desaparición, se han recordado ahora algunos episodios de la vida de Al Capone, no todos reales ni contados con exactitud. El más terrible de todos ellos, que ha servido de tema para varias películas y que produjo en la opinión pública una impresión de espanto, fue el que ha pasado a la historia con el nombre de matanza de San Valentín, el día 14 de febrero de 1929. Aquel día Al Capone resolvió poner en ejecución un plan largamente preparado para acabar con un golpe seco e implacable la resistencia que le venía ofreciendo el "Chinche" Moran, el más tenaz, el más hábil y casi el único superviviente de sus competidores. Todo estaba cuidadosamente dispuesto, gracias a los hombres que Al Capone había destacado cerca de Moran fingiéndose traidores al señor de Cícero... Por la tarde, Moran debía recibir un cargamento de bebidas en su depósito de la calle de Clark 2122. Hacia las 3.50, los siete hombres más seguros y arrojados de la banda de Moran esperaban en el almacén —"S.M.C. Cartage y Cía."— la llegada de la mercancía. Todos ellos iban impecablemente vestidos. Lucían camisas de seda y fumaban cigarrillos perfumado» con un gesto estudiado que hacía rebrillar el oro y las piedras de las sortijas. Miraban el reloj de pulsera y, para hacer la espera menos ingrata, contaban chistes. A la mayor parte de ellos les aguardaba luego, para ir al cine —tal vez para contemplar una cinta de gangsters— la novia complaciente... Hacia las 4.30 un coche se detuvo a la puerta anunciando su llegada con un fuerte frenazo. "¡Ahí están, por fin!" Pero les esperaba una sorpresa. Del coche descendieron tres policías uniformados, portando armas largas, y otros dos en traje de paisano que parecían, ser simples testigos de la escena. Fue rápida. Una voz cortante ordenó: —¡Arriba las manos! ¡Pónganse de cara a la pared! Mientras obedecían, los siete hombres de Moran, ya repuestos de la sorpresa, sonreían guiñándose el ojo. ¡Bah! Ya sabían, por experiencia, en qué paraban aquellas cosas. A lo sumo, se les había estropeado la sesión de cine y la cena amorosa con la novia... Ninguno sospechó lo que ocurría a su espalda. Estaba nevando y el motor del coche seguía funcionando ruidosamente. Uno de los presuntos policías vestidos de paisano se arrodilló, sacó de debajo de su abrigo una ametralladora, la asentó sobre su muslo, y luego... ¡Tac, tac, tac, tac!, Haciendo fuego en abanico, de izquierda a derecha y viceversa, la ametralladora yació sobre los siete hombres, a la altura de los riñones, su peine de proyectiles. El silenciador amortiguaba el estampido de los disparos. Ya caídos en tierras los siete sacrificados, uno de los policías uniformados se acercó pausadamente a dos de ellos, que aún daban señales de vida, y apretó el gatillo de su pistola. Habían transcurrido cinco minutos. Los vecinos del 2122 de la calle de Clark vieron aparecer, segundos después, a los tres policías uniformados amenazando con sus armas a los dos paisanos, que llevaban levantadas las manos... Ocuparon sus sitios. El coche se puso en marcha...

Al Capone ha muerto, al fin, como un vulgar burgués que viviera de las rentas ganadas en laboriosas y honradas especulaciones. Sus pistoleros dispersos poco después de que Al Capone entrara a cumplir condena en Alcatraz, no como jefe de una banda homicida, sino como defraudador del fisco, tuvieron, en general, menos fortuna. Uno de sus más fieles, Stanton, cayó en 1932 tiroteándose con la policía. Otro, que también gozó de su entera confianza, Sheldon, vino a México y una noche, en una casa de juego, creo que en Tijuana, fue abatido a balazos después de una disputa. El terrible Winkers apareció una mañana muerto en una calle de Nueva York. Hubo otro que llegó a España en los días de la guerra civil y pretendió —sin conseguirlo— entrar en relación con el gobierno republicano para venderle armas. .. Nombres ilustres en la crónica del crimen que un día tuvieron en jaque a la nación más poderosa del mundo...

JUVENTINO ROSAS

Cuando este número de NAO se publique, estará en vísperas de celebrarse el homenaje con que cada año la Dirección General de Acción Social recuerda el natalicio de Juventino Rosas, venido al mundo el 25 de enero de 1868. Juventino Rosas es una de esas nobles figuras románticas, aureoladas por la simpatía, de las que México ha dado pródiga cosecha. Por afinidades de temperamento y jerarquía artística, otros dos nombres vienen inmediatamente a la memoria al evocar el del gran compositor: los de Amado Nervo y Angela Peralta. Tres vidas que dejaron señalado su paso por el mundo con una estela de suave emanación sentimental. La de Juventino Rosas fue breve. La Muerte, mujer al fin y, como tal, coqueta, gusta de buscar sus amantes entre los mozos jóvenes y de alma superior. Como Schubert, el de la Sinfonía Inacabada; como Larra, tan actual hoy (orno cuando escribía, hace más de un siglo, aquellas cartas inolvidables de las Batuecas; como Julio Antonio, el escultor que plasmó en piedra ^e! espíritu racial de España; como Usandizaga, que se anticipaba a su Propio entierro con el entierro de "Las Golondrinas"...; como tantos otros marcados por el Destino, Juventino Rosas estaba llamado a existencia corta, pero llena de luz. Esta aristocracia del pensamiento y del arte, la única que no periclita, compuesta por hombres o mujeres a quienes la Muerte sentencia en plena juventud poniendo sobre su frente la mano helada, se desquita de la fugacidad de su vida terrena comprando con sus obras la inmortalidad en el tiempo. 26 años —la edad en que otros empiezan a vivir— tenía, cuando murió, Juventino Rosas. Más de medio siglo ha transcurrido y su memoria es, sin embargo, tan perdurable como los frutos de su talento.

Quien haya recorrido un poco el mundo habrá podido escuchar el vals "Sobre las Olas" interpretado por cualquier orquesta de cualquier lugar. Singularmente afortunada, esa pieza musical de Juventino Rosas no encontró barreras en su camino triunfal. Figuró en los programas de los grandes conciertos; lo interpretaron las orquestas de los cafés famosos, esos cafés que eran más bien cenáculos de artistas y mentideros políticos y de los cuales, ¡ay!, ya no quedan casi vestigios ni siquiera en el París de hoy; alegró las veladas familiares... Con el vals de Rosas, y por el mismo tiempo, compartió la popularidad una canción que, aunque no es propiamente mexicana, de México salió para alcanzar boga inusitada en Europa. Me refiero a la que compuso y dedicó —si mi referencia es exacta— a la desventurada emperatriz Carlota el músico cubano, de origen español. Iradier. Eça de Queiroz —una de mis grandes, de mis permanentes y entrañables admiraciones literarias— en una de esas novelas suyas que son gloria de Portugal y joyas insuperadas de la literatura, El crimen del Padre Amaro, la pone en boca de la pobre heroína Amelia que "con los dedos flojos sobre el teclado, el busto echado hacia atrás,

moviendo los ojos tiernos, con dulces movimientos de cabeza, decía, muy voluptuosa, silabeando el castellano:

Si a tu ventana llega
una paloma,
trátala con cariño,
que es mi persona...

Bellísima canción que tampoco se hará nunca vieja, como no envejece ni envejecerá la mayor parte de la música de Juventino, músico por tradición familiar, director de orquesta, violinista excelente... y un bohemio incorregible durante toda su vida. La bohemia y la necesidad le empujaron fuera de su patria. Un día —el 13 de julio de 1894— se apagaron sus ojos y se detuvo su corazón en Cuba, en Batabanó, casi, casi sobre las olas...

LA GRAN FIGURA DE BENITO JUÁREZ

Casi al mismo tiempo que de Morelos, a la que hicimos alusión en estas mismas columnas, la Colección Austral ha puesto en los escaparates de las librerías la biografía de Juárez, escrita por el actual secretario de Gobernación, Héctor Pérez y Martínez, biógrafo también —y magnífico— de Cuauhtémoc y uno de los escritores jóvenes más densos —otros son pesados, simplemente— que tiene México. La gran figura de Juárez, "el Impasible" como le llama Pérez y Martínez, grande incluso para quienes le regatean la fama histórica, surge del relato con los vigorosísimos perfiles que definen su vida y su carácter, haciendo de él un ejemplo, casi, incomparable, de energía. El impassible no, ciertamente, por falta de pasión, que en él, bajo la apariencia exterior, severa y como petrificada, late a borbotones. Es la pasión por México, la pasión por la libertad —una misma cosa— la que hierve en el alma de Juárez. Muchos años antes de que el Destino hubiera descargado sobre sus hombros el terrible papel que se vio llamado a desempeñar, alguien le hizo a Juárez, a la sazón enteramente desconocido, el horóscopo de su porvenir. Fue un liberal de abolengo, don Miguel Méndez. "Este —dijo un día—, reservado y grave, que parece inferior a nosotros, este será un gran político, se levantará más alto que nosotros, llegará a ser uno de nuestros grandes hombres y la gloria de la patria". Se cumplió el pronóstico. Allá por el verano de 1866. . .

Por el verano de 1866, la princesa Carlota se va a Francia. La guerra, que se suponía breve y fácil, renace por todas partes. Los guerrilleros que luchan, casi desarmados, casi desnudos, contra los franceses mandados por aquel estúpido cretino que era el general Bazaine, futuro héroe del desastre de Sedán, cantan despidiendo a la emperatriz sin Imperio y sin ventura:

La nave va en los mares
botando cual pelota:
adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor...

Juárez, impassible siempre, espera. Ha llegado la etapa definitiva. Sale de El Paso hacia Chihuahua. Va escaso de dinero, pero rico en moral. La victoria no se le irá de entre las manos. Y ahora, cosa rara en él, sonrío cuando los mexicanos salen a recibirlo.

Acariciando la cabeza de los niños, Juárez, que a pesar de ser —o parecer— impasible se conmueve a veces, murmura: "Vosotros seréis libres. Conoceréis un México más feliz que el de ahora..." Las tropas que sostienen a Maximiliano se están replegando hacia Querétaro, donde piensan hacerse fuertes. No importa. Juárez, que sabe de las amarguras de la derrota, sin que ninguna de las anteriores —y han sido muchas— le abatiera el ánimo, está ahora seguro de la victoria. Al general Escobedo, que por entonces está en San Luis Potosí, le ordena que salga para poner sitio a Querétaro. El sigue su viaje. A mediados de febrero Juárez, el impasible ante el peligro, pero profundamente humano, escribe desde San Luis a su mujer: "Es casi seguro que a más tardar dentro de dos meses habrá terminado la guerra completamente. Tengan otro poco de paciencia. Yo estoy bueno, pero sin gusto, porque no estoy con ustedes. Abraza a nuestros hijos y dale muchos besos a la nieta, y recibe el corazón de tu **Juárez**". El drama toca a su fin, y la profecía falla sólo en unas semanas. El 15 de mayo Maximiliano se confiesa vencido y entrega su espada —la espada de un príncipe nacido en cuna de emperadores— al general Escobedo. Aún tiene el desgraciado Maximiliano una esperanza: pide que se le permita la salida del país, acompañado de su séquito y de sus jefes de ejército. Petición inútil. Juárez, el impasible, dirá que no.

El 14 de junio dicta sentencia de muerte el tribunal. La esposa del general Miramón, la princesa de Salm-Salm, los representantes diplomáticos de las naciones europeas acuden en demanda de gracia al presidente. Vano recurso. Juárez simboliza en esos instantes a la Historia y la Historia no perdona ciertas torpezas. El 19 de junio, cuando el sol empezaba a calentar el Cerro de las Campanas y los valles que lo circundan, los fusiles hicieron justicia implacable. Momentos antes de caer, Maximiliano pronunció unas palabras ejemplares: "Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!" Había tenido su epílogo la tragedia.

Escrita en un estilo limpiamente castellano, como corresponde a quien es un cultivador apasionado del idioma en el cual se expresa; ajustada y rigurosamente a la verdad histórica, interpretada esa verdad con un criterio que retrata amorosamente la grandeza del personaje que describe, esta biografía de Héctor Pérez y Martínez es un libro que merece alabanza y en el que deben estudiar y aprender los hombres actuales si quieren rendir culto, como aconsejaba Carlyle, a los hombres de ayer, forjadores del México presente.

TRAYECTORIA DE UNA ACTITUD

(1947)

Prólogo a un libro de Indalecio Prieto editado por la Federación de Juventudes Socialistas de España (Sección de México).

PROLOGO DEL LIBRO "TRAYECTORIA DE UNA ACTITUD"

La Juventud Socialista Española (Sección de México) acomete la edición de este libro persuadida de que, si en cualquier lugar y circunstancia su publicación constituiría un acierto, lo constituye, sobre todo, ahora por la oportunidad evidentísima en que sale a luz. Los discursos de Indalecio Prieto contenidos en estas páginas están enlazados por un tema común y, a lo largo de las fechas en que fueron pronunciados, que abarcan un período de dos años, puntualizan fielmente un pensamiento y definen una conducta que ahora, precisamente, se hallan en punto de culminación. Leyéndolos sin intermitencias temporales, entre uno y otro se advierte mejor la firme seguridad con que Indalecio Prieto reitera su criterio oponiéndolo con ejemplar entereza a las censuras, cuando no a las coléricas imprecaciones de los disconformes. Es verdad que esa persistencia suya está subrayada y fortalecida progresivamente por los hechos. Sin más que seguir el tono dialéctico de los discursos se ve cómo los sucesos fueron justificando, de uno a otro, las previsiones anunciadas en los anteriores. Extraño don de profecía —en opinión de muchos— éste que parece acompañar a Indalecio Prieto y que no es en el fondo sino consecuencia natural, aunque poco frecuente, de un análisis agudo y severo —el pesimismo que algunos le reprochan— de la realidad circundante; de una inteligencia superiormente dotada y permanentemente en activo y, sobre todo, de una honradísima y valerosa vocación para buscar la verdad y proclamarla, sin pretender, claro es, que su verdad sea la de todos, sino simplemente la suya y la de quienes se avengan a compartirla. Hay virtud, y grande, en esa voluntad para decir sin titubeos lo que se piensa, especialmente cuando el pensamiento propio contraría convicciones ajenas que, por hallarse más la vigencia de ciertas verdades admitidas como evidentes no tiene por asiento otra cosa que la pasiva conformidad con que se aceptan sin someterlas a contraste. Hasta que surge quien las desmenuza y desacata, denunciándolas por falsas y arrostrando, si es menester, la impopularidad e incluso la agresión colectiva. Tal es el caso repetido, de Indalecio Prieto.

Desde noviembre de 1945 hasta noviembre de 1947 —para atenernos estrictamente a la dimensión cronológica de este libro— ¡qué corta distancia en el tiempo y cuánto camino andado, sin embargo, en la tarea de parar la incompreensión ajena! El apasionado debate promovido en torno a la posición política reflejada en estos discursos de Indalecio Prieto no se ha cerrado aún, ni se cerrará mientras en ella encuentren pretexto para la polémica quienes, prolongándola e imprimiéndole aspereza creen dar señales de existencia política, por muy muertos que estén —y lo están definitivamente— en la estimación de los españoles, republicanos o no. Pero se aplacaron muchas voces airadas. Enmudecieron otras, temerosas o convencidas de no tener razón. Y no pocas que hasta hoy guardaron silencio se levantaron para hacer pública adhesión a la verdad pregonada por Indalecio Prieto que es, simplemente, la verdad de España; una verdad que hay que poner por encima y a salvo de las banderías políticas, defendidas con tal fiereza por unos y por otros, y todos invocando por igual, el nombre de España, que España, por exceso de amor, está en trance, de perecer si para sacarla de su agonía no hacemos todos —nosotros y los otros— profesión humilde de servirla. A conseguir que esa agonía cese y que España renazca a vida normal tienden todos los esfuerzos realizados por Indalecio Prieto en el curso de los últimos años, esfuerzos que hoy prosigue autorizado ya con la representación del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores y con el asentimiento de otras y muy considerables fuerzas obreras y políticas a las que se añaden

den valiosas y entusiastas adhesiones personales. Quiere todo ello decir que la verdad por él sostenida con tan inusitado tesón era buena. Lo sería aún en el, caso de que torpes y ajenos egoísmos la pusieran en trance de fracasar. Los discursos que se insertan en este libro son, más que piezas oratorias de un mérito muy alto —como, en efecto, lo son todos ellos— documentos históricos que explican una actitud trascendental frente al drama político de España. Al publicarlo estamos seguros de hacer una buena obra de divulgación y de atender el interés de una gran masa de correligionarios y amigos hermanados con nosotros por la preocupación y el sentimiento.

DIARIO "ULTIMA HORA"
(1948)

*De Cervantes. El verdadero homenaje.
Así nació Falange.*

DE CERVANTES: EL VERDADERO HOMENAJE

Durante varias semanas, incluido todo el mes de abril, la España, una, grande y libre le ha rendido homenaje a Cervantes. Lo ensalzaron los retóricos oficiales, le cantaron sus alabanzas las Academias, se celebraron exposiciones de sus libros, ofreciendo a los curiosos el primor de las viejas ediciones, se colocaron lápidas y se rezaron misas solemnes en las catedrales por el eterno descanso de su alma que en gloria esté. Y como las armas no habían de ser menos que las letras, sobre todo ahora, hasta el ejército organizó su Salón Cervantino, recordando que Cervantes fue un compañero de milicia. Y el caudillo, en quien se emparejan por igual ambas disciplinas, dijo a las juventudes falangistas que este año, el de 1948, es un año memorable porque en él se cumplen cuatro siglos del nacimiento de Cervantes, demostrando así hasta qué punto el Príncipe de los Ingenios es ajeno a sus lecturas de soldado y estadista sin par.

No podrá Cervantes, si hasta el Parnaso llega el eco de las cosas que suceden en este mundo, argüir que se le tiene en olvido, aunque acaso no acierte a comprender bien qué relación hay entre lo que él escribió y lo que estas gentes que ahora le acuerdan reverencia dicen y hacen. El hidalgo recordaría que Don Quijote acudía presuroso a libertar galeotes, pero estos otros han convertido en galeotes a más de la mitad de los españoles, que eran libres. ¿Cómo se entiende? Y luego que el lenguaje y las costumbres que ahora privan en España no son los que convienen a los caballeros parados. Más parecen modos de rufianes, de hombres sin freno ni moral, aunque practiquen y fomenten el hábito de la oración para aparentar que se encuentran a bien con las leyes de Dios. Y el tufillo de sacristía que trasciende de España tampoco es el más grato a los huéspedes del Parnaso, cuanto menos a Cervantes, que tenía una prudente desconfianza de la frailería.

No sin razón el hidalgo Miguel de Cervantes, hablando por boca de Don Quijote, le advertía a Sancho los peligros de tropezar con la Iglesia. Católico, y de fe muy acendrada, era Cervantes, pero ello no impide que tuviera hacia los clérigos una recelosa reserva ribeteada de ironía. En las amarguras de su vida, muchas y largas, la gente de sotana tuvo buena parte. Un tonsurado envenenó sus afanes de escritor con aquel engendro del falso "Quijote" de Avellaneda, parodia burda y malintencionada del que Cervantes fue creando mentalmente en sus tristes soledades de la cárcel de Sevilla. Sacerdote era su cuñado, Francisco de Palacios, y de él no recibió sino desdenes y afrentas cuando Cervantes era un ingenio aparentemente fracasado en quien nadie presentía al genio. Pero, sobre todo, Cervantes era liberal y su sano liberalismo, que campea abiertamente en todas las páginas de sus obras, especialmente en las del "Quijote", se avenía mal con la Santa Inquisición y con los cuadrilleros encargados de perseguir a los acusados de herejía. Había sido demasiado castigado por la vida y por los hombres para que no fuera humano y tolerante y para que su espíritu superior no acertara a comprender y perdonar las debilidades ajenas. Cuando estuvo prisionero en Argel y la adversidad mordía en su carne con implacable fiereza, Miguel de Cervantes aprendió también —si no lo era ya— a ser compasivo y a querer la libertad por encima de todas las cosas, incluso por encima de la vida misma, pues la vida sin libertad, ¿para qué sirve? Y por eso las horas del cautiverio las empleaba en meditar planes de fuga, sin importarle los riesgos que hubiera de correr ni dejarse amilanar por la traición, que una vez estuvo ya a punto de llevarle a muerte espantosa, como llevó a otros. Nunca olvidaría Miguel de Cervantes el espectá-

culo atroz, que se le obligó a presenciar, de aquel pobre jardinero navarro, su compañero de evasión frustrada, ahorcado lentamente, con sádica morbosidad, por su propio dueño. El alma de Cervantes debió llenarse entonces de infinita piedad y de un amor entrañable por la justicia, cualidades que luego le infundiría a Don Quijote. "Si estos hombres fueran cristianos —diría para sí— no obrarían con esta crueldad". Pero, entonces —y volvemos al presente— tampoco pueden serlo estos otros que ahora gobiernan una España en la que hay más cautivos que en Argel.

Muchos y ruidosos han sido los festejos dispuestos en honor de Cervantes. Pero sospecho que en ellos ha estado ausente un invitado: Cervantes. Las razones de Don Quijote se acomodan mal con las sinrazones del falangismo exultante. Cervantes se hubiera asustado de ver en tomo suyo tanto milite, tanto clérigo, tantos cuadrilleros y tantos galeotes apaleados bajo el látigo del cómitre falangista. Y a Don Quijote, que tampoco podía faltar si hubiera estado Cervantes, no le hubiera quedado más remedio que arremeter contra ellos, llamándoles follones y malandrines, aunque luego le aporrearan las espaldas otra vez. No; el homenaje que la España presente —y yacente— puede ofrecerle a Cervantes, es otro. Aquel que en la universidad de Salamanca —¡oh manes de Fray Luis!— le ofreció implícitamente el pavoroso Millán Astray, tuerto como Camoens, manco como el propio Cervantes, cuando escuchando la voz de sus ancestros lanzó su bramido histórico: "¡Muera la inteligencia!"

ASI NACIÓ FALANGE

En febrero de 1931, dos meses antes de proclamarse la República, Ramiro Ledesma Ramos, un intelectualoide procedente del grupo snobista que tenía por adelantado a Ernesto Jiménez Caballero, director de "La Gaceta Literaria", revista de vanguardia, lanzó a la publicidad su manifiesto sobre la conquista del Estado, con el cual se iniciaba el movimiento nacionalsindicalista, generador de la Falange. Nadie le concedió la menor importancia a aquel llamamiento que era, sin embargo, el primer brote fascista, copia servil, pese a todas sus pretensiones de originalidad, del fascismo italiano. Solamente unos cuantos escritoruelos con aspiraciones iconoclastas integraban la nueva secta, cultivadora de un lenguaje ampuloso, pródigo en frases resonantes y huecas que se disfrazaban de sentencias políticas. También en eso seguían la huella de Mussolini. Sin embargo, la indiferencia de la opinión pública, apasionada entonces con los sucesos precursores del cambio de régimen, no pareció desalentar a los supuestos innovadores. En marzo empezó a editarse un periodiquito que llevaba igualmente por título "La Conquista del Estado" y que dirigía el propio Ledesma Ramos. Una demagogia desaforada, mezclada a la procacidad más irresponsable, campeaba en sus páginas. Para justificar sus afanes revolucionarios antiburgueses —nótese que el fascismo ha surgido en todas partes con características comunes— el grupo arremetía violentamente contra el Partido Socialista y contra las organizaciones de la UGT (Unión General de Trabajadores), inspiradas por él, pero procuraba atraerse a las masas de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), de ascendencia anarquista, invocando el apoliticismo de que siempre hicieron gala los sindicatos de la Confederación. Se decían hermanos en pensamiento y en propósitos y los invitaban a la acción por la fuerza, iniciativa que durante muchos años encontró fácil e infantil acogimiento en numerosos militantes del sindicalismo anarquista. No obstante, las apelaciones del grupo cayeron en el vacío. Bajo el barniz de la retórica revolucionaria se veía la oreja del fascismo.

Mentor del grupo era Jiménez Caballero, que acababa de llegar de Italia inflamado de entusiasmo por Mussolini. Su literatura era una mezcolanza de fórmulas fascistas y sofismas revolucionarios encaminada a sugestionar —empresa siempre al alcance de los embaucadores— el espíritu de la juventud, propensa a todo lo que halague su vanidad. Aunque DO se piense que todo en Jiménez Caballero era excentricismo romántico. Jiménez Caballero es un saltimbanqui de la literatura y de la política que siempre sabe hacer la cabriola que le conviene en los momentos decisivos. Proclamada ya la República, escribió un libro en el que intentaba presentar a don Manuel Azaña como el hombre fuerte de España, es decir, como la traducción española de Mussolini. Luego resultó, andando los años, que el hombre fuerte de España era Franco. Y si no, lo hubiera sido otro. Jiménez Caballero anda siempre a la busca del hombre fuerte. Si hiciéramos caso de malicias, sospecharíamos que tienen razón los que le atribuyen aficiones no del todo acordes con la virilidad normal. Pero volvamos al partido nacionalsindicalista, limitado a la sazón a unos cuantos dilettantes que se reunían en un pequeño piso de la Avenida Eduardo Dato. Repentinamente sus propagandas encontraron eco en Valladolid a través de un abogado, Onésimo Redondo, que encabeza un movimiento similar en la vieja ciudad castellana. En un semanario que se titula "Libertad", Onésimo Redondo vuelca toda su inspiración fascista, grandilocuente y cursi, El es el que lanza la consigna de la España una, grande y libre, lema de la España franquista. Onésimo Redondo murió durante la guerra y, según la liturgia falangista, debe estar en uno de los luceros más refulgentes. Su viuda, en cambio, se alió con un falangista marchoso y huyó con él, llevándose de paso, los dineros recaudados para el Auxilio Social. La caridad bien entendida empieza por uno mismo.

Los dos movimientos se fundieron en uno solo en octubre de 1931. A partir de ese instante el camino de salvación estaba abierto. España sería, "Una, grande y libre". Se lucharía "por la patria, el pan y la justicia". Pero los apóstoles seguían predicando en desierto. En 1933 se les une José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador jerezano y, como su padre, poseedor de todas las cualidades que singularizan al tradicional señorito español. Con José Antonio viene Julio Ruiz de Alda, semihéroe aviador, y Alfonso García Valdecasas, un barbilindo infatuado que en 1931 había sido, sin avergonzarse, diputado en las Constituyentes con un acta que le regalaron los socialistas. Con ellos nacía la Falange propiamente dicha. Y a los dos lemas anteriores se añadía uno nuevo y definitivo: "Arriba España". José Antonio fue el que puso en circulación la "dialéctica de las pistolas", base para que España subiera. Y desde entonces está España bajando la cuesta de su infortunio.

**DIARIO "HERALDO DE GUERRERO", DE ACAPULCO
(1948)**

**Dos centenarios olvidados.
Su Majestad el Tabaco.
Fantasía de Navidad.**

DOS CENTENARIOS OLVIDADOS

El entusiasmo apasionado con que las repúblicas literarias de habla española se han entregado a celebrar el IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes, poniendo en ello toda su atención y trabajo, ha hecho que pasen en olvido —olvido que estas pobres líneas tratan de remediar— otros dos Centenarios que merecían haber sido recordados. El uno es el de Mateo Alemán, autor de *Guzmán de Alfarache*, cumbre de la novela picaresca española y prototipo de ella, aunque llenaría mejor mi gusto desprovisto el libro de las digresiones escolásticas y filosófico-morales que tan a menudo intercala el autor en el texto. Nació Mateo Alemán unos días antes que Cervantes, en el mismo año de 1547. No fue la vida de Alemán un modelo de venturas. Casó por obligación y para cumplir un compromiso por deudas. Por deudas hubo de verse también más adelante, como Cervantes, en la cárcel Real de Sevilla. Muchas de las aventuras narradas en *Guzmán de Alfarache* fueron vividas por él. Al final de sus días Mateo Alemán consigue embarcar para México agregado al servicio del nuevo Arzobispo de la Nueva España, Fray García Guerra. Debió morir en las proximidades del año 1614, lleno de achaques y casi ciego. Sus obras últimas fueron publicadas en México y rezumaban profunda amargura, que no bastan a mitigar las atracciones que descubre en las tierras de Nueva España. "¡Oh México —escribe—, señora poderosa, princesa del Nuevo Mundo...!" Revelan singular vigor las descripciones que hace de las fiestas y acontecimientos que en México se suceden y en todas ellas está patente el gran talento literario de quien nos ha legado su nombre escrito en letras de oro al frontis de este monumento sin par que es la novela picaresca española.

* * *

El otro Centenario es el de la muerte de Alain Rene Le Sage, autor de una de las novelas más hermosas que se hayan producido en todos los tiempos. Hoy, 232 años después de haber sido publicada en París, y naturalmente en francés, conserva íntegra toda su lozanía, y es una de las pocas novelas que resisten con renovado interés la relectura. Aunque escrita por un francés y abundando en ella las finas muestras del ingenio literario de Francia, la literatura española tiene un derecho indiscutible a juzgar como suya, siquiera espiritualmente, esa obra maestra que es **Gil Blas de Santillana**. Tanto, que durante mucho tiempo se alimentó la sospecha de que el autor fuera español y no francés, llegándose incluso a pensar que el verdadero creador de la novela fuera el padre Isla, su magnífico traductor. El propio Voltaire afirmó, convencido de estar en lo cierto, que **Gil Blas de Santillana** estaba traducido del español. Lo que sí es evidente es que Le Sage hablaba el español y era un profundo conocedor de la literatura española, en la cual buscaba inspiración y ejemplo. Veamos cómo pinta uno de los personajes de **Gil Blas** los recursos que ponían en uso los validos de los Reyes españoles para aumentar fabulosamente sus ganancias. "Mi señor —dice el mayordomo de uno de éstos— goza de varias encomiendas en todas las órdenes militares, que le reditúan cada año cuarenta mil escudos, sin más obligación que la de llevar la cruz de Alcántara. Fuera de eso los tres empleos de gentilhombre de cámara, caballero mayor y gran canciller de Indias le producen doscientos mil escudos. Pero, todo esto es nada en comparación con los inmensos caudales que saca de las Indias. ¿Sabe usted cómo? Cuando los buques del Rey salen de Sevilla o de Lisboa para aquellos países, hace embarcar en ellos vino, aceite y todo el trigo que le produce su condado de Olivares, sin que le cueste un maravedí la conducción. En Indias se venden estos géneros a precio cuatro veces mayor del que valen en España. Con el dinero que gana en esta venta compra especiería, cobres y

otras drogas que en el nuevo mundo están casi de balde, y en Europa se venden a subido precio..."

Alain Rene La Sage fue hombre de plácido carácter, corazón bondadoso y alma pura. Poseía conversación sumamente atractiva. Tenía figura gallarda y en su juventud florecieron, al parecer, no pocos episodios de amor. Lo más y mejor de su vida se empleó en una lucha constante contra la necesidad, sin que llegara nunca a vencer a la pobreza. El 17 de noviembre de 1747 murió tan sosegadamente como había vivido, dejando tras sí una estela ancha de simpatías y admiraciones que tejieron los primeros hilos de la corona inmortal de su fama.

SU MAJESTAD EL TABACO

A ciencia cierta, nadie podría determinar quién fue el primero que introdujo el uso del tabaco en Europa. Lo único que está a nuestro alcance es saber que fueron los navegantes del siglo XVI que siguieron las huellas de Colón los que llevaron desde el mundo recién descubierto hasta las cortes europeas la costumbre de convertir el ocio en humo, aunque después no faltaran los sofistas que asegurasen que el tabaco es, por' el contrario, el mejor estímulo para el trabajo. ¿A quiénes conceder la primacía de esta novedad, llamada a conseguir tan rápidamente la intoxicación universal? ¿A los españoles, a los ingleses, a los franceses, que eran los tres grupos de marinos y aventureros que por entonces ponían el pie en las costas occidentales de América? Lógicamente, debemos suponer que los primeros en conocer la planta solanácea a la que esperaba tan extraordinario porvenir, fueron los españoles, siquiera sea por la razón, que todavía no ponen en duda algunos historiadores norteamericanos, de que los españoles fueron, antes que ningún otro, los descubridores del Continente. Aunque eso no impide que cualquier día se nos demuestre lo contrario, como se demostró que el Continente ignorado debía llamarse América, para honrar a un oscuro florentino que no tuvo parte en la genial empresa, en vez de ser denominado Colombia, como debió suceder por respeto al gran almirante. Pero volvamos al tabaco.

Sabemos, si no miente la historia, como suele hacerlo frecuentemente, que un misionero español, fray Romano Pane, remitió semillas al emperador Carlos V, noticia que se completa con la de haber sido un médico llamado Hernández, —y que los médicos, enemigos jurados del tabaco, aunque todos fuman, se las entiendan con él— el primero que lo cultivó en la península. Sin embargo, según otra versión, los ingleses se adelantaron a los españoles. Cuando hablamos de los ingleses nos estamos refiriendo, claro es, a los honorables facinerosos que asaltaban las nacientes fundaciones y saqueaban los galeones que iban a España cargados de oro y plata. Tal honor —el de haber sido el salteador número uno y el de ser el primer portador de tabaco— le correspondería, en tal caso, a Francisco Drake, ante cuyas hazañas se mostraba particularmente sensible el corazón virginal de la reina Isabel. Walter Raleigh, el favorito de Isabel y colonizador de Virginia, a quien Jacobo I haría cortar elegantemente la cabeza una vez muerta la reina, introdujo el tabaco en Irlanda, a donde llevó varios ejemplares de la colonia. En Francia lo dio a conocer, en 1560, el embajador francés en Portugal, Juan Nicot, que presentó la planta y el producto elaborado de la misma, el rapé —¡cuatro siglos de estornudos nos contemplan!— a la reina Catalina de Medicis. El empleo del rapé se hizo pronto común en la corte y de la corte pasó al pueblo. En Italia lo patrocinó un cardenal —tenía que ser— de muchos méritos: el español Santa Cruz. A Filipinas llevaron el tabaco los frailes, acaso como elemento de seducción para mejor ganar almas para el

catolicismo. Los portugueses lo condujeron al Japón hacia 1573. Del Japón pasó a China...

Un sabio de fama universal, Linneo, inmortalizó a Nicot dándole el nombre de nicotina al alcaloide que se obtiene del tabaco. Pero no todo fueron bienandanzas para el tóxico delicioso ante el cual no hay barreras, aunque haya aduanas y aduaneros que husmean en vuestras maletas, buscando el tabaco, precisamente, cuando vais de un país a otro. En 1619 se inició en Inglaterra una fuerte campaña contra el tabaco, en la que se mezclaban no ya razones de gusto, sino políticas, económicas y hasta religiosas. Jacobo I quiso suprimirlo. Fracasó. El Papa Urbano VIII prohibió el uso del rapé a los sacerdotes. Fracasó también, porque los sacerdotes lo tomaban a escondidas con el mismo placer con que aquella dama de que nos habla, creo, Teófilo Gautier, tomaba un helado sintiendo la fruición de estar cometiendo un pecado mortal. En fin, los zares rusos lo prohibieron oficialmente haciendo constar que el delito de fumar "será castigado con la amputación de la nariz". Mal trance para Stalin si alcanza a nacer en tan venturosa edad.

Pero el tabaco ha ganado todas las batallas. Ha modificado las costumbres. Ha influido poderosamente en los negocios públicos. Ha suscitado guerras. Y, sobre todo, ha independizado a las mujeres de la tutela masculina. La época del predominio femenino la señala exactamente la fabricación y generalización consiguiente de los cigarrillos de lujo, aptos para que las mujeres ensayen sus mejores gestos y mohines. De otras variaciones que el triunfo del tabaco ofrece podríamos hablar. Por ejemplo, de las pipas de los bohemios, siempre vacías porque sus dueños no tienen dinero para comprar con qué llenarlas o porque se ahogan cada vez que intentan ponerlas en función; de los puros que muerden los malvados en las películas norteamericanas, puros que no se parecen a ningún otro y que, a juzgar por las dentelladas que soportan, deben ser de goma ... Pero esto requeriría más tiempo y más espacio, dos bienes de que carecemos. Terminemos recordando la frase de Moliere: "Quien vive sin tabaco no merece vivir".

Y ahora, el cronista pide permiso para encender su pipa —que no es de bohemio— y para escanciar una copa de coñac, otro tóxico —valga la injuria— que los médicos suelen prohibir también pero que todos ellos beben para confortar un poco el ánimo, atribulado por las miserias y desengaños de este mundo.

FANTASÍA DE NAVIDAD

Diez años antes de su muerte, César Augusto había ordenado que se hiciera un empadronamiento de todos los pobladores de las tierras sometidas al gobierno de Roma. Cirenio, gobernador de Siria, había publicado el edicto a fin de que todos lo cumplieren. José de Galilea, que vivía en la ciudad de Nazaret, se puso en camino hacia Bethelhem, la ciudad de David, acompañado de su esposa María, que se hallaba encinta, para que ambos fueran inscritos en el registro. Y sucedió —cuenta San Lucas— que estando allí se cumplieron los días en que María había de parir. Alumbró un niño, lo envolvió en pañales y lo acostó luego en un pesebre porque para ellos, que eran pobres, no había lugar en el mesón. Abundaban los pastores, en aquellos lugares,² y por las noches se juntaban y hacían vigilia para guardar mejor a sus rebaños. La noche del día en que María había dado a luz los pastores vieron sobre sus cabezas un gran resplandor que les

² Corregido, la fila que debería comenzar la página está situada la tercera en la edición francesa utilizada, siendo en ella las dos primeras las que realmente corresponden al final de la página (N. del editor digital)

llenó de temor, hasta que la voz de un ángel les devolvió la tranquilidad diciéndoles: "No temáis, porque os doy nuevas de gran gozo para todo el pueblo. Os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor". Y les dio la señal para reconocerlo:

"Hallaréis al niño envuelto en pañales, echado en un pesebre". Y los pastores fueron a Bethlehem y se postraron de rodillas y adoraron al recién nacido, pregonando después las palabras del ángel. Aunque en la versión de San Lucas no se dice nada de ello. San Mateo nos informa de que, habiendo llegado la noticia a oídos del rey Herodes, que mandaba en Judea, éste, receloso de que el poder le fuese arrebatado, y despechado porque los Magos enviados por él se habían ido sigilosamente a sus tierras después de haber acatado a Jesús como hijo de Dios y de ofrecerle la mirra, el oro y el incienso, ideó matarlo, para lo cual dispuso que todos los niños menores de dos años nacidos en Bethlehem y sus alrededores fuesen sacrificados. Pero José escuchó el aviso del ángel y, despertando a María, la hizo tomar al niño en brazos y huyeron en la noche para encontrar refugio en Egipto, de donde ya no salieron hasta que Herodes hubo muerto y el ángel, apareciéndose nuevamente a José, le ordenó regresar a Israel.

Nunca se sabe hasta qué punto la leyenda es historia y en qué proporción la historia tiene algo de leyenda. Ninguno de los historiadores romanos hace alusión al advenimiento de Cristo ni a sus milagros posteriores coronados por la muerte en la cruz. Pero es curioso establecer coincidencias. Si nos atenemos a Suetonio, a quien Plinio el Joven llamaba "el más íntegro, el más honrado y el más sabio de todos los romanos", el nacimiento de Augusto, bajo cuyo gobierno vino al mundo el Mesías, también estuvo acompañado de sucesos singulares y sobrenaturales. Habiendo caído antiguamente un rayo en las murallas de Valetria, patria de Augusto, un oráculo anunció que un ciudadano de la villa dominaría un día el imperio. Unos meses antes de que naciera Augusto ocurrió en Roma un prodigio que los augures interpretaron como señal clara de que el Destino estaba gestando un rey para los romanos, por lo cual el Senado, presuroso, decretó que se hiciera morir a todos los niños nacidos durante el año, medida que lograron derogar los maridos de las mujeres que se hallan encinta.

"En las **Pláticas de Asclepiades** —relata Suetonio— he leído que la madre de Augusto, al llegar la noche, en un sacrificio solemne en honor de Apolo, se durmió en su litera en el templo, así como las demás mujeres, y en la litera suya entró una serpiente, que salió pocos momentos después; al despertar se encontró "como si su marido se hubiera aproximado a ella", y desde ese momento tuvo en cuerpo la huella de una serpiente, que no se pudo quitar, por lo cual no volvió a los baños públicos. Augusto nació diez meses después y pasó por hijo de Apolo", La madre de Augusto había soñado también, durante su embarazo, que sus entrañas se elevaban a las nubes y llenaban el cielo y la tierra. Octavio, su marido, para no ser menos, soñó que el sol salía de los costados de su mujer. Y el senador Nigidius, el día en que nació Augusto, mientras el Senado deliberaba acerca de la conjuración de Catilina, preguntó la hora exacta del nacimiento y aseguró después que acababa de nacer el dueño del mundo.

El nacimiento y la vida de Augusto señalaban los últimos fulgores del paganismo y la decadencia del imperio romano. El nacimiento de Cristo en un establo de Bethlehem, símbolo de pobreza y humildad, anunciaba la aurora de una conciencia nueva. El cristianismo iba a transformar la vida de los hombres. Por lo menos teóricamente. En la práctica, no mucho. Ya sé, ya sé que hay muchos creyentes. Es tan grande el número de fieles como menguado el volumen de la fe. Todos los años, por estos días, se recuerda con efusivo calor familiar y de amistad el nacimiento de Jesús. Es la despedida alegre del año que se acaba y el saludo esperanzado del Padre Noel —como anglosajones típicos que somos—; y que en algunos hogares rancios donde aún se conserva la verdadera

tradición española y católica se instalan los Nacimientos con pastorcitos y vaquitas de barro policromado, corderitos blancos, montañitas nevadas y riachuelos plateados. En las posadas se rompen las piñatas, edición navideña del cuerno de la abundancia... Sí, México es uno de los países más católicos del mundo. Pero sería un poco más cristiano, aunque fuera un poco menos católico, si los concurrentes a las fiestas de Navidad, cuando en la madrugada salen a la calle bien arropados en sus abrigo, el paso incierto y el optimismo encendido no tropezaran en los portales con los niños y los viejos tendidos en los portales, comiéndose el hambre y calentando al frío con unas hojas de periódico puestas encima. Para algo ha de servir la buena prensa...

"RENOVACIÓN", ÓRGANO DE LAS JJ. SS. DE ESPAÑA
(1945-1946-1948)

Ejecuciones en Madrid... de 1838.
Decepciones y esperanzas.
Socialismo contra Comunismo.
La curva del siglo.
¡Viva la Commune!

EJECUCIONES EN MADRID... DE 1838

Uno de los viajeros más sagaces e inteligentes que durante el siglo pasado visitaron a España, fue, sin duda alguna Carlos Dembowski, un italiano de ascendencia rusa naturalizado francés. Creo que solamente los ingleses Borrow y Ford pueden compararse con él; de ningún modo los franceses, juzgadores hartos ligeros, aunque se llamen Alejandro Dumas y Teófilo Gautier. Dembowski vino a España en los comienzos de 1838, cuando España ya llevaba más de cuatro años de sangría con la primera guerra carlista. De su estancia nos ha quedado un libro delicioso cuya lectura invita a la repetición. Entra nuestro viajero en España por el portillo del Canfranc abierto en el Pirineo aragonés. Le acompañan tres liberales españoles convenientemente disfrazados para esquivar a los guerrilleros carlistas. Uno de ellos, marqués, se hace pasar por sacerdote mexicano. Nada escapa al oído de Dembowski, sin que la curiosidad de lo pintoresco, tan vigoroso y múltiple en España, le impida calar profundamente en los hechos que va presenciando. Cuando la comitiva cruza la montaña, cubierta por una gruesa capa de nieve, y los viajeros confían su destino al instinto admirable y seguro de las cabalgaduras, el marqués, con un gran suspiro, da salida a sus meditaciones con una frase que Dembowski se apresura a copiar en su cuaderno de notas conservándola en español: ¡ **Oh, si España tuviera un ministro tan hábil como este macho!**

Dembowski se mezcla con la gente del pueblo, de donde escoge sus mejores informaciones; conversa con los arrieros en las posadas, bajo la gran campana de la chimenea, adelantadas las piernas hacia la llama gozosa del hogar; en Ayerbe se deleita viendo bailar la jota y escuchando las coplas, que apunta cuidadosamente:

Debajo de tu camita
hay unos zapatos blancos. ..

En Zaragoza visita los lugares donde se riñeron las batallas con los franceses en 1808; se entusiasma en la contemplación de la Torre Nueva, inclinada como la de Pisa, desde la cual avisaba la campana el bombardeo de los cañones imperiales, derruida muchos años después, porque, no sé a quién, se le ocurrió la idea de que podía caerse cualquier día; hizo amigos en las diligencias, mientras el mayoral blandía el látigo sobre las orejas de las mulas; topó con las partidas de Don Carlos, vio bandidos en Guadalajara y llegó a Madrid. En Madrid es donde vamos a detenernos con él.

Dembowski se aposenta en la calle del Carmen, en la casa de una señora Dolores, amiga íntima de "un alto personaje del partido carlista que no os nombraré a causa de mi respeto a la capucha frailuna". Aunque estamos en carnavales y abundan los bailes y las fiestas, hay revuelo político y frentes arrugadas en Madrid. Acaba de saberse el golpe de mano dado por los carlistas, con Cabañero al frente, en Zaragoza, en la que se introdujeron por sorpresa. Afortunadamente Zaragoza se levantó airada y tardó poco en expulsar a los invasores con aquella jornada de bravura que dio ocasión a que la fecha del 5 de marzo fuera declarada fiesta de la ciudad y rotulara una de las calles más céntricas que ahora se llama, para bochorno de la capital aragonesa, calle del Requeté Aragonés... Dembowski asiste a romerías, hace excursiones a Toledo, aprende a bailar, preside apasionadas discusiones políticas, pasea largamente la Puerta del Sol y lee y copia en el claustro de la iglesia del Buen Suceso la losa sepulcral dedicada a los mártires del 2 de Mayo: "Aquí yacen los españoles sacrificados en este templo y en sus alrededores por los franceses en la jornada del 2 de Mayo de 1808. Rogad por sus almas". Naturalmente, Dembowski no podía ahorrarnos la descripción de una corrida de toros, que le

llena al instante de entusiasmo. Lo confiesa honradamente y sin eufemismos. "En cuanto a mí —escribe— me vuelven loco estas fiestas, me guardo de faltar a ninguna, he comprado el **Tratado de Tauromaquia** de Montes, he trabado amistad con un torero, y mi puesto está en las gradas, entre el manolo y la manola". Se convierte, además, en defensor de ella. "Los extranjeros —añade— no dejan de declamar contra este espectáculo. Es, por su parte, sensiblería de filántropos, porque podíais apostar que los encontraréis todos los lunes, a las cuatro de la tarde, mezclados con la multitud alegre y bulliosa que llena la larga calle de Alcalá y que pronto habrá invadido la plaza de toros. .."

Pero Madrid va a ofrecerle emociones más fuertes a nuestro viajero. Así ocurrió el 25 de mayo de 1838, día en que hubo tres ejecuciones en la villa regia. Se trataba de tres carlistas —dos hombres y una mujer— que en 1835, aprovechando la confusión creada por la sublevación de las Guardias Nacionales contra el ministerio de Toreno, habían provocado un motín en el barrio de Maravillas, donde el carlismo tenía su principal reducto, y se habían entregado a brutales venganzas. Al frente de los amotinados, dando ejemplo de ferocidad, marchaban la mujer, una vieja arrugada y a quien apodaban la tía Cotilla, y sus dos ayudantes: Alvarez García y Cayetano Siete-Iglesias. Los tres portaban grandes cuchillos y navajas. Y los testigos afirmaban haberles visto dar muerte por propia mano a un infeliz tamborcillo de la Milicia... Tres años transcurrieron antes de que se pudiera dictar y ejecutar la sentencia de muerte contra los delincuentes. El 25 de mayo de 1838, a los once y media de la mañana, una multitud espesa y anhelante se apretujaba en los alrededores exteriores de la Puerta de Toledo, lugar señalado para las ejecuciones, por orden de Fernando VII, desde 1822. Nuestro autor describe minuciosamente la trágica ceremonia. Tras del escuadrón de la Milicia que abría marcha, y de los Hermanos de Paz y Caridad, que portaban cirios verdes, montado a horcajadas en un asno aparecía el primer condenado, Alvarez García, "revestido con el traje de los asesinos a traición, gorro amarillo, camisa amarilla y un ancho pantalón de tela de saco". Después la vieja, espantosa en su fealdad y con los ojos brillantes de fanatismo. Finalmente Siete-Iglesias. El verdugo sentó en la silla a Alvarez García mientras un ayudante le ataba las piernas. El confesor empezó a rezar el credo "de modo que llamase la atención del paciente, que repetía cada frase con los gemidos del que se ahoga. Al llegar a las palabras Jesucristo su único hijo, otro sacerdote le cubrió el rostro con un paño blanco. Era para el verdugo la señal de dar vuelta al torniquete. Hízolo así; el poste tembló y oí un crujir de huesos. .." Un poco más adelante Dembowski añade: "En aquel momento mi atención fue dirigida a otra parte por un ruido singular que tenía lugar a mi alrededor. Era el ruido de bofetones que hombres y mujeres del pueblo distribuían a los chicos. Mi compañero me dijo que cuando un padre o una madre presencian con su familia el triste espectáculo de una ejecución, no dejan de aplicar una buena bofetada en el carrillo de los chicos, a fin de grabar mejor en su juvenil memoria, mediante una sensación dolorosa, la lección moral que acaba de ofrecerse en el patíbulo". La tía Cotilla fue menos sensible a las exhortaciones de los sacerdotes. Cada vez que se le pedía ponerse en gracia de Dios repetía iracunda:

"Jamás perdonaré a mis enemigos". Y murió sin perdonarlos, dejando como testamento una maldición que envenenó toda la vida del siglo XIX y ha culminado en la atroz guerra civil a que los descendientes espirituales de la **tía Cotilla** se lanzaron en julio de 1936.

Dembowski no puede soportar por más tiempo el espectáculo y escapa horrorizado de sí mismo. Unos días después contempla absorto la sierra del Guadarrama acogido a las piedras, que parecen talladas por genios, de El Escorial. ¡Admirable Dembowski! Si su viaje —terminado en 1840— se hubiera realizado un siglo más tarde, hubiera tenido que presenciar en toda España, y a toda hora, y cada día, ejecuciones como las de Ma-

drid, solo que al revés, es decir: siendo ejecutores los ejecutados. Hubiera [^]sto horcas en todos los caminos, esbirros en todas las posadas, verdugos ^{el}! todas las ciudades. Y es seguro que él, tan liberal, tan generoso de pensamiento, no hubiera podido despedirse con las palabras de melancolía que Ponen fin a su libro, tan poco leído como digno de que se lea. "Dos días más —escribe en Pamplona el 12 de octubre de 1840— y habré pasado los Pirineos. ¡Adiós, España; mis votos te acompañarán siempre!"

DECEPCIONES Y ESPERANZAS

El prestigio que la revolución rusa irradió en sus primeros años sobre las masas obreras del todo el mundo, la rigidez de la propaganda comunista y el fracaso reiterado de la democracia internacional para organizar y asegurar la paz en el período subsiguiente a la primera guerra mundial, fueron factores determinantes de que extensas zonas del socialismo y del movimiento obrero —en España fue muy perceptible el fenómeno— se dejasen ganar por un escepticismo henchido de desdén hacia los principios y métodos liberales y una creciente inclinación a las soluciones de violencia. Siguiendo las inspiraciones que venían de Moscú, se exhumaron, subrayándolos y dándoles casi siempre una interpretación falsa, por exagerada, los textos socialistas en que se hacía la disección de la democracia burguesa, tema de mofa manejado sistemáticamente contra la socialdemocracia por los iluminados de la nueva secta. Traído por el snobismo, más que por la fe, hizo su aparición un socialismo libresco, seco, lleno de pedantería, que convertía la doctrina en dogma cerrado. El socialismo dejaba de ser un sistema interpretativo de la Historia para transformarse en una verdad revelada, según la palabra de los apóstoles ungidos en el Kremlin. "Libertad ¿para qué", preguntaba sarcásticamente Lenin. Y aunque en la pregunta hubiera mucho de agudo y atinado, era más lo que encerraba de menosprecio para los Derechos del Hombre consagrados por la revolución francesa... y que, no obstante haber sido tan zaheridos, sólo han podido ser rescatados —si lo han sido— después de otra guerra mundial mucho más terrible que la primera, y en la que estuvo a punto de naufragar todo lo que hay de fundamental en la civilización de nuestros días. No soy yo un enamorado, claro es, de la seudodemocracia burguesa, hipócrita y contradictoria. No hacía falta que esa evidencia vinieran a descubrirnosla los catecúmenos marxistas de última hora. Pero el problema que la situación del mundo nos planteaba en el tiempo mediante entre las dos guerras no era, como se nos quiso hacer ver, el de optar entre democracia burguesa y revolución socialista, sino el de elegir entre democracia, sin complicaciones, y fascismo. ¿Valía la pena de que el socialismo y el obrerismo internacionales se emplearan a fondo en la defensa de las llamadas —con excesivo simplismo— libertades burguesas? La respuesta la dan los millones de muertos que reposan en tierra ignorada y los miles y miles de infelices que perdieron patria y hogar y anduvieron, y aún andan —o andamos— errantes en el mundo.

Acabada la guerra, parece indudable que las democracias han derrotado al fascismo. Lo que no parece tan indudable es que hayan triunfado la democracia ni la libertad. La paz que nos brindan los vencedores es una paz preñada de celos, rica en sofismas, amagada por presagios sombríos, Otra vez el fraude, como en 1919. Se le hacen funerales a la Sociedad de Naciones, ese pobre esperpento que debió ser enterrado en un miércoles de ceniza, y se le da nacimiento a la ONU, hijuela clandestina y raquíca de aquella, votada a muerte pronta y desgraciada si no se le inyecta sangre nueva. El observador atento de las reuniones de Nueva York descubrirá en ellas el mismo panorama espiritual que presidía las de Ginebra. Discusiones premiosas, discursos relamidos; gestos fieros, a veces para disfrazar de drama lo que no es más que comedia; arreglos a trasmano... ¿Y

las libertades prometidas? Antes de la guerra de 1914 —yo era muchacho y lo recuerdo —era posible viajar por Europa— y aún por el mundo entero— sin otro requisito que el de una sencillísima carta de identificación. Y también sin ella. El refugiado político, por ejemplo, sabía que, dondequiera que fuese, encontraría una puerta abierta, una mano cordial. En el peor de los casos, una hospitalidad compasiva y elegante. Lo contrario de lo que ocurre desde hace unos cuantos años, con guerra o sin ella. ¿Necesitaré apelar al testimonio de los españoles, acostumbrados —yo también— a recibir en pleno rostro latigazos despreciativos de gentes que ni en ejecutoria política, ni en abolengo histórico, ni en potencia viril, ni en generosidad, ni en rango moral, podrían estar nunca a nuestra altura? ¿Habré de contar la tragedia de los judíos? Gracias a la técnica, el mundo ha reducido hasta lo insospechado las distancias físicas. Ya no cabe hablar del Nuevo Mundo o del Mundo Viejo como cuando nuestras abuelas tomaban maravilladas el chocolate que les enviaban del Perú; ni de Continentes ; y menos de naciones... En cambio ;qué diluido e insondable se ha hecho el mundo sentimentalmente en los años recientes! Si queréis comprobarlo, intentad un viaje, bien sea tan rápido como el de París a Londres o el de México a Nueva York. El pulpo espantoso de la burocracia policíaca os saldrá al paso, os hará su víctima, os someterá a tormento implacable, mucho peor que aquel que se utilizaba en la Edad Media y que consistía en meter a los condenados en un saco donde previamente habían sido encerrados un gato y una serpiente y una vez atado el saco, arrojarlo al mar. Se os preguntará de dónde venís y a dónde vais; cuánto tiempo, y para qué, pensáis permanecer en cada sitio; qué ideas Políticas profesáis; de qué religión sois practicantes, y Dios os libre de confesaros ateos; os mirarán también el color de los ojos, la pigmentación de la piel, la ondulación del cabello si no tenéis la fortuna de ser calvos; suavemente se tratará de inquirir que no abrigáis la maligna intención de cometer un regicidio ni cosa que se le parezca. Si por casualidad vais ^a Rusia, la cosa es mucho peor. Los trámites serán más largos y el viaje como en los cuentos infantiles— tendrá muchas probabilidades de ser el viaje de irás y no volverás...

¿Pesimismo? No. Visión cruda de los hechos. El doctor Pangloss no es de mi familia. Tampoco lo son los desesperados. Tengo mucha fe en la acción del socialismo internacional, todavía desarticulado, como el instrumento más eficaz para garantizar la democracia o, cuando menos, ayudar a cada país a que garantice la suya. Es nuestro caso. Pero no empezaré a creer que la libertad ha triunfado en la guerra mientras no se pueda ir y venir libremente por el mundo sin que haya unos ojos que nos vayan siguiendo y taladrándonos la espalda. Y quería decir que la misión de asegurar la democracia le está reservada principalmente al socialismo. Pero al socialismo que cree en la democracia y la practica, naturalmente. Yo no sé de otro. Soy de los socialistas que, frente al dilema, preferiría siempre libertad sin pan antes que pan sin libertad.

SOCIALISMO CONTRA COMUNISMO

Yo no puedo explicarme razonablemente que todavía queden hoy —pocos, por fortuna— socialistas dispuestos a propugnar o admitir siquiera la colaboración o alianza con los comunistas. Desterrado el equívoco peligroso, que tantos daños nos ha causado ya, de ver en ellos a uno? afines en ideología, rama hermana vinculada al mismo tronco socialista, nutrida de la misma savia, y solamente alejada de nosotros por accesorias motivaciones de adaptación, cuando en realidad el comunismo ha venido a ser el antisocialismo en su expresión más brutal y acabada, nada hay que pueda ni deba ligarnos a los partidos comunistas, ni temporal, ni mucho menos permanentemente. La hermandad

con los comunistas es un estado de relación en el que a los socialistas les está reservada, fatalmente, la suerte de Abel. Y es inútil que se arguya con la adopción de medidas precautorias para evitar sus infidencias, recurso pueril que, para ser hacedero, requeriría el empleo de métodos parejos a los suyos, lo que equivaldría a contagiarse, resultando el remedio peor que la enfermedad. El socialismo, que acomoda su conducta a normas de moral, no tiene defensa posible contra las acechanzas del comunismo, que es amoral por definición, de igual manera que no la tiene el hombre honrado contra las mañas del rufián. Para precaverse de los riesgos que la proximidad del comunismo entraña no hay más que un medio: su repulsa total, intransigente, sorda a toda solicitud de amistad. Socialismo y comunismo son, sencillamente, antípodas.

Si insisto en el tema con reiteración que algunos tomarán por animosidad personal, sin serlo, es porque me parece el más vital y urgente de cuantos hoy nos piden atención. Como que de la actitud que, en relación con él, adopten los partidos socialistas del mundo dependen no solo su prestigio, sino su existencia y, consecuentemente, el presente y el porvenir de la democracia, llamada a vigencia precaria si le falta la vigorosa asistencia del socialismo y de las organizaciones obreras cuyo funcionamiento se ajusta igualmente a normas democráticas. El socialismo debe ser el guardián de la democracia mundial frente a un capitalismo que atenta contra ella cuando así conviene a sus intereses inmediatos, y un comunismo que no es más que una versión del fascismo con etiqueta marxista. Por eso es más apremiante desenmascararlo y evitar que entre socialistas y comunistas se advierta la menor concomitancia. Son, repito, valores antagónicos que recíprocamente se niegan por razón de su propia biología ética. Por lo que al comunismo corresponde, esa negación tiene expresión bien concreta y dramática una vez que sus cantos de sirena logran engañar a sus víctimas incautas. Dondequiera que el comunismo ha conseguido secuestrar el poder, con la ayuda inconsciente del socialismo y por el procedimiento clásico ya del golpe de mano, los partidos socialistas han sido absorbidos o suprimidos, que para el caso es lo mismo, y sus hombres más notorios sometidos a prisión o eliminados físicamente, que también viene a ser lo mismo en plazo más o menos corto.

Así han pagado sus culpables complacencias los socialistas de todos los países sometidos a la garra staliniana. El último ejemplo, y el menos disculpable, es el de Checoslovaquia.

El socialismo hace de la libertad el motor de todos sus afanes. El comunismo la proscribire. El socialismo proclama la dignidad moral del hombre, su derecho a la independencia económica, su igualdad política en una sociedad presidida por el respeto inviolable a la conciencia humana. El comunismo libera a los hombres haciéndolos esclavos. Automáticamente los gobiernos comunistas, o en que ellos han alcanzado predominio, dueños de los resortes policíacos, ahogan todos los fueros individuales: el de pensar en voz alta, el de escribir, el de reunirse, el de acogerse a leyes de defensa; todos aquellos por los cuales combate, desde sus albores, el socialismo. El comunismo, bandera de minorías audaces y sin escrúpulos, no puede vivir con libertad. El socialismo no puede desarrollarse sin ella. He ahí por qué estamos en la obligación de ser anticomunistas.

Si Rusia hubiera ido hacia el socialismo por el camino de la democracia, estimulada y protegida por el entusiasmo de los partidos socialistas, de las masas obreras y de los hombres liberales del mundo entero, formando una comunidad moral y una solidaridad material inexpugnables, la faz del mundo podría ser hoy totalmente distinta. El socialismo internacional hubiera cobrado un impulso ascendente que ningún poder coactivo sería capaz de atajar. Prefirió lo contrario. Llevó la disensión al seno de los partidos socialistas y de las organizaciones sindicales, partiéndolos en dos, escarneció y debilitó la democracia y alentó un falso mesianismo que esterilizó el esfuerzo constante con que

el socialismo ha ganado sus mejores batallas. Por la grieta de las disensiones provocadas y enconadas por sus grupos satélites, avanzó con paso firme y seguro el fascismo. Y hoy . . . Hoy, mientras el inmenso BLUFF del poderío ruso sirve de fondo a la rapiña de los bolcheviques, nuevos ricos del imperialismo, y su política de conquista, de una parte, y el torpe egoísmo capitalista, de otra, están creando un ambiente de guerra que, de perdurar, acabará por hacerla inevitable aunque ninguno de los presuntos contendientes la quiera, la democracia va muriendo a mano airada allí donde el comunismo staliniano pone la planta. Dentro de poco tiempo, si es que no está ocurriendo ya, contemplaremos la trágica experiencia de ver cómo en esos países de Europa incursos en la órbita staliniana —Bulgaria, Rumania, Yugoslavia, Hungría, Polonia, Checoslovaquia— los socialistas, lanzados a la clandestinidad para luchar por la democracia, son perseguidos con una saña que jamás usaron los gobiernos capitalistas y sólo comparable a la barbarie totalitaria. El comunismo staliniano es maestro en esa especie de cacería que suele culminar con el tiro en la nuca. Igual, exactamente igual que en la España de Franco.

LA CURVA DEL SIGLO

El año 1848 ha quedado señalado en la historia política de Europa como uno de los hitos que trazan el rumbo de los pueblos en el camino hacia la libertad. No es casual que fuera en ese año, precisamente, cuando se publicara el Manifiesto Comunista. Era, sin duda, un año en el que maduraba un proceso revolucionario de lenta gestación, mal contenido por la ola reaccionaria que se extendió sobre Europa al final de la epopeya napoleónica. Desde su comienzo fue tempestuoso. El Manifiesto Comunista vio la luz en febrero, pero llegaba precedido ya del levantamiento que el 12 de enero había tenido lugar en Palermo corriéndose después a toda Italia. El panorama europeo parecía justificar el optimismo que Marx y Engels dejaban traslucir en sus escritos y proclamas. El incendio de Italia cruzaba las fronteras y adquiría proporciones insospechadas. Debía culminar en Francia, para dar al traste con la monarquía vacilante de Luis Felipe. El 24 de febrero, París, apareció cubierto de barricadas. Dando vivas a la república, el pueblo ocupó el palacio real y obligó a escapar a Luis Felipe, hijo de aquel duque de Orleans que en la Convención votó la muerte de su primo Luis XVI sin que por ello se librara, a su turno, de entregar la cabeza al verdugo. El viejo conspirador Luis Blanc entraba en el gobierno y, por primera vez, era ministro un obrero, Albert, que en las sociedades secretas había ganado reputación y respeto. Sin embargo, las elecciones constituyentes, convocadas con inexplicable apresuramiento, llevaron al Parlamento una gran mayoría de diputados de la derecha. En el mes de junio los obreros de París se levantaron nuevamente en armas para protestar contra el cierre de los talleres nacionales organizados para facilitar trabajo a los desocupados. Cuatro días duró la lucha, en la que el general Cavaignac empleó todos los recursos de castigo que el poder militar ponía a su alcance. La represión fue implacable. Se sucedían las descargas de los fusilamientos. Se enviaban columnas interminables de prisioneros a las colonias penitenciarias. "El proletariado —escribió Marx— cae honrosamente en una gran batalla histórica; el terremoto de junio sacudió no solamente Francia, sino a toda Europa". Y Engels puntualizó todavía más: "En junio tuvo lugar en París la primera gran batalla por el dominio, entre el proletariado y la burguesía".

Los acontecimientos de febrero en Francia tuvieron eco inmediato en Alemania. Se celebraron asambleas populares en todas las grandes ciudades de los estados del sur. Después, el movimiento se extendió a Sajonia y Baviera. Los campesinos atacaban los castillos de los señores y quemaban los registros en donde se hacían constar los dere-

chos feudales. Se reclamaba la libertad de expresión, de asociación, el sufragio universal. En los disturbios que tuvieron por escenario la ciudad de Francfort, en septiembre, fue muerto a tiros y cuchilladas, por las turbas, el príncipe austríaco Félix Lichnowsky que había sido general del ejército carlista y gozó de la confianza de don Carlos, a quien sirvió en diversas comisiones en el extranjero, durante la primera guerra dinástica. Este príncipe, defensor entusiasta de la realeza, dejó escritas unas memorias muy curiosas en las que relata sus andanzas por España y cuenta minuciosamente las peripecias de aquella desdichada y estúpida guerra civil con que se iniciaba la serie de todas las que después, igualmente estúpidas, han ensangrentado el suelo español. Sucesos parecidos se desarrollaron en Austria y en Hungría. En Viena, la multitud, congregada ante el Palacio Municipal, vociferaba: "¡Abajo Metternich!", el minúsculo hombrecillo que se ufana de haber vencido, con las armas de la ruindad, al coloso ingente que fue Napoleón. El hombrecillo, que veinticinco años antes había sido el inspirador de aquella infame Santa Alianza que aplastó el liberalismo en España enviando tropas al hideputa Fernando VII, huyó de Viena. El emperador prometió acatar un sistema constitucional...

Pero fue aquel un año fecundo en el que los vientos revolucionarios limpiaron, saquearon y refrescaron el ambiente mefítico de Europa. Y la semilla, aunque pisoteada por la bota de la soldadesca reaccionaria, acabó dando fruto...

Yo quisiera encontrarle algún parecido a este año de gracia —o de desgracia— que vivimos, pero no puedo. No hay semejanza ninguna que permita emparejar este 1948 con su equivalente cronológico del ochocientos. Más bien se dirían antípodas, al menos en cuanto a contenido espiritual. Todas las viejas formas del absolutismo, llevadas a su expresión más bárbara, están en vigencia, no obstante que para librar al mundo de ellas, según se decía, más de cuarenta millones de seres perdieron la vida o fueron mutilados en la guerra más espantosa que vieron los siglos. Y aún humean las ruinas y están calientes los cuerpos de los muertos cuando ya se anuncia otra que será, si se produce, mucho más atroz todavía. La Justicia anda maniatada. La Verdad, avergonzada de sí misma, se cubre con la hoja de parra que acompañó al pecado original. La impudicia preside las acciones de los gobiernos. La sensibilidad está acorchada. El dolor de los desventurados rebota sobre la compasión dormida de los demás ... Pero lo peor de todo es que se ha perdido el sentido del honor, sobre el cual descansa la rectitud moral. La contemplación de la política internacional infunde en el ánimo del espectador la sensación de estar asistiendo a una disputa de gente baja y ruin en riña por turbios y mezquinos intereses. Hasta el lenguaje ha disminuido su calidad. Los diplomáticos se han quitado el guante blanco y se han remangado el brazo, dejando ver que no son sino jayanes de plazuela. Los ministros de Dios en la tierra bendicen a Franco, que no es sino un jifero goloso de la sangre de sus víctimas, y los jefes de estado le dan la mano sin que sientan la repulsión que se experimenta al contacto con la víbora. Para que el drama y la desesperanza sean mayores, el país que se llama socialista, Rusia, se ha convertido en el enemigo peor del socialismo, perpetúa los métodos brutales de gobierno, bajo los cuales se anula y envilece la personalidad humana, y es el que más contribuye, de manera sistemática y zafia, a impedir que los pueblos vivan en paz, entregados al trabajo y conservando la libertad.

Evidente es que la dialéctica socialista va ganando la conciencia universal, no importan los eclipses parciales que sufre o haya de sufrir. Sobre todo, es notorio que el instinto de la libertad acaba por romper, antes o después, todas las ataduras. Probablemente, a pesar de todo, estamos asistiendo hoy a uno de los partos más trascendentales de la Historia, sin que acertemos a medirlo en toda su magnitud, precisamente porque somos actores en el mismo y nos falta la perspectiva indispensable. Pero cuando la mirada se detiene en la realidad circundante, tan llena de gibas y lacras y miserias de todo

orden, no se puede eludir la repugnancia y el pensamiento se complace en recordar las jornadas de aquel 1848 en que aún hacían nido en el corazón de los hombres los impulsos románticos.

¡VIVA LA COMMUNE!

El 18 de marzo de 1871 suenan tiros hacia la parte de Montmartre, en París. Algo grave ha ocurrido allí. El ánimo de los parisienses está sobreexcitado como en las jornadas revolucionarias de 1792, cuando los ejércitos extranjeros coligados en favor de Luis XVI asediaban a Francia. También ahora está Francia con el alma herida. Se ha producido el desastre de Sedán y todas las ilusiones del Imperio se desvanecen en la figura fofa, pálida y grotesca de Luis Napoleón. Al Norte y al Este de París, las tropas prusianas hacen ostensible, con su presencia, su victoria. Como en 1940, la conciencia de los franceses está dividida. Unos quieren —siguiendo a ese hombrecillo siniestro apellidado Thiers, pequeño de cuerpo y de alma, pero a quien el destino hará jugar papel histórico— acordar la paz sin tardanza, aceptando las duras condiciones impuestas por el vencedor. Frente a él levantaba su voz iracunda Gambetta, abanderado de la resistencia.

El 26 de febrero fueron firmados los preliminares de la paz. Francia cedía la Alsacia y la Lorena, comprometiéndose a pagar cinco mil millones de indemnización... Hay motivo, pues, para que los parisienses, enemigos de la capitulación, se sientan excitados. La insolencia prusiana, de una parte, y de otra el espíritu profundamente reaccionario de Thiers —cuyo Gobierno, con la asamblea Nacional, se ha establecido en Versalles—, pondrán fuego a la mecha revolucionaria. Entre las condiciones exigidas por Bismark, para la paz, figuraba la de un desfile simbólico en París. Ciertamente que el desfile se limita a los Campos Elíseos, pero es suficiente para que el paso rítmico de las tropas prusianas resuene en el alma de los parisienses como el eco de una profanación. Thiers hará el resto.

El 18 de marzo, una orden llega de Versalles: el Gobierno manda recoger los cañones de la Guardia Nacional. Para cumplir el mandato se despliegan las tropas regulares hacia las cuatro direcciones de París. Pero esas tropas llevan también en su corazón el sordo resentimiento que la derrota y la política de Thiers producen. Las que van a Montmartre, lejos de cumplir su cometido, fraternizan con la Guardia Nacional y se animan a ella. Unas horas después París escuchará, estremecido, las descargas de fusilería con que se ejecuta a los generales Lecompte y Clement Thonias, y un grifo ronco brotará de innumerables pechos enfervorizados: ¡Viva la COMMUNE!

Ha empezado uno de los grandes sucesos de la Historia. De los más calamitosos también. Sólo en la leyenda negra tejida para deshonar a los republicanos españoles de 1936, tiene parigual la obra de difamación que se hizo contra los comunales de 1871. No se les ahorra ningún crimen: ni el robo, ni la violación, ni el asesinato, ni la profanación de iglesias, con el consiguiente desenterramiento de momias. Pero la calumnia no echa raíces en la Historia, y lo que hoy se sabe como cierto de las jornadas de la COMMUNE, dista mucho de ser condenatorio para los sublevados. Dejemos que nos lo diga Carlos Marx, el mejor intérprete de aquel episodio, al cual, por otra parte, se había opuesto.

En septiembre de 1870, Marx le escribía a Federico Engels:

"La Sección francesa de la Internacional se trasladó de Londres a París, para hacer tonterías en nombre de la Internacional. Quiere derrocar al Gobierno provisional e instaurar la Commune de París".

Unos días más tarde, Marx hacía esta otra declaración: "Toda tentativa para derro-

car al nuevo Gobierno, cuando el enemigo está ya en las puertas de París, constituiría una locura desesperada".

Marx no creía —y acertaba— en el triunfo de la Communa; pero por eso mismo estaba más autorizado para juzgarla. Y el testimonio de Marx no puede ser más expresivo:

"¡Admirable —dice— fue el cambio que la COMMUNE introdujo en París! ¡Ya no quedaba ni rastro del París prostituido del segundo Imperio! Ya no era el París que servía de punto de reunión a los lores ingleses, a los viajeros irlandeses, a los esclavistas americanos, a los potentados rusos y a los boyardos válacos. Ya no había cadáveres en la Morgue, ni escalamientos ni robos nocturnos. Era la primera vez que, desde febrero de 1848, había seguridad en la calles de París, y eso que no existía policía de ningún género..."

"Las prostitutas se habían ido al olor de sus protectores, de esos defensores de la familia, de la religión y de la propiedad. En su lugar aparecieron las verdaderas mujeres de París, heroicas, nobles y decididas, como las mujeres de la antigüedad; trabajando, pensando, defendiendo la capital, olvidándose, en medio del entusiasmo de su iniciación histórica en la fundación de una nueva sociedad, de los caníbales que tenía a sus puertas..."

"Las atrocidades de los burgueses en junio de 1848 —sigue Marx— palidecen ante la infamia incalificable de 1871. El heroísmo con que se sacrificó la población de París, hombres, mujeres y niños luchando desesperadamente ocho días después de la entrada de los versalleses, atestigua no tanto la grandeza de su causa, como los actos infernales de la soldadesca, y reflejan el espíritu de una civilización de quien esta soldadesca es la vengadora mercenaria."

Pero si las monstruosidades atribuidas a los comunales de 1871, se diluyen a través de afirmaciones tan autorizadas como las de Marx, no puede decirse lo mismo de la brutal represión llevada a cabo con los parisienses por el Gobierno de Thiers. A la COMMUNE se le pueden reprochar solamente dos hechos censurables: el fusilamiento de los generales Lecomte y Clement Thomas, y las violencias de la plaza de Vendôme, cuando fue derribada la columna. La represión de Thiers produjo más de dieciocho mil muertos, un número incalculable de ejecuciones sumarias y cerca de cincuenta mil detenciones. A costa de tanto dolor se afianzaría la Tercera República y, andando el tiempo, de los calumniados comunales de 1871, como de los escarnecidos republicanos españoles de 1936, puede decirse lo que se decía de los cristianos primitivos: no se les mata, se les siembra.

"ESPAÑA NUEVA", ÓRGANO DEL GOBIERNO REPUBLICANO
(1947-1948)

**España eternamente desgarrada.
Cuando Prim vino a México.
Monroísmo al revés.
Los españoles contra España.**

ESPAÑA ETERNAMENTE DESGARRADA

La obra ingente de don Marcelino Menéndez y Pelayo no tendría pero si no asomara en ella tan frecuentemente la pasión clerical del autor que más de una vez lo convierte de historiador en polemista o lo lleva a concesiones tales como aquella protesta de obediencia católica estampada al final de su **Historia de los Heterodoxos Españoles** y que tiene por única virtud la de hacer sospechoso el libro a los ojos del presunto lector. Sin embargo, forzoso es reconocer que, por encima de su parcialidad confesional, superando sus fervores frailunos, que en ningún instante trata de disimular, Menéndez y Pelayo conserva siempre en lo sustancial de su dialéctica una honrada objetividad. Si como creyente ortodoxo se siente llamado a pregonar su fe, como historiador no se cree autorizado a desfigurar la verdad. Ocasiones hay en que, dando de lado a toda prevención, se deja ganar sin resistencia por la simpatía que alguno de los herejes españoles a quienes combate le suscita. Por ejemplo, aquel don Luis de Usoz y Río, descendiente de navarros, hombre de gran talento y cultura, que gastó lo más de su cuantiosa fortuna en empresas editoriales humanitarias, afiliado a los cuáqueros de Inglaterra, hasta que murió en España, dedicado a su tarea de apostolado, "tal como había vivido", dice Menéndez y Pelayo, o sea en absoluta paz y tranquilidad de conciencia. Y muestras de esa misma simpatía pueden hallarse en la biografía que Menéndez y Pelayo escribió acerca de aquel singularísimo personaje, amigo de los convencionales franceses, que fue el abate Marchena.

Los turiferarios falangistas que ahora pretenden nada menos que reivindicar la torva figura de Fernando VII, sacándola impoluta del estercolero moral en que le arrojó la condenación histórica, tendrán que habérselas no ya con los textos de los comentaristas liberales, sino con Palabras de don Marcelino Menéndez y Pelayo, para quien Fernando VII era "de aviesa condición, vindicativo y malamente celoso de su autoridad, la cual por medios de bajísima ley aspiraba a conservar incólume, con el trivial maquiavelismo de oponer unos a otros a los menguados servidores que de intento elegía", y en cuyas manos se convirtió en "vilísimo tráfico la provisión de los públicos empleos". Como ahora. Tan semejante al período del terror fernandino, por su bárbaro fanatismo, la situación actual de España ¿no lo es también por la inmoralidad que prostituye la vida del antes generalmente tan honesta? De la herencia que nos legue el franquismo ésa será, probablemente, la hipoteca más agobiante. Esa y la de liquidar sin nuevos tributos de sangre las cuentas que el odio, monstruosamente alimentado durante tantos años, habrá dejado pendientes. En este nuevo retoño —¿el último?— del atavismo español, ni siquiera hubo una voz que desde fuera, al margen de la contienda, exigiera clemencia, como en 1824, después de la expedición de Angulema, le pedía Chateaubriand al conde de Falarn, embajador de Francia en España, que "no permitiremos que las proscipciones deshonren nuestras victorias, ni que las hogueras de la Inquisición sean altares levantados a nuestros triunfos". Verdad es que la admonición sirvió de poco. Dígalo, si no, el suplicio del maestro Cayetano Ripoll, espíritu puro que Galdós quiso, evidentemente, simbolizar en aquel Patricio Sarmiento que ennoblecía la galería de personajes de los **Episodios Nacionales**. Ripoll, que había sido hecho prisionero por los franceses durante la guerra de Independencia, volvió de Francia impregnado de un misticismo humanitario que no tomaba de la doctrina cristiana sino la existencia de Dios y los principios del Decálogo, que constituían la base de su enseñanza en la escuela de la Huerta de Ruzafa. En la cárcel, cuando estaba sometido a proceso, repartía su comida y vestidos entre los presos más necesitados. Todas las presiones para hacerle abjurar de sus ideas fueron inútiles, a sabiendas del riesgo que corría. Con absoluta serenidad subió

a la horca el 31 de julio de 1826 como "hereje dogmatizante y pervertidor de la tierna niñez". Don Salustiano Olózaga, que escribió una apología suya, cuenta que murió pronunciando sencillas palabras de paz. Las mismas que han dejado como testamento muchos de los innumerables sacrificados en la matanza comenzada en 1936 y a la que todavía no se le ha puesto fin.

Refiriéndose a la ejecución de Ripoll y a los esfuerzos que se hicieron para vencer "el indomable aunque mal aprovechado tesón de su alma", don Marcelino Menéndez y Pelayo apostilla: "último suplicio en España por causa de religión". El honrado fervor católico del historiador de los heterodoxos españoles no podía presentir que, muchos años después de muerto él, la cruz y la espada se aliarían para proclamar una guerra de exterminio en la que media España vendría a quedar subyugada por la otra media y en la que el predominio de la iglesia católica se impondría, como en los años más sombríos del medioevo, por la razón del fuego y del tormento. Trágico destino el de los españoles. Todos los pueblos han tenido sus guerras civiles por motivos políticos o dinásticos. Pocos han escapado a las guerras de religión. Pero todos han tomado de ellas enseñanza para reforzar su nacionalidad y afianzar su personalidad histórica. Sólo España, que las ha padecido más que nadie, ha seguido y sigue viviendo en guerra civil, activa o latente, pero constante. El ánimo acongojado de cuantos alguna vez nos hemos detenido **a sentir y pensar** a España, como quería don Manuel Azaña, como predicaba don Miguel de Unamuno, como exigía iracundamente Costa, como proponía Ganivet, se pregunta: ¿por qué? Y no hay respuesta para esa interrogación de insondable patetismo. Si la dirigimos a un falangista nos hablará de tiros en la nuca, que es su dialéctica. Siempre el mismo duelo bárbaro, que excluye toda convivencia perdurable, en el cual no se ofrece más alternativa que la de ser vencedor o vencido. Y España eternamente desgarrada.. . ¿Por qué?

CUANDO PRIM VINO A MÉXICO

En un libro de muy reciente publicación José Loredo Aparicio, buen escritor, republicano fervoroso, que sirvió a la República con callada y honesta devoción en cargos de representación diplomática cuando, en el fragor de la guerra civil, más necesitada se hallaba de ayudas leales ha recogido, entre otros de muy acusado interés, un ensayo histórico que refleja y ensalza, con aportación de pruebas documentales valiosísimas, y algunas muy poco divulgadas o casi desconocidas, la gallarda actitud del general Prim en aquella desdichada empresa o intento de invasión que, tomando como pretexto la ley votada por el Congreso mexicano en junio de 1861, que suspendía por dos años el pago de todas las convenciones, no fue sino el anticipo de la vil intervención armada llevada a cabo después para crearle un imperio al infeliz Maximiliano. En aquella ocasión España e Inglaterra fueron víctimas de Francia o, más exactamente, de las intrigas de Napoleón III, cegado por las glorias de Napoleón el Grande e ignorante de que no basta tener alas, como las tiene el estornino, para ser águila. La guerra de sucesión promovida en los EE. UU. por los confederados del sur le ofrecía a Luis Napoleón ocasión propicia para poner en ejecución su plan de crear en México un imperio católico-conservador sobre el cual hubiera tenido él una influencia decisiva. La aventura terminó en el Cerro de las Campanas la mañana del 19 de junio de 1867 con unas descargas de fusiles cuyos ecos conmovieron al mundo. Anunciaban el derrumbamiento del Segundo Imperio francés, pero representaban también la réplica inflexible del sentimiento de independencia americano contra la intromisión europea y la protesta del republicanismo contra la idea monárquica. Juárez se convertía en símbolo. Se presentía Sedán...

Loredo Aparicio destaca el gesto del general Prim que salvó, como más tarde proclamó el Congreso mexicano, el honor de España. Mientras el patriotismo de los trogloditas se exasperaba y pedía la cabeza del general, Prim, seguro de sí mismo, comunicaba al ministro de Estado que no podía resignarse "a que la influencia de nuestra noble y generosa nación y la sangre de nuestros soldados se empleasen en precipitar la ruina total de este desgraciado país, sosteniendo una reclamación tan escandalosa". Y ajustando su conducta a sus palabras y sin importarle nada de los vociferantes, Prim ordena la retirada de las tropas expedicionarias que están bajo su mando, satisfaciendo así — declara— "mi deber de buen español, de hidalgo castellano y de hombre ideal". Desde el primer instante había visto claramente lo que se escondía en el fondo de la reclamación que las tres potencias, cuyas escuadras se alineaban frente a Veracruz, le formulaban al Gobierno Mexicano. Asumiendo un papel de honrosa indisciplina, encamaba en aquellos momentos la conciencia liberal del mundo.

Los patriotas españoles que no se habían conmovido con los sufrimientos que al pueblo mexicano le acarreó la guerra civil sostenida por los ejércitos franceses de ocupación se conmovieron, en cambio, con el fusilamiento de Maximiliano, que no pudieron evitar ni siquiera las lágrimas teñidas de colorete que la princesa Salm-Salm derramó arrodillada a los pies de Juárez. Los que habían aplaudido la matanza de los Sargentos de San Gil sentían desgarrado el corazón por la muerte de Maximiliano. Sobre Juárez se volcó una turbonada de injurias y maldiciones. Y hubo entonces otro militar español, compañero de Prim en la expedición a México, el general Miláns del Bosch que, hallándose desterrado en Portugal, salió en defensa de Juárez con una carta pública que, por ser un documento muy curioso y casi absolutamente desconocido, vale la pena de copiar aquí, como lo hago:

"Señor director de la Gaceta de Portugal: Muy señor mío y de mi mayor respeto. En el periódico que está encomendado a la dirección de usted he leído una carta que don Manuel de Castillo, ex ministro de Maximiliano, dirige a don Benito Juárez, presidente de la República Mexicana; y como su objeto no es otro que continuar con el funesto sistema de abusar de la credulidad de las buenas gentes de Europa, a fin de que, falseada la opinión pública, haya por parte de los gobiernos enemigos de las instituciones republicanas que allí rigen, un apoyo para poder intervenir so pretexto de orden, humanidad, civilización, etc., etc., yo, que conozco a fondo estos manejos de política claustral; que conozco a México por haber tenido parte muy visible en la última intervención europea en aquel país; que conozco el personal de sus hombres, incluso al señor Castillo, en mi calidad de liberal y de amigo de los héroes mexicanos, a cuya cabeza se halla el virtuoso Benito Juárez, ese nuevo Cincinato de Occidente a quien la envidia no se atreve a morder, como decía Byron de Washington, con cuyas distinciones me honro, voy a decir cuatro palabras no más para tranquilizar a las gentes imparciales.

"Es muy probable que alguien, más autorizado que yo, conteste al coro de lamentaciones que ha producido la muerte del archiduque de Austria; pero en tanto no creo fuera de propósito extrañar que esas voces que se levantan ahora en nombre de la humanidad porque ha corrido la sangre de un príncipe, hayan permanecido mudas cuando, por disposición de ese mismo príncipe, dígalo el señor de Castillo, se fusilaban y ahorcaban hombres de todas edades, y se incendiaban haciendas y pueblos, y se violaban mujeres y mataban niños, ancianos y mujeres embarazadas, sin contar los miles y miles de hombres de ambas partes que morían en los campos de batalla, con el solo propósito de que se llamara emperador un extranjero sin más título que un despacho francés, ni más apoyo que 40.000 bayonetas francesas, el clero fanático y los traidores de profesión, por quienes y rodeado de quienes ha muerto, víctima de su credulidad, de su ambición y de sus errores.

"El que como yo, señor director, ha sido el primero en pronosticar de una manera oficial el inevitable resultado de las pretensiones francesas en Méjico, y al saber la prisión del archiduque escribió al gobierno del presidente de la República pidiendo gracia para aquél, si era posible que pudiera hacerse gracia, tiene el derecho a levantar su voz, siquiera sea para reivindicar a un pueblo tan calumniado como heroico, como lo es el pueblo mejicano, con cuya historia va envuelta, bien que indirectamente, la mía en estos últimos años, y me lamento de ver a un hombre nacido en Méjico buscar argumentos en las regiones del sentimiento, descartando las de la razón de la conveniencia, del derecho y de la imprescindible necesidad en que Méjico liberal ha estado de obrar como lo ha hecho, para calumniar la victoria que después de una lucha titánica ha coronado los esfuerzos y cruentos sacrificios de aquellos héroes.

"No, señor director: la muerte del desgraciado Maximiliano no es un crimen horrible, como le place decir al señor Castillo, ex ministro del de Austria; es, y nada más, la consecuencia fatal e inevitable de su tentativa. Mientras Maximiliano se creía vencedor, fusilaba sin piedad a todo el que se le oponía. Vencido, ha sufrido las consecuencias de la sangrienta política que él en mala hora inauguró. No, señor director: este acto no mancha la historia de la noble lucha mejicana, que ha dado por resultado el triunfo en los campos de batalla sobre la potente águila napoleónica.

"Lo que sí mancha a Méjico, señor director, lo que deshonra a las naciones que luchan por su independencia, son los emigrados de Coblenz, los afrancesados de España, los austro-francos de Méjico, esos hombres funestos, mengua de las tierras en que nacieron, que van a mendigar del extranjero bayonetas y tiranos para oprimir sus madres patrias, nobles matronas que, justamente irritadas, lanzan al rostro de sus enemigos en su majestuosa indignación y en un día de patriótica calentura, la cabeza de Luis XVI la una, responde con Zaragoza y Bailen la otra, aquella incendia su capital, esta levanta sus inmortales líneas de Torres Vedras, y Méjico envía sin ira ni rencor, y de una manera digna y severa, el cadáver palpitante del supuesto emperador que la Europa monárquica ha querido imponerle; necesidad tremenda, pero al fin necesidad que dará por resultado definitivo acabar de una vez por todas con ese criminal afán de Europa en inmiscuirse en los negocios interiores del nuevo mundo, que obligado a defenderse contra ataques que hasta hoy han sido sistemáticos, tuvo que apelar ayer a la doctrina de Monroe y tiene que apelar hoy a ejecutar a Maximiliano. Una barrera y una tumba contra la feroz política de las monarquías caducas, corrompidas y opresoras del viejo mundo.—Agosto 12 de 1867.—**Lorenzo Miláns del Bosch.**

A veces, un regreso espiritual al "estúpido siglo XIX" compensa mucho los avances del XX, tan brutal y desprovisto de generosidad. ¿Volverá algún día a prender en nuestro eslabón la chispa del romanticismo?

MONROISMO AL REVÉS

Patriota insigne y hombre de virtudes sobresalientes fue Antonio Maceo, uno de los forjadores de la independencia cubana, bien querido de José Martí que supo apreciar, mejor que nadie, el tesoro de humanidad que escondía bajo su ruda corteza el caudillo muerto en Punta Brava. Antes de que él rindiera su vida en la pelea, luchando por la libertad de Cuba, habían hecho el sacrificio de la suya, uno tras otro, su padre y ocho hermanos. ¿Se comprende que el recuerdo del héroe perdure en la memoria de los cubanos y que su nombre, además de figurar en las plazas públicas, aparezca inscrito con grandes letras en la proa de uno de los mejores barcos de guerra que tiene Cuba? Cual-

quier liberal español saludaría con respeto ese nombre, símbolo de la causa noble. Pero los liberales españoles de hoy yacen, como Maceo, bajo tierra, inmolados por los mismos que lo aniquilaron a él, padecen prisión o andan diseminados en el destierro. ¿Cómo ha de sorprendernos que en la España de Franco y la Falange, cuyo principal impulso, cuando todavía, ¡ay!, soplaban vientos de fortuna en el cuadrante nazi-fascista, era el de la "voluntad de Imperio" se tome como una provocación y una afrenta el hecho de que para asistir a las fiestas del VII Centenario de la Armada de Castilla —¡oh manes de Fernando el Santo y de Alfonso el Sabio!— el Gobierno de Cuba enviara a la fragata **Antonio Maceo**? Tenía que ser así porque en el subconsciente de la mentalidad franco-falangista las Repúblicas americanas no han dejado de ser colonias, y en ese subconsciente hunde sus raíces el concepto de Hispanidad con que el falangismo ha pretendido llevar a cabo la reconquista espiritual de América. La respuesta a ese Hispanismo la dan los sucesos, entre jocosos y tristes, de Bilbao y la actitud de la fragata cubana poniendo otra vez rumbo a La Habana y renunciando a celebrar las glorias de Castilla. Como si estuviéramos cincuenta años atrás.. .

Cincuenta años atrás, en el otoño de 1898, se negociaba en París el tratado que ponía fin infamante a la guerra con los EE. UU. España perdía definitivamente Cuba, Puerto Rico, las Filipinas y la isla de Cuajan, en el grupo de las que llevaban por nombre simbólico el de Ladrones, sugeridor de amargas ironías. A cambio de todo eso, España recibía una propina de veinte millones de dólares. Y Joaquín Costa, con su gran voz profética haciendo eco en el desierto, señalaba el camino para levantar a España del polvo: "Levantarse cada uno a así propio, tanto como ayudar a los demás a que se levanten. Porque, ciertamente, grande ha sido, muy grande, la caída de España en Santiago de Cuba y en Cavite; pero cada español había caído ya antes mucho más hondo dentro de sí propio".

Tres meses había durado la guerra. Casi, casi el tiempo previsto por los patriotas conservadores de Madrid para vencer a los **choriceros** yanquis. Ahora los patriotas no salían de su pasmo. ¿Cómo era posible? Y recordaban aquella noche del 15 de febrero, cuando La Habana se adormecía voluptuosamente bajo la dulzura tropical. Repentinamente, una gran llamarada se elevó hasta el cielo y una horrorosa detonación sacudió las aguas del mar y removió hasta lo más profundo los cimientos de la ciudad. Acababa de hacer explosión el **Maine**, acorazado enviado por el presidente Me Kinley para proteger —es la fórmula oficial de todas las intervenciones armadas— los intereses de los norteamericanos residentes en Cuba. Doscientos sesenta y seis marinos perecieron en el accidente, cuyas causas, ignoradas hasta hoy, acaso no sepamos nunca. Lo que sí puede afirmarse, como dato histórico irrefutable, es que la tragedia no les era imputable a los españoles. Sin embargo, era el motivo que faltaba para la declaración de guerra. La indignación del pueblo norteamericano, hábilmente excitada, no alcanzaba límites. Las reclamaciones diplomáticas no pasaban de ser un trámite intrascendente para cubrir las apariencias. El 11 de abril Me Kinley se dirige al Congreso: "En nombre de la humanidad, de la civilización, y en favor de los intereses americanos amenazados, es menester que la guerra cese en Cuba". El 19, el Congreso acuerda que Cuba debe ser independiente. El 25 llega a Madrid la declaración oficial de guerra...

Tres años antes el general Martínez Campos, designado por Cánovas capitán general de la isla de Cuba, a la sazón en plena efervescencia insurreccional, se había dirigido al presidente del Gobierno español expresándole sus temores y sus escrúpulos de hombre liberal. El restaurador de Sagunto sentía que el abismo se abría bajo sus pies. "Creo que no tengo condiciones —le escribía a Cánovas en julio de 1895— para el caso. Sólo Weyler las tiene en España, porque además reúne las de inteligencia, valor y conocimiento de la guerra; reflexione usted, mi querido amigo, y si hablando con él, su sistema

lo prefiera usted, no vacile en que me reemplace; estamos jugando la suerte de España, pero yo tengo creencias que son superiores a todo y que me impiden los fusilamientos y otros actos análogos. La insurrección es hoy día más grave, más potente, que a principios del 76: los cabecillas saben más y el sistema es diferente al de aquella época..." José Martí ha muerto ya, el 19 de mayo, en la batalla de Dos Ríos, pero la obra libertadora, de la que Martí ha sido el artífice y el verbo, no se paraliza. Los dos caudillos militares, Máximo Gómez y Antonio Maceo, pelean sin tregua. "¡Hasta el fin!", ha sido la consigna que les ha legado José Martí. La manigua se puebla de bárbaras resonancias. Veintidós mil soldados españoles están embarcando para la isla, donde seguirán contribuyendo, sin honra ni provecho, a la sangría interminable. . .

Y Cánovas, obcecado, o tal vez dejándose llevar por la corriente histórica que pedía la guerra "hasta el último hombre y la última peseta", opta por Weyler. Los métodos de rigor que Martínez Campos no quería emplear los aplica Weyler con una crueldad inexorable. La consecuencia es ésta: fortalecer la resistencia y recrudecer el odio de los cubanos hacia la metrópoli. Más tarde una segunda consecuencia, todavía peor, vendría a jugar la baza decisiva. Cánovas había pronunciado en cierta ocasión estas palabras: "No hay que pensar en la guerra con el coloso americano". No sabía hasta qué punto esas palabras eran proféticas. El revólver de Angiolillo, segando su vida en Santa Águeda, le libró de asistir al derrumbamiento. Pero la guerra vino...

En realidad ¿hubo guerra? En la batalla de Manila, la flota americana, a la que no alcanzaban los tiros de los navíos españoles, podía permitirse el lujo de lanzar sus andanadas como si estuviera en unas operaciones de simulacro. Cinco veces desfiló, haciendo fuego, frente a nuestros barcos, mientras rugían, en una réplica impotente, los cañones de Cavite. A la una de la tarde el combate, empezado al amanecer, había terminado. La escuadra española —diez navíos— estaba totalmente destruida y más de doscientos marinos habían sido muertos o heridos. Los americanos no habían tenido ni un solo muerto y ninguno de sus barcos había sido averiado. La batalla de Santiago, en Cuba, fue, sencillamente, una repetición de la de Manila, pero con resultados aún más dolorosos. Al cabo de unas cuantas horas de lucha la escuadra española había desaparecido. Los barcos que no fueron tragados por el mar habían sido capturados. A seiscientos ascendía el número de los españoles muertos y a mil cuatrocientos el de los prisioneros, entre ellos el almirante Cervera. El parte de bajas de los americanos era mucho más breve: ningún barco perdido, un marinero muerto y otro herido. Dos semanas después se rendía el general Toral y Cuba era libre. ¿Libre? De creer a los historiadores norteamericanos —William Elson, por ejemplo— ninguna guerra hubo más desinteresada, más desprovista de egoísmo. Los EE. UU. habían movilizado en ella 275.000 soldados y gastado 275.000,000 de dólares sólo por defender la libertad de las colonias españolas y hacer honor a la doctrina de Monroe, que garantiza la independencia del continente americano. Pero Cuba tuvo que soportar durante muchos años la humillación de la Enmienda Platt, las Filipinas no han conseguido su independencia hasta que acabó la segunda guerra mundial, y aún llora su condición de pueblo irredento Puerto Rico.

Quien tanto empeño puso en defender la libertad y la democracia en las antiguas colonias españolas, mal puede autorizar el secuestro de la libertad y la democracia en la metrópoli. Y quien tan celoso se muestra en asegurar el derecho propio, mal puede consentir en que se viole el derecho ajeno. Escribimos estas palabras pensando en la actitud del Departamento de Estado norteamericano respecto a Franco y en la peregrina manera de interpretar la democracia que tienen hombres como el senador Gurney y el ex presidente del Partido Demócrata James Farley, ambos convertidos en abogados del régimen franquista que ni una sola hora toldarían ellos en su país, pero que les parece bueno para que lo toleren los españoles, acaso porque hemos venido a ser, en su estima-

ción, ciudadanos de tercera categoría. Ahora que Monroe está interviniendo en Europa —¡y con qué afán!— no sería ocioso recordarles a los monroístas que la declaración de Monroe se formuló, fundamentalmente, como una réplica a la Santa Alianza europea, reaccionaria, conservadora y ultramontana, que envió a España, para ahogar el movimiento liberal, a los cien mil hijos de San Luis. Los monroístas actuales, en cambio, ayudan a que Franco, el Fernando VII de hoy, se mantenga en el poder cercenando cabezas de liberales... Son mucho más lógicos y hacen mucho más honor al espíritu americano los marinos cubanos regresando a Cuba con su fragata, y desdeñando a Franco, que esa serie de claros varones que van a ofrecerle sus simpatías al dictadorzuelo sangriento y, de paso, a dar prueba fehaciente de su carencia de mollera y su tosquedad de conciencia política.

LOS ESPAÑOLES CONTRA ESPAÑA

Es verdad que no hay peor enemigo de lo español que el español mismo. En general el español carece de sentido crítico, si por tal entendemos el juicio equilibrado y objetivo. Acaso ello se deba, aunque parezca paradoja —pero todo lo español resulta paradójico— a un exceso de rigor crítico, precisamente, que nos lleva a desear la perfección total con desprecio de lo relativo y accesible a los afanes de la realidad cotidiana. De esa ausencia de sentido crítico, de gimnasia dialéctica, nace la intolerancia española, fuente de todas nuestras desdichas y herencia que le debemos fundamentalmente al feroz catolicismo español, posesionado aún del alma de España por muy anarquistas y ateos que la mitad de los españoles nos creamos. Aferrados a verdades que reputamos absolutas nadie es capaz de admitir que puede haber algo de verdad en la del vecino. Y así, puesto que previamente hemos eliminado el término medio en que se asienta el respeto a las opiniones contrarias, lo que los españoles hacemos para dirimir nuestras contiendas políticas no es discutir, sino pelear. La serie inacabada de nuestras guerras civiles lo proclama.

De los dos bandos en que España, por lo menos desde hace siglo y medio, vive permanentemente dividida, el que representa la intransigencia en su acepción primitiva, troglodítica es, sin lugar a dudas, el que en la nomenclatura política corriente llamamos reaccionario, el que en 1814 gritaba *¡vivan las caenas!* siguiendo el coche de Fernando VII, el que alentó y sostuvo las dos guerras carlistas y se sumó en 1936 a la traición de los militares. Pero ¿en qué medida el otro bando, que por conveniencia del razonamiento hemos de llamar bando liberal, responde a su apellido? Es decir ¿hasta qué punto han sido y son liberales los liberales? La respuesta se nos ofrece descarnadamente sólo con que volvamos los ojos al pasado inmediato. La aspereza en el trato social entre gentes separadas por barreras que una mutua buena intención hubiera hecho perfectamente franqueables, hasta donde ello es posible en la convivencia ciudadana, ha presidido nuestra vida pública. No ya entre los antípodas en ideas, religión o intereses, sino entre los afines en mayor o menor grado era normal el estado de agresión constante, verbal unas veces, física otras, a poco que la irritación se exacerbaba. Si enconada era la oposición del católico al protestante no lo era menos la del comunista al socialista y la del republicano de una fracción contra el de la próxima. En mi memoria están, dolorosamente presentes, aquellas rivalidades obreras, nada ejemplares, ciertamente, a cuyo amparo los afiliados de un sindicato cazaban a tiros a los de otro, no obstante pertenecer ambos a organizaciones igualmente revolucionarias, aunque discrepantes en puntos secundarios de táctica. Si el drama español, como creo, ha tenido la gran virtud de afinar nuestra sensibilidad y aleccionar nuestra conciencia política —la de todos— pocos se-

rán los que no adviertan hoy que el problema fundamental, del cual todos los demás son consecuencia, es el de corregir y ablandar nuestro carácter educándolo en la difícil disciplina del diálogo.

Si buscamos testimonio en la mayor parte de los autores extranjeros que procuraron profundizar con espíritu cordial en la idiosincrasia española, prescindiendo de aquellos otros —también numerosos— que no llegaron a conocerla ni superficialmente siquiera, lo que no les impidió escribir las mayores ineptias, nos encontraremos con una serie de definiciones coincidentes todas ellas en sus aspectos esenciales. Según esos autores, las cualidades predominantes en la sicología del español son el amor ilimitado a la libertad y a la independencia, su vigoroso individualismo y su idealismo exaltado, a cuyo impulso España se empobreció en la realización de empresas sobrehumanas, de alcance ecuménico, de las que solamente ella no habría de sacar provechos materiales. Mientras España estuvo entusiasmada en esas empresas de sello universal, que ninguna otra nación era capaz de acometer, es decir, viviendo hacia afuera, y para los demás, la unidad espiritual de la nación pudo ser un hecho, cuando menos, en apariencia. La realidad, sin embargo, era otra, y el toque de advertencia se dio a Villalar. Tan pronto como España, vueltos los ojos al ambiente doméstico y cansada de tanta aventura tuvo que pensar en vivir hacia adentro y en organizar su existencia interior, se le presentó sombríamente el cuadro de su desintegración nacional, la falta de vínculos morales y políticos bastantes a garantizar la estabilidad histórica. El siglo XIX constituye, de punta a cabo, una trágica demostración. "Gran siglo —rugía Costa— para España el siglo XIX. En sus comienzos la vendieron sus reyes a Napoleón. En sus postrimerías la han vendido sus gobernantes a Me Kinley". Lo jalonan dos guerras de invasión y dos guerras civiles, sin contar las sublevaciones militares y los levantamientos cantonales. El péndulo del destino oscila bruscamente, borrando hoy la obra de ayer, como si se tratara de la tela de Penélope, sólo que sin Ulises a quien esperar. Tenemos Constitución napoleónica, la de Bayona, en 1808;

Constitución liberal aprobada por las Cortes de Cádiz en 1812, repudiada por Fernando VII al regresar del destierro en 1814 y nuevamente puesta en vigor en 1820, después de la sublevación de Riego, para ser aniquilada en 1823 por la expedición de los Cien mil hijos de San Luis; período de terror fernandino, antecedente benigno del actual; Carta otorgada por la reina regente en 1834; Constitución en 1837, reformada en 1845; nueva Constitución en 1856, en cuyo año se restablece la de 1845; derrocamiento de Isabel II en 1868 y Constitución liberal en 1869; proclamación de la República en 1873, que no llega a tener Constitución porque lo impide la traición de Pavía; restauración de los Borbones en 1874; Constitución de 1876, nunca respetada hasta que le dio un puntapié Primo de Rivera; proclamación de la II República y Constitución de 1931; traición de 1936, en que la barbarie falangista, traducida al alemán y al italiano, escribió —todavía escribe— la página más negra de nuestra leyenda, bien secundada desde el otro lado por una caterva de irresponsables que decían defender a la República cuando lo que hacían era deshonorarla. Porque eran, sencillamente, falangistas del reverso, pero falangistas...

Hasta qué punto la terrible lección que se deduce de la espantosa matanza que fue la guerra civil abierta en 1936 por unos militares diestros en ganar batallas de retaguardia ha sido asimilada? El mensaje de los muertos que invocaba don Manuel Azaña con palabras patéticas ¿ha sido escuchado? Si el dolor no se traduce en arrepentimiento para enmienda de quienes hacen de la violencia su ley, y el esfuerzo común no se aplica a sensibilizar el alma bronca de la España presente —y yacente— podremos ensayar cuantos sistemas políticos queramos, pero todos nuestros intentos no habrán pasado de ser surcos trazados sobre el mar.

SEMANARIO "REVISTA DE REVISTAS"

(1949)

**Mazarino y Ana de Austria.
Garcilaso de la Vega e Isabel de Freyre.
Juana la Loca y Felipe el Hermoso.
Enrique VIII y Ana Bolena.
Rodrigo y Jimena.
Inés de Castro y don Pedro de Portugal.
V́ctor Hugo y Julieta Drouet.
Ante el Centenario de Balzac.
Luto intelectual en Francia: André Gide.
Evocaci3n de Valle Inclán.**

MAZARINO Y ANA DE AUSTRIA

En los primeros días del año 1630, un joven caballero de noble talante, mirada viva y resuelto ademán, acompañado de breve séquito, recorría aceleradamente los caminos helados del sureste de Francia, en dirección al norte, sin otras detenciones que las indispensables para el fugaz descanso y el relevo de postas. Venía de la corte de Turín, enviado por el duque de Saboya, Carlos Manuel I, e iba en busca del cardenal Richelieu, que había levantado un gran ejército y marchaba sobre Italia, con propósito de herir la fortaleza de España, atacando a sus aliados los príncipes italianos. El 25 de enero, nuestro viajero llegaba a Chambery, y el 28 se hallaba ya en Lyon. Inmediatamente solicitó audiencia del cardenal, venciendo con su poder de persuasión todas las trabas que se le opusieron para conseguirla. Era la primera vez que los dos hombres se veían. Richelieu había alcanzado el ápice de su gloria y de su poder. Ante él, el joven emisario —lo confesaría más tarde— sentía la impresión encogedora que inspiran el genio, el carácter y la fama. Sin embargo, tampoco a él le faltaba seguridad en sí mismo. Tres horas duró la entrevista durante la cual el enviado de Carlos Manuel habló con animada elocuencia para obtener del cardenal una suspensión de armas. Richelieu se limitaba a escuchar. A cada observación suya, el plenipotenciario del duque de Saboya replicaba con nuevos y ardientes argumentos. Por fin el cardenal puso punto al diálogo:

—Así hablarais durante veinte años, no cedería.. . Se levantó y, tendiendo la mano con aire muy gentil al caballero, lo invitó a comer. Así empezaba su carrera deslumbrante quien habría de ser, andando el tiempo, valido todopoderoso, jerarca de la Iglesia y una de las figuras sobresalientes de la historia. Tenía entonces veintisiete años, había estudiado leyes y humanidades, aprendió el español en Madrid, donde estuvo de mozo acompañando a uno de los Colonnas, protectores de ^ familia, y de donde hubo de salir, devuelto a Roma, para librarse de las complicaciones de una aventura amorosa; fue capitán en los ejércitos Pontificios, y funcionario diplomático en la corte papal después. El cardenal Bentivoglio, encargado de defender en Roma los intereses de Francia, lo recomendaba con entusiasmo al cardenal-ministro Barberini. Y el embajador de Venecia hacía de él este retrato: "Es agradable y seguro de sí mismo; es cortés, recto, impasible, infatigable en el trabajo; despierto, previsor, reservado, disimulado, elocuente; persuasivo y fecundo en recursos. En una palabra, posee todas las cualidades de los negociadores hábiles. Como es todavía muy joven y de constitución robusta, gozará por mucho tiempo, si no me equivoco, de los honores que se le preparan. Sólo le falta fortuna para llegar muy lejos".

Había nacido en la abadía de Pescina de los Abruzzos, el 14 de julio de 1602, de familia acomodada, aunque no ilustre, y se llamaba Julio Mazarino.

Mientras las tropas españolas amenazan la frontera de Francia, el ejército francés se apunta victorias en Italia. Triunfa en Veillane y en Saluzzo. El duque de Saboya, que ve sus tierras invadidas y dominadas, sufre a un mismo tiempo la derrota y la muerte. Las negociaciones de paz no se habían interrumpido, pero la lucha continuaba. El 26 de octubre, en Cásale, los dos ejércitos se disponían a la batalla. Ya sonaban los cañones y las avanzadas estaban a punto de trabar combate, cuando un caballero, avanzando al galope y blandiendo un crucifijo, se interpuso entre los combatientes, con riesgo de su vida, al tiempo que gritaba: "¡La paz, la paz!" Era Mazarino, portador del tratado que aquella misma mañana había hecho firmar al Papa y a Víctor Amadeo, el nuevo duque de Saboya, y que constituía un éxito claro para Richelieu. Mazarino, que en las estipulaciones aparece como representante de Urbano VIII, es ya, de hecho, un servidor de Francia. Sin embargo, el Papa premia sus oficios con dos canonjías, la de San Juan de Letrán y la de Santa María la Mayor, dignidades que no exigían entonces la pertenencia a la Iglesia. Después fue nombrado nuncio papal en Francia. Era en 1634. Con una escolta de jinetes

y seguido de cien coches de la corte, el emisario del Papa entró en París por la puerta de San Antonio. En seguida fue conducido al castillo de San Germán, donde lo recibieron con todos los honores el rey Luis XIII y Ana de Austria.

¿Qué impresión produjo en la reina el brillante plenipotenciario de Roma? No hay datos que permitan conjetura ninguna, pero los hechos posteriores autorizan a pensar que en ese instante se estableció entre los dos una muda correspondencia amorosa, que más tarde llegaría a ser íntima y absoluta. Ella tenía entonces treinta y tres años. Era hermosa y apasionada. El —según lo retrata un historiador— era de "buena estatura, un poco superior a la mediana. Tenía un color vivo y hermoso, los ojos llenos de fuego, la nariz grande, la frente amplia y majestuosa, los cabellos castaños y un poco crespos, la barba más oscura y siempre bien levantada por el encrespador, lo que le sentaba muy bien. Cuidaba mucho de sus hermosas manos..." Pero, además, el embajador del Papa tenía para la reina un atractivo nuevo: el de hablarle en su lengua nativa, que le recordaba los días felices de soltería bajo el cielo de Madrid y de Aranjuez... No era dichosa Ana Teresa en su matrimonio. Las crónicas secretas de la época le atribuyen a Luis XIII extrañas aficiones. Una de ellas cuenta detalles muy escabrosos acerca de sus relaciones con su cochero Saint-Amour y con el caballero Cinq-Márs. Lo cierto es que siempre sintió repulsión hacia su esposa. La señora de Motteville, en unas "Memorias" muy curiosas —hoy difíciles de encontrar— afirma que Luis XIII permaneció un día más de lo regular, en el convento de la Visitación, en compañía de la señorita de Lafayette y, al retirarse, impidiéndole la lluvia ir hasta Grosbois, decidió pernoctar en el Louvre, donde no encontrando otro lecho más que el de la reina, se vio obligado a acostarse con ella. Esa noche —añade la señora de Motteville— Ana de Austria concibió de Luis XIII. De tales accidentes depende a veces la sucesión de una corona..

Cabe pensar que la sugestión amorosa no fue ajena al encumbramiento prodigioso de Mazarino. Agente diplomático del Papa, está, en realidad, al servicio de Richelieu, con lo que cosecha honores por ambas partes. Una aspiración, sin embargo, tarda en cumplirse. Hace ya tiempo que Mazarino sueña con el capelo cardenalicio pero su anhelo tropieza con la resistencia cautelosa de Roma, donde se sospecha que el embajador papal es, por encima de todo, un abogado de los intereses de Francia. Cansado de esperar, Mazarino, con la audacia que caracteriza todas sus acciones, juega su porvenir a un golpe de dados. En 1639 solicita y obtiene sin tardanza la nacionalidad francesa. Ahora es la corte de París la que pide para él la dignidad cardenalicia. Y un día de diciembre de 1641, Luis XIII le entrega, por fin, el ansiado birrete en la catedral de Valence...

El camino de sus ambiciones se abre anchuroso ante él a la muerte de Richelieu, acontecida en 1642. Mazarino se convierte en primer ministro. Nadie supone entonces que aquel hombre de suave sonrisa, de maneras afables, de tan seductor encanto personal, esconda unas garras poderosas y una voluntad acerada. En abril de 1643, Luis XIII, sintiéndose morir, se retiró al castillo de San Germán, nombró regente de Francia a su mujer Para la minoría de edad de Luis XIV, que sólo tenía cuatro años, e instituyó un consejo de regencia, del que formaba parte Mazarino. Un mes más tarde moría el rey. En lucha con la nobleza, insolentada otra vez con la desaparición de Richelieu y que se negaba a ver en Mazarino otra cosa que un advenedizo extranjero al que sería fácil someter, Mazarino iba a ser, como lo había sido su antecesor, el dueño de Francia. Además de su astucia, su tenacidad, su talento y su falta de escrúpulos, contaba con otra condición más valiosa que todas las otras juntas: ser el dueño del corazón de la reina.

¿Cuándo llegaron a ser amantes? Puede tenerse por seguro que, hasta la muerte del rey, su amor no pasara de ser un amor tácito e inmaterial. De igual manera debemos imaginar que la muerte de Luis XIII debió ser para Ana de Austria una liberación. Vigorosa y ardiente, había vivido encadenada durante muchos años a un marido que le de-

mostraba constantemente un manifiesto desvío. Su soledad espiritual la empujó al romance intrascendente con el duque de Buckingham, que Alejandro Dumas aprovechó para las hazañas de Artagnan. Cuando murió Luis XIII ella tenía cuarenta y dos años. Conservaba una belleza en plena madurez, anhelante de pasión y de paladear intensamente el goce amoroso que hasta entonces esperó en vano. Frente a ella, el italiano, dos años más joven, aparecía dotado de todas las galas que un hombre puede ofrecer a una mujer enamorada. Acaso Richelieu leyera en el porvenir cuando, al presentarlo a la reina, le dijo con provocativa irreverencia: "Os agradaará, señora: se parece a M. de Buckingham".

Lo que acerca de sus amores sabemos nos autoriza a pensar que ella puso más sinceridad y más fuego que él, para quien la pasión de la reina era la garantía de su poder y de su ambición ilimitada, aunque es obligado admitir que la amó también. En muchas de las cartas que la reina escribió al ministro, cuando éste andaba en trances de guerra fuera de París, se deja entrever, no obstante el recato con que están escritas, el acento de la mujer amante, cuyos afectos no se enfriaron nunca. Pasados muchos años, poco antes de que Mazarino muriera en 1661, todavía Ana de Austria escribía de este modo: "Si pudiera haceros ver mi corazón con la misma claridad con que os hablo en este papel, estoy cierta de que quedaríais contento, o seríais el hombre más ingrato del mundo, y no creo que sea así..."

La privanza de Mazarino fue abundante en disturbios, que hubo de reprimir con mano dura. Llegó un instante en que su impopularidad fue tal que, para salvar la vida, tuvo que huir a caballo, disfrazado como un simple jinete, mientras otros cinco servidores suyos, vestidos de igual manera, salían de París en distintas direcciones para hacer más fácil su fuga. Se pregonaba su cabeza, se publicaban epigramas feroces contra él... Pero a su destierro iba a buscarle el consuelo del amor de la reina, que trabajaba silenciosamente a su favor. Sólo así pudo regresar triunfante a París, acogido con un recibimiento de apoteosis. El día de su entrada en la ciudad, hasta el rey llevaba una rama de laurel, y la excitación de la reina era tan grande que el caballero Le Tellier, que la observaba, escribió: "O está hechizada por el cardenal o está casada con él". Acertaba en los dos extremos. Lo que en aquel tiempo no pasó de ser sospecha para algunos cortesanos, se tiene ahora por cierto. La reina se sentía en pecado mortal y, para acallar sus escrúpulos, contrajo matrimonio secreto con Mazarino, que era cardenal, pero no había hecho votos sacerdotales, según era la costumbre de la época. Y, tranquilizada ya su conciencia, cada noche Mazarino recorría el pasaje oculto que comunicaba sus habitaciones del Palais Royal con las habitaciones de Ana de Austria. .. En los comienzos de 1661, Mazarino enfermó gravemente e hizo que lo trasladaran a Vincennes. Luis XIV, que acababa de casarse con la infanta María Teresa de España, fue a verle, y, durante dos horas, escuchó sus consejos. El 8 de marzo, en la plenitud de la fortuna y la fama, murió. En la habitación contigua, que había sido su dormitorio durante toda la enfermedad del cardenal, lloraba sin descanso Ana de Austria. ..

GARCILASO DE LA VEGA E ISABEL DE FREYRE

Triste cosa es andar desterrado, contra la propia voluntad, de la patria nativa. La nostalgia va sembrando entonces de penas el camino. El recuerdo de los lugares amados, de los seres queridos, se hace obsesionante. Y aunque la fanfarria española, traducida en verso, pone en boca de un capitán de Castilla aquellas dos magníficas estrofas

en las que alienta toda la soberbia de una raza:

El mundo me viene estrecho
para ponerlo a mis pies. ..

Lo cierto es que sólo la tierra que nos vio nacer es la que nos ofrece pleno albergue espiritual, y que no hay nada tan angustioso e insufrible como verse obligado a renunciar a ella. Por eso la emigración ha sido siempre fuente de poesía patética. De los amores de un desterrado ilustre, que enriqueció con su genio el acervo literario de la España imperial, vamos a hablar hoy en estas páginas.

Cuando los turistas, ingleses o norteamericanos llegan a Toledo, el guía que les acompaña, después de hacerles gustar la perspectiva incomparable que se presencia desde las alturas de la ciudad, viendo correr el Tajo en lo hondo del valle, suele llevarles a un solar, ruinas de lo que antaño fuera un palacio, y allí, en medio de la bobalicona curiosidad de los visitantes, enhebra su retahila: "Señores: en el palacio que aquí existía, y en el año 1503, reinando todavía los Reyes Católicos nació el insigne poeta Garcilaso de la Vega..." De la primera parte no podríamos responder. De la segunda sí. Efectivamente, en Toledo, y en ese año, nació Garcilaso de la Vega. Venía de familia noble en alto grado, y él mismo, desde su adolescencia, estuvo adscrito al servicio del emperador Carlos V. Un hermano suyo, don Pedro, llevado tal vez por la amistad que tenía con Padilla, se alzó con los comuneros, y Garcilaso hubo de combatir contra su propio hermano, defendiendo el derecho real, en Olías, cerca de Toledo, donde recibió su bautismo de sangre. Los méritos que entonces contrajera a los ojos del monarca no impidieron su destierro, pocos años después: Sucedió que un sobrino y ahijado suyo, llamado Garcilaso como él, e hijo de aquel hermano mayor, don Pedro, vuelto ya a la gracia real, casó tempranamente con Isabel de la Cueva, desobedeciendo la prohibición del emperador, a quien el duque de Alburquerque, tío de la novia, había pedido que impidiese la boda para evitar que una mujer de su casa enlazase con el hijo de un comunero, que a tanto y más, llegaban los puntillos de honra en la España del siglo XVI. Garcilaso, eterno cortejador de la aventura, fue testigo en los desposorios clandestinos. La cólera de Carlos V, que a la sazón se hallaba en Flandes, fue grande. El poeta, amparado por la amistad del duque de Alba y del marqués de Villafranca, señores todopoderosos, marchó al encuentro del emperador en Ratisbona, y doblada la rodilla le pidió perdón. Fue inútil. Carlos V, inflexible, le relegó a una isla que se alza en el centro del Danubio, cerca de lo que hoy es Checoslovaquia. El castigo fue breve. Apenas si llegó a tres meses. Y durante ellos, Garcilaso, perpetuo enamorado, compuso trovas de amor. Era el año 1532 y el poeta no había cumplido aún los treinta. ..

Noble por la prosapia, no desprovisto de fortuna, rico por el talento, gallardo por sus prendas físicas, audaz y valiente, Garcilaso de la Vega no fue feliz en su matrimonio. Doña Elena de Zúñiga, dama de gran linaje, y a lo que parece, dotada de mucho caudal, con la cual contrajo nupcias siendo muy joven todavía, no llegó a poseer su corazón. Tal vez la esposa aportó al matrimonio más dineros que belleza. Era otro el amor que se enroscaba, como la hiedra al muro, al alma del poeta. Y no es arbitrario imaginar que la vida errabunda de Garcilaso, ausente casi siempre de España, obedeció fundamentalmente a esa doble pesadumbre: su matrimonio infeliz y su pasión sin esperanza. La adorada se llamaba doña Isabel de Freyre, y era dama de la infanta Isabel de Portugal, que más tarde sería reina de España al casar con Carlos V. Todas las saetas líricas con que Garcilaso da suelta a su dolor tienen el mismo blanco: Isabel de Freyre:

Quién pudiera no quererlos

tanto, como vos sabéis...

El poeta solía cantarle sus propios versos a la mujer amada, tañendo la vihuela, arte en el que era diestro. Pero Isabel de Freyre debía tener un temperamento poco dado al romanticismo. Lo cierto es que prefirió casarse con un hombre gordo, feo y vulgar, pero muy rico, don Antonio de Fonseca, señor de Toro, que medraba con negocios de usura. Con el ánimo roto, muerta la ilusión, unido a una mujer a la que no quería, desdeñado por otra a la que amaba, el poeta jugó a cara o cruz su destino: América o Italia. El aza dijo Italia. Y en Nápoles, rico vergel, paraíso de placeres donde entonces se daban cita las mujeres más hermosas del mundo, Garcilaso buscó y encontró desquite para sus aventuras amorosas. Como el bebedor que se embriaga para ahogar en el vino la tristeza, Garcilaso bebió en los labios de innumerables amantes la fingida delicia de los besos que no quiso otorgarle Isabel de Freyre. De alguna de esas aventuras le nacieron hijos. Pero, de igual manera que el recuerdo renace, implacable, después de la borrachera, era más vivo después de cada simulacro sentimental. En el fondo, Garcilaso no se engaña a sí mismo:

Que yo sé bien que muero
por sólo aquello que morir espero. . .

A su herida, incurable, de amor, se sumaban las heridas de guerra. Una de ellas, que sufrió en Túnez, le desfiguró la boca y le entorpeció el habla, como si el adversario que se la infirió tuviera envidia de su parla locuaz, en la que florecían las imágenes y la fantasía cobraba expresión. De su apostura física da idea este retrato, trazado por un contemporáneo suyo: "En el hábito del cuerpo tenía justa proporción, porque fue más grande que mediano, respondiendo sus lineamientos y compostura a la grandeza; la trabazón de los miembros, igual; el rostro, apacible, con gravedad; la frente, dilatada con majestad; los ojos, vivísimos con sosiego;

y todo el talle tal que aún los que no le conocían, viéndole, le juzgaran fácilmente por hombre principal y esforzado, porque representaba una hermosura verdaderamente viril; era prudentemente cortés y galán sin afectación; el más lúcido en todos los géneros de ejercicios de la Corte y uno de los caballeros más queridos de su tiempo. . ." El emperador le tenía Particular estima, aunque a veces reprobara sus travesuras y le hiciera notar las muestras de su enojo.

En el año 1535, Carlos V, que se hallaba en Italia, ordenó una expedición contra el rey de Francia, el eterno rival. La mandaba él, personalmente, y eligió a sus mejores capitanes para que le acompañasen. Uno de ellos era Garcilaso, que iba al frente de tres mil soldados. La aventura fue poco feliz, y en septiembre del siguiente año el ejército español emprendía el regreso. Los guerreros, cansados y jadeantes por el excesivo calor, se sentían abrumados bajo el peso de las armaduras. Cerca de Frejus, *desde una fortaleza que se alzaba a la orilla del Mediterráneo, los expedicionarios fueron agredidos. El emperador hizo que la artillería disparase contra la torre; pero como los franceses parapetados en ella se negaran a rendirse, dispuso, colérico, el asalto. Se adosaron las escalas y Garcilaso demandó, como un favor especial, ir a la vanguardia en el asalto. Fue inútil que los demás capitanes, empezando por el marqués de Lombay, que luego sería San Francisco de Borja, tratasen de disuadirle de su empeño. Trepaba por la escala y se hallaba ya en los últimos peldaños cuando los defensores de la torre, un grupo de villanos y campesinos, lanzaron una piedra que fue a dar en la frente del poeta. Cayó de espaldas y le recogieron, malherido, en el foso. Iracundo ante la desgracia de su caballero bien amado, Carlos V castigó la acción de los infelices agresores haciendo que los ahorcasen a todos, excepto dos muchachos que con ellos estaban, y a los cuales, por vía de escarmiento, les fueron cortadas las orejas. El poeta fue llevado a Niza. Su herida no parecía ser de gravedad; pero*

algunos días después los cirujanos vieron, llenos de alarma, que Garcilaso empeoraba. A su lado, brindándole consuelo, estaba el marqués de Lombay. Cuando éste vio que el poeta moría, llamó a un sacerdote, y excitando con sus palabras de piedad el amortiguado sentimiento religioso de Garcilaso, le convenció de que recibiera los Santos Sacramentos. Pocas horas después moría Garcilaso, bajo el cielo luminoso que baña en oro la costa azul. El marqués de Lombay rezó y lloró por él. Era el 14 de octubre de 1536, y aquel año cumplía treinta y tres años el insigne poeta de Castilla. Cuando la noticia llegó a Toledo, doña Elena de Zúñiga también derramó lágrimas ardientes por el hombre a quien amó tiernamente, a sabiendas de que no era correspondida. Quien no derramó ninguna, que se sepa, fue doña Isabel de Freyre, aquella por cuyo desdén buscó el poeta voluntariamente la muerte, en opinión de algunos, y en cuyo recuerdo cinceló estrofas impercederas:

¡Oh claros ojos, oh cabellos de oro,
oh cuello de marfil, oh blanca mano!

JUANA LA LOCA Y FELIPE EL HERMOSO

Si en su vida privada los Reyes Católicos supieron llevarse con singular equilibrio afectivo; si su política prudente rindió bienes inmensos para España; si su juiciosa conducta en la gobernación de los asuntos de Castilla merece honra y alabanza y si, hasta la muerte de Isabel, la fortuna y la gloria guiaron sus acciones conjuntas, la desgracia vendría a oscurecer tanto brillo cebándose en la descendencia de la real pareja. Cuatro hembras y un varón fueron el fruto de su matrimonio. Isabel, la mayor, murió poco después de haber casado con Manuel I de Portugal. Catalina, convertida en reina de Inglaterra, fue maltratada y humillada por Enrique VIII, que la repudió para casarse con Ana Bolena, dando lugar al cisma protestante por haberse negado el Papa a conceder licencia para el divorcio. El príncipe don Juan —heredero de la doble corona—, falleció de repente, recién casado con Margarita de Austria, víctima —se dijo— de su desenfrenada incontinencia amorosa. A Juana la esperaban años de trágica locura. Solamente logra existencia normal la princesa María, madre de la que más tarde habría de ser esposa de Carlos V. Mueren también, casi apenas nacidos, el hijo de don Juan y el infante Miguel, hijo de Isabel de Portugal, que pudieron ceñir la corona española. Y de esta suerte vino a quedar como única heredera del trono la princesa Juana, cuyo matrimonio abriría las puertas de España a las dinastías extranjeras.

BODAS REALES

En octubre de 1496, Juana, la segunda hija de los Reyes Católicos, se une en matrimonio con Felipe el Hermoso, hijo de Maximiliano, emperador de Austria. El primer encuentro de los príncipes tuvo lugar en Lierre, entre Malinas y Amberes, y el encuentro encendió —dicen las crónicas del tiempo— un fuego tal en ambos amantes que hubo que adelantar las ceremonias, incluso con menoscabo del protocolo, para que el matrimonio pudiera ser consumado sin tardanza. Residieron los jóvenes esposos, indistintamente, en Gante y en Bruselas. En el invierno de 1498, tuvo Juana su primera hija. A comienzos de 1500, un día, sintiéndose repentinamente indispuesta, dio a luz, sin ayuda de parteras, un niño de complexión robusta que se llamaría, andando los años, Carlos V. Cuatro hijos más —tres hembras y un varón— darían fe de la prolificidad de la princesa en los seis años restantes de su coyunda. Sin embargo, el matrimonio distaba mucho de ser ejemplar. Felipe era disoluto, amigo de los devaneos, inconsecuente, sen-

sual. Juana, a su vez, demostraba una ligereza que en la severa corte de Castilla no se comprendía. La reina Isabel, alarmada, envió a Bruselas a fray Tomás de Matienzo como agente confidencial, para que la informara de la verdad. La verdad era que la más absoluta desarmonía reinaba en el matrimonio. Juana andaba en continuos apuros de dinero, incluso para pagar su servidumbre. Se encontraba casi constantemente encinta. Y a Felipe sólo parecían interesarle los galanteos, la caza, el juego de pelota y la danza...

En ese mismo año de 1500, por la muerte de sus hermanos y sobrinos, Juana a ser heredera del trono de España. Era menester, por tanto, emprender viaje a la península para recibir juramente de fidelidad de las cortes de Toledo y de Zaragoza. Los cortesanos de Felipe se oponían a que hiciera el viaje. Aducían las molestias y riesgos del mismo, la diferencia en las costumbres, el escaso incentivo que la vida en España le brindaba. Por fin, el matrimonio emprendió la marcha en julio de 1501, después que Juana hubo salido de un nuevo embarazo. El séquito lo componían cuarenta damas de honor, sesenta caballeros, doscientos escuderos y la servidumbre correspondiente. Desde Bruselas dieron escolta al cortejo cuatrocientos lansquenets enviados expresamente por el rey de Francia, Luis XII. El 7 de diciembre llegaron a Blois, lugar de residencia de la corte francesa. Siguiendo el ceremonial, Juana fue advertida de que el rey le daría un beso. Sintió espanto y hubo que emplear largo tiempo en convencerla de que se acomodase a la costumbre. Hubo bailes, cacerías y torneos en honor de los huéspedes, y la estancia se hubiera prolongado más a no ser porque entre Juana —siempre celosa— y la reina francesa surgió una arisca rivalidad que obligó a apresurarse la partida. A finales de enero de 1502, los viajeros en Tolosa. Cuando llegaron a Burgos, las puertas de la ciudad, según ordenaba el antiguo derecho, permanecieron cerradas, y no se abrieron hasta que el archiduque prestó juramento de respetar y observar sus privilegios. En Burgos vio Felipe la primera corrida de toros. Después se vistió a la española y se puso peluca. El 25 de marzo, en plena Semana Santa, entraban en Madrid. Por fin, el 7 de mayo, después de haberse detenido unos días en Olías, donde el archiduque hubo de guardar cama, enfermo de sarampión, los esposos hicieron su entrada solemne en Toledo, donde los aguardaban los Reyes Católicos. No hubo fiestas porque la corte estaba de luto riguroso. Al mismo tiempo que el matrimonio, llegaba de Inglaterra la noticia de haber muerto repentinamente el príncipe de Gales, casado con la hermana de Juana, Catalina, y hermano mayor del que, casado después igualmente con Catalina, sería Enrique VIII.

NO SE ACOMODABA A LOS USOS

El archiduque, que ha emprendido el viaje a disgusto, ansia regresar i sin tardanza tan pronto como las Cortes de Aragón y Castilla han otorgado¹ su reconocimiento. No entiende el español ni se acomoda a los usos y gustos AJ del país. A los ruegos de los reyes para prolongar su estancia, responde aduciendo graves negocios que lo reclaman en Bruselas. En las cartas que, escribe no oculta su despego hacia España y el hastío que siente. Lo más que Isabel, deseosa de retener el mayor tiempo posible a Juana, nuevamente embarazada, logra obtener, es que el archiduque parta solo a fin de evitar a su esposa las penalidades del viaje hasta que llegue el alumbramiento. A mediados de diciembre se fue. No tardó en despertar en Juana una violenta crisis nerviosa motivada por celos. "Efectos del embarazo", decían los sapientes. Pero la crisis, lejos de apaciguarse cuando el 10 de marzo de 1503, dio a luz en Alcalá, fue en aumento. Le obsesionaba la idea de reunirse con su marido. El viaje era muy difícil porque España y Francia se hallaban a la sazón en guerra. En noviembre recibió una carta del archiduque preguntándole si quería ir pronto a su lado. Sin meditarlo más dio orden de partida. Se hallaba

entonces en el castillo de la Mota, en Medina del Campo. Ya entrada la noche quiso marchar, sin atender los razonamientos de quienes le aconsejaban esperar, siquiera, a que su madre viniera a despedirla. El obispo de Córdoba, custodio suyo por encargo de Isabel, mandó cerrar las verjas de salida y levantar los puentes. Juana, frenética de ira, pasó la noche entera y las horas del día siguiente, semidesnuda, bajo el frío implacable, sacudiendo con manos convulsas los helados barrotes de las rejas. La llegada de Isabel contribuyó a calmarla en parte, no sin que la reina —dice Luis Pfandl—, escuchara de boca de su hija "palabras tan indecorosas e insolentes que jamás hubiera tolerado si no hubiese conocido su estado mental". En la primavera de 1504, se embarcó rumbo a las costas de Flandes. Iba en pleno delirio. Isabel no volvería a verla más. Ese mismo año, y en ese mismo castillo, a fines de noviembre, la reina exhalaba su último suspiro.

VUELTA A ESPAÑA

En enero de 1506, se repetía el viaje a España, ahora motivado por la ambición de Felipe, de asegurar en su cabeza la corona de España. El viaje, por mar, fue mucho más infeliz que el anterior, por tierra. Sorprendió a la flota una tormenta y dos o tres barcos se hundieron con sus ocupantes mientras otros buscaban asilo en los puertos ingleses. Hasta el 22 de abril no pudo la nave real, que había seguido ruta, hacer su entrada en el puerto de La Coruña, no sin que Felipe, asustado por el temporal, ofreciera a Santiago de Compostela una donación de plata, de peso doble al de su cuerpo. Por entonces, la corte de Castilla era un hervidero de discordias a favor o contra el archiduque. Juana estaba embarazada de su sexto hijo y acusaba desvaríos cada vez más acentuados. En septiembre se hallaban en Burgos. Repentinamente, Felipe el Hermoso se sintió enfermo. Padecía vómitos y fiebres. El cuerpo se le llenó de manchas oscuras. Y cuando los médicos anunciaban su mejoría, se fue de este mundo, dejando tras sí la sospecha, infundada, de que el veneno fuera la causa de su muerte. "Era —dice el cronista Padilla— alto, robusto y ágil. El color de su cara, claro y rojizo; sus cabellos rubios, pura herencia flamenca; ojos que sorprendían por su doble magnitud y su dulce mirar. Manos largas y estrechas, adornadas por las uñas más bonitas que jamás se recordaba haber visto..." Juana, que desdeñaba a Felipe —extraño complejo psicológico— como posible rey de España, lo adoraba como marido. Y ahora empieza el período agudo de su locura. El cadáver de Felipe fue embalsamado. El corazón enviado a Flandes en un estuche de oro.

El cuerpo, según voluntad del archiduque, debía ser enterrado en el Panteón Real de Granada. Juana se opuso. Lo más que permitió es que el cadáver fuera depositado transitoriamente en la Cartuja de Miraflores, cerca de Burgos. Cada dos o tres días iba hasta la Cartuja, hacía abrir el féretro y se quedaba en éxtasis largo rato contemplando el rostro del muerto. Aquel invierno cayó sobre Burgos una gran epidemia. Juana se asustó y escapó hacia Falencia, pero se hizo acompañar del ataúd. La comitiva viajaba de noche, a la luz de las antorchas, y sembrando rezos. Durante los descansos, en las iglesias y en los conventos, una numerosa guardia custodiaba el féretro, con encargo especial de la reina de que ninguna mujer se acercase a él. Tenía la creencia de que se trataba de una muerte temporal a cuyo término el difunto volvería a la vida. Así, huyendo de la peste, que hacía estragos, fue Juana en peregrinación hasta Arcos, donde se detuvo. Su cerebro iba sumergiéndose en sombras cada vez más espesas. Pasaba semanas sin cambiarse de ropa. Frecuentemente la acometían accesos de furor durante los cuales perseguía a sus camareras» arrojándoles cuanto encontraba a mano. En ese instante su padre, el rey Fernando, la hizo recluir en el castillo de Tordesillas. El cadáver de Felipe fue llevado a la cercana iglesia de Santa Clara y lo colocaron de manera que Juana pudiera ver el ataúd a toda hora desde su habitación. En su niebla mental seguía esperando el milagro de la resurrección...

LA REINA Y SUS HIJOS

Cuando en 1517, fueron a visitarla sus dos hijos mayores, Leonor y Carlos, que acababan de llegar de los Países Bajos, Juana se quedó contemplándolos, y luego con un acento en el que no había calor alguno de emoción, les dijo: —¿Sois vosotros mis hijos? ¡Cuánto habéis crecido en tan poco tiempo!. Hacía doce años que no los veía. Progresivamente se apoderaba de su espíritu una insensibilidad que llegó a ser casi absoluta. En 1525 la infanta Catalina, que había sido su constante compañera de reclusión, abandonó el castillo para casarse con el rey de Portugal. Al alejarse el cortejo que daba escolta a la infanta, su madre se quedó mirándolo desde sus habitaciones, con la vista perdida, ajena a cuanto la rodeaba, y así estuvo durante un día y una noche. Era tal su atonía que incluso desatendía sus deberes religiosos, con gran escándalo de quienes vivían a su lado. En 1552 la fue a ver, tratando de enmendar su conducta, el jesuita Francisco de Borja. Más tarde acudió a recibirle confesión el padre Fray Luis de la Cruz. Fueron tantos y de tal tamaño los dislates, que la pobre reina fue ensartando, refiriéndose a un gato montes que, según ella, se había engullido a la difunta Isabel, y a la infanta de Navarra, y quería engullirse también al rey Fernando, que fray Luis, espantado, advirtió que su locura era completa y que más sería sacrilegio que devoción administrarle el Santo Sacramento. A su dolencia mental se habían ido uniendo, desde tiempo atrás, los males físicos. En 1553 la atacó una parálisis parcial en una pierna. No consintió ningún cuidado, y el abandono y la suciedad hicieron que el cuerpo se le llenase de úlceras. Como era imposible acercarse a ella con su asentimiento, fue menester usar de la violencia para cauterizarle las llagas, en medio de sus lamentos, que resonaban con largo eco entre los gruesos muros del castillo. Por fin, el 12 de abril de 1555, día de Viernes Santo, la muerte le dio cita. A su cabecera, con un crucifijo en la mano, Francisco de Borja, recitaba el credo, que ella iba repitiendo con lengua torpe. Murió a las 7 de la mañana, cuando contaba 75 años, 46 de los cuales los había pasado presa. El cadáver fue depositado provisionalmente en el convento de Santa Clara, en Tordesillas, hasta que en 1574, Felipe II ordenó su traslado al Panteón Real de Granada, donde ocupó lugar junto a Felipe el Hermoso y los Reyes Católicos.

La reina loca, sobre cuyos extravíos han centrado a menudo su atención médicos y psiquiatras, pasó por la vida como una sombra doliente. Fue esposa desventurada, reina sin mando, madre que apenas supo lo que es el amor de los hijos, aunque tuvo seis. En la Historia no queda de ella sino un recuerdo pálido. Hasta el castillo que durante casi medio siglo fue su prisión y su tormento no tardó en desmoronarse y convertirse en ruinas, como si el Destino hubiera querido borrar implacablemente la huella de aquella existencia desgraciada consumida de amor —y dolor— en el eterno molino del tiempo.

ENRIQUE VIII Y ANA BOLENA

Cuando avanza el primer cuarto del siglo XVI, la corte real inglesa dista mucho de ofrecer un espectáculo ejemplar. Enrique VIII, a quien la Historia llama el rey Barba Azul —aunque tenía la barba rubia—, gobierna un reino cuyo poderío está en ciernes y cuyas costumbres abundan en licencias mal avenidas con la moral. Una situación política inestable determina que se busquen alianzas de sangre capaces de asegurar el predominio sobre Europa o, cuando menos, la fuerza necesaria para hacer frente a cualquier adversario ambicioso de conquista. Estamos en los días en que los príncipes juegan astutamente para sacar el mejor partido de las rivalidades ajenas. España es un im-

perio poderoso en cuyos dominios no se pone el sol. A esa consideración obedece que Enrique VIH, apenas adolescente, haya matrimoniado con Catalina, hijo de los Reyes Católicos Y viuda ya, recién casada anteriormente, del príncipe Arturo, hermano mayor de Enrique. Pasan los años. El carácter de Enrique VIII se va perfilando claramente. Es voluble, glotón, enamorado y déspota. Sus devaneos amorosos forman contraste con la austera virtud de la reina Catalina, educada en el severo catolicismo español. Frecuentemente los vecinos de Londres, a la luz de unas antorchas que reflejan su llama en las aguas y elevan hacia el cielo un resplandor rojizo, ven pasar por el Támesis, en plena noche, acompañada de canciones y carcajadas, la barca del rey que va o vuelve de sa-
tural.

ASI LLEGAMOS AL AÑO 1626

En 1526, la historia de Inglaterra, y, por extensión, la del mundo, va a sufrir una conmoción que entonces no sospecha nadie y que tendrá más tarde alcances incalculables. La causa de esa conmoción es una mujercita de diecinueve años que ha pasado su primera juventud en Francia, de donde regresó trayéndose consigo la picardía galante que ya entonces envuelve con su gracia la corte de París. Se llama Ana Bolena. El origen de su casa no es demasiado ilustre, pero ella es hermosa, y la hermosura gana siempre las batallas más duras. Tiene el cuerpo grácil, el cabello negro, la piel blanca y fina, y unos ojos oscuros y de mirar profundo en los que asoma la apasionada sangre irlandesa de sus antepasados. El corazón de Enrique VIII, siempre dispuesto a nuevas emociones, se siente violentamente sacudido cuando sus ojos se detienen en la contemplación de Ana Bolena. Un día, con la voz trémula, el rey deja escapar su confesión:

—Si supierais cuánto me recrea vuestra presencia...

—Señor, sois demasiado lisonjero para mí. Sin duda queréis alimentar mi vanidad.

—¿Acaso no os han dicho mis ojos lo que mi corazón siente por vos?

—Ese es un lenguaje, majestad, en el que no tengo experiencia. Y la hermosa Ana, maestra en el arte de la coquetería, ambiciosa y audaz, emprende un juego lleno de peligros, pero al que su temperamento le lleva irresistiblemente. Esquiva la conversación a solas con el rey, de manera que toda confianza sea imposible. En la soledad de su alcoba se ha prometido a sí misma: "Seré reina, o nada". Enrique ha cumplido ya los treinta y cinco años. Es sanguíneo, corpulento, sensual. El aguijón del deseo muerde en su carne y la resistencia de Ana irrita su voluntad, que no está acostumbrada a encontrar obstáculos. ¡Pero es tan bella Ana, y la reina Catalina, más vieja que Enrique, está tan gastada por los partos y las penitencias! Cuando al fin consigue hacerse oír de Ana, ya no habla ni escribe como un rey absoluto, sino como un colegial enamorado:

—Me es imposible tolerar vuestra ausencia. ¿La prolongáis acaso, deliberadamente, porque mi afecto no os agrada? Decídmelo y sabré, al menos, que nada puedo esperar de mi locura.

—Señor, bien sabéis que os profeso la más tierna gratitud.

—¡Gratitud, gratitud! ¿Es todo lo que podéis ofrecerme?

—¿Qué más queréis, señor?

—Quiero que en mí no veáis al rey, sino al hombre. Quiero saber si vuestros sentimientos corren parejos con los míos. Sois la mujer a quien he amado más de cuantas se cruzaron en mi vida.

—Majestad, ¿por qué tratáis de turbarme con vuestras palabras?

—Pero decid: ¿seréis capaz de corresponder a mi pasión?

—Señor: vos, sólo vos poseeréis mi corazón. .. si fuerais libre.

EL REY DECIDE DIVORCIARSE

El guante está echado. La dulce gacela, como la llaman los poetas de su tiempo, no es fácil de cazar. Es Enrique el que pierde en el duelo. Y en la mente del rey empieza a germinar el proyecto que cambiará profundamente el curso de la historia de Inglaterra. Tras una larga noche de insomnio, Enrique llama a su primer ministro y le expone crudamente su propósito:

—Es menester que yo me divorcie de Catalina. Estudiad el modo de que la Santa Sede invalide nuestro matrimonio.

Pera Catalina es una mujer de fuerte espíritu que no cede ante amenazas ni peligros cuando se trata de cumplir con su deber. Ningún razonamiento, ninguna violencia ablandan su negativa. Por ningún motivo accedería al divorcio, que constituiría grave pecado a los ojos de Dios. Defiende, además, su dignidad de reina. Y Enrique se desespera inútilmente, despachando embajadas a Roma, en espera de que el Padre Santo se avenga a decretar la separación. Pero el Pontífice rechaza la sugerencia, contraria a las leyes de la Iglesia. Teme, además, al emperador Carlos V, sobrino de Catalina...

El ánimo de Enrique se toma sombrío:

—Si no puedo conseguir que el Papa me sirva, iré contra el Papa. Estas palabras, en las que late el cisma, tienen un antecedente gravísimo en Alemania, donde Lutero ha desafiado abiertamente el poder Papal. Por esa senda se lanzará también Enrique, ciego de amor y de cólera. Y así es como, por la ambición de una mujer hermosa y coqueta, surgió, frente al trono de San Pedro, la Iglesia Anglicana.

EL AMOR DOMINA AL MONARCA

Mientras siguen las negociaciones, el rey corteja a su amada con rendidas epístolas y continuados presentes. Hemos llegado al verano de 1528.

Sobre Londres se abate la terrible epidemia del cólera. Cuarenta mil Personas han sido atacadas. Enrique, muy inquieto, le escribe a Ana Bolena: "Yo os suplico, amada mía, que no os inquietéis ni os dejéis inquietar por nuestra ausencia. Sabéis que dondequiera que yo esté, sigo siendo vuestro". "Mi amor —le dice en otra carta—, el tiempo se me hace más largo y atormentado desde que no os veo".

No exageraba el rey enamorado. Ana Bolena no se ha coronado todavía, pero es reina absoluta en el corazón y en los sentidos del monarca. Roma no acaba de ceder, y la paciencia de Enrique, instigado por Ana, se agota para dejar paso a la ira. La unión de los amantes se legaliza, al fin, rompiendo con la obediencia que al Papa se le debe como Jefe de la Iglesia. Un día de mayo, cuando el cielo es azul en Inglaterra, unas manos sacerdotales colocan sobre las sienes de Ana la corona. Las calles habían sido enarenadas para el cortejo y en las ventanas colgaban rasos o damascos y tapices de Holanda. Sobre el Támesis avanzaban velozmente las barcas engalanadas con guirnaldas de flores. Sonaban músicas. Había en el ambiente olores perfumados... Y mientras la reina Catalina, repudiada sin misericordia, encierra en la clausura su dolor y su orgullo, Enrique suspira al oído de Ana:

—Nunca me habéis parecido tan bella como ahora, bien mío... Y ella responde con los ojos húmedos:

—Será porque os amo más que nunca...

EL TRÁGICO FIN DE LA BOLENA

Otro día de mayo, en el año 1536, señalará el destino trágico de Ana. Sobre ella caerán pronto los frutos de la envidia, y las rivalidades política y religiosas la elegirán por víctima. Inconstante y egoísta, el rey se deja convencer por quienes acusaban a la reina de serle infiel. Las mismas habitaciones que la recibieron en la Torre de Londres para la coronación, la reciben ahora como prisionera. Impasibles, los carceleros la ven

ascender lentamente las escaleras. Ni siquiera se conmueven cuando vuelve hacia ellos los ojos cargados de lágrimas:

—Estoy limpia de la mancha de que se me acusa y soy fiel esposa del rey. ¿Voy a morir sin que se me haga justicia?

—Hay justicia, señora, hasta para el súbdito más pobre del rey.

La de Enrique no se hace esperar. Nadie levanta la voz en defensa de la condenada. En la soledad de su celda, la mujer que fuera dueña del corazón del rey llora en desgracia su silencio. A manera de testamento, todavía escribe: "Jamás tuvo príncipe alguno una esposa más leal en sus deberes y en su afecto que la que habéis tenido vos en Ana Bolena".

Son lamentos que ya no encuentran eco. Ya no queda más que resignarse a la desventura. La víspera de su muerte busca conversación con su guardián:

—Me han dicho que el ejecutor es muy hábil. Y yo tengo una garganta tan pequeña...

A las nueve de la mañana del 19 de mayo, los sencillos habitantes de Londres oyeron retumbar un cañonazo. Se estremecieron los hombres y algunas mujeres lloraron suavemente. Sabían lo que aquel cañonazo significaba. Era que, en aquella misma hora, el cuello de cisne de Ana Bolena había sido cortado por la espada del verdugo

RODRIGO Y JIMENA

Cabalga el Cid por tierras de Castilla. Lleva el semblante aborascado, la barba hundida en el pecho robusto y animoso. El rey Alfonso VI, incitado por cortesanos mordidos por la envidia, acaba de expulsarle de su reino, dando orden de que ninguna puerta de Burgos se abra para él. En San Pedro de Cárdena, sumisa y amante, le espera Jimena con sus hijas. Es Jimena flor y estampa de las mujeres castellanas. Con ella casó el Cid en el año 1074. Era hija, no del conde Lozano, como cuentan las leyendas, sino de don Diego de Asturias, y a su virtud y recato uníanse la hermosura y la discreción. En su pecho vuelca el Cid las amarguras de su destierro y las tristezas de la despedida. Porque el Cid parte solo, hacia Barcelona primero, hacia Zaragoza después, siempre con la mira de emplear su espada en empresas de riesgo. Jimena, resignada, acepta la separación, aunque el corazón se le parte de pena. El romancero, que tantas inexactitudes y fábulas da por ciertas, recoge unas palabras de Rodrigo, que pueden ser tenidas por verdaderas:

"Ya doña Ximena, la mujer tan complacida —como a la mi alma, yo tanto vos quería; —ya lo vedes, que partimos tenemos en vida..."

Antes oirán misa de alba en el monasterio de Cárdena, donde Jimena y sus hijas, confiadas al cuidado del abad don Sancho, esperarán en recoleta penitencia el regreso del caballero.

FELONÍA DEL MONARCA

Ocho años dura la ausencia de Rodrigo. Al monasterio de Cárdena y a la corte de Burgos llega la fama de sus hazañas que le han valido el sobrenombre con que desde entonces pasará a la historia. Pelea en todas Partes y en todas cosecha laureles por igual, sirviendo a unos y otros reyes, pero llevando siempre dentro de sí la obediencia al de Castilla. Hasta que se produce la invasión almorávide en Andalucía, y Alfonso, temeroso de que la invasión llegue a poner en peligro su reino, le ofrece al Cid su perdón. Rodrigo llora, conmovido, cuando besa la mano de su señor. No puede sospechar que es

una tregua pasajera, al término de la cual le aguardan nuevas y mayores desventuras. Sus victorias incesantes, lejos de merecer gratitud, provocan la cólera del rey. No hay sosiego para Rodrigo:

... Por necesidad batallo,
y una vez puesto en la silla,
se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo...

Nueva orden de destierro y nueva separación, ahora en condiciones mucho más dolorosas, porque la fiel Jimena y sus hijas son reducidas a prisión. Esos días son los más angustiosos en la vida del héroe. Ni los bienes confiscados, ni las tierras y señoríos que le han sido arrancados, ni la humillación del injusto castigo, pesan en el alma del Cid tanto como la separación de Jimena. Y viceversa. Es entonces cuando Jimena demuestra toda la entereza y serenidad de su ánimo. El sufrimiento la retuerce el pecho, pero recuerda que es la mujer del Cid, y ese orgullo sostiene erguida su voluntad. Con el sentimiento herido por la tristeza, marcha el Cid a cumplir la empresa más grande y gloriosa de su vida: la conquista, de Valencia. Es más que probable que si el Cid, una vez ganada Valencia, se apresuró a enviarle al rey Alfonso cien caballos ricamente guarnecidos, con la promesa de su vasallaje, cuando nada le impedía coronarse rey, no lo hiciera sólo por mandato de su lealtad, sino por el deseo acuciante de recuperar a Jimena y a sus hijas, que han sido liberadas, pero sufren destierro de la corte y viven suspirantes otra vez en Cardeña, añorando a Rodrigo. Cuando, al fin, consigue que vayan a reunirse con él a Valencia, traídas por el fiel Alvar Fañez de Minaya, el Cid se sintió desbordado de gozo. A recibir las salió Rodrigo montado sobre "Babieca", el compañero de sus hazañas. Temblaba el corazón de Jimena como el de una paloma. El Cid las introdujo en la ciudad; las hizo subir a lo más alto del Alcázar, y desde allí contemplaron el caserío blanco, la huerta hermosa y ubérrima, la cinta del río, el confín remoto donde se fundían el azul y el oro. Los ojos del Cid se cubrieron con un velo de agua. Recordaba su juventud, los primeros requiebros con Jimena, el azaroso destino de su existencia. Y toda su rudeza se impregnaba de una suave melancolía junto a la mujer amada, casta y valerosa, y las hijas de su sangre, que un día también darían varones a Castilla. Con voz transida, Jimena vuelve la mirada a Rodrigo, y le brinda toda su adoración en palabras que luego inmortalizará el romance:

AMOR Y ADMIRACIÓN

"Mi Cid Campeador, en buena hora ceñistes espada..." Pero eran días de batalla y no de ternezas. Ante las murallas de Valencia habían hecho su aparición los moros, ansiosos de recuperar la ciudad. El Cid salió a combatirlos. Llevaba dentro un arrebato alegre. Por primera vez iba a verlo pelear Jimena, y esa vanidad ponía en su brazo un vigor desconocido. La victoria no se hizo esperar, admirable y completa. Y Rodrigo, con el semblante iluminado, se hinca ante Jimena y le hace ofrenda de su triunfo. Son ya los últimos resplandores de su grandeza. Alvar Fañez ha sido derrotado en Cuenca, y el espíritu de Rodrigo se ensombrece, presa de un súbito desaliento. En el mes de julio de 1099 la muerte le da cita, no en los campos de batalla, donde tantas veces la desafiara, sino en el callado seno de su familia. Tenía entonces cincuenta y seis años...

A Jimena se le agotaron, con el llanto, las fuentes de los ojos. Con el alma sumida en desconsuelo hizo frente, sin embargo, al mandato que el recuerdo de Rodrigo le imponía. Durante dos años sostuvo la defensa de Valencia contra los ataques constantes de los moros, que, muerto Rodrigo, creían fácil de recuperar. Jimena llamó en su auxilio al

rey de Castilla, que acudió a marchas forzadas y venció a los sitiadores. Pero Alfonso no tenía el temple del Cid, y antes que afrontar un nuevo ataque, optó por abandonar la ciudad, prendiéndole fuego en las cuatro direcciones. El Ejército se puso en marcha.

SU TUMBA EN LA CATEDRAL DE BURGOS

En un arcón iba el cadáver de Rodrigo. Detrás, enlutada y hierática, marchaba Jimena, rodeada por los guerreros que custodiaban las armas del Cid. Por las noches, cuando se encendían las antorchas, la llama iluminaba los rasgos duros de aquellos hombres que rendían severo y emocionado homenaje al que fuera su capitán, vencedor en cien batallas. Y el corazón de Jimena se llenaba de un íntimo contento al ver que Rodrigo las ganaba todavía después de muerto, no sobre los moros, como cuenta la leyenda, sino sobre el afecto y respeto de sus soldados. Sabía que la historia perpetuaría su nombre y que, andando los siglos, la fama seguiría cubriendo de gloria la vida sin descanso del Cid. Acaso presentía que el resplandor de esa gloria le llegaría a ella también...

El cortejo hizo larga peregrinación por los caminos, cruzando aldeas y villas, hasta llegar a Cárdena, el lugar bien amado del Cid. De allí salió para su destierro. Allí dejó a Jimena con sus hijas. Allí fue a recogerlas cuando regresaba victorioso. Y en aquel monasterio habían musitado plegarias los labios de Jimena cuando él andaba lejos, conquistando reinos con su espada... Todos esos sucesos revivían en la memoria de Jimena mientras hacían leguas de lento caminar. Era el pasado que se ponía en pie. Y ese pasado sería el culto de Jimena en el tiempo que le quedara de vivir. No fue largo. Cuando murió volvieron a juntarse los dos esposos, y juntos han cambiado en varias ocasiones de morada, hasta llegar a la actual, que parece ser definitiva, en la Catedral de Burgos. Espejo de amor puro y honesto, ellos simbolizan de manera acabada las virtudes que definen el carácter recio y sobrio de Castilla.

INÉS DE CASTRO Y DON PEDRO DE PORTUGAL

Cuando don Miguel de Unamuno reseñaba sus andanzas por tierras de Portugal se dolía pesarosamente de que, hallándose una vez en Coimbra, la Atenas lusitana, el tiempo no le hubiera permitido una nueva visita a la Quinta de las Lágrimas, donde viviera y muriera por amor Inés de Castro. Sentía don Miguel por el lugar una atracción pareja a la que sintió Mauricio Barres, que no quiso morir sin conocerlo, aunque para ello hubiera de hacer viaje expreso desde París.

"Coimbra, Coimbra —decía don Miguel—, tierra de encanto, ciudad bautizada por las lágrimas de Inés, vivero de la poesía de un pueblo que vive por el amor y por el amor muere..." El drama de Inés de Castro, que Luis Vélez de Guevara llevó a la escena del teatro romántico castellano para que los primeros actores ensayaran en él sus artes declamatorias, es uno de los más conmovedores de la historia. Reinó, en efecto, después de morir, Inés de Castro, pero no tanto por la voluntad de su amante como porque el sentimiento popular, a través de las generaciones, convirtió su vida y su muerte en flor de poesía. No hay alma femenina que no lllore aún cuando alguna de las pocas compañas de verso que van quedando —recuerdo lastimero de unos tiempos definitivamente enterrados por la bota de los futbolistas y las películas en serie— repone en escena los amores desgraciados de Inés de Castro. Y esas lágrimas provincianas, vertidas a hurtadillas, son, al cabo de seis siglos, el mejor epitafio sobre la tumba de la que vino a ser, por dictado del dolor, símbolo de amantes sin ventura.

AMOR SIN ESPERANZA

Ardía Castilla en guerras intestinas a comienzos del siglo IV. Luchaban los españoles contra los moros, empeñados en la obra de la reconquista, pero también luchaban entre sí los monarcas de los distintos reinos peninsulares. Los caballeros vasallos levantaban ejércitos y mesnadas y se lanzaban al campo banderizo. Cuando la fortuna se mostraba adversa a las armas del señor a quien servían, muchos de esos caballeros, huyendo de la venganza, alcanzaban la frontera y buscaban refugio en Portugal. Uno de ellos fue don Pedro Fernando de Castro, casado con doña Berenguela Lorenzo, ambos de ilustre alcurnia y emparentados, por parte de don Pedro, con la familia reinante de Portugal. No es extraño que en la corte portuguesa se les dispensase a los fugitivos una acogida colmada de honores, ni que, desde el primer instante, brillasen entre los cortesanos de mayor rango. Fruto del matrimonio había sido el nacimiento de una niña en quien el tiempo fue acumulando, con los años, gracias y prendas extraordinarias. Cuando llegó a la doncellidad hizo su aparición en la corte de Alfonso IV, pronto convertida en una de las primeras damas de honor de la joven doña Constanza, esposa del príncipe don Pedro, heredero de la corona. La gran hermosura de Inés de Castro encendió luego una viva llama en el corazón del príncipe. ¿Fue Inés, como algunos historiadores han pretendido, una intrigante impulsada por la ambición? Hoy no puede sostenerse, sin injuriar su memoria, semejante hipótesis. Y lo que tampoco admite duda es que ella correspondió tiernamente a la pasión de don Pedro, aunque uno y otra están fuera de sospecha malévolas hasta que murió prematuramente doña Constanza, de la que Inés fue, hasta el último instante, fiel amiga y compañera. Hasta entonces no habían hablado por don Pedro sino los ojos. Ahora hablaron atropelladamente sus labios. Inés sabe muy bien que las gradas del trono le están vedadas y su honor le prohíbe, a la vez, el papel de concubina. Su amor ya no era un secreto para la corte. En torno de los amantes se espesaba un ambiente de celos y envidias. El viejo rey Alfonso andaba lejos, afanado en la guerra contra los moros, pero a sus oídos hacían llegar los cortesanos intrigantes informaciones escandalosas que turbaban su ánimo. Grande fue su cólera al saber que el día 1º de enero de 1344, don Pedro e Inés se habían unido en matrimonio secreto, bendecido por el obispo de la Guarda y mediante dispensación otorgada por el Pontífice. Pero todos sus esfuerzos para anular el matrimonio y separar a don Pedro de Inés resultaron inútiles. Con ejemplar firmeza de carácter, don Pedro, sin abandonar nunca el profundo respeto que sentía por su Padre, anunciaba su propósito de renunciar a todo, incluso a la corona, antes que renunciar a doña Inés. Y en su fuero interno, no tan ocultamente que su voluntad no trasluciera a la suspicacia de los cortesanos envidiosos, se había jurado coronar a Inés tan pronto como ocupara el trono. Temían los palaciegos aduladores del rey Alfonso que, si tal cosa llegase a ocurrir, ellos perderían su influencia y sinecuras en provecho de los hermanos y amigos de doña Inés. En su mente empezó a gestarse un proyecto siniestro. ..

DEL AMOR A LA MUERTE

Vacilaba el monarca ante las excitaciones malignas de sus consejeros, que le apremiaban para que obligase a don Pedro a deshacer su unión con doña Inés y a contraer nupcias con alguna princesa extranjera cuya alianza fuese conveniente para Portugal. Lo cierto es que, en lo más íntimo de su ser, el viejo rey se sentía cautivado por la belleza y la dulzura de Inés y por la gran pasión de su hijo. Había oído hablar de las dos hermosas criaturas que habían nacido de la pareja... Sin embargo, tales fueron la insistencia y las malas artes de los conjurados, que el rey acabó por concederles carta blanca. La reina doña Beatriz, madre del príncipe, y el arzobispo de Braga, don Gonzalo Pereira, previ-

nieron secretamente a don Pedro de que algo sombrío se preparaba contra Inés. No podía creer don Pedro en tamaña maldad y se negó, por consiguiente, a demorar una partida de caza que tenía dispuesta. Apenas don Pedro salía de Coimbra con sus amigos y monteros, cuando llegaba a la ciudad el rey Alfonso, resuelto a castigar con la muerte a la inocente, porque así lo exigía la razón de Estado. Sabedora de su desgracia, Inés salió al encuentro del rey, llevando de la mano a sus pequeños hijos. Los tres se arrojaron a los pies del monarca implorando perdón. Las lágrimas de Inés bañaban la mano rugosa de don Alfonso, El corazón del rey se enterneció. Conteniendo su emoción, acabó por acariciar las cabecitas rizadas de sus nietos y concedió su perdón, acaso con el ánimo inclinado a reconocer públicamente a Inés como esposa legítima de don Pedro. Llena de gozo, Inés se retiró a su quinta —la quinta de las Lágrimas desde entonces—, en las cercanías ubérrimas de Coimbra. ¿Volvieron a ganar la voluntad del monarca, con sus palabras envenenadas, los intrigantes? ¿Hubo consentimiento por parte del rey o procedieron ellos por su cuenta pensando que el hecho consumado disiparía todas las dudas de don Alfonso? Lo " cierto es que aquella misma noche, los tres innobles cortesanos que más habían trabajado contra Inés, Pedro Coello, Diego López Pacheco y Alvaro González, llegaron sigilosamente hasta la quinta donde Inés dormía abrazada a sus hijos y soñando con el retorno de don Pedro. Sólo el rumor de las aguas del Mondego turbaba el silencio de la campiña, iluminada por la luna. Los tres verdugos se internaron en la casa y llegaron a la alcoba de doña Inés. Ante la mirada aterrorizada de los niños, una mano airada y vil clavó un puñal en el pecho blanco, hecho para el amor y la maternidad, de Inés de Castro. Luego otra. Otra más... Los asesinos esperaron hasta convencerse de que estaba muerta. Luego, desanduvieron el camino. Y estaba muerta, en verdad, Inés de Castro. Muerta para la vida. Viva para la eternidad..

¡AY DE AQUELLOS QUE ME HIRIERON...!

La desesperación y la furia de don Pedro cuando, a su regreso, se encontró ante el cadáver de doña Inés, fueron sobrehumanos. Encendía su sangre el afán de venganza, tanto más acuciante porque no podía tomarla entonces, ya que los asesinos estaban bajo la protección de su padre, contra el cual no quería rebelarse. Aun así, nadie pudo impedir que, acompañado por los hermanos de doña Inés, levantase un ejército y asolara todas las posesiones de Coello, Pacheco y González, jurando que no se sometería hasta que le fueran entregados los matadores de su esposa. Tan sólo los ruegos de su madre, la reina Beatriz, consiguieron, al fin, aplacar su furor. Pidió perdón al rey. Pero en su pecho quedaba latente, como una promesa a la muerta, el designio de cobrar su desquite tan pronto como la ocasión se le deparase. No esperó mucho. En 1357 moría el rey Alfonso y don Pedro subía al trono. Su primer acto, inmediato, fue ordenar la persecución de los criminales. Diego Pacheco había escapado a Francia, hasta donde no alcanzaba el brazo de su justicia, pero Pedro Coello y Alvaro González se habían refugiado en Castilla. Don Pedro los reclamó y obtuvo del rey don Pedro **El Cruel**. Conducidos a Portugal y convictos de su crimen, fueron juzgados y condenados a muerte. El rey mismo dispuso cómo había de ser su muerte. Sobre un alto cadalso, para que la multitud más distante pudiera presenciar el espectáculo, fueron sometidos a tormento espantoso. Después, todavía vivos, se les arrancó el corazón, al uno por el pecho y al otro por la espalda. Luego, sus cadáveres fueron quemados y sus cenizas arrojadas al viento. Desde un estrado próximo, don Pedro contempló el suplicio sin que un solo músculo de su rostro se alterara.

¡PORTUGAL POR DOÑA INÉS!

Poco después se reunían las cortes en Castanhedo. Pálido y solemne, don Pedro

compareció ante ellas. Hizo público su matrimonio con doña Inés, ordenando que se diera lectura al acta de enlace y a la dispensa del Papa Juan XXII, que lo autorizó; reconoció a los hijos nacidos de la coyunda, proclamando su derecho a la sucesión de la corona; y después mandó que el cuerpo de doña Inés fuese exhumado y exhibido en la iglesia de Santa Clara de Coimbra, vestida con galas de reina. Con manos trémulas colocó sobre la cabeza de Inés, apenas desfigurada, la corona real, y ordenó a todos los señores de la corte, convocados expresamente para aquel acto, que la reconociesen por soberana, haciendo que en acto de vasallaje le besaran la mano derecha, calzada con un rico guante de terciopelo. Después, el cadáver fue colocado en una lujosa carroza y llevado a Alcobaza, seguido de un largo cortejo, en el que figuraba toda la nobleza de Portugal. Los caballeros cubrían su cabeza con una capucha en señal de duelo. Las damas arrastraban largos mantos blancos. Y entre una doble fila de hachones que flameaban al viento, sostenidos por hombres del pueblo, recorrió el cortejo las diecisiete leguas que median entre Coimbra y Alcobaza. A trechos regulares rompía el silencio de la noche un clamor cuyo eco se apagaba en la distancia: "¡Portugal por doña Inés!"

PARA SIEMPRE

Dos tumbas iguales, de mármol blanco, labradas por los mejores artífices, habían sido preparadas en el real monasterio de Alcobaza. En el uno fue depositado el cuerpo de doña Inés, y sobre el busto de su efigie marmórea colocó don Pedro otra corona que diera fe de que, si en vida no pudo ser otra cosa que esposa desgraciada, doña Inés era reina indiscutible después de muerta. El otro sepulcro era para don Pedro mismo. Los años que pasaron antes de ocuparlo estuvieron dedicados a la devoción de la ausente, siempre viva en el corazón del monarca. Recordaba a toda hora su primera palabra de amor, el primer beso, sus trances de delirio sentimental, el día en que le dio su primer hijo. Las soledades del rey, dominadas por la melancolía, estaban presididas por el fantasma de la muerta. De la verdad histórica, exaltada luego por la imaginación popular, saldría la leyenda, y el drama de los dos amantes tendría traducción; poética en verso, y expresión plástica en la pintura y el grabado. Luis Camoens, la máxima gloria literaria de Portugal, cantó también la belleza de Inés de Castro, representándola en la serena quietud de la muerte:

O cheito tras pardido, é a cor murchada,
tal está moría á pálida doncella,
secas do rosto as rosas, é perdida
a branca, é viva cor, co á doce vida...

VÍCTOR HUGO Y JULIETA DROUET

Nadie podrá explicarse nunca, a no ser como una aberración, los motivos que impulsaron al adulterio a la esposa de Víctor Hugo, mancillando el honor del poeta con el que, a la sazón, era su amigo íntimo, el crítico Sainte-Beuve. Víctor Hugo era arrogante, genial, famoso en plena juventud, mimado y admirado por toda Francia, que se sentía orgullosa de él. Sainte-Beuve era repelentemente feo, enclenque, oscuro, ruin de cuerpo y de alma. Sólo por una de esas burlas en las que parece complacerse el destino, se concibe que un amante tan extraordinario como Víctor Hugo, cuya potencia sexual, lindante con la patología, le llevaba a perseguir a las jóvenes sirvientas cuando ya era septuagenario, hubiera de ostentar los atributos infamantes de los maridos engañados. En cierta ocasión, a los postres de una comida, Víctor Hugo dejó perplejos a los comensales con

esta declaración, innecesaria por otra parte, puesto que era público su infortunio conyugal:

—Todos los grandes hombres hemos sido cornudos. Napoleón lo fue; yo lo he sido...

La pequeñez moral e intelectual del envidioso Sainte-Beuve tomó desquite así de la grandeza y del talento deslumbrante de Víctor Hugo. Tan vil era Sainte-Beuve, que una vez, pasados ya muchos años de la innoble aventura del adulterio, como Víctor Hugo, que entonces se hallaba desterrado en Guernesey con toda su familia, aludiera despectivamente a él en unos versos, el miserable se vengó haciendo llegar a manos del poeta un paquete conteniendo una colección de cartas en las que la impúdica esposa, en pleno extravío por la torpe pasión que había sabido inspirarle el indigno, recordaba las escenas de alcoba vividas con su amante. Aunque la relación efectiva de Víctor Hugo con su mujer estaba totalmente rota desde que supo su desgracia, ese día el poeta se sintió abatido por la brutalidad del ultraje. No pudiendo matar al cobarde, que al otro lado del Canal de la Mancha, y estando Víctor Hugo proscrito, se encontraba seguro, pensó en matarse él mismo. Después, con el corazón transido de dolor y vergüenza, marchó a buscar consuelo, como en todas sus adversidades, en el seno de la que fue la amiga fiel, la consejera leal, la compañera abnegada y la novia eterna de su vida: Julieta Drouet

JULIETA LA BIEN AMADA...

Víctor Hugo la encontró en los albores del año 1833, en una fiesta de artistas que la tenían por su musa ligera. Lo era, en efecto. Pródiga de sí misma, distaba mucho de ser una Lucrecia. Varios de aquellos jóvenes artistas habían gustado el sabor de sus besos. Del escultor Pradier, que la tuvo por modelo durante mucho tiempo, le nació una hija, a la que cuidaba con exacerbada ternura maternal. Víctor Hugo, que entonces contaba treinta años, no iba a llevarse, ciertamente, ninguna primicia. Pero el corazón del poeta estaba sangrante por el fracaso de su primer amor, que le llevó al matrimonio, inconscientemente, en juventud temprana, y que había descubierto pocos días antes, en una hora de febril rebusca en los papeles y ropas de su mujer. Julieta era demasiado hermosa para no cautivar la voluntad de un hombre ansioso de encontrar olvido en el frenesí de un abrazo, y estaba demasiado cansada de otorgar o admitir caricias en las que la pasión, engañosamente suplantada por la simpatía o la locura fugaz no pone nada, para no darse cuenta de que, por fin, había surgido ante ella el hombre de su destino.

Unas semanas después llegaban a la alcoba de Julieta —Juliana Gauvain por nacimiento,— los rumores báquicos del Carnaval. A la mañana, Víctor Hugo se levantó con el cuerpo sumido en laxitud, pero con el alma radiante de gozo dionisiaco. ¡Aún vivía el Dios Pan! Aún tenía la Vida Primavera...

Julieta le vio marchar, suspirante el corazón, desde su ventana. ¡Qué diferente era esta despedida a todas las demás! En su pecho se agitaba la duda. ¿Volverá? Un doloroso presentimiento le decía que no. El era famoso, tenía una reputación que mantener, una familia que conservar... Pero la esperanza, que es hija de lo absurdo, replicaba sin darse por vencida: Acaso... Al atardecer, cuando Julieta, que no se había movido de su casa, leía melancólicamente un libro de versos y esperaba su cena frugal para acostarse, sonó un campanillazo en la puerta. Ella tendió el oído a la pregunta de la doméstica:

—¿Quién es?

—Soy Víctor Hugo.

La puerta se abrió. Ella salió a su encuentro con los brazos temblantes:

—Te esperaba...

Hasta diez días más tarde no regresaría Víctor Hugo a su casa, fría y deshonrada. En realidad no regresaría nunca, al menos con presencia espiritual. Le ataba al hogar el

amor de los hijos y el orgullo de su apellido, que ellos llevaban, incluso aquella Adelita —la última, que él sabía, y lo pregonaba la maledicencia—, hija de Sainte-Beuve. Pero su mujer no contaba para nada —a no ser como una espina ponzoñosa—, en su existencia moral.

EL PACTO DE AMOR

Los dos se desnudaron el alma, como si se pagaran mutuamente una deuda penosa, pero sagrada. Ella le contó, con rubores insospechados, cuántos y quiénes habían sido sus amantes; el día en que Pradier, siendo ella virgen todavía, la convirtió de modelo en amante; se dedicó después al teatro... El le explicó la infidelidad de su mujer, la traición de su amigo, como si con ello quisiera salvar un poco la distancia que les separaba. Hecha la doble confesión, ya no había más que amarse sin freno. Para Julieta no habría en lo sucesivo otro mundo, ni otra vida, ni otra voluntad que los de Hugo. Todas las condiciones que le dictó fueron aceptadas sin reproche, como si constituyeran los eslabones de una dulce cadena con la que ella quisiera hacerse esclava. Dejaría el teatro, olvidaría toda su vida pasada, rompería con sus amigos, cambiaría de casa, vendería sus muebles y sus ropas, y las horas en que él no estuviera a su lado las emplearía en copiar los manuscritos de sus obras... A todo asentía Julieta, con el corazón inundado por una alegría sana y limpia como la claridad del alba. Sin embargo, no dejaba de comprender que el poeta exigía mucho más de lo que él estaba dispuesto a dar. Su unión iba a durar hasta la muerte, pero alterada por constantes escenas de celos motivados por las veleidades amorosas de Víctor Hugo, en quien la lujuria formaba una especie de segunda naturaleza. En sus aficiones no era, ciertamente, un exquisito, supuesto que en lances de amor existen otras diferencias que las que separan a la fealdad de la belleza. Jamás le abandonó su irresistible atracción por las sirvientas, por las cocineras, por las niñeras, tal vez porque las tenía más al alcance de su mano, y él, en ese punto, no entendía de preámbulos. Pero Julieta no podía llamarse a engaño. Sabía que, a partir del instante en que se juntaron, no iba a ser más que una prolongación del poeta, su musa silenciosa y ardiente en la intimidad de su vida. Y aceptaba el papel acaso con la orgullosa convicción de que era el primero y el último que se le ofrecía en la representación de un drama de verdad, en el que ella era, pese a todas las amarguras y humillaciones, la heroína.

EL GRAN DRAMA

En 1843 Víctor Hugo está en el ápice de su gloria. A los cuarenta años es la figura literaria más grande de Francia, a quien la juventud idolatra; se le prepara un sillón en la Academia; su nombre se cita en todas partes. . . Y es entonces, precisamente, cuando la desgracia viene a herirle por segunda vez —y ahora con más fuerza—, en pleno corazón. Acababa el poeta de levantarse y tomaba el desayuno con Julieta en su retiro de Soubise, donde ella se alojaba, cuando Víctor Hugo abrió, sin demasiado interés, un periódico. Repentinamente, el poeta deja caer el periódico de sus manos, inclina la cabeza pesadamente y de su pecho se escapa un sollozo que tiene mucho de rugido. Lo que dice el periódico es que Leopoldina, la mayor y la más querida de sus hijas, y Carlos Vacquerie, con el cual acababa de casarse, se habían ahogado en Villequier, en el estuario del Sena, donde pasaban su luna de miel... Desencajado, abrumado por el dolor, Víctor Hugo tomó la primera diligencia que partía hacia la Turena. Parecía inconsciente. Durante los renuevos de postas, en las posadas, los lugareños contemplaban asombrados al viajero hurra que tomaba una taza de caldo y bebía un vaso de vino mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. "Un borracho", dijo alguno de ellos, bien f Jos de sospechar que se hallaba ante el poeta más ilustre de Francia. Le aterraba, además, el encuentro con su familia; con Adela, que desde hacía mucho tiempo expiaba en silencio

su culpa; con sus hijos, en cuya mirada creía advertir un reproche mudo, como si él fuera el responsable de la desventura de Leopoldina... "¡Señor, Señor, caridad para mí..." Si no la tuvo Dios, la tuvo, cuando menos, Julieta, "Mi Víctor adorado!— le escribía el 13 de septiembre—, cualquiera que sea tu desesperación, la mía es más grande, porque la siento a través de mi amor, que la centuplica y la multiplica más allá de las fuerzas humanas..." Y le recordaba a la pequeña Clara, la hija que tuvo del escultor Pradier, muerta cuando se acercaba a la pubertad, para demostrarle que compartía el dolor del poeta como si Leopoldina fuera también hija de su carne. Luego vino el sufrimiento atroz de soportar, junto a la esposa odiada, el desfile de las condolencias. Todo París — toda Francia, habría que decir, —lloraba con Víctor Hugo la muerte de Lopoldina. Hasta el miserable Sainte-Beuve— "¡Dios mío!, ¿también esto?"—, se creyó obligado a expresar su pésame. Luego se hizo el silencio. Y en el inmenso desamparo en que se sentía después de aquella prueba de martirio, Víctor Hugo no encontró más que un refugio de consolación: los brazos de Julieta.

EL DESTIERRO

Con el golpe de estado de Luis Napoleón —Napoleón el Pequeño lo bautizará Víctor Hugo, admirador fervoroso de Napoleón el Grande—, llegan para el poeta los días del destierro. Acosado por los polizontes, es Julieta la que le busca lugar donde esconderse y la que prepara su huida a Bélgica, donde no tardaría ella en seguirle. Están unidos ya, indisolublemente, como si fueran marido y mujer. Sólo por un escrúpulo impuesto por las conveniencias sociales no ocupa ella, públicamente, la casa en que Víctor Hugo se instala con su familia, primero en Bruselas, luego en Jersey, más tarde en Guernesey, su refugio definitivo hasta el regreso a Francia, diecinueve años más tarde. En Guernesey Julieta tomó en arriendo una pequeña villa situada enfrente mismo de la casa que Víctor Hugo había elegido para vivir con su mujer y sus hijos, atormentados por el drama de sus padres, cuyos detalles les eran conocidos. Desde sus ventanas, Julieta, con la ayuda de unos prismáticos de teatro, seguía perfectamente la vida de su amante, desde que se levantaba. Le veía lavarse, echarse para atrás la ruda cabellera y ponerse luego a trabajar, como él solía hacerlo, es decir, de pie, llenando febrilmente, a impulsos de una portentosa capacidad creadora, cuartillas que desparramaba por el suelo a medida que las iba llenando. Después las recogía su cuñada Julia, hermana de su mujer, casada con el grabador Chenay, que las ponía en orden y se las llevaba a Julieta, que se ocupaba en corregirlas. Nadie ignoraba la extraña situación familiar del ilustre desterrado, ni los lazos que le ataban a madame Drouzet, como a Julieta la llamaban los sencillos y un poco escandalizados habitantes de la isla. Por la noche, Víctor Hugo iba a cenar con su querida, a veces acompañado por sus dos hijos varones. El poeta trabaja y ama intensamente. El espectáculo maravilloso del mar, contemplado constantemente de día y de noche, en un escenario tan primitivo y hermoso como el de Guernesey; el trato con los pescadores —y con las pescadoras, en las que no busca temas literarios precisamente—, excitan su imaginación y le llevan a escribir **Han de Islandia y Los trabajadores del mar**, a la vez que produce otros libros y mantiene la lucha implacable contra Napoleón III. Es famoso. Se habla de él en el mundo entero. Cuando las tropas francesas invaden México, una inflamada proclama suya ensalza el heroísmo de los mexicanos. .. ¡Ah, si no fuera por su drama íntimo! En su casa no puede evitar que, de cuando en cuando, se encuentre con la suya, la mirada sombría de Adela. Recuerda entonces... ¡Menos mal: allí, a unos cuantos pasos, está Julieta, siempre dulce, siempre dispuesta para el consuelo. ..! Aunque no todo es paz y armonía entre los amantes. La irrefrenable satiriasis de Víctor Hugo, que no se aplaca con los años, provoca los celos y la cólera de Julieta. Un día en que el poeta se retira temprano, pretextando un trabajo

urgente, Julieta le sigue sigilosamente. En efecto, Víctor Hugo se introduce en la casa de una carnicera, cuyas carnes —las suyas, no las que expende—, resultan extraordinariamente apetitosa para él... La escena violenta no se hace esperar. Julieta le increpa duramente. "¡Al menos —grita ella—, cuida de tu reputación!" "¡Bueno, bueno —aclara él, tranquilizador y bondadoso—, no nos martiricemos por el crujido de un catre!" "¡Miserable —vocifera ella—, ¿no has dicho tú, en otra ocasión, que eso era el rumor del Paraíso?"

LA VUELTA Y LA MUERTE

Sedán, la Commune, la República otra vez... Víctor Hugo vuelve a Francia. El recibimiento no es tan deslumbrante como él esperaba. Han pasado demasiados años y la juventud de hoy ya no es la que él dejó;

se ha hecho madura y ha cambiado de gustos. Víctor Hugo es, sin embargo, la primera figura literaria de Francia y su nombre tiene la aureola de la gloria. Por dondequiera que el poeta va, sale a ungrirle la fama, y de esa fama participa, en secreto, Julieta. Ante los ojos del poeta, raro caso de vitalidad, aunque en su infancia se sospechó que moriría pronto por falta de vigor, iba a desfilar la película de su existencia: había muerto Sainte-Beuve; al año siguiente —1870—, le seguía Adela. Después Julieta. Y ya no escribió más. El 22 de mayo de 1885 murió él. Se le hicieron honras solemnes, como no las ha tenido nunca ningún poeta. Bajo sus ventanas expresó su duelo el pueblo de París, desfilando en larga romería.

ANTE EL CENTENARIO DE BALZAC

En agosto del año próximo se cumplirán cien años de la muerte de Honorato de Balzac, una de las figuras literarias más representativas e ilustres de Francia, que tanto abunda en ellas. Con tal motivo, en Francia han comenzado ya los preparativos para celebrar el centenario con los honores que tal ingenio merece. París, escenario de sus luchas, de sus amarguras y de sus triunfos literarios, y Tours, su ciudad natal, encabezarán el homenaje, al que se sumará la intelectualidad de todos los países europeos. Tampoco los países americanos, o muchos de ellos, estarán ausentes del suceso. México, desde luego —la iniciativa está lanzada y recogida— aportará su hoja de laurel a la corona del centenario. Todo ello es justo y natural. Balzac es esencialmente francés, pero también anchamente universal.

De la magnífica floración de escritores franceses del siglo XIX, ninguno sobrevive con tanta lozanía como Balzac, a no ser Stendhal y, acaso, Flaubert, escritor —ayer y hoy— para minorías. Víctor Hugo, el que con su luminosidad deslumbrante los eclipsó a todos, es hoy un sol apagado. Y es de notar la circunstancia, porque Balzac estuvo muy lejos de alcanzar en vida la fama que ganó después de muerto. Por el contrario, le fue regateada por sus contemporáneos, a pesar de las dimensiones ingentes de su obra, sólo comparable en extensión y grandeza, en los tiempos modernos, a la de Galdós. Verdad es que Balzac vivió en la época más exuberante del romanticismo y él encarnaba, precisamente, la reacción intelectual y moral contra el romanticismo. Lo propio acontece con Stendhal. Ni uno ni otro excitaron la pasión del público como la excitó, por ejemplo, Víctor Hugo, con la primera representación de **Hernani**, que provocó disturbios callejeros en París, pero uno y otro son tan actuales hoy, con referencia al gusto literario, como hace cien años. Si algún axioma hay que no falla es el de que en la sencillez reside la elegancia y que es el más artista aquel que en la novela acierta a representar con la palabra justa y el estilo claro las emociones de sus personajes. Por eso no en-

vejece ni envejecerá jamás ese gigante de la novela que se llamó Tolstoi.

GENEROSO DESPILFARRADOR

Cuesta trabajo comprender cómo Balzac, agobiado por eternos problemas de dinero que él mismo se creaba, pudo dar remate a ese monumento imperecedero que es la **Comedia Humana**, reflejo exacto de la vida social y de la naturaleza del hombre. Y más asombro produce que en los cincuenta y un años que duró su vida pudiera escribir un número de cuartillas que, prescindiendo del genio creador que encierran, representan, como simple labor de amanuense, un portentoso esfuerzo material. Pero ya sabemos que el genio es, por sí mismo, anormal. Balzac, hijo de padre casi viejo y madre casi niña, es anormal, por superabundancia, en todo, excepto en el equilibrio perfecto de su obra. Pero ese equilibrio es, justamente, el que falta en su vida, desordenada y llena de pueriles afanes que la ensombrecieron. Desde que en 1818, cuando tenía diecinueve años, siendo pasante en el despacho del notario Passez, escribe sus primeros ensayos hablando de la inmortalidad del alma, hasta sus últimos años, siempre será igual: generoso, despilfarrador, fantástico. En 1819 abandona su empleo, dice adiós a la carrera de Derecho y se instala en una buhardilla, en el número 9 de la calle Lesdiguière, resuelto a ser escritor o a no ser nada. Sus primeras novelas, firmadas con seudónimo, en colaboración con Augusto Le Poitevin —y de las cuales renegará más tarde— no tiene otra mira que la de sacar dinero. Por esa época conoce a la señora De Berny, que le lleva más de veinte años y gracias a la cual, que le presta dinero, se asocia en 1825 a los proyectos editoriales de Urbano Canel. Está cansado de su labor anónima y renuncia a ella. Prologadas por él, publica entonces las obras de Moliere y las de La Fontaine, a la vez que trabaja en obras propias. Pero el negocio editorial es un fracaso en el que pierde 15,000 francos.

FRACASO COMO EDITOR

Con nuevo capital, salido de la misma fuente, compra una imprenta y edita novelas, folletos y prospectos. En 1827 quiebra la imprenta. Pero Balzac no se da por vencido y adquiere en seguida una fundición de tipos. Otra bancarrota. El saldo de sus aventuras comerciales arroja 90,000 francos de deudas, que le obligan a vivir escondido y con nombre supuesto durante algún tiempo. No será la única vez que tenga que acudir a semejante ardid para librarse de los acreedores e incluso de la cárcel.

En 1829 empiezan a aparecer las primeras novelas que pudiéramos llamar propiamente suyas. Los que siguen son años de actividad intensa. Trabaja febrilmente. Edita libros, publica folletines, cuentos y crónicas en Periódicos y revistas. Su nombre adquiere notoriedad. Frecuenta los salones elegantes. Hace excursiones y viajes a Suiza, a Italia, a Austria. Está instalado lujosamente, con coche y criado. Y antepone a su apellido —es uno de sus rasgos pueriles— la partícula nobiliaria **de**.

TRIUNFOS Y AMORÍOS

Su vida amorosa es igualmente densa. La señora De Berny, envejecida ya, que le guardará siempre un tierno afecto, y a la cual acude en busca de consuelo en sus trances desventurados, es sustituida por la marquesa de Castries, con la que rompe en Ginebra en el otoño de 1832, cuando planeaban un viaje a Italia. Ese mismo año recibe, desde Ucrania, la primera carta de la "Desconocida", con quien se encuentra, al año siguiente, en Neuchatel. Se trata de la señora Hanska, una polaca hermosa y rica, casada con un noble ruso. Sin perjuicio de que otras mujeres —la condesa Guidobini Visconti, la diablesa Carolina Marbouty, que le hace perder el juicio— pasan aún por la vida de Balzac, el idilio con la señora Hanska ya no se interrumpirá hasta la muerte, siquiera sea a distancia, sólo acertada por fortuitos y espaciados encuentros. Se han dado palabra de matrimonio tan pronto como el señor Hanska muera, y Balzac, con la imaginación desbo-

cada, se entrega a hacer planes y proyectos que le llevan a los más descabellados intentos. En vano ella, que está muy lejos de sentir una pasión ardiente, trata de imponerle en sus cartas un poco de juicio. Las de él son unas cartas inflamadas y candorosamente embusteras. Le jura que le es fiel y que su castidad es la de un cartujo. La señora Hanska sonrío y va guardando esas cartas que le encantan. Porque lo que ella ama en Balzac no es al hombre, sino al escritor.

MUERTE DE BALZAC

Lo malo es que el señor Hanska, aunque viejo y enfermo, no muere hasta 1841. Balzac que está, como siempre, abrumado por cuestiones de dinero, invoca el compromiso contraído, pero la señora Hanska no parece tener la misma prisa. En 1843 —el año que es rechazada su candidatura como académico— marcha a San Petersburgo para reunirse con la señora Hanska y con su hija. Vuelto a París se dedica a comprar muebles, cuadros y objetos de arte para la residencia que ocuparán cuando se casen.;

Cree ser un lince y los anticuarios le estafan a placer. En 1845 se reúne] de nuevo con madre e hija y viaja con ellas por Europa. Así transcurren! los años hasta 1850, en que, por fin, se celebra el casamiento en la iglesia de Santa Bárbara, en Berdiczew. En abril, la pareja emprende el viaje] a París. Pero Balzac viene herido de muerte. De todos sus sueños no queda más que esta realidad triste de un hombre derrumbado. El 18 de agosto fue a verle Víctor Hugo. Nada más patético que el relato que de la visita hace en sus **Memorias**. Aquella misma noche murió Balzac. El entierro se celebró el 22, en el cementerio del Père Lachaise. Llovía fuertemente. Llevaban los cordones del ataúd Víctor Hugo, Alejandro Dumas, el ministro Baroche y el cínico Sainte-Beuve, que fue su más enconado enemigo. Víctor Hugo pronunció la oración fúnebre:

"El hombre que baja a la fosa pertenece a aquellos a quienes acompaña el dolor público. Desde ahora las miradas no se dirigen hacia las testas que mandan, sino hacia las de aquellos que piensan, y todo el país) tiembla cuando una de éstas desaparece. Hoy el dolor del pueblo es el dolor por la muerte de un hombre de talento; el duelo nacional es la pena; por la desaparición de un hombre de genio. El nombre de Balzac se une ahora a la estela luminosa que nuestra época deja al futuro..." Y el gran poeta, cuya grandeza le permitía no tener envidia de nadie y hacer justicia a todos, sentenció: "El mismo día entra en la tumba y en la gloria".

LUTO INTELECTUAL EN FRANCIA: ANDRE GIDE

Silenciosamente, como si hubiera querido evitar que el ruido de la publicidad turbara la placidez de sus últimas horas, se ha extinguido en París, cargado de años y de laureles, uno de los príncipes de las letras contemporáneas de Francia: André Gide. La noticia de su muerte casi se dio la mano con la de su enfermedad, imprevista y rápida en su desenlace. Ocho días, contados torpemente... Por fuera del tiempo, según la duración normal que el Destino concede a los humanos, la muerte de Gide no debía sorprender a nadie. Integraba ya esa baraja de escritores ilustres que abandonan la vida pasados los ochenta años. Sin forzar la memoria recuerdo a Goethe, a Víctor Hugo, a Anatole France. . . Con Víctor Hugo, tan ajeno a él en parentesco literario, tenía Gide una rara similitud: los dos tuvieron una infancia enclenque y los dos fueron, pese a todas las previsiones de los médicos, ejemplo magnífico de vitalidad. Los amigos íntimos de Gide aun esperaban que éste, no obstante su edad, superaría la prueba de su dolencia. En el apartamento de la rue Vaneau, en el corazón de París, que el escritor habitaba, cada cuarto de hora unos nudillos repicaban suavemente a la puerta. Era alguno de los incondiciona-

les o admiradores que venían a informarse del estado del enfermo. Aparecían, andando despacio, los parientes de Gide: Roger Martín de Gard o Gastón Galliremad, quienes apretaban en silencio la mano de los visitantes y les transmitían su impresión del minuto. A veces surgía su hija, Mme. Lambert-Gide, quien sólo por excepción no se apartaba de la cabecera del paciente. Y, en fin, de cuando en cuando, el doctor Pierre Herbart pronunciaba una palabra que lo mismo podía ser de aliento que de Gard o Gastón Gallirewad, quien apretaban en silencio la mano de conservó el optimismo. En el gran despacho en que André Gide trabajaba, al través de cuyos ventanales se recortaba la silueta de la torre Eiffel y contemplaba, sobre todo en los días de sol, la perspectiva admirable del Trocadero, con los Inválidos al fondo y el Sena discurriendo tranquilamente, la secretaria, una mujercita de aire exótico, con los cabellos cortos, seguía despachando la correspondencia y preparando envíos de libros, como si todo estuviera preparado para que el escritor, tocado con su boina y abrigado con su chaqueta clara de lana espesa con vueltas negras o rojas, continuara su faena. Hasta que el doctor Fierre Herbart —comunicado del 20 de febrero, a la una de la tarde— advirtió que el enfermo había entrado en un sueño letárgico. Era el fin...

INTELIGENCIA LUMINOSA

"Era una de las inteligencias más luminosas de nuestro país", declaró, conmovido, el viejo Eduardo Herriot. Y no exagera. André Gide no sólo fue una de las inteligencias más claras de la Europa actual, sino uno de los espíritus más inquietos de nuestro tiempo, en el sentido más noble y profundo de la palabra. Su obra, considerable en extensión lo es, sobre todo, en calidad y hace de él uno de los maestros de las jóvenes generaciones literarias. Rico por nacimiento, sin haber tenido que vivir nunca la bohemia de tantos escritores sin fortuna, sin haber frecuentado jamás los bajos fondos de la pobreza, André Gide —en quien asomaba siempre el aristócrata, por el refinamiento de la educación y los gustos— fue, sin embargo, extraordinariamente sensible a las solicitudes del drama social. Así se explica su adscripción, si no formal —porque, contra lo que se ha dicho alguna vez, no pidió nunca el ingreso en el partido—, por lo menos sentimental al comunismo en 1932. En Rusia se le recibió triunfalmente, como a un gran señor del pensamiento, aureoleado por la fama, que venía a hacer justicia a la revolución rusa. Se la hizo, en efecto, pero a la inversa de como esperaban los bolcheviques. Vuelto a París se apresuró a proclamar su desencanto. Reconociendo el esfuerzo ingente que los soviets habían realizado para modernizar e industrializar el país, la esclavitud a que el hombre estaba sometido en el pretense régimen socialista repugnaba profundamente a su conciencia. Su libro "Regreso de la URSS" produjo emoción y escándalo. Los comunistas volcaron sobre él todo su léxico injurioso, como si así borrarán sus desmesuradas alabanzas de ayer. Por sus huellas habrían de seguir numerosos intelectuales que hasta entonces habían mostrado simpatía hacia la Rusia comunista.

HOMBRE SINCERO

Hombre de una sinceridad incapaz de pactar con el disimulo, presentaba la verdad de las cosas tal como él creía verla, sin ponerle valeduras, salvo las naturales de su estilo, uno de los más puros del idioma francés. Ningún tema, por escabroso que fuere, le asustaba ni le obligaba al silencio. Son testigos de ello sus recuerdos de Oscar Wilde en África y, sobre todo, ese libro extraño, audaz, que sólo un hombre de sus condiciones podía escribir, titulado "Corydon", que viene a ser una justificación, entre moral y científica, del homosexualismo. Su afán viajero le llevó a recorrer toda Europa y gran parte de otros continentes, sobre todo África. Su libro "Viaje al Congo", aparecido en 1931, atacaba tan crudamente el sistema colonial francés —los franceses siempre han sido

unos lamentables colonizadores— y destacaba de tal modo sus fallas, que provocó una fuerte campaña de prensa y, finalmente, la intervención del Gobierno para corregir los vicios señalados por el escritor. Su última obra, "Littérature Engagée", publicada en junio de 1950, revela una espléndida plenitud intelectual. Y no le iba en zaga su capacidad física. Aun solía ser él quien trepaba por la escalera de madera para buscar en los estantes altos de su magnífica biblioteca un volumen que le interesaba especialmente...

André Gide ha muerto con los óleos laicos que la gloria discierne a sus elegidos. El era uno. En Francia y fuera de Francia. En 1947 se le otorgó el premio Nobel de Literatura. Y bastantes años antes, la Academia Real de Literatura de Londres le había designado para ocupar el puesto que dejó vacante un parigual suyo en muchos aspectos: Anatole France. Uno y otro prolongan el prestigio espiritual de Francia en el mundo...

EVOCACIÓN DE VALLE INCLAN

Una carta que viene de España y me habla de cosas pasadas, semidormidas en el melancólico almacén de los recuerdos, me ha hecho evocar la figura sin par de don Ramón del Valle Inclán, muerto en aquel año trágico de 1936 que vio desaparecer —acaso para bien de ambos—, en sus primeros días al manco insigne de Puebla del Caramiñal, y en los últimos a don Miguel de Unamuno, que reposa ya para siempre al abrigo de las piedras doradas de Salamanca. ¡Grande y generoso y altivo don Ramón! Pasarán los días y sus libros seguirán conservando el encanto de ayer y su traza física seguirá siendo actual. Porque en Valle Inclán el hombre y la obra se identifican y confunden, y uno y otra dan una síntesis rara vez lograda de los factores —buenos y malos—, que integran el carácter español. Poco importa que haya en su literatura, sobre todo en la de sus primeros libros, influencias muy marcadas de algunos autores italianos y franceses, como hizo notar, no sin que don Ramón se mesase las barbas, Julio Casares en su **Crítica profana**, que levantó ampollas ardientes. En una de sus **Sonatas**, Valle Inclán utiliza, copiándolo casi al pie de la letra, «n episodio de hechicería que el lector curioso puede encontrar sin esfuerzo en las **Memorias** de Jacobo Casanova, el cínico aventurero que hizo del amor su oficio y beneficio. La presencia de Barbey d'Aureville y de otros escritores y poetas franceses, cultivadores de la literatura morbosa y demoníaca es notoria en la obra de Valle Inclán. Incluso se dejaba traslucir cuando don Ramón —gran verba florida, alimentada por una fantasía multicolor—, sonreía con amargo rictus y comenzaba uno de aquellos relatos con los cuales apabullaba a sus tertulios. "Cuando yo asesiné a mi pobre madre"...

SIEMPRE AMÓ A MÉXICO

Pero todas las influencias foráneas se volvían españolas en Valle Inclán. ¡Gran don Ramón! México era para él, después de España, la tierra más querida; y aunque su primera llegada a Veracruz se distinguió porque, apenas desembarcado, abofeteó al director de un periódico local que aquel día publicaba un artículo despectivo para, los españoles, siempre tuvo por México, adonde volvió, una devoción entrañable. En México se desarrolla una de sus Sonatas, acaso la más bella. Otra novela suya —**Tirano Banderas**—, es un aguafuerte literario que tiene a México por fondo.

Y en España, el nombre de México le arrancaba suspiros a don Ramón. "Allí —decía—, todo huele a muerte, a guerra y aventura". ¿Qué más podía apetecer el marqués de Bradomín? Cuando se le preguntaba el por qué de sus viajes a México, don Ramón, arañándose la barba, explicaba: "Yo tenía una torre en Santa María del Caramiñal, de la que salió para contribuir a la conquista de las Indias mi antepasado Gonzalo Domín-

guez, capitán de caballos, que en la batalla de la Noche Triste murió a la vista de Cortés, y para defenderle. Los indios le agarraron la lanza, le derribaron del caballo, y vivo todavía, le extrajeron el corazón, que después fue arrojado contra el gran Teocali..." Por descontado, todo era mentira, tan mentira, como el grado de Coronel de los Ejércitos de Tierras Calientes, que se adjudicaba y que hacía valer dondequiera. A un juez que le preguntaba, para procesarle, en los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera, qué ejércitos y tierras eran éstos, don Ramón, sonriendo compasivamente, le contestaba:

"Si usted supiera un poco de geografía..."

"La verdad es —decía con frecuencia don Ramón—, que fui a México con propósito de conquistarlo. Pero en vez de luchar contra México luché por México, a favor de México". Y añadía: "Es lo que seguiré haciendo.. ." Fue, en realidad, una conquista mutua. Pocos o ningún escritor extranjero han llegado tan adentro del corazón de México como Valle Inclán, el orfebre genial de la palabra.

ANÉCDOTAS DE SU VIDA

Con el anecdotario de Valle Inclán podría hacerse un libro que sería, a la vez, un libro de estética y de humorismo, de ese humorismo desgarrado —en el fondo patético—, que hunde sus raíces en la picaresca española. Conocida es su enemiga implacable contra Echegaray. Una tarde en que don José, cuyos dramas hacían entonces furor, salía del Ateneo madrileño, Valle Inclán comentó en alta voz: "Es un pedazo de bruto". Uno de los que le escuchaban se abalanzó a él, iracundo, le agarró de las solapas y bramó: "¡Ya está usted retirando esas palabras!" Don Ramón, impertérrito, transigió: "Bueno, retiro lo de pedazo..." Cuando murió Echegaray se le hizo un entierro de duelo nacional. Los balcones madrileños se vistieron de negro. El Cuerpo Diplomático asistió al cortejo. Todo era solemnidad y dolor... Todo, menos Valle Inclán, que desde una acera de la calle de Alcalá alzó su voz sobre el silencio general, para decir con acento feroz;

"Ese **fiambre** era un idiota".

EL DE ALBA

Don Ramón, gloria auténtica de las letras españolas, hubiera hecho, desde luego, un mal académico. Pero nadie pidió que lo fuera. En cierta ocasión se le habló de ello a un señor Cotarelo, que no sé si aún vive o ya es muerto —el dato no importa—, secretario perpetuo de la Academia de la Lengua, no se sabe por qué razones, y el muy ilustre señor Cotarelo dijo que ignoraba quién fuera el señor Valle Inclán. Pero no era él solo. Muerto Valle Inclán, un periodista que recogía opiniones sobre el estupendo escritor, solicitó la del duque de Alba, propietario de innumerables títulos de nobleza, catorce veces grande de España y presidente de la Academia de la Historia. El duque, que acaso tenía alguna noticia de **El ruedo ibérico**, se amoscó. "Ese señor —dijo al fin— no es historiador, y, por lo tanto, no me he molestado en leer ninguna de sus obras".

¡Enhorabuena, don Ramón, enhorabuena! A Cervantes tampoco le entendieron los duques. El a los duques, sí...

REVISTA "ATLANTIDA"

(1951)

Genio de España. Cervantes y su caballero.

CERVANTES Y SU CABALLERO

De todas las hazañas que asientan la fama de Don Quijote ninguna, en mi opinión, tan propia del hidalgo y que honre tanto la fuerza de su brazo como aquella en que desbarata el retablo de maese Pedro, sordo a los lamentos del titerero y a los chillidos del mono adivinador. Recordémosla tomándola en el punto en que maese Pedro, cubierto el ojo izquierdo y casi todo el carrillo con un parche de tafetán verde, metido ya en el escondrijo de su retablo y encendidas las candelillas con que éste se ilumina, se dispone al manejo de sus muñecos para esparcimiento de los viandantes que en la Venta han buscado acomodo. No sería prudente, sin embargo, que pasáramos por alto los recelos de Don Quijote, a quien las habilidades del mono adivino, que al primer golpe de vista ha reconocido en él al sin par caballero desfacedor de entuertos han puesto en sospecha. Sigilosamente, llevándolo a un rincón de la caballeriza la comunica a Sancho: —"Mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad de este mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro su amo debe tener hecho pacto, tácito o expreso, con el demonio". Y para enmendar las toscas expresiones de Sancho, que confunde los términos y las palabras, Don Quijote se extiende y aun llega a mostrarse maravillado de que el mono y su amo no hayan sido denunciados al Santo Oficio, que entonces —como ahora— anda muy afanoso a la caza de herejes haciendo bueno el adagio que en forma de redondilla nos transmitió Llórente:

Quién entra en la Inquisición, siempre sale chamuscado, cuando no sea quemado y negro como un tizón.

Pero entiéndase bien: Don Quijote se maravilla de que no hayan sido denunciados por otros, sin que le pase por las mientes la idea de denunciarlos él, que esa es empresa de cuadrilleros y no de caballeros andantes a su manera. Mas ya la representación ha dado comienzo y el mancebo que ayuda a maese Pedro alza la voz de falsete para explicar los misterios del retablo. ¡Ay, mi vieja Zaragoza! Asomada a una torre del alcázar moro, más tarde castillo de la Aljafería para albergue de reyes aragoneses, y más tarde todavía, en 1936, prisión de cristianos otra vez, llora Melisendra mientras Don Gaiteros ronda la torre con el ánimo resuelto a librarla del cautiverio. He aquí la atención de los espectadores concentrada en las escenas que siguen. Melisendra, a una señal de su amado, se descuelga del balcón. Ya la toma en sus brazos Don Gaiteros y la pone sobre las ancas de su caballo, el galope tendido hacia tierras de Francia. Las gentes del rey Marsilio salen en persecución de los fugitivos mientras tocan apresuradamente —dice el mancebo explicador— las campanas de las mezquitas. A lo cual Don Quijote, grave y sentencioso, opone la advertencia de que entre los moros no se usan campanas, sino atabales y una especie de dulzainas que parecen chirimías. Desde el interior del retablo la voz de maese Pedro gruñe y pide a Don Quijote que no se detenga en niñerías ni quisiera llevar las cosas tan por el cabo, siendo así —ahora habla Cervantes por boca del titerero— que "se representan por allí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y, con todo eso, corren felicísimamente su carrera y se escuchan no sólo con aplauso, sino con admiración y todo", razones con las cuales Cervantes desahoga un poco su pesadumbre de autor teatral inestimado y que Don Quijote subraya con lacónica aprobación: "Así es la verdad". Mas ya la morisma corre en busca de los amante. Todo hace presumir que les darán alcance y los devolverán a Zaragoza trayéndolos atados a las colas de sus caballos. Y eso no. No mientras Don Quijote aliente y su mano sostenga una espada. Y desenvainando la que lleva al costado. Don Quijote prorrumpe en airadas frases de desafío: "No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como Don Gaiteros. ¡Dete-

neos, mal nacida canalla; no le sigáis; si no, conmigo sois en batalla!" Y dióse a repartir mandobles con tal furia que no quedó títere con cabeza, y el propio maese Pedro perdiera la suya a no esconderla apresuradamente cuando, para hacer ver a Don Quijote que se trataba de figuras de pasta, quiso asomarla fuera. A Don Quijote no le importa saber de qué materia están fabricados los personajes que pueblan el mundo de su locura, la más genial y generosa que conocieron los hombres y de la cual quiera Dios que no acabemos de curarnos nunca los que aún andamos contagiados de ella. El los juzga por sus acciones y los trata con arreglo a su veredicto moral, porque de lo único que Don Quijote no sabe nada —y cada día»menos— es de injusticias y engaños o industrias mal avenidas con la honestidad. Sus leyes no son las que están escritas en las pragmáticas, sino las que le dicta su conciencia, que es la única con la cual Don Quijote no quiere andar a palos. Y a ellas se atiene. Por eso cuando parece salir —sin que, afortunadamente, salga nunca— de sus trances de locura, se muestra siempre humilde, liberal saturado de humanas excelencias. De esas cualidades se beneficia, por supuesto, este bribón de maese Pedro que se tapa el rostro con tafetán para que Don Quijote no descubra en él al Ginés de Pasamente que iba en la reata de los galeotes a los cuales intentó libertar, para su daño, y que le robó a Sancho el asno en la espesura. Venido en el reconocimiento de su extravío, Don Quijote atiende los lamentos del bigardo ofreciéndose a pagarle los daños producidos. Es entonces cuando el ventero y Sancho se convierten en tasadores, y transigen en que por el cuerpo descabezado y maltrecho del rey Marsilio de Zaragoza pagase Don Quijote los cuatro reales y medio que pedía el titerero. Seguramente piensa Don Quijote, aunque no lo diga, que no es mucho pagar por un rey, así sea moro, y a pesar de que en la Historia hubo y hay muchos reyes, moros o cristianos, unos que perdieron la corona y la cabeza, otros que conservaron la cabeza y perdieron la corona y algunos que, no habiendo pasado por tan aleccionadora experiencia, aspiran a vivirla, reyes o reyezuelos o pretendientes que valían y valen mucho menos de los cuatro reales y medio que daba Don Quijote. Y, en fin, la prodigalidad de nuestro hidalgo es tanta, que cuando el galeote disfrazado, bien cobrado ya el importe de su retablo, aun reclama que se le den dos reales por el trabajo de buscar al mono adivino. Don Quijote, que a veces tiene sus ribetes de malicia, ordena: "Dáselos, Sancho, no para tomar el mono, sino la mona".

RETRATO DE DON QUIJOTE

Cómo es Don Quijote en lo corporal, nos lo dice Cervantes en la página primera de su historia —y no novela—, después de aquellas que van dedicadas al duque de Bejar, marqués de Gibrleón, conde de Benalcázar y no sé cuántas cosas más, de quien no tendríamos noticia ninguna que perpetuara su nombre a no ser por la dedicatoria de ese hidalguelo pobre y desdeñado que se acoge a su protección de Mecenas. Frisaba la edad de Don Quijote en los cincuenta años y era "de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza". Cómo era Don Quijote en lo espiritual, nos lo irán diciendo luego sus acciones, pero en el curso de ellas Don Quijote mismo se encarga de ofrecernos su diseño moral. Tal cosa ocurre cuando pone remate a la descomunal aventura de los leones, aquella en que Don Quijote, después de haber rechazado con palabras corteses las discretas advertencias del Caballero del Verde Gabán, y de aplacar las lágrimas de Sancho, que lo da por muerto, ordena al leonero que abra las puertas de la jaula, sin que le desazonase más que una duda: si debía esperar a los leones a caballo o a pie. Resolvióse por hacerlo a pie, compadecido de los riesgos y sustos que pudiera pasar Rocinante, y como los leones, llenos de pavor, no salen de la jaula. Don Quijote, sosegado ya el ánimo, da por concluida la hazaña llamando al leonero y rogándole con estas palabras: "Cierra, amigo la puerta, y dame por testimonio en la mejor

forma que pudieras lo que aquí me has visto hacer, conviene a saber: cómo tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volví a esperar, volvió a no salir, y volvióse a acostar". Tras de lo cual Don Quijote, subido de nuevo a Rocinante y seguido de Sancho, prosigue su camino emparejado al Caballero del Verde Gabán, en cuya casa les aguardan descanso y mesa bien provista.

Este don Diego de Miranda a quien Don Quijote llama el del verde gabán, es el personaje más honrado y prudente de cuantos tropieza en su ruta de aventuras. Es el único que, lejos de dar por rematadamente loco a Don Quijote, duda si, por el contrario, será extremadamente cuerdo, lo que quiere decir —y esto va por mi cuenta— loco también. Del discurso con que don Diego de Miranda hace su presentación a Don Quijote cabe destacar estas palabras: "Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros: los de caballería aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y suspendan con la invención, puesto que de estos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convidó; son mis convites limpios y aseados, y no nada escaso; ni gusto de murmurar, ni consiento qua delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros..." Un hombre cabal de quien debieran tomar enseñanza muchos que pasan por serlo y no lo son. Don Diego tiene un hijo, que ha sido estudiante en Salamanca y ha venido a dar, por desgracia, en poeta. Con este hijo, mozo de grandes prendas, cambió sus pláticas Don Quijote. Y como el mozo, un poco imbuido de sus aprendizajes de Salamanca, se confesara ignorante de lo que fuere la ciencia de la Caballería Andante, Don Quijote hubo de explicarle que esa ciencia encierra en sí todas o las más ciencias del mundo, por razones que aduce, añadiendo luego que el caballero andante ha de ser "casto fin los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla". Y atajando la incredulidad del joven don Lorenzo, que pone en duda la existencia de los tales caballeros andantes, Don Quijote, apacible, responde: "No quiero detenerme ahora en sacar a vuestra merced del error que tiene; lo que pienso hacer es rogar al cielo que lo saque de él, y le dé a entender cuan provechosos y cuan necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuan útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo." Don Quijote sabe, pues, que los caballeros andantes no se usan, y es gran desgracia, mas en ella encuentra acicate para proseguir en su oficio, pues lo que está fuera de disputa es que si no hay caballeros andantes debe haberlos. Y Don Quijote, de quien sólo los tontos o los bellacos hacen mofa, y a quien algunos críticos sin meollo tienen por el enterrador de los caballeros andantes es, a la inversa, su reivindicador y profeta. Cuando se le escapa a Cervantes de las manos no sale a ridiculizar con sus disparates a los caballeros andantes que fueron, sino a honrar a los pocos que aún quedan y a los que se armen después. No los ahuyenta: los convoca. Y de tal suerte se han hecho valer en el tiempo sus acciones y ejemplos que hasta los yangüeses le conceden ahora acatamiento y homenaje, acaso con la secreta esperanza de que los demás olvidemos que fueron ellos los que le aporrearon las espaldas con sus estacas.

EL CRONISTA DE DON QUIJOTE

Es tal la realidad humana de Don Quijote, a quien algunos toman por ente de ficción, que en este centenario natal de Cervantes se habla mucho más de Don Quijote que de su cronista, a quien no me atrevo a llamar creador por temor de que el propio Don

Quijote venga sobre mí. "¡Yo soy quien soy! —diría Don Quijote— y no he menester de padres putativos, así sea su nombre tan ilustre como el del relator de mis hazañas". De este parecer era Don Miguel de Unamuno, tan parcial de Don Quijote que llegó a tomarle ojeriza a Cervantes. Mas yo no incurriré en pecado de injusticia y me atengo a las palabras que Cervantes escribe: "Para mí nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para uno, a despecho pesar de escritor fingido y tordesillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero..." ¡Pobre y honrado Cervantes! Habla por la herida, no cerrada nunca, que le produjo la aparición del falso **Quijote** del falso Avellaneda, simulación deleznable de cuyo autor, que no ha podido ser descubierto, se sabe solamente que debió ser cierto marrullero aragonés que vestía hábitos de cura. Siempre le fue mal a Cervantes, como a Don Quijote, con la gente de iglesia, de la que Dios nos guarde. Mueve a lástima la vida del hidalgo, ejemplo claro de) precio de la gloria. Estudiante inquieto y sin dineros, la Sevilla de entonces le descubre pronto los secretos de la picaresca. Soldado sin fortuna, apenas si le quedarían como recuerdo y premio de sus heroicas audacias un brazo perdido —el izquierdo, loado sea Dios— y la añoranza gozosa de aquella mañana del 7 de octubre de 1571, que le ha dejado en la retina, viva e indeleble, la imagen gallarda de Don Juan de Austria levantando altanero el estandarte de Castilla y dispersando en Lepanto las galeras del turco. Aunque la vio con ojos enturbiados por la fiebre y el dolor de las heridas, esa estampa no se oscurece nunca en la memoria de Cervantes. Es un orgullo, después de todo, haber tomado parte en tan señalada empresa. Pero el orgullo, que sepamos, y la virtud, no añaden hacienda. Cervantes está llamado a morder en silencio desdenes y amarguras, en los que abunda incluso su vida matrimonial. En la espetada sequedad de la esposa ve Cervantes el reproche mudo a que le hacen acreedor su mucha afición al cultivo de las letras y su menguada capacidad para encontrar ocupaciones de más segura y provechosa ganancia que la que aquellas ofrecen. Durante la edad madura, lo más del tiempo lo pasa alejado de sus familiares, en el cumplimiento de empleos que, sobre ingratos, brindan muy escurrido beneficio, habida cuenta de que Miguel es hombre que no sabe de ciertas triquiñuelas con las que otros, más avisados, labran su bienestar y engordan la escarcela. Honestidad inútil, como todas, si no fuera porque la honestidad tiene por premio la propia estimación. Cervantes no se salva por ella de andar metido en pleitos de curiales que acaban por meterlo en la cárcel. Y en la cárcel se engendró, aunque no se escribió, el Quijote.

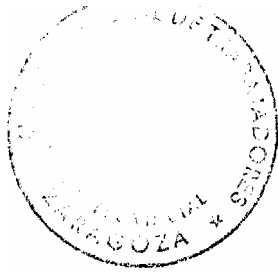
En 1606 Cervantes, reunido a su familia en Valladolid desde unos años antes, se traslada a Madrid, nuevamente Corte de España después de haberlo sido por primera vez en 1561 por designio de Felipe II. Va a cumplir Cervantes sesenta años. El **Quijote**, cuya primera parte se ha publicado hace poco más de un año, le asegura un lugar de prestigio entre los ingenios de la época, sobre los cuales destaca, avasallándolos a todos, mimado por la celebridad y el favor cortesano, el más glorioso de los madrileños, con la excepción, si queréis, de don Francisco de Quevedo:

Lope de Vega, cuyo espíritu maligno se ha cebado a menudo en la persona de Cervantes. Esperanzado a veces, desalentando otras, agobiado siempre por conflictos domésticos y enojosos problemas de intereses, llega Cervantes hasta el año 1610, en que se instala con su mujer en la casa que ésta posee en Esquivias. Son días de amargo sabor para Cervantes, paseante melancólico por veredas y trochas sin otra compañía que la de sus personajes imaginarios. En 1612 regresa a Madrid. Tan pobre está y tan poca atención merecen sus trabajos literarios a su mujer y a sus parientes que ni siquiera puede pagar la impresión y el papel de las Novelas ejemplares, con lo que viene obligado a cederle sus derechos al editor. Vive Cervantes en la calle del León y la casualidad le ha hecho vecino de Lope de Vega, que vive en la de Francos. La vecindad, la mejor com-

preensión, el ablandamiento de carácter que traen consigo los años, haciéndolo más humano y tolerante, han borrado las diferencias que los separaban. La existencia de Cervantes es recatada y tranquila. Pasea despacio las calles de la corte, frecuenta las tertulias de literatos y alguna vez se acerca a los mentideros, sin excluir al más notorio de todos, el de la iglesia de San Felipe el Real, levantada en la Puerta del Sol justamente el mismo año de 1547 en que nació Cervantes, y en cuyas gradas se congregaban los soldados y valentones que volvían de Flandes o de Italia, o los que, por el contrario, buscaban enganche en la milicia, los picaros y bigardos diestros en todas las artes e industrias del engaño y también los grandes ingenios de la época. San Felipe el Real era el ágora en que se nutrían todas las gacetas habladas y en donde se sabían todas las verdades secretas o se inventaban, para que tuvieran publicidad, las mentiras con las cuales se inflaba el escándalo. No era Cervantes propenso a ese juego de la murmuración y el toma y daca de las frases cargadas de malicia. Tampoco su ánimo sentíase inclinado a esparcimientos de tal naturaleza. La fortuna, tan pródiga con Lope de Vega, mostrábase con él avara y reservada, hasta afligir en ocasiones al hidalgo, sabedor de que los hijos de su talento no desmerecían ante los de nadie. En una de esas ocasiones nos lo presenta su biógrafo Navarro Ledesma, relatándonos un episodio, no sé si imaginado o verídico, que refleja bien los íntimos duelos de Cervantes. Ocurrió que en uno de los mentideros literarios a los cuales solía él concurrir hubo un cómico que, ponderando la cantidad y calidad de las comedias de Lope, hizo alusión envenenada a las que Cervantes tenía sin estrenar. Nada podía causarle pena tan aguda. Ya en su casa, Cervantes entró en el cuarto donde acostumbraba a trabajar, situado en el piso bajo, con una gran reja abierta a la calle. Estaba anocheciendo y Cervantes encendió un velón, colgó de un clavo la capa y el sombrero, se desciñó la espada y se sentó en el viejo sillón, junto a la mesa. Acercó a su lado un cofre que en un rincón estaba y de él fue sacando los cuadernos de papel de barba en que su pluma había ido escribiendo escenas y comedias de cuyo mérito sólo él parecía estar convencido. ¿Hallárase, tal vez, engañado? Los que tenía por frutos jugosos de su minerva ¿no serían sino esperpentos sin sazón ni donaire? una sensación profunda de fracaso le ganó la voluntad. Comparaba la desventura de aquellas obras suyas desdeñadas con el éxito ruidoso y creciente que lograban las de Lope. Cervantes inclinó la cabeza y trajo a su memoria el pasado, las lecciones de la experiencia, las ilusiones y afanes de los años mozos... De su ensimismamiento acudió a sacarle una alta silueta recortada en la puerta y la voz del propio Lope de Vega que venía a conversar con él antes de retirarse. Levantó la cabeza y Lope, sorprendido, exclamó:

—Cómo, ¿estáis llorando, señor de Cervantes?

En esa misma casa de la calle del León murió Cervantes. Cuatro días antes de morir escribió en la cama la dedicatoria del Persiles dirigida al conde de Lemos. "Llevo la vida —dice— sobre el deseo que tengo de vivir", para expresar luego una serena conformidad "si está decretado que la haya de perder". Fueron sus últimos dichos sentenciosos. Un apagado rumor de sollozos femeninos acompañó su agonía. Se iba Cervantes, pero se quedaba, para siempre, Don Quijote. Era el 23 de abril de 1616. Diez días más tarde moría también en Inglaterra el otro gigante que le hace par en la literatura universal: William Shakespeare.



REVISTA "VERACRUZ"
(1953)

A los rusos ge lea va el imperio.

A LOS RUSOS SE LES VA EL IMPERIO

Si la propaganda norteamericana, por sí sola, como afirman los genízaros de Stalin hasta ayer y hoy no saben todavía de quién, fuera capaz de promover un estado de rebeldía como el que se está desarrollando en la Alemania oriental y en los demás países atrapados tras la cortina de hierro comunista, sería forzoso conceder que los órganos de propaganda de Washington eran los más inteligentes y eficaces que se hayan conocido, lo cual dista mucho de ser cierto, desgraciadamente para los EE. UU., que andan bastante torpes y desorientados en ese punto y en otros de igual monta, con el consiguiente provecho para los bonzos bolcheviques, a su vez mucho mejor dotados para explotar las torpezas ajenas que para sacar partido de las genialidades propias que están inéditas, a no ser que se confunda el genio con la astuta doblez del ladino que ha conseguido liberarse de todo escrúpulo de conciencia y, por lo mismo, no repara en medios. La versión, acuñada y puesta en curso para que la hagan circular los monederos falsos que Moscú tiene a su servicio en todas partes, podrá engañar a los ciegos que aún venden o compran lotería comunista, pero a nadie más. Es tan inepta, aburrida y desacreditada como alguna que, con demasiada frecuencia, difunden los altavoces publicitarios, oficiales u oficiosos, norteamericanos, para hacernos creer que todo lo desagradable que ocurre en el mundo —la expropiación de una empresa extranjera en un país semicolonial; una huelga de trabajadores exasperados; la rebelión contra un dictadorzuelo de Centroamérica; una campaña de protesta contra Francisco Franco— es obra de la incitación comunista. Desagradable, he querido decir, para el senador McCarthy y sus cofrades de inquisición. Ya sé que en EE. UU. no todos, ni siquiera los más, se llaman McCarthy. Probablemente serán los menos. Pero no es culpa mía que la política norteamericana esté tan fuertemente influida —¡ahora, cuando se trata de salvar la libertad y la democracia!— por McCarthy y los muchos McCarty que le hacen coro. Ante la evidencia, no podemos hacer otra cosa que lamentarlo.

No, no achaque Rusia ni a la propaganda ni a la acción de los "países imperialistas" —que están perdiendo su imperio, mientras ella extiende el suyo— los levantamientos obreros de Praga y de Berlín. Ese disco, de tan gastado, ya no suena. Tal vez el Gobierno de Moscú, o sus corifeos, presenten como un acto de provocación el ofrecimiento de víveres hecho por EE. UU. a los alemanes de la zona oriental. Pero, además de que resulta excesivamente peregrino considerar como una provocación maligna la obra de misericordia que ordena dar de comer al hambriento, esa es una provocación que los rusos pudieron conjurar fácilmente con sólo adelantarse al provocador, es decir, alimentando ellos a la parte del pueblo alemán que vive —o muere— bajo su férula, en lugar de someterla a dieta de exterminio. Mas, cuando hay hambre en la propia metrópoli, mal se puede llevar abundancia a las colonias, aparte de que Rusia las quiere no para nutrir las, sino para nutrirse de ellas y con métodos que los peores colonizadores capitalistas no se atrevieron a ensayar jamás, ni siquiera en los pueblos más atrasados cultural y económicamente. Y es natural que sea así, puesto que estamos asistiendo a un inexplicable fenómeno de biología social invertida. Hasta el final de la guerra pasada, que señala también el término de la época colonial, la colonización imperialista, y capitalista luego —porque las primeras colonizaciones tuvieron poco que ver con el capitalismo, todavía en embrión—, consistió en la dominación de los pueblos débiles, cultural y políticamente inferiores, por otros pueblos fuertes y de civilización superior. A cambio del vasallaje cruel que les imponían a los vencidos, los vencedores aportaban —no por generosidad, sino por su propio interés— formas nuevas y mejores de vida, técnicas racionales de producción, sistemas de derecho, costumbres más nobles. Se cumplía así, a

través de despojos y violencias, una ley histórica de progreso sin la cual muchos de los pueblos colonizados aún se hallarían hoy en estado primitivo, como algunas tribus del África central. El imperialismo comunista inicia una nueva etapa en que las cosas suceden al revés y que acaso no tenga paralelo sino en las invasiones tártaras —¡extraño y curioso antecedente!— que el pueblo ruso sufrió durante mucho tiempo. Rusia no tiene nada que enseñar, en ningún orden, a ninguno de los pueblos que sojuzga en Europa. Aun siendo los más atrasados del Continente —excepto Alemania, por supuesto, y esa admirable Checoslovaquia que ha hecho el papel de Caperucita, pero dejándose engullir por el lobo—, cualquiera de ellos estaba y está por encima de Rusia en punto a desarrollo político, cultural, industrial y agrícola. ¿Qué puede darles Rusia, como no sea el yugo de la servidumbre y una mística comunista que es la negación del socialismo y de la libertad, pero también la marca de hierro que los sujeta al imperio moscovita?

Para el socialismo, el hombre es un fin, y a la mayor felicidad del hombre deben estar subordinados todos los actos de la vida común. Para el comunismo ruso, el hombre no es más que un medio. Han pasado treinta y seis años desde la revolución de Octubre y el pueblo ruso es más desgraciado hoy que en tiempo de los zares. Tiene menos libertad y menos pan que entonces, y el látigo de los que mandan sigue cayendo sobre sus espaldas, pero más duramente que entonces. El socialismo proclama la desaparición gradual del Estado. Los bolcheviques han hecho del Estado un auténtico Leviatán devorador de hombres, y a la razón de Estado, es decir, del Leviatán, se supedita inexorablemente toda norma ética, toda ley moral, todo principio de derecho. El proceso de industrialización que Norteamérica y los países más avanzados de Europa realizaron paulatinamente, con arreglo a un lógico determinismo, la Rusia ¡comunista ha querido consumarlo saltando, de una economía agraria feudal, a las técnicas más modernas del maquinismo. A ese propósito presentado, cínica o estúpidamente, como una edificación del socialismo, han subordinado los bolcheviques toda invocación humana. Las jornadas agotadoras, el salario mísero, el trabajo forzado, la deportación, el fusilamiento, el crimen, todo es bueno en la Rusia soviética si conduce al fin propuesto. Aunque los resultados están probando la inutilidad del empeño, el empeño prosigue. ¿Y cómo esperar que quienes han sacrificado tan brutalmente a su propio pueblo sean más generosos con los pueblos extraños que, por azar histórico, han caído bajo su dominio? Sería absurdo.

La tutela de Rusia sobre los países satélites significa, lisa y llanamente, en el orden político, la esclavitud; en el orden económico, el despojo. Las mejores instalaciones industriales de los países, o zonas de países ocupados por ella, —dígalo la pobre Austria, en donde los socialistas habían llevado a cabo una obra ejemplar— fueron trasladadas a territorio ruso. Según la propaganda soviética, Rusia está protegiendo a sus países satélites, incorporándolos a la gran tarea de "edificar el socialismo". La verdad es un poco diferente. Lo que hace Rusia, desde luego, es imponer sus técnicos propios, que cobran sueldos exorbitantes en comparación con los que perciben los técnicos del país, y trazar planes de producción que, naturalmente, siempre son aceptados, pero orientados exclusivamente desde el punto de vista de la economía rusa. En las compañías industriales mixtas formadas con capital mitad por mitad ruso y del país de que se trate, los puestos de dirección siempre les son adjudicados a ciudadanos rusos o, para cubrir las apariencias cuando el disimulo es indispensable, a nacionales cuya sumisión a Moscú está fuera de dudas. Los tratados comerciales firmados con cada uno de los países satélites ofrecen, en el papel, cierta paridad de obligaciones y beneficios. En la realidad no hay tal equilibrio, puesto que Rusia, además de seleccionar, conforme a su exclusiva conveniencia, los artículos que han de ser objeto de trueque, impone precios abusivamente bajos para los productos que importa, y sobre-valorar, en cambio, también abusivamente,

los que exporta ella. De ese modo la expoliación es perfecta, y así se da frecuentemente el caso de que Rusia venda en los mercados mundiales productos procedentes de los países satélites a un precio enormemente superior al que pagó. ¡Maravilloso ejemplo de protección y solidaridad comunista! Un sistema parecido, aunque menos burdo, había empezado a ensayarlo Alemania, unos años antes de la guerra, con algunos países de Hispanoamérica. La lección, por lo visto, fue aprovechada, corregida y perfeccionada por los gobernantes de Moscú. De algo había de servir la boda fugaz Hitler-Stalin, perpetrada en 1939 entre el incienso y los hosannas del comunismo internacional. Casi tan fugaz como aquellas bodas que hicieron posible la segunda contienda mundial y el asolamiento de Europa por la barbarie parda, promete ser el imperio comunista en Europa, a pesar de lo cual dejará trágico recuerdo. Si las bodas de 1939 fueron bodas de sangre para todos, el ensayo del imperio comunista habrá sido el imperio del hambre, de la violencia, el saqueo y el miedo, los cuatro elementos sustantivos sobre los cuales se proponían, ayer los taumaturgos de Berlín y hoy los taumaturgos de Moscú, tan semejantes en esencia, edificar un mundo nuevo

REVISTA "PUNTO"

(Febrero, 1955)

La sonrisa de Mr. Nixon y las lágrimas de los mexicanos.

LA SONRISA DE MR. NIXON Y LAS LÁGRIMAS DE LOS MEXICANOS

Aunque México es demasiado propicio a dejarse conquistar por todo lo que se acerca a él, ofreciéndole una mano tendida y una sonrisa abierta, no puede negarse que el vicepresidente de los EE.UU., Mr. Richard Nixon, que acaba de dejarnos, es hombre de viva simpatía personal. Es la suya una simpatía que trasciende por encima e independientemente de las fórmulas protocolarias y de los lugares comunes acuñados ya para misiones de cortesía como la que Mr. Nixon ha venido a cumplir.

Las buenas palabras, dichas con calor, son mejores y obligan a mayor gratitud. En realidad no es otra cosa que palabras, amables palabras, de esas que se articulan en frases hechas para ocasiones como la de ahora, lo que Mr. Nixon ha prodigado durante su fugaz paso por México. Pero han tenido la virtud de agradarnos más que si las hubiera dicho otro cualquiera, porque Mr. Nixon sabe decir las con una encantadora ingenuidad o, si se quiere, con una admirablemente calculada espontaneidad. Como fuere, lo cierto es que él nos ha brindado unos cuantos encendidos piropos y nosotros le hemos entregado nuestro corazón. ¡Adiós, Mr. Nixon!

No es desdeñable esa muestra de buena vecindad, ni nosotros apreciamos en menos de lo que vale la cordial amistad de hombres que, como Mr. Nixon, aparte su significación personal, ostentan la representación oficial del pueblo norteamericano. Aunque las bellas palabras casi siempre se las lleva el viento y rara vez se traducen en obras, no por eso somos menos sensibles al halago y al estímulo, sobre todo cuando quien nos halaga y estimula tiene en su mano, en gran parte, hacer que sus venturosas predicciones se conviertan en realidad. Al cabo, el entendimiento en el lenguaje es un anticipo del entendimiento en la acción. Y no está escrito en ninguna parte que la retórica con que endulzamos nuestras mutuas relaciones panamericanas —las de las repúblicas latinoamericanas entre sí y las de todas y cada una de ellas con su poderoso primo del norte— llegue a ser un día algo más que eso: un azucarado barniz para disimular la triste evidencia de nuestra común falta de fe. Mas para eso sería menester que empezáramos por liquidar muchas cosas. Una de ellas, el monroísmo, que de cuando en cuando asoma su cabeza de Medusa para cobrar piezas como la de Guatemala...

La verdad es que no podemos quejarnos demasiado de que el diálogo entre las repúblicas iberoamericanas y los... EE. UU. resulte tan difícil cuando el que sostiene esas mismas repúblicas entre sí es todavía más áspero e incomprensivo. De los EE. UU. nos separan el idioma, la psicología, la Historia, es decir, todo lo que, teóricamente al menos, une a los ciento sesenta millones de seres que pueblan —valga la hipérbole— los veintidós países que se extienden desde el Río Bravo hasta la Patagonia. Sin embargo, es mucho menor la solidaridad política, intelectual, económica y espiritual que esas repúblicas de origen común mantienen entre sí, que la que cada una de ellas conserva con los EE. UU., si bien se trate, como es de rigor, de una solidaridad que se parece mucho—en líneas generales— a la del mendigo con el potentado que le da la limosna.

Es asombroso el desconocimiento que unos pueblos americanos tienen de otros, extremo que puede comprobar cualquiera que haya viajado un poco por el Continente. Más que las distancias geográficas, con ser tan grandes, nos separa una mutua ignorancia de lo que cada uno somos, ignorancia gracias a la cual la América Latina da la impresión cabal de un gran solar dividido en compartimientos estancos que no solamente carecen de comunicación, sino que parecen complacerse en su aislamiento. Un mísero intercambio comercial, determinado por una economía agraria y primitiva, se corres-

ponde con un intercambio cultural más precario aun y a menudo estorbado y envenenado por rivalidades y rencores históricos que el tiempo no basta a cancelar. Desunidos moral y materialmente; oprimidos los más de ellos por unos caudillos bárbaros y rapaces que anteponen su provecho particular al bien de la nación; incapaces de fundirse en un estrecho bloque que sea, de una parte, garantía de la democracia y de la libertad, y de otra una sólida comunidad de intereses morales y económicos, los pueblos americanos de ascendencia ibérica son materia blanda frente a la fuerza expansiva de los EE. UU. Esta debilidad suya se pone de manifiesto especialmente cuando se convoca alguna de esas asambleas panamericanas —la de Caracas, la de Río de Janeiro, por no citar sino las más recientes— en la que, si se alzan del coro algunas voces independientes, la de México a menudo —hasta donde podemos sentirnos independientes los países de aquende el Bravo—, no es sino a título de excepción para confirmar la regla. Y la regla es que el coro acabe cantando y bailando la sonata que sugiere la batuta del Tío Sam.

Desde México, la juvenil y simpática pareja Nixon se ha ido a Guatemala, donde la paz, desde que la libertó Castillo Armas, ni siquiera es la tradicional y metafórica de Varsovia. Allí, Mr. Nixon ha cantado el kikirikí de la "gloriosa victoria" sobre el comunismo. El anticomunismo es ahora la gran preocupación de los norteamericanos, tan absorbidos por esa obsesión, que una gran parte de ellos, sugestionados por las informaciones abracadabrantes de la prensa y por el ejemplo insensato de muchos de sus políticos, han venido a dar en histeria, tan inquietante y contraria a la fortaleza moral que indudablemente se propuso apuntalar la propaganda anticomunista, que bastó un hecho tan significativo, pero tan poco espantable en sí como la sustitución de Malenkov —desdichado fruto de las torpezas occidentales—, para que en nuestras poblaciones fronterizas del norte se notara un sorprendente e inexplicable aumento de turistas repentinamente atraídos por el clima y las bellezas de México. He ahí un anticomunismo singular, que consiste en ponerse a correr delante del enemigo.

Eso es lo que no harán nunca nuestras masas indígenas, a quienes el comunismo no les inspira ningún entusiasmo, entre otras razones porque no saben lo que es, pero les causa bastante menos susto que el anticomunismo al uso, porque éste sí saben lo que es. Cuando se les dice que el comunismo es la esclavitud, el hambre y la guerra, y que el anticomunismo es la libertad, la abundancia y la tranquilidad, los analfabetos de estas tierras de América, que a falta de cultura tienen filosofía, recuerdan que desde que nacieron, sus abuelos, sus padres, ellos fueron esclavos, padecieron hambre y marcharon a la guerra. Y entonces no había comunismo. Algo comprenden, además, de lo que ocurre allí donde al anticomunismo triunfa. España, Nicaragua, Santo Domingo, Guatemala... Si los paladines del anticomunismo quieren que América se ponga en pie vigorosamente contra el comunismo, hagan lo posible para que nadie carezca de un trozo de tierra, un trabajo honrado, un hogar con lumbre y un pedazo de pan. Ese es el mensaje de América.

REVISTA "ARAGÓN"

(1943)

América y los aragoneses.

AMÉRICA Y LOS ARAGONESES

Yo no sabría ser, aunque me lo propusiera, regionalista. Y tampoco (abría dejar de serlo. Depende de lo que previamente entendamos por regionalismo. ¿Una idea política? No va con mis ideas. ¿Una emoción sentimental? La llevo dentro. Me acuerdo de cuando, hace dieciséis años, emprendí vuelo desde el corazón de mi provincia, Zaragoza. Mi primera estación, transitoria, fue el Norte, cerca ya de las lindes de Francia. De entonces me queda, y me quedará, un gran amor por los paisajes y las gentes del país vasco. Después, finalizando el año 1928, remansé en Madrid, almáciga, quiérase o no, de todo lo español. En Madrid se condimenta cada día, sazonzando con las especias de las regiones, que le dan gusto al guiso, el espíritu de España. Nunca he dejado de sentirme aragonés en la raíz, propicia a la nostalgia. El aragonés no asimila el particularismo regionalista —lo que habla muy alto en su favor— pero es hombre hondamente agarrado a su tierra. Tal vez sea esa una de las razones —hay otra, por supuesto, de índole económica— por las cuales Aragón no es tierra de emigrantes. Se contarían pronto los que, por su voluntad, cruzaron el mar para venir a América. Tampoco tiene el aragonés temperamento andariego y dado a la aventura. Más bien es sosegado, tranquilo de imaginación y proyectado hacia adentro, de donde le vienen la cachaza y esa recóndita inclinación al humorismo que no tiene parentesco ninguno con el aragonesismo imbécil de chascarrillo que nos han colocado como un sambenito. Decíamos, pues, que el aragonés no es pueblo viajero. Son pocos los aragoneses que se lanzan a correr el mundo, y los que se lanzan, no se desarraigan, en espíritu, jamás. Ignoro cuántos pudieron ser los aragoneses que llegaron a América en los días de la conmixta o luego, en los menos gloriosos de las encomiendas, pero doy por cierto que su número fue excepcionalmente escaso. Los aragoneses de entonces se conformaron con ayudar a descubrirla.

No se me ha ido la pluma. Verdad es que Castilla ha cargado con el mérito del descubrimiento, pero también lo es que los mejores amigos que Colón encontró en la corte de los Reyes Católicos fueron aragoneses. Bueno será que empecemos por atribuir a Fernando papel bastante más importante y noble que el que le otorgan los historiadores en las negociaciones para costear la expedición de las carabelas. No era Fernando —sin discusión alguna el príncipe más sagaz de su tiempo— ni tan ladino, ni tan egoísta, ni tan avaro como lo presentan los inventores y sostenedores de esa leyenda sin realidad según la cual la reina Isabel empeñó sus joyas para ayudar a Colón frente a las negativas de Fernando. No hubo tal empeño, ni tales negativas. Hubo, sí, por parte del real matrimonio, las desconfianzas consiguientes hacia un proyecto que se presentaba —y eso fue— como obra de visionarios. De los cinco cortesanos a quienes Colón mostró más gratitud, cuatro, precisamente, son aragoneses. Era Juan de Coloma, secretario de Estado, poseedor, por consecuencia, de todos los secretos de la diplomacia; Juan Cabrero, ayuda de cámara de Fernando, su amigo de infancia, a quien confiaba sus intimidades; Gabriel Sánchez, tesorero de Aragón, y Luis de Santángel, mayordomo mayor de palacio, llamado, por su cargo, el trato diario y cordial con los reyes. De los cuatro, el único a quien los historiadores se avienen a mencionar, no sin achacarle pecado de avaricia —como si el negocio del descubrimiento, antes que empresa de cuerdos, no pareciera disparate de locos— es a Luis de Santángel. Fuera demasiado, en efecto, que se le negara todo mérito a quien, bien puestas las cosas en su lugar, se le debe casi exclusivamente la realización de la epopeya. Fue Santángel quien abogó por Colón cuando el ánimo de la real pareja, embargado por el gran suceso de la conquista de Granada, se negaba a secundar los proyectos del genovés. Con dinero facilitado por Santángel se equiparon las carabelas cuyo viaje iba a cambiar la faz del mundo. Presunciones muy fundadas hay de

que fue Gabriel Sánchez quien aportó la contribución que le correspondía poner a Colón. Cuando el Almirante, al regreso de su primer crucero, pisa tierra en Lisboa, uno de sus cuidados inmediatos consiste en escribir a los dos aragoneses citados para testimoniarles su agradecimiento por el favor que le prestaron. Y por si todo eso no bastara para probar que Aragón tuvo tanta parte como Castilla en el descubrimiento, queda el dato de que como negocio del Reino se inscribieron en el Registro de su Cancillería las capitulaciones ultimadas con Colón, a cuyo pie figura la firma de Juan de Coloma.

A Gabriel Sánchez se le debe también la divulgación, en Europa, del descubrimiento de América. Gabriel Sánchez envió la carta de Colón a un hermano suyo residente en Florencia. El hermano de Sánchez la hizo traducir al latín y publicar después para que el mundo viejo supiera que le había nacido un mundo nuevo. Lo que siguió es menos secreto. Se enriquecían los encomenderos y se arruinaba España por la desvalorización de su moneda, y la corriente emigratoria que salía en busca de la plata y el oro. Las mejores energías españolas se gastaron aquí, sin provecho y, en opinión de los historiadores oficiales extranjeros, sin honra también. Pero los historiadores y la Historia son, a menudo, cosas diferentes. Bien se advierte en estas leves anotaciones, recopiladas cuando se cumplen 451 años desde que los españoles descubrieron América y, por paradoja, cuan

do hay en América muchos españoles que están —o estamos— aprendiendo a descubrir a España. Las he recordado para alimentar un poco nuestro oreullo honesto de aragoneses que no presenta cuentas al cobro. Porque el huevo puede llevárselo quien quiera, pero el fuero. .. Por el fuero nos hemos roto siempre la cabeza —a pesar de que dicen que la tenemos dura— los aragoneses.

"EL SOCIALISTA" ÓRGANO DEL P.S.O.E.

(Francia, 1952)

Las soberanías nacionales contra la democracia universal.
Otro 14 de Abril. ¡Salve, República!

LAS SOBERANÍAS NACIONALES CONTRA LA DEMOCRACIA UNIVERSAL

La idea del Estado-nación, a cuyo impulso se forjan las nacionalidades europeas, surge del Renacimiento y le debe su denominación a Maquiavelo, definidor de la doctrina del poder y antecesor teórico del Estado moderno. Maquiavelo aspiraba fundamentalmente a garantizar la independencia de la República, de suerte que su autoridad no se viera nunca mediatizada ni cercenada por un poder exterior, bien fuere un príncipe enemigo o el dominio que a la sazón ejercía el Papado sobre los reyes y señores. El robustecimiento de semejantes dialécticas favorecidas por los dos grandes acontecimientos de la época, la invención de la imprenta y el descubrimiento de América, iba a revolucionar profundamente el mapa político de Europa. Con la invención de la imprenta y la traducción de la Biblia a las lenguas vernáculas, el poder temporal del Papa, que imponía vasallaje a los reyes, estaba llamado a sufrir un rudo golpe. La Biblia ya no era un secreto exclusivo de los sacerdotes dependientes de Roma, y puesto que no era indispensable que el acercamiento a Dios se hiciera a través de los órganos de la iglesia, podía, si así lo aconsejaba el interés de los príncipes, prescindirse de la tutela papal. Se gestaba la Reforma. Celoso de la grandeza de su patria, Maquiavelo escribió: "Los italianos le debemos a la Iglesia de Roma y a sus sacerdotes el habernos convertido en gente mala e irreligiosa; pero todavía les debemos una deuda mayor que, seguramente, será la causa de nuestra ruina, y es que la Iglesia ha mantenido y todavía continúa manteniendo nuestra patria dividida. Y es muy cierto que un país no puede nunca unirse en felicidad, excepto cuando obedece totalmente a un solo gobierno, como es el caso en España y en Francia, y la única causa por la que Italia no se encuentra en estas mismas condiciones gobernada por una república o un solo soberano, es la Iglesia..." El tema en el cual se centraban obsesionadamente las meditaciones de Maquiavelo era siempre el mismo: que la nación fuera fuerte. A ese fin supeditaba todos los principios. Y era tan ardiente su patriotismo y de tal manera sus opiniones se adelantaban a las de su tiempo, que, pensando en la felicidad de Florencia, Maquiavelo llegó a elaborar un proyecto para abolir las tropas mercenarias, prestas siempre a servir al capitán que mejor las pagase, para sustituirlas con una milicia nacional. En los albores del siglo XVI Maquiavelo presiente ya lo que será el Estado del siglo XIX.

El descubrimiento de América, a su vez, trajo consigo el desplazamiento de los centros comerciales tradicionales. Venecia perdía su importancia y Amberes pasaba a ser el puerto que regulaba en gran parte el comercio mundial. Inglaterra salía de su aislamiento insular para alcanzar, más adelante, la hegemonía sobre Europa, que hasta entonces se habían disputado España y Francia. El oro y la plata que llegaban de América trastornaron por completo el sistema monetario y las leyes del cambio. Empezaba la época del imperialismo, de los reyes absolutos que recababan para sí, directamente, el derecho divino que antes les llegaba por mediación del Pontífice. Y con la aparición de los primeros banqueros y la intensificación del comercio internacional fue perfilándose una nueva clase social: la burguesía. El Estado-nación previsto por Maquiavelo, simbolizado en la figura del príncipe, no tardaría en ser una realidad que tiene expresión gráfica en la frase famosa de Luis XIV: "El Estado soy yo".

El concepto de soberanía nacional viene más tarde, toma carta de naturaleza con la Revolución Francesa, inaugura la época del constitucionalismo y les abre camino a las repúblicas. La voluntad de la nación se antepone a la del príncipe, y los reyes, una vez proclamado el sufragio universal, pasan a depender del fuero popular. La diplomacia ya no se negocia en nombre del rey, sino en nombre de la nación. La soberanía nacional se convierte en mito de dos caras, como una especie de Jano político: hacia el interior, ex-

presión de la democracia; hacia el exterior, afirmación de la doctrina de independencia. La voluntad soberana de la nación recusa todo gobierno que no sea producto de ella misma. El Estado soberano rechaza toda interferencia extranjera en los asuntos nacionales. Sobre esos dos principios, al parecer incommovibles, descansa todavía el derecho político actual. Y, sin embargo, ni uno ni otro se acomodan al pensamiento y a la conciencia que corresponden a nuestro tiempo. Si superviven es sólo porque la rutina tarda mucho en desarraigar de la mentalidad colectiva que consagra el tópico y le rinde culto con la misma supersticiosa reverencia con que los pueblos primitivos respetaban a sus tabús.

Sin invocar ahora la despiadada y justa disección que el socialismo ha hecho de la democracia burguesa, a la luz de la experiencia resplandece clara esta verdad ineludible: la democracia —gobierno de todos— sólo es valedera y defendible cuando es un instrumento al servicio de la libertad. El pueblo que utiliza la democracia para ir contra la libertad es un pueblo que no merece la democracia y, por consiguiente, su democracia deja de serlo automáticamente. Escribo estas líneas pensando —y el caso no es único— en el llano camino que los votos de los alemanes le abrieron a Hitler para su ascensión al poder. Decir que entonces hubo trampas electorales no pasaría de ser un inocente engaño contrario a la evidencia. Nos encontramos, pues, con que la democracia, mal interpretada, sirve, precisamente, para acabar con la democracia y con la libertad. ¿Por qué, en tal caso, no establecer una vigilancia internacional de la democracia y de la política interior de cada país, de suerte que en ninguno de ellos, cualquiera que sea el gobierno que se dé, sea posible conculcar las libertades individuales que garantizan la dignidad humana, incorporadas ya hoy, por la razón y el uso, a la vida normal de los pueblos? Pero cuando se invoca un argumento tan elemental, se levanta, .. erizada y colérica, la intangibilidad de las soberanías nacionales. Todas las políticas del mundo están acordes en perseguir, salvando las fronteras, a los criminales de delito común, sean cualesquiera su nacionalidad y su raza. Es una medida de seguridad colectiva aceptada sin discusión. Sin embargo, ningún gobierno se atreve a patrocinar un sistema equivalente para castigar la conducta de aquellos dictadores que, violentando la ley internacional de la democracia y del derecho de gentes, se convierten en criminales mucho más peligrosos y abyectos que el delincuente individual. Se opone a ello el tabú de las soberanías nacionales, antaño bandera de la democracia contra los reyes y hoy capcioso artificio de los dictadores contra la democracia. En el tabú de la soberanía nacional se ampara Franco cada vez que un acuerdo internacional condena su régimen de barbarie. Y el prestigio de las soberanías nacionales, intocables, es el obstáculo ante el cual se detienen, impotentes, todos los esfuerzos encaminados a conseguir la formación de una federación mundial de naciones.

Sin embargo, la paz y el bienestar del mundo dependen directamente de la cooperación internacional, y esa cooperación sólo puede obtenerse mediante la abdicación de las soberanías nacionales en favor de organismos federativos equivalentes a otros tantos superestados. Hace ya años que en el ánimo de muchos hombres representativos tomó arraigo la idea de constituir la Federación Latina, integrada por aquellos países unidos por la historia, la cultura, el sentimiento y la geografía. La Federación Latina, formada por pueblos que han figurado a la cabeza de la civilización occidental, sería un excelente comienzo para llegar después a la Federación Europea y, más tarde, a la Federación Mundial, síntesis de todas las Federaciones regionales y continentales. Tan sólo un sistema de esa naturaleza puede poner orden en el caos presente y asegurar la libertad y la paz. En plena guerra, algunos escritores ingleses y franceses, aleccionados por la dramática experiencia, levantaban su voz en defensa del principio federativo y del derecho internacional, acatado obligatoriamente por todos y cada uno de los Estados particula-

res. Aspiraciones fundamentales e inmediatas serían las de afianzar la paz prohibiendo la guerra y sometiendo a forzoso arbitraje las disputas entre naciones; la ordenación de la economía y del sistema monetario, base de un mercado libre y próspero; el intercambio cultural y profesional, suprimiendo todas las trabas monstruosas que hoy hacen punto menos que imposible el traslado de un país a otro; y, sobre todo, garantizar el respeto más absoluto a la persona individual mediante el ejercicio de la democracia y de la libertad. Pero todo ello lleva implícito el sacrificio de las soberanías nacionales. Contra el método de la no intervención, culpable de tantas iniquidades y tragedias, el método de la intervención, arbitrando los procedimientos coactivos que sean menester, en beneficio del interés general. Y por encima de toda otra preocupación, la de robustecer los valores morales y espirituales que dignifican la vida humana. La independencia de un país es un bien miserable si no se asienta sobre la libertad de los hombres que en él viven. No hay más países libres que aquellos donde el hombre lo es, y la intervención, incluso armada, para restablecer la libertad allí donde ha sido asfixiada, es un recurso lícito y honroso, aunque con ello se escandalicen los patriotas que hacen del patriotismo, como decía Unamuno, patrimonio. La era del liberalismo clásico, del particularismo tradicional, ha pasado en todo y no debe volver. Lo impide, además, el avance de la técnica y de la ciencia, que está operando una revolución de proporciones inmensurables. Un joven profesor francés —Edouard Labin— que ha hecho estudios profundos sobre el descubrimiento y empleo de la energía atómica, ha escrito estas palabras admirables como resumen de sus trabajos: "Nadie debe pensar en lo sucesivo en términos de 'verdad nacional', de 'interés nacional', de 'deber nacional', términos que una sana crítica habría, por otra parte, debido desacreditar hace largo tiempo. Es necesario desarraigar los apetitos de poder, las aspiraciones de fuerza militar, las reivindicaciones territoriales y las luchas por las zonas de influencia. Es necesario apresurarse para conseguir la unificación del globo de una manera concreta, es decir, no por la reunión de conferencias de colaboración bien intencionadas, sino por la fusión, la verdadera fusión de los gobiernos, de los estados, de los pueblos, de las razas y de los idiomas. Y esto no para dentro de mil años, sino para mañana. Las fronteras nacionales son, de ahora en adelante, lazos que ahogan. Es necesario romperlos sin demora. La bomba atómica habrá compensado los estragos que ya ha causado, si inculca a nuestros contemporáneos estas saludables meditaciones. Porque las ideas de liberalismo y de internacionalismo no habían recibido, hasta aquí, más que la atención distraída que se consagra a los bellos sueños teóricos. Salen de pronto del limbo para presentarse concretamente a todos los espíritus, con la fuerza de una necesidad práctica. **La democracia universal no es más una doctrina para obtener lo mejor, sino una necesidad para conservar la vida . . "**

¿Quién no suscribe las rotundas palabras del joven sabio francés?

OTRO 14 DE ABRIL. ¡SALVE REPÚBLICA!

Aquel don Francisco Giner tan parigual en muchos aspectos de nuestro Pablo Iglesias —y así se estimaban mutuamente—, fiaba el porvenir | de España a la difusión de la cultura, a la que consagró toda su vida. Pensaba don Francisco que sólo creando una mentalidad nueva, redimida de rutinas y prejuicios —empezando por el del fanatismo religioso—, y abierta a las corrientes de Europa sería posible poner a España en pie. | Exigía una rigurosa higiene del cuerpo y del espíritu. Quería, sobre todo, limpieza en la conducta. Más restringido su campo de acción, limitado a las juventudes universitarias, su obra se asemeja en bondad y propósito, a la que Pablo Iglesias y quienes le acompañaron en los primeros tiempos de predicación socialista llevaron a cabo entre la clase

obrero, que también tuvo mucho de apostolado docente. En efecto, a la vez que despertaban en los trabajadores su conciencia revolucionaria, los propagandistas I socialistas les imponían una reforma de las costumbres, llamándoles a los deberes que todo hombre tiene para con la familia, para con la sociedad y para consigo mismo. Inculcaban en ellos el gusto por la lectura, el orgullo de la capacidad técnica, la aversión a la embriaguez y a las diversiones groseras o brutales con que muchos obreros se desquitaban entonces, llegando al fin de semana, de las penalidades de una jornada dura y mal pagada. "La primera obligación del hombre —decía don Francisco— es ser hombre". "No se puede ser buen socialista —decía Pablo Iglesias— si no se es buen ciudadano, buen hijo, buen padre y buen marido". Los dos querían transformar a España; cada cual moviendo las palancas que el destino había puesto en sus manos. De cuando en cuando, rompiendo aquel silencio patético en que devoraba su amargura y sus fracasos, les hacía terna la voz poderosa, empapada en llanto y en ira, del gigante de Graus, Joaquín Costa. Con acentos apocalípticos como nadie ha tenido en España, el insigne aragonés clamaba: "¿Un programa? Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, enseñar al que no sabe, redimir al cautivo. Y el hambriento son diecisiete millones de españoles; el sediento, la tierra; el ignorante, la nación en todas sus clases; el cautivo, los labradores, los comerciantes, los que producen, los que trabajan, siervos del fisco, de la Administración y del cacique". "El honor y la seguridad de la nación —decía otra vez Costa— está en manos de los que aran la tierra, de los que cavan la viña, de los que plantan el naranjo, de los que pastorean el rebaño, de los que arrancan el mineral, de los que forjan el hierro, de los que conducen el tren, de los que represan la lluvia, de los que construyen los puentes, de los que estampan los libros, de los que acaudillan la ciencia, de los que hacen los hombres y los ciudadanos educando la niñez. De esas escuelas saldrán los soldados, de esas forjas saldrán los cañones, de esos montes bajarán los navíos, de esos canales nacerá la sangre, de ese hierro brotará la fortaleza, de ese algodón, de ese cáñamo y de esos árboles, saldrán las tiendas de campaña, y las velas y el asta sagrada que ha de desplegar al viento la bandera rejuvenecida de la patria". En suma, los tres querían lo mismo, aunque lo pidieran con distintas palabras y lo buscaran por diferentes caminos: pan e instrucción; escuela y despensa, según la fórmula del profeta solitario de Graus.

La República, implícita y explícitamente hizo suyo ese programa. Con aciertos y errores, pero siguiendo una orientación clara y segura, la República, mientras fue República y no caricatura de sí misma, atendió por igual ambos enunciados. Protegió el trabajo, sacó de su esclavitud al campesino y fundó escuelas con un ritmo febril para remediar la enfermedad vergonzante del analfabetismo. Contemplada con perspectiva en el tiempo —que es como la Historia elabora sus juicios definitivos—, la obra de la República fue ingente y admirable, aunque otra cosa digan sus imprecadores de derecha y de izquierda, que también los hay. Sin concederle demasiada rienda a la fantasía, cabe imaginar lo que la República, si no hubiera sido desfigurada primero, traicionada después, habría podido hacer en los años que van transcurridos desde aquel 14 de abril de 1931 que fue un gran renacer de la esperanza española. Ahora, en cambio, España gime bajo el látigo dictatorial que le prohíbe toda esperanza. Quince años después de acabada la guerra civil —la más infame que registra la Historia—, en las escuelas españolas —donde las hay— se enseña el odio a los vencidos con textos del mirífico poeta señor Pemán y se consagra la barbarie intelectual, expresión y reflejo de la barbarie física. España ya no cuenta en el mundo cultural ni político sino como elemento pasivo o utilizable, cuando más, en beneficio de intereses extranjeros. Viendo tal rebajamiento, se llega a sentir vergüenza de ser español y nos preguntamos y les preguntamos a cuantos sienten el patriotismo honrado que alienta en nosotros: "¿Hasta cuándo?". Nos vienen a

la memoria otras palabras de Costa: "Todo, menos seguir arrastrando un año y otro año nuestra agonía sin consuelo y sin esperanza, objeto de lástimas y de piedad de parte de los pueblos que, como las vírgenes sabias, no dejaron apagar su lámpara o se apresuraron a reencenderla; todo, menos que se nos represente coronados y penitentes, diciendo que sufrimos, pero no padecemos, que hemos tomado demasiado filosóficamente el desastre; todo, menos seguir reprimiendo la ira que rebosa en nuestros corazones y consintiéndolo cobardemente, como hemos consentido hasta ahora, que nos pongan el pie al cuello y se lo tengan puesto al país sujetos que debieran arrastrar grilletes en Ceuta u ocupar una celda en el manicomio o un banco en la escuela..." "España está parálitica, como yo", rugía Costa en otra ocasión. ¿Qué diría hoy ante una España no ya parálitica, sino yacente y en agonía? La República fundó escuelas y procuró poner en manos de los necesitados las llaves de la despensa. No hizo milagros, porque no en balde era una República laica en donde los milagros los hacen, si acaso, los fieles, nunca los santos, en los que nadie cree, pero levantó una fe profunda y heroica. Sin alharacas, iba camino de construir en pocos años una España culta, progresiva y respetada. La sublevación de 1936 le cortó el vuelo otra vez. El balance de los quince años transcurridos desde la fecha infame no puede ser más desconsolador. Ni pan ni instrucción. Ni escuela ni despensa. El dinero que la República, liberalmente, sin tasa, destinaba a la enseñanza pública, se destina ahora, acrecentado de año en año, a gastos de ejército y policía para seguir amordazando a los españoles. ¡Salve, República de 1931! Honesta y generosa, ¡cómo crece su recuerdo ante el ejemplo de sus asaltantes, sin honor y sin alma, que han hecho de España el imperio del piojo y del andrajo!

REVISTA "FRANCIA"

(1954-1955)

La Revolución de 1789.
El Panteón.
Del mundo frívolo. El reinado de Carolina Otero.
El monte Saint Michel.
Del tiempo viejo. La vida bohemia.
El Armisticio de la guerra del 14.
La profecía de Clemenceau.
Vida y desventura de Enrique Heine.
La ciudad de Tolousse.
Las cartas de Madame de Sévigné.
El Carnaval.
El reinado de Luis XIV.
El amor de Cyrano de Bergerac.

LA REVOLUCIÓN DE 1789

Pese al determinismo histórico sobre el cual se edificó la filosofía materialista, los grandes acontecimientos sociales dependen a veces, en todo o en parte, de sucesos fortuitos, intrascendentes en apariencia. El aforismo según el cual por un caballo se pierde un reino es menos hiperbólico de lo que se piensa. Hago este exordio, un poco a contrapelo, a cuento de que, puesto a pergeñar un comentario superficial sobre el significado que tuvo la toma de la Bastilla, me ha venido al recuerdo un incidente en el que fue protagonista y víctima Voltaire y que laceró su dignidad de tal modo que influyó muy sensiblemente en su obra literaria, precursora de la revolución. Andaba por los treinta años y gozaba ya de sólida nombradla cuando una tarde, hallándose en la Opera en coloquio con Mlle. Lecouvreur, la actriz más festejada de aquel tiempo, se le acercó el caballero de Rohan, hombre tan romo de entendimiento como escaso de méritos, pero que ostentaba uno de los apellidos más ilustres de Francia, y le preguntó burlescamente: "Señor Voltaire, señor Arouet, ¿cuál es su nombre?" Voltaire le miró con indiferencia y volvió la espalda. Pero al día siguiente, y en iguales circunstancias, el aristócrata repitió la broma. Esta vez Voltaire respondió: "El nombre que llevo no es un gran nombre, pero al menos yo sé como honrarlo". El caballero de Rohan levantó el bastón; Voltaire echó mano a la espada. Mlle. Lecouvreur, excelente actriz al cabo, se desmayó y la cosa no pasó a mayores.

Algunos días después Voltaire cenaba en la casa del duque de Sully. Mediada la cena, un criado comunicó a Voltaire que se le buscaba en la puerta para un asunto urgente. Voltaire salió. En la calle le esperaba el señor de Rohan acompañado de seis esbirros que le propinaron una paliza descomunal. Voltaire, derregado, volvió a entrar en la casa y rogó al duque de Sully que fuera testigo de la agresión. El duque se negó. La familia de Rohan era demasiado poderosa para que nadie osara enfrentársele. Voltaire, sin embargo, no se sometió. Acudió al ministerio, donde no se le hizo ningún caso, no obstante ser ya poeta pensionado. Quiso entonces provocar un duelo. Buscó padrinos, tomó lecciones de esgrima y lanzó públicamente su reto al señor de Rohan. Pero un caballero tan ilustre no se batía con un poetastro como Voltaire. La respuesta fue que Voltaire, a petición de la familia de Rohan, acabó en la Bastilla. Era la segunda vez que visitaba sus calabozos. La primera por unos versos que ligeramente se le atribuyeron a él, ofensivos para el regente, duque de Orleans. En ambos casos, la prisión fue breve. Pero Voltaire ya sabía ahora a qué atenerse y decidió marcharse a Inglaterra. Era el año 1726. Cuando cruzaba el canal de la Mancha, contemplando el perfil cada vez más borroso de las costas de Francia, sentía el dolor humillante de los garrotazos que le asestaron los esbirros del señor de Rohan y rumiaba las palabras que un venerado obispo pronunció al conocer el caso: "Seríamos muy desgraciados —dijo el santo varón— si los poetas no tuvieran espaldas".

Eso de apalear o encarcelar a los poetas y a los filósofos no era cosa corriente, pero tampoco demasiado rara en los tiempos de Luis XV, el autor de la frase famosa: "Después de mí, el diluvio", bien ajeno, sin duda a la idea de que su **boutade** encerraba una terrible profecía, un diluvio, en efecto, pero de sangre, iba a caer sobre Francia quince años después de su muerte, y a desatar la tormenta habían de contribuir no poco los estacazos que un aristócrata estúpido le hizo administrar a Voltaire. El clima político de Inglaterra era entonces propicio a los escritores inconformes de Europa. Hacía tres cuartos de siglo que el Parlamento inglés había acabado con el absolutismo real cercenando la cabeza de uno de sus reyes, y una atmósfera de libertad se respiraba en el país. Voltaire sacó de su estancia en Inglaterra enseñanzas tan provechosas como las que había

sacado Montesquieu, gran admirador de las costumbres inglesas. "Inglaterra —decía Montesquieu— es el país más libre que existe en el mundo, porque el príncipe no tiene el poder de hacer el menor daño a nadie, por razón de que su poder está limitado e inspeccionado por otro." **Las Cartas persas**, que Montesquieu había publicado en 1721, y en las que fustigaba los abusos de los poderosos, circulaban en la clandestinidad profusamente. Lo propio iba a ocurrir con las **Cartas filosóficas** que Voltaire publicó a su regreso a Francia. El Parlamento las condenó al fuego "por escandalosas, contrarias a la religión y a las buenas costumbres" y ordenó, además, la prisión del autor. Voltaire tuvo que escapar a Lorena. No es extraño que quien tan reiteradamente estaba amenazado por la Bastilla, ayudara tan eficazmente con su pluma a demolerla, aunque la fortuna no quiso repararle el placer de contemplar sus escombros.

La obra de los enciclopedistas ganaba los espíritus ilustrados convirtiéndolos a las ideas nuevas. Un sordo rumor, claramente perceptible para cualquier observador sagaz, se elevaba desde los estamentos populares. En los salones elegantes de París alternaban la murmuración política y el relato de las últimas historias galantes. Desde Suiza, donde había buscado refugio, Rousseau hacía difundir el **Contrato social**. Federico II alojaba a Voltaire en su castillo de Postdam para que le corrigiera sus versos. Catalina la Grande se escribía con los filósofos, uno de los cuales, Diderot, decía de ella: "Tiene el alma de Bruto con el rostro de Cleopatra." Sólo en las Tullerías seguía todo inmutable. El eco de la tempestad que se estaba formando no llegaba a los muros del palacio real. Cuando Luis XVI, tan débil de carácter como provisto de buenas intenciones, recibió la herencia de su abuelo, ya era tarde para evitar el desastre. Ni siquiera Mirabeau, con su elocuencia genial y su doble juego de combatir a la monarquía para salvarla, pudo impedirlo. Ni las medidas adoptadas o propuestas por los distintos ministros reformadores que se sucedieron en el cargo, ni la convocatoria tardía de los Estados Generales, ni el cerceamiento progresivo de las prerrogativas reales, eran ya solución. El 14 de Julio de 1789 señala el comienzo de un trascendental proceso histórico: el de la democracia. Cuenta el historiador Méttin que Luis XVI, al conocer la toma de la Bastilla y la muerte del gobernador Launey, exclamó: "¡Ha merecido bien su suerte!" No podía sospechar que esa suerte era también la suya.

EL PANTEÓN, DE PARÍS

Desgraciados los pueblos que no saben honrar la memoria de sus grandes hombres. Es como si les faltara la conciencia de su propio ser o como si vivieran de espaldas a su destino; porque los grandes hombres son algo más que individualidades insignes y señeras: son una síntesis del genio y del espíritu colectivos; en suma, representación superior de la calidad humana, juzgados con alcance universal y, a la vez, exponentes peculiares del grupo nacional que les dio vida. Según Carlyle, ellos hacen la Historia y aunque, a la luz de la filosofía actual, nos parezca lícito pensar que en la teoría del culto a los héroes divulgada por el pensador escocés hay mucho de romanticismo, y que la Historia es más bien una lenta elaboración de fuerzas anónimas en la que todos, del más alto al más bajo, somos actores y espectadores simultáneos, lo cierto es que los grandes hombres, si no hacen la historia, la dignifican y alumbran, como los faros al navegante, lo cual es, después de todo, un modo de crearla.

Francia es uno de los pueblos que más hondamente siente el respeto a sus hombres ilustres, es decir, el culto a los héroes de que hablaba Carlyle. Por eso el Panteón es uno de los monumentos más notables de París. Lo es, desde luego, por su belleza arquitectó-

nica y por las creaciones artísticas que decoran su interior. Sin embargo, el Panteón está muy lejos de ser una obra uniforme, concebida y ejecutada con arreglo al propósito que finalmente debía servir. Su historia es un poco accidentada, y a veces turbulenta, de acuerdo con las alternativas políticas de Francia a lo largo de un siglo que apenas si conoció punto de reposo. Hizo los primeros planos el arquitecto Soufflot y la construcción del edificio comenzó en 1764, pero destinada a sustituir a la iglesia de Santa Genoveva que amenazaba ruina. Vinieron luego las Cortes Constituyentes, ya en tiempos de Luis XVI, y acordaron convertirlo en Panteón Nacional haciendo grabar en el frontis la leyenda que hoy ostenta:

A los grandes Hombres, la Patria agradecida

Siguieron los años del Terror, el Consulado, el Imperio, la Restauración al fin, triste y efímera fantasmagoría de la monarquía absoluta encarnada por Luis XVIII. Bajo la Restauración, el edificio fue devuelto al culto de Santa Genoveva. Llegó la Revolución de Julio de 1830, que puso a Luis Felipe en el trono, y la iglesia volvió a ser Panteón hasta 1851, en que Luis Napoleón, una vez consumado el golpe de Estado, convirtió nuevamente el Panteón en iglesia. Esta vez la situación se prolongó hasta 1885. En ese interregno se había sucedido el desastre de Sedán, el episodio dramático de La Commune, la proclamación de la tercera República... Pero en mayo de 1885 murió Víctor Hugo, cargado de años y de gloria. La desaparición del gran poeta llenó de luto a Francia. París entero desfiló para ver por última vez la hermosa cabeza que había producido tantas obras geniales y había sido una de las luminarias de su siglo. Como Hugo murió sin asistencia religiosa, a pesar de que el arzobispo de París se ofreció para administrarle los Sacramentos en persona, hubo pleito entre las autoridades eclesiásticas y las civiles acerca del lugar en que debía ser enterrado el insigne muerto. La disputa la resolvió el Gobierno disponiendo, ya con carácter definitivo, que la iglesia de Santa Genoveva sería en adelante Panteón de los Hombres Ilustres.

Sin embargo, han sido escrupulosamente conservadas las magníficas pinturas que reproducen escenas de la vida de Santa Genoveva y que forman, en realidad, la parte decorativa más importante del recinto. Y no es extraño. La tolerancia es la flor y el secreto de la vida común, y Francia es, por encima de todo, un pueblo tolerante. Al amparo de las manos piadosas de Santa Genoveva, duermen el sueño eterno los hombres que la fama hizo inmortales, no importa que fueran laicos o creyentes. En fin de cuentas, el culto a los grandes hombres —los héroes de Carlyle— también tiene un profundo sentido religioso, que el visitante del Panteón no puede eludir ante las tumbas de Rousseau, de Voltaire, de Lázaro Carnet, de Baudín, de Emilio Zola... Y del propio Soufflot, el arquitecto que diseñó y empezó a construir el Panteón. Nadie con mejor derecho para ocuparlo. .

DEL MUNDO FRIVOLO. EL REINADO DE CAROLINA OTERO

María Félix, a la que, con un poco de hipérbole, proclamaron sus agentes de propaganda "la mujer más hermosa del mundo", va a interpretar en la pantalla a otra mujer cuya celebridad, aunque liviana, han igualado pocas, y que fue en su tiempo una de las reinas indiscutibles del mundo frívolo: Carolina Otero. Que yo sepa, a ninguna otra se le ha ofrecido ocasión de ver representada su propia vida, como ante un espejo que reprodujera fielmente, iluminándolos, poetizándolos, en lugar de las arrugas y las canas presentes, los recuerdos de juventud, placer de una melancolía indefinible, pero también único, que sólo el cine podía proporcionar.

Porque Carolina Otero, o **la bella Otero**, como fue su apelativo desde que la fama

galante la ciñó guirnalda de rosas, vive aún. Cuentan las gacetillas periodísticas que cuando María Félix —que ya no va tarde a los ensayos, ni sufre jaquecas repentinas, ni se queda en casa cuidando la salud de un perrito o haciéndose rizos, aunque se suspenda la filmación de una escena, porque esos lujos sólo se permiten en México—, le fue presentada a Carolina Otero, ésta confesó: "Pero yo no he sido nunca tan bella como tú." Es posible que la confesión fuera sincera, y es posible también que sólo se tratara de una **finesse** rendida por una estrella apagada a una estrella en su cénit. En todo caso, lo seguro es que María Félix reúne todas las condiciones de belleza apetecibles para ser la superviviente simbólica de **la bella Otero**.

Esa ancianita que ahora acaricia las mejillas frescas de María Félix, como antes acariciaron las suyas, platónica o golosamente, tantos admiradores, vive en Niza, donde aun suelen visitarla algunos viejos boulevardiers que le hacían la corte cuando eran pe-timetres. ¿Cuántos años tiene Carolina Otero? La edad de las mujeres sólo es confesable cuando son demasiado jóvenes todavía o cuando son ya demasiado viejas. No hay, pues, irreverencia ninguna en revelar que Carolina Otero acaba de trasponer la raya de los ochenta. ¿Cuántas evocaciones sentimentales despiertan esas ocho décadas, dos de las cuales atestiguan el señorío de una mujer que llenó con su nombre toda una época de la vida fácil! Adolescente aun, Carolina Otero cosechó sus primeros laureles en Barcelona, en Lisboa luego, en Marsella después, pero el escenario de sus triunfos definitivos debía ser París, en donde apareció por primera vez en 1889, el año de la Exposición Universal, formando parte del Circo de Estío, nacido antaño bajo el patrocinio de otra española que fue emperatriz de Francia también por ministerio de su hermosura: Eugenia de Montijo. La precedía una historia —o novela— de amores tempestuosos, epilogados frecuentemente por el suicidio. El caso es que Carolina, cuando amanecía el siglo, era ya la reina de París. Y ser la reina de París era, en cierto modo, ser la reina de Europa. Le rendían homenaje los escritores, los pintores, los poetas, los músicos. En los cabarets de París se bailaba el "Vals Otero" que Boldi, entonces en boga, había compuesto para ella; en el Hotel París, de Montecarlo, era indispensable, para estar a la moda, tomar los "supremos dé solé Otero", creación especial de Próspero Montagne; Gabriel d'Annunzio la llamaba "la beauté vivante", y los americanos "*la suicidal siréne*". Caprichosa, despótica, ardiente, Carolina Otero fue durante muchos años la dueña indiscutible 'de París. Le servían de pedestal la envidia de las mujeres y el amor apasionado de los hombres. A sus pies se humillaban las cabezas más orgullosas de la aristocracia de la sangre, del poder o del dinero. Una sonrisa suya colmaba la vanidad más exigente; un beso suyo costaba una fortuna.

Fue reina indiscutible, pero de un trono duramente disputado. En París, y por aquellos años de fin y comienzo de siglo, abundaban las aspirantes a ocuparlo sin que les faltaran, ciertamente razones convincentes, aunque no siempre lo fueran de carácter artístico. Cléo de Mérode, Liane de Pougy, Clemence de Pibrac, Yane d'Argent, Irma de Montigny... ¡Qué bello ramillete de rosas femeninas! Pero todas hubieron de cederle, de grado o por fuerza, la primacía a Carolina Otero. La más enconada y persistente rival fue, sin duda, Liane de Pougy, que murió hace tres años, ya muy vieja, retirada en una finca señorial de la campiña francesa y viuda de un noble que le había dado su nombre y su título. La enemistad de las dos mujeres alcanzó los límites del histerismo. Quien tenía trato con la una no podía tenerlo con la otra. Se robaban deliberadamente los amantes, con lo cual se obraba el milagro de que tan felices varones se arruinaran por partida doble. Se dedicaban mutuamente los peores sarcasmos. Se hacían escenas cuando se encontraban, acompañadas de sus correspondientes caballeros, en el Bosque de Bolonia... Ese encono tal vez se explique un poco, psicológicamente, por la diferencia física entre las dos protagonistas, representantes de dos tipos opuestos de belleza. Liane de Pougy

era rubia, con el rostro un poco alargado, los ojos grises y de mirada dulce, el talle esbelto y un poco quebradizo. ¿Cómo era Carolina Otero? Max Aghion, de cuyo delicioso libro **Hier a París** tomo algunos de estos datos, que la conoció en 1912, cuando ya la gloria de Carolina Otero entraba en el ocaso, la pinta así: "Su densa cabellera, ondulada, de un negro azulado, separada por una raya en medio, parecía de ébano barnizado, y el rostro, el admirable rostro, tenía la pureza de una obra de Fidias y el color y la tersura del alabastro. Ni una joya, ni un adorno. Los ojos brillantes bajo el arco armonioso de las cejas, la boca sangrante, la nariz fina y recta, con las ventanas levemente rosadas, todo era increíblemente perfecto en esta fisonomía sin una arruga. Indudablemente, Carolina Otero tenía derecho al calificativo de bella... Después de más de treinta años, yo me siento conmovido todavía al evocar este recuerdo.

Cambiamos algunas palabras. Su voz era agradable, pero no seducía, porque su acento, a pesar de los muchos años pasados en Francia, conservaba aún algo de la dureza y la sequedad que caracterizan la pronunciación española. Repentinamente, los músicos atacaron una seguidilla y la ¡terrazza empezó a retumbar bajo los furiosos ¡ole, ole! y los frenéticos ¡anda, anda...! La **bella Otero**, levantando sus faldas, bailaba con todo el fuego, toda la pasión de una muchacha...".

En el tiempo a que alude Max Aghion, Carolina, más cultivada en su arte, con mayor experiencia y tal vez mejor aconsejada, había optado, al parecer, por una elegante sencillez para sus presentaciones escénicas. Acaso se había dado cuenta de que sus mejores galas, aun entonces ya, eran las de su hermosura corporal. Pero hubo otra época, la de sus triunfos escandalosos que le otorgaron el cetro de reina de París, en que Carolina Otero lucía el pecho más bello que pudiera verse, pero también el más guarnecido de pedrería que jamás se haya visto. En la reseña que **La Vie Parisienne** hacía de un espectáculo extraordinario ofrecido por el Folies-Bergère en honor de la Exposición Universal y en el que figuraban en programa las Sisters Barisson, Lola Fuller y la Bella Otero, se habla de esta última como de "un caballo de pura sangre que se encabrita levantando la cabeza, moviendo la grupa y agitando las piernas para enloquecer a un público cegado por el resplandor de millares de diamantes, rubíes y esmeraldas con que esta joven mujer aparece literalmente vestida como un relicario de la Madona". Veamos, según el cronista, cuáles eran algunas de esas joyas que decoraban el relicario viviente del Folies-Bergère: tres collares de perlas, que pertenecieron, uno a la emperatriz Eugenia, otro a la emperatriz de Austria y el tercero a Léonide Leblanc; ocho brazaletes de rubíes, esmeraldas, zafiros y brillantes, y la relación se prolonga largamente.

Para los parisienses, Carolina fue siempre **l'Andalouse** por antonomasia, gracia y compendio de la España bravía y torera de pandereta. Y es muy posible que en muchos aspectos lo fuera. Ninguna, desde luego, la aventajó en el triunfo como tal. Pero la verdad —que acaso la propia Carolina no tuvo interés en revelar— es que nació en el extremo opuesto de Andalucía, es decir, en Galicia. Vio la luz primera en Padrón, un pueblo de La Coruña, en 1874. Las mujeres gallegas tienen fama, muy justa, de hermosas. Pero es la suya, por lo general, una hermosura apacible y recatada. Carolina Otero ha sido un magnífico exponente de esa hermosura, pero animada por el fuego que se les atribuye a las andaluzas. Esperemos que María Félix sea un buen trasunto de aquella Carolina Otero, ahora octogenaria, que en Niza, frente al mar, va desgranando el rosario sentimental de sus días de juventud.

EL MONTE SAINT MICHEL

En el fondo de la curva que el Atlántico forma en las costas de Normandía, curva

que se abre desde Paimpol, en la parte sur, hasta Cherburgo, en el extremo norte, frente a la vieja ciudad de Avranches y separado de tierra firme por una estrecha faja de *agua*, se alza, como un gigantesco farallón, el Monte Saint Michel, que sirve de pedestal a la Abadía famosa que le dio su nombre. Es uno de los lugares más notables de Francia y también de los más cargados de historia, antigua y presente. Por ahí desembarcaron hace muchos siglos, con la audacia que los hacía navegantes sin par en su tiempo, los primeros invasores normandos. Por ahí llegaron igualmente, hace diez años, los soldados que iban a libertar a Francia y acabar con la pesadilla del terror nazi.

El paisaje es grandioso, pero tiene más de sobrecogedor que de amable. Desde las alturas del Monte, donde la Abadía levanta su orgullosa fábrica de piedra, la mirada se pierde en la inmensidad de un mar generalmente plomizo porque el sol no suele ser pródigo en aquellas latitudes. Se presienten, hacia el norte, las islas de Guernsey y de Jersey, asilo de Víctor Hugo cuando combatía sin tregua a Napoleón el Pequeño. En la lejanía se difumina el penacho de humo gris de los barcos que cruzan, en ambas direcciones, el horizonte. En los meses de invierno, los vientos azotan con violencia y el mar se encrespa, trayendo al ánimo de las gentes sencillas, en las noches de tormenta, el recuerdo de antiguas leyendas de brujería, aunque también abundan las leyendas santas. Una de ellas cuenta cómo una de esas noches se le apareció en sueños al piadoso Auberto, varón de gran virtud, a la sazón obispo de Avranches, la figura resplandeciente de San Miguel, que le ordenaba redoblar su celo en la propagación de la fe católica. Así nació la Abadía de Saint Michel. Era el año 709. Pero las incursiones constantes de los normandos, que no renunciaban a sus afanes de conquista, estorbaban de continuo la empresa, hasta que, dos años después, en 711, Carlos el Simple, cansado de esa lucha, hizo trato con ellos y les cedió la región que desde entonces se llamó Normandía. Los normandos, a cambio, adoptaron el culto católico y reconocieron por rey a Carlos. Bajo Ricardo I, el primero de los duques normandos, la Abadía de Saint Michel se convirtió en lugar de peregrinación a donde acudían muchos fieles no sólo de Francia, sino de otras partes de Europa, y el monasterio anexo a ella prosperó. Sin embargo, no habían acabado las vicisitudes. En sus guerras con los ingleses, las tropas de Felipe Augusto incendiaron la Abadía en el año 1203. Siguió luego un período de calma, muy relativa de todos modos —históricamente hablando—, porque los ingleses, como antes los normandos, sentían predilección especial por Normandía y desde 1425 hasta 1434 no cesaron en su empeño de ocuparla. Y el Monte Saint Michel tuvo que ser a la vez templo y fortaleza...

En 1469, Luis XI instituyó la Orden de Caballeros de Saint Michel. ;Luego, la Abadía y el monasterio dieron aposento a la Congregación Benedictina de San Mauro. Corrió el tiempo. Los vendavales religiosos y políticos pasaron sobre Francia. Pero la Abadía de Saint Michel, a través de sucesivas restauraciones, en las que se acusa el genio de cada época, fue enriqueciendo su arquitectura, actualmente una de las más curiosas y admirables que pueden verse. En ella se mezclan los estilos, pero predominan, por su vigor original, los elementos románicos, que abarcan del siglo X al siglo XII. En 1874 la Abadía fue declarada monumento nacional, y en 1922 restituida al culto religioso. El altar mayor, consagrado en 1927, es de granito rosa de Borgoña. Y todos los años, cuando se cumple la fecha del 29 de septiembre, día de San Miguel, una gran peregrinación se dirige a ella y rinde culto al humilde San Auberto, obispo de Avranches, que hace más de mil años recibió en sueños, una noche de tormenta, la visita de San Miguel.. .

DEL TIEMPO VIEJO. LA VIDA BOHEMIA

¿Quién soportará hoy la lectura del libro de Enrique Murger, Escenas de la vida bohemia, sin sonreír piadosamente ante su anacronismo literario y la inocente malicia de sus personajes? Seguramente nadie. Sin embargo, pocos alcanzaron tanta popularidad ni dejaron huella tan duradera. Hoy mismo, cuando ya no pasa de ser un desecho más en el desván de las celebridades mustias, se le recuerda con la suave emoción con que se evoca un dulce amor de juventud o el nombre de un amigo muerto que nos fue querido. Verdad es que el libro de Murger tuvo por aliados —y aun se sobrevive en ellos— el teatro y la ópera. Pero esto da idea de la acogida que el público le dispensó desde que en 1846 empezó a publicarlo en folletines El Corsario, un periódico parisién en donde resultaba mucho más fácil la colaboración que el cobro. A Murger le pareció estar en sueños cuando, en vista del éxito obtenido por los primeros folletines, se los pagaron a quince francos. Aquello era el remedio del hambre, la liberación de la bohemia, tal vez la puerta de la fama...

Pero ¿ha muerto la bohemia? Es evidente que no. Creo, además, que no morirá en tanto perdure la sociedad actual. Me refiero, por supuesto, a la bohemia retratada por Murger, la romántica, que no tiene que ver con esa otra mal llamada bohemia en la que se mezclan monederos falsos, revolucionarios igualmente falsos, gigolós que explotan el tipo, vagabundos que no encuentran arraigo, aristócratas arruinados, estetas de costumbres torcidas y señoritos de familia adinerada que empiezan por sentirse anarquistas y acaban por hacer una boda de conveniencia. Personalmente nunca he sentido inclinación por la bohemia, de cualquier clase que sea, pero comprendo y disculpo incluso, con una irreprimible simpatía, a los bohemios que, como los de Murger, se colocan al margen de la vida reglamentada por perseguir tenazmente en heroica lucha con el hambre, una quimera que muy pocos de ellos logran alcanzar y que probablemente no alcanzarían nunca sometidos a la obligación de ganarse el sustento diario en un trabajo rutinario. El bohemio genuino es un inconforme instintivo con el medio social, y lo es no por vago, sino por pobre, al revés de lo que pensaría cualquier consejero de un banco de préstamos. A la bohemia le debemos no pocas obras geniales de la literatura y del arte. Jules Valles, que también supo, como Murger, lo que era vivir con un franco diario, escribió cuando ya era famoso: "No quisiera ser malo, pero he de hacer sentir los golpes que he sufrido. Quisiera que la humanidad entera no tuviera más que una cara, para cruzarla con una sola bofetada..."

No todo fueron alabanzas, ni mucho menos, cuando se publicó el libro de Murger. Sobre el autor llovieron reproches violentos acusándolo de exaltar la ociosidad y las malas costumbres. Se suponía de él que debía ser un hombre habituado al vicio e incapaz de llevar una vida noble. La verdad es que la existencia de Murger fue, desde el comienzo al fin, incluso cuando le sonreía el éxito, amarga y sombría. Nació el 27 de marzo de 1822 en una casa de la calle de Saint-Georges, pero su infancia y su adolescencia transcurrieron en la que llevaba el número 5 de la entonces llamada calle de los Tres Hermanos, habitada por inquilinos de calidad, entre ellos el gran cantante y músico español Manuel García, padre de otras dos cantantes llamadas igualmente a celebridad: Paulina y Feliciano García, esta última conocida por el apelativo de **la Malibrán**. El padre de Murger era un pobre zapatero remendón que desempeñaba en la casa las funciones de portero; su madre una humilde obrera llamada Hortensia-Enriqueta Tribou. Lo que la madre tenía de abnegada y bondadosa lo tenía el padre de rudo y egoísta. Aun no había cumplido el niño catorce años cuando el zapatero juzgó que era tiempo de que abandonara la escuela y se pusiera a trabajar. Gracias a los desvelos de la madre, Mur-

ger encontró en el despacho de un procurador un puesto de escribiente con la obligación de hacer recados. Esa circunstancia le permitió al muchacho corretear por París, descubrir cosas nuevas para él y hacer algunas amistades que estimulaban sus inquietudes intelectuales. Pronto murió su madre, y el zapatero, que aborrecía para su hijo todo lo que no fuera un oficio manual, extremó su grosería. Algo más adelante, Murger abandonó la curia y se reintegró al hogar paterno. Por poco tiempo. La convivencia con su padre se hacía cada vez más difícil porque el abismo espiritual que los separaba era también mayor. Más tarde, Murger, gracias al académico M. de Jouy, que vivía en la misma casa, obtuvo el cargo de secretario del conde Santiago Tokstoi, funcionario en París al servicio del gobierno ruso. De los cuarenta francos que ganaba Murger al mes, su padre se quedaba con treinta por permitirle dormir en una sórdida buhardilla y darle cada noche un mísero condumio. Un amor desgraciado, el primero de Murger, con una mujer casada cuyo marido tenía cuentas pendientes con la justicia, mezcló incidentalmente a nuestro enamorado en un proceso que el zapatero, muy indignado, aprovechó para poner a su hijo en la calle. Lo cierto es que se disponía a contraer nuevas nupcias y el hijo le estorbaba. Murger, que siempre fue tímido, sentimental y generoso, hizo su hatillo y se marchó a pedir hospitalidad a un amigo que habitaba otra buhardilla en la calle de Montholon. Ya no tenía lazos familiares. De la casa paterna se llevaba, por todo equipaje, unos pobres trapos, unos cuantos libros

Una cinta arrugada, una rosa marchita,
un velo, unos cabellos trenzados en pulsera.. .

Empezaba la vida bohemia.

¿Quién no está familiarizado con los personajes de Murger? Rodolfo, Marcelo, Mimí, tienen ya lugar permanente en el calendario sentimental. Es probable que, en el fondo, todos llevemos una chispa de bohemios que es una especie de válvula de escape a la vulgaridad regimentada del vivir cotidiano. Lo que no saben muchos es que la mayoría de los héroes desarrapados de Murger tuvieron existencia real. En Rodolfo se personificó, poetizándose un poco, el propio Murger; Marcelo tiene los rasgos característicos del pintor Tabar, que alcanzó alguna notoriedad en su tiempo y de quien Baudelaire hizo elogios; Colline era el doble de un erudito llamado Juan Wallon, historiador de temas religiosos, que llevaba siempre una biblioteca en los bolsillos; Mimí es un reflejo de María, la mujer por quien Murger se vio en líos de juzgados; Musette fue una hermosa modelo que no murió en el hospital, como Mimí, porque pereció ahogada al naufragar el barco en que se dirigía a Argelia; Eufemia era una muchacha que hacía flores artificiales... Sabemos todos estos datos gracias a las curiosas memorias de Mr. Schaune, un honrado comerciante parisién, pintor y músico en los tiempos de Luis Felipe, que hasta su muerte sintió el orgullo de haber pertenecido en su juventud al grupo de bohemios y sido amigo de Murger. Mr. Schaune —Schaunard en el libro de Murger— sentía singular placer en asistir a todas las representaciones de **La vida bohemia**, escenificada por Todoto Barriere, y era tal su entusiasmo que, en cierta ocasión, se quitó las botas para aplaudir con ellas poniéndoselas en las manos como si fueran guantes. Ya muy viejo, cada vez que se ponía en escena la obra, podía vérselo en el teatro del Ambigu o en el Odeón prodigando palmadas con la misma pasión que el día del estreno y gozoso de que los demás espectadores supieran que el Schaunard que aparecía en el escenario era precisamente él...

Gracias al éxito de la obra teatral pudo Murger tener domicilio propio por primera vez. Fue a instalarse en un piso de la casa número 48 de la calle de Nuestra Señora de Loreto. "Me he transformado —escribía— en un señor bien vestido..." Tenía por enton-

ces 28 años, pero no iba a beneficiarse mucho tiempo de aquel relativo bienestar. Su salud era precaria a consecuencia de las privaciones pasadas. En enero de 1861, cuando apenas acababa de cumplir los 39 años, una noche despertó al sentir un intenso dolor en la pierna izquierda. Los médicos, inquietos, ordenaron su traslado a la Maison Dubois, un hospital de pago. El desenlace vino tres días después, precedido de una atroz agonía. Entre los amigos que le rodeaban estaba el fiel Schaune llorando como un niño. Una gran muchedumbre siguió el féretro hasta el cementerio del Père-Lachaise. Hubo representaciones oficiales, discursos, crónicas elogiosas en los periódicos. Más tarde se le erigió un monumento en el mismo cementerio. Honrándole a él, se honraba a la bohemia. . .

¿Ha muerto la bohemia? Hace casi dos años y medio, una tarde de comienzos de junio, deambulaba yo rebuscando en los puestos de libros viejos que escoltan las orillas del Sena en ese trozo de París que no tiene parecido en el mundo y que jamás se borra del recuerdo. Era una tarde de domingo, soleada, tibia, deliciosa, de esas que París sólo ofrece en la primavera y a principio de verano. Era, además, mi última tarde en París. Al día siguiente debía tomar el avión para volver a México. Me acodé en el Puente Nuevo contemplando el río y los vaporcitos que lo surcan; admiré una vez más la arquitectura insigne de Notre Dame y puse remate a mi melancólico paseo sentándome en la terraza de un café cercano al Jardín del Luxemburgo, donde Murger tiene un busto que en 1899 inauguró solemnemente el ministro de Instrucción Pública. Vi desfilar ante mí los tipos más extraños: hombres con grandes chalinas y chambergos amplios; melenudos y destocados otros; luciendo las más raras indumentarias casi todos. Recordé a Murger. ¿No eran aquéllos, barbados o barbilampiños, sus personajes? Y entre todos llamó mi atención un sacerdote portando sobre el pecho un enorme cartelón que, traducido literalmente, decía así: "Si de cada diez obispos hubiera uno que fuera verdaderamente cristiano, el mundo iría mejor de lo que va." Acaso tuvo razón...

EL ARMISTICIO DE LA GUERRA DEL 14

El 28 de septiembre de 1918 fue un día dramático en el cuartel general del ejército alemán, establecido en Spa, ciudad belga situada al Este, cerca de la frontera con Alemania. Sentados ante una gran mesa, dos hombres que ostentaban las insignias de la más alta jerarquía militar, examinaban planos, tomaban notas y cambiaban impresiones entre sí. Caía el crepúsculo cuando se pusieron en pie. El uno, musculoso y pesado, con grandes bigotes grises, se llamaba Hindenburg; el otro, alto y flexible, Ludendorff. Un tinte sombrío les cubría el rostro. Estaban de acuerdo: la situación era desesperada y urgía demandar un armisticio, por lo menos —era la opinión de Ludendorff— para ganar tiempo. La decisión le fue comunicada al Kaiser sin tardanza. El Kaiser no opuso objeción. Para preparar el terreno se nombró canciller al príncipe Max de Badén, hombre de criterio liberal y comprensivo. El 4 de octubre, por mediación del gobierno suizo, se le enviaba al presidente Wilson la petición oficial en la que se aceptaban los Catorce Puntos que el primer magistrado norteamericano había sometido al Congreso de la Unión en su mensaje de 8 de enero como base para una paz posible. Esos Catorce Puntos comprendían la condenación de la diplomacia secreta; libertad de los mares; supresión, en lo posible, de barreras aduaneras; reducción de armamentos; arreglo de las cuestiones coloniales, de acuerdo con los pueblos indígenas; evacuación de Bélgica; devolución de Alsacia-Lorena a Francia; rectificación de las fronteras de Italia y del mapa político de los Balcanes; autonomía de los pueblos del Imperio Austro-Húngaro;

independencia de Polonia. Finalmente, el presidente Wilson hacía un esbozo de la Sociedad de Naciones...

El 9 de octubre, la respuesta del presidente Wilson fijaba como condición previa la evacuación de los territorios conquistados. El 11, el gobierno alemán daba su conformidad. El 14, Wilson anunciaba que el armisticio no sería posible si Alemania no daba garantías de sincero propósito de paz. El 20, Berlín ratificaba su petición. El 23, Wilson concretaba: armisticio en términos tales que Alemania no pudiera reanudar las hostilidades y negociado con representantes autorizados del pueblo alemán y no con quienes hasta entonces habían dispuesto de sus destinos... A todo esto, en el frente militar las cosas empeoraban para los alemanes. El mariscal Foch, que tenía dos grandes ofensivas preparadas, se sentía dueño de la situación. El 31 de octubre el gobierno de Berlín bajo la presidencia de Max Badén, resolvió aconsejar al Kaiser la abdicación. Guillermo II, que se hallaba en el cuartel general rodeado de sus generales, con la histórica fatuidad que lo caracterizaba, no solamente se negó, sino que amenazó con ponerse él, personalmente, al frente de las tropas para restablecer su autoridad. Pero el 3 de noviembre se amotinaban las tripulaciones de la escuadra anclada en Kiel. Los demás puertos siguieron el ejemplo. El 7 estalló la revolución en Munich. Se formaban Consejos de Obreros y Soldados en Colonia, en Diseldorf, en Coblenza... El día 9, Max Badén hizo pública en Berlín la noticia de la abdicación del Kaiser, al parecer sin que éste lo supiera ni pensase en semejante cosa. Montó en cólera y, con su gesto teatral, juró que no abandonaría el trono ni se apartaría de su familia, pero aquella misma noche se escapaba a Holanda, en donde moriría de viejo, veintidós años más tarde, sin gloria y sin pena, como un vulgar rentista que nunca hubiera jugado papel principal en el drama del mundo.

Esta sinopsis histórica, aunque elemental, refleja bien los últimos días de la guerra. El 11 de noviembre, Matías Erzberger, dirigente del Partido Demócrata Católico — asesinado luego en 1921—, firmaba, en nombre del gobierno alemán, el acta del armisticio. Era, en realidad, una capitulación, aunque después se pretendió por los nazis que Alemania nunca fue vencida militarmente. Había terminado la contienda. Se levantó, jubiloso, un clamor inmenso. Los hombres encargados de organizar la paz afirmaron que ya no habría más guerras mundiales. Pero veinte años más tarde estallaba la segunda, mucho más terrible que la primera. Y la posguerra actual es mucho más agitada e inquietante que la anterior. ¿Volverá a repetirse la Historia?

LA PROFECÍA DE CLEMENCEAU

Georges Clemenceau nació en una aldea —Mouilleron-en-Pareds— de la Vendée, nombre que evoca muchas jornadas duras y sangrientas en la historia de Francia. La región, abrupta y boscosa, se asoma al Atlántico y da la sensación de querer despegarse de tierras. Sus habitantes son hombres sencillos y honrados, pero orgullosos, tercos y de temperamento rudo, sobre todo cuando se trata de mantener sus creencias políticas o religiosas. Tienen el alma bien templada y el brazo fuerte, lo mismo para conducir el arado que para manejar el fusil cuando la ocasión lo reclama. En los días terribles de la Revolución, la Vendée, monárquica y católica intransigente, levantada en abierta rebelión, constituyó un gravísimo problema interior para la República naciente. Fue menester que el general Hoche, muerto en plena juventud, católico también, pero republicano fervoroso, pusiera a contribución sus cualidades excepcionales de soldado y una energía indomable para acabar con la resistencia de los vendeanos. En ese ambiente se inspiró Víctor Hugo para escribir una de sus novelas más apasionantes: **El noventa y tres**. Y en

ese paisaje abrió los ojos a la luz Georges Clemenceau el 28 de septiembre de 1841.

La Vendée de mediados del XIX ya no era, naturalmente, la de 1789, y la de hoy lo es mucho menos, pero en lo fundamental conserva su carácter, porque las variaciones políticas y sociales cambian la mentalidad y las opiniones de los pueblos, pero dejan subsistente, por lo menos a largo plazo, su idiosincrasia. Jacobino y anticlerical, Clemenceau era, sin embargo, un producto genuino de la Vendée, y él mismo se complacía en proclamarlo: "Amo a los vendeanos. Son gente decente. Tienen un ideal y, para defenderlo, una obstinación estrecha y salvaje que me place." En esas palabras, tan escuetas y lapidarias, está contenida toda una declaración de principios y una promesa de conducta. Andando los años, Clemenceau no desmentiría su afirmación.

La vida de Clemenceau es una batalla permanente, desde la juventud hasta la vejez. Lucha por algo o contra algo, pero siempre está en el combate. Apenas tenía dieciséis años cuando vio encarcelar a su padre, varón austero, respetado y querido en todo el contorno, donde ejercía su profesión de médico, por haberse mostrado desafecto a Napoleón III. La detención fue breve, pero bastó para que el muchacho dijese a gritos que algún día vengaría la ofensa que se le había hecho a su padre, al cual le debía algo que vale más que la paternidad misma: el sentido del honor y las ideas que le servirían de guía. Algo más aprendió de él. Republicano, anticlerical y materialista en filosofía, el doctor Paúl Benjamín Clemenceau cumplía las obras de misericordia atendiendo gratuitamente a los enfermos pobres, socorriendo con dinero a los necesitados, llevando una palabra de consuelo y amistad a los tristes. Georges le acompañaba en esas excursiones. Y nunca olvidaría la lección del joven estudiante que se disponía a seguir también la carrera de la medicina.

Primero cursó estudios en Nantes, pero en 1860 nos lo encontramos ya en París, donde les dio término. Su tesis doctoral, una defensa audaz del materialismo, refleja al hombre de pelea: "Soy —dice en el preámbulo— el único responsable de las opiniones que expreso. No las sostengo porque haya escrito este estudio. He escrito este estudio porque las sostengo." La Facultad de Medicina de París, indulgente, dio su aprobación, y el 30 de mayo de 1865 Clemenceau obtenía su título de doctor. Sin embargo, había sido más asiduo estudiante en los cafés donde se hacía agitación política que en la Universidad. Recién llegado a París se unió al grupo de los adeptos a Luis Augusto Blanqui. Impaciente y fogoso, dióse a propagar literatura clandestina contra el Imperio. Dos meses de prisión en 1862 no enfriaron su rebeldía, pero le aconsejaron ser un poco más cauto...

Para celebrar el doctorado, su padre y él realizaron un breve viaje a Inglaterra en la primavera de 1865. Esa excursión suscitó en Georges, siempre inquieto, una ambición más alta: ¿por qué no completa" su conocimiento del inglés con otro viaje a los Estados Unidos? Acababa de terminar la guerra de secesión, epilogada por el asesinato de Abraham Lincoln. Norteamérica ocupaba la atención del mundo entero. Allí se estaba ensayando una nueva democracia... El padre, bondadoso como siempre, accedió, y al final de año, cuando ya preparaban los árboles de Navidad, Georges desembarcaba en Nueva York. La estancia, prevista para un corto período, se prolongó cuatro años. El padre, perdida la paciencia a medida que pasaban los meses, le enviaba cartas amenazándole con retirar la pensión, pero Georges le había encontrado gusto a la aventura y hacía oídos de mercader. Por si faltara algo, surgió el romance de amor. Sucedió en Stamford, donde Clemenceau daba clases de francés y equitación en un colegio de señoritas. Ella se llamaba Mary Plummer. La negativa de Clemenceau a casarse por la Iglesia rompió el compromiso y Georges se volvió a Francia. Sin embargo, los novios seguían escribiéndose. Vencidas las diferencias, Clemenceau regresó a Nueva York y se casó civilmente con Mary el 23 de junio de 1869. Tenía entonces veintisiete años, y ella dieci-

nueve. Pocos días después, el matrimonio tomaba el barco para Francia. Residieron una breve temporada en la granja familiar de la Vendée. Luego, la pareja se trasladó a París, donde Clemenceau abrió su consultorio. Tres hijos, dos hembras y un varón, alegraron el hogar juvenil, pero la coyunda no estaba llamada a ser feliz. Las divergencias de carácter se acentuaban cada día más. Al cabo de siete años vino la separación definitiva. Clemenceau, libre de ataduras domésticas, podía entregarse de lleno a la lucha política, que ocuparía en lo sucesivo toda su vida.

En el reducido espacio de un artículo sería imposible reflejar, ni siquiera en esquema, la existencia apasionada y turbulenta de Clemenceau. Había hecho sus primeras armas de periodista, como corresponsal de **Le Temps**, durante sus años de estancia en Norteamérica, acaso sin sospechar entonces que en el periodismo, y no en la medicina, estaba su verdadera vocación. Como en una película de ritmo acelerado se suceden los acontecimientos en los que Clemenceau figura como actor visible o como protagonista eminente. El desastre de Sedán abrumó su corazón de patriota, pero la caída de Napoleón III le llenó de alborozo. En los días angustiosos que siguieron al derrumbamiento del Imperio, Clemenceau aparece repentinamente como alcalde del distrito de Montmartre haciendo frente a una situación que sólo un hombre de su temple era capaz de dominar. Pasan luego las jornadas dramáticas de la Commune, el sitio de París, la represión feroz de Thiers, que provocó la indignación de Clemenceau, la proclamación de la República por un voto... En 1876, Clemenceau entra en la Cámara de Diputados precedido de una fama de hombre terrible que no tardaría en justificar. Terrible —aclaremos— porque era implacable con la deshonestidad y la hipocresía, pero a la vez generoso y romántico en la defensa de la justicia. Lo primero que hizo fue exigir la amnistía para los comuneros que aun estaban en la prisión, ocultos o desterrados. Su oratoria era tan acorada como su pluma, una y otra rebosantes de causticidad y de ingenio. Le esperaba, sin embargo, un amargo trance cuando, por manejos de su socio Herz, copropietario suyo en el periódico **Justice**, se vio mezclado, aunque indirectamente, en el escandaloso **affaire** del Canal de Panamá. Aceptó sin protesta la impopularidad y esperó. El desquite no tardaría en llegar con el proceso Dreyfus, en el que Clemenceau, uniendo su nombre al de Emilio Zola, salvó ante el mundo el espíritu civil de Francia.

Con altibajos, la estrella de Clemenceau sigue su camino ascendente. Es diputado, senador, ministro, presidente del Consejo... Pero su gran hora llegó cuando, en los días más críticos de la primera guerra mundial, hubo de asumir el terrible papel de artífice de la victoria. "Nos batiremos —dijo entonces— delante de París, en París y detrás de París." "La guerra

—dijo en otro instante— es un negocio demasiado serio para que lo dirijan los militares." Pero el anecdotario y las frases lapidarias de Clemenceau reclamarían capítulo aparte y extenso. Muchos y muy contradictorios juicios ha suscitado y suscitará todavía la política inexorable de Clemenceau durante la guerra, política que necesariamente había de provocar odios y acarrear más de una injusticia, pero nadie podrá negarle el mérito de su entereza indomable, que galvanizaba a los demás cuando la adversidad hacía flaquear los ánimos. Se le combatía rudamente, incluso en el Parlamento, pero cuando llegó la firma del armisticio, los mismos que lo habían atacado tuvieron que aclamarlo sin reservas. El triunfo sobre Alemania era a la vez su triunfo personal, que él declinó con una de sus sentencias de clásica sencillez espartana: "Lo que yo he hecho, lo ha hecho Francia."

Con el tratado de paz, la misión de Clemenceau podía darse por terminada. El fue el primero en comprenderlo. La ingratitud, además, hacía mella en su espíritu. Propuesto por sus amigos para la presidencia de la República, la Asamblea Nacional prefirió a Paúl Deschanel, un hombre sin relieve. El desaire le hirió profundamente. Renunció al

Gobierno y emprendió un largo viaje por Oriente. Al regreso se recluyó en su casona familiar de la Vendée, donde pasaba el tiempo cultivando su jardín, contemplando el mar, leyendo y escribiendo mucho. Aun rompió su clausura en 1922 para hacer un viaje a Estados Unidos, invitado a desarrollar un curso de conferencias. Después volvió a su soledad. "Con mis libros, las flores y el mar —escribía—, mi retiro es muy agradable." Pero su fortaleza física se iba debilitando. En 1927 enfermó gravemente. Se repuso, pero aquel era ya el toque de llamada que anunciaba el final. Comprendiéndolo, puso en orden sus papeles, quemó muchos de ellos e hizo testamento. Disponía que se le enterrase sin ceremonias y sin lápida en un lugar de la Vendée, y únicamente pedía que en su ataúd fuesen colocados un libro que le había regalado su madre siendo niño y una guirnalda de flores marchitas que le ofreció un grupo de soldados en una de sus visitas al frente de batalla. La muerte se hizo esperar todavía hasta noviembre de 1929. Alguien recordó entonces que en 1927, cuando parecía llegada la hora definitiva, Clemenceau había hecho una rara profecía. Era ésta:

"Escuchen con atención lo que les digo: dentro de seis meses, un año, cinco años, diez años, cuándo y como lo deseen, los **boches** habrán de invadirnos." En 1940 se cumplía el aviso profético. ¿Qué interrogación lleva dentro el presente sombrío de hoy?

VIDA Y DESVENTURA DE ENRIQUE HEINE

El día en que iba a ser enterrado Enrique Heine —18 de febrero de 1856—, París amaneció bajo un cielo plomizo, que presagiaba lluvia, como si la ciudad hubiera querido ponerse un crespón de luto por la muerte del poeta alemán que había encontrado en Francia el calor que le faltaba en su patria nativa. La mañana era fría, la hora temprana, y el reducido número de personas que esperaban frente a la casa mortuoria para formar en el triste cortejo, se paseaban y frotaban las manos en tanto se daba la señal de partida. Todas, o casi todas, eran notorias, si no célebres ya, en el mundo del arte, de las letras o de las ciencias. Destacaba en el grupo la alta y maciza figura de Teófilo Gautier, leal siempre, como pocos, a los dictados de la amistad, y la que él había mantenido con Heine —que no era de trato fácil— fue sincera y profunda, incluso en los ocho años terribles que el poeta, atacado de parálisis progresiva, hubo de pasar sentado en un sillón o sumido en el lecho, sin que en aquel pobre cuerpo que se iba consumiendo lentamente hubiera otro signo de vitalidad ostensible —caso extraordinario— que el de su cerebro, siempre lúcido, agudo y conservando su maravillosa capacidad de creación.

Por fin, la comitiva se puso en marcha hacia el cementerio de Mont-martre. El enterramiento se efectuó sencilla y silenciosamente. Heine, que desde hacía mucho tiempo se tenía por muerto, haciendo burlas acerca de ello, había prohibido de antemano toda ceremonia. A todos les extrañó, sin embargo, que el féretro fuera tan excesivamente grande para los menguados restos que contenía. Pero cuando los concurrentes descendían a la colina donde hoy se alza la **Basílica del Sacré-Coeur**, alguien —Teófilo Gautier, seguramente— recordó que Heine había escrito en su **Intermezzo**: "Cuando muera, buscadme un ataúd de tablas sólidas y gruesas, que sea más largo que el puente de Maguncia, y traedme doce gigantes alemanes más fuertes que el San Cristóbal de la Catedral de Colonia, que lleven el ataúd y lo arrojen al mar. Un ataúd tan grande pide una fosa grande. ¿Sabéis por qué es menester que el féretro sea tan grande y tan pesado? Porque voy a depositar en él mi amor y mis penas."

Aunque gozó ampliamente de la vida mientras pudo hacerlo, no fueron pocas, ciertamente, las penas —sobre todo de amor— que sufrió Heine. Desde su adolescencia

arrastraba una pasión malograda por una prima suya que prefirió, a los suspiros del poeta, que era pobre, casarse con un pretendiente acaudalado, como lo era ella. No fue la temperancia, sobre todo en achaques amorosos, lo que caracterizó la vida de Enrique Heine. Placiale la aventura, sin poner excesivos reparos a la calidad de la protagonista siempre que fuese "hembra placentera", para decirlo con lenguaje del Arcipreste de Hita. Consecuencia de una de esas aventuras de juventud fue la espantosa parálisis que, muchos años después, lo convirtió en un doloroso remedo de sí mismo y acabó por llevarlo a la tumba a los cincuenta y ocho años, ocho de las cuales —ya lo dije— fueron una atroz agonía física y moral. Camilo Mauclair, que ha sido, probablemente, el mejor biógrafo de Heine, describe aquellas noches en que el poeta, en los primeros meses de su enfermedad, cediendo al llamado del deseo, se arrastraba hasta la puerta del cuarto de su amante, herméticamente cerrada por orden de los médicos, implorando angustiosamente, furiosamente después, que le abriera la puerta. El silencio, o una agria recriminación, eran la respuesta, hasta que el enfermo, sollozante y vencido, se volvía a su cama solitaria, que más parecía potro de tormento. Esa amante, a la que había conocido cuando ella era modelo en uno de los grandes comercios —entonces nacieses— de París, y de la que se burlaba donosamente por su limitación intelectual —como si para hacer lo que ella hacía fuera menester haber leído a Aristóteles—, fue, sin embargo, una abnegada compañera en los años desgraciados, al punto de que Heine la hizo su esposa y heredera legal poco antes de morir. Verdad es que, materialmente, heredaba bien poco. Espiritualmente, mucho. No era mala herencia, desde luego, el derecho a llamarse la viuda de Enrique Heine, el primer poeta lírico de Alemania según algunos críticos; el segundo, después de Goethe, según otros.

Muy rara vez se da la identidad perfecta entre el hombre y su obra. Generalmente es el hombre, cuando se le somete a juicio comparativo, el que sale perdiendo. Heine desde luego. Hay en su vida demasiadas flaquezas que no pueden ser perdonadas ni disculpadas siquiera: el haber aceptado, durante muchos años, la subvención económica de sus parientes ricos —¿y el amor desgraciado de juventud?— a la vez que recibía subsidio del gobierno francés; el hecho, comprobado luego, de que, apareciendo en Francia como emigrado político, figurase en las nóminas del gobierno alemán ... El espíritu es fuerte, pero la carne es flaca, dice San Mateo. Y es la carne lo que falla en la existencia de Enrique Heine. En cambio, mantuvo firme su espíritu hasta el final. Salió de Alemania por no acomodarse al ambiente de una patria que le resultaba ingrata. Cuando llegó a París, donde se instaló definitivamente después de viajar por Suiza y por Italia —"el país en que el limón florece", recuerdo de Goethe_, le acompañaba ya un prestigio de **enfant terrible** sobradamente ganado y que no perdería ocasión de justificar. Su mordacidad era temible, aunque es justo decir, en descargo suyo, que sabía estimar el talento ajeno y rendir homenaje a quienes juzgaba superiores a él. Con Goethe, a la sazón cargado de años y de gloria, se permitió más de una irreverencia, pero echando por delante que, incluso para censurarle, era menester ponerse de rodillas.

He aquí cómo lo retrata Teófilo Gautier, que lo conoció poco después de su llegada a París en 1831, cuando Heine tenía treinta y tres años—"Era un hombre hermoso; hubiérasele tomado por un Apolo germano al ver su elevada frente, blanca, pura como el mármol, sombreada por una masa abundante de cabellos rubios. En sus ojos azules resplandecía la luz y la inspiración; sus mejillas, redondas y blancas y de un contorno suave, no estaban cubiertas por la lividez romántica de moda en aquella época. Muy al contrario, el matiz rojo aparecía allí como en los días clásicos; una ligera traza hebrea contrariaba, sin alterar su pureza, la intención que su nariz había tenido de ser griega;

sus labios armoniosos, "semejantes como dos bellos pareados", para servirme de una frase suya, tenían en reposo una expresión encantadora, pero cuando hablaba, de su arco rojo surgían silbando flechas agudas, dardos sarcásticos que jamás erraban el blanco; porque nadie fue más cruel que Heine con los tontos... " Heine hizo de Francia su segunda patria, y siendo, como era ya, uno de los más altos valores de la intelectualidad alemana, su nombre fue durante mucho tiempo más querido fuera que dentro de Alemania. ¿A qué obedeció tan extraño fenómeno? La respuesta es difícil. Las debilidades del hombre, harto disculpables, no justifican ese desvío. ¿Acaso a su expatriación voluntaria, por sentirse incompatible con una Alemania en donde la libertad estaba proscrita y en donde sus libros eran prohibidos? Porque si algo no puede regateársele a Heine es su amor por la libertad y su independencia de criterio. Aristócrata en su amor por la libertad y su independencia de criterio. Aristócrata en sus gustos _si por aristocracia se entiende el refinamiento en el vivir y la preferencia por las cosas bellas—, estaba cerca de los humildes y se sublevaba contra la injusticia social. Fue amigo de Carlos Marx, que le inspiraba gran consideración, y, en cierto modo, colaborador suyo. Si no un socialista militante, Heine fue, desde luego, un simpatizante del socialismo. Y sus sarcasmos, excesivos a veces, siempre tenían por blanco el relumbrón de los fatuos o la altanería de los orgullosos, contra los cuales disparaba las saetas de su corrosiva ironía.

¿Es fundado el reproche que se le hizo de sentirse más francés que alemán? Yo no lo creo. Es verdad que amó a Francia profundamente, cosa natural si se piensa en el trato que en Francia recibió, bien distinto al que se le dispensaba en Alemania, pero sin que por ello se debilitara la raíz de su patriotismo. ¿Estaría el secreto de aquella frialdad en algunos juicios recogidos luego en su libro **¿De Alemania?** Es posible que por aquí toquemos ya caliente. Veámoslo copiando unos pasajes:

"El cristianismo ha dulcificado, hasta cierto punto, el brutal ardor bélico de los germanos, y cuando la cruz, ese talismán que le encadena, se quiebre, se desbordará de nuevo la furia de los antiguos combatientes, la exaltación frenética de los **Berserkers**, a quienes los poetas del Norte cantan aún hoy. Cuando ese día llegue, se levantarán de sus tumbas las antiguas divinidades guerreras y se sacudirán de los ojos el polvo secular; Thor se alzará con su martillo gigantesco y demolerá las catedrales góticas ... Cuando oigáis la gritería y el tumulto, tened cuidado, queridos vecinos, y no os mezcléis en lo que hagamos en Alemania. Podría ocasionaros graves daños."

"El pensamiento precede a la acción como el relámpago al trueno. El trueno en Alemania es verdaderamente alemán también; viene rodando con lentitud; cuando oigáis un estampido como jamás se ha oído en la historia del mundo, es el trueno alemán que ha estallado al fin. Ante este ruido, las águilas caerán muertas, y los leones, en los desiertos más apartados de África, bajarán la cola y se meterán en sus antros reales. En Alemania se estrenará un drama, a cuyo lado no será más que un idilio inocente el de la Revolución francesa..."

"Sonará la hora. Los pueblos se agruparán, como sobre las gradas de un anfiteatro, en torno de Alemania, para ver grandes y terribles juegos. Os lo aconsejo, franceses; estaos entonces tranquilos y, sobre todo, libaos de aplaudir. Podríamos interpretar mal vuestros aplausos, porque si en otro tiempo, en un estado de indolencia y de servilismo, hemos podido medirnos con vosotros, mucho mejor podríamos hacerlo en la arrogante embriaguez de nuestra reciente libertad. Sabéis por vosotros mismos todo lo que en semejante estado se puede hacer. ¡Tened cuidado! Abrigo buenas intenciones al deciros verdades amargas. Tenéis más que temer de la Alemania libertada que de la Santa Alianza con los croatas y los cosacos. Por de pronto, en Alemania se os odia, lo que es casi incomprensible, porque sois muy amables y durante vuestra estancia en Alemania os habéis desvivido por agradar, por lo menos a la mejor y más hermosa mitad del pue-

blo alemán; pero aun en el caso de que esa mitad os amara, precisamente es la que no lleva armas y la que os servirá de poco. Jamás he podido saber con exactitud lo que se os imputa. Un día, en Gottinga, en una cervecería, un joven alemán dijo que era preciso vengar en la sangre de los franceses el suplicio de Konradin de Hoenstanfen, a quien decapitasteis en Nápoles. Seguramente que vosotros habréis olvidado eso hace mucho tiempo; pero nosotros no olvidamos nada. Ya veis que cuando tengamos deseos de batirnos contra vosotros no nos faltarán razones alemanas. En tal caso, os aconsejo que estéis con cuidado; que, suceda lo que suceda en Alemania, que el príncipe real de Prusia o el doctor Wirth escalen la dictadura, estad siempre armados. Abrigo hacia vosotros buenas intenciones, y casi me espanté cuando oí decir últimamente que vuestros ministros tenían el proyecto de desarmar a Francia. .. Como, a pesar de vuestro actual romanticismo, habéis nacido clásicos, conocéis vuestro Olimpo. Entre las alegres divinidades que se regalan con néctar y ambrosía, hay una diosa que lleva constantemente una coraza, el casco en la cabeza y la lanza en la mano. Es la diosa de la sabiduría".

¿Tenía Heine el don profético? ¿No se presienten en esas palabras, magníficas como pieza literaria, la guerra de 1870 y el desastre de Sedán? Pero, sobre todo, escritas casi un siglo antes, ¿no se adivina en ellas la presencia de Hitler y el trágico drama del nazismo?

LA CIUDAD DE TOULOUSE (FRANCIA)

Toulouse, la antigua capital de Languedoc, no es solamente una de las ciudades más prósperas e industriales y la cuarta, en población de Francia. Es también una de las más ilustres por su pasado y por los hechos históricos de que ha sido escenario. Ninguno de los grandes acontecimientos militares, políticos o religiosos que en diversas épocas conmovieron la vida de Francia dejó de tener reflejo en ella, desde las guerras dinásticas o de conquista a las luchas dogmáticas por la fe o las enconadas contiendas revolucionarias. Antaño centro principal de cultura universitaria, al que acudían para aprender humanidades estudiantes de muy apartados lugares no sólo de Francia, sino de otros países de Europa, las corrientes filosóficas y artísticas del Renacimiento y las discusiones teológicas en tomo a la Reforma hallaron amplio eco en los seminarios docentes tolosanos. Por allí paso, muy mozo aun, pero ya dispuesto a la pelea que habría de llevarle a la hoguera, el indómito aragonés Miguel Servet.

Las callejas de la parte antigua, muchas de las cuales todavía conservan sus nombres primitivos, evocadores de viejas cofradías de artesanos o perpetuadores de tradiciones y consejas populares, están llenas de recuerdos históricos. Los anchos portones de hierro labrado, los amplios patios convertidos en jardines silvestres que ostentan la patina del tiempo, y los vetustos edificios que se alzan al fondo, son testigos melancólicos de un pasado en el que se funden glorias altivas, romances de amor, chocar de espadas, fanatismos en pugna, conspiradores embozados y ritos misteriosos de masonería. El Garona, que marcha señorialmente hasta perderse en el Atlántico, divide a la ciudad en dos mitades desiguales. En la parte oriental, muy cerca del río, en la Plaza de Saint-Sernin, se alza la Catedral, adosada a la iglesia antiquísima del mismo nombre, coronada ésta por bellísima torre octogonal, de ladrillo rojo, que es uno de los monumentos arquitectónicos más singulares que pueden verse. La vieja iglesia parece encojerse humillada por la orgullosa torre, esbelta como una espiga, que se eleva hacia el cielo con la audacia característica de la arquitectura religiosa medieval, como una aspiración de llegar a Dios. Las crónicas venerables, mezcladas de leyenda, que relatan el

tormento del santo, cuentan cómo su cuerpo fue arrastrado desde la que hoy es plaza del Capitol hasta el lugar en que está edificada la iglesia que conmemora su sacrificio. Salvo los domingos, en que se convierte en mercado multiforme, y vendedores y compradores la inundan, con su algarabía, la Plaza de Saint-Sernin es recoleta y apenas transitada. En aquella soledad apacible, sobre todo a la luz violeta de los atardeceres deliciosos de verano y otoño, la silueta de la torre se proyecta con mayor solemnidad. Por la noche, cuando la ciudad duerme, la torre es el vigía que cuenta el paso de los siglos. En la plaza del Capitol despliega su alargada fachada el Palacio Municipal, igualmente testimonio histórico de gran fuerza y museo que conserva muchas y notables riquezas. En el centro del patio, bajo el cruce de los arcos de la bóveda, una placa de bronce incrustada en el piso recuerda que en aquel mismo sitio fue ejecutado el duque de Montmorency el año 1632. ¡Dramático destino el de este brillante hombre de armas cuya muerte ensombrece el reinado de Luis XIII y empaña la gloria de Richelieu! Era, después del duque de Orleáns, hermano del rey, el primer caballero de Francia. Era galante, generoso, adorado por las mujeres, querido por su pueblo y todopoderoso en el Languedoc, que los Montmorency venían gobernando hereditariamente desde hacía más de cien años. Más impetuoso que inteligente, se dejó seducir por los cantos de sirena de la reina madre, María de Mediéis, que odiaba al Cardenal, y de Gastón de Orleáns, que aspiraba a sustituir a su hermano en el trono. Montmorency levantó un ejército y se puso en campaña. No tardó en ser vencida la rebelión. Gastón de Orleáns se humilló ante el rey y abandonó por completo a su aliado, que en la batalla de Castelnaudary fue hecho prisionero después de haber recibido diecisiete heridas. Casi toda la nobleza abogó por él, y Luis XIII acaso se hubiera mostrado clemente, pero el Cardenal, que acababa de consolidar su poder con la toma de La Rochela, se mantuvo inflexible. El 30 de octubre Montmorency fue decapitado en el patio del castillo mientras la multitud rugía de indignación en las calles de Toulouse. Tenía entonces treinta y siete años. Cretineau-Joli, en su magnífica Historia de la Compañía de Jesús, cuenta que, al poner la cabeza en el tajo, dijo al verdugo:

"Herid sin miedo". El Padre Arnoux, que le asistió, fue llamado —añade— a presencia del monarca. "Señor —dijo el jesuita—, vuestra majestad ha hecho un gran escarmiento con la muerte del señor de Montmorency, pero Dios ha dado al cielo un gran santo".

Los días festivos la torre deja oír su carillón y el aire transmite como un mensaje de buenaventura las notas graves, semigraves o agudas que se esparcen con una limpia sonoridad.

LAS CARTAS DE MADAME DE SEVIGNÉ

Las cartas de Madame de Sevigné, que en vida le procuraron ya gran notoriedad y después de su muerte la hicieron universalmente famosa, constituyen —y en eso coinciden los críticos— un modelo en su género y una valiosísima aportación a la literatura clásica de Francia. Cuando hablo de gran notoriedad, entiéndase que me circunscribo a los círculos cortesanos y aristócratas del reinado de Luis XIV, al que corresponde el epistolario. Ahora, las Cartas de Mme. de Sevigné, traducidas desde hace muchos años a los principales idiomas europeos, están al alcance de cualquier lector, en el supuesto de que exista alguna edición actual o descubra en las librerías de viejo —esas sórdidas, revueltas e irresistibles librerías de lance— un ejemplar de las antiguas. Pero cuando Mme. de Sevigné las redactaba, era un número muy reducido de personas el que las

conocía, antes o después de llegar a su destino, y todas ellas ligadas a la autora por lazos de parentesco o amistad. Sin embargo, los que tenían el privilegio de leerlas daban noticias de su contenido a otros, y de ese modo las cartas de Mme. de Sevigné venían a ser una especie de gaceta o crónica de sociedad que animaba los ocios de los elegantes y ponía una nota de buen gusto en el chismorreo licencioso de los divulgadores de anécdotas picantes que, entonces como hoy, sólo pueden contarse en secreto para que las sepa todo el mundo. En verdad, las cartas de Mme. de Sevigné, aparte lo que tienen de efusión sentimental la ternura, el suave humorismo y el sereno dominio espiritual que revela su estilo, son un excelente documento histórico. No pocos datos que ilustran hechos confusos de la época han sido tomados de ellas.

María de Rabutín-Chantal había nacido en 1626. Su padre, el barón de Chantal era, al parecer, mucho más aficionado a las armas que a las letras, cosa que, en su tiempo, no tenía nada de extraordinario. Según Sainte-Beuve, un día de Pascuas dejó la mesa para ir a servir de padrino en un desafío al conde de Bouteville, espadachín tan famoso como el propio barón de Chantal. Se había batido innumerables veces y parecía hallar en ello un placer. Murió pronto, cuando la futura Mme. de Sevigné era todavía muy niña. Fue una fortuna, al menos para la literatura francesa. De haber vivido diez años más el barón, es casi seguro que se habría frustrado el epistolario y que la señorita de Rabutín-Chantal no hubiera pasado a ser una de tantas damiselas de buen talle, mejor preparadas para los juegos de la galantería que para los primores del idioma. Huérfana también de madre, un tío suyo, el abate de Coulanges, hombre culto y virtuoso, se encargó de la muchacha y le proporcionó sólida instrucción bajo el cuidado de los mejores maestros, que le enseñaron, además de una extensa cultura general, el latín, el italiano y el español. Con esa dotación intelectual, una imaginación viva y poética, un carácter dulce y gracioso, noble por su cuna y físicamente hermosa, no es extraño que los pretendientes de alcurnia la solicitaran. A los dieciocho años casó con el marqués de Sevigné. La elección, buena por el rango social del esposo, no lo era desde el punto de vista de la afinidad espiritual. El marqués, ligero y libertino, era incapaz de comprender el corazón de la mujer que le había tocado en suerte. En 1651, cuando ella tenía veinticinco años, murió en duelo dejándole una buena renta y dos hijos, un varón y una hembra. Estaba entonces en el apogeo de su belleza. Los cortejadores le pusieron sitio, unos con propósito honrado de matrimonio y otros juzgando presa fácil, para hacerla su amante, a una viuda joven adornada de tantos atractivos. Su primo Bussy, caballero arrogante; el superintendente Fouquet; el príncipe de Conti, hermano del orgulloso conde, fueron aspirantes a sus favores. Pero ni unos ni otros consiguieron vencer su resistencia. Los rechazaba, además, tan delicadamente que acababan por resignarse a ser sus más fieles amigos. Después de todo, mal de muchos, consuelo de todos. Si por alguien demostró alguna preferencia, pero sin traspasar los límites del afecto puramente sentimental, fue por Fouquet, acaso compadecida al verle caído en la desgracia y reducido a prisión después de una vida de magnificencia sin igual. Ni un solo instante, como veremos luego, ocultó su simpatía por el favorito venido a menos. Pero su exclusiva aspiración, llevada hasta el fin, consistió en atender el cuidado de sus hijos. El amor, apenas gozado, y en su aspecto más áspero y grosero, le había dejado una triste experiencia que no valía la pena repetir.

Sobre todo fue su hija, en la que debía verse fielmente retratada, la que reclamó su ternura. Cuidó de ella como un jardinero poeta cuidaría una flor sin semejanza o como un artífice del Renacimiento cincelaría una joya destinada a una mano real. Al amparo de su madre, que aún lucía una madura pero espléndida belleza, la joven brillaba en las fiestas de Saint-Germain o de Fontainebleau desde 1663. Los poetas de la corte le componían madrigales. Los caballeros más ilustres le rendían tributo galante y le suplicaban

un baile. Luis XIV, demasiado experto en bellezas femeninas, le otorgaba sus mejores sonrisas. .. Mujer tan codiciada le estaba reservada a un rico gentilhomme, el conde de Grignan, que casó con ella en 1669. Año y medio después, destinado Mr. de Grignan a desempeñar el cargo de teniente general en la Provenza, madre e hija tuvieron que separarse para no verse ya sino de cuando en cuando y al cabo de largos intervalos. La separación fue muy dolorosa para ambas. Mme. de Sevigné extremó su soledad y descargó sus añoranzas y melancolías en las cartas que, a partir de entonces, comenzó a escribir de un modo regular a su hija contándole cuanto, merecedor de algún interés, sucedía en torno suyo. La mayoría de las cartas están fechadas en París, como es de suponer, pero las hay que llevan data distinta, porque en ningún instante, y donde quiera que se encontrase, olvida Mme. de Sevigné su voluntaria obligación de corresponsal minucioso y amantísimo.

Sólo unas cuantas de las cartas que forman el epistolario fueron escritas antes de la marcha del joven matrimonio a Provenza, y son casi exclusivamente las que se refieren al caso del superintendente Fouquet. En ellas, Mme. de Sevigné demuestra ser más sensible a los dictados de la amistad que a los de la justicia, ya que la causa de Fouquet no era muy defendible que digamos. Es posible, como ha solido ocurrir en todo tiempo con los favoritos ensorbecidos caídos en desfavor, que el enojo real, condenando a Fouquet a prisión hasta su muerte, fuera excesivo, pero la conducta del superintendente, usurpador, en provecho propio, de los tesoros públicos, aunque protegió las artes y las letras, no acreditaba las lágrimas que por él vertió nuestra heroína. Echemos una ojeada rápida a esas cartas. Al marqués de Pomponne: "Hoy, 17 de noviembre de 1664. Mr. Fouquet ha estado por la segunda vez en el banquillo de los acusados; se ha sentado sin cumplimientos, como la vez primera. El Canciller ha empezado por decirle que levantara la mano; él ha respondido que había ya dicho las razones que le impedían prestar juramento. . ." Al mismo. 20 de noviembre: "Mr. Fouquet ha sido interrogado esta mañana sobre el marco de oro. Ha respondido muy bien. Varios jueces le han saludado; el Canciller se lo ha reprochado, y ha dicho que no era esto costumbre siendo consejero bretón." "Es a causa de ser de Bretaña el saludar tan bajo a Mr. Fouquet." Al volver por el Arsenal a pie para pasearse, Mr. Fouquet ha preguntado qué obreros eran aquéllos; se le ha contestado que trabajaban en el estanque de una fuente; ha ido allá y ha dicho su opinión, y después, volviéndose hacia d'Artagnan, le ha dicho:

"No os admiréis de que yo me mezcle en esto: es que yo he sido en otras ocasiones muy hábil en esta clase de cosas. Los que aman a Mr. Fouquet encuentran esta tranquilidad admirable; yo soy de este número; los otros dicen que es una afectación: este es el mundo. .." Al mismo, 27 de noviembre: "Imaginaos que algunas damas me han propuesto ir a una casa que da enfrente del Arsenal para ver a nuestro pobre amigo. Yo estaba enmascarada y lo he visto venir desde bastante lejos, Mr. d'Artagnan venía a su lado y cincuenta mosqueteros a treinta o cuarenta pasos detrás. El parecía pensativo; en cuanto a mí, cuando le he apercibido, me temblaban las piernas, y el corazón me latía tan fuertemente que no podía más. Al aproximarse a nosotros para entrar en su prisión, como Mr. d'Artagnan le ha llamado la atención y le ha hecho notar que estábamos allí, nos ha saludado y ha puesto esa cara sonriente que ya le conocéis. No creo que me haya reconocido, pero os confieso que me he sentido profundamente emocionada cuando le he visto entrar por aquella puertecilla. Si supierais cuan desgraciada se es cuando se tiene el corazón como yo. lo tengo, estoy segura de que tendríais piedad de mí..." Cuando, en fin, el 19 de diciembre, después de varias cartas más, le comunica al marqués de Pomponne que el tribunal ha condenado a Fouquet a prisión y no a muerte, como se temía, se muestra afligida al saber que el superintendente pasará el resto de sus días en la fortaleza de Pignerol —donde, en efecto, murió en 1680—, pero gozosa de que haya

conseguido salvar la vida; "Estoy contenta —escribe— que no sé lo que me hago."

El epistolario de Mme. de Sevigné equivale a una película llena de color y viveza, de la época en que fue escrito. Por él desfilan, retratados en la intimidad, los personajes más famosos, unas veces vistos a través de un chispeante humorismo y otras de una tolerante censura o bien de una tierna emoción, según la simpatía que le inspiran a la autora y el papel que en cada instante les toca desempeñar. La última de sus cartas, dirigida al señor de Coulanges, lleva fecha del 29 de marzo de 1696 y está dedicada a lamentar la muerte súbita de un joven caballero, el señor Blanchefort, "tan perfecto que se ponía como ejemplo a los de sus edad." Pero la suya no tardaría en llegar también. El 17 de abril, e igualmente de manera inesperada, cerraba los ojos para siempre Mme. de Sevigné y quedaba yerta la mano que había redactado tantas páginas admirables. Durante diez días se le ocultó la noticia a su hija. Cuando la supo, la desolación hizo presa en ella por largo tiempo. Le sobraba motivo; perdía a la vez una madre ejemplar, en cuya reputación no pudo morder la maledicencia, la más dulce y abnegada de las amigas y, por si fuera poco, una maestra que moldeó su carácter y la hizo ser igualmente virtuosa en un tiempo en que la disipación era el guión de la vida cortesana.

EL CARNAVAL

¿Ha muerto el Antruejo? Nosotros también firmaríamos el inexorable parte de defunción que le han extendido ya hace mucho tiempo otros doctores si no fuera porque no puede darse honradamente por muerto a quien aun ofrece manifestaciones de vida tan espléndidas como las que alcanza el Carnaval en lugares como Niza y Venecia. Forzoso es, sin embargo, reconocer que, salvadas esas brillantes excepciones, el Carnaval ya no es sino una sombra o, peor aun, una caricatura de lo que fue antaño, cuando, llegada su hora, agitaba su gorro de cascabeles y en torno suyo se reunían, rindiéndole tributo, los grandes y los humildes, los ricos y los pobres, los príncipes y los mendigos. ¿Cuándo y dónde nació el Antruejo? Nadie podría decirlo con certeza. Su origen se pierde en la niebla de los siglos. En la Edad Media, cuando también se le creía muerto, resurge con tal vigor que el cristianismo triunfante tiene que tolerar cada año su reinado efímero, pero absoluto, durante el cual los dioses del paganismo vencido se cobran de su derrota. Su escenario más alegre era Italia, sobre todo Venecia, en donde el Dux y los señores más principales tomaban parte en las fiestas. Pero el Antruejo no se detuvo en Italia. A Francia lo llevó, adornado con sus galas italianas, Catalina de Medicis, esposa de Enrique II. Pronto llegó a ser el Carnaval de París, en donde todas las licencias estaban permitidas. Caballeros y plebeyos se mezclaban en el tumulto callejero. En los teatros se representaban las piezas más picantes, en las que abundaban las alusiones a los maridos engañados y a las costumbres más obscenas. Enrique III, acompañado por algunos de sus cortesanos, recorría las calles de París portando el disfraz de Pantalón, el personaje de las farsas italianas, trabando disputas con los transeúntes y gastando bromas atrevidas a las mujeres. Nadie se escandalizaba de nada. Más adelante, los bailes de la Opera, en los últimos años del reinado de Luis XIV, constituyeron un espectáculo único por su elegancia y su buen gusto.

Pero eso no ocurría solamente en París. En toda Francia se celebraba con desbordada alegría el Carnaval. En Dijon, la Sociedad Mere folie, que existió desde 1381 hasta 1630, organizaba una solemne procesión en la que nobles y burgueses, disfrazados de viñadores, recorrían las calles montados en carretones y cantando canciones alusivas que constituían una verdadera crónica escandalosa de la villa. En Dorat, en La Marche, siguiendo una tradición que se remontaba al siglo XIII, el martes de Carnaval los jóve-

nes recién casados y los que habían sido tonsurados en el año compraban un grueso cerdo, lo hacían asar y lo repartían a los pobres en la puerta de la iglesia de San Pedro. Después, el preboste de la iglesia, llevando en brazos a un pequeño infante, debía pasar rápidamente bajo un ventrudo globo de cristal lleno de agua que el canónigo de semana rompía con un garrote. Si el preboste escapaba sin mojarse recibía un premio. Al medio día, los jóvenes casados o tonsurados, seguidos por los burgueses y el pueblo, iban al castillo señorial, se cogían de las manos y danzaban en rueda al son de las trompetas, tambores, oboes y cornamusas. Tres veces daban la vuelta al castillo cantando las glorias de los condes de La Marche, que estaban obligados a ofrecer vino a todos en jarros de madera. En Chatre, en el Indre, las mujeres se citaban el martes en la plaza y danzaban en corro cantando las coplas más impúdicas. A continuación marchaban por las calles divirtiéndose en un juego típico de equívoco sentido. Cogiéndose de la mano formaban una especie de tarándola, según la manera provenzal. Cada vez que la cadena se rompía, las dos personas en cabeza levantaban los brazos, y la última mujer de la fila pasaba bajo este arco obligando a las demás a que la siguieran y cantando a voz en grito: "¡Enhebra, enhebra, la aguja de París!" Esta costumbre se conservó hasta 1830.

El Carnaval de hoy es un Antruejo venido a menos, desarrapado y sin gracia, que en vano trata de remedar sus grandezas pretéritas. Sólo algunas ciudades le siguen rindiendo culto, si no con los caracteres licenciosos de antaño, sí con un ceremonial de poética belleza que hace del Carnaval una fiesta de singular encanto. Venecia, mirándose en el Adriático, y Niza, asomada al Mediterráneo, la una con sus desfiles de góndolas y la otra con sus incomparables batallas de flores, son, entre todas, las que mantienen más alto el prestigio de Momo, el viejo y eternamente dios de la risa.

EL REINADO DE LUIS XIV

Con la pulcritud literaria y el decoro tipográfico habituales ya en todas sus publicaciones, el Fondo de Cultura Económica, institución que honra a México, acaba de editar **El siglo de Luis XIV**, la obra histórica más importante de Voltaire. La versión — primera en castellano— que ofrece el Fondo de Cultura es irreprochable, de suerte que en el traspaso de un idioma a otro el estilo del escritor, tan rico en matices y galanuras de expresión, apenas si pierde lo que es inevitable en todo trasiego de lenguaje, sobre todo cuando se trata de autores que, como Voltaire, son verdaderos artífices de la prosa. El libro que ahora nos ocupa no es solamente el de más trascendencia en la producción histórica de Voltaire, sino también, si hemos de atenemos a juicios ya conocidos, la que escribió con mayor delectación, al punto de que esa advertencia constituye, en boca de los críticos, más que un elogio, un reparo de parcialidad. Y es posible que tengan razón. Nada tiene de extraño que Voltaire, espíritu selecto, animara con el fuego de su propio entusiasmo personal los hechos que narraba, coloreando el cuadro histórico, por lo menos en determinados pasajes, más de acuerdo con su propio gusto que con arreglo a una severa objetividad. Para fallar con justicia será menester tener en cuenta que Voltaire comenzó a escribir su obra en 1735, es decir, solamente veinte años después de la muerte de Luis XIV, aunque no se publicó hasta 1751, que muchos de los testimonios que hubo de utilizar provenían de supervivientes que gozaron de la protección o amistad del monarca y, en fin, que él era el menos apto para sustraerse al sortilegio que el reinado del **rey sol** irradió en torno. En su Historia de Francia dice Jacques Bainville: "El largo reinado de Luis XIV —más de medio siglo— que sólo comienza a la muerte de Mazariño, tiene un rasgo principal y dominante: una completa tranquilidad en el interior. Des-

de entonces, hasta 1789, es decir, durante ciento treinta años, no volverán a repetirse esas turbulencias, sediciones y guerras civiles que habían devastado hasta ese momento nuestra historia. Esa prolongada paz, unida a la falta de invasiones, atestiguan el alto grado de civilización que había alcanzado Francia. El orden en el interior y la seguridad en el exterior son las condiciones ideales de la prosperidad. Francia agradeció a aquél que llamó el gran rey con una especie de adoración que duró hasta mucho después de su muerte. Voltaire, con su Siglo de Luis XIV, está en el mismo estado de espíritu de los contemporáneos de 1660 y de los años siguientes. Lo que más le ha impresionado es que "todo estuvo tranquilo durante su reinado". Es, en realidad, lo más impresionante. El sol de Luis XIV alumbrará el reinado de Luis XV, y sólo quince años después de haber comenzado a reinar Luis XVI se romperá el encanto y entraremos en un nuevo ciclo de revoluciones".

No es raro que Voltaire, adolescente aún a la muerte de Luis XIV, se dejara seducir por aquel ambiente en que Francia, a la cabeza de las naciones europeas, llegaba al cénit de su poderío y de su gloria. El rey, que no tenía "más que buen sentido, pero lo tenía en abundancia", según Sainte-Beuve, reinaba y gobernaba; florecían las artes y las letras; el orgullo francés se endulzaba con los madrigales galantes. Es verdad que no todo eran venturas en Francia bajo Luis XIV, había hambre, tristeza, injusticias. Los últimos años del rey sol habían sido, además, unos años sombríos, aunque no lo bastante para eclipsar el esplendor de su reinado. Voltaire conservará siempre el recuerdo amable de esa edad de oro. Su primer contacto amargo con la realeza, que le llevó a la Bastilla, tuvo lugar ya bajo la Regencia y después bajo Luis XV, cuando el estúpido caballero de Rohan lo hizo apalear por sus criados. Y todavía era demasiado pronto para que nadie, y Voltaire desde luego, percibiese, como no fuera aplicando un oído a tierra, el hondo resuello de la revolución que empezaba a desperezarse.

Mas ¡qué actual, minucioso y cautivador cronista resulta ser Voltaire! Difícilmente podríamos elegir guía mejor. Insensiblemente, y cualesquiera que sean las reservas con que iniciemos la lectura, nos vamos abonando a su maestría de **cicerone** docto, sobrio y minucioso. El largo recorrido que comprende el reinado de Luis XIV es, llevado de su mano, un placentero paseo a cuyo final, sin que se experimente ningún cansancio, nada queda por ver del paisaje histórico cuyo conocimiento apetecíamos. Lo hemos visto en sus perspectivas más amplias e iluminadas y en sus rincones más discretos y semivelados, aunque el autor no condesciende nunca a sazonar su relato con la sal del epigrama o de las hablillas silenciosas, no ciertamente porque el reinado de Luis XIV no ofreciera material abundante en donde escoger, sino porque Voltaire pasa de largo ante todo lo que, por ser notoriamente efímero o trivial, podría descomponer la gravedad del cuadro histórico que él quiso pintar. Pasado el tiempo, otros historiadores recogerán después — y todos habremos de agradecerlo — esa historia menor — aunque no menos valiosa y aleccionadora que la de alto coturno — que tiene por escenario las alcobas reales o los salones palaciegos. De Voltaire no cabía esperarlo. No sólo porque él no se lo propuso sino porque cuando él escribía tampoco hubiera podido hacerlo. Aun así, Voltaire no desdeña ninguno de los acontecimientos privados que en la época tuvieron resonancia ni omite, por supuesto, el comentario correspondiente a la influencia que las favoritas ejercieron en la vida de Francia a través del corazón del rey. Por el contrario, Voltaire mismo se complace en destacar el valor de lo anecdótico. "Las anécdotas — escribe — son un campo ilimitado en el que se espiga después de la vasta cosecha de la historia; son pequeños detalles largo tiempo ocultos, de donde les viene el nombre de anécdotas; interesan a la gente cuando conciernen a personas ilustres". Y nos brinda a continuación una copiosa selección de ellas.

La primera de esas anécdotas no es muy halagüeña para el joven monarca — por lo

menos juzgada con criterio actual—, pero refleja muy bien el carácter del hombre que no tardará en sentenciar: "El Estado soy yo". En 1655, después de la extinción de las guerras civiles, el Parlamento quiso reunirse para examinar algunos edictos. Al saberlo, Luis XIV —tenía entonces 17 años— salió de Vincennes en traje de caza y seguido de sus cortesanos. Entró en el Parlamento con sus gruesas botas y el látigo en la mano y, dirigiéndose al presidente, exclamó: "Sabemos las desgracias que han causado vuestras asambleas, y ordeno que cesen las comenzadas por mis edictos. Señor primer presidente, os prohíbo autorizar asambleas y a todos vosotros solicitarlas". Voltaire, muy escrupuloso en acoger versiones que no ofrecieran las debidas garantías, se hace eco del misterioso episodio, hasta hoy indescifrado, que ha pasado a la historia bajo el calificativo de **el hombre de la máscara de hierro**. He aquí cómo nos lo cuenta: "Pocos meses después de la muerte del ministro (Mazarino) ocurrió un acontecimiento sin par, siendo no menos extraño que todos los historiadores lo hayan ignorado. Se envió con el más grande secreto al castillo de la isla Santa Margarita, en el mar de Provenza, a un prisionero desconocido, de talla superior a la ordinaria, joven y de la más noble y bella figura. Durante el viaje, este prisionero llevaba una máscara, cuyo **mentonnière** tenía resortes de acero que le permitían comer sin quitarse la máscara. Se había ordenado matarlo si se descubría. Permaneció en la isla hasta que un oficial de confianza, llamado Saint Mars, gobernador de Pignerol, siendo gobernador de la Bastilla el año 1690, fue a buscarlo a la isla Santa Margarita y lo condujo a la Bastilla, todavía enmascarado. El marqués de Louvois lo visitó en la isla antes del traslado, y le habló de pie, con consideración y respeto. El desconocido fue llevado a la Bastilla en la que fue alojado con todas las comodidades posibles en ese castillo. No se le negaba nada de lo que pedía. Gustaba de la ropa blanca de finura extraordinaria y de los encajes. Tocaba la guitarra. Se le daba una comida excelente, y el gobernador rara vez se sentaba en su presencia. Un anciano médico de la Bastilla, que atendió muchas veces las enfermedades de este hombre singular, ha dicho que jamás vio su rostro, aunque le examinó con frecuencia la lengua y el resto del cuerpo. Estaba admirablemente formado, decía el médico; su piel era algo morena, interesaba con sólo el tono de su voz; no se quejaba nunca de su estado y no dejaba suponer en forma alguna quien pudiera ser".

"Este desconocido murió en 1703 y lo enterraron de noche en la parroquia de San Pab^lo. Lo asombroso se dobla por el hecho de que no desapareció de Europa ningún hombre importante cuando lo enviaron a la isla Santa Margarita. Y el prisionero era indudablemente importante, a juzgar por lo que ocurrió en los primeros días de su permanencia en la isla. El gobernador en persona ponía los platos en la mesa y se retiraba inmediatamente después de haberlo encerrado. Un día el prisionero escribió con un cuchillo sobre un plato de plata y arrojó el plato por la ventana hacia un bote que estaba en la orilla, casi al pie de la torre. Un pescador, a quien pertenecía el bote, recogió el plato y se lo llevó al gobernador. Este, asombrado, le preguntó al pescador: "¿Habéis leído lo escrito en este plato, y alguien lo ha visto en vuestras manos?" "No sé leer —respondió el pescador—. Acabo de encontrarlo y nadie lo ha visto." El campesino quedó detenido hasta que el gobernador se informó bien de que jamás había sabido leer y de que nadie había visto el plato. "Idos —le dijo—; sois muy afortunado por no saber leer."

El encubramiento, la ostentación y la caída de Fouquet están narrados por Voltaire con admirable y concisa precisión, no sin antes hacernos saber —dato éste muy poco divulgado— que en la justa irritación del joven monarca contra el orgulloso intendente entraba por mucho la quemazón que le produjo el hecho de que Fouquet hubiera intentado hacer su amante, ofreciéndole doscientas mil libras, a Luisa de La Vallière, que rechazó indignada la proposición, mucho antes de que la dulce rubia pensara en ser la favorita de Luis XIV, que la amó tan tiernamente como fue amado por ella. La boda

frustrada de Mademoiselle, cuñada del rey, con el ensorbecido conde de Lauzun, audacia que le valió al galán diez años de encierro en la fortaleza de Pignerol mientras la ya otoñal princesa lloraba su ausencia; las arrogancias de Mme. de Montespán, sucesora de La Vallière y a su vez desbancada por Mme. de Maintenón, con la que Luis XIV acabó contrayendo matrimonio secreto al morir la reina; el proceso sensacional de la marquesa de Brinvilliers, envenenadora de toda su familia para vengarse de un amor adúltero contrariado... Esas y otras muchas anécdotas, livianas o dramáticas, aderezan el gran cuadro histórico que Voltaire nos pone ante los ojos con la singular maestría de quien no en vano es uno de los príncipes de la lengua francesa. Nadie hubiera podido acometer con más títulos la tarea de hacer la crónica de un reinado que, a la distancia de dos siglos, aun ejerce sobre el espectador tan poderosa sugestión.

EL AMOR DE CYRANO DE BERGERAC

Sobre París empieza a diluirse la luz gris perla del atardecer, herencia de un día caluroso de sol. Es la hora en que comienza a rodar por las avenidas de arena de las Tullerías las carrozas de los elegantes. 1639. Postrimerías del reinado de Luis XIII y de la privanza de Richelieu. Hay guerra con España y las armas francesas no llevan la mejor parte. Los escaparates de las tiendas están cerrados y los talleres vacíos, porque el Parlamento ha ordenado la concentración de los artesanos en las cercanías de Saint-Denis. "¡Qué estúpidos temores!", murmuran los parisienses. Y los caballeros que a esa hora suave de la iniciación crepuscular invanden las Tullerías, la galería de Palacio y el patio de la reina, están lejos de dejar entrever ninguna preocupación. No la demuestra, cuando menos, éste que ahora cruza por delante de la carroza de madame de Bréauté. Luce atavío nuevo y encintado, pluma vistosa y grande en el sombrero, calzado brillante y guantes impecables. La mano izquierda se ampara con frecuencia en la cazoleta de la espada o se apoya, cerrando el puño, en la cadera juvenil y nerviosa. La derecha se complace en retorcer de cuando en cuando el fino mostacho que sombrea la boca sonriente. Dos ojos luminosos y expresivos relucen bajo el chambergo. Y entre los ojos y la boca, una gran nariz que di j érase postiza por su tamaño —pareja a aquella otra que por el mismo tiempo cantara Quevedo en versos de soneto—, pone proa agresiva a las miradas de los curiosos. Es la nariz del muy ilustre calavera Cyrano de Bergerac.

A su lado camina otro joven caballero de aire grave y tímido a quien la fantasía desbordada de Cyrano inquieta mucho. En ocasiones, este estudiante de Derecho, docto en humanidades, trata de poner freno a la jovial locura de su amigo. "¡Si supieras, Cyrano, cuanto me haces sufrir con tu conducta! ¿Puedo esperar que algún día se asiente tu cabeza?

—¡Por tu vida, Henri de Bret, que eres original en grado sumo! ¿Pretendes, tal vez, hacer de mí un anacoreta?

Henri de Bret calla y suspira. Cyrano es su mejor amigo. Quisiera, por eso mismo, hallarlo menos frívolo, más preocupado de organizar su vida y de gobernarla con arreglo a severas reglas de conducta. Por la boca de Henri de Bret habla la razón, por la de Cyrano la fantasía. Ahora es **La ciudad del Sol**, de Campanella, la que sirve de tema para dar rienda suelta a su verbo. Describe con palabra encendida la vida de los Solanos la Ciudad del Sol, dividida en siete grandes círculos que llevarían el nombre de los siete planetas... Y de pronto calla y, picado por viva curiosidad, arrastra a Henri de Bret hasta un grupo que se ha formado repentinamente y del que salen voces y carcajadas. Cyrano asoma al coro su nariz.

"¿Por vida de... ?" —exclama regocijado. El viejo carruaje del músico Chambon-

niére, a quien todo París conoce, se halla detenido. Chambonniére no tiene lacayo, pero le conviene tenerlo y, hombre de imaginación, ha fabricado uno de paja, lujosamente vestido de librea, que en la trasera del coche llena hierático su papel y llama la atención por su compostura. Pero Chambonniére no contaba con las paradas inoportunas, y lo que sucede en este instante es que los caballos del coche siguiente se están comiendo tranquilamente los pies del lacayo de Mr. Chambonniére.

Son los cadetes de la Gascuña... Hace tiempo que se ha cumplido la gran aspiración de Cyrano de Bergerac, batirse en duelo. Con tal fortuna y denuedo que su espada es ya una de las que difícilmente encuentran adversario. Su vida, sin embargo, se le aparece cada vez más vacía de contenido. Suele frecuentar los cabarets establecidos en la orilla izquierda del Sena, donde sientan cátedra de sabios gentes que no lo son en ciencia gaya y donde un grupo de buenos bebedores alienta con sus aplausos a los poetas sin fortuna que hacen del vino, de las mujeres y de la anarquía su fuente de inspiración. Cyrano acostumbra a escucharlos sentado en un rincón, la mirada perdida al través del humo de las pipas... Un día Cyrano va en busca de Henry de Bret, cuya amistad se ha enfriado en los últimos meses. Lo encontró, como siempre sumido en los estudios. Con voz calmada, en la que había un extraño sosiego, Cyrano le propuso marchar juntos a la guerra, a combatir a los españoles, que siguen avanzando en la Gascuña.

Henri, conmovido, le abrazó. Ningún placer podría brindársele comparable al recuperar la amistad de Cyrano. Inmediatamente partieron en busca de Monsieur Carbón de Casteijaloux, que mandaba una compañía de gascones, famosa por su arrojo en la batalla. Cyrano, fanfarrón, hizo una reverencia circular con la pluma de su sombrero.

"Vengo a pedir plaza en vuestra compañía —dijo—, porque sé que está compuesta por valientes y mi espada no cede el puesto a ninguna otra". Monsieur Carbón que luego aparecería en los versos magníficos que Rostand pone en boca de Cyrano.

"Son los cadetes de la Gascuña que a Carbón tiene por capitán...", sonrió. Le placía la fanfarria de Cyrano, que no tardaría en justificarse frente al enemigo. Los dos amigos emprendieron viaje para su destino: Mouzón. Unidos a otros camaradas de milicia, iban cruzando, al trote alegre de sus caballos, los paisajes dorados de la Champaña, bebían en las vñetas, chicoleaban a las mozas, buscaban pendencies por placer. Ya en Mouzón, una noche se dio la voz de alarma. Los españoles acababan de i, rodear la ciudad y amenazaban tomarla. Los cadetes se lanzaron a romper brecha. Henri de Bret miró en torno sin distinguir a Cyrano de Bergerac.

Lo retiraron después, de entre los heridos, con el pecho atravesado por una bala de mosquete.

La Roxana de carne y hueso. La Roxana de Rostand bajo cuyos balcones recitaba sus versos de amor Cyrano, tuvo en la vida real un nombre concreto: se llamaba Magdalena Robincau, y era prima de Cyrano, que gustaba de visitarla asiduamente cuando estaba en París. Se había casado en 1635 con el barón de Neuville, solicitado a menudo por los deberes de la guerra.

Ella suplía las ausencias del marido llevando la crónica de las historietas de sociedad, sobre todo cuando se trataba de historietas escandalosas. Su carroza era una de las mejores de París y nadie la aventajaba en seguir el registro de la moda, en idear peinados y en hacer combinaciones de cintas para lucirlas en la primavera. Adoraba el baile y los dulces, las flores y los perfumes. Cyrano, tan locuaz, gustaba estar callado delante de ella para escuchar el arrullo de su voz. Tampoco Cyrano podía imaginar el cambio que había de operarse en aquella mujer llena de gracia cuando, algún tiempo después, el correo trajo un pliego en el que se comunicaba la muerte del barón de Neuville. La primera vez que Cyrano volvió a verla desde entonces fue un día en que su hermana Catalina tomaba el hábito de monja.

Ocultando la cabeza entre las manos, enlutada, inmóvil, la baronesa oraba de rodillas en la capilla del convento. Cyrano, detrás, esperaba anhelante el instante de contemplar su rostro. Cuando la baronesa se alzó y dirigió hacia él sus ojos, un frío de espanto penetró en el corazón de Cyrano. Un semblante arrugado y áspero. Una boca mustia, una mirada sin brillo era todo lo que quedaba de la otra incomparable Magdalena Robineau. Cyrano quiso resucitar el pasado. Intentó hablarle de los últimos momentos del barón. Ella le atajó con un ademán inquieto y una sonrisa helada. Y de los labios que Cyrano hubiera querido besar con delirio tantas veces, cuando hablaba de veleidades amables y sutilezas de ingenio, brotaban ahora recomendaciones beatas encaminadas a la salvación del alma de Cyrano, de quien Magdalena sabía que estaba ganado por la herejía... La gran pasión de Cyrano acababa de deshacerse en humo.

El ocaso sentimental. La vida de Cyrano se desborda ahora en aventuras sin cuento. Reparte cuchilladas, organiza francachelas, pulsa la cuerda de los amores fáciles. Un día, el gordo comediante Montfleury se dispone a recitar su papel. Cyrano se adelanta: "Enorme cuba ¿no te he prohibido aparecer durante un mes?" Montfleury acaba por retirarse lleno de temor, y como los espectadores protestan, Cyrano se vuelve y desafía a todos, uno a uno o juntos, como quieran. Sólo en sus horas de soledad ilumina su alma el recuerdo de Magdalena. Entretanto ha ido cobrando fama como autor de teatro... Una noche cuando regresaba a su casa, le cayó sobre la cabeza una viga de una obra en construcción. Ya no volvería a recobrar la salud. Acogido a la casa de Monsieur Tarneguy, permanecía tendido en el lecho, perdida la mirada, sintiendo el triste goce de la melancolía. A diario iba a consolarle su siempre fiel Henri de Bret. Un día se abrió la puerta y, tras Henri de Bret, apareció, como una sombra, la baronesa de Neuville. Salió Henri y ella se sentó al lado del lecho. Le habló, con una voz blanda, en la que se había extinguido todo eco mundano, de Dios, de la salvación de su alma en peligro, de la necesidad de ser humilde... Cyrano la miraba en silencio y todas las ilusiones de su juventud pasaban en tropel por su mente. Volvió ya casi todos los días. El sol doraba aquel extraño diálogo en el que había tantas esperanzas arruinadas, tantas emociones muertas... Era 1655. El 23 de julio Cyrano, sobreponiéndose a sus dolores, abandonó el lecho y se dirigió a casa de su primo Pierre, que vivía en Sannois. "Quiero —dijo— morir solo y en paz". Algunos días más tarde, llegó la noticia a París: "El miércoles 28 de julio de 1655, murió Saviniano de Cyrano, señor de Begerac, hijo del difunto Abel Cyrano, señor de Mauvières..."

Y Magdalena Robineau, lloró mansamente durante largo tiempo.

PERIÓDICO "ADELANTE"

(1942-1955)

Carlos Marx: Su doctrina en el tiempo. (1942).
Una lección de disciplina política. (1946).
Definiciones: Socialismo y Comunismo. (1947).
La huelga, arma del pasado. (1948).
El pregón del Socialismo. (1948)
Francisco Largo Caballero. (1948).
Hombres socialistas: Recuerdo de Manuel Llana. (1948).
Honra y gloria de México. (1949).
La Historia de España contada por Pemán. (1949).
Hombres socialistas: Antonio Santamaría. (1949).
Misión del Socialismo Internacional. (1949).
Francia, por la civilización. (1950).
México y su petróleo. (1951).
Charlot, ciudadano del mundo. (1952).
Hombres ejemplares. Julián Besteiro. (1952).
Rafael Fraile, un hombre extraordinario, (1952).
Veteranía socialista: Una vida apasionada. (1953).
Los campeones del anticomunismo. (1953).
Un llamamiento: El canto de la alondra. (1953).
Miguel Servt, símbolo y ejemplo. (1953).
Otro hombre excepcional: Alejandro Otero, (1953).
Guatemala en la cruz. (1954).
La mano cansada y el corazón dolorido. (1954).
Franco y los Barbones. La ceniza en la frente (febrero, 1955).

CARLOS MARX; SU DOCTRINA EN EL TIEMPO

La aparición de este número de ADELANTE coincide con el 59 aniversario de la muerte de Carlos Marx, acaecida el 14 de marzo de 1883. Dos de sus amigos más fieles, Federico Engels, que invertiría doce años aún en terminar "El Capital", y Wilhelm Liebknecht, padre de dos generaciones de socialistas alemanes, pronunciaron sendos discursos en el cementerio de Highate antes de arrojar las últimas paletadas de tierra en la fosa del más ilustre creador del socialismo moderno. Medio siglo después, la semilla lanzada a voleo con ímpetus proféticos por Marx ha echado espigas en el mundo entero y no habrá segador de resistencia bastante a decapitarlas. Lo que está ocurriendo en lo más hondo del proceso histórico de nuestros días es precisamente lo contrario. Hasta los más enconados adversarios del socialismo científico se ven obligados, sin darse cuenta de la burla que les juega el destino, a aceptar su dialéctica. Porque lo fundamental de la teoría marxista, es decir, la interpretación económica de la Historia, tiene ya el rango de una definición incommovible y comprobada. De igual manera es evidente que el régimen capitalista crea su propia antítesis, de suerte que a medida que acelera su desarrollo, más implacablemente se roe las entrañas con su propio pico. "El capitalismo —decía Marx— crea a sus propios enterradores". Contra esa verdad, que no es sino una consecuencia natural del materialismo, sirven de poco los arbitrios de la violencia. Se abren cárceles y se levantan cadalsos para los hombres, no para las ideas ni para las consecuencias resultantes del choque de intereses que implica la sociedad actual. El genio de Marx consiste, sobre todo, en haber sabido traducir en lenguaje filosófico concreto, y articulado con vigorosa lucidez, una experiencia histórica que antes de él nadie supo convertir en cuerpo de doctrina. No se exagera cuando se afirma que Marx equivale, por sí solo, a una verdadera revolución.

Lo cual no obliga a nadie a postrarse de hinojos ante Marx como ante un fetiche, que es lo que suelen hacer los que se llaman —ignoro si antes o después de leer a Marx— marxistas puros, tapándose previamente los ojos con la venda de la sumisión más absoluta. Difícilmente habrá suscitado hombre alguno más pasión que Marx; pero difícilmente se habrán dicho también en nombre de nadie tantos disparates como en el suyo. Nadie ha hecho tan confuso a Marx como los graduados en marxismo, título para cuyo logro basta con encaramarse a una tribuna, calarse unas antiparras y castigar al auditorio —que espera ideas claras y fórmulas sencillas— con un discurso tronante que requiere, para ser entendido, el auxilio de los más perfectos tratados de hermenéutica. Entre los socialistas españoles ¿hay alguno que haya olvidado los terribles combates en que anduvimos, años atrás, empeñados unos con otros para determinar si era punto y coma o coma solamente lo que Marx pusiera al término de tal o cual palabra? La deformación mental de muchos marxistas llega al extremo de obstinarse no en corregir el texto de Marx de acuerdo con las lecciones de la vida, sino en adaptar la vida a los errores del texto. Porque en Marx no todo es absolutamente verdadero. Julián Besteiro, que también se decía marxista y que sin duda conocía a Marx bastante mejor que los jovenzuelos ascendidos a bachilleres socialistas que le negaban el pan y la sal de la cultura marxista, definía el marxismo como un sistema filosófico de investigación. Y eso es: un sistema normativo, de ningún modo un código cerrado cuyas páginas hayamos de consultar cada mañana con la misma supersticiosa devoción que un israelita pone en la lectura de su biblia. Ni por Marx, ni por nadie, puede un socialista hacer dejación de su juicio crítico, fuente auténtica de todo conocimiento sólido. Resulta, por añadidura, ofensivo para el buen criterio imaginarse a Marx no como lo que realmente es, un pensador genial, sino como un taumaturgo. Pues milagro sería que Marx hubiera penetrado tan

hondo en el futuro como para darnos la certeza absoluta de que sus previsiones están siempre exentas de error. Cuando Marx, por ejemplo, reputa inevitable el asalto al Poder, llevado a cabo violentamente por la clase obrera ¿preveía el formidable alcance coactivo del Estado actual, gracias al avance de la técnica de armamentos? Es seguro que no. Pensar hoy en la rebelión armada contra el Estado es algo muy distinto de lo que pudiera parecer a través de la barricadas de 1848. Y no se arguya con el ejemplo de Rusia, porque no sirve a los efectos de comprobar que la premisa de Marx es de aceptación obligatoria e incondicional. La causa verdadera de la revolución rusa no está en el esfuerzo de los bolcheviques, sino en la ausencia total del Estado que se daba en la Rusia derrotada y podrida del zarismo.

Sería grotesco suponer que el tiempo —que es cambio constante— ha estado detenido desde que murió Carlos Marx. Los que se han detenido han sido, si acaso, los que se llaman marxistas puros. El tiempo no. Ha hecho su camino y ha rectificado no pocas de las perspectivas señaladas por Marx, tal vez evidentes en su época, pero no en la actual. El proceso de acumulación del capital y consiguiente proletarización —es decir, depauperación— de la clase obrera, no se ha producido de acuerdo con el ritmo trazado por él. Tampoco el capitalismo se ha mostrado en todos los casos tan inadaptable a una línea de evolución como Marx suponía, claro es que sin que ello destruya la creencia de Marx —y nuestra— de que sería inocente hacerse a la ilusión de que un día, por generoso convencimiento, el capitalismo internacional, ni el nacional tampoco, accederá a perder su situación de dominio. La propia interpretación materialista de la Historia, el gran hallazgo de Marx, base de toda su teoría socialista, puede ser lícitamente objetada de incompleta, sobre todo si la juzgamos a través de algunos de sus exegetas. Recuerdo que una vez discutía yo este mismo punto con un buen camarada, hombre culto y marxista íntegro, que solía dar cursillos de conferencias en Madrid tratando estas cuestiones. La ley materialista era para él tan rígida e inmutable que hasta los más nimios sucesos de la vida de los hombres, y de un hombre solo, caían de lleno dentro de ella. A lo cual hube de replicarle que eso no era socialismo, ni determinismo siquiera, sino fatalismo religioso de tipo oriental. Por añadidura, profundamente desalentador y antirrevolucionario. Pues si todos los hechos de nuestra vida están determinados por fuerzas superiores cuya dirección no puede modificar, ni acelerar, ni detener nuestra voluntad, ¿para qué el esfuerzo que realizamos tratando de gobernar nuestra existencia y darle contenido espiritual? Bien comprendo que la opinión, sin duda poco madurada, a que aludo, no pasaba de ser una traducción falsa de Marx. Pero es la teoría Marx la que abre por sí misma senda a estos errores desde el instante en que elimina o desestima, hasta quitarles todo valor en el proceso histórico, las motivaciones espirituales, que para Marx juegan muy escaso "papel o no lo juegan. Nadie podrá romper lanzas, sin que las lanzas se rompan, contra la interpretación materialista de la Historia, idea irrefutable de la cual está saturada hoy, quiéralo o no, la sociedad presente. Pero en el proceso materialista se interfieren acontecimientos que no pueden ser juzgados como hechos específicamente económicos y que, sin embargo, trastornan, a veces radicalmente, la fisonomía del mundo. La aparición del Cristianismo, por ejemplo, no es un hecho económico, aunque está vinculado, si se quiere, a la dialéctica de Marx en cuanto predicaba "una justicia nueva que tenía por meta a los humildes, agobiados y envilecidos por los poderosos. El paso por la Historia de ciertos hombres extraordinarios —Napoleón, pongamos por caso, que tan fuertemente influyó en el destino de Europa— ¿hemos de medirlo como un hecho económico? Adelanto una respuesta negativa. Indudablemente Marx modificaría hoy muchas de las páginas de "El Capital", escritas en un período de crecimiento industrial fabuloso en que los factores económicos, en efecto, absorbían toda la atención, incluso tratándose de hombres tan geniales como Marx, y limitaban, por exclusión, el horizonte histórico.

El crédito de Marx no padece en nada acercándonos a él con espíritu crítico. Ni se hunde la bóveda socialista con pedir para Marx una adhesión inteligente, viva y remozada a la vista del tiempo actual, en lugar de la fe del carbonero, a usanza del catolicismo, que nos exigen los marxistas a ultranza, bien que reformadores intrépidos también, cuando les place, de los textos sagrados. La gloria de Marx tiene solidez suficiente para convenir que su obra, como toda obra humana, adolece de errores que no debemos suscribir. Y no sabemos quiénes le honran más. Si los que procuramos separar y superar las equivocaciones que el tiempo ha puesto de manifiesto en su doctrina, o los que, para hacerla imperecedera a gusto suyo —cosa que Marx no necesita— le añaden apellidos nuevos. Doctrina marxista, sin complicaciones, primero. Marxista-leninista después. Marxista-leninista-stalinista, luego. Y mañana...

UNA LECCIÓN DE DISCIPLINA POLÍTICA

El Congreso del Partido Socialista Obrero Español celebrado en Toulouse había despertado en torno suyo un ambiente de viva y justificada curiosidad. No sólo porque en él había de llegarse a la unidad orgánica del Partido en el destierro, acatando una sola dirección, sino por los acuerdos que el Congreso pudiera adoptar en orden a los problemas políticos relacionados con la liberación de España. El primer propósito está plenamente cumplido, y ello sin que para lograrlo haya sido menester acallar competencias de hegemonía, que nadie siente cuando de servir al Partido se trata. Si la separación a que obligaron las circunstancias de la guerra hizo imposible durante mucho tiempo el entendimiento entre los distintos grupos de socialistas españoles acogidos a la hospitalidad de Francia, de África y de América, nada lo impedía tan pronto como, liberada África, primero, y Francia después, la voz de los emigrados españoles trabó nexo cordial de uno a otro continente. Fue entonces alentador, vitalmente alentador, comprobar que, a pesar del silencio y la distancia, la unanimidad de criterio en el Partido era completa "¿Qué se hicieron —se preguntaban los escépticos y los malintencionados de fuera— de aquellas discrepancias de antaño?" Se hicieron humo, y humo fueron siempre, bien miradas, aunque humo dañoso que en más de una ocasión nos obligó a cerrar los ojos y andar a ciegas. Se las llevó el viento, dejándonos el alma dolorida. ¡Y ay de aquellos que no estén dispuestos a espantarlas a manotazos si otro viento adverso las empujara de nuevo hacia nuestras tiendas! Se las llevó como se llevó la tempestad a tantos de nuestros hombres mejores, los más ilustres por su veteranía, por su saber, por su ejemplo. Yo no pongo nombres. Están en el corazón y en el recuerdo de cuantos me lean.

Más de quinientos delegados, llegados de los lugares más dispares de Francia, se han reunido en el Congreso de Toulouse. Con ellos han tomado parte en las deliberaciones los representantes de África, de Inglaterra y de México. ¿Necesitaré decir que era la Delegación de México la que atraía sobre sí el mayor interés? Lo rubricaron los aplausos con que fue acogida. Deberé, sin embargo, matizar mis palabras. Antes de que el Congreso diera comienzo a sus trabajos, la prudencia me hubiera aconsejado escribir algo como esto: "Hacia la Delegación de México afluyen por igual el cariño y el recelo; la estimación y la desconfianza." Acabado —o mejor dicho, apenas comenzado el Congreso—, esas palabras ya no tendrían razón de ser. No hemos ganado, claro es, ninguna batalla, porque no había sobre quién reñirla ni alcanzarla; pero tampoco nos puso nadie en trance de disputarla. El honor que se le hizo a la Delegación de México, primero otorgándole una de las vicepresidencias del Congreso y después concediéndole la primacía para que ocupara la tribuna de oradores, deshicieron, si los había, todos los equívocos. "Los socialistas de México —en este caso todos los de América, cuya represen-

tación moral creíamos tener— no se sienten —dijimos— inferiores en conducta a ninguno. Si los demás merecen alabanzas, ellos las merecen también. No han pretendido nunca estar un ápice más arriba que nadie, pero tampoco se resignan i a figurar un ápice por debajo de nadie." Detrás de quien hablaba en nombre de la Delegación de México, se sentaban los que traían la representación de los socialistas de España. Y por ellos, y para ellos, fundamentalmente, se pronunciaban estas palabras, expresión de una queja que no podía ni debía quedar recóndita. Yo no pude saber hasta qué punto esa queja tuvo eco. Y después de unas largas veladas en las que Antonio Ramos y yo hemos departido con los compañeros venidos de España, en el relativo sigilo de un lugar cualquiera, podemos garantizar que aquella carta que, en junio de 1945, llegó a México ordenando la disolución del Círculo Cultural Pablo Iglesias, no hubiera sido escrita si quienes la escribieron hubieran tenido entonces la información que ahora tienen.

¡Con qué emoción se puso en pie el Congreso cuando el Presidente anunció a la Delegación de España! Pálidos, serenos, pero conmovidos en lo más íntimo de su ser, dos hombres recibían el homenaje de los socialistas españoles dispersos por el mundo. Era el tributo de respeto a los muertos, a los encarcelados, a los perseguidos, a los que en la clandestinidad siguen el combate, ocupando unos el puesto, caliente aún, que dejan otros cuando la adversidad los elimina de la pelea. Batallas de esa clase no se han perdido nunca para la Historia.

En el dictamen aprobado sobre posición política del Partido, dictamen que, por razones de fácil alcance, era el que reclamaba mayores apasionamientos, y que Manuel Albar hubo de defender en nombre de la Ponencia correspondiente, el Congreso se ha mantenido fiel a sus compromisos actuales, que le llevan a la colaboración ministerial, pero atento también a los que le ligan a la suerte de España y de la República, que no puede estar subordinada a bizantinismos jurídicos infecundos, Y seguro de que con ello cumple su deber primordial, el Congreso ha declarado públicamente que la presencia de unos ministros socialistas en el Gobierno no impedirá al Partido estudiar y aceptar, si fuera digna de ello, cualquiera fórmula, si surgiera, que, por caminos distintos a los estrictamente constitucionales, pudiera conducir a la recuperación de España y de la República. Singularmente diáfana ha sido la actitud del Congreso en cuanto a sus relaciones con el Partido Comunista, cuyo contacto rechaza, sin que la presencia de un ministro comunista en el Gobierno, decisión que corresponde íntegra al jefe del mismo, implique la menor aproximación entre los dos Partidos. Sobre ese punto no cabe sustentar ningún equívoco.

Nota saliente del Congreso la han constituido las intervenciones de los delegados internacionales que a él asistieron: Francis Noel Baker —juventud y simpatía desbordantes, un gran amor por la República doliente—, representando al Labour Party; M. Bracops —rostro inteligente, palabra clara y gesto enérgico—, por el Partido belga; Bertoluzzi, por el italiano; Vincent Auriol y Raymond Vidal —este último expresándose en correcto castellano—, por el francés. Las palabras de unos y otros autorizan todas las esperanzas. Pero, ¿hasta qué punto se ajustan a la voluntad de quienes, desde sus puestos de gobierno, están llamados a traducirlas en realidad? Hace más de un año que cesaron los cañonazos en Europa, y pronto lo hará desde que el orgullo japonés inclinó la rodilla ante las democracias triunfantes. Llegó la victoria y con ella el final del éxodo terrible a que obligaron las alternativas de la contienda. Todos los pueblos devastados, invadidos o maltratados han podido dedicarse a reconstruir sus hogares, a rehacer su antigua vida común. Todos menos uno: el español. Acaso porque fue el primero en el padecer, se quiere que sea igualmente el último en dejar de sufrir. Quienes tienen en sus manos los destinos del mundo han hecho del drama español un juego tragi-bufo que ofende en lo más entrañable nuestra sensibilidad de españoles. Los unos, porque no

quieren intervenir en el pleito, y los otros porque quieren intervenir demasiado, todos comparten por igual la vileza de dejarlo sin resolver, consintiendo que España siga clavada en la cruz infamante del franquismo. Cuando los delegados del Congreso, puestos en pie, cantaban la "Internacional", yo me preguntaba si la solidaridad obrera está en puertas de ser algo más que una pura efusión sentimental y retórica; si de veras la apelación con que Marx y Engels cerraban el Manifiesto Comunista, pronto hará un siglo, será la única fuente de confianza en que puedan buscar aliento las causas justas...

DEFINICIONES: SOCIALISMO Y COMUNISMO

Más de una vez he sentido la comezón de abordar el tema que ahora toco. Quisiera 'contribuir a esclarecer y, si ello es posible, desterrar un equívoco en el que solemos incurrir con tanta frecuencia como peligrosidad encierra. Aludí a él, de pasada, en una de las intervenciones a que me vi llamado durante las sesiones que, hace un año, celebró el Partido Socialista en Toulouse. Esbocé entonces, en muy pocas palabras, el criterio que ahora confío a estas cuartillas, no por nuevo, ciertamente, que no lo es, pero sí por necesitado de divulgación. Me refiero a las afinidades que nos acercan al comunismo militante —el de los partidos atados al cordón umbilical de Moscú, quiero decir— y a las desemejanzas que nos alejan de él. ¿Hasta qué punto existen las primeras y hasta dónde las segundas están bien señaladas? Eso es lo que vamos a examinar someramente.

Es corriente que cuando los socialistas —por ejemplo, en el caso español— necesitan aludir a los comunistas y al distanciamiento existente entre unos y otros, por negativa de los primeros a escuchar la sirena comunista, lo llagan fundando su incompatibilidad en la falta de reciprocidad de trato a que se expone, y así lo abona una experiencia larga, todo aquel que acepte o busque la amistad de los comunistas, cuya ética política suele ser lo bastante adventicia como para consentir todas las mudanzas e infidencias apetecibles. El propio Congreso de Toulouse, al adoptar el acuerdo de rechazar toda concomitancia con el Partido Comunista, adujo iguales o parejas razones. "Mientras los comunistas —se argumenta— no mejoren su proceder y nos ofrezcan sólidas garantías de que las deslealtades y agravios pasados —muchos de ellos agravios de sangre— no tendrán repetición, todo pacto con ellos será, por nuestra parte, imposible". Tal es el pensamiento generalizado de los socialistas, por donde el divorcio con los comunistas viene a quedar reducido a un problema simple de conducta. Simple, digo, no obstante saber que la conducta es la que define y califica a los hombres y a las agrupaciones humanas, tanto en las acciones políticas, o públicas como en las privadas. Pero el problema es más hondo y tiene mayor complejidad. Imaginemos, como si ello fuera posible, que por un arte esotérico los comunistas cambiaran su peculiar manera de ser. Dotémoslos de una honestidad impoluta en sus trabajos de proselitismo; de una escrupulosa limpieza en el cumplimiento de sus deberes para con los demás; de una generosa sinceridad en sus intenciones. Ha desaparecido automáticamente, pues, la justificación de nuestros reproches. Podemos ya tendernos las manos y estrecharnos en abrazo fraterno. Todas nuestras diferencias se han borrado. ¿Todas? Aquí está el nudo de la cuestión y el error de quienes se figuran, acaso sin meditarlo, —que es como se aceptan todos los tópicos—, que entre socialistas y comunistas no median sino discrepancias accesorias de táctica y estilo; de moral, si se quiere, pero no de doctrina o sustanciales. Empecemos por asentar que si en los primeros tiempos del socialismo actual —el que tiene su cuna en el Manifiesto Comunista— los apelativos de comunista y socialista eran indistintos y representaban una misma cosa, hoy han dejado de serlo. Comunista y socialista ya no significan valores equivalentes, sino más bien, por extraño que ello parezca, antagóni-

cos. La disparidad surge con el nacimiento de la III Internacional y se agudiza y ensancha, hasta hoy, en el curso de los años que van transcurridos. Dos concepciones opuestas del socialismo, no importa que provengan de la misma matriz, se contraponen: la concepción liberal que recoge y asimila, para traducirla en formas nuevas, la tradición cultural de occidente, tomando como punto de partida la conciencia individual, es decir, el hombre, y la concepción absolutista, judaica en su origen, heredada por el totalitarismo, que elimina al hombre individual, sumiéndolo en la masa, la única que cuenta —o no cuenta— y cuya traducción asiática nos ofrece la revolución rusa. Imposible sería fundir —ni confundir— en una sola esas dos concepciones del socialismo que Marx no pudo prever. Y evitar que se confundan es nuestra obligación más urgente y concreta,

El mundo está viviendo —o muriendo— un estado caótico, de dramática angustia, desde hace muchos años. En realidad, desde que en 1914 anunciaron los cañones la primera guerra mundial. Y ese drama ha recaído, principalmente, sobre el socialismo, víctima de dos fuerzas aparentemente antípodas, pero, en el fondo, espiritualmente gemelas, como son el fascismo y el comunismo. Encarnación del sentimiento liberal, el socialismo recibió, de frente y por la espalda, las estocadas de los dos fanatismos en pugna. Cada uno de ellos le atacaba por distinto motivo, pero ambos con igual saña. Aquí viene bien la sentencia del clásico: "Por ser con todos leal, ser para todos traidor.. ." El socialismo organizado tuvo, acaso, titubeos y debilidades. Torpezas también, y no pocas. Pero, en definitiva, el socialismo pagaba culpas que le eran ajenas. Precisamente por eso tiene ahora más derecho a levantar la voz. Contra los unos y contra los otros, porque la liquidación de la segunda guerra mundial, cuyos rescoldos arrojan todavía humo, ha resuelto el problema militar y político, si se quiere, de esa antinomia en que el mundo se debate desde veinticinco años atrás, pero ha dejado subsistente el gran drama moral, que es el que importa:

¿Libertad? ¿Servidumbre? Qué vale más: ¿la conciencia humana o la razón de Estado? Y la pregunta se le plantea directa y apremiantemente al socialismo porque, quiérase o no, ha empezado una etapa socialista, que no se caracteriza, precisamente, por el advenimiento de los partidos socialistas al ejercicio del poder, sino por la gran difusión impalpable, pero no por ello menos efectiva, alcanzada por el socialismo en el sentimiento universal, y por el fracaso, trágicamente comprobado del capitalismo. Nadie que se precie de agudo dejará de reconocer que asistimos a un período de transición en que el capitalismo inicia su agonía y el socialismo ¿assume categoría de elemento rector en las relaciones económicas. Mas ¡¿qué actitud ofrece el socialismo en orden a la democracia y a 'libertad? La interrogación se la formulan muchas gentes que, vinculadas al socialismo por estímulos de simpatía, dudan, sin embargo, ¿de que el socialismo sepa conciliar la democracia económica con la democracia política. Tiene explicación su desconfianza: "Si socialismo y comunismo —discurren—, son una sola cosa en teoría, según suele decirse; si ambos buscan una misma finalidad y esa finalidad se refleja en el régimen soviético —el único ensayo socialista que nos es dado juzgar— evidentemente el socialismo no garantiza la libertad". Es la consecuencia del equívoco a que me vengo refiriendo.

No se advierte que la manera de ser de los comunistas es efecto y no causa. Tienen una psicología torcida, una sensibilidad anestesiada, una filosofía que subvierte la valoración normal de las acciones, buenas o malas —en la estimación comunista— según que se acomoden o no a los fines propuestos, y éstos a las conveniencias fugaces del instante. Es, sencillamente, la moral jesuíta —que no tiene nada que ver con el ardor misionero de Ignacio de Loyola, como la idiosincrasia comunista no tiene nada que ver con el pensamiento de Marx—, pero aplicada con menos elegancia formal, con menos disimulada zafiedad. Mas nada de eso hubiera sido hacedero sin una previa corrupción de los

principios sustantivos del socialismo, corrupción que genera, a su vez, una mentalidad extraviada, que ahoga la conciencia y la reduce a monstruoso vasallaje. No; no hay hermandad ninguna de conducta ni afines entre socialismo y comunismo. Más bien — insisto— se repelen. Y mucho me equivoco o nos acercamos a un período histórico en que el centro de gravedad de todo sistema social será la conciencia del hombre, su libertad en cuanto ser físico y sujeto moral. Es decir: lo que el socialismo es y representa. Pero ese debe ser nuestro pregón de cada día.

LA HUELGA, ARMA DEL PASADO

Con maligna complacencia, mal disimulada bajo la prosa periodística, algunos comentaristas poco avisados han querido ver en la reciente huelga de los obreros portuarios de Londres algo así como una especie de Waterloo para el Gobierno laborista. "Ya veis —decían—: al Gobierno socialista se le rebelan sus propios partidarios, y si quiere restablecer la disciplina tendrá que adoptar medidas de castigo semejantes a las que adoptaría cualquier gobierno conservador." Consecuencia: el Gobierno laborista ha fracasado. Pero el cálculo, como los hechos se encargaron de probar inmediatamente, fallaba en su base. En primer lugar no se comprende por qué un gobierno socialista ha de sentirse cercenado en sus medios coercitivos para imponer la ley, función primordial de todo gobierno, socialista o no. Pero en el caso actual al Gobierno laborista, asistido por todas las razones, le bastó con emplear su autoridad moral, que un gobierno conservador no hubiera podido invocar. Las exhortaciones de los dirigentes sindicales fueron mucho más eficaces para poner fin a la huelga —de clara incitación comunista— que las medidas legales ordenadas por el Gobierno. Y lo que se anunciaba como una derrota, acaso insuperable, del Gobierno laborista se tradujo, a la postre, en una resonante victoria que refuerza su crédito ante la opinión pública.

La obra realizada por el Gobierno laborista —claro está que imperfecta— alcanza unas dimensiones que pocos, fuera de Inglaterra, aciertan a estimar en su justo valor. Atento al interés común de la nación, que sirve con ejemplar honestidad, pero sin olvidar las aspiraciones de su programa de partido, el Gobierno laborista está llevando a cabo una gran tarea social, tanto más meritoria por cumplirse en unas circunstancias especialmente difíciles, resultado de la guerra pasada. Ningún otro país, entre los vencedores, ha tenido que cargar con una herencia tan pesada como la que Inglaterra lleva sobre sí. El desmembramiento del imperio, de una parte, y de otra el agotamiento económico producido por el enorme esfuerzo bélico, obligan a una vida austera, llena de privaciones, que el pueblo inglés soporta con la misma indomable entereza con que soportó la prueba de fuego de los bombardeos alemanes. Es menester haberlo comprobado personalmente para saber cómo se vive en el Londres de hoy, mucho más triste y más pobre que París en sus peores días. Y, desde luego, sin diferencias de clases y sin mercado negro. Inglaterra, sobre todo en su política exterior, es el país más discutido del mundo, pero lo que está fuera de duda es que si hay democracias auténticas en alguna parte, la inglesa es una de ellas. Y el Gobierno laborista es una expresión fiel de esa democracia.

Pero el ejemplo de la huelga portuaria de Londres me lleva a otro género de consideraciones que más de una vez me he sentido tentado de exponer. ¿No será conveniente que vayamos pensando en que la huelga es un arma de lucha caducada? Naturalmente,

cuando me formuló esta pregunta lo hago tomando como punto de referencia aquellos países socialmente más adelantados donde prima una democracia efectiva. Es evidente que las huelgas obreras han sido la gimnasia indispensable y heroica del movimiento sindical. Durante un período muy largo de tiempo la huelga fue una réplica gallarda contra la rapiña patronal, un adiestramiento para el combate y un acicate de la solidaridad, pero, sobre todo, una afirmación de soberanía. Pasarán los años y se recordarán siempre, como una lección para las generaciones que nos sucedan, aquellas huelgas que se prolongaban semana tras semana, frecuentemente meses, en ocasiones años, sin que las hiciera insolubles otro punto que el del reconocimiento de la organización sindical por parte de los patronos. ¡Qué admirable romanticismo! Se peleaba por el jornal, es cierto, y por la disminución de la jornada, pero también, y más que nada, por el fuero de la Organización —así, con mayúscula—, por la dignidad colectiva, por el derecho y por la libertad, es decir, por todo lo que constituye el bien común. Se apagaba el fuego en los hogares proletarios. Faltaba el pan. El invierno mordía en las carnes desnudas, íbamos a la cárcel. A veces un policía puerco qué cobraba propinas en los garitos de juego y a quien hacía cornudo su mujer nos ponía la mano encima. ¡No importa! Luchábamos por el Ideal. Aquellas jornadas, escenificadas por la pluma honrada y viril de Joaquín Dicenta, tendrían simbolización teatral en la blusa de "Juan José". ¡Ah, viejos recuerdos, erguidos en nuestro pasado como un farallón! Pero, ¿es esa la realidad de hoy?

Hubo un tiempo, cuando el vino del éxito se nos subió un poco a la cabeza, en que no usamos, sino que abusamos de la huelga. Así se vino abajo, sin pena ni gloria, el mito de la huelga general. Y aprendimos esto: que la opinión pública y el interés nacional están íntimamente ligados a nosotros y son factores determinantes de nuestra conducta. ¿Se ha meditado bien en la profunda significación que esto tiene? En el fondo lo que ocurre es que el movimiento obrero, llegado a madurez, ha pasado a ser automáticamente, sin que de ello se den cuenta todavía muchos obreros, un elemento creador y rector de la vida nacional. El movimiento obrero no tiene hoy —hablo en general— problemas de dignidad que ventilar, excepto cuando se trata de problemas políticos, que sólo para empresas revolucionarias reclaman el recurso de la huelga. Los conflictos obreros son ahora, casi exclusivamente, conflictos de carácter económico. Pues bien: juzguémoslos desde el punto de vista económico, es decir, desde el punto de vista de la conveniencia. La huelga de los portuarios londinenses nos da pie para ello.

La huelga se inició porque once estibadores del puerto de Londres se negaron a transportar un cargamento de cinc adviniendo —no entro ni salgo en ello— que su trabajo merecía una retribución extraordinaria. Los tribunales condenaron a los huelguistas a una suspensión de empleo y sueldo por quince días. El presidente del Sindicato, Arthur Deakin, declaró sin reservas que la sentencia era legal y debía acatarse. Sin embargo, un improvisado Comité de huelga —inspirado por los comunistas— surgió de la nada. La sorpresa opera milagros. La huelga no solamente se hizo total en el puerto de Londres, sino que se extendió a otros puertos ingleses. Una semana después de iniciado el conflicto ciento setenta barcos estaban inmovilizados en los muelles. Más de veinte mil obreros secundaban el paro. La ración de carne congelada, ya de por sí bien escasa, que se reparte a la población hubo de reducirse a la mitad, con lo que la huelga, agravando las restricciones del consumo, se hacía absolutamente impopular. Los jornales que los once estibadores sancionados dejaban de cobrar en los quince días de suspensión ascendían a un puñado de libras muy reducido. Durante esos mismos quince días las pérdidas ocasionadas por la huelga, solamente por el retraso sufrido en las exportaciones y las

mercancías echadas a perder, llegaban a sesenta millones de libras, daño que la economía inglesa no está en condiciones de soportar. Demasiado efecto para causa tan pequeña. Desde cualquier punto de vista que elijamos para examinar el problema, el balance no puede ser más desconsolador. Tal vez los únicos satisfechos sean los componentes del improvisado Comité de huelga, casi todos ellos comunistas. Por si algún argumento le faltaba al Labour Party para rechazar ásperamente todo contacto con el minúsculo partido comunista, que no se cansa de mendigar su admisión en el laborismo, la huelga portuaria se lo da bien cumplido.

Sí, creo que las huelgas, en la mayor parte de los casos, ya no tienen razón de ser, excepción hecha —aunque parezca paradójica— de aquellos países donde el derecho de huelga no está reconocido o donde la legislación no ampara las reclamaciones obreras. Se impone, en cambio, la discusión pacífica y el arbitraje oficial cuando las partes litigantes no encuentren el acuerdo. En la vida, que es una constante transformación, no hay nada que sea inmutable, y menos que nada las concepciones políticas, condenadas a la más completa esterilidad cuando no se acomodan a la enseñanza y a la exigencia trazadas por el tiempo. La estrategia de ayer no es necesariamente la que conviene hoy. Marx, cuyos fundamentos dialécticos, los que sirven de base a la doctrina, son tan exactos ahora como hacen cien años, no podía prevenir, sin embargo, muchas contingencias sociales que modifican sensiblemente sus pronósticos, aunque al escribir esto corra el peligro de que ciertos dómines marxistas acudan, como ya me ha ocurrido alguna vez, a darme con sus palmetas y a recomendarme que me fije en Rusia, es decir, el país en que se hace del marxismo una trágica bufonada que Marx, para ser buen marxista, repudiaría, si viviera, con tanta repugnancia como cualquiera de nosotros. (Y a propósito: ¿cuándo hay una huelga en Rusia?) Yo no creo en los tabús ni me inspiran respeto los fetiches. Y si no me humillo ante los tabús pretendidamente divinos, mucho menos me he de inclinar ante los humanos. Por eso no hago del marxismo una verdad revelada ni pienso que haya prácticas y principios intocables. Y en cuanto a la demagogia, puericia mental de la que no se libra nadie y de la que algunos no se curan nunca, ya dije en otro instante que es un gallo alharaquiento al que no hay más remedio que retorcerle el cuello. Todavía es posible tropezar por ahí, a la vuelta de cualquier esquina, a un hirsuto parlante que os habla de la revolución social como se hablaba hace un siglo. Estáis viendo las barricadas; la figura menuda de Gavroche; el poeta que avanza hacia la muerte y, antes de reunirse con ella, lega su mensaje: "¡Viva la República!" ¡Qué bello tema para una litografía en colores! Pero nada de eso es aprovechable hoy, por mucho que padezca con ello nuestra capacidad sentimental. Conviene recordar que estamos en la época de la artillería sobre tanques, de la aviación ultrarrápida y de la bomba atómica. Las barricadas corresponden al tiempo del fusil de pistón y de la pistola de dos cañones, excelente para los suicidios por amor. Y bien: la huelga, empleada sistemáticamente, me parece un recurso equivalente a la pistola de dos cañones. Vendrá —debe venir— en desuso, por inútil y porque su manejo ofrece ya muchos más riesgos que ventajas. No hay nada que en una panoplia captive tanto como las nobles armas antiguas, testigos mudos de cien hechos heroicos. Sin embargo, nadie las utiliza para combatir a los asal-tantes. En la crónica de las contiendas obreras las huelgas ocuparán las páginas más brillantes y las más empapadas de dolor, de sacrificio y de grandeza. Pero nada de eso impide que la huelga sea virtualmente hoy un arma que pertenece a los tiempos pretéritos.

EL PREGÓN DEL SOCIALISMO

La **Liga de los Justos**, que tenía su residencia en París, se había formado en 1836 y estaba integrada y dirigida, principalmente, por miembros disidentes de la **Liga de Proscritos**, constituida por los emigrados alemanes obligados a expatriarse después de la revolución de 1830 y las persecuciones subsiguientes. Inspirada en un socialismo balbuciente, sobre la **Liga de los Justos**, caracterizada ya por la preponderancia de los elementos artesanos, influía mucho la literatura del abate Lamennais, que en 1834 había publicado su famoso libro **Palabras de un creyente**, con el cual habían de iniciarse todavía, ya entrado el siglo actual, nuestras primeras lecturas revolucionarias. De Lamennais decía Enrique Heine, el magnífico poeta socialista que paseaba por el destierro su dolor moral y el orgullo con que repudiaba a los gobernantes de su patria: "Ha cubierto la cruz con el gorro frigio." Figura prominente de la **Liga** era el sastre alemán Weitling, a quien Carlos Marx había de tratar duramente acusándole de no comprender el proceso de desarrollo del capitalismo hasta llegar, mediante etapas sucesivas, a su propia destrucción dando paso a la producción socialista. Weitling creía, en efecto, como muchos anarquistas lo creyeron después, que la revolución se haría mediante un golpe de violencia a cargo de los hambrientos y desesperados, sin que para ello fuera menester una sucesión de períodos transitorios. Con Weitling que, de todos modos, ejerció una misión de apostolado digna de respeto, alcanzó una personalidad muy destacada y fue, en opinión de Max Beer, "el único gran comunista alemán verdadero, antes de Marx", compartían la dirección de la **Liga de los Justos** el zapatero Enrique Bauer, el relojero José Moll, el doctor Augusto Hermann Everbeck, el también doctor Germán Maurer y Carlos Schapper, temperamento enérgico muy solidarizado con las ideas de Weitling. En 1839 el Comité de la **Liga** quedó prácticamente disuelto. Schapper, Moll y Bauer estaban en la cárcel, implicados en el golpe de mano dirigido por Blanqui en el mes de mayo. Weitling había escapado a Suiza, donde seguía haciendo una labor incansable de agitación, hasta que se vio precisado a marchar a Londres, trasladándose luego a Bruselas y más tarde a Nueva York.

A comienzos de 1840, unos cuantos miembros de la **Liga de los Justos**, entre ellos Schapper y Bauer, ya libertados, se instalaron en Londres, desde donde sostenían activa correspondencia con los grupos de Francia, Bélgica, Suiza y Alemania. El Comité de la **Liga** mantenía igualmente comunicación con Marx y Engels, cuyos trabajos seguía con mucha atención. En 1845 se fundó en Londres la **Asociación de Demócratas Fraternalistas**, integrada por ingleses, alemanes, franceses, polacos, italianos, etc., y que propagaba doctrinas socialistas. Existía igualmente la **Asociación Cultural de Obreros Alemanes**, que incluía en su seno a trabajadores y artesanos de otras nacionalidades refugiados en Londres. Todas estas organizaciones conservaban relaciones más o menos directas entre sí, de suerte que, aunque dividido y desarticulado, en la capital de Inglaterra se desarrollaba un intenso movimiento de inspiración socialista. A comienzos de 1847 el Comité de la **Liga de los Justos** designó a José Moll para que se entrevistase con Marx y Engels invitándoles a ingresar en la misma. Traduzcamos las palabras que Engels escribió a ese respecto: "En la primavera de 1847 —dice—, Moll visitó a Marx en Bruselas y en seguida me vino a ver a París para invitarnos, en nombre de sus compañeros, muy reiteradamente, a entrar en la **Liga**. Ellos estaban —nos dijo él—convencidos de la exactitud absoluta de nuestra concepción, así como de la necesidad de sustraer la **Liga** a las antiguas formas y tradiciones de conspiración si nosotros aceptábamos adherirnos a la Liga se nos ofrecería ocasión de exponer nuestra crítica comunista, que sería inmediatamente publicada como manifiesto de la **Liga**; y nosotros podríamos igualmente contribuir a reemplazar la organización anticuada de la **Liga** por una organización nueva, tal como la reclamaban la época y el fin perseguido."

En el verano de 1847 se reunió en Londres el primer Congreso Internacional de la **Liga**, en el cual no estuvo Marx presente. Representaba a los comunistas de Bruselas Wilhelm Wolff y Engels a los de París. "Todas las antiguas apelaciones místicas — escribe el mismo Engels— provenientes de los tiempos de las conspiraciones fueron suprimidas y la **Liga** se organiza en comunas, círculos, círculos directivos, consejo central y congreso, adoptando el nombre de **Liga de los Comunistas.**" "El propósito de la **Liga** —reza el primer artículo de los Estatutos— es el derribamiento de la burguesía, el reinado del proletariado, la supresión de la vieja sociedad burguesa fundada sobre los antagonismos de clases y la fundación de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada." El segundo Congreso se celebra a fines de noviembre. "Marx asiste a él y en los debates, asaz largos —la duración del Congreso fue de diez días cuando menos—, defendió la nueva teoría. Todas las objeciones y todos los puntos discutidos fueron al fin resueltos; los principios nuevos fueron adoptados por unanimidad, encargándose a Marx y a mí la redacción del **Manifiesto.**" Aunque estas palabras de Engels pudieran alentar la creencia de que el **Manifiesto Comunista** fue escrito por los dos, lo cierto es que la redacción y las ideas fundamentales se le deben exclusivamente a Marx, aunque en el texto estén recogidas no pocas sugerencias de Engels, cuya coincidencia de pensamiento con Marx era, por otra parte, absoluta. Una carta del Comité Central de la **Liga** subraya esta certeza a la vez que pone de relieve lo delgado que se hilaba entonces en punto a disciplina, lección admirable que contrasta con las sorprendentes licencias y libertades que a menudo nos toca ahora presenciar. Ha transcurrido solamente un mes desde la terminación del Congreso y la tarea encomendada a Marx no es, desde luego, fácil de cumplir. El Comité, sin embargo, juzga que ha pasado demasiado tiempo, y el 26 de enero de 1848 se dirige al Comité de Bruselas en estos términos: "El Comité Central encarga al Comité Regional de Bruselas de informar al ciudadano Marx que si el Manifiesto del Partido Comunista cuya redacción tomó a su cargo en el último Congreso no ha llegado a Londres antes del martes 1° de febrero del año en curso, las medidas que correspondan serán acordadas contra él. En el caso de que el ciudadano Marx no cumpliera su trabajo, el Comité Central demanda la devolución inmediata de todos los documentos puestos a la disposición de Marx.—En nombre y por orden del Comité Central, **Schapper, Bauer, Moll.**"

La situación de Europa justificaba la prisa del Comité, y Marx, con mayor clarividencia que nadie, anunciaba en el Manifiesto la revolución en puerta. Desde las primeras semanas del año el impulso revolucionario se extendía como un reguero de pólvora. Italia, Alemania, Austria, Hungría, Francia... Pero el Comité tuvo a tiempo el texto. De las imprentas empezaron a salir, traducidos a los distintos idiomas, los ejemplares del extraordinario documento que pregonaba la nueva era. Comenzaba así:

"Un espectro preocupa a Europa, el espectro del comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han ligado en una santa cruzada para acorrallar este espectro: el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales de Francia y los policías de Alemania..." Así nació el Manifiesto Comunista.

FRANCISCO LARGO CABALLERO

El día 23 de marzo se han cumplido dos años de la muerte de Francisco Largo Caballero en París, tras largos sufrimientos, consecuencia de las rudas penalidades que hubo de soportar con admirable entereza durante el cautiverio a que, como tantos otros españoles, se vio sometido en los campos de concentración alemanes. Murió Largo Ca-

ballero cuando su consejo, su experiencia y su ejemplo nos eran más necesarios. Pese a sus achaques físicos, Largo Caballero, desde que recobró la libertad al terminar la guerra con la victoria de las NN. UU., trabajaba intensamente, llevado de la gran preocupación de acabar con la tiranía franquista y poner a España en camino de recuperar su vitalidad como nación. Ardorosamente, y mucho antes de que su criterio fuera compartido por sectores muy extensos del Partido Socialista, Largo Caballero defendía la posición que los socialistas de México, y de manera destacadísima Indalecio Prieto, sostenían, adoptada después, casi unánimemente, en la Asamblea de Delegados de Toulouse celebrada en julio del año pasado. Largo Caballero advertía la urgencia de poner fin al drama español mediante fórmulas que consientan la convivencia nacional y quería que en ese empeño el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores tuvieran la intervención principal que les corresponde por su potencia, por su prestigio y por el papel que les está reservado en el futuro inmediato de nuestro país. Desgraciadamente, la muerte le dio cita antes de que pudiera ver cumplidos ninguno de esos propósitos.

La ausencia de Largo Caballero nos apena hoy tan profundamente como hace dos años, cuando nos fue comunicada la nueva *de* su fallecimiento. El puesto de honor que ocupaba en nuestras organizaciones es de los que muy difícilmente se reemplazan. Cuando menos, rindamos culto a los méritos que contrajo durante su larga vida de militante, afanosamente empleada en la lucha por el Socialismo.

HOMBRES SOCIALISTAS: RECUERDO DE MANUEL LLANEZA

Recio de cuerpo, enterizo el carácter, nada dispendioso en gestos ni palabras, Manuel Llaneza era uno de esos hombres que Aristóteles llamaba hombres de templanza. El hombre templado —según el Estagirita— es "el que accidentalmente puede dejarse llevar de una razón cualquiera, pero que, esencialmente, se atiende a la verdadera razón y a la voluntad recta, que es la única que debe guiarle". Exactamente, esa fue la conducta de Manuel Llaneza, ejemplo de firmeza en el servicio de la "verdadera razón" —su ideal socialista— y modelo a la vez de prudente ductilidad para aceptar las razones menores que la realidad cotidiana aconseja en el arte, flexible como ninguno, de la política. Todo su vivir apasionado, en el que se dan cita las más rudas apelaciones al combate, demuestra su condición de hombre templado, es decir, de hombre de razón, según la definición aristotélica. Ni siquiera en los trances de mayor violencia, tan abundantes en la crónica del socialismo asturiano, dejó Llaneza de tener gobierno sobre sí, cualidad que debiera exigirse como indispensable para gobernar a los demás. ¿Acaso no era un hombre de gobierno Manuel Llaneza? El sentido constructivo, ponderado, creador, impreso en su actuación al frente del Sindicato de Obreros Mineros de Asturias, del que fue fundador y primer secretario, da respuesta cumplida. En general ninguno de los hombres sobresalientes del socialismo español —y hablar del socialismo español es hablar implícitamente de la U. G. T.— merece el reproche de demagogia, tan común en los usos de la política peninsular y en las propagandas obreras. La tónica del socialismo español ha sido, precisamente, la contraria, lo que le valió no pocas chanzas de los agitadores de plazuela, gentes acostumbradas a confundir la revolución con el motín. Pero si alguien hubo que fuera el antípoda del demagogo, ese fue Manuel Llaneza. Simultáneamente con la defensa y contraataque a que obligaban la rapiña o la soberbia patronal, Manuel Llaneza, el primero para la pelea, pensaba en obras de mayor enjundia y permanencia que las victorias o derrotas fugaces de cada día. Sus afanes irradiaban, convocaban entusiasmos que reforzaran el suyo, galvanizaban energías adormecidas. El Sindica-

to de Obreros Mineros de Asturias ganaba sus triunfos con los puños, cuando era menester, pero también con los recursos de la inteligencia. No pasarían muchos años sin que el Sindicato, tomando a su cargo la explotación de minas declaradas improductivas por los propietarios, so pena de rebajar los jornales, demostrara una capacidad organizadora muy superior a la de las empresas privadas. A través de esos ensayos los mineros podían, con lícito orgullo, hablar de socializaciones, de administraciones colectivistas. Y Manuel Llaneza y quienes con él compartían la tarea veían cómo el grano de su siembra daba gruesa espiga.

Ese afán tesonero le venía, sin duda, de herencia. Progenie humilde y campesina fue la suya. La pobreza no le dio tiempo a familiarizarse con el paisaje natal, San Miguel de Lada, un pueblecito del Concejo de Langreo, donde vino al mundo el 14 de enero de 1889. Aun gateaba cuando los padres se trasladaron a Barruelo. A los once años Manuel trabaja ya en la mina. Ha cogido el hilo de su destino. 1902. Manuel, un mozo fornido, hace el hato y se planta en Mieres. Busca acomodo en la casa de Adanto Díaz, donde por las tardes, rendida la jornada, escucha a sus compañeros que hablan de socialismo con un lenguaje rudimentario, pero claro. Manuel ha empezado sus estudios preparatorios para el ingreso en la Escuela de Capataces. Su atención se reparte entre las lecciones que trata de aprender y las palabras que recoge de sus vecinos de hospedaje, con los cuales ha trabado de inmediato amistad estrecha. Se llaman Víctor Huergo, Leopoldo Noguera, Luis Miranda. Un año más tarde, en 1903, Llaneza firma su petición de ingreso en la Agrupación Socialista.

1906. "Huelgones" contra la Fábrica de Mieres. En el grupo "Poca Cosa", donde trabaja, Llaneza protesta contra un despido injusto. Serán dos. Otra vez el hato a la espalda y los caminos inciertos por delante. Sotrondio, San Martín del Rey Aurelio, Langreo... Es un obrero de corta duración en las listas de nómina. Oculta su nombre, pero un índice acusador va delatando ya su paso y previniendo a los capataces. Al cabo, Francia. Las minas de Pas de Calais le acogen por dos años. Se ha enriquecido mucho su experiencia y se ha ensanchado en igual proporción su cultura. A su regreso, en 1910, trae en la mente una idea fija: la organización del Sindicato. El propósito no era tan sencillo como ahora pudiera pareceros. Había que vencer muchas resistencias, sacudir la terca indiferencia de una gran parte de los obreros, sordos a todo estímulo que no fuera el de sus broncas diversiones sabatinas y dominicales, en las que el amor de alquiler y el alcohol jugaban papel equivalente, con las cuales creían desquitarse de la implacable servidumbre semanal en el fondo de las minas sin luz. Para hacer más fácil su labor de proselitismo discurrió un arbitrio: vender novelas y periódicos por pueblos y aldeas, con lo que disimulaba su verdadera misión de propaganda y esquivaba obstáculos. Ese mismo año de 1910, en agosto, el Sindicato cobró vida. Llaneza está a su frente. El socialismo asturiano, de raíz sana y profunda, extiende ya sus brotes vigorosos por toda la provincia, excepto Gijón, meca de un anarquismo intransigente que tiene a gala, sin duda como un homenaje a la libertad, impedir por la violencia que la palabra de los socialistas sea escuchada. En 1911 los socialistas llevan a Manuel Llaneza al Concejo de Mieres. Más adelante, en 1918, será su alcalde. Cuando se creó la Mancomunidad de Ayuntamientos de Asturias, el sufragio mayoritario de sus integrantes le adjudicó, sin que él lo apeteciera, la presidencia. La templanza es, lo será siempre, la virtud que define su carácter. Y por encima de lo accidental y transitorio, se atiene a "la verdadera razón y a la voluntad recta, que es la única que debe guiarle".

Paga de cuando en cuando, como es de rigor, su tributo a la cárcel y al celo policíaco. Así ocurrió, por ejemplo, en 1916, con motivo de la huelga general declarada en España para exigir el abaratamiento de las subsistencias. Llaneza salió de la cárcel llamado por el Gobierno a Madrid para discutir con él la terminación de la huelga en Astu-

rias. Pero la de 1916 no era sino el anticipo de la de agosto de 1917 en la que el Partido Socialista, por primera vez, toma la dirección de los destinos políticos de España y le pone jaque a la monarquía. El vigor del movimiento obrero asturiano, dirigido por los socialistas, y la posesión de la dinamita por los mineros, hacen que sea en Asturias donde las grandes contiendas alcancen trascendencia y gravedad mayores. En 1917 retumban en montes y valles las explosiones. La persecución gubernamental es sañuda y cruenta. Llaneza sabe lo que para él representaría ser aprehendido. En las esquinas, los piquetes de soldados fijan el bando famoso en que el jefe militar de la región anuncia que cazará a los huelguistas como alimañas. Esos excesos literarios, a los cuales no corresponde, por otra parte, la crueldad en los sentimientos del hombre, pesarán como un estigma sobre su autor. Paradoja curiosa: ese militar, solicitado por crecientes simpatías liberales, fue después enemigo tenaz de la dictadura de Primo de Rivera, acogió con jubiloso acatamiento la proclamación de la República e intentó en 1931, ostentando la máxima jerarquía de la milicia, ingresar —sin conseguirlo— en el Partido Socialista. Lo impedía el bando.

La amnistía de 1918 puso en libertad a Manuel Llaneza, preso desde que, fracasado ya el movimiento revolucionario, se entregó voluntariamente a las autoridades. El voto popular le llevó más tarde, representando a la circunscripción de Oviedo, a las Cortes de 1923, sobre las cuales trazó Romanónes la profecía de que serían cortas y trágicas, con beneplácito de Lerroux, que confesó desearlo así. Iba a discutirse en ellas el expediente Picasso. . Llaneza planteó ante las Cortes el drama de las minas. Su dialéctica acusadora tenía ecos patéticos cuando reclamaba atención para el dolor de los obreros. Era el exponente cabal de una realidad cruda y sombría: la de la mina Baltasara, con sus trece víctimas; la de Almadén, con cinco mil trabajadores muertos y dieciocho mil lesionados en el curso de unos cuantos años... El espadón del dictador cortó en seco la voz civil de España. Cuando volviera a sonar, siete años después, sería para pregonar su fe republicana. ¡Ay! Manuel Llaneza no alcanzaría a ver ese magnífico resurgir de la conciencia española. El 24 de enero de 1931 el telégrafo esparció la nueva de su muerte. Hubo duelo en las minas y todos sentimos que nos faltaba un brazo fuerte y una voluntad vertical. Dejaba tras sí una gran herencia, de la cual son beneficiarios y guardianes todos los socialistas asturianos: la enseñanza de sus acciones, traducida en obras tan perdurables — cuando pasen los vientos del odio— como el Orfanato de Mineros Asturianos, la última y la mejor de sus creaciones, que perpetuara su nombre en el recuerdo. Yo fui a Asturias poco después de muerto él. Y la primera vez que hablé en la Casa del Pueblo de Mieres, ante un concurso compacto de hombres y mujeres tan conmovidos como yo, quise empezar rindiéndole memoria con unas palabras sobrias y entrañables que repito ahora: "Que la tierra asturiana —dije— no pese demasiado en su gran corazón."

HONRA Y GLORIA DE MÉXICO

Se han cumplido diez años desde que llegaron a México las primeras expediciones de refugiados republicanos españoles. Aunque la nuestra no es una gratitud de aniversario, sino de todos los días; no de expresión puramente formal, con la guardia de rigor en la Columna de la Independencia, sino profunda y más callada, por íntima, que verbal, la ocasión es buena para que hagamos hoy pública confesión —no la primera ni la última— de la devoción que nos ata al país en cuyo suelo han encontrado alivio nuestra indigencia material y nuestro dolor de desterrados.

Hace diez años. . . ¿Habrà alguien cuya memoria necesite ser reavivada? Hace diez

años el mundo —un mundo moralmente entumecido— ofrecía el espectáculo deprimente, sin par en la Historia, de contemplar impasible el éxodo de medio millón de españoles arrojados de su patria por el odio y la barbarie sin que nadie —salvo tímidas e impotentes voces aisladas— se creyera obligado —estándolo todos— a brindarles consuelo y socorro. Los gobiernos de las grandes naciones que con su cobardía y su impudor habían hecho posible el asesinato de la República presenciaban ahora, impasibles, la desventura de los republicanos vencidos. Guardaba silencio, insensible, Europa. Guardaba silencio, un silencio que pesará siempre sobre ella como una afrenta, la América de ascendencia hispana. Ni una palabra de piedad. Ni un gesto generoso de ayuda. Estaba Francia, cierto, que había recibido —no por gusto— aquella humanidad atormentada que huía de la venganza. Pero Francia —que se ha reivindicado después—, culpable directa de la derrota republicana, no supo entonces poner grandeza en su hospitalidad. Aquellos infames campos de concentración, escenario de todas las humillaciones imaginables inferidas a hombres que merecían, cuando menos, el respeto que deben inspirar siempre los caídos, eran el exponente del grado de abyección a que había llegado Europa. Los humillados pagaron luego la ofensa combatiendo por Francia y haciéndose matar por ella cuanto tantos franceses claudicaban ante el enemigo. Llegada la guerra, los españoles a quienes todos rechazaban como si de un ejército de leprosos se tratara, supieron morir con ejemplar entereza en todos los campos de batalla defendiendo una causa que —¡ay, ya se ha visto luego!— no era la suya. Cayeron en Noruega, en Francia, en África, en Italia. En la tierra y en el mar. Algún alto jefe militar, que admiró su bravura, les dedicó un responso lacónico y honrado: "Eran sí unos héroes." Sí: unos héroes comidos por los piojos, adelgazados por el hambre y lacerados por los vergajazos de los gendarmes, que fueron sus únicas condecoraciones. En verdad, la gran causa de la democracia internacional no valía la pena de que se vertiera ni una sola gota de sangre española. Habíamos vertido demasiada en España cuando los demás hacían cálculos cicateros con la idea de que, dejando correr abundantemente la nuestra, acaso se ahorrarían ellos la suya.

Callaba también la presunta patria del proletariado, la Rusia del caudillo Stalin, padre de todos los trabajadores. Con sus 22.000.000 de kilómetros cuadrados y sus 170.000.000 de habitantes, la Rusia comunista no podía absorber una emigración de medio millón de españoles —comunistas, socialistas, anarquistas o republicanos de izquierda—, compuesta en su mayor parte por técnicos y obreros especializados cuya falta constituye una de las más graves preocupaciones del Gobierno soviético. Fue un bien, sin embargo. La aspiración vital de los pocos españoles que consiguieron entrar en Rusia es la de salir, precisamente, cosa harto difícil. El nombre siniestro de Karaganda, que borra todas las brutalidades de los campos de concentración franceses, da la medida de lo que hubiera sido para los españoles la hospitalidad soviética, aunque, en todo caso, era una hospitalidad bastante bien pagada, y por anticipado, con el oro español que la necesidad nos obligó a llevar a las cuevas del Kremlin, de las que ya no saldrá nunca, si por salir se entiende el regreso a su punto de origen.

En medio de ese paisaje internacional, desolado y sombrío, no hubo más que un claro de sol para recordarnos que no todo eran tinieblas y que aún no habían muerto del todo los valores del espíritu y de la conciencia humana. Nos lo hicieron recordar un pueblo, México, y un hombre, Lázaro Cárdenas. Excepción gloriosa entre los gobernantes de su tiempo, ninguno comparable a él en calidad humana, aunque otros le aventajaran en poder y en fama de relumbrón, Lázaro Cárdenas hizo el gesto que salvaba a América, y al mundo, del oprobio. "Las entradas de México —dijo— están francas para todos los españoles perseguidos." Un gesto magnífico, incorporado para siempre a la Historia y cuya trascendencia moral es equivalente —¡no hay hipérbole, no!— a la

que tuvo el decreto de Lincoln libertando a los negros. En uno y otro caso —tan distintos y distantes históricamente hablando— lo que importa destacar es la reafir-mación de la libertad, de la solidaridad y de la igualdad entre los hombres. Y tan necesaria entonces como ahora, cuando, al cabo de un siglo de socialismo militante, y cuando el Socialismo está impregnando ya, sin que sus enemigos se den cuenta, toda la vida colectiva de nuestro tiempo, aun es menester salir de cuando en cuando a la defensa de los príncipes eternos consagrados por la Revolución Francesa.

Hace diez años pisaban la playa de Veracruz los primeros inmigrantes republicanos españoles. Hace más de cuatro siglos llegaban a ella otros españoles, nuestros abuelos, que aquí sembraron simiente fecunda. Pero aquéllos venían como conquistadores y nosotros veníamos como conquistados. Diez años de hermandad autorizan estas frases de gratitud. Muchos de los españoles que vinieron hace diez años, o después, quedarán aquí, incorporados ya definitivamente a su patria adoptiva. Otro ya lo están solemnemente, porque murieron y son ya tierra mexicana. Y los que hayamos de volver —jóvenes o viejos— llevaremos en el corazón la huella imborrable de los días de México. Y de sus hombres: Lázaro Cárdenas, Ávila Camacho, Miguel Alemán. . . Algún día, en España, daremos fe. Por hoy, sólo un voto: ¡México, fortuna para ti!

LA HISTORIA DE ESPAÑA CONTADA POR PEMAN

A don José María Pemán, ex presidente de la Academia Española, en cuya dirección sucedió y precedió, paradójicamente, al ilustre don Ramón Menéndez Pidal, que la presidió antes que él y la preside ahora de nuevo, se le conoce como autor de unas cuantas piezas dramáticas de trama poética que no pasarán ciertamente a las antologías. Pero hay otro Pemán, menos notorio, aunque no por ello menos acreedor a fama. Me refiero a Pemán historiador, padre de una Historia de España contada con sencillez, según reza su título, que sirve de texto oficial en las escuelas públicas españolas. Ya veremos luego en qué consiste la sencillez de Pemán, hartamente diferente de la empleada por Wells para escribir su Breve Historia del Mundo. La historia es, por definición sumaria, narración verídica de los hechos y cosas memorables, sin que al historiador le esté permitido desfigurarlos o cambiarlos en su significado esencial. Menos aún puede el historiador acomodar los sucesos pasados, remotos o próximos, a su parcial filosofía política o religiosa, confundiendo de tal modo su papel de cronista con el que les está reservado a los propagadores de dogmas y teorías. Se comprende, sin embargo, que, dentro de la severa objetividad que le está impuesta, el historiador se esfuerce por acentuar, infundiéndoles calor de simpatía, aquellos episodios históricos de los cuales se desprende una lección de humana pedagogía, o de noble y generoso patriotismo, con mayor razón si la Historia se escribe para niños, como en el caso del señor Pemán. Y, en efecto, la Historia de España contada con sencillez, de lectura obligada en las escuelas españolas, es fundamentalmente una historia pedagógica. Veamos, espigando en sus páginas, cuál es la pedagogía que enseña el melifluido poeta de El divino impaciente.

El procedimiento seguido por el señor Pemán para su propósito, enderezado a grabar mejor en la conciencia de los estudiantes el valor moral de las efemérides en que abunda la historia de España, consiste en intercalar en la narración, allí donde el autor lo juzga discreto, la moraleja o sentencia que, ilustrando el texto, conduce a la certeza de que las grandezas y heroísmos pretéritos no son sino antecedentes sobre los cuales se asienta el esplendor de la España actual, culminación de todos ellos. Pensará el lector que estoy haciendo un poco de ironía, y acaso no vaya descaminado en el barrunto,

aunque el tema es más propio para el llanto que para la risa, pero, en todo caso, la responsabilidad será del señor Pemán, a quien probablemente "el apasionamiento con que se ha querido escribir este libro" —el suyo— ha llevado más lejos de lo conveniente, sin que baste a borrar esta sospecha el testimonio de aquel "aviador portugués —soldado y poeta— voluntario de nuestra Cruzada, quien, habiéndole comunicado la labor en que me empleaba, entornó los ojos y me dijo:

Eso es como dar la comunión". Y, en efecto, desde entonces comulgan los escolares españoles con ruedas de molino.

Después de haber dejado atrás a los Tartesos, y anotado que "sabían torear y bailar", trabemos conocimiento con los primeros moros llegados a la península, que abrieron camino para los que la invadieron más tarde y, sobre todo, para que los dos pueblos, el español y el africano —el señor Pemán no se para a distinguir entre árabes y berberiscos, sin duda porque para él no tiene importancia el distingo—, se unieran en estrecha coyunda. Y viene la moraleja de tumo: "Por eso ahora los moros "regulares" pelean alegres y contentos, en el gran Movimiento Nacional, al lado de los españoles, se encuentran como en su casa y quieren, como niños, a sus jefes y oficiales." De este bello párrafo, en el que se canta la africanización de España —¡oh, cómo rugiría, si viviera, Joaquín Costa!—, se deduce que sólo son españoles aquellos que en la guerra civil estuvieron de la parte de Franco y no los otros a quienes los moros, secundados por alemanes e italianos, y bajo los venerables estandartes de Castilla, vinieron a alancear a la usanza rifeña. Conmovedora lección para la mente de unos niños cuya mayor parte son hijos de republicanos. Pero estamos todavía al comienzo y queda mucho por aprender. Ejemplo: la paridad entre Sagunto, resistiendo a los ejércitos de Aníbal, y la defensa del Alcázar de Toledo, "este otro Sagunto que Dios premió, al fin, con la victoria". Algo tiene esto que ver con la afirmación, que encontramos más adelante, de que los españoles "somos romanos" y por eso "cuando ahora para saludar levantamos el brazo, no admitimos con ello una moda pasajera de hoy, sino que saludamos a la romana, como hace muchos siglos saludaron ya nuestros antepasados". No se dirá que el señor Pemán no busca lejos sus tradiciones, excelentes para justificar la presencia en España de las legiones de Mussolini, que con la conquista de Madrid en 1939 se anotaron, como escribía modestamente en su diario íntimo el conde Ciano, "una nueva y formidable victoria del fascismo; acaso, hasta ahora, la más grande". Al llegar a este punto el señor Pemán, menos escéptico que Cánovas, hace un alto para decirnos solemnemente que ser español "es una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo".

Dispuesto a no dejar pasar ocasión, el señor Pemán aprovecha la que le brindan los sucesores de Recaredo para enseñarles a los niños que "las elecciones por votos son, por sí, cosa apasionada y calamitosa: y los hombres, en ellas, llegan a perder la cabeza, hasta el punto de aliarse con los enemigos contra su propia patria", palabras dignas de ser grabadas, con letras de oro, en el Parlamento británico para que las aprenda de memoria Winston Churchill. Otro descubrimiento, éste de más alcance histórico: en la batalla de las Navas de Tolosa, fecha culminante de la Reconquista, está el antecedente director del Glorioso Movimiento. Así lo sentencia el señor Pemán. Si en 1212 Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra lucharon unidos contra Mohamed-ben-Yacun, en 1936 Benito I de Italia, Adolfo I de Alemania y Francisco I de España lucharon juntos en la "enorme guerra contra los rojos", lo que, en opinión tácita del poeta inefable, viene a ser lo mismo. Pero veamos un nuevo primor pedagógico, esta vez a cuenta del infeliz Enrique VI, "flaco de cuerpo, bajo de estatura, con cara de mono y los *ojos* saltones" y de quien se sospechaba que se entendía secretamente con los moros, "a cuyas costumbres parecía tan aficionado". El autor, que pudo ahorrarse, por innecesaria, la cita, no aclara cuáles sean esas costumbres, acaso para que los escolares lo

averigüen por sí mismos, pero, en todo caso, parece seguro que los niños no echarán de ver gran diferencia entre las aficiones del desventurado monarca de Castilla y las del caudillo, cuya guardia mora, inseparable de él, constituye la más vistosa atracción de paradas y desfiles militares. Enrique VI "era también —sigue aleccionando Pemán— un enamorado de toda clase de animales. Fue el primer europeo, seguramente, que tuvo en sus jardines una casa de fieras, y el andar entre ellas y cuidarlas era su gran delicia". Y a continuación, con una oportunidad que el lector juzgará por su cuenta el ungido de la musa Polimnia dispara este puñado de perlas líricas: "Es el mismo gusto que, hace unos años, había en la España podrida de la República, tan parecida a aquella de Enrique VI, por el jazz-band, por los bailes negros: por todo lo que oliera a selva o a barbarie". A esta oración no le falta sino el amén.

Muchas enseñanzas, además de las ya consignadas, y no menos saludables que aquéllas, contiene la **Historia de España contada con sencillez** del señor Pemán. Resumiremos algunas de las más notables. Los Comuneros de Castilla, levantados contra Carlos V, no son más que "los abuelos de esos politiquillos prudentes y faltos de sentido poético que más tarde en España habían de sonreírse al grito de "Imperio", lanzado otra vez por la juventud al aire y a la esperanza", y la batalla de Villalar no fue otra cosa que "la conocida desbandada de las turbas revoltosas ante el pelotón de la guardia civil". El Movimiento Nacional de 1936 y la Guerra de Independencia de 1808, "se parecen como hijos de la misma madre". Reviviendo en el recuerdo las jornadas heroicas de entonces, Pemán intercala este inciso: "Parece que va a oírse la voz de Queipo..." De Queipo de Llano, que tiene de todo menos de héroe y de leal y de quien Serrano Suñer, en Roma, decía confidencialmente que era "un bandido y un bestia". Sigamos. El cura Merino, salvaje, inculto, fanático, que ordenaba fusilar a cuantos prisioneros caían en sus manos —veinte franceses por cada español, era su ley— cuando no los mandaba quemar vivos, era "la última representación en miniatura de aquellos obispos guerreros españoles —los Carrillos, los Cisneros— que aparecen en nuestra Historia, siempre que corren aires de auténtica cruzada". Y el autor se detiene aquí para reivindicar la guerra de exterminio, la que siguió por los carlistas en las del siglo pasado, donde "no hubo cuartel o perdón". "Por eso en el Movimiento Nacional, no se pudo hablar de mediación... Por eso tampoco había posible mediación, ni perdón, ni cuartel, en la política de Fernando VII". Ese es el "terreno duro y violento de la Verdad. .. Que fue el de los tercios de Carlos V y el de los guerrilleros de la Independencia. Que era el de los partidos carlistas. Que es el de las milicias de Franco".

Así se escribe la Historia en la España franquista. Y así se prepara el alma de los niños para que sigan matándose mañana, en bárbaras contiendas fratricidas, los hijos y los nietos de los españoles que se mataron ayer. Al mensaje de los que, como don Manuel Azaña, aspiraban a gobernar con "razones y votos", se responde con horcas y presidios. De la escuela se hace cuartel, se escarnece la memoria de los muertos. "El maestro y el sacerdote —escribía el insigne Costa— deben estudiar los medios de restablecer el orden, de hacer resonar en los corazones la voz del Evangelio; de definir a los ignorantes la verdadera libertad, resumen de derechos y deberes; de practicar, para su enseñanza, la fraternidad, alma de todo progreso." ¡Qué sangrante contraste el que ofrecen esas palabras de un español genio de la raza y la lección que actualmente se da desde las escuelas y los pulpitos españoles! ¿Será cierto que España es un pueblo condenado a vivir a extramuros de la civilización universal?

HOMBRES SOCIALISTAS: ANTONIO SANTAMARÍA

Un cable seco de Antonio Reina, puesto en Nueva York el 28 de diciembre, trajo la noticia: "Santamaría falleció ayer." Para algunos, tal vez el nombre de Santamaría no diga nada. Para los más, y especilmente para cuantos le trataron, equivale a una historia ejemplar. Hombre de una reciedumbre moral que raramente se encuentra tan íntegra y maciza, tan austera y humana a la vez, Antonio Santamaría puede presentarse como paradigma de conducta para las jóvenes generaciones socialistas que hayan de seguirnos. Con Santamaría —y lo proclamo yo, que soy muy poco dado a las alabanzas complacientes— desaparece uno de los varones —así, por lo que tiene de varonil— de mejor calidad que a mí me ha sido posible conocer. Lo que en otros, de más fama y pregones, no pasa de ser oropel, cuando se les mira de cerca, era en Santamaría oro puro al que nunca le puso precio. Quienes se lo pusieron fueron —por supuesto— los adversarios.

¿Queréis un resumen de esa historia ejemplar? Os la contaré. Fue en Castro Urdiales, la pequeña ciudad que se asoma al Cantábrico, cerca de Santander, donde vio la luz Antonio Santamaría. Muy mozo se fue a Vizcaya, donde se hizo un obrero metalúrgico excelente. De día trabajaba los metales; de noche leía libros. Ya había prendido en él — ¡y con qué fuerza!— la semilla socialista. De Vizcaya marchó a Ferrol. El Arsenal —tragadero de hombres— le abrió sus puertas. Estaba entonces Santamaría en plena juventud. Su palabra hizo adeptos, conquistó voluntades, despertó y enderezó espíritus dormidos. La huelga revolucionaria de 1917 llevó a Santamaría al exilio. Anduvo por Francia, ganándose el pan con su trabajo, porque entonces todavía no existían los campos de concentración ni se había descubierto esa singular manifestación de la solidaridad internacional que consiste en cerrarle todas las puertas al perseguido. Vino la amnistía de 1918. Otra vez a España. Santamaría es de los que no se toman vacaciones en el combate. Y todo el movimiento obrero y socialista de El Ferrol, magnífico plantel de luchadores, tiene en Santamaría uno de sus más esforzados sostenedores.

La Agrupación Socialista de El Ferrol —cuna de Pablo Iglesias— abunda en hombres de valía excepcional, no sólo por su prestigio personal, sino por sus méritos intelectuales. En el Partido Socialista, la Agrupación de El Ferrol es una de las que gozan de crédito sobresaliente. Sus acuerdos y opiniones pesan mucho sobre las demás. A la presidencia de la Agrupación Socialista va Santamaría, el año 1929, por voto unánime de los afiliados. Pasan los días turbulentos y conspirativos del 30. El 31, en las elecciones municipales que traen en su seno la República, Santamaría es electo concejal y preside la minoría socialista. Transcurre el bienio blanco. Comienza el bienio negro. Lerroux, que en ninguna república bien organizada hubiera sido tolerado, por razones de higiene elemental, yergue su cabeza de pavo provento en el banco azul. En su tomo merodean los cuarenta ladrones juramentados para dejar en cueros el erario, bajo la mirada complaciente de los virtuosos caballeros de la CEDA. 1934. Octubre. Un gesto desesperado contra la traición y la rapiña. Los moros hacen sus primeras campañas en la península desde los tiempos de la Reconquista. Toman Covadonga; violan doncellas cristianas, y algún cristiano que otro, amparados por la bendición del primado. Se ensayan, en suma, para la gran cruzada de 1936, de la cual el episodio de octubre, en Asturias, no es más que el prólogo. Santamaría, por descontado, va a la cárcel. Y la guardia civil, también, por descontado, lo apalea a su gusto, con ese gusto especial que tienen todos los cobardes que visten uniforme y se saben impunes, como lo eran —y lo son— en España casi todos los que portan unos galones y un charrasco, pero de manera especial los componentes del honorable gremio de asesinos por otro nombre llamado Benemérita. Un tribunal de fieros matachines, entre toses y regüeldos, condenó a Santamaría a no sé cuántos años de presidio. Por poco tiempo. En marzo de 1936, Santamaría abandonaba la

cárcel para ir a ocupar el sillón de la Alcaldía de El Ferrol.

1936. Elecciones, ganadas limpiamente por las izquierdas. En consecuencia, los bravos caballeros militares, instigados por los defensores del orden y de la ley, se sublevan. Se sublevan contra la República al grito de ¡viva la República!, porque de otro modo no les hubieran seguido los soldados y porque su honor era lo bastante acomodaticio para acudir a todas las trampas. Uno de esos bravos caballeros sale a la calle en El Ferrol al frente de sus tropas. Santamaría le conmina a ser fiel al gobierno republicano. ¡Cómo! ¿Habría quién dude de la lealtad de un militar español? Si sus tropas están en la calle es, precisamente, para defender al gobierno legítimo. El pueblo nada tiene que temer de él. En el cuartel hay armas. Está dispuesto a entregarlas a los paisanos que vayan a recogerlas, siempre que sean, claro, gente solvente... Uno de los que van, mandado por su propio padre, es el hijo mayor de Santamaría. Es también el primero que el bravo militar hace fusilar tan pronto como los tiene a todos en la ratonera. Después viene ya la batida en grande. Pieza mayor:

Antonio Santamaría. El 11 de agosto se reúnen unos cuantos facinerosos que constituyen —dicen— un Consejo de guerra. El que hace de fiscal perora largamente, injuriando a los procesados —son cuatro— mientras los demás se retuercen el bigote, satisfechos de las grandes hazañas que están llevando a cabo. La sentencia es valor tácitamente convenido entre jueces, defensores y reos: a muerte. Estamos al comienzo de la gloriosa cruzada, pero ya se advierte cuál va a ser el tono que piensan darle sus ilustres capitanes.

La sentencia, inexorable, debía cumplirse al amanecer de la mañana siguiente. ¿Habría alguien capaz de contar alguna vez la escena patética que esa noche tuvo lugar en el cuartel de Artillería y en la que fueron actores los cuatro condenados a muerte? Hoy, desde luego, no. Lo único que sabemos es que durante algunos minutos cuatro hombres, llamados a morir dentro de unas horas, estuvieron disputando no el derecho a vivir, sino el de morir. Porque había posibilidad —y tampoco esto puede comentarse todavía— de que se salvaran dos. Si los muertos —porque murieron, en efecto, al aclarar el día— pudieran hablar, dirían que Santamaría hizo cuanto pudo para ser uno de los que fueron ante el pelotón de ejecución. La fuga, de todos modos, entrañaba peligros muy graves. Resuelto el problema de quiénes debían marchar y quiénes quedarse, los dos designados para la fuga pusieron manos a la obra. Había que deslizarse por una cuerda desde una altura de diez metros aproximadamente. Santamaría fue el segundo, con tan mala fortuna que la cuerda se rompió y Santamaría cayó pesadamente al suelo. Con la cuerda se rompió también una pierna suya y no sé si algunas costillas. Arrastrándose, Santamaría consiguió llegar hasta un maizal cercano, donde se escondió. Allí lo encontraron, poco más o menos a la hora en que debía ser fusilado, dos compañeros anarquistas, huidos a su vez, que lo condujeron a refugio seguro. ¡Qué paradojas tiene la vida y cómo acerca a los hombres la desgracia común! Esos dos anarquistas que en agosto de 1936 salvaron a Santamaría eran, seguramente, unos de los que, cuatro años antes, cegados por un absurdo sectarismo, trataron de impedir que se celebrara un acto de propaganda socialista presidido por Santamaría y en el que yo era uno de los oradores. ¿Será que la tolerancia, para ser comprendida, necesita pasar por la prueba indispensable del infortunio?

Durante toda la guerra permaneció oculto Santamaría, sin salir de Ferrol. Acabada aquélla, una noche se unió a un grupo de perseguidos que se apoderaron de una barca pesquera y se hicieron a la mar. Fueron a Francia. Después, la suerte, o el azar, le depa- raron a Santamaría ocasión de ir a Nueva York. Hace tres años, cuando Antonio Ramos y yo marchábamos a Francia, lo abrazamos por última vez. Y nos dimos cita en España. Ya son muchas las citas de esa clase que me fallan. No sé si algún día, si se prolonga

este amargo rosario del destierro, el que falte a la cita sea yo. De lo que estoy seguro es de que entre los españoles republicanos que han dejado sus huesos en el exilio, pocos, poquísimos, hay con títulos equivalentes, en hombría y virtud, a los de Antonio Sarmiento.

MISIÓN DEL SOCIALISMO INTERNACIONAL

El fracaso, previsto, de la Federación Sindical Mundial, por las intrigas de los agentes soviéticos o soviéticos, ha puesto de relieve lo que para nadie debiera ofrecer ya la menor duda, a saber: la absoluta imposibilidad de unión o colaboración siquiera con los comunistas, salvo que quienes se avengan a ello hayan hecho previa renuncia de su personalidad, resignándose a ser dóciles marionetas de la propaganda staliniana. Aleccionado por esa experiencia, acaso necesaria, el movimiento obrero independiente y democrata, desvinculado de todo contacto comunizante, debe reagruparse sin tardanza en una potente Federación Internacional aunque la desautorizada y nociva Federación Sindical Mundial prolongue su existencia ficticia para servir los intereses del gobierno ruso y fomentar, hasta donde pueda lograrlo, la escisión del proletariado universal, y principalmente del europeo. La Federación Americana del Trabajo, que se anticipó a los acontecimientos negándose a ingresar en la FSM, ha hecho recientemente una declaración favorable sin reservas a la formación de la nueva entidad internacional. Las organizaciones sindicales de los países demócratas de Europa, y con ellas la UGT de España, han hecho ya pública su actitud en el mismo sentido. Nada hay, pues, que se oponga al propósito, cuya trascendencia no precisa ser subrayada, en beneficio de la clase obrera y de la paz.

Pero más urgente todavía me parece el fortalecimiento de la Internacional Socialista. El movimiento socialista quedó completamente desarticulado cuando la guerra hizo imposible el funcionamiento normal de las respectivas agrupaciones nacionales y la comunicación de todas ellas entre sí. Pero la guerra terminó hace casi cuatro años y ninguna razón hay para que el movimiento socialista internacional no haya sido enteramente reconstruido. Cierto es que la situación del mundo dista mucho de ser tranquila, pero eso lejos de ser un impedimento, debe constituir un acicate. Si en alguna ocasión resulta indispensable que el socialismo internacional cuente con un órgano de acción disciplinado, fuerte y eficiente, ésta es. No sólo por la caótica desorientación que acusa la política general y por el ambiente de amargo pesimismo que se respira en todos los meridianos, sino porque, queramos o no —la insistencia en el tema es obligada—, al socialismo le ha llegado la hora de probar su potencia constructiva, su capacidad de gobierno. En el caos a que me refiero, caos en el que nadie acierta a poner un poco de orden, con su secuela de hambres, depresión económica, desintegración moral, producción atascada, falta de trabajo, inestabilidad política y, en definitiva, un total desencajamiento social, sólo el socialismo puede representar una esperanza. Es el socialismo, y nadie más, quien puede y debe restituirle al mundo su centro de gravedad.

Naturalmente, no pensamos que el socialismo haga milagros, aunque milagroso será el hecho de lograr que renazca en el alma de centenares de millones de hombres y mujeres una confianza que hoy parece muerta para siempre. Por mucho que se esfuercen los estadistas de la burguesía no podrán poner en pie los viejos métodos de gobierno. No es posible galvanizar el pasado, de igual manera que no es posible volver contra corriente las aguas de los ríos. Todas las guerras —se ha dicho alguna vez con exacto sentido— son, por naturaleza, revolucionarias, independientemente de la intención de sus

autores que, como el aprendiz de brujo, desatan fuerzas que luego no saben dominar. Contra el impulso revolucionario que surgió de la guerra de 1914 se levantó el monstruo del fascismo. Pero el monstruo ha sido vencido y es inútil que nadie trate de resucitarlo. Pese a todo, una era de espíritu creador se abre ante nosotros después de la segunda guerra universal.

Pero los tiempos nuevos exigen también estilos nuevos. Cada situación reclama su comportamiento adecuado. Sin perder nada de lo que en él es sustantivo e indeclinable, el socialismo de hoy no puede ser idéntico al de ayer. Un cambio, inadvertido aún para muchas gentes, pero trascendental, se ha operado en torno nuestro, y es que el socialismo ya no es tanto una fuerza de oposición y ataque como una gran fuerza de gobierno, que podrá o no regentar ministerios, pero que en ningún caso podrá eludir su responsabilidad creciente en la dirección de los negocios públicos, de igual manera que los Sindicatos obreros habrán de ir tomando una parte cada vez mayor en la administración de las empresas industriales mucho antes de que se instaure un régimen netamente socialista. Acaso todo esto choque un poco con las viejas mitologías revolucionarias, que calentaban el corazón para el combate, pero no por eso deja de ser rigurosamente cierto. Ni hay menos heroísmo en afrontar las responsabilidades de hoy que en soportar alegremente los sacrificios y rigores a que nos empujaban las peleas de ayer. Es, simplemente, que la Historia ha puesto el Destino del futuro en nuestras manos y nos toca demostrar que somos lo bastante firmes para dirigirlo. En realidad, lo que sucede es que el socialismo empieza a recoger su propia cosecha, que no podía ser otra que la de un ensanchamiento progresivo de su horizonte político y una influencia cada vez más activa e intensa en la vida pública, en las costumbres, en la mentalidad común, en los sentimientos y en las ideas. Es así, y no por mesiánicas mutaciones, como el socialismo asienta su dominio y alcanza madurez.

La reorganización del socialismo internacional es inaplazable, como indispensable es que su autoridad se haga sentir de un modo resuelto, objetivo, concreto, abordando sin vacilaciones los problemas que la actualidad plantea y procurando para ellos fórmulas precisas y efectivas. Un socialismo internacional retórico, que crea cumplidos sus deberes con declaraciones rituales y protestas inanes es un socialismo llamado al fracaso. Es acción lo que demandan las circunstancias. Sólo así logrará el socialismo que el ánimo abatido de los pueblos se reavive y ponga en él su fe como el único factor capaz de revalorizar las categorías morales que dignifican al hombre, hoy tan ultrajadas, y de recomponer la economía haciendo que el eje de ella sea el bien colectivo, y su beneficiario no el especulador que la convierte en objeto de lucro, sino el trabajador que la hace prosperar.

FRANCIA, POR LA CIVILIZACIÓN

La Asamblea Nacional de Francia ha declarado producto nocivo ese innoble bebis-trajo, de pura extracción gringa, denominado Coca-Cola. El próximo paso consistirá, seguramente, en prohibir su importación, si antes no se levantan airados, para impedirlo, los sagrados intereses de Wall Street. Tenía que ser de Francia, flor de la cultura occidental, país en donde se cultivan los más ricos caldos vinícolas del mundo, de donde nos viniera tan saludable ejemplo, que representa una reacción salvadora contra la zafia dictadura del mal gusto. De todos los brebajes desagradables que conocemos, ninguno tan repelente y ofensivo al paladar como la Coca-Cola. Y ya está bien, puesto que no podemos evitarlo, que semejante pócima haya venido a ser una especie de bebida nacional en los EE. UU., que haya invadido, colonizándolos, los mercados americanos, y que sea,

al parecer, la bebida que más se consume en China —y así les va a los chinos—; pero de eso a que la Coca-Cola se adueñe de Europa, va diferencia, y todas las reservas culturales y espirituales que atesora la vieja y siempre joven Europa deben de ponerse en juego para rechazar tal atentado al arte de bien beber.

Porque el beber y el comer son dos refinamientos —o partes de uno solo, mejor dicho— que sólo se adquieren a través de un proceso de siglos y que marcan, mejor, tal vez, que ningún otro aspecto de la vida social, la diferencia entre el hombre civilizado y el bárbaro. Al hombre primitivo le bastaba con asar la carne colgada de un palo — cuando no la comía cruda— y con beber agua abocado sobre la corriente de los arroyos. El hombre civilizado ha necesitado hacer una ciencia del arte de cocinar. La historia de la civilización tiene, como hitos principales, el cultivo del trigo y el de la vid. La urgencia de procurarse especias para el condimento de las comidas lanzó a los navegantes portugueses y españoles en busca de las rutas de Oriente y dio lugar al descubrimiento —aunque fuera por error— de América. El grado cultural de cada época histórica puede medirse por los usos admitidos en el comer y en el beber. Los tres países que han ejercido mayor influencia en el desarrollo cultural y espiritual de Europa son, precisamente, Italia, España y Francia, países, los tres, en donde abundan la vid y el trigo. Y a estas alturas, cuando la gastronomía se ha hecho algo tan sutil y delicado que da el tono de la educación sensitiva de un pueblo, surge en la ciudad de los rascacielos —ese otro absurdo— un buen señor que nos aconseja: "Masquen ustedes chicle." ü otro que nos exige; "Beban ustedes Coca-Cola." Realmente nos parece demasiado. Con Plan Marshall y sin él.

La invocación al Plan Marshall no es nuestra. Es de Mr. Farley, el inefable senador —demócrata, para más señas— presidente de la Coca-Cola y abogado entusiasta de Franco. Mr. Farley comentó la resolución de la Asamblea Nacional de Francia diciendo que "si Lafayette estuviera vivo, lanzaría una mirada torva contra los que se oponen a un refresco tradicionalmente norteamericano". Y luego añadió: "Temo que el general Lafayette pensaría que esta decisión constituye una ingrata recompensa para el Plan Marshall." ¡Bueno, bueno! La verdad es que nadie se imagina a Lafayette luchando contra los ingleses para defender la Coca-Cola, supuesto que entonces se hubiera conocido esa purga. Y en cuanto a lo del Plan Marshall... ¿Es que la Coca-Cola forma parte del sistema de defensa contra los rusos? Porque en tal caso, donde debiera enviarse la Coca-Cola es a Rusia, y no a Francia. Se nos ocurre ahora que acaso el franquismo delirante de Mr. Farley tenga, en el fondo, una explicación comercial. La Coca-Cola, a pesar de todos los esfuerzos, no ha podido ser introducida nunca en España, cosa natural. ¿La Coca-Cola desplazando a la manzanilla, el vino de Jerez, el vino tinto o blanco excelentes de la Mancha o Rioja, la horchata sin par y aquellas jarras de limonada que hacían nuestras delicias en las noches calientes de Madrid? Pensarlo es una injuria. Sólo mediante un cambalache con el caudillejo podría míster Farley hacer que los españoles ingurgitaran su vomitivo. El caudillejo es capaz de todo. Mr. Farley también. Pero a nosotros nos queda siempre el recurso de defendernos. Y un recurso elemental —vital, mejor dicho— es el de hacerle el boicot a la Coca-Cola. Es un recurso político y sanitario a la vez, aunque le parezca mal a Mr. Acheson, que también es, por lo visto, un consumidor de Coca-Cola. Comprendan los señores del Capitolio: Las circunstancias históricas han dispuesto que la salvación económica de Europa dependa de los dineros que les sobran a los Estados Unidos. Mas, para salvarla, ¿es menester, además, que la embrutezcan? Tío Sam, un poco de piedad para los pobres!

MÉXICO Y SU PETRÓLEO

En los escaparates de las librerías de México acaba de hacer su aparición un volumen cuyo título, reducido a una sola palabra, "Petróleo", suscita una viva curiosidad justificada por el nombre del autor, José Domingo Lavín, un ingeniero mexicano de sólida cultura, extraordinariamente docto en temas económicos —otros libros suyos, conferencias y trabajos periodísticos lo comprueban— y, por encima de todo, hombre de robusto pensamiento liberal, familiarizado con las tendencias socialistas que, contra lo que afirman los ciegos de entendimiento —que son legión—, se están imponiendo a marchas forzadas en el mundo. Pero no es la gratitud nacida del hecho de que José Domingo Lavín haya sido y sea uno de los mejores valedores que los republicanos españoles hemos encontrado en México la que me hace hablar en elogio suyo, sino el mérito intrínseco de su libro, que es una defensa calurosa de la expropiación petrolera llevada a cabo por el presidente Lázaro Cárdenas el 18 de marzo de 1938 e, implícitamente, una historia del imperialismo anglo-yanqui contemplada desde el ángulo parcial de la posesión del petróleo, origen o factor preponderante en casi todas las luchas políticas y armadas de nuestro tiempo.

Aporta José Domingo Lavín, además de una documentación excelente de primera mano, en gran parte inédita, que hace del libro un testimonio irrefutable, una experiencia personal lograda en muchos años de combate desigual —David contra Goliat— sostenido contra las poderosas Compañías petroleras que, al socaire de una tolerancia oficial comprada frecuentemente mediante el soborno, se habían erigido en poseedoras no ya de los yacimientos petrolíferos, sino de la soberanía del país mexicano. Nadie, a no ser conociendo los datos que José Domingo Lavín ofrece en su libro, sería capaz de imaginar el grado de audacia a que las Compañías petroleras, apoyadas por sus gobiernos respectivos, habían llegado. Durante la guerra civil que el ejército de don Venustiano Carranza, mantuvo contra el usurpador Victoriano Huerta —un Franco en pequeño—, surgió la primera fricción del Gobierno constitucional mexicano con los gobiernos extranjeros a causa de las Compañías petroleras. Wilson, un soñador que incurrió en las mayores torpezas —lo cual prueba que, para gobernar, no basta con ser hombre de impulsos románticos—, ordenó el 13 de mayo de 1914 la ocupación del puerto de Tampico para proteger los intereses de las Compañías. Barcos ingleses, norteamericanos, franceses, holandeses y hasta españoles y cubanos se alineaban frente al puerto tampiqueño. El entonces teniente coronel Francisco J. Mújica —uno de los hombres más honestos de la Revolución mexicana, colaborador estrechísimo después del general Lázaro Cárdenas— fue nombrado para desempeñar en el puerto todas las funciones correspondientes a las autoridades federales. Su primera medida consistió en exigir a los exportadores de petróleo que entregaran en su oficina oficial el canon correspondiente, pagado desde aquel instante en monedas mexicanas de oro. Las Compañías, sintiéndose fuertes bajo el amparo de los cañones de guerra, se rebelaron inmediatamente, como si el pagar en moneda nacional —o el pagar, simplemente— fuera una imposición intolerable. La respuesta consistió —es el antecedente más directo de la expropiación de 1938— en el cierre de todas las tuberías que pudieran servir para exportar petróleo. Las Compañías siguieron protestando, pero pagaron. De todos modos, quien estaba llamado a humillar definitivamente el orgullo de las Compañías era el general Cárdenas. No por el placer de humillarlas, aunque su presencia, como sucede en todos los países condenados, más o menos directamente, a la tutela colonial, fuera un atentado a la independencia económica y política del país, sino porque representaban una injuria a la dignidad nacional. También el gesto histórico del presidente Cárdenas tenía precedentes bien honrosos. Veámoslo.

"Cuando el general Cárdenas se hizo cargo de la Jefatura de Operaciones en la zona

norte de Veracruz —cuenta José Domingo Lavín, refiriéndose al período presidencial del general Calles— advirtió una maniobra ejecutada por la "Huasteca", consistente en asfaltar el antiguo camino real que iba de Pueblo Viejo a Tuxpam, ligando todos los lugares intermedios." "Al asfaltar el camino se sostuvo que fue construido por la Compañía y se establecieron puertas y cercas donde existían guardas permanentes, y el gerente de la "Huasteca" era el que concedía o negaba el paso a las personas, conforme a su capricho." "Suprimiendo el único camino, sólo por la vía marítima o aérea podíamos llegar de Tampico a Tuxpam las personas que carecíamos de permiso de la "Huasteca". El viaje por la laguna de Tamiahua con frecuencia se hacía peligroso, por la presencia de lanchas piratas favorecidas por la misma Compañía, que asaltaban a los pasajeros, y el viaje por aire quedaba limitado a los muy escasos medios que existían en aquella época. Alguna vez, con motivo de cierto litigio contra la "Huasteca", los contrarios de esta Compañía trataron un viaje en avión para poder llegar a las audiencias que se celebraban en el Juzgado de Distrito de Tuxpam, y habiendo salido el avión con los interesados, después de una hora de vuelo regresó a Tampico con cualquier pretexto y de este modo la "Huasteca" impidió la defensa de sus ingenuos contrarios."

El general Cárdenas, con la tranquila entereza que es rasgo distintivo de su carácter, asombró a los gerentes ordenando que se abrieran los caminos al libre tránsito, desarmando a las guardias privadas de las Compañías y advirtiendo a éstas que cualquier persona que intentara interrumpir el tránsito, sería considerada como asaltante y sujeta a las penas consiguientes. Aquello era tan nuevo e inverosímil para los gerentes que no le dieron crédito. Se trataba, sin duda, de un amago para sacar dinero.

Las Compañías lo darían. Luego, todo volvería a su cauce. Pero el adusto comandante de la zona norte de Veracruz era insensible a todas las modalidades del soborno. Y cuando por vía oficial se le insinuó la conveniencia de un traslado beneficioso para él, respondió que su puesto era, precisamente, el que estaba desempeñando. Nadie insistió. Y desde entonces no hubo ya en México caminos prohibidos por los extranjeros a los mexicanos.

Cuando el general Cárdenas, que es, como ejemplar humano, un caso I excepcional por su hombría, por su honestidad y por el amor apasionado—de raíz— que siente hacia su pueblo —el México todavía irredento de los jacales, de los pies descalzos, del maíz y el chile por único alimento, muy pintoresco, por otra parte, para los turistas que llegan del otro lado del río Bravo—, decretó en una noche histórica y sin pensarlo mucho,— era el deber y con el deber no se discute nunca— la expropiación de las Compañías petroleras obstinadas, como siempre, en imponer su voluntad contra la razón y la ley, la noticia conmovió al mundo, por lo menos al mundo del imperialismo económico. ¡Cómo! ¿Un oscuro gobernante de un país como México se atrevía a desafiar así a la fuerza omnipotente de E la plutocracia? Brotaron amenazas roncacas. Gimieron las prensas conminando al audaz. José Domingo Lavín ha recogido en su libro algunas de las opiniones entonces expuestas en periódicos norteamericanos. "Es un principio universal —decía "Capital", de Topeka, Kansas— que el comprador de artículos robados es un cómplice del ladrón, si sabe que el ladrón ha usurpado la propiedad. Ningún comprador de petróleo crudo ignora el método por el cual el Gobierno de México ha obtenido las propiedades petroleras que pertenecen a las Compañías americanas, holandesas e inglesas." "En tiempo de Teodoro Roosevelt —escribía el "Journal Courier", de New Haven— los Estados Unidos hablaban suave, pero llevaban un garrote. Hoy hablamos suave. Nos enfrentamos con el hecho probable de que México salga adelante con su

confiscación y que la misma táctica será adoptada por otras naciones." "Lo que caracteriza estos hechos como un simple robo —afirmaba el "Despach" de Ohio— es que el régimen de Cárdenas no tenía y no tiene intención de pagar por las propiedades, como lo hacen siempre los gobiernos con reputación cuando expropian." "El presidente Cárdenas sabe —clamaba el "Times", de Los Angeles— que tendrá que enfrentarse a una rebelión si los Estados Unidos levantan el embargo sobre los embarques de armas y permiten que el dinero y las carabinas fluyan hacia el país." Un diputado norteamericano hacía unas declaraciones que empezaban con estas palabras: "Hoy vemos la nación más rica y más poderosa del mundo rindiendo los derechos de sus ciudadanos a un dictador mexicano irresponsable." "El basurero mexicano —terminaba— debe limpiarse." En el mismo tono, o más agrio, se expresaban los agentes del imperialismo inglés, dispuestos a una guerra contra México a la vez que patrocinaban la infame hipocresía de la No Intervención en la guerra civil española...

Lo que ninguno quería recordar eran los crímenes y abusos de las Compañías, alguno de ellos, perpetrado por la "Huasteca", consistente en la destrucción del pueblo entero de Zacamixtle, que fue transportado completo —copio textualmente del libro de José Domingo Lavín—, con todos sus habitantes, en una noche, bajo la fuerza, a otro lugar para poder explotar el lugar en que se encontraba. Por supuesto, ni ese delito, ni ningún otro, fue castigado nunca. Lo hubieran impedido, tal vez, los fusileros yanquis o los marinos ingleses, que es la última razón del imperialismo. ¡Ay! Pasado un siglo, todavía perdura en el recuerdo de los mexicanos, transmitido de padres a hijos, el drama de 1847, cuando México perdió —se le robó: ahora sí es adecuada la palabra— casi la mitad de su territorio. José Domingo Lavín, en las anotaciones que ilustran su libro, trae a colación algunos textos de aquella época. "Ahora —decía un periódico— debemos destruir la ciudad de México, arrasarla por completo; tratar a Puebla, Perote, Jalapa, Saltillo y Monterrey del mismo modo, y aumentar entonces nuestras demandas hasta insistir en que se nos dé posesión perpetua del castillo de San Juan de Ulúa, como clave del comercio en el Golfo de México..." "A menos que agobiamos a golpes a los mexicanos —decía otro—, que hagamos llegar la destrucción y la pérdida de vidas a todos sus hogares y les hagamos sentir el peso de nuestras armas, no nos respetarán jamás."

Por fortuna, la mentalidad norteamericana ha cambiado bastante, aunque no mucho. Hay en los Estados Unidos, el país más poderoso de la tierra, el que, por azares de la Historia —y eso es lo grave— dicta su ley a los demás, demasiada pereza intelectual. Y aun quedan muchos norteamericanos que, ofuscados por los humos de su poderío e ignorantes de que una de las pocas verdades eternas que hay en la vida es aquella de que todo es fugaz en el reloj del tiempo, y de que otros poderíos más grandes, como el de España, se desvanecieron, creen estar aún en los días de Teodoro Roosevelt, el del garrote, y no en los días del otro Roosevelt, el de la buena amistad. Pero son minoría. Y gracias a ese cambio de mentalidad, México pudo salir airoso, sin afrontar un choque armado, de su gran aventura petrolera, honra de quienes la acometieron. Sin embargo, el imperialismo pervive y acecha presas nuevas. Con el alma acongojada pienso ahora en España, puesta en almoneda por el dictador que la envilece, y prenda de cambalache en el turbio comercio político internacional. ¡Gran diferencia entre México y España! México merecía a Cárdenas, guardador de su dignidad nacional. España no ha merecido nunca a Franco, su verdugo y su afrenta.

CHARLOT, CIUDADANO DEL MUNDO

Si algún hombre hay que pueda llamarse hoy con plena propiedad ciudadano del mundo, es Charlie Chaplin. Nadie le iguala en fama, en popularidad ni en simpatía. Casi nadie en méritos. Es uno de los pocos genios verdaderos de nuestra época, que no abunda en ellos. Por lejos que esté, en cualquier rincón de la tierra a donde llegaron los adelantos de la técnica, la figura de Charlot —con su traza grotesca, su bombín absurdo, su chaqueta corta y estrecha, sus zapatos grandes y retorcidos y su bastón intrascendente— es conocida, admirada y querida. Charlot ha hecho reír a | millones y millones de chicos, y ha hecho reír también —y llorar a veces— a millones y millones de grandes que supieron comprender todo el inmenso patetismo que se disimula tras una pirueta. Charlot es universal porque supo hacer del vagabundo una encarnación de todos los desgraciados que pasean por el mundo su desamparo. La ternura, la piedad, la fraternidad humana, el odio a la injusticia y a la fuerza bruta están presentes, como telón de fondo, en toda la obra artística de Charlot.

Y la obra —el estilo, decía Buffon— es el hombre. Por lo menos en este J'«aso. Que digan lo que quieran algunos biógrafos baratos que le están saliendo ahora en los periódicos. No hace falta conocer personalmente a Chaplin para saber cómo es: generoso, sensible en grado sumo, espontáneo, profundamente cordial, amigo entrañable de los niños y de los libros, observador sagaz. Y, sobre todo, un hombre triste. Siempre hemos creído ligue en un mundo como el actual, tan lleno de miserias y sufrimientos, sólo (pueden creerse plenamente felices los idiotas, que no piensan ni sienten, yo los carallas, que piensan y sienten torcidamente. Que Chaplin es así nos dice Charlot, el del bombín absurdo y la flor en el ojal. Por Chaplin, el ciudadano, nunca hubiéramos sabido nada de sí mismo, porque Chaplin tiene el pudor —¡tan difícil!— del recato. Si su vida privada ha salido a relucir, pregonada por los clarinetes del escándalo, fue por voluntad —y conveniencia— de las que fueron protagonistas en sus desdichadas experiencias matrimoniales. Esa circunstancia, que otros utilizan para denigrar a Chaplin, nos lo hace a nosotros más querido y admirable. Las mujeres—Víctor Hugo sabía algo de eso— rara vez se enamoran verdaderamente de los hombres de genio, ni aunque sean tan agradables físicamente como Chaplin lo es. Han de ser mujeres excepcionales. Por lo general, a las mujeres les abruma el genio. El genio ajeno, se sobreentiende. Prefieren lo espectacular, aunque sea efímero y deleznable. En el cine, puesto que estamos en él, un tipo tan mediocre como Rodolfo Valentino hizo llorar, vivo y muerto, a las mujeres. Chaplin llora por ellas. Si Chaplin hubiera sido un cantante de tangos argentinos, un torero de fuste o un simple galán de películas cursis, seguramente hubiera tenido mejor suerte. Sin contar, naturalmente, con que los divorcios entre cierta clase de gentes, en un medio social que los tolera fácilmente, como es el de Hollywood, acaban —o empiezan— por ser un simple negocio de dineros. La fama, por lo visto, deben pagarla cara los hombres de genio. Y Chaplin, genial como pocos, la está pagando al precio más alto.

Ahora Chaplin, en el ápice de su gloria, ha vuelto a Inglaterra, su tierra natal, acaso para ver por última vez —Chaplin ya va siendo viejo— los paisajes que le vieron nacer o para que los conozcan sus hijos. Y es ahora, precisamente, cuando en los EE.UU. se plantea el problema legal de si Chaplin debe o no ser admitido nuevamente, acusándole de ser comunista o simpatizante del comunismo y de haber hecho propaganda política subversiva. Sí; una vez, cuando menos, hizo política Charlot. Fue en El dictador, ridiculizando a Hitler, al punto de que no se podría determinar con exactitud si era Charlot el que imitaba a Hitler o era Hitler el que imitaba a Charlot. Fue aquélla una comedia bastante más eficaz para la democracia que la desempeñada por los gobernantes demócratas

permitiendo, por ejemplo, que los ejércitos aliados se detuvieran durante varios días, inactivos, para que la ocupación de Berlín pudieran realizarla los rusos, fuente de tantas desgracias y complicaciones como hoy nos afligen. Pero ya hemos quedado en que, según el criterio que priva en los EE.UU., ser un liberal es ser un comunista.

En Inglaterra se le ha hecho a Chaplin un recibimiento apoteósico, como era de esperar, pero ahora con doble motivo. En cualquier otro país al que hubiera ido Chaplin, habría sucedido lo mismo. ¡Qué grande resulta Charlot proscrito y qué pequeño resulta en este trance el país que pretende ser guía del mundo! Antes, los EE. UU. compraban a los genios. Ahora, por lo visto, los expulsan. Ese detalle define toda una política. ¡Charlie Chaplin! Los liberales españoles que pensamos y sentimos como tú, y que precisamente por serlo perdimos una patria, quisiéramos tenerla para ofrecértela!

HOMBRES EJEMPLARES: JULIÁN BESTEIRO

En el año 1923, unos cuantos días antes del golpe de estado de Primo de Rivera, "El Diario Español", de La Habana, abrió un plebiscito entre la colonia española de Cuba para determinar qué hombre político era el que reunía cualidades más sobresalientes para gobernar a España y sacarla del atasco en que la habían metido las torpezas e inmoralidades de la monarquía, culminantes en el desastre de Annual. Se hizo el escrutinio. A la cabeza de los propuestos, con una ventaja de casi 2,000 votos sobre Melquíades Álvarez, que a su vez llevaba inmensa mayoría sobre todos los demás, aparecía el nombre de Julián Besteiro. No por intrascendente dejaba el plebiscito de ser significativo. Los votos de Melquíades Álvarez se explicaban por las condiciones políticas existentes entonces en España. Los de Julián Besteiro exclusivamente por su prestigio personal, amparado en las dos grandes organizaciones en que militaba: el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. A Melquíades Álvarez, acogido al eclecticismo de la fórmula reformista, cabía considerarlo como un gobernante **posible** con la monarquía. A Julián Besteiro, intransigentemente republicano y sometido plenamente a la disciplina de su partido, no. A diferencia, pues, de lo que acontecía con Melquíades Álvarez — especie de alma de Garibay en la política española—, lo que se votaba en el caso de Julián Besteiro no era el hipotético aprovechamiento del gobernante, sino las virtudes y talentos del hombre. El monarca, sin embargo, tenía su criterio propio y, antes que ponerse a barajar y elegir apellidos de presuntos Licurgos, decidió suprimirlos a todos por inservibles para sus cálculos. Cansado de jugar bazas de bastos y de copas —aunque no escasearon las de oros— resolvió, al fin, arriesgar la partida a la baza de espadas de 1923 con el resultado que todos conocimos en abril de 1931.

He recordado el episodio, ignorado de muchos, en demostración del gran crédito que Julián Besteiro merecía entonces ya dentro y fuera de España, aunque ni entonces ni después —sobre todo después— faltaran los gozquezuelos que pretendieron morderle el calcañar. Prácticamente eliminado de la vida activa, por sus achaques, la figura procer de Pablo Iglesias, Besteiro recogía con mano firme y fiel la autoridad moral que aquél ejerciera durante tantos años de combate y enseñanza en la dirección del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. No era Besteiro extraño a esa clase de magisterio —magisterio de la acción, podría llamársele—, tan distinto del magisterio universitario a que, como profesor, estaba adscrito. De los escasos intelectuales que se incorporaron al socialismo español en los años de pelea oscura, cuando el Partido Socialista no podía ofrecer a nadie posiciones brillantes —luego llegaron a él, para dañarlo, los que las buscaban—, ninguno asimiló mejor que Besteiro la sustancia obrerista que le

imprimieron al partido sus fundadores, hombres de taller y herramienta, circunstancia que ha constituido, sin duda, su prístina fuente de austeridad y energía. Se puede ser un teorizante, conoedor perfecto de las doctrinas, y carecer a la vez de emoción socialista. Creo no recordar mal al atribuir a Jaurés la afirmación de que "los que vienen al socialismo sólo por la teoría, por la teoría se van". El apotegma podría ilustrarse con no pocos ejemplos, algunos harto conocidos, pero en ningún caso le sería aplicable a Julián Besteiro que, teniendo una sólida formación doctrinal, nunca fue un socialista de cátedra o especulativo, como abundan en otros partidos socialistas de Europa, sino activo y mezclado de lleno a las luchas obreras que son la expresión vital del socialismo. Su cátedra política fue la Casa del Pueblo, rumorosa y enardecida, sin que jamás adoptara en ella el aire doctoral que le cuadraba como profesor de Lógica en la Universidad, ni en el ambiente recoleto de la Universidad pretendiera nunca confundir su función docente con sus afanes de proselitismo socialista. Ni siquiera para exculpar algaradas estudiantiles propicias al contagio demagógico. Pero es que Besteiro pudo ser lo que se quiera, excepto un demagogo o un complaciente con la ligereza. Lo sabían bien los obreros de la Casa del Pueblo de Madrid, que en él veían a un superior en el saber, pero igual en la conducta y en la obediencia a la disciplina común, que es el secreto de la disciplina socialista.

En un libro al que la propaganda comunista le hizo mucho más ruido del que corresponde a las nueces que lleva dentro —me estoy refiriendo al de Constancia de la Mora, **Doble Esplendor**, publicado en México en 1944— se habla de Besteiro en términos que dejan el ánimo perplejo. Se advierte que la autora —muerta ya, en trágico accidente, hace unos años—, nieta de don Antonio Maura, conversa al comunismo por súbita inspiración staliniana, no sin haber gustado antes todas las mieles de la vida regalada y muelle de la aristocracia, no conocía a Besteiro, sino de nombre, y eso a través de la versión fabricada en torno a Besteiro por el sectarismo comunista, que lo mismo hacía del pobre y cuitado José Díaz, notable por sus pocas luces, una especie de Pendes ibérico, que arrojaba al foso del deshonor y la injuria a los hombres de más clara ejecutoria. Besteiro era uno de éstos. Y de igual manera que durante la guerra española, ya en sus prostrimerías, los niños rusos aprendían en los manuales de Historia que Indalecio Prieto, y después Largo Caballero, eran unos traidores a los intereses del proletariado, nosotros supimos entonces, porque así lo dice Constancia de la Mora, que "desde hacía varios años, Besteiro llevaba una vida aislada aun dentro del mismo Partido Socialista, perdiendo poco a poco por completo el relativo prestigio de que había gozado entre las masas. Le faltaba confianza en el pueblo y no podía disimular su envidia y resentimiento contra otros hombres, sobre todo si se daba la coincidencia de que éstos fuesen militantes de su mismo Partido, que por sus conductas o por cualquier otro motivo, adquirieron popularidad y contaban con el apoyo de la mayoría del país". Eso no es todo. Sucedió, además que "en poder del Gobierno obraban pruebas suficientes de los contactos a la política de compromisos y apaciguamientos que tenía Besteiro en París y Londres. Pero el ambicioso profesor no hubiera podido llevar a la práctica sus proyectos si no hubiese contado con la valiosa colaboración de Segismundo Casado. ..." Envidioso, resentido, desleal, ambicioso... He aquí un retrato de Julián Besteiro que sería perfecto visto del revés. No sintió celos, ni tenía por qué, de nadie; no conoció el resentimiento, que es patrimonio de almas torcidas, y la de él era recta y grande; no fue desleal con los demás, porque no puede serlo quien empieza por ser rigurosamente leal consigo mismo. Sobre todo, no supo de envidias. Pudo serlo todo y no quiso ser nada, salvo un español de casta y un socialista ejemplar, cualidades que se vinculaban a su nombre como si constituyeran segundos apellidos. No hubo jerarquía que no se le ofreciera o que no estuviera al alcance de su mano, y a todas renunció. Cuando pasó por Barcelona, agoni-

zante ya la defensa republicana, hizo confesión íntima de su amargura ante el Comité Nacional y la Comisión Ejecutiva del Partido. Venía de Londres, donde pudo quedarse, y regresaba a Madrid, de donde no quiso salir. Volvía no para consumir una traición, como han dicho después los que han v seguro de que no sería lección perdida. Y no lo fue. Ahora ya sabemos i que no lo fue...

Cuando murió Pablo Iglesias y la inmensa peregrinación Cementerio Civil de Madrid, la magra figura de Julián Besteiro, erguida sobre una breve plataforma, atrajo todas las miradas. Se hizo un gran silencio y Besteiro levantó la voz. "Este campo —dijo— que contiene tantas memorias queridas para nosotros, es demasiado pequeño para la grandiosidad de nuestro amor al Maestro, que va tras de los restos mortales del glorioso "abuelo". Es preciso que nos resignemos a darle el último adiós. Iréis desfilando en silencio. Es de esperar que al terminar este acto no saldréis con vuestro espíritu deprimido, sino más fortalecido todavía. Hay algo que no se deposita en la tierra: el espíritu de Iglesias. Este lo vertió generosamente en la multitud. A todos nos pertenece y lo llevaremos siempre con nosotros. Hemos de mostrarnos dignos de él. Es necesario que todos sepamos que el espíritu de Iglesias va en nuestro espíritu. Hoy, en 'repose, en silencio, hagamos cada uno en nuestro corazón un nido par amar la memoria de Iglesias, y así, de hoy en adelante, su espíritu llegará a los últimos rincones de las ciudades, de las aldeas y de los campos, y vibrará en nuestras palabras de oradores, en nuestros brazos de trabajadores y en nuestra conducta de hombres familiares y sociales..."

Los cipreses enseñaban su luto invernal. A lo lejos blanqueaba el caserío infinito y confuso de Madrid. Si cualquiera de nosotros hubiera podido pronunciar un responso de despedida cuando murió Besteiro en la cárcel de Carmena, habría dicho palabras semejantes a las suyas: "El espíritu de Iglesias va en nuestro espíritu..." El de Besteiro también. Todos nuestros muertos, incontables ya, nos han dejado su herencia moral, de la que somos —o no somos nada— prisioneros. De ellos, aunque las víboras muerdan en su recuerdo, podemos decir como en el romance castellano de Zulema: "Apolo toma la pluma; yo acabo y su gloria empieza..."

RAFAEL FRAILE, UN HOMBRE EXTRAORDINARIO

Ha muerto Rafael Fraile. Esas cuatro palabras, tan simples y descarnadas, encierran un hondo patetismo. Nos ha herido en la entraña el desgarrón sentimental. La esperábamos y, sin embargo, ¡nos ha resultado tan dura la confirmación del pronóstico! Sabíamos desde hace tiempo que la salud de Fraile estaba quebrantada y que probablemente sería menester operarle, pero fue hace un mes, realizada ya la operación, cuando tuvimos la evidencia de la tragedia. Indalecio Prieto, en notas confidenciales que redactó y repartió a los amigos íntimos de Fraile, nos descubrió la terrible verdad, que el propio Fraile fue el primero en diagnosticar contra el criterio de sus compañeros de Consultorio, todos ellos médicos eminentes y unidos a Fraile por una amistad vieja y profunda. Relataremos brevemente la dolorosa historia. Fue el domingo 13 de enero, al regreso de la ciudad de Cuernavaca, cuando Fraile se sintió atacado de muy fuertes dolores que le hicieron creerse víctima de un cólico hepático, aunque más violento que otros padecidos por él anteriormente. Pero los dolores persistieron, sin que le abandonaran apenas alguna que otra hora, "pese a lo cual —escribía Prieto en la primera de sus notas confidenciales, a las que acudiremos frecuentemente entrecomillando los textos —fueron muy pocos los días en que dejó de asistir al Consultorio, desatendiendo los consejos que en todos los tonos le dábamos sus amigos para que guardara absoluto reposo. Sólo cuando los dolores le vencían abandonaba el Consultorio para meterse en la cama, donde calla-

damente, sin una queja, y ocultándolos cuando le era posible, soportaba tremendos sufrimientos. Pero apenas podía ponerse en pie de nuevo, volvía al trabajo, interesándose por sus enfermos más que por sí mismo." "La continuidad del dolor —sigue diciendo Prieto— le hizo sospechar en la existencia de un cáncer. Varias radiografías revelaron claramente la presencia de cálculos en la vesícula biliar y esto le tranquilizó algo, porque ello podían ser causa única de crisis tan dolorosa. Sin embargo, no se le dispizó la sospecha del cáncer, acentuada el día 5 de marzo al elevársele anormalmente la temperatura. Ese día decidió operarse, como venía aconsejándole desde que fueron descubiertos los cálculos su compañero de Consultorio e íntimo amigo el doctor Jacinto Segovia. Quedó dispuesta la hospitalización para el 6 en el Sanatorio Español. La operación se efectuó el 7 a las nueve de la mañana. Con el doctor Segovia cooperaron los doctores José Torre Blanco y su hijo José María, también médico. Presenciaron la operación los doctores Meda, Bejarano y Nieto, compañeros de Consultorio de Fraile, mas Urbano Barnes y Germán García.. .

La operación fue muy laboriosa. A medida que avanzaba iba cobrando cuerpo la sospecha de Fraile. A última hora de la tarde, previos los análisis que se mandaron realizar, se sabía la terrible verdad. Jacinto Segovia, entre lágrimas, se la reveló a Indalecio Prieto: el análisis había acusado un cáncer en la propia vesícula, y de malignidad extrema. Consultado el doctor Germán García, que goza fama de cancerólogo, sobre si procedía un tratamiento radioterápico, lo desestimó considerándolo inútil por completo en este caso. Lo demás se cuenta pronto.

La enfermedad de Fraile sirvió para que se pusiera de manifiesto su enorme prestigio personal como médico y como hombre, sin que puedan señalarse diferencias entre los diversos sectores de la emigración española en México, incluida la colonia de antiguos residentes, la mayor parte de cuyos componentes son ostensiblemente adictos al régimen franquista.. Comprueba esta última aseveración la conducta seguida por la directiva del Sanatorio Español. Y no eran menores la simpatía y el crédito que tenía Fraile en los medios científicos y en amplios sectores sociales de México. Después se sucedieron apresuradamente los hechos. En la mañana del día 16 Fraile fue trasladado al domicilio de Indalecio Prieto. Dos o \ tres de sus compañeros de Consultorio, por turno, estuvieron noche y día a su lado. La noche del 23 se produjo súbitamente una crisis cardíaca de extrema gravedad. Las pulsaciones subieron a 200 por minuto, acompañadas de gran arritmia. A toda prisa se le hizo al enfermo un electrocardiograma y se le metió en una cámara de oxígeno. Superada la crisis, Fraile pidió el gráfico, lo examinó y se limitó a exclamar: "¡Qué barbaridad!" Pareció iniciarse después una mejoría, aunque subsistente siempre el peligro fundamental, y sin remedio, del cáncer. Mejoría ilusoria. El martes, 1" de abril, un cable de Indalecio Prieto nos daba cuenta de que el lunes, 31 de marzo, a las cuatro de la tarde (diez de la noche en Francia), plácidamente, había muerto Rafael Fraile rodeado por sus compañeros de Consultorio, su hermana doña Elvira, viuda de Cánovas del Castillo, su sobrino Rafael —venidos ambos de Madrid en avión el 24 de marzo—, Indalecio Prieto y sus hijas Blanca y Concha y por el doctor Alejandro Otero. El drama había tenido fin. Lo que cabe afirmar es que en ningún instante, aunque lo disimulara para no entristecer a los demás, fue ajeno a su desarrollo el protagonista. Fue el primero en diagnosticar su mal. Estamos seguros de que fue el primero en saber que se moría. La piadosa ficción urdida en torno suyo no debió engañarle en ningún instante. Ni era necesario el engaño para conservarle firme el ánimo. Con tan ejemplar sencillez como supo vivir, supo morir. Por algo era la suya un alma pura. La biografía de Rafael Fraile se hace también con muy pocas palabras. No porque su vida no fuera rica en obras, que lo fue, y en grado extraordinario, sino porque fueron obras calladas, que no salieron nunca, con ser tantas, de la intimidad más estrecha. Por elegancia moral

le horrorizaba la publicidad de sus actos de piedad, de generosidad, de compañerismo, aunque no se sabe que tuviera otros. Era un asceta en el sentido limpio y estricto de la palabra, es decir, sin que tuviera la vanidad de serlo, como no tuvo nunca la vanidad, sino la vergüenza —cuando se pregonaban de sus virtudes. De haber sido hombre de limosnas, a la usanza de los que empiezan a reconocer la necesidad de que haya pobres para que no les falte la materia prima, jamás las hubiera repartido en la plaza pública. Prodigaba el consuelo con la misma naturalidad con que el romero perfuma la colina. Siempre que podía curaba sin cobrar, excepto cuando pagaba, además, las medicinas. Repartía en secreto su dinero cuando lo tenía, que era pocas veces, aunque pudo tenerlo, y abundante, a todas horas. Si la fama de su bondad había trascendido no fue por él, sino a pesar suyo. No conoció la ambición. Huyó de la popularidad. Fue sobrio, honesto y sensible en la acepción más plena del vocablo. Fue tímido ante la vanagloria, valeroso ante la adversidad y entero ante el peligro. Tampoco tuvo nada de inocente, cualidad pasiva, buena si acaso para los santicos de los milagros, pero no para Rafael Fraile, que sufrió y arrojó las tormentas de la vida.

Era, en fin, un hombre superior, de los que nacen muy de tarde en tarde y pasan por la vida como de puntillas para no meter ruido. En el Partido Socialista pudo serlo todo, con derechos indiscutibles, y no quiso ser nada. En la Unión General de Trabajadores se logró, venciendo su resistencia, llevarle a ocupar cargos que él rehusaba no por lo que tenían de atadura y sacrificio, sino por lo que tenían de notoriedad. Con Rafael Fraile pierden el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores a uno de los más preclaros militantes de todos los tiempos. ¡Enorgullecámonos de que haya sido compañero nuestro Rafael Fraile!

VETERANIA SOCIALISTA: UNA VIDA APASIONADA

Indalecio Prieto alcanza ahora los setenta años. Cumplir años, cuando ya se cargan muchos a la espalda, no parece que deba ser motivo de festejo, sobre todo para el que los lleva a cuestas. Pero esta reflexión, frecuente en quienes aun tienen un largo camino por delante, olvida que la vejez tiene también sus compensaciones a cambio de los bienes que la juventud lleva consigo y cuya pérdida es tributo que nadie deja de pagar al usurero inexorable que es el Tiempo. A medida que aumenta, pasada ya la curva de la plenitud viril, la edad resta energías físicas pero, en tanto se conserva la lucidez intelectual, añade saber y agudiza y sensibiliza a la vez el juicio crítico sobre el gran espectáculo de la vida, en el cual todos somos, intermitentemente, actores o espectadores, si es que no simultaneamos ambos papeles. Envejecer es aprender, condición inexcusable para enseñar o aleccionar a los demás, sin que ello quiera decir que toda juventud sea ignorante, ni toda vejez sea sapiente. No hay patrón fijo en ese aspecto y, si lo hubiera, se encargaría de echarlo abajo el propio Indalecio Prieto, que en plena juventud ya dio señales de jugosa madurez. Y, a la inversa, reforzarían el aserto muchos viejos que murieron en estado feliz de tontería después de haber sido tontos desde que nacieron. Si es que no fueron ¡niños prodigios, que es peor.

Pero hablamos de los hombres que llegan a viejos conservando integralmente lo que en ellos es sustantivo o raíz de su personalidad. Prieto es uno. En el mundo contemporáneo, por lo menos en el campo de la política, pocas vidas hay tan agitadas, apasionadas y discutidas como la suya, no ya dentro de España, donde ninguna la supera en ese orden, sino fuera ¡también. Y tan meritorias. Conviene advertirlo porque ya es hora de que se vaya corrigiendo —y no sólo por lo que se refiere a Prieto— esa tradición que achaca exclusivamente a los políticos todas las desdichas de España, versión con la

que se cura en salud una ciudadanía indolente, anárquica en el sentido peor de la palabra, que hace punto menos que imposible la función de gobernar. El pueblo español responde siempre —o respondía, porque hace falta saber si sus castradores de hoy le han dejado entereza para ello— a las grandes empresas de aventura, al episodio histórico de gran gala, a las partidas heroicas en las que se pone en juego la vida y son cartas de triunfo el prestigio y la audacia, pero nunca, o casi nunca, desde hace ya centurias, desde que se cansó de corretear por el mundo, a los empeños humildes, aunque no menos heroicos, de organizar su casa y hacerla cómoda y habitable para todos los españoles. Por lo visto, no hemos acabado de darnos cuenta todavía de que los tiempos de las aventuras históricas han pasado ya, al menos para nosotros, y de que la Historia moderna no la escribe tanto la Clío solemne qué calza coturno dorado, como la Clío doméstica que camina en pantuflas. Ayer —un ayer de hace siglos— los españoles tuvimos por cronista de nuestras hazañas a la primera. Hoy —un hoy ya viejo también— la segunda es nuestra madrina. Y por eso cuando la alharaquenta necedad falangista, bendecida por las preces de los clérigos y reforzada por la espada de los milites, se lanzó a pregonar unos sueños imperiales comidos por la polilla, todos los españoles, menos los falangistas y sus adláteres con su nuevo Gran Capitán al frente, sentimos que una carcajada homérica ponía la nota bufa en nuestro drama y nos sumía en el ridículo más profundo e innmerecido.

Entre los españoles contemporáneos pocos hay que hayan hecho tanto como Indalecio Prieto por corregir esa abulia fatalista —herencia africana, probablemente— que caracteriza nuestra idiosincrasia política. Dotado de un talento sobresaliente y de un dinamismo arrollador, honrado sin mácula, valeroso para afrontar todos los riesgos y, lo que es mejor, para proclamar la verdad —su verdad— a los cuatro vientos sin importarle las consecuencias, su verbo de gran tribuno y su pluma bizarra, de expresión galana, apta por igual para el razonamiento dialéctico, la llamada sentimental, la evocación pintoresca o el latigazo del sarcasmo, fustigaron corruptelas y vicios, denunciaron inmoralidades, acusaron al prevaricador y al embustero, lapidaron al cínico, pusieron en la picota al régimen de ignominia que era la monarquía borbónica. En esa tarea no se autorizó nunca vacaciones, como no se las autorizó —aunque en ocasiones se le haya tildado de indisciplina— en el servicio incondicional del Partido Socialista y a la Unión General de Trabajadores, organismos a los que está vinculado —aparte la antigüedad— por raíces mucho más profundas de lo que algunos —propios y ajenos— han llegado a pensar más de una vez. Fuera del Partido Socialista hubiera podido alcanzar, bien joven aun, los puestos más altos, hacer fortuna, cosechar honores. Pero a la fortuna material no quiso cortejarla nunca. Y las otras preeminencias no tienen aliciente para él al margen del partido, que no puede otorgarlas.

De sus campañas parlamentarias, de su obra de gobierno —demasiado efímera y mal aprovechada— no hemos de hacer juicio en esta breve nota. Lo que sí diremos es que la miserable y estúpida traición de 1936 hizo que se perdieran para España, acaso definitivamente, hombres que, como Indalecio Prieto, reúnen cualidades excepcionales de estadistas. No es la menor de las desventuras que el contubernio armado teocrático-militar trajo consigo. Conociéndolo, cabe sospechar en Indalecio Prieto el dolor íntimo de esa frustración. No por satisfacer vanidades que no siente, sino por la ambición de crear. Esa ambición se revela, por otra parte, en las charlas admirables que desarrolló en el Colegio de Madrid dedicadas a explicar una trascendental reforma urbana de su villa adoptiva, Bilbao, y en algunos de sus discursos en los que ha trazado un programa de reconstrucción de España inspirado en las más castizas tradiciones políticas y en sus más insignes intérpretes, Costa por ejemplo. Cuando otros perdían sus días del exilio —este vivir sin vivir que es el destierro— soñando con la Luna, Indalecio Prieto soñaba

con planes hacederos y fecundos en los que entran como primeros personajes, después del hombre, el árbol, el río y la máquina. Y aun sigue soñando. Por eso tiene — tenemos— prisa de volver a España, aunque no hayamos de ser, ni él ni nosotros, los que recojamos el legado de trampas e infortunios con que Franco aspira a forzar la inmortalidad.

Por sus talentos múltiples, por su condición de español ardiente, que consume el corazón en la llama del recuerdo, por su perseverancia en la conducta, por su honestidad, por lo mucho que le deben el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, de los cuales ha sido y es pregonero magnífico, por lo que le debe España —"amor de sus amores"— hemos querido rendirle a Indalecio Prieto este homenaje sencillo y cordial al coronar la cima de sus setenta años. Y en él va implícito también un homenaje a toda la veteranía de nuestras dos organizaciones, tan recias hoy como ayer, y mañana más que nunca. ¡Salud, viejos abanderados! Merecéis, y os deseamos, vida más larga.

LOS CAMPEONES DEL ANTICOMUNISMO

El omnipotente dictador de Santo Domingo —ahora dicta a través de su hermano, disfrazado de presidente, mientras él goza de merecidas vacaciones en los EE. UU.—, don Rafael Leónidas Trujillo, bienquisto del gobierno de Washington, ha propuesto una reunión de cancilleres americanos para acordar un programa común de protección del Continente contra el comunismo y, consiguientemente, de protección de la democracia. Nadie tan autorizado como don Leónidas, parejo en títulos, aunque distintos, a su homónimo de Esparta, para tomar la iniciativa. Es verdad que él no ha defendido ningunas Termópilas, pero en cambio ha ganado innumerables y gloriosas batallas contra sus enemigos interiores, a los que, por vía de enmienda, hacía arrojar a los tiburones, procedimiento discreto y seguro que no crea complicaciones. Cubierto de prestigio con esas hazañas, y con otras de menor entidad, pero no menos brillantes, que enriquecerán su biografía, don Leónidas, huésped de calidad, como decíamos, de los EE. UU., no sin escuchar varias serenatas de pitos organizadas en su honor por algunos adversarios que pudieron escapar vivos de sus dominios, ha señalado con su dedo prócer el camino de la unidad continental, forjada por vital imperativo anticomunista y bajo la tutela, claro es, del gobierno estadounidense. También hizo don Leónidas unas declaraciones afirmando que los republicanos españoles que, para su mal, fueron a dar a Santo Domingo, eran o se hicieron comunistas y por eso se marcharon de su país para buscar refugio en otros de América, especialmente México. Es una manera elegante de disfrazar la evidencia de que los republicanos que llegaron a Santo Domingo, no sin que don Leónidas cobrara por su generosa hospitalidad cincuenta dólares por persona, lo hicieron por la necesidad de abandonar Europa, y salieron de él huyendo del hambre, de las enfermedades... y de los tiburones, o de don Leónidas, que es lo mismo.

Casi coincidiendo con las declaraciones de don Leónidas hizo otras Mr. Spruille Braden, el cual opina que, siendo el comunismo un problema internacional, y no privativo de ningún país, debe estar autorizada la intervención para sofocarlo en las naciones americanas amenazadas por el mismo. Y señaló, también con dedo autoritario, a Guatemala, cuyo régimen nos parece ya un prodigio de supervivencia. La teoría de Spruille Braden, que tantas y tan justificadas alarmas ha suscitado desde el río Bravo hasta el Plata, no sería tan disparatada ni tan temible como a algunos se les antoja si tuviera otro origen, si se hubiera invocado cuando surgió el fascismo y, sobre todo, si tuviera como

fin el de garantizar el cumplimiento de esa sonora entelequia conocida por la Carta de los Derechos del Hombre, a la que tan noble aplicación acaban de dar en el caso de Tomás Centeno los esbirros de Franco, candidato al ingreso en la ONU por ministerio de don Leónidas, precisamente, y otros claros varones de su talla, con el bondadoso estímulo del gobierno de Washington. Pero hay demasiados antecedentes históricos para que los pueblos de América no se sientan inquietos ante una sugerencia como la de Mr. Spruille Braden, antecedentes que cobran doble valor a la luz de la política anticomunista norteamericana, gracias a la cual ya resulta sospechoso de comunismo todo aquel que se atreve a pedir la libertad de cultos, el sufragio universal o la secularización de los cementerios. Lo que Spruille Braden propone es un monroísmo al revés o, si se quiere, el monroísmo llevado a sus últimas consecuencias que tuvo expresión feliz en la frase sabida: "América... para los yanquis", aunque, a decir verdad, ahora ya no se trata de América sólo. Cuando el dedo acusador del impulsivo Mr. Braden apunta a Guatemala, viene inmediatamente a la memoria el nombre de la United Fruit Company, cuya expropiación acaba de acordar el gobierno guatemalteco, empresa gigantesca que domina todo Centro América y de la que Guatemala era, en realidad, tributaria, en lugar de serlo la compañía de Guatemala. Ese es el verdadero anticomunismo de Wall Street, para el cual son actos comunistas la expropiación petrolera de México, la nacionalización de las minas de estaño de Bolivia, la expropiación, ahora, de la United Fruit y, en suma, todo aquello que, para garantizar su independencia económica y política, realizan los gobiernos de Hispanoamérica si entra en colisión con los intereses del capitalismo norteamericano. Actualmente, las inversiones norteamericanas en la América Latina pueden calcularse en catorce mil millones de dólares, casi tanto como lo que suman los ingresos de todos los Estados latinoamericanos juntos.

Quien trate de clavar la uña en esa ingente montaña de oro, por grande que sea el derecho que le asista, se convierte automáticamente en un sospechoso de comunismo. De suerte que el anticomunismo ha venido a ser una tapadera excelente para encubrir y justificar todas las inmoralidades y desafueros políticos, desde la vil dictadura de Franco hasta la rapacidad plutocrática de Manhatann, pasando por el sórdido y protegido despotismo de los caudillos centroamericanos, legisladores de látigo y espuela en riña heroica con el alfabeto y con la ética.

Hay una manera, la única eficaz, de combatir al comunismo, y es la de favorecer la libertad y la democracia; como hay una manera efectiva de asegurar la paz, y es la de asentar sobre bases firmes una situación de derecho internacional que permita la cooperación de todas las naciones acogidas a un régimen político tolerante y civilizado en el que sean respetados los principios que dignifican la persona humana. Hoy se hace exactamente lo contrario. En nombre de la democracia se protege a los dictadores que la niegan y en nombre de la paz se atiza la guerra. El anticomunismo lo disculpa todo. Nunca podría remedarse con más razón que ahora, y por partida doble, la frase de madame Roland: "Comunismo, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!"

UN LLAMAMIENTO: EL CANTO DE LA ALONDRA

Hemos tenido ocasión de leer el número de la revista España —órgano del Club España, recientemente fundado e hijuela del Casino de Isabel la Católica— correspondiente al pasado mes de julio. Lo hemos leído con singular interés, nacido de algunas referencias que nos habían sido dadas —y ¿por qué no decirlo?— con el deseo de comprobar que los componentes de la vieja colonia española, rectificando —¡ya era hora!—

una actitud torpe, injusta y mezquina, de la que algún día renegarán sus inspiradores, se aprestaban a procurar la unión con los refugiados republicanos invocando para ello el supremo título de españoles que no distingue —que no debiera distinguir, sería más exacto— de banderías políticas. Confesamos de lleno, aunque sin mucha sorpresa, nuestra decepción. El autor del artículo editorial, titulado "Catorce años después", que pretende ser un llamamiento generoso, cordial y sin reservas a la solidaridad, tal vez crea haber hecho una obra maestra, y acaso lo sea —nada cuesta ser gentiles— desde el punto de vista literario, pero no desde el punto de vista político, o simplemente patriótico, que es el que importa. Su primer inconveniente, ya bastante grave, es el de ser excesivamente tardío, porque catorce años, como epílogo de una guerra civil, aunque sea tan incivil como la desatada en 1936, son más que suficientes para aplacar el odio de los vencedores, entre los cuales se incluyen voluntariamente nuestros invitantes, si bien resultan, en cambio, demasiado pocos para que cancelen el suyo los vencidos sobre los cuales se sigue haciendo pesar el furor vengativo. Acogiéndose al procedimiento ambiguo de arrojar una paletada de cal y otra de arena, de encender una vela a Dios y otra al diablo, el articulista, después de ponerle marco a la fecha del 18 de julio, que "cambió el rumbo de las orientaciones de España" —lo cual es rigurosamente cierto—, habla de los españoles "que se encontraron lanzados fuera de las fronteras nacionales. Unos huían de sus crímenes; otros —hombres rectos, de ideales, de pundonor, de sensibilidad— abandonaban la Patria en circunstancias trágicas, para salvaguardar y mantener una dignidad, un ideal". Al articulista, dispuesto a un generoso olvido, los primeros ya no le interesan. A nosotros, que no los conocemos, tampoco. Nos preocupan más los del otro bando, donde también los hubo y los hay, incluso ocupando cargos públicos verbi gracia, Francisco Franco, que en ese orden ha hecho más méritos que ninguno, y por eso es jefe indiscutido e indiscutible. De los segundos, "hombres rectos, de ideales, de pundonor, etc.", no todos marcharon al destierro; muchos quedaron en España, por candidez o por fuerza mayor. Pocos son los que pueden contarlos. Los más fueron a dar al paredón, como Juan Peset, doctor en las cinco Facultades; Leopoldo Arguelles, hijo de Clarín; Carrasco Formiguera, Rahola y cien más, o a la cárcel, como Julián Besteiro, que murió en ella, septuagenario ya, como un delincuente vulgar, a pesar de que no había tenido intervención ninguna en la guerra civil —salvo la de tratar, a última hora, de acortarla—, y sin permitir que su esposa le asistiera en los últimos instantes. Otros, como Luis Companys, Julián Zugazagoitia, Francisco Cruz Salido y Juan Peiró fueron atrapados en tierra extranjera y fusilados en España, caso sin precedentes en la historia del derecho internacional. Y ahora es conveniente recordar que cuando se solicitó del Casino Español la petición de indulto en favor de Zugazagoitia y Cruz Salido, petición a la que no se negó ningún embajador americano, ninguna entidad, y a la que se sumó el señor arzobispo de México, los dirigentes del Casino Español rehusaron alegando que ellos "no intervenían en política". Naturalmente, Zugazagoitia y Cruz Salido fueron fusilados a los pocos días. Sus crímenes consistían no en haber asesinado a nadie, sino en haber salvado la vida, incluso con riesgo de la suya, a no pocos antirrepublicanos o falangistas notorios, como Rafael Sánchez Mazas, que por lo menos tuvo la dignidad de eliminarse voluntariamente de la actividad de Falange en protesta por el fusilamiento de Zugazagoitia, y el cínico Wenceslao Fernández Flórez, que pasó la frontera francesa protegido por la policía republicana, llegó a La Coruña y, a pesar de haber prometido permanecer neutral en Francia, se dedicó a insultar e injuriar a los republicanos, tarea en la que aun prosigue con un impudor que corre parejas con su falta de ingenio. Porque los republicanos "huían de sus crímenes", pero da la casualidad de que hubo un período en que la mayor parte de los ministros integrantes del Gobierno franquista habían sido prisioneros en la zona republicana durante la guerra. ¿Tendría el articulista de España la bondad de decimos cuántos prisioneros republicanos

bondad de decimos cuántos prisioneros republicanos equivalentes salieron de las cárceles franquistas si no es para ir derechamente a la tumba? Ni uno solo. A todos les dio Franco la paz definitiva.

El llamamiento de España, decíamos antes, es tardío. Debió hacerse al día siguiente de llegar a México el primer grupo de refugiados. Estaban moralmente obligados a ello los antiguos residentes no sólo por un sentimiento de piedad hacia unos hombres arrojados brutalmente de su patria después de haberlo perdido todo, sino porque en aquel trance trágico para la historia de España, las colonias españolas de América eran las únicas que, precisamente por no haber sido actores presentes en la contienda, podían, al margen de la rivalidad banderiza, restañar heridas, aliviar dolores y, sobre todo, dar comienzo a una obra que, más o menos pronto, habrá de ser la culminación de un esfuerzo común: la convivencia de los españoles bajo la ley y —tome nota el articulista de España— bajo el derecho, que también es un ente que anda fugitivo desde hace catorce años. Las colonias de otras repúblicas americanas parecieron comprenderlo. La de México no. Por el contrario, tomó partido. Paladinamente lo declara, sin que nadie le obligue a ello, y menos a estas alturas, el comentarista que comentamos: "... los españoles de buena voluntad que estuvieron al otro lado del nuestro durante la contienda..." Puntualicemos, señores, puntualicemos. Mientras los españoles de España nos matábamos furiosamente porque así lo quisieron los bravos generales que se sublevaron —siga tomando nota el articulista— en nombre de la República para engañar ¡a los soldados y asesinarla mejor, ustedes, muy conmovidos, escribían sus partes de guerra en los libros de caja. Mientras los combatientes de España —todos— se acurrucaban y morían en las trincheras de la Ciudad Universitaria de Madrid, por ejemplo, ustedes se atrincheraban, vivían y prosperaban detrás del mostrador o del escritorio de la oficina. Y hay bastante diferencia entre oír el espantoso zumbido de los aviones y de los obuses o escuchar las mañanitas de los mariachis los días de fiesta familiar. Tanta como la distancia geográfica que separa a México de España y que debió ser, en el caso más disculpable, si no querían ayudar a un Gobierno tan legítimo como el de la República, la que los españoles de América debieron poner entre ellos y los bandos beligerantes, no para desentenderse egoístamente de la lucha, sino para hacerla menos cruenta, si era posible, y para ser mañana un aglutinante cordial que liquidara los encomos de la pelea. Pero ya se ve que los españoles de América —los de México, cuando menos, hechas las excepciones de rigor, porque las hay— no están muy bien provistos de sentido histórico.

Mas, tardío y todo, y a pesar de las discrepancias que vamos señalando, el llamamiento que da margen a este comentario merecería estimación si no fuera porque, vanamente disfrazado tras una prosa de acentos fraternos, asoma un tonillo condescendiente de perdón que nosotros rechazamos de plano porque no queremos perdones de nadie, y porque no hay nada de que debamos ser perdonados. El fallo de la Historia, que en definitiva juzga los hechos de los hombres —y en eso sí que estamos de acuerdo— puede retardarse, pero nunca falta. Nosotros lo esperamos absolutamente tranquilos. Pero en el supuesto de que estuviéramos propicios a admitir perdones, los bien intencionados deseos del articulista de España no pasarían de ser una cándida ilusión, porque ningún creyente puede ser más papista que el Papa, y en este caso el Papa —que es Franco— no perdona. Está dispuesto a todo, excepto a perdonar. Testimonios de prueba son sus discursos —hechos por otros, porque al hombre no le llega el talento para tanto, aunque ninguno de ellos pasará tampoco a las antologías—, que siguen respirando un odio cainita frío y meditado. Frío por ser suyo, y meditado porque sabe muy bien que, en un mundo amedrentado que ha perdido por completo el equilibrio moral, uno de los mejores recursos que le quedan para mantenerse en el poder es el de presentarnos a los republicanos como facinerosos ansiosos de revancha y, naturalmente, comunistas, bien

convencido de que de ese modo hace imposible, mientras él perdure, la reconciliación de los españoles. Si la quisiera, ha tenido tiempo sobrado para ensayarla en España, donde la persecución es hoy tan inexorable como al día siguiente de la estupenda victoria que inauguraba, no el Imperio aquel, resurrección del siglo XVI, que se nos prometía y que ha venido a enriquecer el almanaque de la risa para todo el año, sino la ruina de España, bien patente en todos los órdenes para que nadie, ni allí ni aquí la ponga en duda. Con arcádica inocencia, nuestro articulista, refiriéndose a los refugiados que emprendieron el camino de vuelta —¡qué drama personal hay en cada uno de esos ejemplos!—, escribe: "Hoy muchos de aquellos españoles han regresado a España, atendiendo los llamados del Gobierno español para los exilados, llamados ansiosos de restablecer en la patria común una convivencia entre los españoles de buena voluntad y cuyas palabras de paz no han sido en ningún caso desmentidas por los que les prestaron oídos y regresaron al solar de la raza." ¿De veras? Excepto los obligados por la necesidad, pobres héroes anónimos, que prefirieron cambiar el hambre del destierro por el hambre de España, o fueron simplemente a dejar en la tierra nativa sus huesos cansados de sufrir, los demás pueden contarse con muy pocas manos. Y en el arrepentimiento llevan la penitencia. ¡Si se pudieran publicar algunas cartas.. !

Desde luego, no se sabe que ninguno de esos peregrinos del retorno haya sido apaleado, empalado, colgado de los pies o asesinado sin trámites previos de tortura. Eso queda para los infelices que no pudieron salir de España y aun se atreven a mantener la resistencia contra Franco, como el socialista Tomás Centeno, muerto a palos hace pocos meses. Pero ¿es que todo se reduce a la garantía de que el caudillo y sus sayones no respeten la vida física? Hay otra vida que vale más: la vida espiritual, la vida de conciencia. Por eso estamos aquí, preparados, si es menester, a que se nos dé sepultura en tierra mexicana siguiendo a los que ya nos precedieron, muchos de ellos de nombre ilustre, antes que ceder a la barbarie teocrático-militar. "La palabra refugiado —nos propone el articulista de España— debe desaparecer del léxico de los hispanos que en México vivimos." Es difícil. Ese apelativo, si la tiranía se prolonga, lo pondrá en desuso el tiempo; perderá, o ha perdido ya, su vigencia legal en los países que nos dieron asilo, pero siempre será un título de orgullo moral, sólo cancelable cuando en España se pueda volver a vivir en plenitud de derechos civiles, con libertad de opinión, de religión, de sufragio; como se vive en los países civilizados; como viven en México, para no ir más lejos, los generosos compatriotas que nos invitan a regresar pero conservando ellos, a quienes nadie obligó a emigrar, sus tiendas de campaña bien provistas aquí.

Por si lo antedicho fuera poco, la revista del Club España nos obsequia con unos cuantos trabajos en que se denigra a los republicanos y la reproducción —¿con qué objeto?— de un discurso cursilísimo, como suyo, de José María Pemán, que es una exaltación del "glorioso Movimiento", del "glorioso general Queipo de Llano" y del "glorioso pendón rojo y gualda", impuesto caprichosamente por Carlos III, que tuvo la triste virtud de presidir todas nuestras grandes desgracias nacionales. A cambio de eso, para dorar la píldora, se le dedican subidos elogios a algunos poetas españoles que están en el destierro, de manera especial a León Felipe, bien poco sospechoso de tibieza republicana. De suerte que León Felipe recibe ahora por igual los homenajes de los comunistas y de los franquistas. ¿Qué habrá hecho León Felipe, que es tan buena persona como gran poeta, para merecer esos elogios?

Honradamente —y lo decimos con dolor— nos parece que los amigables componentes de la revista España han equivocado el camino. No, es así como se logrará el acercamiento que ellos dicen querer, y nosotros deseamos. A nosotros, cuando menos, nos suena a falso el canto de la alondra.

MIGUEL SERVET, SÍMBOLO Y EJEMPLO

El 27 de octubre se ha cumplido el cuarto centenario de la muerte de Miguel Servet, el recio e indómito aragonés cuya figura, una de las más ilustres de la historia, se agranda con el tiempo. No tengo noticia de que en España se le haya otorgado el menor recuerdo público, oficial o extraoficial. Y se comprende. Si en la España de hoy —la del Concordato— no puede citarse en Salamanca el nombre de Unamuno, tildado de hereje, aunque no pasó de ser un cortejador un poco artificial de la herejía, menos podría citarse, a no ser para denigrarlo, el de Miguel Servet, que sí fue un hereje y, más que un hereje, un ateo en potencia. Consolémonos con que no haya sido quemado en efígie por los nuevos inquisidores católicos como lo fue en carne viva por los inquisidores protestantes hace cuatro siglos. Han tenido que ser los españoles que están fuera de España los que se encargaran de ensalzar la memoria de Miguel Servet, honra de España y símbolo universal del librepensamiento.

En efecto, Miguel Servet es admirable no sólo por su saber y por sus aportaciones a la filosofía y a la ciencia, sino por su independencia de criterio y por el tesón y el valor moral con que supo mantener sus opiniones, incluso en el suplicio. Yo lo tengo por uno de los más altos ejemplos de nobleza ética, y si es verdad, como quería Carlyle, que el ánimo se educa y fortalece con el culto a los héroes, la vida y la muerte de Servet son una lección permanente para cuantos pensamos que la existencia física alcanza su plena justificación en virtud de su categoría espiritual, es decir, en la medida en que el hombre se siente dueño de su destino y responsable ante su conciencia. Hablando de Juan Knox, Carlyle recordaba que uno de los sucesos que le produjeron más piadoso regocijo al reformador escocés fue el de ver a la puerta de la catedral de Glasgow a dos prelados disputándose el derecho de preferencia, "dando zancadas, propinándose empujones, agarrándose y estrujándose los roquetes, blandiendo sus báculos como garrotes". Espectáculo cómico, en verdad, y tan actual hoy como ayer. Pero Servet, mucho más libre de prejuicios que Knox, iba más lejos. En la disputa de los prelados, de haberla presenciado, él hubiera visto una disputa de religiones, cada cual con su intolerancia correspondiente, y, llevando hasta sus últimas consecuencias el análisis, hubiera puesto por encima de una y otra —como puso—, exento de todo temor supersticioso, la supremacía de la razón sobre el dogma, del hombre sobre el fetichismo, cualquiera que sea el nombre con que se adorne. Miguel Servet es una de las encarnaciones más perfectas del humanismo.

Acaso un poco rudo, como lo demuestra su correspondencia con Calvino, pero no se olvide que había nacido en Navarra —1511—, aunque de padres aragoneses, y criado en Aragón, tierras ambas donde el carácter de los hombres, aunque rico en emoción, suele revestirse de áspera corteza. Recibió educación esmerada. Muy joven aun, aprendió latín, griego y hebreo. Apenas había cumplido 17 años cuando, para completar su instrucción y estudiar leyes, marchó a Toulouse. Espíritu inquieto, ávido de saber y dotado de un agudo juicio crítico, no tardó en sentir la influencia de las ideas reformadoras y entregarse apasionadamente al examen de las corrientes heterodoxas que a la sazón agitaban al mundo católico. Nombrado secretario de fray Juan de Quintana, confesor de Carlos V, viajó por Italia y Alemania, siempre atento a buscar el sentido íntimo de las cosas y a contrastar, sin admitir frenos prohibitivos de ninguna clase, la sustancia de los pensamientos en pugna. En esa búsqueda acuciosa de la verdad, se esfumó su fe religiosa. La verdad, severa y desnuda, se le aparecía al margen o por encima de toda religión forma!, concepción audaz, escandalizadora para su tiempo —y también para el nuestro, que parece de vuelta al pasado—, sin que por ello dejara de expresarla y defenderla.

Sabemos que, acompañando a fray Juan de Quintana, asistió en Bolonia, en 1529, a la coronación del emperador, y en 1530 a la Dieta de Ausburgo. Trabajó conocimiento con Melancton, y acaso con Lutero. Poco después abandonaba el servicio del confesor, sin duda porque así lo exigía la honestidad de su evolución religiosa, para acogerse a la hospitalidad de Basilea. Pero las ideas de Servet eran entonces —como ahora— peligrosas por igual para católicos y para protestantes. Las teorías del joven, pero irreverente y ya maduro pensador aragonés alarmaban a los teólogos, de una parte o de otra. Y es que Servet no se detenía en lo ritual, como hacían los reformadores sino que iba, libre de temores, a enfrentarse con el fundamento del dogma mismo. El misterio de la Trinidad le atrajo singularmente y, desde luego, para combatirlo. Según cuenta Menéndez y Pelayo, Juan Hausschein, jefe de la Iglesia de Basilea, notificó a Zuinglio, a fines de ese año 1530, habérsele presentado un español, llamado Servet, el cual negaba que Cristo fuera real y verdadero hijo eterno de Dios "Ten cuidado —respondió Zuinglio—, porque la falsa y perniciosa doctrina de ese español es capaz de minar los fundamentos de nuestra cristiana religión.. . Procura traerle con buenos argumentos a la verdad." "Ya lo he hecho —replicaba Hausschein—, pero es tan altanero, orgulloso y disputador que nada se puede conseguir de él". Zuinglio sentencia: "No se ha de sufrir tal peste en la Iglesia de Dios. Indigno es de respirar quien así blasfema". Y don Marcelino Menéndez y Pelayo, como se trata de protestantes, apostilla: "¡Qué tolerancia más evangélica la de estos amotinados contra Roma!" Tenía razón. Pero a mí, si ello fuera posible, me gustaría saber lo que don Marcelino, que en medio de su fervor frailuno procuró siempre mantener un honrado espíritu de justicia, opinaría hoy del Concordato firmado hace dos meses entre el dictador Franco y la Santa Sede. Y estamos no en 1530, sino en 1953. Con ser tan grande en todo, la grandeza mayor de Servet proviene de su irrespetuosidad, es decir, de su magnífica decisión para someter a examen racional lo humano y lo divino, todo uno y lo mismo. El hombre —para él— es el centro de la vida. Servet le quita las ataduras a Prometeo y hace particularmente suya la afirmación de que se es tan libre para creer como para no creer. En todo caso, para someter a discusión las creencias propias con el derecho equivalente de discutir las creencias ajenas. De ese principio nace la tolerancia, fuente de la vida civil y civilizada.

Una prueba patente de esa falta de temor que guió toda su vida nos la ofrece la circunstancia de que cuando, no obstante las advertencias que se le habían hecho, unas amenazadoras, otras amistosas, lo mismo por católicos que por protestantes, entregó al impresor Juan Secerius, de Alsacia, su libro **De Trinitatis Erroribus**, no tuvo reparo alguno en estampar su nombre y apellidos y el lugar de su procedencia, Aragonia, Hispanum. Más prudente y avisado, el impresor ocultó el suyo y todo dato o señal que pudiera identificarle. Hacía bien. La furiosa reacción que provocó la obra unió a católicos y protestantes en contra del autor. Un predicador de estos últimos, Bucero, afirmó desde un pulpito de Estrasburgo que Servet merecía "que le arrancasen las entrañas". Miguel, que entonces contaba poco más de veinte años, atendió sanos consejos y se fue a Francia, donde no tenía notoriedad ninguna. Al llegar a París ya no se llamaba Miguel Servet. En lo sucesivo, y durante muchos años, sería el estudiante, médico y astrólogo Michel de Villeneuve, es decir, de Villanueva de Xixena, la villa oscense patria de su padre.

En el ambiente universitario de París, agitado por las controversias religiosas y políticas, es donde Servet tropieza con Calvino, en el año 1534. Personaje siniestro, por quien siempre he sentido repulsión, acaso aumentada por la devoción que me inspira Servet, no resisto a la tentación de copiar el retrato maestro que de él hace don Marcelino Menéndez y Pelayo: "Era Juan Calvino, de Noyon, antítesis perfecta de Servet: corazón duro, envidioso y mezquino; entendimiento estrecho, pero claro y preciso; organi-

zador rigorista, inflexible y sin entrañas; nacido para la tiranía al modo espartano; escritor correcto, pero seco, sin elocuencia y sin jugo; alma de hielo, esclava de una mala y tortuosa dialéctica; sin un sentimiento generoso; sin una chispa de entusiasmo artístico; alma cerrada a todas las fruiciones de lo bello. El, con su Reforma, esparció sobre Ginebra una lóbrega tristeza que ni los vientos de Italia, ni la voz de Sadoletto, ni la de San Francisco de Sales, lograron ahuyentar de las hermosas orillas del Lago Lemán hasta nuestros días." Y don Marcelino agrega seguidamente: "¡Cómo había de entenderse tal hombre con Miguel Servet, espíritu franco y abierto, especie de caballero andante de la Teología!" Se sabe de una discusión, propuesta por Calvino, que debió celebrarse en una casa de la calle de San Antonio y a la que Servet, a pesar de haberla aceptado, no acudió. De ello sacó Calvino pretexto para motejar a Servet y ufanarse de haber corrido él "peligro de la vida", cuando en realidad, como el propio don Marcelino pone en claro, el único que corría peligro, de haberlo para alguno, era Servet. Se ignora por qué motivos faltó Miguel a la cita. Pero lo que está bien demostrado es que, si de algo pecaba el gran aragonés, no era precisamente de cobarde ni de hipócrita.

Este período de la existencia de Servet, que abarca la mitad de su vida heroica y malograda, abunda en empeños y vicisitudes. A la vez que disputa con unos y con otros sobre temas teológicos, estudia matemáticas y geografía, anatomía y medicina. Pero Servet era pobre y, al igual que otros sabios de su tiempo —Erasmus incluso—, buscó y encontró trabajo de corrector de imprenta, oficio que entonces requería una preparación cultural de primer orden. Magnífica es la obra de ese largo paréntesis. Estuvo en Lyon. Volvió a París. Regresó nuevamente a Lyon. Hizo una modificación magistral del mapa de Ptolomeo. Sentó las bases para que Guillermo Harvey trazara después el sistema de la circulación de la sangre. Pero Servet no era hombre nacido para la paz. Cada una de sus afirmaciones levantaba un escándalo mayor entre los ortodoxos —de uno y otro bando— del cristianismo. La situación se le hacía tan difícil como antaño en Alemania. Marchó a Viena del Delfinado, donde vivió relativamente tranquilo, gracias a la protección del arzobispo Paulmier —nunca faltan las excepciones que confirman la regla—, durante diez años, sin duda los más sosegados de su vida. Sin embargo, le señalaba el dedo implacable de Calvino, que le guardaba un rencor profundo, sobre todo desde que Servet había hecho publicar las cartas polémicas cruzadas con él. Por instigación del sombrío reformador se le formó proceso y fue sometido a prisión en Viena. Amigos generosos, según parece, le facilitaron la fuga. ¡Qué crueles paradojas tiene el destino! Al escapar de Viena creía Servet salvar la vida, cuando en realidad iba a perderla. Con propósito de dirigirse a Italia, anduvo errante durante varios meses, y su desconocimiento de los caminos le llevó a Ginebra, donde Calvino ejercía el papel de dictador inquisitorial. Era domingo, y Servet, no se advierte por qué ciego impulso —como no sea la voz de la fatalidad— entró en el templo en que predicaba Calvino. No tardó en reconocerle éste, pero tardó menos en denunciarle. Servet fue aprehendido sin tardanza. El proceso fue, por parte de Servet, un ejemplo de serenidad y entereza; por parte de Calvino, y los jueces que le obedecían, un ejemplo de vileza. Se le condenó a perecer quemado vivo, y así murió, el 27 de octubre de 1553. Soplaba un viento fuerte que dispersaba las llamas —dicen las crónicas— y su tormento duró más de dos horas. Pasados más de tres siglos, un comité internacional tomó a su cargo la erección de una estatua que inmortalizara, en el mismo lugar de su martirio, la figura de Servet, símbolo universal de la libertad de pensamiento. Pero ni aun después de muerto había de ser perdonado Miguel Servet. Terminada la estatua, obra de Mlle. Clotilde Roch, el municipio de Ginebra rehusó ceder el terreno necesario para emplazarla. Otro municipio francés, el de Annemasse, próximo a Ginebra, por voto unánime, la adoptó como suya, e hizo grabar al pie los motivos de la repulsa ginebrina. La estatua fue inaugurada en octubre de 1908,

pero en 1941 el concejo la desmontó, fundió el bronce y se disculpó diciendo que constituía un ultraje para Ginebra. Una vez más viene a cuento aquello de que "arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué..."

Y ahora, cuando en nombre de la libertad se invoca la necesidad de combatir el fanatismo comunista, y al amparo de esa bandera se pretende resucitar o apoyar métodos religiosos y políticos, tan fanáticos o enemigos de la libertad como aquél, la figura de Miguel Servet se agiganta a nuestros ojos como paradigma del hombre moral, del ser de conciencia. Miguel Servet ¡yo te saludo!

OTRO HOMBRE EXCEPCIONAL: ALEJANDRO OTERO

El viernes 26 de junio, a las doce y media de la mañana, cuando se disponía a dejar el Sanatorio Español, después de pasar su visita ordinaria y operar a una enferma, murió repentinamente el doctor Alejandro Otero, médico eminente y figura relevantísima del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores.

Murió como había vivido, y así lo anunció más de una vez: trabajando, aliviando dolores ajenos que le preocupaban tanto como los propios. De ello deja en México, por si no bastaran los que dejó en España, testimonios sobrados. En este punto, el ejemplo de Alejandro Otero guarda semejanza con el de Rafael Fraile, sin que, por fortuna, sean únicos, aunque sí insuperables. Alejandro Otero, cuyo prestigio profesional, bien ganado en España, le grangeó rápidamente en México un puesto de privilegio entre los médicos de su especialidad, ha sido, como Fraile, a lo largo de los años del destierro, un preferido de la clientela rica; pero a la vez, y sobre todo, una esperanza y un consuelo —jamás fallidos— para la clientela pobre, más abundante, o tan abundante, por lo menos, como la otra. La emigración republicana puede hablar de eso. ¿Cuántas consultas pasó Otero en su consultorio particular sin querer cobrar ni un solo céntimo? Serían incontables. El título de refugiado —el honrosísimo título de refugiado— que él llevaba con el orgullo que merece, era una eximente de pago, válido siempre a no ser que el cliente adujera en contra sólidas razones. Con aquel gesto familiar, campechano, que desmentía su aparente adustez, solía liquidar el asunto con unos golpecitos en la espalda y una frase de despedida tan sobria como lo era todo en él. A veces, cuando sabía de apuros económicos, en lugar de cobrar, daba dinero, ofrecido con el aire apremiante, casi atropellador, del hombre que no tiene tiempo para esperar a recibir las gracias. Después, mientras se preparaba para la nueva visita, se sentaba un instante en el sillón, tomaba rápidamente unas notas en un cuadernillo y daba suelta fugaz a su humorismo —que lo tenía— de buen gallego: "¡Cuánto paren estas mujeres!"

Pero el caso es que parían, y seguirán pariendo, como manda la Biblia, y había que atenderlas. Maestro en su oficio, Alejandro Otero pensó, más de una ocasión, en el retiro. Cuando menos, en la necesidad de poner límite a su esfuerzo. Ya había dado bastante de sí. Hace unos años, un infarto de corazón —¡este nido de águilas que es México!— lo postró en el lecho rondado por la muerte durante muchos días. Sanó, relativamente, y volvió a la tarea. Se lo pedían sus clientes, pero se lo pedía, sobre todo, la vocación. La vida, para él, no tenía sentido en la holganza, ni siquiera cuando la holganza se justifica como un premio al trabajo, en el decurso de la vida. "Moriré —repetía— trabajando; no sé hacer otra cosa." Verdad es que tampoco le dejaron hacer otra cosa. Sus vacaciones, cuando se las tomó, fueron cortas y además acortadas por los requerimientos de quienes necesitaban de su ciencia. Otero reemprendía la faena con la estoica

sencillez del que cumple —y así era— su destino. Últimamente empeoró. Sentíase cansado, falto de fuerza. En la intimidad les confesaba a los amigos su flaqueza: "Esto va mal." Esto era el corazón. Se permitió unas nuevas vacaciones que fueron tan cortas como las otras. Se reanudaron las jornadas interminables, desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche. Y el viernes, 26 de junio.. .

Alejandro Otero nació en Redondela (1888), en la provincia de Pontevedra, la que ofrece los paisajes más bellos en que abunda tanto esa tierra de ensueño que es Galicia, pero pasó la mayor y mejor parte de su vida adulta en Granada, donde el encanto sensual del paisaje no es menor. Corrió la estudiantina, se doctoró y saturó de eternidad en Santiago de Compostela. Viajó luego por Europa ampliando estudios, descubriendo técnicas nuevas, conociendo el mundo de cerca. Su formación intelectual y científica le abría ancho camino por delante. Ganó, por oposición, en puja brillante, la cátedra de Ginecología y Obstetricia de la Universidad de Granada, de la que era rector cuando los héroes de la cruzada, con su Godofredo Franco Bahamonde al frente, decidieron convertir a España en un nuevo Santo Sepulcro, del que aun mana sangre, para darse luego el placer de rescatarlo.

La notoriedad alcanzada por Alejandro Otero, su capacidad profesional, que le dio fama no sólo en Granada, sino en toda España y aun fuera de ella, el ambiente pacato que dominaba entonces —y abruma hoy— a la provincia española, no fueron obstáculo para que se entregara apasionadamente al combate político. Era demasiado sensible, le sobraba demasiada emoción humana —como a Fernando de los Ríos, con el que hizo pareja— para reducirse a un plácido vivir. Desafió la gazmoñería social y se afilió al Partido Socialista y a la Unión General de Trabajadores. Se afilió no por snobismo, por jugar un poco al escándalo —preludio de rectificación segura—, como hacen otros, sino por convicción profunda y duradera. Y no fue un militante pasivo, de los que se pavonean de su audacia sin arriesgar nada, sino activo y resuelto. Era, para decirlo con frase acuñada que ahora cobra significación cabal, de los que dan el pecho. No se limitaba a contribuir con su dinero cuando se le pedía. Estaba presente en la pelea, y más de un episodio que harán historia corrobora el aserto. De esto hace ya muchos años. Ha pasado largamente el agua —y la sangre— por los ríos de España. Y Alejandro Otero ha muerto en el destierro sin que su entereza socialista haya sufrido merma ninguna.

Alejandro Otero fue diputado en las Cortes Constituyentes de la República, aquellas Cortes motivo de irrisión hoy para los badulaques, motivo de admiración mañana para los historiadores, y en ellas hizo una labor callada, pero sólida. Fue vicepresidente del Partido Socialista y presidente después, ya en la emigración. Cuando estalló la guerra, el Gobierno republicano le confió la Subsecretaría de Armamentos, en la que, no obstante tratarse de actividades tan dispares a la suya, desarrolló una magnífica labor. Perdida la guerra pasó a Francia, vino a México, tierra de promisión. .. En México abrió consultorio, favorecido pronto por la mejor clientela del país. Honor singular para él lo constituyó asistir un parto de la esposa del presidente Miguel Alemán. Y cuando el presidente Alemán quiso recompensarle sus servicios con un espléndido obsequio, lo rechazó diciendo que se consideraba excesivamente pagado con haber atendido a la esposa del Presidente de la República Mexicana y añadiendo un ruego: que no cambiara la política de protección a los refugiados republicanos españoles...

Recónditamente, porque no era hombre de expansiones fáciles, Alejandro Otero, aunque tan fuertemente vinculado a México, soñaba con España, con la dulzura de su provincia gallega, con el cielo luminoso de Granada. Ya no volverá a gozar de la una ni

del otro. Reposará, como tantos otros, bajo la tierra generosa de México, que suple a la materna, presente siempre en la devoción de Elena, la esposa que compartió con él, ejemplarmente, amor y tristezas, y en el recuerdo emocionado de cuantos le quisimos en vida.

GUATEMALA EN LA CRUZ

En medio del silencio medroso de unos, de las cautelosas lamentaciones de arriesgar opinión, y de la servil conformidad de los fariseos de toda laya, se ha consumado el infame atropello contra el pueblo de Guatemala y el Gobierno que legítimamente lo representaba. La rebelión mercenaria, tan cuidadosamente preparada, estimulada y protegida, es ya una rebelión triunfante. En la United Fruits hay regocijo, tan bien ganado como bien pagado. Mr. Bulles se frota las manos. Y Somoza. Y Parías. Y Trujillo. Toda la plutocracia imperialista de Wall Street, con sus vasallos foráneos, está de fiesta. El continente se ha salvado de la terrible amenaza comunista que lo agobiaba. Ya no corre peligro el Canal de Panamá. Pasado el susto, los ciento cincuenta millones de indefensos norteamericanos por cuya suerte velan Mr. Dulles y los genios del Pentágono, pueden dormir tranquilos. La democracia sigue cosechando victorias decisivas.

Verdad es que ningún elemento ofensivo se ha escatimado para ganar esta batalla que pasará a la historia como la batalla de Guatemala. La difamación primero: la intimidación verbal y diplomática después; la agresión, por fin, cuando se creyó que el ambiente estaba ya bien caldeado. Nunca, que sepamos, se había visto a un Gobierno, en este caso el más poderoso del mundo, hostilizar con igual saña, sin que entre ellos hubiera conflicto directo ninguno, a otro Gobierno que es —que era—, para mayor sarcasmo, uno de los más débiles, aunque moralmente le llevara mucha ventaja a su antagonista. Pero la moral, en la política internacional de hoy, no tiene valor cotizante. Si lo tuviera, ¿cómo serían posibles atentados como el de Guatemala? Ni siquiera se guardan ya las apariencias, como se hacía en otro tiempo, cuando, por lo visto, el pudor no había hecho quiebra completa. A la vez que Mr. Dulles, desde su fortaleza inexpugnable del Departamento de Estado, atacaba con una violencia inusitada al Gobierno de Guatemala, acusándolo —¡válganos Dios!— de querer implantar el comunismo en América y esgrimiendo como prueba irrefutable la compra en Checoslovaquia de una partida de armas que necesitaba —bien se ha visto— para su defensa interior y que el Gobierno de Washington no le quiso vender, se complacía en pregonar que barcos norteamericanos llevaban armamento sin tasa —y gratuito, por supuesto— a Honduras y Nicaragua, países de régimen dictatorial, los dos sometidos a la Casa Blanca, tributarios de la United Fruits, fronterizo el primero con Guatemala y ambos adversarios declarados del Gobierno guatemalteco. Verde y con alas... Al propio tiempo, el Gobierno de Washington —seguimos con lo insólito— anunciaba su propósito de registrar en alta mar los barcos procedentes de Europa, sospechosos de transportar nuevas armas para los fieros comunistas de Guatemala. He aquí a los EE. UU. convertidos, por acuerdo libérrimo suyo, en guardianes y dueños del mar, como aspiran a serlo de la tierra. La respuesta de Inglaterra, que no podía faltar, volvió un poco a la razón —sólo un poco— a los gobernantes de Washington. Y no hubo registros. Entre otras razones porque no se esperaban tales barcos y porque ya el pan de la rebelión estaba acabando de cocerse en el horno.

Pese a la serenidad y el valor ejemplares con que el Gobierno de Guatemala hizo frente a la invasión —nótese que no hubo sublevaciones dentro del país— los terribles equipos bélicos recibidos de Rusia, o de sus satélites, no le han servido de nada. Quienes tenían armas abundantes y modernas eran los invasores, sin duda lo bastante ricos

para comprarlas, sin inspirar sospechas, en los EE. UU., y con excelentes bases de aprovisionamiento y aterrizaje para los aviones que han estado bombardeando las poblaciones indefensas de Guatemala. Jamás —excepto en España— se vio una rebelión tan bien surtida de elementos bélicos. Los invasores se armaron y salieron de Honduras, pero el gobierno agresor fue el de Guatemala, según certifican los dictadores de Nicaragua y Honduras, que rechazaron, sin discutirlo, el tratado de paz y amistad que les brindó el Gobierno guatemalteco. Todo estaba previsto y calculado, incluso la mentira. Cuando Jacobo Arbenz tuvo que renunciar a la presidencia con un patético mensaje en el que, sin embargo, no había ninguna abdicación de dignidad, Mr. Bulles dio suelta a su gozo. "Es una victoria gloriosa", confesó. Con esas victorias arruinó Pirro su reino y están arruinando los EE. UU. su prestigio. Si es que aún les queda prestigio, que no es lo mismo que poder.

La reacción contra el atropello de Guatemala no ha sido, ni mucho menos, lo fuerte que debió ser. Verdad es que vivimos bajo el símbolo del miedo, el miedo al poderoso y al bravucón. Para honra suya, aunque los hayan puesto en la picota periodística —lo cual es un orgullo más que un estigma—, los que han salido por los fueros de la decencia han sido esos grupos de estudiantes que en el Continente —incluso en Honduras donde ha corrido la sangre—, han llevado su protesta a la calle, acompañados por algunas voces aisladas, pero prestigiosas que no tienen temor en enfrentarse al poder vengativo del gigante cuando el gigante no tiene razón. Y la tiene —esa es la verdad— muy pocas veces. La política internacional que siguen los EE. UU. es una política tan torpe, tan carente de ética, tan absorbente, que lleva camino de volverles al aislamiento que antaño cultivaban voluntariamente, pero ahora determinado por el apartamiento de los demás. Eso es lo que está ocurriendo en Europa, y eso es lo que, de no producirse una rectificación, ocurrirá también en América, Continente que ellos consideran suyo, no sabemos con qué derecho —como no sea el de conquista—, pero que tiene su palabra que decir, si algún día se decide a decirla. Y es saludable que así suceda. Después de todo, los EE. UU., por grande que sea su potencia, no podrían vivir apartados del mundo, mientras que el mundo puede vivir perfectamente sin ellos y sin sus dólares.

¡Qué lamentable experiencia la de Eisenhower, cuyo fracaso de gobernante es absoluto! Se cubrió de laureles en el asalto a las costas de Normandía; se ha cubierto de vergüenza en el asalto hipócrita a la pobre y desgraciada Guatemala. En vez de ser, como se esperaba, el capitán de la democracia universal, ha preferido enarbolar el garrote de Teodoro Roosevelt. Su popularidad de ayer se ha desvanecido en un ambiente de desilusión y desdén. Insignificante y gris, deja que su ministro de Estado haga ostentación de una brutal rusticidad sólo comparable a la de algunos diplomáticos rusos. A partir de ahora, por si alguien abrigaba esperanzas de lo contrario, los pueblos de América deben saber que no podrán darse el gobierno que ellos quieran, sino aquel que cuente con la tolerancia de la Casa Blanca, es decir, de los clanes financieros de Wall Street. Y no es menos lamentable que el ejemplo de Eisenhower —la verdad, por penosa que sea, hay que proclamarla— el que ofrece el pueblo norteamericano, silencioso —salvadas las excepciones que se quieran— ante desafueros como el de Guatemala, incapaz de expresar claramente su repulsa y dando, por el contrario, la sensación de una tácita conformidad. El histerismo anticomunista ha embotado, por lo visto, la sensibilidad colectiva. De igual manera que al comunismo se le cargan todos los daños que azotan al mundo, en nombre del anticomunismo se disculpan todos los atropellos. Basta que alguien no transija con la injusticia o se rebele contra los intereses creados, para que se le ponga la coraza del comunismo. Comunista era, según ese criterio, el gobierno de Arbenz, como antes lo fue el de Rómulo Gallegos. Comunista es Lázaro Cárdenas. Comunistas somos los republicanos españoles. Pero esa nomenclatura tiene sus riesgos. Porque si, con

arreglo a ella, en la defensa de las causas nobles y en las protestas contra las malas causas está presente la mano del comunismo, llegará un instante en que, por una reacción viril, de hombría elemental, acabaremos por declararnos comunistas, sin serlo, incluso quienes más alejados nos hallamos del comunismo.

LA MANO CANSADA Y EL CORAZÓN DOLORIDO

He dicho alguna vez —¡y con cuánto motivo!— que me dolía la mano cansada de escribir necrologías. En los tiempos —y vamos de añoranza, que es ya algo de lo poco que nos va quedando— en que hacíamos *El Socialista* en Madrid, cuando moría un compañero, Zugazagoitia, confesándose torpe para esos menesteres, solía rogarme: "Tú, que tienes más costumbre.. ." En ocasiones me traspasaba una cuartilla a medio escribir que yo me encargaba de completar. No lo cito como un mérito, ciertamente. Despedir a los muertos, cuando los muertos son queridos, es un deber penoso en el que se pierde un poco de la propia vida. Eso me ocurre a mí ahora cuando trazo estas líneas que quieren ser un responso laico en recuerdo de un camarada entrañable que acaba de emprender el viaje del que nunca se vuelve: Antonio Trigo. Ese nombre, familiar para tantos socialistas que habrán leído, como yo, con los ojos húmedos la noticia de su muerte inesperada y prematura, encuentra en mí muchas y muy hondas resonancias cordiales. Nos unió, desde hace veinticinco años, una amistad que jamás conoció la tibieza y en la que él puso —con ser la mía bien arraigada y sincera— mucho más que yo. Puedo hacer sin rubor esta confidencia porque pienso que mi caso debe ser el de casi todos cuantos le trataron íntimamente. Es difícil hallar hombres tan bondadosos, tan rebosantes de generosidad, tan abiertos a la efusión sentimental como Antonio Trigo. Era un gigante con alma de niño; un hércules capaz de soportar —y bien lo ha demostrado— todos los sufrimientos, pero incapaz de contemplar el sufrimiento ajeno sin hacerse partícipe de él y correr a buscarle alivio. Tenía vocación de cirineo, y más de una vez cargó con la cruz que debían llevar otros, aunque no todos merecieran el auxilio. Sensible hasta la hiperestesia, lo mismo se jugaba la vida —y así la perdió, en fin de cuentas— por servir las ideas que profesaba, o por defender cualquier causa noble, que le asomaban lágrimas al escuchar un poema bien recitado o el pasaje de un discurso con fuerza emocional. Eso de que los hombres no lloran no pasa de ser un tópico inventado para los bravucones de zarzuela.

El recuerdo de Antonio Trigo se asocia inevitablemente al de otros compañeros y amigos que ocupan lugar preferente en mi corazón. De ellos, especialmente, dos: Julián Zugazagoitia y Francisco Cruz Salido, de cuyo fusilamiento vil y estúpido van a cumplirse ahora catorce años. Muchas noches, cuando ya teníamos bien avanzada nuestra faena, aparecía en la Redacción de *El Socialista* Trigo, que ya había terminado la suya de fundidor y de la cual se mostraba —no sin razón—, muy orgulloso. Conteniendo su locuacidad, ojeaba periódicos y revistas en espera de que diéramos fin a la tarea. Luego íbamos a recalar en alguno de los cafés de la glorieta de Bilbao o de la glorieta de Quedo, un poco más arriba, en cuyos aledaños tenía él su domicilio. Allí se resarcía de la forzosa abstinencia verbal que le habíamos impuesto hasta entonces. Tenía el gracejo natural del madrileño castizo, que es todo lo contrario del chistoso profesional, y nuestros diálogos se matizaban con sus apostillas y ocurrencias de ingenio. Hacía gala de esa honrada malicia que se adquiere cuando la necesidad obliga a aprender humanidades en la universidad de la calle, pero era en el fondo, como es frecuente en hombres de gran tamaño, genuinamente pueril. Le dominaba la curiosidad de saber y, aunque su ins-

trucción, mejorada en esas magníficas aulas que han sido para tantos trabajadores españoles nuestras Casas del Pueblo, estaba muy por encima de lo común en quienes, desde muchachos, han de ganarse rudamente el pan, hacía lo posible por superarla con lecturas asiduas y escogidas. Gustaba singularmente de la poesía, y él mismo solía recitar. Evoco ahora, porque viene hilada al recuerdo, una anécdota que tuvo lugar, hace tres años, en San Juan de Luz. Trigo y yo, que estábamos de vacaciones en Biarritz, fuimos a pasar un domingo en ese bello pueblo de pescadores tan lleno de reminiscencias históricas y en donde todo el mundo habla español. En la taberna-restaurant donde comimos encontramos a un viejo poeta vasco, excelente como poeta, como erudito y como persona. Yo lo había conocido, y desde entonces le tuve afecto y admiración, en casa de Indalecio Prieto, en San Juan de Luz, precisamente, recién llegado yo a Francia en el verano de 1950. Los presenté. Trigo, sin advertir con quién se las había, se lanzó a decir unos versos chocarreros. El poeta escuchaba. Luego, sin darle importancia al incidente, nos leyó uno de los suyos. Lo hacía con mucho arte declamatorio y la composición, además, era muy hermosa. Cuando terminó, Antonio Trigo loraba. "Tiene alma de niño", comentó el poeta, conmovido también. Así era, en efecto, Antonio Trigo.

Los tribunales franquistas lo condenaron a muerte por dos cosas: haber sido socialista y gobernador civil de Madrid durante la guerra. Como socialista dio cuanto podía —que era mucho— en defensa de la República; como gobernador —cargo que Zugazagoitia, siendo ministro de Gobernación, le obligó a aceptar—, se atuvo en mucho a las sabias lecciones pragmáticas de Sancho en la ínsula Barataría. Su buen sentido compensaba con creces lo que pudiera faltarle de experiencia leguleya o política. Lo que no alcanzaba el conocimiento lo suplía la intuición. Luego dejó el cargo, requerido por trabajos más de su gusto, como era el de la recuperación de municiones, traspasándolo a otro socialista que fue tan amigo mío como él y uno de los hombres más nobles y cabales que yo he tenido ocasión de tratar: José Gómez Osorio, a quien los franquistas se dieron prisa en fusilar el 25 de febrero de 1940. La euforia triunfal estaba en su apogeo...

Trigo tuvo más fortuna, si es que hay fortuna en escapar al fusilamiento para entrar en presidio y soportar las humillaciones más crueles. A los siete años de cautiverio se le puso en libertad vigilada, modalidad jurídica, exclusiva del franquismo, que consiste en ser libre y a la vez preso. Pero Trigo no tenía madera de desertor. Reemprendió el combate incorporándose al movimiento clandestino. No tuve noticia de él hasta que confidencialmente supe que, representando a los compañeros de España, había estado presente en la reunión celebrada en San Juan de Luz en agosto de 1948 para probar el pacto con los monárquicos. Volvió a España tan sigilosamente como había salido y continuó en la brecha, más animoso que nunca. No sería discreto hablar de lo que hizo, pero sí es necesario decir que lo arriesgaba todo: su libertad precaria, la paz familiar, el bienestar económico que, gracias a su tesón y al de sus hijos, había conseguido procurarse. Y no hago mención de su salud, otrora tan férrea como su musculatura de gigante, porque ya la había perdido en la prisión, de donde salió con el alma entera, pero con el cuerpo maltrecho. En febrero o marzo de 1951 supo que la policía, husmeando el rastro de sus actividades, iba a detenerlo de nuevo, y esta vez sin esperanza de indultos ni condonaciones porque, como reincidente que era, habría de cumplir íntegra la condena de treinta años —veintitrés si se descuentan los siete ya pasados— que le impuso el tribunal militar, eso en el supuesto de que no se le acumularan otro proceso y otra condena subsiguientes. Preparó la fuga, una fuga dramática, cruzando los Pirineos de noche por los lugares más abruptos, llena de sobresaltos y accidentes, entre ellos una caída al mar cuando pasaba desde Fuenterrabía a Hendaya. ¡Qué emoción la nuestra cuando nos abrazamos en Toulouse al cabo de más de doce años de no vernos! Desde entonces,

hasta mi partida de Francia, un año después, no nos separamos ni un solo día. Compartimos el mismo alojamiento en la casa generosa de Paulino Gómez Beltrán, nuestras alegrías —bien efímeras—, nuestras ilusiones, nuestros desencantos. Como hacía antaño en Madrid, al anochecer venía a recogernos a Gorrocha y a mí —Gorrocha es Eusebio Gorrochategui, redactor único, heroico y universal de *El Socialista*, a quien rindo homenaje de pasada—, y nos íbamos, cuando el tiempo era bueno, hasta uno de los puentes del Garona, desde el cual contemplábamos la marcha inmutable del río, símbolo de eternidad. No era el río el único símbolo. También Trigo b era. Fui yo quien, tomando pie en el mensaje de los compañeros de España que lo presentaban como tal, le aplicó burlescamente el remoquete. Ahora que ha muerto, creo que no hay hipérbole en decir que Antonio Trigo ha sido, en efecto, un símbolo de la resistencia. Un símbolo de los héroes anónimos de hoy y héroes glorificados de mañana.

FRANCO Y LOS BORBONES. LA CENIZA EN LA FRENTE

El generalísimo ha hecho una jugada de las suyas. Después de su conferencia con ese lamentable pretendiente al trono de España, que merece ser llamado el de los tristes destinos con más razón que Isabel II, su jacarandosa bisabuela, permitió que la Falange hiciera pinitos de rebeldía oponiéndose a la hipotética restauración monárquica. Los jóvenes falangistas, con el arrojo que da la impunidad, han recorrido las calles y han malgastado a su gusto papel impreso para decirnos que no quieren rey. Ni rey ni Roque, a no ser que Roque sea Franco. Durante unos días los falangistas han levantado ruido, que es una manera de hacerse notar, hasta conseguir que los observadores norteamericanos, siempre tan sagaces, confesaran estar vivamente interesados por lo que acontece en España, como si en España aconteciera algo que salga de lo manido y sabido. Ese era el instante psicológico que esperaba Franco para salir a escena y cantar un aria glorificadora de los Borbones que, según él, no tienen ninguna culpa en la ruina de España. Todo estaba perfectamente ensayado. La Falange, prodigando sus berridos, cumplía un doble papel: valorar su importancia, bien necesitada de que alguien la apunte, y fingir una demagogia revolucionaria que sólo inspira risa; el Caudillo, por su parte, aparecía como el paladín de la restauración, no porque realmente lo sea, sino porque de ese modo le vende más cara al pretendiente su protección y, tras de haber hecho mofa de él, lo obliga a gratitud.

Para encontrar voces sinceras —sinceras a su modo— en el coro domesticado que es la España actual, habría que señalar —porque las demás están ahogadas— la de los carlistas, románticos añorantes de una causa fosilizada y sin esperanza, y la del cardenal Segura, ese estupendo ejemplar que parece escapado de las Cuevas de Altamira. Son voces bárbaras, broncas, que semejan un eco del medioevo, pero sin doblez ni mentira. En ellas, por lo menos, no hay adulteración ni hipocresía. Muchos menos respeto que los carlistas merecen los monárquicos alfonsinos —empezando por el pretendiente— que se agazapan y humillan antes que afrontar ningún peligro y, por añadidura, le hacen la rueda al dictador. Mucho más repulsivos que el selvático cardenal Segura, son los arzobispos y obispos que, con su primado a la cabeza, extienden el brazo y hacen entrar a Franco bajo palio en las catedrales, sacrilegio que en otros tiempos hubiera horrorizado a cualquier sacerdote virtuoso. El cardenal Segura sería inquisidor por vocación; los otros lo son por cálculo y conveniencia, puesto que en el fondo son ateos. Mientras el uno se enfrenta al César, los otros, a cambio de las sinecuras y prebendas que el César les reparte, le dan al César lo que es de Dios.

Puestos a corregirlo todo, el Caudillo y sus corifeos pretenden corregir hasta la Historia, por muy definitivo y unánime que haya sido el fallo de los historiadores al juzgar determinados períodos, sucesos y personajes históricos. Así resulta que los Borbones no han tenido nada que ver en las desgracias de España. De los continuados desastres que a través de los sucesivos reinados borbónicos fueron cayendo sobre España somos responsables, al parecer, todos. .. menos los reyes. Ni las guerras infaustas con el exterior, ni el creciente desprestigio de España, hasta culminar en su eliminación como gran potencia, ni las estúpidas y aniquiladoras guerras civiles, ni la pérdida de las colonias después de la humillante guerra con los Estados Unidos, ni los reveses africanos son males que deban achacarse a los Borbones, paradigma de reyes y de caballeros los varones, espejos de virtud las hembras, aunque la vida íntima de unos y de otras resulte, como ciertas películas, no aptas para menores. Hasta una figura tan siniestra y vil como la de Fernando VII está en vías de rehabilitación, empeño que incluso Gregorio Marañón, tan complaciente ahora, reputa imposible. En suma, España le debe a los Borbones gratitud. De los males sin cuento que trajeron consigo no les alcanza ninguna culpa. Y como tampoco es fácil que la tengamos los republicanos, resulta que la culpa de tantas desventuras no la tiene nadie o, de tenerla alguien, la tiene Meco.

Pero acaso las dinastías borbónicas merecieran alguna disculpa si, en compensación de su desafortunada política exterior, hubieran sabido aglutinar y coordinar la vida del país impulsando la riqueza, estimulando el trabajo, difundiendo la cultura y, sobre todo, creando un ambiente político y social de tolerancia, de respeto a la ley, de defensa de la ciudadanía. Hicieron exactamente lo contrario, hasta desembocar en la situación presente, la más trágica y desalentadora en la historia de España. Franco, que ya se siente asimilado a la cadena dinástica, si no como rey, como hacedor de reyes, que es título mucho más alto, ha hecho buenos los errores y crímenes de todos los Borbones juntos, de los cuales se erige en cínico abogado. En sus manos España se ha empequeñecido tanto, se ha hecho tan sombría y miserable, tan pobre y doliente, que hace recordar una frase de don Gaspar Núñez de Arce digna de figurar entre las más lapidarias de Larra: "En España, lo único vivo son los muertos".

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN MÉXICO, D.F.

"Un español: Pablo Iglesias", en el Centro Republicano Español, el 12 de diciembre de 1942.

"Pensando en España y en la paz", en el Círculo Cultural Pablo Iglesias, el 20 de junio de 1942.

"Crédito y Responsabilidades del Partido Socialista", en el Centro Republicano Español, el 17 de noviembre de 1945.

"Acto de protesta contra el pacto entre Estados Unidos y Franco", en el Teatro Arbeu, el 11 de junio de 1953.

"Tesis política desde el punto de vista socialista", en El Ateneo Español, el 12 de noviembre de 1954.

UN ESPAÑOL: PABLO IGLESIAS

Han transcurrido diecisiete años desde que el corazón de los socialistas españoles se vistió de luto por la muerte del más ilustre de sus capitanes: Pablo Iglesias. Capitán, porque su vida fue una vida de combate; capitán, porque no en vano constituímos nosotros una milicia en guardia permanente. Diecisiete años. . . Vienen a mi recuerdo las jornadas civiles en que los obreros madrileños rendían callado testimonio ante las mables piedras que, en homenaje a Pablo Iglesias, trabajaron otros dos soldados socialistas, Francisco Azorín y Emiliano Barral, este último muerto en la pelea, fusil en mano, a finales de 1936, junto al Manzanares, cuyo caudal, por exiguo motivo de tanta burla, empezaba a engrosar entonces con la sangre de un pueblo en desventura. Diecisiete años. . . Forman ellos, indudablemente, el período más violento e inconsciente de nuestra Historia, tan pródiga en violencias e incertidumbres. Cuando murió Pablo Iglesias toda España registraba resonar de espuelas. Carraspeaban con talante fiero —bien que sin infundir excesivo pavor— los generales metidos a gobernantes, ciencia que les estaba casi tan negada como la de ganar batallas. Trataba Primo de Rivera pintorescos idilios amorosos que alegraban clandestinamente el humor popular. Los delegados gubernativos cumplían concienzudamente la tarea —para la que parecían excepcionalmente dotados— de no dejar un maravedí en las cajas municipales, con lo que se aliviaba la confección, siempre enojosa, de los presupuestos. Se conspiraba, unas veces de veras y otras por simple afán de matar el aburrimiento. Paseaba por las tertulias de la Villa y todavía Corte su altivez malidiciente y genial —de hidalgo con blasón y malas pulgas— don Ramón del Valle Inclán. Escribía páginas mordaces, acogido al refugio cordial de Hendaya —porque todavía entonces había cordialidad para el refugiado— don Miguel de Unamuno. Los estudiantes representaban en figura de burro al ministro de Instrucción Pública, con lo que resultaba, en opinión de los doctos, favorecido. Lloraban su desgracia los políticos en desuso, descontando Lerroux, que creía llegada su hora. Levantaba su cuerpo canijo y deforme la Unión Patriótica. Distribuía palizas beneméritas —como ahora, y como antes también— la Guardia Civil. Y mientras el primar caballero, el primer militar, el primer marino, el primer agricultor, el primer comerciante y el primer industrial —que todo eso era el Rey— se dedicaba a los gratos menesteres de jugar al golf, cazar en Doñana y catar encantos femeninos —no importa que tuvieran dueño legal—, agonizaba silenciosamente el primer ciudadano de España: Pablo Iglesias.

PABLO IGLESIAS Y JOAQUÍN COSTA

El primero por su calidad moral. El primero por la obra que dejaba a su espalda. De Pablo Iglesias, nombre que hasta los propios falangistas se ven obligados a respetar —que a tanto equivale a no escarnecerlo— puede decirse hoy aquello que escribía Masillon: "El hombre justo está más arriba del mundo, y es superior a todos los acontecimientos". A todos, incluso a los que han convertido a España en un inmenso cementerio, cuyas lápidas continúan el diálogo del odio. Todo el esfuerzo de Pablo Iglesias —esfuerzo en el que invierte cuarenta años de trabajo tenaz, de enseñanza heroica, de combate a pecho descubierto— es un esfuerzo creador. Jamás su voluntad sufre desmayo. Nunca la desesperanza le hipoteca el ánimo. Sabe —se lo dice su fe— que la siembra, aunque tarde en granar, dará su fruto. Más de una vez he puesto en parangón a Pablo Iglesias con otro español de su tiempo que le era comparable: Joaquín Costa. Siento por Costa una devoción profunda y entrañable. De ciento a viento surgen en la vida social de un pueblo hombres de la reciedumbre moral e intelectual de Joaquín Costa. Pari-

gual en virtud y en pasión a Pablo Iglesias, Costa tenía, sin embargo, un defecto grave: no creía —o creía poco— en la acción política de las masas obreras. La paciencia no era su aliada. Era un profeta que quería ver su palabra —aquella palabra que encendía hogueras— transformada en milagro inmediato. Cuando su voz le devolvía el eco —y nada más que el eco— de sus apostrofes, Costa renunciaba con dolor furibundo a seguir sosteniendo una empresa en la que se declaraba, de antemano, vencido. Maldecía entonces del mundo y de los hombres, y la amargura se le escapaba en gestos desabridos, una de las pocas veces que Costa abandonó su retiro de Graus para ir a Zaragoza —en donde abundan levitas y fariseos— fueron a visitarle los concejales republicanos, que balbuceaban cumplidos y ensayaban desmañadas reverencias. Costa les pidió que se cubriesen. "De ningún modo, don Joaquín, de ningún modo", protestaban los cuitados representantes del republicanismo local. Y Costa, colérico al fin, les ordenó: "¡Tápanse de una vez esos bolos de baranda!" ¡Grande y atormentado Costa! Yo no sé hablar de él sin el ánimo conmovido. Era, sobre ser un genio, un exponente viril de nuestro carácter. Era una síntesis patética de todo lo que hay de noble y encendido en el alma agitada de los españoles.

UN REFORMADOR DE LA VIDA PÚBLICA

Pablo Iglesias era todo eso y algo más. Era el carácter y la superación del carácter a la vez. Sobre Pablo Iglesias se han escrito excelentes biografías. Falta, de todos modos, la que presenta a Iglesias como lo que realmente fue: un reformador sin par de la vida pública española. Los viejos socialistas que me escuchan comprenderán mejor que yo mismo el alcance de mis palabras, para cuyo entendimiento cabal será menester que regresemos a los años inanes de fin de siglo. El cansancio de las guerras civiles —cansancio transitorio, ya se ve—; sangría menor, pero continua, de los pronunciamientos militares; el constante tejer y destejer sobre un caña mazo social que permanecía, a la postre, inalterable —porque España, en fuerza de producir motines, no ha consumado nunca una revolución— trajeron como herencia la atonía. De un político de la Restauración —que no restauró nada— es la frase sabida: "España es un pueblo sin pulso". A través de la experiencia tenía razón el sentenciador. Todo parecía salir por una friolera. Turnaban apaciblemente en el Gobierno, por tiempo convenido, liberales y conservadores, todos uno y lo mismo, es decir, nada. Llenaba su papel subalterno un republicanismo atomizado, de frases gordas, pensamiento escurrido y conducta equívoca. Medraban los militares palaciegos. Echaban buenas panzas los santos varones de la Iglesia. Había ópera en el Real, besamanos de Corte y corridas de toros. Y se nos escapaba de las manos, sin remedio, sin honra y sin barcos, el apéndice de nuestra potencia colonial, bocado de gusto para el nuevo rico que era entonces —y es hoy— la República yanqui.

Pero eso no era España, sino la apariencia de España. Por debajo de la ficción oficial —espadas relucientes, quincallería heroica, palios alzados, chisteras de seis reflejos y descotes sobre pechugas blancas— está, pronta a pedir plaza, la clase obrera. Y allí sí que había pulso que tocar y fuerza que poner en pie. He aquí llegado el momento de Pablo Iglesias, ese anónimo cliente hospiciano a quien un día, pasados los años, llamarán su Abuelo —que es ser dos veces padre— los obreros españoles. Sí había pulso en España. El secreto estaba en encontrárselo, para lo cual era menester adentrarse en los barrios bajos —los más altos, en espíritu— de Madrid; llegar con simiente de esperanza a las aldeas; hablar a los trabajadores con palabra fraterna y paciente. Y levantar la bandera de una nueva moral, una nueva vida y un nuevo credo. Todo eso representa el apostolado civil de Pablo Iglesias, peregrino esforzado en una España harta de santos que no hacían milagros, y redentores políticos que no sabían hacer otra cosa que hablar mal de los santos. En el ambiente yermo, desvaído, de fin y comienzos de siglo, Pablo

Iglesias se alza como un gigante de voluntad y pensamiento claros. Si Costa es el flagelador implacable de una España resignada a morir, Pablo Iglesias es el animador de una España ansiosa de resurrección. Ninguna injusticia —y los dos tercios de su vida estarán jalonados por ella— domará su entereza; ningún insulto desviará su paso; ninguna incompreensión le hará desfallecer. En su ser moral no se conocen los altibajos. Conservo aún la última carta que salió de su pluma, idéntica en tono y espíritu, a las primeras que escribió cuando el Partido Socialista era todavía una comunidad dispersa por falta de afiliados. ¡Lástima es que el epistolario de Pablo Iglesias no haya podido ser recogido! El último intento —creo que el último— para rescatar una parte de sus papeles corrió a mi cargo cuando Madrid —tema literario en el destierro para muchos que entonces no creyeron prudente estar en Madrid— pasaba por las horas trágicas de noviembre y diciembre de 1936. No fue posible. La artillería facciosa cañoneaba sin tregua la barriada en cuya casa los suponíamos guardados. Hasta la propia calle de Carranza llegaban frecuentemente las balas de las ametralladoras enemigas. Algunas noches —porque Zugazoitia lo ha contado lo cuento yo— teníamos que cruzar, agachados y corriendo, la calle. "Parece que disparan", decía yo. Y respondía él: "Sí, pero no dan". Era necesario que acabara la guerra y lo cazaran en Francia, con Cruz Salido, para que aquellas balas perdidas hicieran blanco en su corazón.

LA INVENCION DEL "PABLISMO"

Pero las cartas de Pablo Iglesias se han perdido, tal vez, para la historia. No se han perdido para la devoción de los socialistas. En todas se juntaba la lección doctrinal —en la que era maestro— y la lección moral —de la que era ejemplo. Para ser socialista —recomendaba— hay que ser buen ciudadano, buen padre, buen marido. De ahí nació la leyenda del "pablismo", estigma honrado, y honroso, con que un día nos apedrearían algunos advenedizos y ganapanes de la revolución. Amigos míos, yo me confieso "pablista". Lo soy, especialmente, después de nuestra guerra en la que tantas actitudes han fracasado, porque eran falsas; tantos hombres se han denigrado, porque eran viles, y tantos prestigios se vinieron a tierra por falta de sostén. Yo soy "pablista". Y nuestro Partido ha de ser "pablista" o no será nada. El hombre ya ni importa, o importa poco. Pero queda el mito, que es un código de conducta o un reglamento de honestidad. No se puede ser a la vez socialista y cínico; socialista y venal; no se puede vivir del socialismo, sino para él. La gran lección de Pablo Iglesias, rubricada por sus acciones, dicta esa verdad, que él supo imponer en una España corrompida y carente de alientos. Por ministerio de su perseverancia, la nueva fe abre surco. La propagan, primero, centenares, millares luego, de adeptos que la pregonan con fervor iluminado. Un lenguaje áspero, amasado de intransigencias, hace su aparición en el diálogo convencional de la feria política. Con el acento duro que corresponde a las verdades que difunde, Pablo Iglesias habla un idioma que le ganará, de una parte, la confianza íntima y emocionada de los auditorios obreros; de otra, la animosidad de ciertos rabadanes republicanos, diestros en el charlatanismo inocuo de la demagogia anticlerical. Les será difícil entender palabras tan claras como estas que Iglesias reitera: "El antagonismo social existente, como los antagonismos anteriores, no lo han inventado los socialistas, como dicen muchos de sus enemigos, ni tampoco los que no tienen sus ideas: dicho antagonismo es una consecuencia natural, precisa, de la forma de producción burguesa. Lo que los socialistas han hecho ha sido descubrirlo, conocer su origen, señalarlo a la clase trabajadora para que abandone engañosos ideales y entre en el terreno de la lucha de clases". Quienes las asimilaban bien, haciéndolas suyas para siempre, son el albañil, el carpintero, el impresor, el campesino. Y algunos hombres que han salido de la Universidad con el espíritu abierto a la rebelión socialista. Un viento puro estremece, a partir de entonces, el som-

brío e inerte panorama de la vida pública española.

DOS EMPRESAS GIGANTES

Lo que el nacimiento de esas dos empresas gigantes, el Partido Socialista Obrero Español —deliberadamente anoto sus apellidos— y la Unión General de Trabajadores representa, se verá unos años más tarde, cuando las Casas del Pueblo vengan a ser escuela de costumbres y símbolo de la honestidad, ausente de los cuarteles, de las sacristías, de las covachuelas oficiales y de las taifas sociales y políticas que entienden la patria a manera de patrimonio y se alimentan de ella por la vía del grueso y substancioso pezón presupuestario. De esas Casas del Pueblo, en donde es frecuente asistir al espectáculo ejemplar de ver cómo aprenden a leer y escribir escolares de cabeza cana, saldrán hombres humildes, pero insobornables, que irán a los Ayuntamientos y a las Diputaciones provinciales a exigir lo que casi nadie está dispuesto a otorgar: limpieza en la administración del caudal común, austeridad en el ejercicio de la función representativa. Se hará axiomática la honradez de los concejales socialistas y de ella cobrará fama sólida nuestro Partido, hacia el cual se vuelve ya el respeto de gentes que se sienten solidarias de él, no por la doctrina que defiende, sino por la conducta que demanda de sus militantes. Hay un lugar en el que ese fenómeno revestirá proporciones insospechadas. Hablo de Madrid, escenario de apasionadas contiendas electorales en las que los socialistas acabarán, al fin, por coronarse vencedores. Pero no es Madrid sólo el que se comporta de ese modo. Toda España ha sido sembrada y en toda España prende la semilla. La abundancia de la cosecha debe medirse en orden al grado de sensibilidad política de las zonas en siembras.

Jamás será bastante agradecida esa tarea, sin precedentes en la historia de nuestro país. Como que significa el saneamiento moral del acervo común, la dignificación del vivir cotidiano. Y ello traerá por consecuencia forzada, pero dramática para nosotros, que el Partido Socialista venga a ser el depositario de un crédito político cien veces superior a sus posibilidades verdaderas y al volumen de su potencia. Cuando llegan las jornadas de agosto de 1917 le corresponderá, por eso mismo, figurar en cabeza y recibir en la propia los palos con que un militarismo de casino y burdel pretende hacer olvidar sus promesas traicionadas, arte que le es familiar. Aquélla fue la primera derrota, convertida de inmediato en victoria —luego ha ocurrido lo mismo, y volverá a ocurrir— padecida por el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. Recuérdense la campaña de amnistía, el viaje triunfal de los presidiarios de Cartagena, la emoción civil que sacudió a España de Norte a Sur. Por entonces ya empezaba Pablo Iglesias a tener más de mito que de hombre mortal. Era ya el "Abuelo", apelativo que compartía con él otro gran español y gran amigo suyo:

Benito Pérez Galdós. Para uno y otro habían llegado los días de salud en quiebra, cuando la melancolía hace nido en el corazón y se vive más del pasado que del presente. Pero uno y otro podían sentirse contentos de saber que, sonada la hora de morir, nos dejaban —a falta de mayores ganancias para sí— una herencia espléndida; Pablo Iglesias, una organización obrera y política sin par que perpetuaría su nombre; don Benito Pérez Galdós, esa obra ingente, retrato fiel y único de nuestro acongojado siglo XIX, que se llama "Episodios Nacionales". Algunas mañanas o prima tarde del admirable otoño madrileño, que tiene color de uva madura, Pablo Iglesias solía pasear lentamente por Rosales devolviendo saludos y escuchando las voces infantiles que cantaban en coro romances de niñez. También Pérez Galdós, ciego ya, sentía la nostalgia de aquel paisaje. En los días templados, cuando sus achaques no eran excesivos, se hacía llevar en coche descubierto hasta la Moncloa. La luz incomparable del Madrid querido y soñado le daba de golpe en los ojos que carecían de ella. Aspiraba y suspiraba profundamente

don Benito. Todos los personajes de sus libros, arrancados a la nada por su genio creador, se ponían en pie para verle pasar. Dos grandes españoles. De vivir hoy, don Benito estaría confinado o en el destierro; Pablo Iglesias, limpiando letrinas, como Besteiro, en la cárcel inmundada de Carmena.

LA HERENCIA DE PABLO IGLESIAS

Y bien... Del recuerdo de Pablo Iglesias, ¿queda hoy algo más que el recuerdo? La pregunta va derecha a vuestra conciencia y a la mía. De aquella herencia de Pablo Iglesias, ¿qué parte hemos logrado conservar? Porque hay tesoros —y los hechos acaban de probarlo— con los cuales resulta un mal negocio andar a costas por el mundo. Pero hay uno que nadie puede hipotecar, ni someter a fiscalía, ni poner en entredicho. Es el tesoro de la fe, riqueza común que cada uno de nosotros venimos llamados a guardar en particular, exactamente como si de nuestra conducta personal dependiera su riesgo o su ventura. Estoy anticipando la interrogación que algún día nos será formulada. ¿Se derrumbará, pese a los puntales que se pongan, el artilugio gubernamental levantado en España sobre horcas y terrores? ¿Volverá España a ser una comunidad civilizada? ¿Resurgirá nuestro Partido? ¿Alzará su maciza potencia la Unión General de Trabajadores? ¿Y entonces?... Entonces será menester demostrar que las viejas virtudes no se han marchitado; que la honestidad no se ha perdido; que la dignidad no se ha puesto en subasta. Y también esto: que hemos aprendido la lección angustiosa del fracaso. Cuando volvamos a España —y volveremos, yo lo doy por seguro, como vencedores— habremos de examinar muy cuidadosamente nuestro equipaje moral. Entre otras razones, porque allí vamos a encontrar aduaneros inflexibles, prontos a rechazar toda mercancía que no sea de ley. Y si alguien es lo bastante audaz para invocar títulos que están periclitados, o jerarquías en bancarrota, ellos —los aduaneros socialistas— responderán enseñando los surcos del hambre sobre las mejillas hundidas; las huellas de los hierros en las muñecas; las cicatrices del látigo en la espalda. Lo prevengo para aquellos que piensan en el regreso con el optimismo fácil que proporciona la ausencia del buen sentido. Nuestro retorno podrá serlo todo, menos una verbena.

EL PLEITO DE ESPAÑA ES PLEITO DE ESPAÑOLES

Para decir esto, en mí no influye nada la situación actual de España en orden a la política internacional. Puedo sentir desdén —y lo siento— por ciertos cambalaches que la picaresca diplomacia está llevando a cabo en provecho de Franco y su régimen abyecto; pero sin demasiada preocupación. El pleito surgido en España en julio de 1936, pleito que continúa en litigio, no ha de fallarse en Washington ni en Londres, sino en España, y con el voto exclusivo de los españoles. Es decir, miento. Con el voto también —si hacen honor a su honor— de quienes se dicen —y han de probar que lo son— abanderados de la democracia universal. El fin de la guerra creará un nuevo orden social en el mundo. Eso se nos ha prometido. Eso creemos aún. Pero nuestra creencia —la mía, por lo menos— es una creencia en ascuas. Empiezo a recelar que el fraude de 1918 puede repetirse, bien que no faltarán, si el fraude se consuma, paradas militares con algarabía de pífanos y tambores; ceremonias solemnes en las catedrales; arcos de triunfo en las plazas y discursos patéticos en memoria del Soldado Desconocido que, por desconocido, precisamente, es acreedor de una cuenta que nadie se considera obligado a pagar. Los veinte años de posguerra —o anteguerra, como queráis— transcurridos desde 1918, justifican todas las alarmas, y las que yo apunto ahora no son prematuras ni las siento yo solo. Cuando sonó el clarinazo bélico, tres años atrás, ninguno de los gobernantes comprometidos en la pelea contra el nazismo se hubiera permitido echar a volar opiniones sugeridas ahora, cuando la victoria se intuye. La victoria —urge la pregunta— ¿de

quién? Porque es algo más que el triunfo del dólar y la libra esterlina lo que se apetece. No es sólo el aniquilamiento del totalitarismo lo que se pide, sino la instauración de una democracia fuerte, limpia y sana. Democracia de hechos, no de palabras sonoras y vacías. Para edificar la paz es inútil que nadie ande revolviendo en el desván de las cosas arrumbadas por inservibles. ¿O se piensa, acaso, en una posguerra urdida con remiendos, tronos recompuestos, repúblicas de rebenque y pistola, caudillos que llevan, por equivocación, en la cintura, la faja que debieran llevar, bien apretada, al cuello? ¿Una posguerra en la que lo internacional siga siendo tan sólo la influencia del dinero y la miseria de quienes no lo tienen? Por nada de eso, sino contra todo eso, nos hemos batido en España; por nada de eso, sino contra todo eso, se están batiendo ahora los soldados de las Naciones Unidas. Esperemos que las batallas ganadas por ellos en el frente no sean batallas perdidas en la retaguardia.

A nadie le está más permitido que a un socialista español hablar así. De un español genial, Luis Vives, son estas palabras: "Estamos en unos momentos difíciles en los cuales no es posible hablar ni callar sin peligro". Debe entenderse que una y otra cosa reclaman su instante adecuado. Se me antoja que el actual no es para sentar verdades que, calladas, nos traerían empacho. En todo caso, las mías son verdades intrascendentes. Más graves son —y se le toleran, y aun se le aplauden— las verdades y mentiras —que de ambos ingredientes se compone el guisado— prodigadas por Franco, unas veces para amenazar, otras para suplicar, y siempre, a lo que parece, con beneficio. ¡Bienvenidos los felones, porque de ellos será el reino de la hipocresía!

LOS APELLIDOS DEL PARTIDO SOCIALISTA

Pero volvamos a Pablo Iglesias y a nuestro Partido, cuyos apellidos he subrayado antes, no sin intención. Conviene, en efecto, examinarlos por separado, ya que cada uno de ellos tiene proyección concreta y rigurosa en la vida real del Partido Socialista. Ningún otro de Europa le aventaja en vigor combativo; en temple moral, sin que, a la vez, falte nunca en él aquel punto de ponderación que le asegure el respeto de los ajenos, y en más de una ocasión, el de los adversarios. Un reproche le harán algunos descontentadizos sabihondos: el de su escasa formación doctrinal. No faltará tampoco quien extienda ese reproche personalmente a Iglesias, cometiendo injusticia notoria, porque Iglesias es —sobre ello no cabe disputa— uno de los intérpretes más justos que la doctrina haya tenido jamás. Lo que Iglesias, por propio designio, desconoce es otra cosa: la pedantería, de la que, andando el tiempo, nos ofrecerán cosecha abundante unos cuantos graduados en marxismo, a cuya intrepidez y luces el Partido arruinará su disciplina y entrará en colapso. Pablo Iglesias habla y escribe con admirable sencillez, porque sabe que habla y escribe para gente sencilla, gente que reclama la verdad desnuda, exenta de retórica y honradamente proclamada. En ese menester es maestro difícilmente inigualable Pablo Iglesias, que gusta en todo de la claridad. Modelo de ella son sus artículos, lectura que no dejaría de serles provechosa a ciertos teorizantes que todos hemos tenido que sufrir. Ese mismo estilo, sobrio, austero, de trazo firme y liso, es lo que Pablo Iglesias le imprime al Partido, en el que acaso haya muchos militantes que no acierten a definir "en lenguaje académico lo que es el socialismo, pero saben sentirlo, que es mejor. Desconfiad de aquellos que todo lo fían a la elaboración intelectual. De ellos decía Jean Jaures que vienen al socialismo por la teoría y por la teoría se van.

Socialista y Obrero. Este segundo apellido ha sido tema frecuente de discusión, fallada ya —pienso que con carácter definitivo— a favor de quienes nos negamos a renunciar a él. Obrero, porque obreros son, casi exclusivamente sus fundadores. Obrero, porque de obreros se nutrirán sus filas en porcentaje que no consiente parangón. Pero obrero, sobre todo, porque ese título perfila y acentúa de manera cabal su fisonomía.

Entre las muchas condiciones que el Partido exige a sus militantes, no es la menos sabia la de requerir, como medida previa, la incorporación al sindicato profesional. El Sindicato, cuando el Sindicato cumple su misión, es una escuela insuperable para el aprendizaje de la ciudadanía. No es extraño, pues, sino que responde a una lógica profunda, el hecho de que los mejores militantes del Partido lleguen a él aleccionados, moldeados, debiéramos decir, en la disciplina sindical. Y esa sola circunstancia bastaría a justificar ampliamente el segundo apellido con que se honra nuestro Partido.

Y Español. Todo en el Partido Socialista es profundamente español. Lo internacional de la doctrina a que se adscribe no menoscaba su cualidad del Partido nacional y con características acusadamente nacionales, de aquí uno de los mayores aciertos de Pablo Iglesias y uno de los que con mejor motivo deben movernos a orgullo, sobre todo hoy, cuando el alma española ha sido profanada y todo lo auténticamente español prostituido. El internacionalismo absoluto no existe en nada. Nuestra manera de pensar, el modo de sentir, las costumbres a que nos aficionamos; eso que forma nuestra personalidad moral —y la física también— es producto del paisaje, de la geografía, del clima, de la tierra que habitamos. Y nuestra conciencia se forma y se conforma de acuerdo con nuestra Historia, no con la ajena o con la Historia tomada en abstracto. No es sorprendente que en nuestros oídos —que también están hechos a una fonética y una onomatopeya propias— sonara a cosa foránea la jerga con que los arriscados misioneros de la llamada —y ya muerta— III Internacional pretendieron un día desnacionalizar, es decir, desfigurar y corromper nuestra obra paciente de cincuenta años. Y véase por dónde venimos a la comprobación de lo que antes decíamos. La obsesión, nada inteligente, de la III Internacional, imponiendo un solo lenguaje —el suyo— para todos los países del mundo, ha determinado que no hayan sabido entenderlo en ninguno. Valdría la pena ironizar sobre el suceso, si no fuera porque semejante empeño —el de bolchevizar al proletariado mundial— ha producido tantas víctimas y derrotas. Deseamos —si no es ambición inalcanzable— que si de nuevo se intenta convertirnos, la conversión se nos recomiende, por lo menos, en el lenguaje que cada uno hemos aprendido a leer.

Socialista, Obrero y Español. Como Pablo Iglesias, su primer impulsor. Esos tres apellidos dan fe de lo limpio —aunque de origen humilde— que es nuestro lenguaje.

DESVENTURA DE LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES

Este aniversario de la muerte de Pablo Iglesias adviene en circunstancias particularmente penosas. Señalados por el infortunio, millares de compatriotas, muchos de ellos camaradas nuestros, corren ahora en Francia el peligro de ser devueltos a España para que Franco, el honorable bellaco a quien los Gobiernos de Washington y Londres conceden trato de caballero, pueda seguir dando trabajo a los verdugos. Triste es, en verdad, llamarse ahora refugiado político. Triste, no tanto por las privaciones físicas que lleva consigo, como por las humillaciones a que obliga. Testigos de mayor excepción, somos los republicanos españoles. Lo digo pensando en los que, atrapados en Francia por la ocupación alemana, no pudieron merecer, cuando era tiempo, la piedad suficiente para que en favor suyo se hiciera algo más que formular tardías e inútiles lamentaciones. Si la sensibilidad del mundo —el viejo y el nuevo— no estuviera tan acorchada, y si los vabres del espíritu no hubieran venido tan a menos, la desgracia de esos compatriotas nuestros hubiera encontrado remedio fácil en Europa. En todo caso, pudo tenerlo en América. Hubiera bastado con que siguieran el ejemplo de México otros países que se negaron a ello, sin duda porque no les consentía la admisión de refugiados el exceso de su población. O porque llevábamos sobre la frente el signo de un orgullo que nos llevó a pelear como Quijotes en una Europa de Tartufos. Al cabo, no se puede herir impunemente el amor propio de quienes, en el arrojito de los demás, descubren el motejo de

su miedo.

Cuidemos de que el paréntesis del destierro no sea solamente tiempo perdido. Haremos bien en aprovecharlo, cuando menos, para la meditación, que nunca sobra, aunque sea ejercicio poco frecuentado por quienes se pagan más de sus propios errores que de asimilar las lecciones que la vida comporta. Lejos de la soberbia que padecen algunos que a sí mismos se tienen por infalibles, hagamos declaración de humildad. Convengamos en esto: la restauración de la República española es obra que exige conducta muy rigurosa, para la que no todos sirven, y menos que ninguno los embaucadores que de la demagogia hacen oficio. Más de una vez, atento a lo que acontece en la emigración, me viene a la memoria la pregunta del personaje de Baltasar Gracián: "¿Y éstos son los que gradúan de valientes y de sabios?" No quisiera que la interrogación fuera aplicable para nosotros, y no lo será, si nuestro comportamiento común se acomoda a eso que llamamos estilo socialista. Del socialismo español, quiero decir, incompatible con ciertas actitudes y bullicios en los cuales, a menudo, se nos invita a participar. Nuestro clima es otro, lo cual no impide que el contagio haya hecho presa en no pocos de nosotros, incluso sin que los contaminados lo hayan advertido. Estos días del destierro pueden constituir —y a título de consejo lo digo— una excelente cura de salud.

EL DEBER NO HA SIDO CANCELADO

Tarde o temprano volveremos a España, salvo aquellos —tal vez los hay— que estimen discreto no volver. La señal del retomo sonará a su hora, sin que para acelerarla sea menester que nos lancemos a un confuso e innoble contubernio en el que, a juzgar por los anuncios de quienes lo auspician, hay cabida para todos, no importan su condición, ni su moral, ni su pasado. De tal manera hemos venido a descubrir ahora que todos somos unos, y cabe que estén en lo cierto, por lo que a ellos atañe, quienes lo afirman. Pero nuestros anhelos de unidad son más moderados, y en ningún caso se extienden hasta el punto de reclamar la compañía de nuestros enemigos de ayer, presuntos arrepentidos de hoy. Que otros se amalgamen, si les place, con los que aún conservan las manos tintas en la sangre de nuestros muertos o tienen la conciencia turbada por la complicidad contraída en los crímenes falangistas. Cada cual busca la unidad que le conviene. A nosotros nos basta —propósito fácil, si la buena voluntad lo hace suyo— con la nuestra.

Tampoco nos es indispensable la compañía de quienes, abatidos por el fracaso, han hecho dimisión de sus deberes de militantes. Ni la de aquellos —también los hay— que en el destierro, donde no se ofrecen ventajas que obtener, y sí pesadumbres que soportar, se inhiben de toda responsabilidad invocando escrúpulos de conciencia que les prohíben seguir ocupando su puesto de combate. Lutero —a quien cito no porque sea personaje de mi simpatía, que no lo es, sino por la oportunidad de las palabras suyas que voy a copiar— le escribía burlescamente a Erasmo: "Queréis caminar sobre huevos sin machacarlos, y entre vidrios sin quebrarlos". Lo que vale tanto como decir que no es lícito apartarse de la pelea en ningún instante, aunque para ello sea necesario afrontar descalabraduras, propias o ajenas. Semejante abstinencia no tiene traducción socialista. Menos la tendrá mañana, cuando, emprendido el viaje de regreso, hayamos de revalidar nuestros merecimientos. La incomunicación existente entre los socialistas que están en España y nosotros no es tan absoluta que impida el conocimiento de lo que unos y otros sabemos dar de sí. Yo me conformaría con que nuestro proceder alcance tal aprecio en el juicio de nuestros camaradas, que cuando los socialistas de aquí, pensando en los de allá, suspiramos: ¡un año más de ausencia!, los de allá, pensando en los de aquí, puedan responder: ¡un año menos para la vuelta! ¡Qué el espíritu de Pablo Iglesias nos inspire a todos!

PENSANDO EN ESPAÑA Y EN LA PAZ

Camaradas y amigos: Tras el agradecimiento de rigor que merecen las frases de elogio con que acaba de abrirme paso hacia vosotros el camarada Azorín, voy a pronunciar unas pocas palabras para explicar, en primer término, por qué esta noche figuro yo como orador. Pese a mis escasísimas aficiones oratorias, cada día menguantes, cuando los compañeros de la directiva del Círculo Cultural Pablo Iglesias vinieron a invitarme para tomar parte en este acto, yo no encontré razones suficientes que oponer. Creía, y creo, que reuniones de esta naturaleza deben ser frecuentes entre nosotros. Tienen —ya que no un mayor alcance, por lo menos la de esta noche— la noble virtud de establecer un diálogo íntimo en el seno del Partido, que debe continuar; y de igual modo que esta noche yo hablaré ante vosotros para expresar unas cuantas opiniones, no sé si acertadas o equivocadas, fruto de mi meditación, otros camaradas deben seguirme después en el uso de la palabra de una manera regular.

Debo añadir que no hablo con otra representación que no sea la mía propia, bien poco valiosa por cierto; no traigo, pues, representación oficial ninguna, y lo que yo diga, bueno o malo, ha de cargarse exclusivamente a mi cuenta particular.

LA ILUSIÓN DEL RETORNO

Pensando en España, reza la parte primera de mi enunciado. Pensando en España; no en el retorno a España, que es cosa distinta. Tal vez suene un poco a paradoja esta aclaración que acabo de hacer, pero me convenía consignarla para significar con ella que no soy de éstos que cada noche, al tiempo de acostarse y antes de quitarse las zapatillas, dejan preparada la maleta con la esperanza de que a la mañana siguiente se dé apresuradamente la orden de partida. Comprendo perfectamente que esa ilusión, la del retorno a España, esté floreciente en el corazón de todos nosotros; pero es una ilusión a la cual conviene ponerle freno. Y os diré por qué. La esperanza reiteradamente fallida, y la insistencia en una ilusión que nace cada mañana y muere cada noche, enferma la voluntad, malea el ánimo. Si insistimos demasiado en esa ilusión, reiteradamente fracasada, ello traerá por consecuencia que el presente —un presente más o menos largo, pero un presente que estamos viviendo y necesitamos vivir plenamente— acabará por carecer de contenido real para nosotros. Es decir, el presente no tendrá para nosotros, en virtud de esa ilusión reiteradamente alimentada y fracasada, sino un valor interino al cual no vale la pena aplicar esfuerzo. Grave error. No lo digo ahora por primera vez. Hace tres años —van a cumplirse dentro de pocos días— arribaba yo, con cerca de un millar de compatriotas, al puerto de Veracruz. Nos hizo el honor de venir a recibimos, desviando su viaje, el señor García Téllez, a la sazón ministro de la Gobernación. Y una mañana, en la Escuela Naval de Veracruz, el señor García Téllez pronunció ante nosotros un bello discurso de bienvenida. Merecí yo, después, el honor de que se me invitase a ser quien contestara con unas cuantas palabras de gratitud el discurso del señor García Téllez. Lo hice con la discreción que estaba a mi alcance. Y de las palabras que pronuncié aquella mañana en Veracruz recuerdo con precisión, y casi exclusivamente éstas que, también casi textualmente, voy a repetir ante vosotros. "Algunos de nosotros, señor ministro —dije— quedarán aquí; otros, los más, volveremos a España. Pero sea cual fuere el tiempo de duración de nuestro destierro, sean muchos o pocos los días que hayamos de permanecer acogidos a la hospitalidad mexicana, nuestra conducta ha de ser, exactamente, la que correspondería si todo el resto de nuestra vida hubiéramos de permanecer en México". Me parece ocasión propicia para repetir las ahora; y me parece también ocasión adecuada para decir en alta voz, ante vosotros, lo que hemos dicho ya en las co-

lumnas de nuestro periódico: en estas horas graves para México, México es, más que nunca, nuestra patria. (Muy bien).

PENSAMIENTO Y EMOCIÓN DE ESPAÑA

Pero es natural —yo soy el primero en comprenderlo— que el rosario de los días de nuestro destierro se desgrane pensando en España. Pensando en España, sintiendo a España, descubriendo a España. Porque muchos de nosotros —me atrevería a decir que la mayoría— empezamos a descubrir a España ahora por primera vez. Empezamos ahora a saber lo que España era, lo que España debe ser. Lo estamos aprendiendo —y por eso abrigo la ilusión de que la lección será fecunda a través del dolor—. No hay peor enemigo de lo español, se ha dicho, que el español mismo. Y es verdad. Si cada uno de nosotros, individualmente, podemos sentirnos magníficos españoles, colectivamente no hemos sabido crear todavía un sentimiento nacional. Y hay que crearlo. Nadie se alarme cuando hablo de un sentimiento nacional español. Porque ese sentimiento no tiene nada que ver con un sentimiento nacionalista. Una razón por la cual toda alarma resultará injustificada, es que una de las características más notables del español es, precisamente, su sentido de universalidad, no sé si debido, tal vez, a aquellas cualidades que Ángel Ganivet —el gran Ganivet, a cuya lectura hay que regresar— encontraba en los pueblos insulares o semi-insulares, como es el español. Yo veo en el hallazgo de ese sentimiento nacional español, a que me estoy refiriendo, una gran fuente creadora. Siendo, como es el nuestro, un pueblo de enorme vitalidad —bien demostrada, tristemente, durante la guerra civil—; siendo, como es también, un pueblo cuya originalidad no ha superado ningún otro, solamente buceando en la entraña española, tratando de encontrarla, identificándose con ella, es como esa capacidad potencial de vida, como esa originalidad insuperada, podrán dar todo su rendimiento. Si los hombres que hicieron la sublevación militar hubieran sentido a España, yo os aseguro que no se hubiera producido la guerra civil. No la sintieron, no la sienten. Todo en ellos es extraño, foráneo, antiespañol. Incluso la crueldad fría, calculada, aplicada como razón de Estado, que en España no ha tenido nunca tradición. Basta, para convencerse de la justeza de estas palabras mías, la lectura de los periódicos españoles de hoy, desprovistos totalmente de emoción nacional, usando un lenguaje extranjero, ensalzando un rito extraño a nuestra mentalidad y "a nuestra sicología, imponiéndonos, en fin, el disfraz de unas concepciones, ajenas con las cuales España no podrá identificarse jamás. En cambio, ¡cómo canta el alma de España en unas palabras que os voy a leer! Veo al autor. Lo veo, recién iniciado nuestro destierro, mirando desde tierras de Francia hacia la raya invisible de los Pirineos... Se le enturbian los ojos; siente entonces toda la emoción española que le brinca en el pecho. Y nuestro autor escribe:

"España sonaba, ¿cómo sonaba?, a rumor de mieses en Castilla, a soleá de torero, a jarcias zurradas por las rachas del Cantábrico, a jota de segador, a andadura de merinos en Extremadura, a zorzico de piloto, a estremecimiento de chopos a orillas del Duero, a sardana de payés, a frotamiento de cepas riojanas, a folia de tabaquera. . . ¿A qué sueñas tú, España, cuando no sueñas a muerte?"

Estas palabras llevan una firma: Julián Zugazagoitia. Julián Zugazagoitia que, poco después, en vísperas de que le diera caza, también en tierras de Francia, la policía de Falange, se preguntaba: "¿Vamos a continuar en el mismo escorzo violento más tiempo del que la propia vida nos acuerde, prolongando la desesperación a través de nuestros hijos?"

Y el propio Zugazagoitia se daba la respuesta: "Entre los que contesten rotundamente no, me inscribo". Casi al mismo tiempo, otro español y socialista igualmente querido y admirable, Francisco Cruz Salido, nos enviaba desde una cárcel de Madrid —

aquella carta ejemplar —que conocéis muchos de vosotros—, escrita con pulso firme horas antes de ser conducido ante el piquete de ejecución, y en la que legaba a su mujer y a sus hijos la única herencia que podía legarles: el encargo expreso de que se acordaran de él sin rencor. El franquismo les dio a los dos la misma respuesta. Juntos vivieron, juntos murieron y juntos fueron enterrados. Juntos les rendiremos también homenaje un día,

CONVIVENCIA ESPAÑOLA

Tampoco podía dar otra respuesta una. España dominada, como la de hoy, por españoles espúreos. No hubieran encontrado otra dentro de sí mismo. De cuando en cuando, a los acordes graves del órgano que canta la epifanía de Nuestro Señor; nimbado por el humo del incienso; trazando la cruz del Redentor con mano blanda en la que brilla el anillo pastoral, algún arzobispo español susurra palabras de piedad y fraternidad cristiana. ¡Piedad cristiana! ¡Fraternidad cristiana! ¡Convivencia de los españoles! Mientras recorran los caminos de España, mendigando su hambre de puerta en puerta, los trabajadores a quienes se les niega autorización para trabajar, no puede hablarse de convivencia; mientras cada día se vistan de luto nuevos hogares españoles, no puede hablarse de convivencia; mientras media España esté pagando a los carceleros que guardan en prisión a la otra media, no puede hablarse de convivencia; mientras el sol de cada amanecer ilumine sobre las bardas la sangre fresca de los fusilados, no puede hablarse de convivencia; mientras nosotros estemos aquí, no puede hablarse de convivencia. (Muy bien. Aplausos).

Y, sin embargo, hay que convivir. Hay que aprender a convivir, que a tanto equivale pensar, sentir y descubrir a España. Hay que aprender a convivir y hay que hacerse el hábito del perdón. Bien sé que hablo a corazones que se sienten heridos con sobrada justicia. También yo tengo afrentas que lavar, agravios que vengar y muertos que enterrar. Pero con la escasa autoridad que pueda darme esa porción de dolor en el dolor colectivo nuestro, os digo que estamos en la obligación, en el deber imperioso de perdonar. Cuando un día regresemos a España, nuestra primera obligación consistirá en arrojar al mar, desde la borda del barco que nos lleve, el fardo de nuestros odios personales, poniéndole piedra bien pesada para que nunca vuelva a salir a flote. Pero que nadie piense tampoco en nuevos abrazos de Vergara. Si cada uno de nosotros, personalmente, estamos en la obligación de perdonar, quien no puede perdonar es España. A los autores de la inmensa tragedia española; a quienes fríamente, calculadamente, refinadamente alentaron el espíritu de Caín; a quienes acudieron en demanda de ayuda extranjera para proteger y extender la matanza de españoles; a quienes se han recreado en la desgracia; a quienes están completando la ruina de nuestro país, no puede dispensárseles perdón. Siglo y cuarto lleva España en guerra civil permanente; una guerra civil a través de la cual los liberales, eternamente vencedores, resultaron a la postre eternamente vencidos. Pienso que la horrible sangría, sin precedente en la Historia, por que acaba de pasar el pueblo español, sería una experiencia más perdida si no significara la terminación radical de esa guerra civil; mas para ello será menester que las fuerzas oscuras que hicieron imposible la convivencia española queden, de una vez para siempre, dobladas. Y después es cuando podremos hablar realmente de convivencia y empezar tolerándonos los españoles (Aplausos).

PENSANDO EN LA PAZ

Pero pensar en España, cuya situación actual está ligada íntimamente a la fortuna del mundo, es pensar en la paz. Y pensar en la paz —podemos pensar en ella a pesar de los reveses que la guerra pueda ofrecernos—, pensar en la paz, es situarse entre los tre-

mendos problemas que la posguerra va a traer consigo. Empeño difícil. Os lo digo sencillamente, con profunda convicción. Empeño que, por mi gusto, hubiera rehuido. Yo sé las dificultades que acometerlo lleva consigo. Sé que en el transcurso de las palabras que he de decir incurriré en no pocos errores. Mas si desdeño cuanto mi vanidad pudiera reprocharme en orden al riesgo que significa hablar esta noche ante vosotros de esos problemas, me queda, en cambio, la satisfacción de saber que cumplo humildemente un deber. Podría hacer lo que hacen otros, más avisados que, erigidos en vestales de la pureza doctrinal, esperan cautelosamente, atisbando desde su tronera, a que los demás hablen y descubran su pensamiento. Y después, encontrados los puntos supuesta o realmente vulnerables, salen de su escondite, con aire buido y exorcizador, leen los diez mandamientos de la ley socialista, y a continuación asperjean con agua antiherética los cuatro ángulos del recinto sagrado. (Muy bien).

El riesgo a equivocarse es un riesgo que, en circunstancias como las presentes, si no en todas, deben correr los hombres y, cuanto mayor sea su responsabilidad, con mejor motivo. Sé el procedimiento para no incurrir nunca en error: callar y sumarse después a la opinión que resulte vencedora. Yo también —decía— podría sacar ahora del bolsillo mi catecismo socialista y repetir aquellas verdades que desde que tenemos uso de razón política hemos aprendido en los libros y en la boca de nuestros mayores. Pero lo que importa hoy o, por lo menos, lo que importa más, según mi entender, no son tanto las explicaciones de doctrina pura —que se da por sabida— como averiguar cuál es la aplicación que la doctrina tiene en relación con los problemas del instante. Algunos camaradas nuestros han comparecido ya en la tribuna para exponer su criterio. Yo lo voy a hacer esta noche, pidiendo por anticipado toda la benevolencia que un ensayo como éste requiere por parte vuestra, tratándose de un hombre como yo.

TRANSFORMACIÓN DEL MUNDO

Tengo a menudo la sospecha de que son muchas las gentes que todavía no acaban de darse cuenta de la enorme transformación que el mundo va a sufrir. A juzgar por ciertos comentarios, por algunas opiniones que se hacen públicas, por el estado de ánimo de gentes que se hallan más o menos cerca de nosotros, más de una vez siento desesperanza. A la enorme tragedia española se suma ahora, con carácter general, la otra ingente tragedia que está padeciendo el mundo. Y frente —nosotros, como españoles, a las dos; el resto del mundo a la segunda— frente a esas tragedias, ¿qué rectificaciones mentales hemos hecho? ¿A qué examen de conciencia nos hemos sometido? ¿Qué horas de vigilia hemos perdido pensando en las inmensas responsabilidades que a todos, personal o colectivamente, nos van a caer encima? Si alguien imagina que los ejércitos en combate están peleando para que, una vez terminada la guerra, puedan los Consejos de Administración de las grandes empresas repartirse grandes dividendos, o para que las ricas herederas celebren con fiestas de fantasía la fecha inane de sus cumpleaños, éste está en los linderos de la locura. De todo el pasado que va quedando a nuestra espalda, yo os digo —y tal es, además, mi deseo— que van a ser muy pocas las cosas que queden en pie. Y no pienso, ni mucho menos, en soluciones de catástrofe. Todo lo contrario. Cuando aliento la esperanza de una renovación profunda en el mundo, es porque sólo por ese camino, por el de una profunda y audaz renovación, es por el que podrá evitarse que la terminación de la guerra, lejos de traer consigo la paz, signifique el recommienzo de una nueva guerra, mucho más atroz, en que las clases sociales no se darán cuartel. Frente a la posición de los que todavía no han encontrado motivos suficientes para someterse a un severo examen de conciencia, está la de quienes, de una manera más o menos precisa, pero viva, se dan cuenta cabal de que el mundo está en trance de parto. Voy a leeros unas palabras que, hace bien pocos días, pronunciaba Mr. Welles,

subsecretario de Estado de los Estados Unidos. Decía Mr. Welles así: "Cuando acabe la guerra, millones de los pueblos del mundo estarán sin hogar. En Europa y en Asia, los sistemas de transportes estarán arruinados, las instalaciones de producción destruidas. Las granjas convertidas en escombros, y las ciudades devastadas. Todos nosotros tendremos que enfrentarnos a la tarea de convertir a los usos de tiempo de paz industrias completas que actualmente están produciendo municiones de guerra". He ahí, amigos, un cuadro sintético, muy aproximado, del mundo que nos van a entregar los ejércitos combatientes. Y en otro orden, pero coincidiendo, en sentido general, con las palabras que acabo de leeros, otro representante de la gran República norteamericana, encarnación del sistema capitalista, ha dicho también, en ocasión reciente, lo que oiréis ahora. Se trata de míster Wallace, vicepresidente de los Estados Unidos. Oigámosle:

"Cuando el tiempo de la paz llegue, el hombre del pueblo se encontrará de nuevo con un deber, con el supremo deber de sacrificar el interés menor al interés mayor del bienestar general. Los hombres que escriban la paz han de escribirla ajustada a la medida universal. Ya no caben los pueblos privilegiados. Nosotros mismos, en los Estados Unidos, tampoco somos una raza dominadora, como no hay ninguna, como no son los nazis; y no podemos perpetuar la guerra económica sin sembrar las semillas de una guerra militar. Para llenar nuestra misión en las negociaciones de la paz, hemos de emplear todo nuestro poder para que se construya una paz económica que sea justa, misericordiosa y perdurable".

El discurso de Mr. Wallace no es ciertamente un discurso marxista. Es más bien un discurso religioso de tipo metodista, en el que asoma una profunda inquietud que se sitúa ante el porvenir. Como ése podrían invocarse otros muchos testimonios, pero todos ellos no harían sino robustecer la convicción, que yo estoy tratando de exponer ante vosotros, de que hacia los cuatro puntos cardinales del mundo cunde la alarma, se siente la proximidad de un cambio histórico sustancial, y hombres que en lo profundo de su ser miden y pesan el momento por que atraviesa nuestra vida, se adelantan ya a extenderle los brazos con el propósito de que el camino sea lo menos violento posible.

DOS PACTOS TRASCENDENTALES

Dos antecedentes de extraordinaria significación deben ser tenidos en cuenta. El uno es el llamado Pacto del Atlántico, firmado hace ahora casi dos años. Ese pacto, que no hace más que dibujar en líneas vagas una concepción futura del mundo, tiene la gran significación de que lo suscriben las dos naciones más poderosas. Y pese a la vaguedad de las cláusulas del Pacto del Atlántico, en él se aconseja bien claramente la actitud de transformación mental y espiritual en que hay que situarse ante el futuro que se nos viene encima. El otro, mucho más reciente, es el pacto acordado por Inglaterra y Rusia, extendido a los Estados Unidos. Todavía es más vago, puesto que ignoramos su contenido concreto, este segundo pacto. Pero, en cambio, qué rico en sugerencias es. Porque, además de lo que representa como garantía para el mañana el hecho de que las naciones más poderosas del mundo se erijan en guardianes de una civilización liberal, hay el dato de enorme trascendencia que representa la firma de Rusia al pie de ese convenio. Es decir, que las democracias, las grandes democracias que ahora están pagando sus culpas pasadas —rectificando una política torpe—, no sólo reconocen a Rusia el derecho de ser signataria con ellas de un pacto en el que se juega el porvenir inmediato, sino que a su vez Rusia, la condenada, la desdeñada, el país en donde se está ensayando un sistema socialista, da un paso decisivo y se apresta igualmente a ser guardián en la custodia de la democracia y de las libertades del mundo. De esos antecedentes sólo pueden sacarse conclusiones venturosas.

ENSAYOS DE PROGRAMA

Yo quisiera aludir ahora a la impaciencia, impaciencia que reputo, desde luego, generosa, de algunos compañeros nuestros que, a impulsos de una ambición ideal, quisieran que nuestro Partido trazara programas concretos para el mañana, como si lo que el porvenir va a ser exactamente pudiéramos leerlo en las rayas de nuestra mano. Si ni siquiera los grandes gobernantes son capaces de definir en líneas precisas cuál va a ser la organización social del mundo, no es mucho que, no el nuestro, todos los partidos políticos, españoles o no, se encuentren en una situación embarazosa en que no pueden hacerse afirmaciones rotundas ni decirse palabras definitivas. Lo más concreto de lo que hasta ahora se ha dicho, al menos de cuanto yo conozco, es lo que ha dicho el laborismo inglés. El Partido Laborista inglés, por boca de su presidente Clement Atlee, en un discurso que nuestro camarada Indalecio Prieto ha comentado recientemente, y con gran agudeza, ha dicho esto (extracto aquello que me parece más sustancial):

"Es preciso abandonar totalmente la agresión y el uso de la fuerza armada como instrumento político, quedando la guerra fuera de la ley y la ley aceptada como regla".

"Siendo la anarquía internacional incompatible con la paz, deberá reconocerse, por interés común, una autoridad internacional superior a los Estados particulares, provista, no solamente de derechos vis a vis de dichos Estados, sino también de una fuerza capaz de hacer efectivos tales derechos en el dominio político e incluso en el dominio económico".

"Europa deberá federarse o perecer".

"Hay que renunciar al imperialismo y aceptar el principio de que en la administración de colonias o territorios a los cuales no pueda concederse todavía una administración independiente, los intereses de los indígenas tendrán prioridad, disfrutando todas las naciones de acceso igual a los mercados y a las materias primas".

Nadie ha dicho, repito, nada más concreto que eso. Y, a mayor abundamiento, el Partido Laborista Independiente, que figura al ala izquierda del Partido Laborista, ha esbozado también un programa que en sus líneas generales se ajusta casi exactamente a lo que acabo de leer.

Evidentemente, esta posición del laborismo señala, de manera harto clara, el camino a seguir. Y nadie podrá recusar una opinión que viene autorizada por una organización política y sindical que, a su enorme fuerza material, une la responsabilidad que hoy le ata a funciones directoras en la guerra y, además, el antecedente de ser una organización política que ha caminado siempre con paso firme y ajena a toda suerte de veleidades demagógicas.

Mucha es la esperanza con que yo veo el porvenir, esperanza que no me hace ignorar los sombríos nubarrones que se ciernen sobre él. Mucha es mi esperanza; pero, precisamente, porque esa esperanza es grande; porque la siento muy cimentada en mi corazón, es por lo que quisiera también que cuando nos pongamos a pensar en el porvenir lo hagamos con la cabeza firme y serena. Yo sé muy bien —y si alguien viene a decirnos lo contrario miente— que el término de la guerra no podrá traer como resultado inmediato un régimen socialista en el mundo. Sé que un régimen socialista no puede levantarse sobre una economía arruinada. Y la economía en Europa, y la de América también, cuando acabe la guerra, va a ser, en mayor o menor grados ya lo decía Mr. Wallace en las palabras que he leído antes, una economía desarticulada, una economía arruinada.

RESPONSABILIDAD DE LA POSGUERRA

La posguerra, si, como yo digo y pienso, va a ser una posguerra fecunda en que van a operarse cambios radicales en la estructura económica y política del mundo, pero que a la vez ha de venir preñada de tremendos problemas y responsabilidades para nosotros,

requerirá de todos, organizaciones sociales, partidos políticos, el ciudadano y el sindicato, una preparación especial de ánimo hacia el sacrificio. La primera tarea que a todos se nos impondrá de una manera imperativa, será ésta: remediar, con nuestro esfuerzo virtuoso y callado, los enormes estragos que la guerra habrá producido. Y esa situación va a ser idéntica para todos los países, y acaso un poco más grave para nosotros en virtud de la terrible tragedia de nuestra contienda civil. ¿Con qué voluntad vamos a aceptar ese cometido histórico? Amigos; yo no he creído nunca, no lo creo tampoco ahora, que la confesión, pública o no, de nuestras culpas, sea dañosa. Es tema viejo sobre el cual más de una vez hemos emitido opinión. Yo no creo que los males se remedien callándolos, como no se curan las enfermedades por dejar de hacerles el diagnóstico adecuado. Y cuando nosotros volvemos la vista a nuestro pasado inmediato y descubrimos en nuestra actuación errores graves y los sacamos a la luz pública para procurarles la enmienda correspondiente, que nadie se rasgue las vestiduras, porque eso es fecundo; porque declarar las culpas es ponerse en situación de remediarlas; porque reconocer el error equivale a hacer examen de conciencia también. Y aún digo más. Digo que nosotros, socialistas y republicanos españoles, podemos, sin temor ninguno, pregonar en el exilio los errores en que hayamos podido incurrir, porque esos errores, decuplicados, centuplicados si queréis, no alcanzarán nunca el tremendo volumen de las culpas y crímenes que ha cometido y está cometiendo el régimen franquista hoy imperante en España. Ese paralelo no es tolerable. Reconocer nuestras culpas no es aminorar ni liquidar las de otros. Y cuando alguien quiera establecer comparaciones mediante las cuales el reparto de responsabilidades por la desgracia de España haya de hacerse en partes iguales, yo seré uno de los que se nieguen a aceptarlo. ¡No! ¡Suya es la culpa íntegra de la guerra civil; suya es la mayor responsabilidad en el atroz desarrollo de nuestra contienda! ¡No! No hay paralelo ni comparación posibles! ¡Aunque reconozcamos graves nuestras culpas, siempre, siempre, llevaremos nosotros una superioridad infinita sobre ellos en punto a estimación! (Muy bien).

EN MARCHA HACIA EL SOCIALISMO

Voces autorizadas han hablado de nuestros problemas. Por ejemplo, la de un republicano ilustre, cuya opinión me merece el respeto debido, quien en fecha reciente todavía, y desde esta misma tribuna, enfilando su pensamiento principalmente a nuestro Partido y a las organizaciones obreras, nos requería para que hiciésemos una definición. "¿La República —preguntaba— es estación de paso? Pero si es estación de paso, ¿qué es eso? ¿Qué quiere decir estación de paso?" Yo reitero lo que dije al comienzo: que mis palabras, buenas o malas, no tienen alcance oficial ni otra representación que la mía. Pero personalmente, y muy de pasada, voy a permitirme responder por mí este requerimiento que un hombre representativo del republicanismo español ha hecho público desde esta tribuna. Lejos de ser estación de paso, la aspiración nuestra, la de los socialistas, ha sido y es que la República sea estación definitiva; pero, naturalmente, nuestra República es una República socialista, que no tiene menos derechos que una República burguesa o capitalista. Y si la República ha de ser, como se pretende, estación en que todos podamos convivir; si en la República han de conjugarse opiniones e intereses distintos, no van a ser los nuestros los que eternamente estén en desventaja. Se nos puede pedir, y desde ahora concedemos, un sometimiento íntegro a la voluntad común. Lo que no se nos puede pedir es que al cabo de más de medio siglo de vida socialista, nosotros vengamos a ser el puntal casi único en que se sustente una República burguesa. Para eso sobran los cincuenta años de socialismo, a los cuales ni yo, ni nadie, hemos de renunciar jamás (Aplausos).

No podemos aspirar hoy a un régimen socialista puro. Yo lo sé. Y aquí queda con-

signada, en palabras bien terminantes, esta opinión que acaso a algún teórico intransigente le parezca herética; pero a lo que sí podemos aspirar y aspiramos es a un régimen orientado hacia el socialismo. Y, o yo me equivoco y no tienen valor práctico ninguno las palabras que os he leído antes de hombres representativos de la democracia universal, y carecen de todo contenido los dos pactos a que "también hice alusión, o la economía del mundo, terminada la guerra, tiene forzosamente que orientarse hacia un régimen socialista. Yo sé también que la política práctica, es decir, la política aplicada en función de gobierno es siempre, siempre, una transacción entre la teoría y la realidad, entre lo soñado y lo posible. Busquemos, pues, esa línea media entre la teoría y la realidad, entre lo soñado y lo posible. ¿Cuál es esa línea en que tiene que asentarse, a mi ver, la política económica del mundo terminada la guerra? Pues, más o menos acusadamente, un socialismo de Estado. Un socialismo de Estado en el que, respetando, en la medida de lo indispensable, la propiedad privada, se ataque también, en todo aquello que suponga un estorbo para la marcha de la democracia hacia realizaciones sociales de carácter socialista, la empresa particular. Nacionalización de no pocas industrias, socialización de muchas de ellas. Y cuando esto llegue, los sindicatos tendrán que ser sostén principalísimo de esa economía.

EL ESTADO Y LOS SINDICATOS

Sé que algunas críticas que se han hecho de la actuación de los Sindicatos han producido reacciones, a mi juicio, desproporcionadas e injustas. No se ha querido ver, y es conveniente que lo veamos, que muchas veces, según sea la posición del censor, la dureza de la censura está en relación directa al amor y a la esperanza que se puso en la cosa censurada. Es forzoso el reconocimiento de que en el curso de nuestra guerra civil, no los Sindicatos, los partidos políticos también y, sobre todo, ciertos partidos políticos, hemos cometido errores de los cuales hoy debemos arrepentimos y procurar no incurrir en ellos más. Pero, al tiempo que este reconocimiento se hace público, debemos también reiterar nuestra fe en las organizaciones que, como decía antes, a lo largo de más de medio siglo han sido la cantera en la cual hemos trabajado y de la cual hemos extraído a la vez nuestras mejores reservas de energía. A los Sindicatos les va a corresponder un papel fundamental en la nueva economía del mundo. Quienes —y empiezo por mí mismo— llevamos en el bolsillo el carnet de un Sindicato, meditemos en esa tremenda responsabilidad que vamos a afrontar e, implacablemente —porque no debe importarnos torcerle el cuello al gallo alharaquiento de la demagogia—, implacablemente, preparémonos a ser servidores humildes de esa responsabilidad, cargada de esperanzas y deberes, con la cual nos vamos a encontrar (Aplausos). Muchos sacrificios se nos impondrán. Van a ser muchas las renunciaciones voluntarias que habremos de acordar. Y yo os anticipo ya una. Quisiera que cayese bien en vuestros oídos. Desde ahora podemos ir todos haciendo el ánimo a la idea de que una de las renunciaciones a que habremos de llegar será la del derecho de huelga. En la tremenda situación económica que dominará en el mundo, acabada la guerra, condición fundamental para restaurar la economía —y hablo, naturalmente, ya hice antes las aclaraciones del caso, de una economía orientada hacia el socialismo— el primer deber, casi diría yo que el exclusivo, va a consistir en un trabajo febril, que no ha de interrumpirse por nada ni en ningún instante. Pero claro es que cuando cargo esta partida en el capítulo de deberes de los Sindicatos, pongo también su partida correspondiente en el capítulo de las compensaciones. Y digo que a los Sindicatos el Estado tiene derecho a exigirles plena subordinación en la medida en que el Estado tome a su cargo la protección, de los intereses obreros. Es decir, los Sindicatos han de subordinarse al Estado en la medida en que el Estado siente su esfuerzo creador en un sentido de realizaciones socialistas (Muy bien).

Fuera ilusorio por mi parte —creo que por la de cualquiera—, tratar de formular con líneas concretas y precisas un programa de gobierno. Pero sí podemos, y yo voy a permitirme hacerlo muy someramente, imaginar lo que en rasgos generales tendrá que ser la política de la posguerra. Yo hablé antes de nacionalización de industrias y socialización de otras. Creo que habrá de abrirse un cauce anchísimo al movimiento cooperativista, que en España hemos desdeñado muy torpemente, y cuya expresión magnífica tenemos en las realizaciones logradas en los países escandinavos. Un movimiento cooperativista que puede ser nuestra mejor escuela de socialismo; que es ya un principio de socialismo. Y creo que el Estado, a través de convenios internacionales, convenios internacionales de carácter obligatorio, porque si no carecerían de valor —y hay que hacerse al convencimiento de que las soberanías nacionales han muerto en muchos aspectos—, el Estado, decía, vendrá en la obligación, a mi juicio, de hacer frente de una manera radical a estos dos problemas: la absorción completa del paro obrero —vergüenza que acredita hasta qué punto el régimen capitalista es incapaz de resolver sus propias contradicciones—, y aseguramiento a cada trabajador, especialmente a los del campo, de un salario vital mediante el cual no haya un solo hogar en que se pase hambre.

Difícil es el empeño, pero si no fuera difícil, tampoco valdría la pena de que pusiéramos en tensión nuestra voluntad. Y lo menos, lo menos que las clases obreras del mundo tienen derecho a exigir, sean los que fueren los sacrificios que para ello haya que hacer, sean las que fueren las facultades que haya que cortar y los cercenamientos a que haya que llegar en el régimen de propiedad privada; lo menos que las clases obreras tienen derecho a pedir es éso: que se les garantice un trabajo permanente y un salario mínimo vital.

LA SUERTE DE ESPAÑA, LIGADA A LA DE EUROPA

El tema sería inagotable. De lo dicho podemos hacer este resumen:

Federación Internacional de Estados; unidad del mundo, en la medida de lo posible —y esta posibilidad ha de ser muy amplia—, política, económica y cultural; política orientada hacia un socialismo de Estado. En el engranaje de esa política está España, por supuesto. Quien piense que los problemas españoles van a resolverse espontáneamente, con independencia de su enlazamiento con los problemas del resto del mundo, merced a tal o cual acontecimiento de carácter aislado, se equivoca. El destino de España está ligado indisolublemente al destino de la guerra. Ganada la guerra, ya hemos esbozado, bien o mal, cuál va a ser la política internacional por la cual Europa habrá de caminar, y España también.

Y ya que hablamos de España, yo quisiera aludir a un problema típicamente español, al cual se le está otorgando en el destierro una importancia equívoca y desmedida: el de los particularismos regionales. Los particularismos regionales no son un tema de opinar, son un hecho histórico, y en muchos aspectos un hecho feliz. Pero de la consideración de ese hecho histórico, nadie podrá llevar a mi ánimo el convencimiento de que debemos aceptar ni transigir con el separatismo. Yo no transijo con el separatismo. Y voy a decir, además, que tampoco soy federal. En el programa del Partido Socialista, programa redactado hace cincuenta años, se admite —ya lo sé—, la posibilidad de la forma federal. Pero el programa del Partido Socialista tardará en ser modificado lo que nosotros tardemos en regresar a España. Yo quiero, aprovechando la circunstancia de hablar esta noche ante vosotros, que conste ya por anticipado que hay, por lo menos, un socialista que no cree en la solución federal.

EL CRÉDITO DEL PARTIDO SOCIALISTA

Sigamos con España. Por información cuya autenticidad puedo garantizar, sabemos con certeza que la situación interior de España es ésta, por lo menos, en uno de los aspectos que más nos interesa recoger: en España hay fuerzas políticas —hubo, mejor dicho— totalmente desestimadas. Hay otras que cuentan poco o no cuentan nada; y hay una en la cual la voluntad popular tiene puesto un crédito ilimitado. Esa fuerza política es la nuestra. Y recogiendo el mensaje mudo de esa voluntad popular española que tiene puesta su esperanza en el Partido Socialista, con palabras muy sencillas, sin llamamientos líricos de ninguna clase, yo apelo al corazón de todos los socialistas, a la conciencia de todos los socialistas, para que veamos hasta qué punto no podemos defraudar esa esperanza. Haciendo honor a la memoria que dentro de España nos dedican los camaradas que allí padecen; haciendo honor a lo que fue y volverá a ser nuestro Partido, yo requiero de todos los socialistas que el espíritu de las viejas virtudes se reavive, que el sentimiento que hizo grande a nuestro Partido se robustezca, que lo sientan florecer de nuevo aquellos que se lo hayan dejado amustiar. El Partido está en España y aquí. Aquí, en este local, no en otro. Y la parte que estamos aquí hemos de ser misioneros sentimentales y en conciencia de la parte que está allí. Camaradas, yo no sé siempre lo que hay que hacer, pero sé muy bien lo que no debe hacerse. Y una de las cosas que no deben hacerse, por ejemplo, y sobre todas, es ésta: arrancarnos la piel a tiras mutuamente. ¿En virtud de qué razón, de qué despechos, en virtud de qué querellas internas más o menos justificadas podemos nosotros romper los vínculos familiares que nos atan a la tradición? En nombre de nada. Y por eso, antes de terminar, he querido pronunciar estas palabras con las cuales aspiro a que cada uno de nosotros rectifique aquello que en su conducta encuentre rectificable.

Termino ya. Quiero acabar exhibiendo ante vosotros una anécdota, seguida de su moraleja, con la cual puse remate también, ya muy avanzada nuestra guerra, al último discurso que pronuncié —me conmueve el recuerdo profundamente— en la Casa del Pueblo de Madrid. La anécdota es ésta. Una tarde invernal, el gran escritor y pensador escocés Tomás Carlyle recibió en su casa de Londres la visita de un amigo. Se estrecharon las manos, acercaron los sillones a la chimenea, cargaron las pipas y fumaron en silencio. Pasado un largo rato, atizaron los leños, cargaron nuevamente las pipas y siguieron fumando. Se cerraba la noche. En los cristales de las ventanas se apelotonaba en grandes vedijas grises y rojizas la niebla londinense. Al cabo, el amigo de Carlyle se levantó, estrechó la mano del escritor y se fue. Pasados los años, Carlyle solía recordar aquel episodio y afirmaba que nunca había tenido una conversación tan grata como aquella. La moraleja es ésta: en muchas ocasiones las mejores palabras son aquellas que no se pronuncian. Lo digo pensando en las mías. Y con que las mías no os hayan parecido a vosotros de aquellas que están mejor guardadas que dichas, me consideraré contento y agradecido (Muy bien. Aplausos).

CRÉDITO Y RESPONSABILIDADES DEL PARTIDO SOCIALISTA

Han querido el Partido Socialista —con sus Juventudes— y la Unión General de Trabajadores, aprovechar la estancia transitoria en México de algunos de sus hombres más calificados para organizar este acto en el que dos de ellos van a dirigir la palabra. No incurriré yo en la vana pretensión de hacer presentaciones. Ninguno de los oradores de esta noche la necesita. De sus méritos hablan sus nombres; de sus nombres habla su historia. Sí diré que su presencia aquí, y con ello aludo a todos los compañeros

llegados de Europa, suscita en nosotros una emoción vivísima y profunda. Es el nuestro un caso parejo al de unos hermanos separados por el azar y perdidos en senderos ásperos una noche de borrasca, que volvieron a encontrarse al renacer el día. Y en el encuentro hemos podido comprobar que los viejos lazos fraternales están intactos; que el pensamiento no se ha desviado; que la comunidad espiritual no se ha roto. Es así como los socialistas españoles dispersos en Europa, en África y en América, pasada la trágica aventura de la guerra, volvemos a encontrarlos reunidos —y unidos— bajo las viejas y gloriosas banderas.

Son estos compañeros, todos ellos, correos entrañables de los socialistas de Europa y de África. Ya es mucho. Pero son algo más: nos traen el apretón de manos furtivo, el saludo susurrado al oído de los socialistas de España, para los cuales parece dictada la sentencia de Sócrates según la cual la vida tiene importancia en la medida justa en que se está dispuesto a perderla cuando el deber lo pide. Y la presencia de estos camaradas aquí, y el mensaje que de España nos traen, y el fervor de todos nosotros, me hacen evocar jornadas pasadas y venturosas que también volverán. Recuerdo el tránsito de nuestras Casas del Pueblo en España, las apasionadas discusiones de nuestras asambleas, todo conque constituía, en nuestra vida política y sindical, el noble afán cotidiano correspondiente a nuestra condición de militantes. Digo que volverán esas jornadas y no las evoco por pura emoción sentimental. Volverán acrecidas en su volumen, sobrecargadas de responsabilidad. Y si estos años de peregrinación por el mundo —años que en su dolor moral equivalen a siglos— no han servido de aprendizaje para hacerles frente, no habrán servido de nada. Es siempre una buena disciplina espiritual la de desnudarse el pecho y hacer acto de contrición en público. Yo quiero decir —no por primera vez; otros compañeros lo han dicho también— que al Partido Socialista le alcanza poca responsabilidad en la desventura de España. Le alcanza por nuestras divisiones internas, por nuestras luchas intestinas. Y cuando frente a nosotros se plantee de nuevo el panorama de nuestra vida reconstruida en España, es menester que hagamos resolución íntima, enteriza, de que el pasado, por lo menos en lo que el pasado tiene de error, no volverá.

Yo sé que un partido —un partido de condición democrática, por lo menos— es un conjunto de criterios y voluntades unidos en lo fundamental y permanente, aunque no forzosamente unificado en lo accesorio y pasajero. La discrepancia es lícita. Lo que no es lícito —y lo voy a decir con palabras magníficas que he copiado de la Memoria redactada por los socialistas de Francia—, lo que no es lícito es la discrepancia organizada, es decir, el partido dentro del partido. Dicen nuestros compañeros de Francia lo siguiente:

"En nuestro Partido, como los militantes piensan con sus cabezas y no con la ajena, unas veces coinciden y otras no. La unidad espiritual del Partido se encarga de armonizar estas discrepancias. Lo que no es admisible es que discrepen siempre los mismos o que coincidan los mismos siempre. Y mucho menos que se formalicen orgánicamente las coincidencias y las discrepancias. Eso paralizaría la vida del Partido y le condenaría al suicidio".

No puede hacerse una definición mejor de lo que es quebrantamiento de la vida moral de un organismo. Tuvo ya, pero habrá de tener en mayor proporción todavía, una responsabilidad directa, principal, fundamentalísima, en la vida de España el Partido Socialista. Cuando regresemos, —quisiera creer que tan pronto como lo deseamos—, es posible que, a la usanza de los viejos indios, haya quien regrese con plata en el bolsillo. Los más la llevaremos en la cabeza, peinada en hebras, signo claro de amargas soledades y calladas nostalgias; pero con lo que no podemos volver es con el alma enturbiada por ninguna clase de pasiones inconfesables. Hemos de ir a llenar tareas que el

destino nos depara, de cumplimiento difícil, y al frente de las cuales, y sobre todas, está la de hacer que, una vez cumplida la misión de castigar inexorablemente las culpas cometidas por los causantes directos de nuestra ruina, nos demos todos a la función de ablandar y sensibilizar el alma de España, hoy endurecida por el odio que sembraron en ella los traidores, de tal manera que se haga permeable a la convivencia y a la tolerancia; de suerte que pueda España ser una comunidad de gentes dispares en intereses y credos, pero vinculada a un solo destino histórico, en lugar de seguir siendo un conglomerado de tribus en discordia, batiendo permanentemente los tambores de la guerra civil.

Queridos amigos, voy a terminar, porque mis palabras son más de las que cumplen a mi papel y, desde luego, más de las que convienen a vuestra paciencia. Voy a terminar repitiendo la frase con que se cierra un manifiesto que acaba de llegar a México de la Alianza Democrática que funciona en España —socialistas, U. G. T., C. N. T., partidos republicanos—, fechado en el mes de septiembre, frase que dice así: "La voz de España se oirá pronto". Pues bien, yo os digo a todos: Alerta y atentos a esa voz (Aplausos).

A continuación intervinieron los compañeros Luis Araquistáin y Trifón Gómez.

ACTO DE PROTESTA CONTRA EL PACTO ENTRE ESTADOS UNIDOS Y FRANCO

La Agrupación Socialista Española y la Unión General de Trabajadores, de México, organizaron un acto político, al que se sumó la Confederación Nacional del Trabajo (Sección de México), el 11 de junio de 1953, en el Teatro Arbeu de la capital mexicana.

En dicho acto político, de protesta contra el Pacto entre Estados Unidos y el general Franco, intervinieron los siguientes oradores: Manuel Albar, por la Unión General de Trabajadores de España (Sección de México);

Joaquín Cortés, por la Confederación Nacional del Trabajo; Indalecio Prieto, por el Partido Socialista Obrero Español. A continuación reproducimos el discurso pronunciado por Manuel Albar.

Por enésima vez, y no será la última, vamos esta noche a elevar en público nuestra voz para protestar contra el presunto convenio _contubernio, para ser más exactos— que se prepara entre la gran república norteamericana y el Gobierno dictatorial del general Franco, pacto que antes de alumbrar ha producido ya rozamientos profundos en el bloque occidental y ha de producirlos todavía mayores si llegara a consumarse.

Yo hablo esta noche —lo dijo el presidente— representando a la Unión General de Trabajadores, una de las dos grandes sindicales, lo sabéis todos —la otra es la Confederación Nacional del Trabajo—, que en España agrupaban, y agruparán mañana, a la casi totalidad de los trabajadores organizados españoles. La Unión General de Trabajadores, reiteradamente, con insistencia que le honra, ha hecho constar su oposición a toda concesión que se hiciera por los Gobiernos democráticos al gobierno dictatorial del general Franco. Dondequiera que tuvo ocasión ha llevado el testimonio de su dolor y de su repugnancia. Allí donde hubo un comicio obrero internacional, la Unión General de Trabajadores estuvo presente. En la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, a la cual está afiliada, la Unión General de Trabajadores ha estado presentando constantemente su demanda de ayuda en defensa de la democracia española y de la clase trabajadora obrera, violentada, escarnecida y perseguida. Portavoz de sus demandas ha sido, en el orden internacional, la Confederación de Organizaciones Sindicales Libres. A través de las dos grandes sindicales norteamericanas, la Federación Americana del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales, CIÓ, se ha hecho llegar una y otro vez al Departamento de Estado la

gar una y otro vez al Departamento de Estado la protesta ante la posibilidad de que el Gobierno de Washington llegue a pactar con el Gobierno del general Franco. Bien recientemente, ante apremios formulados por la Unión General de Trabajadores, en reunión especial convocada por la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, se han tomado acuerdos que están en trámite de cumplirse, o se habrán cumplido ya, encaminados también a impedir que el monstruoso contubernio se consuma. Quiere esto decir, por una parte, que a la Unión General de Trabajadores no se le puede hacer reproche alguno de no haber cumplido con su deber, y quiere decir también, y esto es más penoso, que en el Departamento de Estado de los Estados Unidos pesa mucho menos la voz de sesenta millones de trabajadores agrupados en la Confederación Internacional de Sindicatos Libres que la voz de unos cuantos políticos de conciencia adormecida o retrasada y unos cuantos militares que juzgan los problemas políticos, tan sutiles y complejos, con un criterio estrechamente castrense.

Cuando alzamos nuestra voz en demanda de justicia, es frecuente que se nos responda diciendo que el problema político de España es un problema exclusivo de españoles. La falacia es notoria. El problema político de España, en el supuesto —y ya es conceder— de que haya hoy problemas estrictamente nacionales en el orden político, hubiera sido un problema exclusivamente nacional, es decir, de españoles, si cuando se provocó la infame sublevación de 1936 el Gobierno de la República española hubiera contado con las asistencias a que tenía derecho y, a la vez, si no se les hubieran concedido a los rebeldes las ayudas que ningún razonamiento podrá jamás justificar ante la Historia. Vencida la República, arrojados fuera de España quienes tuvimos la fortuna — ¡triste fortuna!— de poder salir de ella, el problema español es un problema internacional, querámoslo o no, quiéranlo o no. Lo es por las complicaciones que ha creado y creará; pero lo es, sobre todo, porque es un drama moral en el que todos tienen responsabilidad, y mientras haya un solo español que sea víctima de Franco, mientras quede viva una voz que pueda levantarse en un recinto como éste a proclamar la injusticia cometida, el problema de España seguirá siendo un problema internacional. Una cosa es que lo sea y otra que quienes deben y pueden resolverlo no quieran enterarse, acaso por vergüenza de su propia culpabilidad.

UNA SOSPECHA LICITA

¿De qué se trata ahora? ¿Qué razones, qué argumentos se exhiben para justificar la necesidad de que un Gobierno democrático, y nada menos que el que pretende ser rector de la vida internacional, llegue a pactar con un Gobierno de naturaleza despótica como la que tiene el del general Franco? Razones —se dice— de orden estratégico militar; razones muy discutibles, incluso desde el punto de vista militar también; pero inadmisibles, porque no hay ni una sola que sea valedera, desde el punto de vista moral. A favor de un anticomunismo absurdo, irracional, que está haciendo más comunistas que toda la propaganda comunista, se pretende hacer tabla rasa —por lo menos en nuestro caso— de todos los principios éticos que caracterizan la vida ciudadana del hombre digno y libre. ¿Vamos nosotros a rubricar con nuestro silencio semejante propósito? ¡Jamás! Pero, además, ante el examen de los acontecimientos que informan la vida internacional, cuando para justificar el propósito de pactar con Franco se invocan esas razones de tipo exclusivamente militar, nosotros tenemos el derecho a la sospecha de que por encima, o detrás, de esa invocación hay otros motivos, como pueden ser los de que, al impulso —natural si queréis— de expansión de quienes se encuentran con un poder económico, político y militar tan superabundante que escapa a su propio albedrío, a su propio dominio, se pretenda sentar planta en puntos estratégicos de Europa, no solamente con fines de defensa, sino acaso con fines de ofensiva y, desde luego, con am-

biciones de tipo imperialista.

¿Qué alcance, decía yo antes, va a tener, si llega a consumarse, el tratado con Franco? ¿Y qué duración? El alcance es fácil sospecharlo, por lo menos en lo fundamental. En cuanto a la duración, a su prolongación en la historia, hay en la historia misma ejemplos abundantes que nos dicen lo fácil que es para el poderoso instalarse en un país y lo mucho que cuesta hacer que salga de él. Desde 1882, el año en que ponen pie en Egipto, están anunciando los ingleses su retirada, y aún siguen allí. Para no alejarnos hasta China y la India, para venir a épocas muy de nuestros días ya, en 1903, ante la resistencia de Colombia para concertar con Estados Unidos un convenio oneroso, por uno de esos milagros que los dólares hacen de cuando en cuando, surgió la partición de Colombia y la república de Panamá, y ahí están los Estados Unidos controlando el canal y las dos fajas de terreno, a una y otra orilla, que van de un océano a otro. En 1905 se produjo la primera intervención norteamericana en Santo Domingo, y trajo como consecuencia la intervención de las aduanas dominicanas. Vino la segunda en 1916, ocupación que respondía a un incidente sin importancia, según se dijo, pero duró ocho años. En 1912, los marinos de los Estados Unidos pisaron tierra de Nicaragua, y pasaron muchos años antes de que la abandonaran dando lugar a que Sandino realizara la epopeya heroica que conmovió al mundo. En 1899, la Cuba que creía libertarse de la tiranía española, tuvo que soportar hasta 1934 la humillación de la enmienda Platt. Puerto Rico, la cenicienta de América, que también creyó ser libre cuando perdimos los españoles la guerra de 1898, todavía sigue sin ser libre y sin ser siquiera un dominio más con plenitud de derechos, de los Estados Unidos. Y, en fin, para no buscar ejemplos fuera de nuestra propia casa, ahí está, desde 1704, como una ofensa permanente a la soberanía española, la dominación inglesa del Peñón de Gibraltar.

¿TODA ESPAÑA UN GIBRALTAR?

Con el pacto en ciernes, ¿se quiere, acaso, hacer que toda España sea un Gibraltar? Yo digo que sí. No vale que se busquen artificios y sofismas para disimularlo. Pero hay algo peor. Perpetrado el contubernio, los gobernantes de los Estados Unidos, aunque les repugne, tendrán que ser no sólo unos defensores intransigentes de sus propios intereses creados en España, sino también, como consecuencia inevitable, y automáticamente unos defensores del régimen de Franco. La protección de sus intereses, la necesidad de conservar un régimen de tranquilidad, de orden material, en España, el temor —no sé si han reparado en eso los gobernantes de la Casa Blanca— de que cualquier gobierno que suceda al de Franco ostentando una auténtica representación popular se niegue a reconocer los compromisos contraídos por la dictadura, llevará fatalmente a los gobernantes de Estados Unidos a ejercer una especie de policía protectora del régimen de Franco.

¿Cabe bochorno mayor para el Gobierno de la nación democrática más poderosa del mundo? Quiero pensar que aun es éste un problema sometido a examen y que de ese examen puede salir una rectificación. Cuando nosotros comparecemos en la tribuna pública a pedir que se nos ayude a resolver el problema de España, no pedimos que se nos haga ninguna gratificación a título de beneficio gracioso. Venimos, primero, a pedir justicia —ya lo dije antes—, la que se nos debe; después, a decir y repetir que nuestra voz no será jamás silenciada; y luego, a proclamar —y los hechos rubrican nuestras palabras, porque ya han pasado bastantes años desde que la guerra civil se produjo—, que mientras el problema de España no sea resuelto con arreglo a razón y a ley, seguirá siendo un cáncer que envenenará la vida internacional. Por de pronto, el simple hecho de pretender trabar relaciones con Franco ha producido ya muchas fisuras en el bloque occidental y ha abierto un foco de incomprensión entre las naciones democráticas de Europa y el Gobierno de Estado Unidos. Peca de error el Gobierno de Washington

cuando piensa que puede, por sí, imponer su voluntad, el predominio que le da su gran potencia económica, política y militar, menospreciando a Europa. Europa, debilitada, es verdad, afligida por muchas calamidades, destrozada por unos estragos y unos bombardeos que los Estados Unidos, afortunadamente para ellos, no han tenido ocasión de conocer, tiene miedo a la guerra. Pero Europa no ha venido tan a menos como piensan algunos políticos norteamericanos. Europa, unida, representa políticamente una tradición aleccionadora; económicamente, una entidad que sólo superan los Estados Unidos; cultural y civilizadamente, es todavía el faro más luminoso, y lo será por mucho tiempo, que alumbra en el mundo.

"AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD"

No se puede desdeñar a Europa, y el problema de España es uno de los que más contribuyen a que las relaciones entre el bloque occidental adquieran caracteres de aspreza que se traducen, simplemente, en beneficio gratuito que recibe la propaganda comunista. ¡Ojalá esta voz que ahora levantamos en petición de justicia, fuera escuchada en la Casa Blanca! Ojalá, saliendo de esa especie de campana neumática en que parecen metidos los gobernantes norteamericanos, se aplicaran un poco más a estudiar psicológicamente lo que pasa en el mundo y cómo piensan los hombres que lo pueblan!

En 1823 se proclamó la doctrina Monroe. Era entonces una respuesta a la Santa Alianza ante el temor de que las naciones europeas trataran de imponerse nuevamente en América. Y se dijo: "América para los americanos." Pasó el tiempo, y cuando empezó la expansión norteamericana sobre el Continente americano, alguien, o muchos, le dieron a la doctrina Monroe una interpretación nueva, que era esta: "América para los yanquis." Después de la segunda guerra mundial, la expansión norteamericana ya no reconoce límites, y cabe pensar si estaremos en el comienzo de una tercera etapa de la doctrina Monroe que podría definirse así:

"Europa también para los yanquis." Pero tengan cuidado los gobernantes de EE. UU. El poderío material, afortunadamente, no lo hace todo. Los valores morales y espirituales pesan y pesarán siempre en el mundo, y, a la larga, son los que vencen siempre.

En nombre de la Unión General de Trabajadores, en nombre de nuestros compañeros que en España padecen persecución, yo apelo aquí a la conciencia, si es que nuestra voz ha de ser oída, de los hombres liberales, que son muchos, que hay en Norteamérica. Apelo a su historia, apelo a las organizaciones obreras de los Estados Unidos. Apelo a la confianza que durante muchos años, y todavía hoy, la democracia universal puso y pone en los Estados Unidos, para inducirlos a que revisen su política, para que esa torpeza insigne que constituiría el entrar en tratos con Franco, no llegue a ser realidad. La doctrina de Monroe proclamaba: "América para los americanos". Es una fórmula reaccionaria, antiecuménica, pero, en fin, valedera, si queréis, en su tiempo; hoy, no. Muchos años después de formularse, a finales del siglo pasado y justamente en el primer Congreso panamericano celebrado en Washington, otro americano ilustre, el argentino Roque Sáenz Peña, lanzaba otra consigna, mucho más universal y generosa: "América para la humanidad", es decir, para la libertad, para la democracia y para la justicia, las tres virtudes teologales que están proscritas en la España de Franco. (Aplausos)

TESIS POLÍTICA DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIALISTA

Bajo el patrocinio de la Asociación Liberal Española, dio comienzo en el Ateneo Español de México, el pasado día 12 de noviembre, un cursillo de conferencias en el que, bajo el tema general de "El problema de la libertad", participaron varios destacados

republicanos españoles, figurando entre éstos Manuel Albar, quien el día 22 de dicho mes leyó el siguiente trabajo:

No por vanidad, tampoco por alardear de modestia, que de ambos modos podrían interpretarse mis palabras, quiero adelantarme a confesar que el trabajo que voy a leer no es, ni con mucho, el que yo hubiera deseado presentar, y menos aún el que merece el propósito que esta Mesa Redonda se propone. Apremios de tiempo, determinados por obligaciones cotidianas e ineludibles me han impedido expurgarlo de defectos que lo hacen más vulnerable de lo que, de todas maneras, habría de ser. A falta de la primera de las dos virtudes que pedía Gracián, la de ser bueno, tendrá, siquiera, la segunda: la de ser breve. Y eso iremos ganando todos. Debo decir también, aunque se da por sabido, que las opiniones reflejadas en estas cuartillas de ningún modo implican una posición de partido. Hechas estas advertencias, veamos si logro cumplir mi cometido con el mayor aliño que me sea posible.

TIEMPOS DE ANGUSTIA

Dudo mucho que el mundo, por lo menos desde que salió de aquel túnel sombrío que fue la Edad Media, haya vivido un período de mayor angustia que el presente. Yo estoy muy lejos de pensar, como nuestro Jorge Manrique y algunos fosilizados mentales que miran hacia atrás, como la mujer de Lot, que "cualquier tiempo pasado fue mejor", pero sí puedo creer que ninguno le aventajó al nuestro en patetismo. Quienes como yo, hemos cruzado ya —años más, años menos— la frontera del medio siglo, hemos sido espectadores primero, actores después, en un drama histórico que apenas si ha tenido entreactos, y esos entreactos, cuando los hubo, estuvieron cargados de zozobra. Aparte de las guerras parciales, las contiendas políticas sangrientas y las enconadas luchas obreras, hemos padecido dos guerras mundiales y estamos, al decir de los augures —aunque yo no comparto su criterio— en vísperas de la tercera que sería, si llegara a estallar, mucho más terrible que las anteriores. Pero esto, con ser tan amedrentador, no es lo más grave. La barbarie, disfrazada de patriotismo o sin disfraz, siempre tuvo carta de naturaleza en las congregaciones humanas, y es probable que nunca logren los hombres curarse enteramente de ella. Yo sé bien que la historia no retrocede, aunque a veces lo parezca, y que el esfuerzo humano en busca de la felicidad, por mucho que tenga de quimera, no es empeño baldío. A pesar de las apariencias, que distan mucho de ser la realidad, ningún tiempo pasado fue mejor. Pero la vida de la cultura y de la civilización sufre eclipses, más o menos largos, y nosotros estamos asistiendo a uno de los más prolongados y profundos, pero pasajero como los demás. Diríase que han hecho quiebra todos los valores éticos que trabajosamente fueron ennobleciendo, de generación en generación, la convivencia entre los pueblos y entre los individuos: el sentido del honor, el respeto al derecho, e) sentimiento de la piedad, la estimación del prójimo p1 odio a la crueldad, la pasión por la justicia. Todos esos principios, en los cuales descansa nuestra vida de relación, se violan hoy a diario por los mismos que se proclaman sus guardianes y sin escándalo de nadie, excepción hecha de quienes, como nosotros, no tenemos voz suficiente para que se nos oiga ni en la altura de los que mandan ni en la llanura de los que obedecen mansamente. Nuestros gritos rebotan como en un valle desierto. De ahí nace la angustia que acongoja hoy al hombre sensible, defraudado en su esperanza, incierto ante su destino y reclamado por dos fuerzas opuestas, equivalentes a dos imanes contrarios iguales en potencia: capitalismo y comunismo. De cualquier lado que se incline, el hombre libre cae. En procurar el equilibrio, no como una solución definitiva, sino como una defensa provisional a dos paredes, está la salvación.

EL DRAMA DEL CAPITALISMO

Es evidente que el capitalismo, en los países de alto desarrollo industrial, ha llegado ya a ese punto de saturación, tan genialmente previsto por Marx en que, víctima de sus contradicciones internas, se muestra impotente para resolver sus propios problemas. En ése, como en los demás aspectos fundamentales de su teoría, se han cumplido fielmente los pronósticos de Marx, de quien se podrá discrepar, pero a quien nadie podrá negarle el mérito de haber sido un pensador de poderosa originalidad y el crítico más profundo y certero del régimen capitalista. La concentración de la riqueza en pocas manos, cada vez menos, se ha cumplido con innegable exactitud, hasta donde pueden ser exactos los supuestos históricos, por muy científicas que sean las premisas en que se apoyan, y las que Marx adujo eran bien sólidas. En Estados Unidos, por ejemplo, las dos terceras partes, cuando menos, de su producción industrial está controlada por grandes compañías o asociaciones de compañías que manejan miles de millones de dólares y dominan, directa o indirectamente, cada una de las industrias básicas, y algo semejante, aunque en menor proporción, sucede con la explotación agrícola. El caso, con las obligadas diferencias, se repetía antes de la guerra —y vuelve a repetirse ya— en Alemania, Inglaterra, Francia y Bélgica, como se repetirá, a medida que vayan adquiriendo desarrollo industrial, en los demás países. Poco importa que el capital movilizado por esas compañías esté representado por acciones individuales o colectivas, lo cual les otorga cierto carácter democrático. En la práctica, es un grupo reducidísimo de hombres —a veces una sola familia— el que dispone y decide. Y ese grupo de hombres fiscalizada la banca, elimina la competencia, fija precios, compra con su dinero a políticos venales, subvenciona periódicos y ejerce sobre el Estado una coacción de muy difícil resistencia. He aquí una síntesis burda, pero gráfica, de lo que es la democracia capitalista.

El sistema capitalista no ha sabido resolver —y era su primera obligación— el problema del paro obrero. Ni siquiera en las épocas de bonanza económica logró asegurar el empleo de los trabajadores, como lo comprueban las estadísticas. Tampoco ha sabido garantizar la paz, cada día más precaria. Por el contrario el capitalismo, con sus choques de intereses y sus rivalidades por la disputa de los mercados, lleva en su seno el germen de la guerra. La economía capitalista, inspirada exclusivamente en el afán de lucro, que es su acicate, no solamente no llena el fin social que a la comunidad conviene, sino que es, en realidad, una economía antisocial, puesto que está determinada no por las necesidades de la población, sino por las perspectivas de ganancia. El capitalismo hace del hombre un ser inmisericorde en la lucha por la vida, lucha en la que, al cabo, unos pocos resultan vencedores a costa del sufrimiento y la desventura de los más. El fracaso del sistema es tan notorio que sólo cerrando los ojos puede ignorarse. Cuanto más aumenta su capacidad productiva, más ostensible es su interna desintegración. Ahora mismo, si los Estados Unidos, donde el capitalismo ha logrado tan fabuloso desarrollo, suspendiera su producción de armamentos y material de guerra, se ocasionaría instantáneamente una crisis de consecuencias incalculables. De suerte —y aquí tenemos una de esas contradicciones que Marx señalaba— que a la vez que se habla de conservar la paz a todo trance, se fabrican febrilmente utensilios de guerra que carecen de toda significación si no se piensa en darles empleo. Porque la amenaza de Rusia, con su ejército descomunal haciendo guardia es, por desgracia, bien cierta, pero no es menos cierto que en la fabricación de armamentos encuentra el capitalismo norteamericano uno de sus mejores recursos para evitar la congestión.

Paralelamente a la concentración del capital se ha operado, tal como lo predijo Marx, una proletarización creciente de las masas de población, debida principalmente al avance arrollador del maquinismo. Aunque es imposible delimitar con exactitud dónde acaba la clase obrera y empieza la llamada clase media, no hay duda de que la primera ha ido absorbiendo a la segunda. En cambio, ha surgido con perfiles muy netos una ca-

tegoría social inesperada que, en cierto modo, está asumiendo un papel director de gran fuerza: la tecnocracia, producto directo del desarrollo mecánico que domina la vida de nuestro tiempo. Es un fenómeno muy notable cuyo examen rebasaría las proporciones modestísimas de este trabajo. Sólo diré que el predominio de la tecnocracia de ningún modo puede interpretarse como una esperanza para alargar la existencia del capitalismo.

El capitalismo, pues, por lo que se deduce de cuanto sumariamente llevo dicho, es tan incapaz de garantizar la seguridad colectiva como la seguridad individual. Tampoco es capaz de garantizar la libertad, porque ningún hombre es libre políticamente, es decir, socialmente, si económicamente es esclavo de otro. La democracia burguesa, sin embargo, tan insensatamente desdeñada por algunos ultraradicales que se mofaban de ella cuando podían gozarla, y la añoran hoy, cuando la hemos perdido, en parte por su culpa, está llena de fallas, pero es un gran bien y el instrumento mejor de que disponemos para acelerar y facilitar la transición —porque en ese trance está el mundo— del capitalismo al socialismo. He dicho democracia burguesa por seguir la nomenclatura habitual, pero confieso que el término me parece inadecuado. Cuando menos confuso. Quien recuerde las tremendas luchas sostenidas, contra la burguesía precisamente, hasta conseguir el sufragio universal, me dará la razón. La democracia no es un regalo de la burguesía, sino una conquista del proletariado. La burguesía la toleró, primero, como un mal inevitable, y la hizo suya después como un mal necesario y hasta conveniente, sobre todo desde que aprendió a burlarla. Pero eso no impide que, cuando se ve en apuros graves, la apuñale, como hemos visto en los últimos treinta años. Eso se comprende, aunque no se justifique. Lo que no se comprende es que hayan ayudado a matarla, por acción o por omisión, los mismos que debieron defenderla, no como un fin en sí, pero al menos como un medio para llegar a una democracia superior: la democracia socialista.

EL MITO DE LA VIOLENCIA

Aquí surge ante mí el mito de la violencia, que calentó durante muchos años el corazón y la cabeza de innumerables revolucionarios, herederos del romanticismo del siglo XIX, convencidos de que bastaba con que el proletariado se levantara en armas para que el Estado burgués se derrumbara y amaneciera una nueva justicia social. Supongo que a la hora presente no habrá nadie que abrigue semejante sueño. Contra la fuerza coactiva del Estado actual nada valen los medios ofensivos de unos grupos levantados en armas. La época de las barricadas hace mucho tiempo que ha pasado ya. Verdad es que los bolcheviques ensayaron en Rusia, y luego la copiaron con éxito sorprendente los fascistas, la técnica del golpe de Estado, aportación maravillosa del jesuitismo a las contiendas políticas. Pero esa técnica no sirve sino cuando el Estado, por determinadas circunstancias históricas, está en franca disgregación o cuando, como ocurrió en España, los que se sublevaron son los mismos que tienen a su cargo la función de guardar al Estado. No es que yo me declare enemigo a ultranza de la violencia, adoptando la inane filosofía tolstoiana. Sé que la violencia ha sido muchas veces el motor de la historia y frecuentemente el camino de la justicia. Pero alimentar la ilusión de que el régimen capitalista se derrumbará de la noche a la mañana mediante un simple golpe de fortuna es algo tan peligrosamente inocente como pensar que todavía puede repetirse el milagro de que con un toque de trompetas se derrumben las murallas de Jericó. Hace muchos años todos, o casi todos, creíamos aún en el mito de la huelga general, seguros de que contra ella no tenía defensa posible el régimen burgués. La experiencia ha demostrado que la huelga general no era más que una de tantas utopías por culpa de las cuales hemos descuidado —o han descuidado otros— el trabajo lento, paciente, pero eficaz de cada día. Tan dañosa como la taumaturgia religiosa es la taumaturgia revolucionaria que confía el triunfo al azar de un asalto victorioso a la ciudadela capitalista. Esa especie de mesia-

nismo ha producido males infinitos. Ha servido para todo, excepto para hacer la revolución o, cuando menos, para hacerla más fácil y cercana. Y no hago mención del terrorismo anarquista, a la manera de Ravachol, porque eso entra de lleno en el terreno de la psiquiatría.

Y bien: si el Estado capitalista no puede ser derribado por la violencia, a no mediar circunstancias especialísimas que nadie es capaz de prevenir y ajenas a nuestra voluntad y si, por otro lado, tenemos en cuenta que la sustitución de un régimen de propiedad privada por otro socialista está muy lejos de ser una mutación maravillosa como las que se operan en las comedias de magia, ¿qué camino hay para llegar a la realización gradual del socialismo si no es el de la democracia, con todos sus defectos, y el de la acción política orientada a una intervención cada vez mayor y más firme de la clase obrera en la dirección de los negocios públicos? Tan dañoso como la ilusión mesiánica de la violencia me parece el apoliticismo que todavía practican grandes masas de trabajadores, bien sea por motivos doctrinales, como en España, el último reducto de importancia que le queda al sindicalismo anarquista, o porque el proletariado carece de conciencia de clase, como en Norteamérica, donde aun se abriga el seño de que el obrero, como tal, no es más que un ente económico que tiene abiertas ante sí todas las posibilidades del triunfo. Lo mismo que los soldados de Napoleón llevaban en su mochila — simbólicamente, claro— el bastón de mariscal, millones de asalariados norteamericanos creen que llevan en el sobrecito de cobro de la semana, de la quincena o del mes la oportunidad de convertirse en capitanes de industria. Santa Lucía les conserve la buena vista.

Pero, entre los dos apoliticismos que acabo de señalar, me parece mucho más grave el primero, que es un apoliticismo agresivo, que el segundo, que no pasa de ser un apoliticismo pasivo. Este, cuando menos, limita su apoliticismo al terreno sindical, y no siempre, pero sin prohibir ni condenar la actividad política que cada asociado, individualmente, quiera ejercer, mientras que el otro hace de la abstención electoral un principio cerrado. Uno de los más conspicuos propagandistas del anarquismo —no me atrevo a decir caudillo, aunque los anarquistas no eran menos caudillos que los demás—, Enrique Malatesta, escribía en sus buenos tiempos: "Trabajadores, no votéis. Si votáis por los burgueses, apoyaréis a quien os reduce al hambre y os mostraréis dignos de la fuerza que os oprime. Si votáis por los trabajadores, os prepararéis nuevos patronos sacados de vuestro propio seno y demostraréis que no servís para libraros de la opresión, sino para caer entre nuevas cadenas. El voto, además de preparar los gobernantes de mañana, no puede servir más que para perpetuar las condiciones y la inercia del presente. Si queréis la libertad debéis apoderaros de ella. Las pocas libertades que tenemos, los pocos progresos realizados han sido conquistados por el pueblo, debido al miedo que ha sabido inspirar a los gobernantes, y se pierden cuando el pueblo cesa de ser su celoso custodio, confiándose para su defensa en la obra de los llamados representantes suyos. Ningún socialista al Parlamento. Quien quiera combatir para el pueblo, que esté en medio del pueblo". Y para remachar bien el clavo, en otro pasaje agregaba: "Votando se refuerza el perjuicio autoritario; se retarda la evolución en sentido anarquista; se perpetúa en las masas la mentira de la necesidad de las leyes; se afirma en el corazón de los hombres la confianza en los jefes; se forjan nuevos instrumentos de opresión; se preparan nuevos patronos... Votando se crían pastores y, por lo tanto, se sigue siendo rebaño". Esta demagogia ha tenido respuesta cumplida, por partida doble, en lo que va de siglo; mejorando notablemente la situación de los trabajadores en aquellos países donde el voto es un derecho efectivo, como Inglaterra y los países escandinavos; esterilizando la acción de los trabajadores en aquellos otros donde el mesianismo y el apoliticismo echaron raíces. La lección es singularmente provechosa para los españoles. Si lo mismo son

unos políticos que otros, si todos los gobiernos son igualmente malos, el voto, en efecto, no sirve para nada. Pero yo creo que había alguna diferencia entre Pablo Iglesias y Lerroux, pongo por caso, y me parece que también la hay entre el gobierno de Franco y los que tuvo la república e incluso la monarquía. Nuestra presencia aquí es una dolorosa confirmación.

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Si yo defiendo la democracia es porque apetezco la libertad, bien entendido que me refiero a una democracia de signo liberal, y éste es otro argumento en favor de la educación política de los trabajadores. Porque si por democracia se entiende solamente la igualdad ante la ley y la supremacía del número, la democracia pierde automáticamente la mitad de su valor. "La igualdad —dice Bertrand Russel— existe lo mismo donde todos son esclavos que donde todos son libres, lo que demuestra que la igualdad, en sí misma, no basta para constituir una sociedad ejemplar". Así —añado yo— como no puede haber libertad contra la libertad, no se concibe una democracia cuyos beneficiarios empiecen por negar, con su voto, los derechos que esa democracia les ha concedido. Sin embargo, por absurdo que parezca, eso lo hemos visto hace veintiún años en Alemania. Aupado por los votos escaló Hitler el poder, dispuesto a suprimir por el terror las libertades públicas.

Durante mucho tiempo fue motivo de discusión entre los socialistas el tema de la dictadura del proletariado, que los bolcheviques pusieron nuevamente de moda para justificar la suya, apoyándose en la autoridad de Marx, cuyos textos, por otra parte, han sido mutilados y falseados en Rusia. La verdad es que Marx sólo en dos o tres ocasiones —si llegan— alude a la dictadura del proletariado, y en términos tan vagos que ni remotamente puede admitirse como correcta la interpretación comunista. Me apresuro a declarar que aunque los textos de Marx, en ese punto, fueran terminantes, mi opinión no cambiaría. Yo no soy fetichista de nada ni de nadie, y me amparo para no serlo en el criterio del propio Marx, que irónicamente solía decir que el menos marxista de los marxistas era él. Nunca he podido comprender una dictadura de los más sobre los menos, a no ser que la mayoría suprima brutalmente los derechos inalienables del discrepante, que forman justamente la esencia de la libertad. Buscaré mayor refuerzo. Los esposos Webbs, figuras prominentes del socialismo británico, se expresaban de este modo acerca de la dictadura del proletariado: "Esta frase altisonante, usada más de una vez por Carlos Marx y respaldada por Lenin repetidas veces y con vehemencia, ha sido aceptada por los que gozan de autoridad como la designación oficial del gobierno de la U.R.S.S., con preferencia a cualquiera otra alusión al papel que desempeña el Partido Comunista o a la consigna original de 'todo el poder a los Soviets'. Francamente confesamos que no entendemos cuál ha sido, ni cuál es, el significado de esa frase. Dicha en inglés parece significar una dictadura ejercida por el proletariado sobre la comunidad en conjunto. Pero si hemos de tomar los términos literalmente, resulta una unión de dos términos que se contradicen entre sí. La dictadura, como gobierno que es la voluntad de una sola persona, no puede ser el gobierno de la voluntad de una inmensa clase de personas. Además, si entendemos por proletariado la inmensa masa de población que vive de sus ingresos diarios o, como dijo Marx con frecuencia, el conjunto de los trabajadores que intervienen en la producción industrial a cambio de sus salarios, la dictadura del proletariado, en los países capitalistas altamente desarrollados, como la Gran Bretaña, donde tres cuartas partes de todos los hombres en edad de trabajar son asalariados, no significaría otra cosa que el gobierno de la inmensa mayoría de la población. En tal caso ¿por qué habría de ser llamado dictadura?"

El testimonio que acabo de citar es bien autorizado; mas por si no bastara, tenemos

la experiencia de Rusia, que disipa todas las dudas. Cuando Marx se refería a la dictadura del proletariado hablaba de ella como de una medida muy provisional, y en Rusia dura desde hace treinta y siete años. Pero lo peor es que la dictadura del proletariado, según la lección rusa, empieza por quedar reducida a la dictadura de un partido, el comunista, pues todos los demás, como decía Lenin con siniestra ironía, están en la cárcel; la dictadura del partido se convierte pronto en la dictadura de un comité; y la dictadura del comité acaba en la dictadura de un hombre. No; con el tema de la libertad no se pueden hacer juegos de manos: se cree en ella o no se cree. Pero si se cree en ella, yo no puede pedir para mí la libertad que estoy dispuesto a negarle a mi prójimo. En buena ecuación de justicia y de lógica nadie puede reclamar más libertad de la que está propicio a conceder, y por eso resulta una cínica *boutade* aquella frase del escritor francés que, dirigiéndose a los liberales, sentenciaba a mediados del siglo pasado: "Vosotros, en nombre de vuestros principios, estáis obligados a darme libertad; yo, en nombre de los míos, os la niego". Era un digno antecesor de Lenin.

EL CAMINO HACIA EL SOCIALISMO

Dije antes que era demócrata porque apetezco la libertad. Añado que soy socialista porque la libertad política, sin la seguridad económica, no pasa de ser una ficción. La integración de una y otra, síntesis del sujeto social, sólo puede ofrecerla una democracia socialista. Pero ¿cómo se opera el paso de un régimen a otro?

Los que todo lo fían al azar de un golpe revolucionario se burlan de la revolución, considerando imposible que, por ese camino, el socialismo llegue a ser nunca una realidad. Yo no les niego una parte de razón, pero es conveniente recordar que quienes se oponen a los caminos de la evolución se proclaman automáticamente partidarios de la violencia, y la violencia no tiene otra respuesta que la violencia. Es muy probable que el tránsito, por lo menos en determinados países, requiera el empleo de la fuerza. Sin embargo, no se pone bastante atención en el hecho, evidentísimo, de que el socialismo, hasta en las circunstancias aparentemente más adversas, está ganando silenciosamente batallas cada día, bien por acción directa sobre los órganos del Estado, o por infiltración en las costumbres, en los usos y en los métodos de gobierno. Precisamente donde mejor se comprueba el fracaso del capitalismo como sistema es en la paradoja de que, en los países de mayor desarrollo industrial y más alto grado de civilización, los gobiernos, aunque sean conservadores, se ven obligados a adoptar constantemente medidas de clara significación socialista. La creciente intervención del Estado en la economía privada, la planificación de la producción, la nacionalización de ciertas industrias, los fuertes impuestos sobre la renta y las ganancias, la protección al trabajo, el sistema de seguros sociales y otras muchas que podrían citarse ¿qué son sino medidas inspiradas en los principios socialistas? Incluso en la nomenclatura política han entrado a saco en el acervo socialista los mismos que se proclaman sus enemigos. Los nazis se llamaron socialistas; la Iglesia católica ha inventado un socialismo cristiano que no engorda, a pesar de todas las encíclicas papales; los falangistas, para no ser menos que sus tutores alemanes, se denominan sindicalistas. "En el siglo IV —escribe un autor francés, Noel Pierre Noir— todo el mundo era cristiano; en el siglo XVIII todo el mundo era partidario de la tolerancia religiosa; en el siglo XIX todo el mundo estaba convencido de que el individuo tiene derechos inalienables e imprescriptibles. Así, el socialismo está en tren de penetrar en las conciencias como un hecho definitivamente logrado." Yo no creo que el siglo XX sea todavía el siglo del socialismo, pero estoy seguro de que lo será, sin esperar a las postrimerías, el venidero. En realidad, el período de transición, en los países más avanzados, ha empezado ya, y habría sido mucho más acelerado, en mi opinión, si, contradiciendo en absoluto las predicciones de Marx —perfectamente lógicas, por otra parte—,

no se hubiera producido la tragedia de que el primer ensayo socialista haya tenido por escenario uno de los países de mayor población, pero a la vez más atrasados cultural, industrial y políticamente, como era Rusia. Lo lamentable del experimento y la torpe conducta de los dirigentes bolcheviques respecto a los, partidos socialistas y organizaciones sindicales de los demás países, debilitaron y dividieron al socialismo, pero galvanizaron al capitalismo, que al final de la primera guerra mundial no estaba moribundo, desde luego, pero sí en condiciones más de vencido que de vencedor. Así y todo, y aunque sea a contrapelo, le debemos alguna gratitud —pagada con sangre, por supuesto— a la experiencia rusa, como se la debemos al fascismo, al nazismo y al falangismo, tres unidades distintas y una sola personalidad verdadera, con permiso del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Les debemos, tras una depresión moral que aniquiló muchas esperanzas, un resurgimiento, visible ya para los más obtusos, del espíritu liberal, del afán de libertad, sin la cual no tiene sentido la vida del hombre moderno. Vivimos —es verdad— un tiempo en que, como decía Voltaire, "cuando el pudor desaparece de la vida se refugia en el lenguaje bajo la máscara de la gazmoñería". Pero vivimos. Y él hombre sigue siendo principio y fin de todas las cosas. Un socialismo que niegue la libertad no es socialismo. Socialismo y libertad son, a mis ojos, inseparables. La libertad, sin pan, o sin la garantía de tenerlo, es una mentira; el pan, sin libertad, tiene sabor ácido.

VERSOS INEDITOS

Elegía de Estio.
Paco Gómez Yunta.
Vicente Serrano.
A Félix y Carmenchu.

ELEGÍA DE ESTÍO

Signore Félix Miguélez.
Salchichonería Bolívar.
Canale di Bolívar, 47.
(Especialmente recomendada al
gondolero repartidor).
VENEZIA, Distrito Federal.

Con estas inundaciones,
según cabe imaginar,
pronto veremos flotar
los suculentos jamones
y los recios salchichones
con los que soléis lucrar.

Después de mucho pensar
cómo los podré atrapar
cuando los arrastre el agua,
he aprendido a nadar
y comprado una piragua
y una caña de pescar.

Mientras yo tenga ese afán,
otros ensayan sus guasas
y otros maldiciendo están;
tal como las cosas van,
se hundirán todas las casas.,
menos Casas Alemán.

PACO GÓMEZ YUNTA

Lo encontré en la verbena de la Paloma
bailando con Susana, la de Julián;
era un juego castizo de daga y toma:
ella la mejor moza, él un barbián.

Enseñó ciencia gaya a los doctores
y de ellos aprendió sana lección.
Por eso es Gómez Yunta sabio en amores
y en dolores humanos de corazón.

La honrada picardía del Madrid
iejo alcanza en él la flor de su finura;
envuelve la sentencia en el gracejo.
Así fue y así es: genio y figura.

Leyó en la tauromaquia de Francisco Romero
—¡oh, sublime ejemplo en el drama español!—,
y aunque nunca ensayara sus artes de torero
yo sé bien que su gesto postrero
será un brindis gallardo al tendido de sol.

VICENTE SERRANO

Es ingeniero, pero es más ingenioso,
pues le viene de noble jerarquía;
nació en Madrid y dicen que aquel día
el horóscopo hizo un signo milagroso,
cumplimiento de vieja profecía.

La sal de su palabra, el calor de su mano
fueron prenda constante de su fondo cordial.
Alardea de cínico y es un sentimental.
No habrá nadie que sepa de Vicente Serrano
un acto que desdiga de un español cabal.

Le ha colgado a la vida collar de cascabeles;
Venus y Baco le dieron sus laureles.
¡Y yo espero encontrarle una noche de otoño,
en la Villa del Oso y del Madroño
haciéndole el amor a la Cibeles!

A FÉLIX Y CARMENCHU

Cinco años... ¡y el amor perdura!
¡Oh, maravilla y ejemplo alentador!
A eso le llaman otros un caso de cordura;
yo digo que es un caso de locura de amor.

Carmenchu es la paloma; Miguélez el milano;
ella es dulce y sencilla; viril y noble él.
¡Que el Destino los tome de su mano
y haga eterna esta luna de miel!

¡Oh, Miguélez, nuestro gran anfitrión
en el rito jocundo y sabatino
al que vienen las Musas (y, ofendidas, se van).
Yo levanto a los dioses mi ferviente oración:
¡Que en tu mesa no falte un vaso de buen vino
ni se nos niegue nunca un pedazo de pan!

ARTICULO INÉDITOS

Viñetas de España (para un proyectado programa de radio.)

Un cuento inconcluso.

Dos artículos, sin títulos.

"Cuando Warren Hastings, gobernaba en Bengala..."

VIÑETAS DE ESPAÑA

Las palabras con que se inicia la parte literaria de este programa no pretenden ser más que unas palabras de saludo, exentas de toda petulancia, y un anticipo somero de lo que nos proponemos decir, en días sucesivos, a través de estos micrófonos. Va a ser este programa un trasunto evocador de los hombres, las costumbres y la poesía de España, tan estrechamente enlazados a los hombres, las costumbres y la poesía de México, pueblo que se emparenta íntimamente al español no sólo por los vínculos de la Historia y de la fusión racial, sino por ministerio de su genio artístico, en ambos innato, profundo y vigorosamente original. De esa cantera, la más rica en emoción auténticamente popular, vamos a sacar los materiales para cumplir el cometido que nos hemos impuesto.

La definición con que Voltaire retrataba al pueblo vasco es harto conocida para que nos detengamos en comentarla. Pero al otro lado de los Pirineos no solamente los vascos cantan y bailan, sino España entera a través de la magnífica e infinita gama que ofrece el folklore regional. Se canta y se baila en el sur, tierra de olivares y viñedos, habitada por hombres y mujeres con ascendencia de sangre mora. En el litoral levantino, sensual y luminoso. En Cataluña, donde la afición musical cobra su rango más alto. En Castilla la Vieja, cuyas canciones montañosas alcanzan, interpretadas a coro, su más noble expresión. En Galicia y Asturias, donde el canto rebosa paganía. En Aragón, que ha hecho de la copla bravía que es la jota un símbolo de altivez...

La vena lírica de que se alimenta, incluso hoy, la música popular española constituye, por su fluidez inagotable y pródiga en matices, un motivo j... de pasmo para la mayor parte de los investigadores europeos. Uno de ellos, Riemann, maravillado por el estudio de las Cantigas de Alfonso X el Sabio, el más antiguo monumento de la lírica musical española a que podemos hacer referencia, dice de ellas que se trata de "una música verdaderamente incomprensible por su riqueza y originalidad", y añade luego que el "arte musical español ha evolucionado con completa independencia del arte musical europeo. En materia musical —afirma— España se encontraba a la altura de las naciones más cultas de Europa y en música instrumental había ido, probablemente, a la cabeza de todas". "Estos juicios —añade, a su vez, un comentarista distinguido, Sinesio Urrestarazu— ponen en evidencia que España, pese a las corrientes europeas de entonces, de un lenguaje polifónico igual y uniforme para todos los países, conservaba, musicalmente, unas características propias independientes y originales, que no podían haber surgido espontáneamente, cosa inconcebible, sino que procedían seguramente de una tradición peculiarísima, de un fondo netamente español, con raíces profundas en el pasado." Y hora es ya de advertir que si traemos a cuento estas citas, no es por hacer alarde de una erudición que no nos pertenece, sino en demostración de que la personalísima capacidad creadora del pueblo español tiene raíces hondas que el tiempo no ha podido secar por entero. Tampoco es todo genial ni perfecto en lo español. Un pueblo cargado de pasión, como es él, apto para las reacciones más violentas y encontradas, no puede ser un pueblo de equilibrio constante. Ganivet nos lo dirá con palabras sabias, como solían ser las suyas:

"Siempre que un español de buena estirpe —decía Ganivet— coge la pluma o el pincel u otro instrumento de trabajo artístico, se puede pensar, sin temor de equivocarse, que aquel hombre está igualmente dispuesto para crear una obra maestra o para dar vida a algún estupendo mamarracho." Más de un mamarracho de esos conocemos nosotros. Pero no es a los mamarrachos a quienes vamos a pedirles inspiración cuando pretendamos recordar a España.

España es uno de los países que suscitan —o suscitaban, mejor dicho— más vivamente la curiosidad forastera, de manera especial la de ingleses, franceses y alemanes, tan enamorados del sol y de las guitarras como de los buenos vinos de Andalucía. Entre los viajeros que solían llegar con aire un poco bobo —cualidad inherente a la mayor parte de los turistas en serie— a la península, se deslizaba frecuentemente un visitante ilustre, aunque no siempre lo bastante despierto e ilustrado para erigirse luego, como era lo corriente, en definidor de la realidad peninsular. Los más sagaces y objetivos han solido ser los ingleses. Dos de ellos, Richard Ford y Jorge Borrow, propagandista de la Biblia este último, a quien arrieros y campesinos, en la frecuentación de las posadas, llamaban amistosamente don Jorgito, nos han dejado sendos libros que todavía hoy, pasado un siglo de sus andanzas por España, constituyen testimonios inapreciables para quienes saben de España, es decir, los españoles mismos. Los más atolondrados fueron, comúnmente, los franceses, acaso porque la vecindad geográfica les impedía la perspectiva, como el caminante a quien las ramas impiden ver el bosque, o tal vez por esa propensión corriente del francés a sentirse, dondequiera que esté, el ombligo del mundo. No se libraba de ese pecado Teófilo Gautier, mejor dispuesto para ser mirado —y admirado— que para mirar y admirar él cuanto reclamaba atención en tomo suyo. En general, el español es un pueblo que desconcierta, sobre todo a quienes traten de juzgarlo con criterio preconcebido o ajustándose a patrones determinados. Si algún patrón le va bien al español es el que no tiene medidas. El se corta a su gusto, no siempre feliz, su sayo y su capichuela. Y es inútil que razones ajenas le inviten a persuasión en tanto esas razones no coincidan con las suyas propias. Así le acontecía a Don Quijote en aquella su segunda salida por las tierras pardas de la Mancha, caballero sobre los huesos medianamente encuadrados y casi mundos de Rocinante, para entregarse a la vida de la Quimera, que es la cierta. No atendía otros conceptos que los suyos propios, ni escuchaba otra voz que la suya, porque todas las demás se le antojaban falsas. En la sinrazón de Don Quijote, que se pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, encontraba más tarde don Miguel de Unamuno las mejores y más hondas raíces de lo español. "Por nuestro bien —decía don Miguel, biógrafo casi místico, que es tanto como decir también un poco loco, del Caballero andante— perdió el juicio para dejarnos eterno ejemplo de generosidad espiritual. Con juicio, ¿hubiera sido tan heroico? Hizo en aras de su pueblo el más grande sacrificio; el de su juicio. Llénesele la fantasía de hermosos desatinos y creyó ser verdad lo que es sólo hermosura." Los siglos no han decidido todavía la verdad o la mentira de Don Quijote. La verdad o la mentira de los españoles. Las Viñetas de España que iremos presentando en los programas de esta serie, tendrá por propósito realzar el genio de España, fundido en su historia; el alma de España, reflejada en su música y en sus canciones populares, y el espíritu de España, que habla por sus hombres de fama

UN CUENTO INCONCLUSO

El coche que hacía el transporte de viajeros entre el pueblo y la estación del ferrocarril, distante tres quilómetros de aquél, era una institución en Belorite. Tiraba de él un caballo piafante de no mala estampa y con aspecto de bien comido, particularmente diestro en el arte de esquivar las hendiduras del camino, molestas sobremanera cuando las sequías prolongadas endurecían la costra de la superficie. Las ruedas del carruaje, ya de suyo un tanto quejumbrosas, chirriaban entonces lastimeramente cuando se hundían en sus propias huellas, trazadas en los días de humedad siguientes a los de lluvia. Y era menester toda la sabiduría experimental que el caballo había ido atesorando en el conti-

nuo ir y volver sobre el mismo sitio, para que los tumbos y traqueteos quedasen reducidos, como quedaban, a su expresión más tolerable; no tanto, sin embargo, como para evitar que los viajeros, al descender en la estación o en la plaza Nueva de Belorite —según que emprendieran o rindieran viaje— dieran gracias a Dios cuando llegaban, doloridos, al final del trayecto. El caballo tenía su nombre: "Capitán", pero sólo para su dueño, que solía palmearle los lomos con evidentes muestras de ternura. En el pueblo era conocido simplemente por el caballo del "Marqués", apodo bajo el cual se escondían el nombre y apellidos del señor Pedro Abenia Gaspar, "Marqués" sin título, pero orgulloso de provenir de estirpe honrada, y propietario y conductor del coche y del caballo que formaban, con él, la trinidad integrante de un servicio público del que, con razón, se sentían ufanos los vecinos de Belorite. "Capitán" murió unos años después, cuando se establecieron líneas de autobuses flamantes entre el pueblo y la capital de la provincia. No dejó testamento, pero todo el mundo sabía en Belorite que murió de pena.

En los días felices a que estamos haciendo referencia, Belorite era un pueblo sosegado y exento de disputas políticas. Tenía buena hacienda y huerta rica y el hambre, propiamente dicho, no existía. Era necesario esperar a los años de mala cosecha para que la escasez —nunca la miseria extremada— se hiciera presente. No había ricos de caudal abusivo, aunque sí de holgado pasar, ni pobres de solemnidad. De suerte que la vida común se deslizaba sin alteraciones sensibles y exenta de odios. Siempre igual en la paz del Señor, como gustaba de repetir mosén Felipe, el párraco, cuando, acompañado del coadjutor y del notario, daba su paseo en los atardeceres, realmente deliciosos, de verano y otoño por el camino del Seminario, densamente cercado por extensos plantíos de olivares, que eran una bendición de la naturaleza y una promesa segura de bienestar. Don Anselmo, el notario, era un hombre fornido, rayano ya en la cincuentena, que rebo-saba salud y potencia animal. Tenía una barba negra y florida que le daba cierto aire de musulmán. De su paso por la Universidad, en la que fue un mal estudiante, le quedaban resabios volterianos que se complacía en exhibir de cuando en cuando con gran escándalo —bien que amistoso— del párroco, y secreto regocijo del coadjutor, a quien los hábitos talares no le hacían ninguna gracia. "¡ Por Dios, por Dios —fallaba el párroco— esas herejías no pueden tolerarse!" Y don Anselmo, risueño y exuberante, insistía: "Pero, ¿no le parece a usted, mosén Felipe, que hay que darle también al cuerpo su parte de alegría?" Con estas pláticas, entre teologales y profanas, llegaban nuestros paseantes hasta el puente de un río que hubiera permanecido eternamente inédito a no ser porque, cuando más seco parecía su cauce, solía hacer acto de bárbara presencia inundando la vega y arrastrando consigo, a veces, el puente mismo, suceso que el notario no dejaba de utilizar para sus comentarios sacrilegos. Allí hacían alto, obedientes a un tácito acuerdo dictado por la costumbre. Sentados sobre el pretil, los tres deleitaban la mirada en la contemplación del paisaje, verde y gris, lleno de suave melancolía bajo la luz desvaída del atardecer. La draba un perro. Se escuchaba en la lejanía una canción de segador...

—Ese es el hijo de la Ruperta, sentenciaba el coadjutor.

—Buen oído tiene usted, mosén Francisco, declaraba el párroco.

Y emprendían el retorno. A aquella hora empezaban a encenderse en el pueblo las luces eléctricas y las chimeneas humildes arrojaban al cielo leves columnas de humo que anunciaban el sabroso condumio de la cena. A esa hora llegaba también el coche del "Marqués" a la plaza Nueva, animada por grupos de muchachas que atisbaban disimuladamente el porte de los viajeros —comisionistas de comercio, por lo general— que descendían del carromato en busca de las posadas respectivas. El notario y el coadjutor dejaban al párroco a la puerta de su casa y seguían su camino. El primero en procurar de la suya, estremecida con los gritos de cuatro arrapiezos —el mayor estudiaba en la capi-

ta— cuyo sustento reclamaba sin cesar nuevas escrituras de venta o hipoteca. El segundo hacía la de las "Levitonas", dos hermanas beatas y machuchas, solteronas, porque así lo quisieron Dios y los hombres, que cuidaban del cura con castísima diligencia y mediante módico estipendio y era inevitable que al pasar por la plaza don Anselmo llamara la atención Del coadjutor tocándole en el codo y guiñándole el ojo:

—Buena moza, ¿eh?

A lo cual mosén Francisco, con un rubor cuajado de retozos, respondía invariablemente:

—¡Qué cosas tiene usted, don Anselmo!

Fue una de esas tardes cuando el notario hizo a los dos clérigos partícipes de la buena noticia que traía en el buche.

—Mañana, si no fallan los cálculos, tendremos aquí ya al nuevo juez con toda su familia.

Llevaba allí la carta, recibida aquella mañana, en que el interesado se lo anunciaba con frases muy corteses, invocando los años en que fueron condiscípulos. Por cierto que él, don Anselmo, no recordaba. ¡Diablo de memoria, siempre flaca! Había estado dándole vueltas a la cabeza y no acababa de venir en la cuenta. El membrete de la carta estaba claro: "Antonio Rodríguez del Pinar. Juez de Primera Instancia e Instrucción." Pero, ¿quién era este Rodríguez del Pinar que a él no le sonaba? En fin, tal vez cuando le viera la pinta... Lo importante era que ya tenían cubierto nuevamente el ministerio de la Justicia.

—Falta hacía, don Anselmo, falta hacía, sentenció el párroco. Y quiso aprovechar la coyuntura para hablar de la relajación de las costumbres, que hasta en Belorite se hacía sentir. Pero el notario apostaba con el coadjutor a que el nuevo juez era un buen tresillista, que también estaba haciendo mucha falta para organizar buenas partidas. "Porque mire usted que ese pobre de don Ramón no sabe dónde tiene la mano derecha. Lo que es como administre con igual acierto las medicinas..." Convinieron en ello los dos curas y la conversación derivó, como de costumbre, al comentario de las noticias que daban los periódicos. El plural, en este caso, responde a una realidad concreta. Eran dos los periódicos que llegaban al pueblo: "La Tradición" y "El Constitucional". Ambos, por supuesto, de la capital provinciana. El primero se editaba por inspiración del arzobispo, y en él alimentaba sus conocimientos el señor cura párroco. El segundo, de matiz liberal —tanto que a veces se permitía defender la libertad de cultos— era el que leía el notario. Del coadjutor se sospechaba que no leía ninguno. Si acaso, los números atrasados de "El Constitucional" que le prestaba, a escondidas, don Anselmo... junto con algunas novelas en las que no todo eran temas de recogimiento y santidad. Y dio fin el paseo de aquel día. Al siguiente, don Anselmo iría a la estación para recibir al juez y su familia...

Como era de rigor, el tren llegó a su hora, es decir, media hora más tarde de que la oficialmente señalada. De un coche de segunda clase —que era de primera, puesto que los de primera no existían— vio descender don Anselmo a un caballero ágil, de pelo cano, tras del cual fueron tomando tierra una señora enlutada y de silueta airosa, dos mozalbetes en edad infantil y una espléndida muchacha de contornos redondos y golosos. Se acercó don Anselmo, sombrero en mano:

—¿El señor Rodríguez del Pinar, si no me equivoco?

—El mismo. Pero usted es Anselmo Guardiola. ¡Cuánto me alegro de verle!

Don Anselmo se dejó abrazar y abrazó a su vez. Vinieron luego las presentaciones. "Mi esposa, de luto aún porque su padre murió hace poco; mi hija Matilde; los dos pequeños, Mariano y Julio..." Don Anselmo asentía con reverencias profundas. Luego soltó la espita cordial: "Había recibido la carta el día anterior. Al comienzo le cogió de sorpresa, pero en seguida cayó en la cuenta. Muy contento, muy contento —podían creérselo— de encontrarse con un amigo de la juventud. Y el pueblo —no fueran a pensar otra cosa— era bueno. Tenía, claro es, sus inconvenientes, como todos los pueblos. Pero no se vivía mal en él. Cuando se le conocía —y se le conocía pronto— tenía sus encantos. Sobre todo —y esto debía interesarle mucho a don Antonio— era un pueblo pacífico. Alguna riña cuando el vino corría más de lo conveniente... Peores eran otros pueblos del distrito, en los cuales andaban siempre zarpa la greña..."

Pero ya el "Marqués", con respetuosa familiaridad, lo llamaba a capítulo. Se acomodaron en el coche. Cuando Matilde puso pie en el estribo y la falda se alzó hasta la rodilla, don Anselmo, que no perdía ripio, hizo un inciso mental: "¡Buena pierna!" Durante el trayecto, el diálogo se limitó a preguntas espaciadas y sin trascendencia. Dos vecinos que volvían de la capital y un viajante que llegaba del pueblo próximo, sabedores, sin duda, de la compañía, aguzaban el oído a la vez que esquivaban la mirada. En la Plaza Nueva la concurrencia era mayor que de costumbre. Después de todo, sucesos de tal naturaleza no se producían todos los días. Descendieron. Tras de disculparse por no tener casa lo bastante holgada para darles acomodo en tanto llegaba su equipaje, don Anselmo acompañó a los viajeros a la mejor posada de Belorite, que ya tenía dispuestas habitaciones y cena sabrosa. Al paso, tuvo ocasión de corresponder al gesto del párroco y el coadjutor que saludaban con grande ceremonia...

Unos días después la familia Rodríguez, ya instalada, pudo dedicarse a devolver visitas y cortesías. El edificio del Juzgado era uno de los más modernos y mejor construidos de Belorite. La planta baja la ocupaban las oficinas del Juzgado. La superior estaba destinada a vivienda del titular. Era amplio y cómodo. Su emplazamiento, además, era irreprochable. La Carrera de San Juan, que arrancaba de la Plaza Nueva y enlazaba con el camino del Seminario, era la mejor calle del pueblo, exceptuando la calle Mayor, que se abría en dirección opuesta. Y aún había dudas. Pues si la calle Mayor, orientada al sur, era la de abolengo más antiguo, la Carrera de San Juan, orientada al norte, era la más nueva y la mejor trazada. En ella estaban la carnicería más limpia —la de la "Cuaderna" —cercana al Juzgado—; el mejor café y el mejor comercio de tejidos. El comercio, inaugurado dos años atrás, fincaba con el Juzgado, de manera que las ventanas del piso superior de éste daban al ancho patio de aquél. Más adelante estaba la carnicería de la "Cuaderna", matrona rozagante que constituía, según dictamen de su marido, el mejor anuncio de las buenas carnes. Allí se ensanchaba la calle formando una pequeña plazuela que venía a ser el reino espiritual de San Roque, sumido en su hornacina mural y acompañado, por supuesto, de un perro cuya raza indefinida perturbaba gravemente todos los principios científicos de don Jesús, el veterinario. Algunas noches de trapisonda en que se reunía a cenar en casa de la Manuela —"no había otra para el cordero asado"— un grupo de amigotes —el veterinario, el notario, "Postizo" el peluquero, Mariano el de la Andolza— cuando los nocherniegos retornaban, ya en noche cerrada, liacia sus hogares, don Jesús, calentado por los frecuentes envites al jarro de vino tinto, se paraba frente a la capilla y dejaba escapar con profunda convicción esta confesión herética: "Aunque lo juren todos los Padres de la Iglesia, eso no es un perro; es un lagarto." A lo cual replicaba don Anselmo: "¿No será, don Jesús, que hay una equivocación, y el perro es el otro? "Reía con toda su gordura el de la Andolza, tratante de cereales que llevaba amasado con el sudor de su frente, y un poco también el de las ajenas, un capital redondeado y, gracias a Dios, en vías de prosperar. Y ya sin más interrupciones el grupo

continuaba su marcha haciendo sonar sus pasos en el silencio. Cruzaban por delante del callejón de la Herrería y llegaban hasta la Plaza Nueva. Allí se disgregaba. Mariano, el de la Andolza, y "Postizo", el peluquero, seguían hasta la Plaza Vieja, donde tenían el uno su almacén y el otro su barbería. Don Anselmo y don Jesús tomaban la calle de San Miguel. Naturalmente, corría a cargo de don Anselmo pronunciar la despedida sacramental: "¡Ea, señores, hasta el convivio próximo y abundante!"

Poco a poco fue trabando amistades la familia del juez. Una de las primeras, por razón de la vecindad, fue la de los propietarios de "El Nuevo Comercio", contiguo al Juzgado. Se trataba de un matrimonio simpático, discreto, y siempre bien dispuesto a procurar el servicio que se le pidiera si a su alcance estaba realizarlo. Marido y mujer formaban una buena pareja. Don Narciso, alto, esbelto, era todavía un buen mozo de cabellera ondulada y barba castaña que le daba cierto aire de nazareno. Su esposa, doña Carmen, era una mujer de notable belleza, frecuentemente delicada de salud desde que tuvo su último parto, cuyo fruto, un varón, murió pronto. Le quedaban al matrimonio otros dos hijos, los cuales no tardaron muchos días en hacer componendas con los de don Antonio. En la parte posterior del comercio, un amplio local alargado y rectangular, se abría un extenso patio que en vano intentaba disfrazarse de huerto y jardín exhibiendo unos cuantos arbolillos en crecimiento raquíutico y unos pocos rosales que se alineaban lánguidamente cerca de los muros. En las horas libres de colegio, el patio se convertía en campo de recreo para la chiquillería circundante. Durante los primeros días los hijos del juez, asomados a las ventanas de sus habitaciones, contemplaban melancólicamente los juegos de sus compañeros de vecindad. Hasta que se rompió el hielo con una invitación apremiante formulada a gritos: "¿Por qué no bajáis?" No fue aceptada la sugerencia aquel día, pero sí al siguiente, obtenido ya el consentimiento materno, cargado de recomendaciones perfectamente inútiles. Con ese motivo se estrecharon las relaciones entre las dos familias. A menudo, cuando los niños se divertían en el patio, solía aparecer en alguna de las ventanas altas la figura lozana y fina a un mismo tiempo <ie Matilde conminando a sus hermanos menores el regreso a su casa o reprendiendo sus violencias en el juego. Con una voz limpia y sedosa, de la que parecían estar excluidos los tonos agudos, amonestaba a los pequeños: "¡Cuidado, que os podéis hacer daño!" ¡Qué linda estampa era la suya! Ungían sus contornos la gracia y la indolencia, expresión de ternuras recatadas. Y acontecía entonces que unos ojos brillantes y encelados se clavaban en ella y la acariciaban desde los lugares más recónditos. Por lo general, un grito infantil rompía el extraño y mudo rito adorativo:

"¡Teodoro, tíranos la pelota!" Y Teodoro se hacía presente mientras se desvanecía el escorzo delicado y sensual de Matilde...

Teodoro era el hijo menor de una de las familias más populares y queridas de Belorite: la de los Merinos. No tenía títulos de nobleza, pero todos hablaban de ella como si los tuviese. Era el suyo un señorío carente de pergaminos pero lleno de historia. Desde luego, no se recordaba que ningún Merino hubiera estado presente en las Cruzadas, pero tampoco se sabía que ningún Merino hubiera dejado de pagar una cuenta a su tiempo o faltado jamás a su palabra. De padres a hijos y de hijos a nietos se había ido transmitiendo esa fama que constituía en realidad un blasón. De haberlo tenido, conforme a los dictados de la heráldica, los Merinos hubieran podido adoptar esta leyendo; "Si promesas, ¿para qué firmas?" Nadie, en efecto, se hubiera atrevido a exigirla de los Merino. La estampaban cuando era menester por voluntad, no como prenda de garantía. Cuando los viajantes de comercio, que hacían de la casa de los Merinos un motivo de competencia entre sí, trataban de asegurar sus pedidos, siempre lo hacían a título de ruego: "¡Si don Teodoro quisiera poner un garabato!..." Y alargaban tímidamente sobre el mostrador el talonario de notas cubierto de renglones de lápiz y cifras difícilmente legibles.

Don Teodoro, grueso, pesado, colgándole del cuello una papada incipiente, accedía con bondadosa solicitud. Con mano temblorosa trazaba un jeroglífico que tenía a los ojos de los vendedores todo el prestigio de una letra de cambio. Y no es que los Merinos fueran ricos. Propiamente hablando, no lo eran. Tenían un buen acomodo, pero nada más. Su tienda de la Plaza Nueva —pastelería, confitería, cerería y artículos de regalo—, según rezaba la muestra pintada en colores vivos que adornaba la puerta del establecimiento, rendía pingües beneficios, gracias a los cuales se había ido extendiendo la propiedad territorial de la familia. Los Merinos poseían una de las haciendas más saneadas del pueblo. Eran también copropietarios del molino de aceite que molturaba la mayor parte de la cosecha de aceituna local, abundante y solicitada por los licitadores foresteros que cada año concurrían...

ARTICULO SIN TÍTULO

No sé de quién proviene, pero es lugar común, aquello de que no hay quien no posea elementos suficientes para escribir un libro contra Inglaterra. Como todos los tópicos acuñados, este de la perfidia inglesa ha recorrido el mundo y aun pasa por bueno en el comercio vulgar de las opiniones políticas. Sin embargo, tantas razones hay para escribir un libro contra Inglaterra como para escribirlo en su alabanza, y eso mismo sucede con todos los pueblos que han jugado, o juegan, papel activo y preponderante en la Historia. Es el caso, por ejemplo, de España. No de la actual, sombra doliente de su sombra, sino de aquella que descubría mundos trazando sobre los mares desconocidos la huella de su genio. También contra España se escribieron libros innumerables, muchos de ellos —porque el español es el primer enemigo de sí mismo— nacidos de la inspiración española. Pero la obra civilizadora de España, alentada por un profundo sentido ecuménico, perdura eternamente mientras la voz de sus censores se extingue con el tiempo. La obra civilizadora de Inglaterra, es de igual manera, infinitamente superior a los errores o abusos de su política accidental. Y es lo que vale. Porque la perfección absoluta no se conoce en nada, y menos en los negocios de la política.

Pienso en todo ello leyendo el magnífico libro de Fierre Muret y Philippe Sagnac —dos franceses— titulado **La prépondérance anglaise**, que acaba de ofrecer en una excelente versión castellana Ediciones Minerva. En sus páginas se recoge por extenso y de manera absolutamente objetiva un período culminante en la historia política de Inglaterra: el que comienza con los tratados de Utrecht, de inspiración inglesa, y, por consiguiente, favorables a su hegemonía, y termina en 1763, cuando Inglaterra sienta su dominio sobre el Canadá y otras posesiones americanas, hasta entonces unidas a la corona de Francia, que muy pronto habrán de reclamar y conseguir su independencia. Como otras muchas veces en la Historia, es España, ya por su voluntad o contra ella, y en su interés o contra él —casi siempre para perderlo todo— la que constituye la clave de la disputa internacional. El tratado de Utrecht pone fin al pleito originado por la sucesión de la monarquía española y, gracias a él, Inglaterra pasa a ocupar el lugar preponderante que antes ejercía Francia. Advenía, pues, bajo los mejores auspicios nacionales, la casa de Hannover, que todavía hoy rige los destinos de Inglaterra. Independientemente del libro de Pierre Muret y Philippe Sagnac, echemos una ojeada a la crónica de la Historia.

Con la reina Ana, muerta en 1714, sin dejar heredero, se extinguía la rama protestante de los Estuardos. Su hermano Jacobo, llamado a sucederle, era católico, y una ley especial de 1700 prohibía que la corona inglesa recayera en príncipes adscritos al catolicismo. Jacobo, a la inversa de Enrique IV de Francia, no pensaba que la posesión de la

corona valiera la pena de una apostasía, aunque no por ello renunciara a ser rey. Cuando la reina Ana estaba en agonía, el ministro Bolingbroke reunió al Consejo de Gobierno, y el príncipe de Hannover, Jorge I, fue llamado con urgencia para que viniera a ocupar el trono de Inglaterra si la reina moría, como sucedió al día siguiente. Jorge I no es rey más que a medias. Su presencia no despierta ningún calor, no suscita ninguna simpatía. Lo combatían los partidarios de Jacobo, que preparaban la insurrección de 1715. Tories y Whigs, —cada partido desde su punto de vista— lo toleraban por motivos de estrategia política y por estricta conveniencia nacional. Inglaterra empezaba a vivir un período descendente y penoso de su historia, en el que la monarquía cayó en profundo descrédito. Y, sin embargo, de él arrancan, sin duda, no pocas de las costumbres que, consagradas luego por el uso, regulan hoy la vida política de Inglaterra. Jorge I no sabía inglés ni puso empeño ninguno en aprenderlo. Antes que rey de Inglaterra continuaba siendo, por sentimiento, príncipe-elector de Hannover. A la vez que se rodeaba de cortesanos alemanes, dejaba de asistir a los Consejos de ministros, en los que se trataban los asuntos del reino en una lengua que no entendía, con lo que se debilitaba, automáticamente, la influencia real y se fortalecía la autoridad de los ministros. Así advino Walpole, un noble campesino, de gustos sencillos y familiares, aficionado a la buena mesa y predispuesto siempre al buen humor. Como Jorge I no hablaba inglés y Walpole no hablaba alemán sostenían sus pláticas en latín. De ese hábito, impuesto por las circunstancias, nació el título de primer ministro que hoy sigue calificando a los jefes de Gobierno.

Walpole, prudente y cachazudo, gobernó veinte años, primero con Jorge I, después con Jorge II. Su lema era eludir conflictos en el interior y conservar la paz en el exterior. Cuando dimitió, en 1742, por haber quedado con un voto de minoría en la Cámara de los Comunes, el régimen parlamentario, tal como hoy existe, era ya una realidad madura, asimilada plenamente por la mentalidad política inglesa. En 1745, cuando se vio obligado a aceptar como primer ministro a Pitt, a quien detestaba, Jorge II se lamentó de ser "un prisionero en el trono".

OTRO ARTICULO SIN TITULO

He aludido no hace mucho tiempo al libro —*Une française dans la tourmente*— en que Madeleine Gex le Verrier, directora de la gran revista de política internacional **L'Europe Nouvelle**, relata su amarga peregrinación desde junio de 1940 hasta septiembre de 1941, fecha de su salida a bordo de un barco español, a través de la Francia ocupada y no ocupada, toda ella doliente por igual. Es uno de los testimonios mejores que conozco. Algunos de los episodios recogidos en sus páginas dejan huella perdurable en el recuerdo. Por ejemplo, aquel en que los campesinos de la aldea en cuyo apacible relato escondía Madeleine Verrier su personalidad, acompañaron, para darles tierra, los cuerpos de tres compañeros —padre y dos hijos— muertos por un soldado alemán que pretendió introducirse violentamente en su casa. Sobre la tierra húmeda de las fosas fue colocada silenciosamente una larga cinta de tela blanca. "Estos tres hombres —decía la inscripción— han sido muertos por un soldado alemán después del armisticio". Era en los días inmediatos a la derrota, cuando la voz del mariscal Petain, era todavía para muchos franceses la voz de Francia. Madeleine Verrier no ha olvidado aquel mediodía en que, sentada a la mesa familiar con las buenas gentes que le dieron asilo, se escuchó a través de la radio la palabra distante y cansada del mariscal: "*Mes amis, il est temps de cesser le combat...*" Madeleine Verrier abandonó el comedor rota en lágrimas mientras la patrona trataba de consolarla: "*Pauvre madame!*". Era el 17 de junio de 1940. Francia

se hundía... ¿Se hundía definitivamente? Veinticuatro horas después, el general De Gaulle llamaba, desde Londres, a la pelea. Iba a recomenzar, dentro y fuera, la resistencia. ..

Otra mujer, de nombre igualmente familiarizado con las letras franceses, Genevieve Tabouis, en documento más reciente, nos habla también de la heroica y oscura batalla que en Francia se libra contra los invasores. El dolor ha unido en un común espíritu a los franceses que merecen título de tales. La humillación sufrida ha borrado las viejas diferencias domésticas que agriaban la vida civil de Francia. Madame Tabouis cita, como ejemplo, el texto de una oración dicha en la catedral de Toulouse en solemne fiesta religiosa. Vale la pena reproducir algunos de sus párrafos: "Sagrado Corazón de Jesús —reza la oración—, tened misericordia de todos los que sufren, sin diferencia de raza, de religión, de nacionalidad. Sagrado Corazón de Jesús, no permitáis que el magnánimo espíritu de Francia sea víctima del error, de la iniquidad y de la barbarie. No permitáis que la dignidad del hombre y los derechos que heredó de su Creador; la dignidad del trabajo, que es no una cifra de cambio; la dignidad de la familia, que no es solamente una máquina de hacer soldados; la dignidad de la patria constituida por Dios, pero no formada para la idolatría, desaparezcan de un mundo del que Tu palabra ha sido desterrada". Si ese hubiera sido, y fuera hoy, el lenguaje de todos los católicos, es probable que los daños del mundo fueran menores. Pero la barbarie tuvo, y aún tiene, manos episcopales que la bendicen. Al otro lado de los Pirineos, en España, los altos jefes de la Iglesia que protegieron la sublevación falangista siguen aprobando, como intermediarios de Dios, los fusilamientos de hombres inocentes, la mayor parte de ellos católicos también...

Hay un proverbio francés que dice: "El honor vale más que el dinero". A tanto equivalían las apelaciones del general Charles de Gaulle cuando, en el instante más grave de la historia de Francia, levantó el estandarte de Lorena.

CUANDO WARREN HASTINGS, GOBERNABA EN BENGALA . . .

Aunque discutido, y a veces repudiado con aspereza, pocos nombres han alcanzado y alcanzan en Inglaterra tanto acatamiento como el de Warren Hastings, el gobernador de Bengala que afianzó y extendió el dominio británico de la India. No faltan, por supuesto, ingleses que, animados de una moral abstracta y severa, juzguen a Warren Hastings con inflexible dureza. Pero eso no impide que cuando se menciona su nombre, como es indispensable, en los trabajos y estudios históricos que hacen alusión a la colonización inglesa de la India, sea para presentarlo como uno de los hombres a quienes el Imperio Británico debe más honda y merecida gratitud. Para medir hasta qué punto está justificada esa estimación necesitaríamos, naturalmente, situarnos en la posición lógica de un inglés que se considera parte integrante del Imperio y, como tal, pesa en favor de Hastings lo que nosotros, ajenos a los intereses nacionales de Inglaterra, tal vez pesáramos en contra. Sobre que por encima de uno y otro criterio siempre quedará un tercero nada desdeñable por cierto: el de los indios.

En algunos trabajos y libros de divulgación que se han publicado, ya en curso la guerra, es fácil encontrar testimonio de lo que antes decíamos. Mister Ramsay Muir, por ejemplo, que a comienzos de 1941 publicó una Breve Historia del Imperio Británico —

tema que el autor conoce a fondo— cita a Warren Hastings como "el inglés más admirable que haya servido en la India". "La obra de Hastings —dice luego— fue mal comprendida y grandemente desfigurada". En efecto, las dotes políticas de Hastings fueron, sin duda, extraordinarias, así como su energía para vencer obstáculos, sin importarle mucho el procedimiento que para ello hubiera de seguir. Desde luego, todos los hechos de su vida lo presentan como hombre resuelto y expeditivo. Característica de su temperamento es la aventura que le unió para siempre a la esposa del barón alemán Imhoff, pasajeros del Duque de Grafton, en el que Hastings hacía su segundo viaje a la India, de donde ya no volvería sino al cabo de muchos años para comparecer como acusado en un proceso famoso seguido de la apoteosis final —y casi inigualada— con que se cerró su existencia. Al comienzo de la travesía, el matrimonio Imhoff y Hastings no se conocían. Al llegar a Madras, la baronesa se había convertido en amante de Hastings. Luego fue su esposa, sin que la pasión que los unió en el barco se debilitase jamás. Si nos atuviéramos a la opinión de Mr. Cleig, biógrafo entusiasta de Hastings, todo es digno de admiración y alabanza en el personaje. Pero Macaulay, cuyo juicio debe merecer bastante más crédito, no regatea su severidad para la conducta seguida por Hastings en muchas ocasiones desde que en 1772 fue ascendido al cargo de gobernador de Bengala. Para hallarse disculpa es menester atenerse a lo que el propio Macaulay escribía: "Teníase a la sazón en Inglaterra la idea más absurda en orden a la riqueza de la India; los mismos hombres de negocios, al ocuparse de aquel país, lo veían poblado de palacios de pórfito, con las paredes cubiertas de brocado, y por todas partes lleno de montañas de perlas y diamantes y pagodas y mohurs de oro que se medían como semilla". Todo el descrédito que entonces cayó sobre la Compañía Inglesa de las Indias y, consecuentemente, los abusos que se le achacan a Hastings, tienen su explicación en aquellas palabras de Macaulay. Los estirados lores ingleses de la época no tenían nada que aprender de los peores encomenderos españoles.

Un mérito, sobre todos, no puede serle discutido a Hastings: el de haber puesto orden en los asuntos caóticos de la India. Para ello, naturalmente, se requería audacia y un temperamento capaz de llevar a término la empresa sin encogerse ante escrúpulos de orden moral. El sistema de doble gobierno —el inglés y el indígena— que regía en Bengala era una de las cosas que Hastings, a la vista de los inconvenientes que ofrecía, se propuso reformar radicalmente. La ocasión se la brindó una carta que desde Londres le envió el Consejo de la Compañía de las Indias quejándose del escaso fruto que rendían los negocios y culpando de ello a, la mala administración del Gobierno que presidía a la sazón el musulmán Mohamed-Reza-Kan. La queja era injusta, pero Hastings no quiso perder la oportunidad para poner en obra sus proyectos. Una noche hizo rodear por un batallón de cipayos el palacio de Mohamed y lo sometió a prisión. Con diversos pretextos fue dilatando Hastings la instrucción del proceso, del cual, al cabo, salió absuelto Mohamed. Pero entretanto, Hastings había suprimido el cargo de ministro, distribuido todos los cargos del gobierno interior entre los funcionarios de la Compañía y reducido la autoridad del Nabab a una simple apariencia vistosa, pero inocua, sin otra compensación que la del sueldo, que seguía siendo digno de su jerarquía. Puestas en marcha esas medidas, Hastings, servidor fervoroso del Imperio Británico y de la Compañía Inglesa de las Indias, se convertía en señor absoluto de Bengala. No sin riesgos, por descontado. La absolución de Mohamed le había ganado al gobernador un enemigo implacable y poderoso: el marajah Nuncomar, adversario encarnizado de Mohamed y el que más había trabajado, en complicidad con Hastings, para su desgracia. Nuncomar, ambicioso, desleal, intrigante, odiaba a Mohamed no sólo porque aspiraba a ocupar su puesto, sino por motivos de raza. La oposición entre indios y musulmanes, como se ve, no es de ahora, sino de siempre, y ha constituido y constituye, a la vez que el mejor aliado de los

ingleses, el inconveniente más grave para que la India pueda gobernarse libremente y en paz. Al ayudar a derrocar a Mohamed, cuya ejecución esperaba, Nuncomar pretendía sucederle como primer ministro, desviando así hacia los indios la influencia de que gozaban los musulmanes. Pero cuando advirtió el astuto juego de Hastings, que se alzaba con todo el poder, su encono fermentó en pensamientos de venganza. Hastings, en cambio, libre ya de trabas, se aplicaba a satisfacer —y ésta fue su culpa constante, según hace notar sagazmente Macaulay— las exigencias cada día crecientes de la Compañía. Cercenaba gastos y buscaba ingresos. Redujo a 150,000 las 300,000 libras anuales que cobraba el Nabab de Bengala. Suprimió igualmente sin contemplaciones las 300,000 que la Compañía pagaba al Gran Mogol en compensación de las provincias que había puesto bajo el dominio de los ingleses y, a la vez, hizo ocupar militarmente los distritos de Corah y Allahabad que la Compañía, mediante convenio, había entregado al Gran Mogol. Aun quedaba lo mejor —o lo peor, según se juzgue— por hacer medio millón de libras vendió Hastings a los príncipes de Uda los dos distritos arrebatados al Mogol.

TESTAMENTO POLÍTICO

Carta dirigida a Fernando Espino.

México, 8 de Agosto de 1943.

Querido Espino: Abochornado de lo mal que pago mis deudas de correspondencia, he ido teniendo, por Prieto, alguna noticia fugitiva de usted. Siempre son buenas las que llegan de los amigos a quienes se quiere de verdad, y usted es uno de ellos para mí, sea cual fuere el espacio que dé a mis cartas para contestar a las suyas.

Sin sorpresa ninguna, advierto la absoluta coincidencia de pensamiento que hay entre nosotros, no sin que la manera de pensar y sentir deje de valemnos la excomuni3n de unos cuantos pretensos definidores doctrinales, secos de esp3ritu, para quienes todo est3 referido, supeditado y dictado por el vers3culo correspondiente del libro sagrado, en este caso, el Manifiesto Comunista. Yo, por el contrario, creo que no hay nada, absolutamente nada, que no est3 sometido a revisi3n, y el marxismo tambi3n. Creo que lo est3 siempre, pero cuando se sale de una tragedia como la nuestra, para contemplar la que ahora est3 padeciendo el mundo entero, ¿qu3 valor pueden tener las definiciones fr3as, estancadas en una interpretaci3n doctrinal de tiempos enteramente distintos a los actuales? Para m3, ninguno. Y lo digo sin mengua de m3 convicci3n socialista y doctrinal —que yo tambi3n conozco la doctrina—, sino al contrario, seguro de que todo lo que en el socialismo es fundamental est3, no s3lo en pie, sino m3s firme cada vez.

Pero hay otras concepciones, las del fanatismo ingenuo de la infancia m&rxista, que se han venido abajo, y es in3til tratar de levantarlas. ¿Crisis pasajera o definitiva? No lo s3; pero s3 que las cosas no son hoy como eran hace cincuenta a3os. El Estado sigue siendo burgu3s, etc3tera, y la clase trabajadora debe destruirlo, etc3tera. Pero el Estado actual no se toma con insurrecciones, y el propagandista que siga haciendo tema central de la actividad socialista u obrera el posible levantamiento armado, es un imb3cil o un miserable. No descarto, claro es, la violencia, y es posible que hayamos de acudir a ella nosotros mismos; pero me niego a crear una mentalidad falsa d3ndole a la lucha de clases un sentido catastr3fico, de lucha permanente, en la que, por a3adidura, siempre sale derrotada la clase obrera. Cuando volvamos a Espa3a, me gustar3 ver qui3n es el audaz que se atreve a encaramarse a una tribuna para repetir los t3picos revolucionarios de anta3o. Veremos si alguien se atreve a recomendar que se preparen a coger el fusil a unas masas de hu3rfanos, viudas o mutilados...

Y esto me lleva a otro punto, para m3 fundamental, por el que tambi3n vengo a ser un hereje. Es absolutamente imposible, radicalmente imposible, que la vida social de Espa3a contin3e siendo lo que era hasta 1936: una pugna de tribus. La tribu sindical, la tribu pol3tica, la tribu patronal, la tribu militar, la tribu burocr3tica, la tribu regional... Ese concepto insolidario, intolerante, que hemos tenido de la convivencia, ha sido finesto, y lo ser3 en lo sucesivo, si no lo corrige el dolor de la prueba espantosa sufrida, hasta el total acabamiento de Espa3a, cosa no lograda ya porque el espa3ol es un pueblo de vitalidad incomparable, malgastada en luchas est3pidas, porque los espa3oles —y aqu3 viene la palabra maldita— no hemos sabido crearnos a3n un sentimiento nacional. Nacional sin nacionalismo, la aclaraci3n es innecesaria. Pero es menester que el espa3ol sepa que, por el solo hecho de serlo, tiene obligaciones, derechos, e intereses comunes a los de los dem3s espa3oles, y que el nombre de Espa3a nos impone a todos un parentesco f3sico y moral que est3 por encima de todas nuestras discrepancias, ideas o antagonismos. Si ese sentimiento hubiera existido, no se hubiera producido la guerra civil.

¿Se ha creado? ¿Se est3 creando? No lo s3. A veces dudo, aunque mi fe est3 puesta en los que se quedaron en Espa3a, y no en los que deambulan por Am3rica cargados con todos los t3picos, los prejuicios, los ego3smos y las necedades que eran su patrimonio.

Algo ha cambiado, sin embargo. Ahora empiezan muchos —yo no— a darse cuenta

de que eso de la patria es algo más que chinchín y espíritu burgués, como antaño nos hubiera dicho un anarquista clásico. Se derrumban concepciones políticas, simpatías, nociones que dábamos por intangibles, y el sentimiento de la patria, en cambio, lejos de morir, reverdece. ¿Por qué? ¡Ah, mi querido Espino! Es que la patria no es sólo la banderita atada a un palo. Si sólo fuera eso... Es que nuestra carne se ha hecho de la carne de nuestros muertos, y todo nuestro ser está formado del sol que nos alumbra, del cielo que nos cubre, de la tierra que pisamos, del paisaje, del mar, de la montaña, de todo eso que hay en todas partes del mundo, pero que para los españoles sólo lo hay en España, como para los franceses sólo lo hay en Francia. Y nuestra manera de sentir, de pensar, de querer, de odiar, toda nuestra conformación moral es un producto de la historia, la cultura, la tradición que elaboraron cien generaciones, de las cuales somos, querámoslo o no, el eslabón que las une a las generaciones que vengan detrás. Esa cadena no se rompe con ninguna revolución, por honda que sea. Como que es la que asegura nuestra continuidad como pueblo.

Romperla no podrán. Pero intentarlo no dejan de hacerlo esos —¿imbéciles, descasados, qué son?— que quieren repartirse España en trozos.

Se me llena la boca de asco hablando de ellos. Todo el dolor inmenso de la guerra, la ruina económica, la sangre derramada, no han servido más que para que unos grupos de cretinos ensayen un grotesco nacionalismo reaccionario, ramplón y lleno de turbios impulsos. Y hay quien les hace el juego, que a tanto equivale el cobarde silencio con que los partidos republicanos —sin enmienda posible, ya se ve— los toleran y les otorgan beligerancia. No hay para ellos grandes problemas. El destino de España es cosa frívola. Con asegurar unas preeminencias políticas en precario y unos titulejos que en España se cotizarán en cargos de substancia, han cumplido su papel histórico. Y acaso estén en lo cierto. Porque cumplido, bien cumplido está...

En fin, querido Espino; no quiero amargarle más con estas reflexiones a la vez tristes y esperanzadas que me va saliendo de la pluma. Mi españolismo, tan viejo como yo, está firme. Tan firme como mi fe en el Partido, que, lejos de perder alientos, como algunos piensan, en las disensiones minúsculas que brotan de cuando en cuando, como un sarpullido, se recupera y sana. Estamos eliminando, simplemente, todas las toxinas que desde el año 1935 estuvimos asimilando. El mal era grave, y la convalecencia, penosa. Pero un Partido como el nuestro cura siempre. No necesita más que volver —y estamos en lo mismo— a su tradición, hecha de honradez y lealtad, de sensibilidad y carácter. ¡Qué nos dejen con esa tradición y que se vayan a danzar a otra parte los bachilleres de la teoría con todos sus códigos y miserias!

Haniel Alon



Segunda edición, realizada por Solidaridad
Democrática Española en homenaje a
MANUEL ALBAR. Hombre de justicia,
de democracia, de libertad, de cultura.
Solidaridad Democrática Española
Federación Nacional de Francia.
En Toulouse 1" de Febrero de 1985
IMPRIMERIE DULAURIER
23, rué Dulaurier - 31000 TOULOUSE